

EL BESO DE TOSCA

NIEVES ABARCA
VICENTE GARRIDO



B

D.J.57

El beso de Tosca

Nieves Abarca

y

Vicente Garrido



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

A Carlos Zanón, por prestarnos su poesía y prosa. A mis lectores cero, María, Rafa, Bea, Cristina. A Miguel Borrallo, tenor, por sus conocimientos sobre los entresijos de la ópera.

A mis amigos de Coruña y Barcelona. Sin ellos este libro no existiría

NIEVES ABARCA

«Boxers»

*Losing in your home town
Hell is the bell
That will not ring again
You will return one day
Because of all the things that you see
When your eyes close*

MORRISSEY

*E lucevan le stelle...
ed olezzava la terra...
stridea l'uscio dell'orto...
e un passo sfiorava la rena...
Entrava ella, fragrante,
mi cadea fra le braccia...
Oh! dolci baci, o languide carezze,
mentr'io fremente
le belle forme disciogliea dai veli!
Svanì per sempre il sogno mio d'amore...
L'ora è fuggita...
E muoio disperato!
E non ho amato mai tanto la vita!...*

Tosca, acto III,
GIACOMO PUCCINI

DRAMATIS PERSONAE
(por orden alfabético)

Anatole. Dirige un pub y un refugio donde protege a prostitutas rusas que quieren escapar de las mafias de trata de blancas.

Andrea. Trabaja en el gimnasio propiedad de Areces; entrenadora de Dídac.

Berto Areces. Empresario y traficante de armas. Tiene como empleada y amante a Vera Nanashi.

Betje, alias **Susan.** Terrorista.

César Andreu. Escenógrafo de ópera.

Darío Gara. Contable al servicio de Berto Areces.

Dídac Zarco. Boxeador. Amante de la mujer de Jorge.

Dolores Petrova. Prostituta.

Eduarne. Detective privado amiga de Marc Roselló.

Hugo. Contratado por Eduarne, labores de inteligencia y seguimiento.

Jorge, alias **el Tigre.** Boxeador, amigo de Dídac.

Julie y Clarisse. Estudiantes integradas en el grupo terrorista.

Lara. Mujer de Jorge y amante de Dídac Zarco.

Luka Ivanov, alias **el Tártaro.** Esbirro de Areces.

Marc Roselló. Barítono.

Miguel Sanchís. Tenor, amigo de Marc desde la infancia.

Pablo Bartual. Mánager de Dídac Zarco; descubrió al Gitano.

Per Stangeland, alias **Thomas.** Dirige el grupo terrorista.

Rafael Flores, alias **el Gitano.** Boxeador, antiguo pupilo de Pablo Bartual.

Raúl del Olmo. Mosso d'Esquadra, amigo de Gladys.

Rusty. Puertorriqueño al servicio de Areces.

Samir. Traficante de drogas al menudeo e informante al servicio de Rusty.

Tatiana. Prostituta, escapa del control de Areces gracias al auxilio de Marc.

Uli, alias **Klaus.** Terrorista.

Vera Nanashi. Crupier, amante y empleada de Berto Areces.

Violeta. Sicaria.

Todos los caracteres y elementos de esta trama son ficticios. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

PARTE PRIMERA

ÓPERA

Quien vea a Vera, la amará.

Vera,
VILLIERS DE L'ISLE-ADAM

1

El convidado de piedra

LA STATUA: *Don Giovanni, a cenar teco m'invitasti, e son venuto.*

DON GIOVANNI: *Non l'avrei giammai creduto. Ma farò quel che potrò.*

Don Giovanni, acto II, escena final,

WOLFGANG AMADEUS MOZART

Valencia. Palau de les Arts Reina Sofía

31 de julio, 23.00 horas

Final de la representación del Don Giovanni, Mozart

La voz grave de la Estatua cruza el aire de la sala, conmoviéndola, como un trueno soterrado altera la profundidad del bosque.

El director da la entrada. Detrás, los ojos brillan en la oscuridad como pequeñas luciérnagas. Conozco bien esas miradas. Desde la primera fila, los asistentes ya han pegado la espalda con fuerza a la butaca, las manos aferradas al reposabrazos, las bocas semiabiertas; la música gloriosa y preternatural que Mozart ha otorgado a la escena es capaz de perturbar cualquier alma hasta el tuétano. La electricidad recorre el escenario con una cualidad mesmérica, sé que muy pronto el público sentirá un escalofrío de pavor. Y yo también.

Don Giovanni está a punto de bajar a los infiernos.

Canto «*Non l'avrei giammai creduto*», otorgando al Don el orgullo del que recibe su final con entereza suicida mientras mi Leporello se mete, tembloroso,

debajo de la mesa. El Comendador, cubierto con una túnica negra, un fantasma del averno, eleva su mano hacia mí.

Hace unas horas lo invité a cenar en el cementerio.

Y ha cumplido su promesa. El helor comienza a invadir mi cuerpo. El escenario arde en un claroscuro dramático y las sombras demoníacas reptan por los pantalones, agarran mi levita, mi voz se desgarrá, se levanta y se entrelaza con el coro; la estatua resurrecta ha pretendido que me arrepienta de mi vida disoluta. ¿Está de broma? Don Juan jamás cederá.

La música más bella jamás compuesta al servicio de la venganza divina contra el ángel caído. «Arrepiéntete, maldito», dice el viejo Comendador.

«No.»

«Arrepiéntete.»

«No. Jamás.»

Las criaturas del averno me rodean con más fuerza, bajo mis pies se abre un abismo de dolor. Grito de espanto, y Leporello grita también al ver cómo me tragan las llamas del Hades.

Y es así como soy arrebatado de la tierra y enviado al infierno en un ciclón de fuego y violines que suenan como cuchillas afiladas. Reverbera la última nota, cae el telón y después se producen unos segundos de silencio que parecen horas. Esos silencios de emoción que te confirman si has triunfado o si la función ha sido desastrosa.

Espero, jadeante.

Al fin los aplausos atronan con fuerza y el alivio y la adrenalina se mezclan a partes iguales con la sed que me quema la garganta.

Morir en el escenario es morir un poco en la realidad. Pero cuando se vuelve a abrir el telón y el elenco se toma de la mano para saludar al público enfervorizado, me siento más vivo que nunca. Don Giovanni ha desaparecido bajo tierra, y es Marc Roselló quien recibe los últimos vítores y lanza el ramo de flores al público en pie.

—¡Marc! Joder. ¡Enhorabuena! Ha sido impresionante. ¡Menudo final! Aún tengo el vello de punta.

Marc sonrió al espejo mientras se quitaba el maquillaje, el bigote y las patillas postizas. Detrás de él asomaba por la puerta del camerino su amigo y colega de función Miguel Sanchís, que le acercó un botellín de cerveza helada.

—Tú tampoco has estado mal. Para ser tenor, claro. Y valenciano, además.

—Ser valenciano ayuda siempre. —Sanchís ahogó una carcajada, abrió los botellines y acercó el suyo al de su compañero para brindar. Se le veía exultante; no siempre podía compartir una obra con su mejor amigo—. Tenemos que celebrarlo. ¿Cuándo te vas? Yo tengo un *Réquiem* de Mozart en tres días en Oviedo.

—Mañana por la tarde salgo para Milán. Tengo una sustitución, un recital. Me toca un *Viaje de invierno* en pleno verano. —Marc estiró los brazos, desperezándose, y bebió un sorbo. Luego dejó la cerveza sobre la mesa—. Menuda pesadilla. En alemán, además. Tengo que repasar la partitura. Joder, ya no me acuerdo de nada. Odio el alemán. Y odio Milán.

—Los cojones odias Milán. Tienes fuera un montón de nenas esperando que les firmes un autógrafo. Seguro que más de una se va a ofrecer a que recuperes tu confianza en los idiomas.

—Sigues siendo tan capullo como siempre, Miguel... Me he pasado tres horas ligando con un montón de locas haciendo de Don Juan. No me han quedado más ganas después del resultado. He acabado en el infierno. —Hizo una mueca burlona—. No ha sido agradable.

Miguel alzó los ojos al techo del camerino y se tocó la piel de la cara que no estaba cubierta por la barba pelirroja. Aún tenía restos de crema, se la limpió en la camisa de cuadros con el revés de la manga.

—Me encanta cuando te pones trascendente, *nano*. Pero esta noche salimos, ¿no?, y pasamos de toda esta peña. —Le guiñó un ojo—. Tengo un plan brutal. Te va a gustar, ya verás.

Marc se pasó la mano por el cabello castaño y espeso, aún pegajoso de laca, y

levantó una ceja. Era muy expresivo. Incluso había quien decía que sobreactuaba, pero no podía evitarlo. Era parte de su personalidad desde crío. Una de sus profesoras de canto en Roma le decía que había nacido para el «palcoscenico» y no se equivocaba. Con ocho años, sus padres lo llevaron al Liceu a ver *La Bohème*, y allí mismo, sentado en la platea del viejo teatro, decidió lo que quería ser en la vida.

—Miedo tengo de tus «planes brutales». Pero primero iremos a cenar con los demás al Oceanogràfic, ¿no? Estoy muerto de hambre.

—¿Y la dieta? —preguntó Miguel, que no alcanzaba el 1,80 que medía Marc pero le ganaba en peso y apetito.

Marc se miró la barriga. Había conseguido bajar cinco kilos pero seguía siendo un hombre corpulento.

—No seas tocapelotas, joder. Hoy no es día de hacer régimen. Acabo de perder dos kilos en el escenario. Y si adelgazo demasiado, perderé la voz. Mira lo que le pasó a la Callas...

El director de escena, un boloñés joven y atractivo pero de cabello prematuramente cano, llamó y entró sin esperar permiso. Iba felicitando uno a uno a todo el reparto. Aquella era la última función de la temporada y había resultado un éxito, para él inesperado. Asumió el *Don Giovanni* cuando el primer *regista* se despidió de malos modos, al igual que hizo el barítono ruso, al que reemplazó Marc Roselló. Una carambola feliz para ambos, que debutaron a la vez aquella semana en Valencia. Piero de Lucca era muy conocido en Italia, luchaba por hacerse un hueco fuera de su país y cualquier oportunidad era buena para conseguir renombre.

Palmoteó con elocuencia.

—Marc. *Meraviglioso*. Has estado increíble. Te aseguro que hace tiempo que no me encuentro un Don como el tuyo. Eléctrico. Duro, sádico, imponente, vulnerable. Estoy impresionado. Y esa voz... Enhorabuena. A ti también, Miguel, por supuesto. —Sonó con menos convicción al dirigirse al tenor.

El barítono, aún sentado frente al tocador, se hinchó de orgullo.

—Muchas gracias. Le tenía ganas. Llevo dos años preparándolo.

De Lucca se situó tras él y le puso las manos sobre los hombros.

—Este septiembre..., ¿cómo estás de compromisos? Me han pedido que dirija una *Tosca* en el Liceu. —Sonrió sabiendo que un barcelonés de pura cepa no podría rechazar la oferta—. Necesito un Scarpia de altura. Ya lo has cantado en Bolonia y en Roma. Me ha gustado lo que vi. —Lo miró a los ojos a través del espejo—. Dirigirá el Persa. Ya he hablado con él.

Marc disimuló un respingo. El Persa era el maestro iraní Thala Damir, uno de los directores de orquesta más importantes del momento, un verdadero genio y un hijo de puta al que medio mundo amaba y el otro medio aborrecía. El único que se atrevía a programar a Wagner en Israel. Una *Tosca* con el Persa podría ser el espaldarazo definitivo a su carrera en España.

—Bueno. Yo... —Fingió titubear a pesar de que por dentro ardía—. Sí, creo que podré arreglarme. Tengo que mirar mis compromisos, claro, pero seguro que no hay problema. El Liceu es mi casa. No hay nada que me produzca más placer que cantar allí. Hablaré con mi representante mañana mismo.

Miguel reprimió un bostezo y apartó el plato con desgana, asqueado de ver pasar tantos peces por delante de sus narices, irritado por los niños que aún estaban cenando a aquellas horas y, sobre todo, harto de aquella comida minimalista llena de algas. Se limpió la barba con la servilleta y le guiñó un ojo a Marc. El barítono bebía de su copa de Godello en el otro extremo de la mesa y parecía un tanto «alegre» mientras aguantaba la cháchara de un inglés atildado que enseñaba fotos de sus perros y a la vez sonreía con complicidad a la mezzo sueca que había actuado como Doña Anna.

Cogió el móvil y le mandó un wasap a su amigo:

«Se te ve muy cansado de ligar, no me jodas que le estás tirando la caña a la pavisosa rubia, eres insaciable», con emoticonos de corazones.

Marc disimuló antes de responder al mensaje:

«Salgamos de este Nautilus infernal antes de que me calce y me pape a la rubia leche hervida. ¿No tenías un plan?»

Miguel se limitó a poner emoticonos de las cartas del póker y billetes de dólares.

Alboraya, hotel rural del siglo XVIII

—Sí, padre. Claro. No, estoy en Valencia. Cerrando unas cosas, vuelvo el jueves. Sí, todo perfecto, un edificio entero en Ruzafa. Me ha dado un soplo un colega del banco. Tirado de precio. Es el barrio de moda, dinero seguro. Sí, por supuesto. No te preocupes, el viaje a esquiar no se cancela. Ya está todo cerrado. Las chicas también, papá. Las chicas también...

Berto Areces miró desaparecer la foto de su padre en la pantalla del iPhone y su boca hizo una mueca de desprecio. Dejó el teléfono sobre la mesa y con la Visa Oro alineó un par de rayas de cocaína en un espejito.

—Puto viejo salido. No le dará un pistonazo por la pastilla azul con alguna de las zorras, no. Tengo que hablar con ellas para que le apliquen un buen correctivo a ver si muere el hijo de puta...

Berto aspiró con fuerza y se toqueteó la nariz, nervioso. Luego se sentó en la cama y comenzó a acariciar el lomo brillante de Vera, que arqueó la espalda y le ofreció los pechos. Eran pequeños, duros y cremosos, y aquellos pezones erguidos, oscuros, le volvían loco. Lo que no le volvía tan loco era su lengua de víbora cuando no estaba afanada en hacerle una felación.

—Es tu padre, Berto. Si lo hubieses perdido como lo perdí yo, verías las cosas de otro modo. Además, todo tu dinero viene de ahí. No lo desprecies.

Él levantó una ceja oscura, donde ya asomaban algunas canas, como en su cabello engominado, dejó de acariciarla y le apretó con fuerza un antebrazo.

—No me des lecciones, Vera. ¿Quién te crees que eres? No. —Negó con aspavientos—. Todo mi dinero no viene de mi padre. Yo también sé ganarlo.

Eres mi empleada, y no consiento que se suban las sillas a las mesas, ya lo sabes. No te pases ni un pelo. Te estoy follando, nada más.

Sabía que en cierto modo Vera tenía razón, pero ella no había tenido que aguantar al viejo toda la vida, sus desmanes, su carácter tiránico, los malos tratos, la doble moral de misa de domingo y putas en los viajes. Aquella mierda de Tío Gilito nadando en su piscina de dinero, siempre atravesando un camino de dolor, sin un gramo de felicidad.

Vera se levantó, con media sonrisa aleteando en su rostro, y se acercó a la mesa. Cogió el cilindro de plata y se metió la otra raya, bien gruesa. Luego se volvió hacia el empresario:

—Aún tenemos tiempo para otro antes de que vengan los de la timba.

Su mano buscó la polla de Berto, que colgaba flácida después del primer polvo. Poco a poco comenzó a devolverle la vida.

—Necesitamos algo de ayuda, cariño.

Su dedo acarició el montoncito de coca que aún quedaba en el espejo, se arrodilló y lo esparció con delicadeza por el glande. Berto apreció su gesto morboso introduciéndole la polla en la boca. Ella gimió quedamente y comenzó a chupar y a lamer hasta que la tuvo otra vez en el punto justo de excitación. Mientras la penetraba, él miraba sus ojos rasgados y verdosos, fijos en los suyos; no parpadeaban, solo procuraban darle placer; aquella expresión libidinosa, casi animal, le volvía loco.

Marc le dedicó su sonrisa de protocolo a la joven que les abrió la puerta del jardín. Habían habilitado un recinto muy acogedor en el que se escuchaba el susurro del agua en una fuente, las chicharras de fondo y una suave música ambiental. En el interior ya se congregaban varias personas que bebían cava y hablaban de forma animada. Un camarero les ofreció una bandeja con copas y algunas *delicatessen*. Marc se acercó a un ventilador para aliviar la sensación de bochorno.

—Aquí nos lo vamos a pasar mejor que de copas con todo el elenco, ¿qué te parece? —Miguel le guiñó un ojo mientras le daba un sorbo al cava.

Solo con ver una mesa de póker, Marc ya experimentaba un hormigueo comparable a cuando se le dormían las manos de niño. Durante años había coqueteado con el juego en muchas variantes, le excitaba apostar, jugársela. Pero el póker era su perdición.

—No te traigo a sitios cutres, precisamente. ¿Qué te parece, eh, Marc? — insistió—. ¡Soy el puto amo! —Y acompañó el exabrupto con una carcajada.

Marc inspiró y asintió de forma mecánica. Sabía que se lo iba a pasar muy bien, en realidad lo temía, y deseó salir corriendo de aquel lugar. El juego era pura adicción, desde joven se había metido en problemas una y otra vez por su descontrol en las apuestas. Su familia, de la burguesía acomodada de Barcelona, con palco en el Liceu, masía en las afueras, chalet en la costa y muchos contactos, lo había sacado de más de una farra desmedida. Luego vino Roma, pero los estudios de música tampoco atemperaron sus vicios: sus padres se encargaron de cerrar el grifo y la escasez de fondos lo llevó a frecuentar timbas lúgubres en el Trastévere, antros clandestinos que eran los que más le gustaban. Marc iba a estudiar música, interpretación y canto con la resaca a cuestas, mientras los demás alumnos aparecían frescos e inmaculados. Aun así, salió adelante, para sorpresa de todos. Perfeccionaba su voz y perfeccionaba su juego por la noche, y ensayar con las facultades mermadas no le preocupaba: así siempre sería consciente del estado de su voz.

Hacía meses que no apostaba, ni siquiera *online*. Por primera vez le salieron contratos en teatros importantes y no quería cagarla. Jugar le llevaba a beber, a las chicas, a todo lo que podría joderle la carrera. Un barítono debía mantener una disciplina física férrea. Su voz era su instrumento y cualquier exceso podía desequilibrar la belleza del canto. Además de su tendencia a engordar y la propensión de los directores de escena a exigir cantantes guapos y en buena forma. La música era su ángel bueno y los vicios eran su ángel malo. Tendría que mantenerlos a raya si quería llegar a lo más alto, se decía una y otra vez.

Pero aquella noche se iba a desquitarse de tanta sequía. Sonrió satisfecho ante la mesa de póker de diseño moderno, de madera negra y con el tapete azul, y a la joven vestida de frac que ya se acercaba con una caja de fichas. Al fondo había una ruleta, con cinco o seis personas alrededor. Tarareó una versión *chill out* de *For once in my life* y paró al recordar que era la canción favorita de su ex.

—Dame diez mil euros, guapa. —Otro guiño suyo, otro gesto coqueto de la chica, pechos esponjados y fingimiento de torpeza—. Para empezar. Luego ya veremos.

Miguel lo miró con asombro y susurró:

—Joder. Vas fuerte.

—Claro. Para eso estamos aquí, no para jugarnos unos caramelos. Si quieres ganar, tienes que apostar mucho y bien. —Marc se sintió mezquino, prepotente. Sin duda tenía más dinero que Miguel y mucha más experiencia en el juego.

Su amigo le dio un puñetazo débil.

—Tú lo que tienes es un vicio que no te lo quita nadie, Marc. Chica, sí. Tú, la guapa. —Se llevó la mano a la cartera—. Dame a mí también diez mil euros. Una noche es una noche.

—No quiero que me grabes. —El acento eslavo y la voz suave de Tatiana bajaron una octava y supuraron odio. Las arrugas del ceño se le hicieron más profundas.

El hombre también bajó la voz, no quería que los demás se diesen cuenta de que había problemas.

—Eres una puta y harás lo que yo te mande. Para eso te pago.

—No me pagas a mí. Le pagas a Berto. Y yo no quiero que me grabes.

—El que paga manda. Luego Bertito te pagará a ti, y un buen dinero, además. Soy tu cliente. ¿Qué problema tienes? Estás buenísima. ¿Tienes celulitis o qué? ¿Qué más te dará que grave el *bukake*? Solo somos cuatro tíos. He contratado

que nos la chupas a todos y luego nos corremos encima de esas tetas tan sabrosas. Solo será un ratito, cielo.

—Sé perfectamente lo que es un *bukake*. No tengo problema en hacerlo. Tengo problema en que me grabes. Puedo controlar lo que ocurre aquí. Lo que sale de aquí, no.

—Da igual, monina. Calla y empieza. Venga. No te grabo. No te preocupes. Pero dale ya.

Tatiana repasó a los otros participantes, que se estaban quitando los pantalones, y resopló cuando vio que uno de ellos, un calvo peludo, obeso y blancuzco se dejaba los calcetines puestos y la miraba con lascivia, con ojos de sapo.

Decidido.

No era capaz de soportar un minuto más aquella mierda.

Marc hizo crujir los huesos de las manos al sentarse a la mesa. Estaba tranquilo, su energía y nervio del escenario, mitigados por el alcohol y la cena. En el cielo adivinó el trazado de la Vía Láctea. Sonrió cortés a los tres jugadores, dos hombres y una mujer mayor, muy elegante y huesuda, que se iban acomodando mientras Miguel charlaba con los de la ruleta. El tenor dudaba entre empezar con ella o a las cartas. Al fin se decidió: póker. No iba a dejar solo a su colega.

Vera irrumpió en el reservado de la pérgola, seguida muy de cerca por Berto Areces. Vestida de negro, altos tacones, un pantalón ceñido y un top con bordados, reclamó sin querer la atención de todos. El pelo oscuro, recogido en un moño tirante, acentuaba sus rasgos severos, que endulzó con una sonrisa al acercarse a la mesa de juego. Marc no perdió detalle de aquella piel mate que absorbía la luz y de sus labios gruesos, que imaginó húmedos y procaces en cierta parte de su anatomía. Ella saludó y se dirigió hacia la cabecera de la mesa.

Su voz era delicada, cantarina, con un leve acento que el barítono identificó como japonés, acorde con sus facciones.

—Buenas noches, señoras y caballeros. Me llamo Vera Nanashi. Seré su crupier durante la partida. Las camareras les servirán lo que deseen tomar.

La jugadora, tocada con un turbante verde agua del que asomaban mechones de un rojo demasiado subido, les clavó los ojos del mismo color que su tocado y movió con habilidad las fichas que tintineaban en sus manos, tan huesudas como su rostro antiguo.

Marc se sentó a su lado y su fino olfato detectó el olor de su madre cuando, muchas veces, se maquillaba con polvos de arroz.

—¿Eres Marc Roselló?

Él abrió los ojos fingiendo asombro, y profundamente halagado.

—El mismo, sí.

La mano de sarmientos y manchas dejó las fichas sobre el fieltro azul y se acercó a la suya. El apretón fue mucho más fuerte de lo que Marc podría haber esperado de una anciana.

—Cornelia Marinati. Siento decirte, muchacho, que cantando no le llegas a la suela de los zapatos a Leonard Warren, paisano mío. Pero no lo haces mal..., tienes futuro, sí. Si no te pierdes en el juego, como le pasó a Giuseppe di Stefano.

—Descuide, Cornelia. Yo controlo. —Le guiñó un ojo sabiendo que eso decían todos los descontrolados del mundo.

Esperaba una respuesta y llegó al momento:

—Querido joven, eso lo he oído más de una vez. Recuerde siempre, voz y vida solo hay una. Y la primera no la tiene todo el mundo. No las desaproveche...

La jugadora se calló cuando el empresario se detuvo al lado de la mesa, les lanzó una mirada algo condescendiente y apoyó los puños en el borde acolchado, justo al lado de Marc. El barítono observó que sus gemelos eran dos ases de

picas con un pequeño diamante en el medio. Olía a un perfume extremadamente caro. Y a gomina recién puesta. No tan extremadamente cara.

—Mi nombre es Berto Areces. Encantado de que estén hoy aquí. Soy el organizador del evento. Espero que se encuentren cómodos y a gusto. Como bien saben, empezaremos con una ciega pequeña de cien euros. El juego será sin límites. Ni que decir tiene que espero de todos ustedes confidencialidad y respeto. —Hizo un gesto con los dedos que no parecía significar nada, pero quizá quería decirlo todo. Y se sentó mientras con la cabeza señalaba a una Vera siempre dispuesta y sonriente para él.

—Vera es nuestra mejor crupier. No les defraudará.

Ella forzó una mueca y le quitó el plástico a un mazo de cartas nuevas.

—¿Preparados, señoras y caballeros? Empezamos la partida. La ciega pequeña será Cornelia y la ciega grande, para Marc. Suerte a todos.

Tatiana miró con el rabillo del ojo al sebososo que acercó su polla igual de gorda a su cara, y escondió su desagrado con una mirada de cervatillo complaciente, como había visto en las películas porno que le robaba a su hermana en Ucrania.

—Eres muy guapa. —Le pasó el glande por la piel de las mejillas, la voz sonaba ronca y gutural por la excitación.

—Lo es, lo es. Mirad qué culito de diosa. Y el coño apretado. —Los dedos la penetraron con suavidad primero, luego con más fuerza.

De forma instintiva, la chica se revolvió.

—Quieta, fiero. —Azote en el culo, bien fuerte—. Pórtate bien. No creo que haga falta decírtelo más veces... —El dedo comenzó a masturbarla con poca pericia.

Al lado del gordo, otro tipo, fibroso como un deportista, se masturbaba con energía. Otro azote en el culo y risas. Uno de ellos sacó el móvil y empezó a grabar la escena. Tatiana se liberó con un impulso de las manos que la tocaban y se puso de rodillas primero, luego de pie.

—He dicho que no quiero móviles. Lo he dicho. Nada de grabar.

Una bofetada le cruzó la cara.

El rostro de la joven ucraniana se puso rojo, primero del golpe, luego de una ira sorda que comenzó a corroerla sin remedio. Les dio lo mismo, los asistentes decidieron que aquel conato de rebeldía los podía excitar todavía más, y, todos a una, comenzaron a forzarla entre carcajadas e insultos.

El gordo le apretó las mandíbulas con una mano y le tapó la nariz con la otra para obligarla a abrir la boca mientras los otros la sujetaban. Un móvil se acercó a su rostro. Tatiana aflojó la tensión corporal y entreabrió los labios. Cuando notó la polla inflada de aquel capullo ya dentro apretó los dientes y los hundió en la carne tumefacta.

El grito resonó como una bomba en la habitación.

Tatiana aprovechó la sorpresa de todos mientras miraban al dolorido agarrarse los genitales cubiertos de sangre para escapar con toda la rapidez de la que era capaz, ayudada por aquellas piernas largas acostumbradas a hacer deporte. Abrió la puerta y la cerró de golpe, y corrió por los pasillos enmoquetados de la casa rural tropezando con una estatua de un ángel, que cayó al suelo y se partió en mil pedazos.

—¡Joder, qué daño!

Tatiana saltó a la pata coja pero hizo de tripas corazón en cuanto escuchó ruido de pasos y voces que se acercaban. Estaba totalmente desnuda y sintió vergüenza. ¿Adónde iba a ir así? Notó el regusto metálico de la sangre mezclado con el sabor a sexo y aguantó las arcadas, pero acabó escupiendo hiel.

Avanzó hasta una puerta entreabierta. Se coló por ella justo a tiempo, pues ya oía que alguien venía corriendo por ese pasillo.

Dentro había una pila de ropa doblada. Levantó un uniforme de limpiadora de color negro con volantes blancos muy recargados de puntillas, enorme. Una bata azul, más sencilla, le podría ir mejor. Había también un cubo, fregona, aspiradora y un carrito lleno de toallas, papel y jabones. Se recogió el pelo en un moño, se puso la bata y buscó algo para calzarse. Había unas chanclas gastadas.

No pegaban con todo lo demás pero podía caminar con ellas hasta encontrar la salida. La salida. Estaría en el piso de abajo, y aquel era el tercero. Cuando la llevaron a aquella casa para prostituirla, con otras chicas como ella, engañadas, chantajeadas, jóvenes y guapas, no había tenido ni tiempo de situarse. Le habían dicho que iría a España a limpiar hoteles y a ganar dinero para sus estudios.

Pegó la oreja a la puerta. No escuchó nada.

La abrió y salió tirando del carrito.

El volumen de fichas de Miguel había descendido de forma notable. El tenor se rascaba la cabeza y no disimulaba la mala racha. Su semblante era todo un poema. Todo lo contrario que el de Marc: había ganado ya varias manos, estaba de segundo, detrás de Cornelia, que había resultado ser una máquina, fría y calculadora, y parecía atraer las cartas buenas como por arte de magia.

—Subo a trescientos. —Berto Areces torció la cabeza y se tocó la sien con un dedo.

Marc tomó nota del gesto. Al empresario se le notaban las tablas. Parte de la fascinación que ejercía el póker sobre él era precisamente aquella capacidad de disimulo y engaño, y saber cuándo el oponente iba de farol. Y Areces era bueno.

Cornelia chasqueó la lengua y adelantó fichas para igualar la apuesta. Sus pulseras zíngaras tintinearón. Miguel se encogió de hombros. «Dios, qué desastre eres, *nano* —pensó Marc—, que no se te note tanto, por favor.» Hizo un gesto para avisarle; no sirvió de mucho, porque su amigo foldeó.

Marc cogió sus cartas y las levantó por la esquina. Compuso su mejor cara de póquer, es decir, ninguna, parapetado tras sus gafas. Había que empezar a dar estopa. Aunque fuese con un dos y una pareja de seises.

—Subo a trescientos cincuenta.

Areces apenas se inmutó; bebió un sorbo de su copa de cava.

Los demás, salvo su amigo, ya retirado, igualaron la apuesta.

Vera repartió el *flop*: reina de corazones, dos de picas, nueve de picas.

Cornelia se echó hacia atrás en la silla y rebuscó en su bolsito, del que sacó unas pequeñas lentes ahumadas. Todo en ella era antiguo y elegante, como si hubiese salido de un baúl victoriano. Se las colocó con la dignidad de haber estado con Gabriele d'Annunzio en un palco de La Scala. Marc comenzó entonces a pensar en sus probabilidades con una pareja de doses y otra de seises, que no eran pocas, pero no suficientes, sabiendo a aquellas alturas que la vieja también era una maestra.

—Subo a cuatrocientos. —Cornelia volvió a hacer tintinear sus pulseras.

Berto bostezó sin abrir demasiado la boca. Adelantó fichas.

—Cuatrocientos cincuenta.

Una vez terminado el turno de apuestas, Vera volvió a repartir.

As de picas.

Marc reprimió un suspiro de frustración. Todos hicieron *check*, pero... ¿sería un farol? ¿Nadie tenía un as? Un as jodía sus expectativas.

Daba lo mismo. Faltaba una carta. Seguiría adelante.

Subió la apuesta.

Los otros cuatro aceptaron.

Tatiana empujó el carrito, medio escondida tras él. No había nadie en el pasillo. Llegó al descansillo. A grandes zancadas alcanzó la escalera con cuidado de no ser oída.

Su nana le había dicho que ni se le ocurriese venir a España: «Allá te engañarán y se aprovecharán de ti». Se arrepentía de no haber hecho caso de sus consejos y haber sido tan ingenua.

Siguió bajando hasta que oyó unas voces. Del ascensor salió el gordo apestoso llorando, sujetándose el paquete, acompañado de otro tipo que lo llevaba hacia un pasillo. Tatiana no ocultó una sonrisa de orgullo. En cuanto desaparecieron se dirigió, muy erguida, hacia la puerta principal.

—¡¡¡AHÍ ESTÁ LA HIJA DE PUTA ESA!!! ¡¡AHÍ, QUIETA!!

Dos matones vestidos de uniforme aparecieron de la nada y corrieron hacia ella, con tonfas bien agarradas en sus puños.

Tatiana abrió mucho sus ojos azules y apretó los dientes.

Si la pillaban, no iba a pasar precisamente un buen rato. El instinto de supervivencia que había permanecido durante tantos días mitigado y sumiso despertó al fin.

Cambió su trayectoria, rápida como un galgo, y se desvió hacia el mismo pasillo que se había tragado al gordo y a su acompañante. Cerró una puerta de madera y atravesó el pestillo de hierro, todo en un movimiento hábil que la sorprendió a ella misma. Lanzó una de las chanclas al fondo del pasillo con la esperanza de engañar a los seguratas. Y se aventuró por un arco que la llevó directamente a las cocinas, vacías en aquel momento. Allí cogió un machete que estaba sobre la encimera y continuó buscando algún lugar por donde escapar de aquella madriguera. Lo único que tenía bien claro es que nunca más iba a acostarse con aquellos cabrones.

Vera repartió el *river*.

Seis de corazones.

Marc notó cómo su corazón se sobresaltaba. Un *full*. Un mosquito se acercó a su oreja y lo espantó con una mano.

Cornelia volvió a subir la apuesta, esta vez mirándolos con una especie de tristeza.

En el tapete lucían las fichas de diversos colores con su equivalencia en euros. Marc ya había deducido, por los comentarios intercambiados con el anfitrión, que los otros dos jugadores eran un alto cargo de la Administración valenciana y un constructor en horas bajas que mantenía sus contactos.

Cornelia golpeó el tapete con los nudillos. *Check*.

Los demás hicieron lo mismo.

Llegó el momento de enseñar las cartas.

Un hombre salió de la casa y se acercó de forma apresurada a Berto Areces. Se inclinó y le susurró algo al oído.

El empresario se levantó con un gesto de disculpa.

—Solo serán unos minutos. Si quieren, pueden seguir sin mí.

Tiró las cartas sobre la mesa. Tenía un trío de ases. Marc se inclinó en el respaldo de la silla con una sonrisa rutilante.

Hasta que vio las cartas de Cornelia.

Full de reinas y nueves.

Tatiana se agazapó detrás de un jarrón de barro que contenía una palmera. La joven ucraniana aferraba el machete de cocina como si se tratase del billete de regreso a su casa.

No tiembles, no tiembles. NO TIEMBLES.

Con la otra mano se sujetó la muñeca para controlar los espasmos que sacudían el mango. Los ojos azules de Tatiana se aceraron, del mismo color que el machete, cuando vio a lo lejos abrirse una puerta y entrar a Berto y otro hombre, un calvo de gran envergadura y movimientos fluidos. Aguzó el oído y se dio cuenta de que hablaban de ella, así que se encogió todavía más, rezando por desaparecer. Detrás de la puerta podía divisar un jardín. Tenía que llegar hasta allí.

El empresario parecía piafar con los brazos, y entre dientes exclamó:

—Luka. Esa putilla me ha costado mucho dinero. Cogedla y traédmela. Tendremos que enseñarle modales a la rusa. Tengo muchos argumentos, la azotaré hasta que sangre y así aprenderá.

«Modales. Tu puta madre, modales. Ya me los enseñaron en mi casa... y bastante mejor que a ti», pensó Tatiana.

Berto pareció tranquilizarse un poco y recorrió junto al otro hombre un trecho del pasillo. Los dos desaparecieron por una esquina. Tatiana aprovechó para correr, descalza, hacia la puerta. La entreabrió, el calor le golpeó la cara, aún a

aquellas horas de la noche. Cerca había una pérgola, y bajo ella, gente jugando a las cartas y a la ruleta, iluminados por focos y luces tenues. Jóvenes camareros se ajetreaban con botellas de cava, copas de vino blanco y canapés. La joven esperó a que se alejaran y cerró con cuidado. Se pegó a la pared, aprovechando la oscuridad del contraste con la luz de la zona donde estaban los jugadores, y comenzó a buscar una salida de aquel jardín.

—Perdonen. Ha surgido un problema con uno de los trabajadores. Ya estoy aquí de nuevo. —Asomó por vez primera la sonrisa de lobo, colmillos afilados, labios de cánido; Areces posó su mano en el hombro de la crupier para apuntalar su dominio—. Podemos seguir. Ya veo que se las han arreglado muy bien sin mí. Vera, querida, reparte.

A Marc el tono de suficiencia del empresario le empezó a estomagar. Y aquel trato de superioridad, sutil pero efectivo sobre la chica le pareció perturbador. Vera le devolvió una mirada de perro agradecido y barajó las cartas antes de repartir.

Marc las alzó por las esquinas. Una reina y un rey de corazones. Sin querer se acordó de un episodio de *Twin Peaks*, aunque no podía asegurar cuál. Tenía la ciega grande, así que aquellas cartas eran jodidamente buenas. Por lo menos, no estaba vendido desde el principio. Vera terminó el reparto y comenzaron las apuestas.

Marc jugueteaba con las fichas para molestar a Areces. Miguel asintió y adelantó todas sus fichas.

—Voy con todo.

El constructor lo miró con asombro e igualó la apuesta. Areces hizo lo mismo. Cornelia permaneció un rato pensativa. Se repantingó en la silla, luego, con uno de sus gestos lánguidos, lanzó fichas al tapete. Marc la imitó.

Las cartas comenzaron a aparecer. Un cinco de tréboles que decepcionó a Marc pero alegró a Cornelia. Un nueve de diamantes que volvió a alegrar a Cornelia.

La jota de corazones hizo que el barítono se ajustase las gafas a la nariz.

Aquello se podía poner interesante.

Tras el *flop*, las apuestas. Cornelia volvió a subir. Areces también. El empresario foldeó. Marc igualó procurando que no se le notara un cierto nerviosismo.

El *turn* puso sobre la mesa un as.

Marc consiguió no mover un músculo, no como Miguel, al que se le notó perfectamente la alegría.

«Como mínimo, un as o una pareja de ases, so bobo, los demás te lo están pillando todo.»

Areces resopló y se frotó las manos. Luego empujó todas sus fichas.

—Subo a diez mil.

«Joder», pensó Cornelia, pero igualó con otro de sus gestos de película de los años cuarenta.

Marc ya estaba totalmente hipnotizado. No era posible volverse atrás. Si perdía, perdía, pero la adicción a aquel riesgo era demasiado fuerte como para pensar en el dinero. «Al cuerno todo.»

Las fichas se desparramaron en una miríada de colores. Vera esbozó una sonrisa ladeada al ver el gesto de Marc. Todos esperaron con ansia la última carta, el *river*.

Diez de corazones.

Era la primera escalera real de su vida.

Luka Ivanov, alias el Tártaro, se acarició la calva y se tocó la parte superior de la oreja que ya no estaba. La había perdido hacía unos años en San Petersburgo, lo habían secuestrado y se la habían cortado. Le había dolido. Le había dolido de cojones. Además, el que se la había rebanado se tomó su tiempo. Como si cortase jamón de Jabugo. Despacito. Aún recordaba escuchar sus propios aullidos, el rasgar del cartílago con el cuchillo de destripar. La oreja le seguía doliendo. No estaba, no había duda cada vez que se veía en el espejo, pero el

pedazo que le faltaba le seguía doliendo. Era como el amor. El que más dolía era el que no estaba. Luego apuntó con la linterna a la maceta de la palmera y escudriñó la parte de atrás. Nada.

¿Dónde se había metido la puta? Las ucranianas estaban muy buenas, pero eran duras de pelar. Especialmente las de Kiev. Había tenido una novia de Kiev..., Daryna. Daryna la de los ojos glaucos, la llamaban sus amigos borrachos. Los ojos de Daryna. De buena gana se los hubiese arrancado cuando se fue con aquel policía. Pero había que comportarse. Tener paciencia. Los polis tienen armas. Tienen amigos que los vengan. No sería buena idea. Algún día volvería a Kiev. No tenía prisa y sí buena memoria. ¿Dónde se habría escondido la putilla? En la casa no estaba. El jardín tenía sus recovecos. Era una anguila, la zorra. Paciencia. Igual se creía que se iba a escapar. Es bonito tener esperanza. De hecho, la vida era pura esperanza.

Tampoco estaba allí. Ni que fuera una cheroqui. ¿Detrás de la pérgola? Ivanov jugueteó con los grilletes y esbozó una ligera sonrisa cruzada por una cicatriz. Ojalá se la dejaran un rato. Solo un ratito. Para darle su merecido por intentar escapar. Hacía tiempo que no echaba un buen polvo como le gustaban a él. En realidad —se volvió a tocar la calva—, hacía mucho que no echaba un buen polvo.

Tras la pérgola donde se encontraban los jugadores había una verja y una puerta. Tatiana asomó la cabeza para calcular cuánto tardaría en pasar corriendo sin que la detuviesen.

«¿Y si los amenazo con el machete?» Lo miró con desaliento. Eran muchos. Era ridículo. Pero aquella parecía ser la única salida que no vigilaban los matones. Si corría, los podía pillar por sorpresa.

Estaba tan concentrada que no lo oyó venir.

Luka la agarró por los hombros con sus manazas tatuadas, con anillos de oro macizo. Tatiana soltó un grito, asustada, pero al momento se volvió y blandió el arma, que resplandecía a la luz de los focos.

Fue el brillo lo que volvió loco al Tártaro, recordándole el afán de aquel

sicario que le cortó la oreja. Se echó sobre Tatiana, que no se arredró: lanzó un tajo que abrió una herida en el brazo y salió corriendo como alma que lleva el diablo hacia el centro de la pérgola.

Marc se quitó las gafas. Ya no tenía que disimular su emoción. En efecto, Miguel tenía un trío de ases; Cornelia, más pálida sobre su maquillaje ya blanquecino, tan solo dobles parejas de ochos y nueves, y vio su dinero desvanecerse en cuestión de segundos.

Solo faltaba Areces. El empresario, muy digno y moviendo las cejas, enseñó su *full* de cincos y jotas. Luego esbozó una de sus sonrisas encantadoras-pero-no.

Cuando Marc iba a enseñar su flamante *royal flush*, una joven rubia, alta, enloquecida, cruzó por delante de ellos enarbolando un machete, perseguida por un calvo musculoso que le gritaba en ruso. El calvo, a pesar de su gran tamaño, dio un salto de tigre y la cazó por las piernas. Forcejearon. El hombre se subió encima de ella y comenzó a lanzar exabruptos mientras le apretaba la muñeca para que soltara el machete. La sangre empezó a manar de su brazo cayendo sobre la chica. Cuando consiguió que soltase el arma, comenzó a estrangularla con una manaza mientras con la otra tanteaba la hierba buscando el mango de acero.

Miguel, que estaba en el lado de la mesa más próximo a la pelea, se levantó y empezó a gritar, aunque no parecía saber cómo manejar aquella pelea desigual. Se abalanzó sobre el brazo armado en un arranque de valor e intentó sujetarlo por la muñeca, pero la fuerza del Tártaro era muy superior y de un empujón lo derribó. El arma cayó en la hierba. Tatiana aprovechó para zafarse, se incorporó de un salto y corrió hacia la puerta del jardín.

—¿Adónde vas, Tatiana? —La voz grave, sibilante, de Berto Areces la dejó paralizada, y cuando retomó su carrera hacia la verja ya era tarde: el empresario la había alcanzado y agarrado con fuerza.

—No sé qué está pasando aquí, pero no me gusta.

Marc había aprovechado el desconcierto para coger el machete de cocina y jugar con él como si fuera un profesor enfadado. El Tártaro dejó a Miguel, se incorporó, y rojo como la grana, se encaró con Marc:

—Métase en sus asuntos.

—No sé en su tierra, pero aquí respetamos a las mujeres. O la sueltan ahora mismo o llamo a la policía. —Marc levantó el móvil con una mano, en la otra el filo relucía amenazante—. Y seguro que estarán contentos de ver lo que ocurre... —Señaló a Tatiana con la barbilla—. No tiene mucha pinta de ser la limpiadora, ¿verdad?

El Tártaro avanzó hacia Marc a la vez que sacaba de la chaqueta del traje un cuchillo. Areces lo detuvo con un gesto. Y miró a Marc y a Miguel con desprecio.

—Váyanse ahora mismo. Los dos.

—Ella se viene con nosotros —dijo Marc, gallardo.

—Se va por los cojones. Ella se queda. Trabaja aquí.

—El jefe superior de Policía de Valencia, Luis Javier Castellano, es íntimo amigo mío y de Miguel. Solo tengo que marcar su número para que se presenten aquí varios coches patrulla. Tiene mi móvil y me puede localizar en todo momento. Mejor no hagan nada y dejen a la chica libre. No diré nada y nadie sabrá nada. Tiene mi palabra.

Areces resopló. No sabía si creerse la milonga, pero no podía correr el riesgo de que fuese cierta. Además, el barítono era famoso, se podía montar una buena.

—Váyanse. Ahora mismo. Antes de que cambie de opinión.

Miguel cogió a Tatiana del brazo y avanzó hacia la puerta principal, escoltado por Marc, que les hizo una reverencia de despedida.

Areces se quedó mirándolos mientras se marchaban con gesto adusto y amargado, antes de volver a la mesa de póker, donde Vera lo esperaba con una expresión irónica en los ojos rasgados.

—¿Qué ocurre?

El empresario apretó los bordes de la mesa hasta que los nudillos se le

pusieron blancos.

La crupier enarcó una ceja y le acercó las cartas de Marc Roselló. La escalera real le saltó a los ojos, afilada e insultante. Cornelia reprimió una sonrisa burlona.

—Al final, Tatiana te ha salvado de una buena humillación, Berto. El cantante os iba a desplumar hasta el último céntimo de euro...

Areces le clavó los ojos con odio y permaneció unos segundos paralizado, intentando contener la rabia. Allí estaban: el as, el rey, la reina, la jota, el diez. Hizo un gesto a Luka Ivanov con la cabeza y los dos volvieron a la casa de forma apresurada.

—¿De qué conoces a Castellano, el jefe de policía?, si se puede saber. — Miguel arrancó el coche mientras comprobaba por el retrovisor que nadie les impidiera la salida.

Marc se carcajeó.

—Vino el otro día a saludarme después de la función. Casi llevaba la placa en la boca. Le gusta mucho la ópera.

—¿Y por qué no vino a saludarme a mí? Nos conocemos desde críos.

—Ya te habías ido. No seas celoso, joder. Yo soy el protagonista. —Le sonrió—. En realidad, solo lo vi ese día. Por supuesto que no es mi amigo. Pero ¿a que resulté muy convincente? ¿Y tú? ¿Conocías a Areces? Menudo personaje. ¿Cómo sabías la contraseña?

—Me la dio un colega. Ha venido muchas veces a las timbas. Se juega mucho dinero, hoy no podía, por eso me dijo... ¡Joder!, ¿abren la puerta o no?

Cuando por fin se abrió, salieron a la estrecha carretera que llevaba hacia Alboraya. Miguel conducía intranquilo, lo que había ocurrido en el hotel lo había desestabilizado, por no hablar del dinero que se habían dejado atrás. Solo a ellos se les ocurría hacer de quijotes espontáneos. De pronto Tatiana rompió su silencio.

—¿Adónde me lleváis? ¿A la policía? No puedo ir a la policía —dijo con acento ruso y en un castellano más que aceptable.

Marc se dio la vuelta en el asiento delantero.

—¿Adónde quieres ir, Tatiana?

Ella se encogió de hombros, luego cruzó los brazos y se cubrió el pecho con las rodillas.

—No tengo adónde ir. Desde que llegué a España me han tenido de casa en casa.

—¿Secuestrada?

—Sí. Y obligada a ser puta. Desde el primer día.

—¿Y tu familia?

—En Kiev. Piensan que estoy trabajando en un hotel. —Sus brazos se estrecharon en un gesto de autoprotección—. Hoy no he podido soportarlo. Me hubiese dado igual morir. Ya sabéis cómo va todo esto. Te engañan, te amenazan, te hacen chantaje. Te cambian de sitio. Estuve cuatro meses en Galicia... —Era como si necesitase soltarlo todo. —Otros cuatro en Cataluña. Creo que a las afueras de Badalona..., no sé. A veces solo un par de días... Nos llevan cada fin de semana a un sitio nuevo.

—¿Quién te enseñó a hablar tan bien español?

—En la escuela, en Kiev, aprendíamos idiomas. Luego aquí, las otras chicas, los clientes... Soy puta, pero no soy tonta. —El tono de orgullo era patente—. Todas somos chicas de Areces. Nos obligan a participar en orgías.

—Joder con Areces. A su padre no sé si le gustaría saberlo. —Marc recordó que el padre de Berto era un empresario famoso en Barcelona, un tipo que salió de la nada. De botones a fundar una cadena hotelera de prestigio internacional, o eso decía la leyenda—. Ahora me fastidia más haberme ido antes de joderlo con la escalera real.

—¿Escalera real? ¿Tenías una escalera real? No me lo puedo creer. ¡Y nos hemos ido sin un puto duro! —exclamó Miguel, estupefacto.

—De corazones. Escalera real de corazones. La primera de mi vida con

apuestas grandes.

—¿Qué es una escalera real? —Tatiana metió la cabeza rubia en medio de los asientos.

Marc suspiró con resignación. Estaba casi seguro de que no volvería a ver esa jugada en muchos años, tal vez nunca.

—Es la combinación de cartas más alta que se puede lograr. Muy difícil de conseguir. ¿Has jugado al póker alguna vez?

—No. ¿Me enseñarás?

Marc esbozó una sonrisa de compromiso y asintió mientras pensaba en el marrón en el que se habían metido. ¿Qué podían hacer con la chica? ¿Llevarla a los servicios sociales? No iba a querer. Tendría que quedarse con Miguel hasta que le encontrasen un sitio.

—¿Cuántos años tienes?

—Voy a cumplir dieciocho.

—No mientas. Pareces más joven.

—No miento. Los cumpliré el 20 de diciembre.

—Tenías dieciséis cuando... Ya. Me lo puedo imaginar.

—No. No puedes. Además... —bajó la voz y se echó hacia atrás—, vendrán a por mí. Ellos no me van a dejar libre así como así. Nunca han dejado libre a ninguna de las chicas.

Miguel miró por el retrovisor temeroso de que alguien los siguiera. Giró y se desvió por una vía camino de la playa de la Patacona. Daría una vuelta bastante grande antes de llegar a su casa en el barrio de Jesús.

—No me dejarán marchar. Mira... —Se desabrochó la bata y les enseñó un hombro. La habían marcado, la cicatriz hipertrófica parecía tener la forma de una flor de lis—. Nos marcan como a las vacas. Somos tuyas. Vendrán a por mí.

Marc apartó la vista y apretó los dientes asqueado. ¿Cómo podía ser? La fama que Berto Areces tenía en Barcelona era la de un tipo algo golfo, hijo de papá, amigo de la hípica, el golf y todos los clichés de la gente rica, no de tener clubs de chicas y, mucho menos, comerciar con mujeres del Este y marcarlas como

ganado. De repente, una luz los deslumbró y el grito de Miguel lo puso en guardia.

Hacia ellos, a toda velocidad, un coche se cruzó en un giro brusco, con chirriar de neumáticos.

—Joder, da la vuelta. ¡Da la vuelta!

—¡Joder!

—Os lo dije. —Tatiana se mordió el labio y se puso el cinturón de seguridad sin inmutarse.

Miguel metió la marcha atrás a toda máquina. El Ford era viejo, pero respondió como lo hacían los antiguos, quemando rueda y embrague. Una ventanilla del otro vehículo se bajó y apareció una pistola, apuntando hacia ellos. Miguel intentó no perder los nervios, aprovechó la entrada a una casa para dar la vuelta y ver, para su desesperación, cómo otro coche se acercaba para cerrarles el paso.

Aceleró, el motor rugió, casi gimiendo, y se metió por un desvío que bordeaba una acequia. Oyeron varios disparos y, al notar el zumbido de una bala, encogieron las cabezas, sin acabar de creerse que aquello les estuviera pasando.

Miguel gritó asustado:

—¿Estáis bien? ¡Ese tipo está como una cabra!

—Calla y conduce, esto es un marrón de primera... ¡Métete por ahí! ¡Acelera, ahora! —le urgió Marc.

Los dos vehículos los seguían muy de cerca. Miguel decidió hacerle caso a Marc, dejar el asfalto, meterse por la huerta y acelerar hacia unas naves industriales que tenían luces encendidas. Las ruedas levantaron una cortina de tierra y patinaron antes de enfilarse el camino de la acequia.

—¿Este cacharro no puede ir más rápido? —Tatiana miraba hacia atrás para controlar a los dos vehículos que entraban en ángulo de tiro.

—¡¡Hago lo que puedo, guapa de cara!! —Miguel dio un volantazo a la desesperada, levantando otro montón de tierra, y aceleró, las ruedas patinaron y empezaron a dar vueltas sin tocar el suelo.

—¡No aceleres, da marcha atrás o nos quedaremos atascados! ¡VENGA, DALE!
—le ordenó Marc.

Sonó otra detonación mientras por fin el Ford salía de la tierra y seguía hacia las naves. En unos segundos se metieron en un aparcamiento lleno de actividad y gente que estaba cargando sacos que salían de unos almacenes. Al paso de unos trabajadores que los insultaron, Miguel consiguió esquivar a un enorme camión que estaba maniobrando. Escucharon un frenazo y vieron cómo uno de los coches evitaba por poco empotrarse en la cabina del camión, que les cortó el paso.

—¡Métete por ahí, por detrás de las casetas de obra!

Al fondo de las naves encontraron una salida de vehículos. Luego, un desvío por un camino sin luces que los llevaba hacia el mar.

Comenzaba a amanecer. Al llegar a Port Saplaya, ya con el sol tintando de dorado los edificios, Miguel metió el coche en el aparcamiento de un Mercadona que estaba abierto para los reponedores.

—Los hemos despistado. —Miguel se secó el sudor con la manga de la camisa.

—Eso parece. De verdad, es incomprensible. Primero nos dejan irnos y luego nos persiguen como locos. Menuda pesadilla —dijo Marc.

—Berto es así —intervino Tatiana—. Entre las chicas, tiene fama de perder los nervios, es cruel. El dinero le da total impunidad. Hace lo que quiere. Tiene comprado a todo el mundo. Además, le da igual, a esta hora en el hotel ya no hay nada. Si llamáis a la policía, dirá que está todo vacío. Que mentís.

Salieron del coche. Una bala había horadado el maletero.

—¡La madre que los parió, hijos de la gran puta! Era el coche de mi padre —exclamó Miguel consternado.

Marc sacó las gafas de sol del bolsillo y se las puso. Empezaba a apretar el calor y no eran ni las ocho de la mañana.

—Deja el coche. Ahora hay que pensar qué hacemos con Tatiana. Está visto que corre peligro. Y nosotros. Si no podemos ir a la policía...

—Las chicas hablan siempre de un sitio en Barcelona, creo que hay una casa donde podemos escondernos. Quizá podría contactar.

—Yo me voy mañana a Milán. Mejor salimos ahora mismo hacia Barcelona. Os podéis alojar en mi apartamento. Regreso pronto. No veo otra salida.

Miguel miró con resignación a la ucraniana, que permanecía de pie con aspecto mucho más vulnerable de lo que quería aparentar. La adrenalina estaba dejando paso a la gravedad de su situación poco a poco en su mente. Parecía un perro abandonado bajo la lluvia.

—No me fío de esa gente. —El instinto de supervivencia de Marc se había disparado—. Van a por Tatiana y nosotros estamos marcados. No sé qué hacer, de verdad. Solo se me ocurre ir a la policía... —El rostro de la chica se convirtió en una máscara cubista y Marc rectificó—: Está bien. Policía no.

—Marc, tienes razón. Cogemos la maleta del hotel y nos vamos a Barcelona. En Milán no creo que te busquen —dijo Miguel.

Marc empezaba a notar unas irrefrenables ganas de fumar, cosa que solo le ocurría en situaciones de estrés. Miró a Tatiana.

—¿Estás segura de que puedes encontrar ese lugar en Barcelona?

Ella se encogió de hombros.

—No se me ocurre nada mejor. Si vamos a la policía, ellos lo sabrán. Me matarán y matarán a mi familia. —Su tono era neutro, tantas veces interiorizada la tragedia y por tanto banal, lo que hizo que Marc se estremeciera.

El aparcamiento se iba llenando de trabajadores y furgonetas de reparto, el sol ya picaba en la piel. Los tres comenzaron a notar el cansancio apoderándose de su cuerpo y su mente.

—Nos vamos. —Miguel abrió la puerta del coche y se subió.

—¿Nadie tiene un cigarro? —preguntó Marc, que levantó las manos al ver la mirada de reproche de su colega.

Le hizo un gesto a la chica y los dos entraron en el viejo Ford, camino del hotel Las Arenas.

Mientras observaba a los madrugadores hacer deporte al borde de las playas, y

algunos barcos en el horizonte azul y perfecto, Marc se relajó y respiró hondo. «Pasado mañana tengo que cantar. No sé con qué voz después de lo de esta noche.» Luego recordó los ojos rasgados de Vera y su *royal flush*. «¿Qué coño hará semejante pivón con ese hijo de puta? La vida es confusa e injusta...»

Convertido en hielo

«Erstarrung»

*Mi corazón parece muerto.
Su imagen en él se ha vuelto hielo.
Si mi corazón se derrite alguna vez
así su imagen huirá por siempre.*

Winterreise (Viaje de invierno),
FRANZ SCHUBERT

Lunes 1 de agosto

—Llegamos a Ronda de Dalt. Estamos cerca ya.

Marc conducía mientras Miguel miraba, nervioso, hacia todas partes, viendo en cada coche un perseguidor. Había dejado al volante a su amigo al llegar a Barcelona porque a él le resultaba imposible orientarse en aquel caos de entradas y salidas y desvíos con número. Tatiana, en el asiento de atrás, encogida como un roedor, se había recogido el pelo en una coleta tirante y ocultaba su rostro tras unas amplias gafas de sol, deseando ser invisible. Apenas había hablado durante el viaje, solo para pedir una Coca-Cola Zero y las gafas cuando pararon en una gasolinera.

—¿Dónde vives ahora?

La curiosidad de Miguel se acrecentó al ver como las avenidas se hacían más amplias y las casas más lujosas. Marc era como un hermano para él, pero desde

que estaba despuntando casi no se veían. La vida los separaba, se habían conocido de niños en la escolanía de Montserrat, luego actuado en mil funciones para desbravarse, en compañías, en conciertos. Pero desde hacía un par de años coincidían mucho menos.

—En Pedralbes.

—No te has movido del barrio.

—No, desde luego. ¿Dónde se puede vivir mejor en Barcelona? —Miró por el retrovisor a Tatiana.

Miguel suspiró, porque un barrio como ese siempre había estado por encima de sus posibilidades, sobre todo si no se tiene la suerte de nacer en una cuna rica, así que se limitó a asentir con un lacónico «en ninguna parte».

—Yo me mudé hace poco a uno de los áticos que tienen cerca de casa — continuó Marc—. Así no les molesto con los ensayos. Soy un privilegiado, lo sé. Barcelona no es una ciudad demasiado acogedora en ciertos lugares. El ático tiene dos habitaciones, la comunidad tiene piscina, todo eso. Aunque yo me paso la vida o en casa de los papas o de viaje...

—Ya.

—Lo importante —sonrió— es que hay un piano y todo el piso está insonorizado. No quiero molestar a nadie, y los ruidos de la ciudad me distraen mucho... y ya sabes que me desconcentro con cualquier cosa.

Se hizo el silencio. El Ford enfiló la calle Bosch i Gimpera. Marc señaló un chalet modernista y comentó que era la casa de sus padres. Tatiana, durante los breves segundos que miró la casa, se preguntó cómo sería disfrutar de una vida plácida y segura tras los muros de una vida anónima, donde el respeto se daba por descontado, sin tener que pelear por cada sorbo de libertad.

Poco más tarde Marc se introdujo en el garaje de una moderna colonia de edificios. Miguel pudo ver la piscina y a un señor limpiando con una varilla larga antes de desaparecer en el aparcamiento.

Pronto estuvieron en el ático, un lugar grande, lleno de luz, decorado con gusto, con una escalera que llevaba a las habitaciones. El salón, que dominaba el

piso inferior, estaba presidido por un gran retrato de Frank Sinatra, con su sombrero *trilby* azul marino y el micrófono Capitol. En el fondo, un piano Steinway que costaba más que el piso de Miguel en Valencia, pensó el tenor, con envidia. Un busto de Wagner. Una butaca italiana color crema. Una guitarra Hofner del mismo color. Un atril antiguo y oxidado —en su justa medida— con muchas partituras y dos velones derretidos a los lados. Libros, muchos libros apilados sin demasiado orden. En el otro extremo, el mueble bar, y sobre él, en la pared pintada también de color crema, una foto de Johann Cruyff con la camiseta naranja de la selección holandesa, fumando en el vestuario.

—Veo que tu amor por el Barça sigue igual que siempre —dijo Miguel.

Marc esbozó una amplia sonrisa, complacido.

—¡Desde luego! ¡Con el equipazo que tenemos desde hace años! Pero bueno... —señaló a Cruyff—, él es el maestro, el sumo hacedor de toda esta gloria, el profeta... Además, sabes que soy socio desde que nací. ¡Mucho antes que del Liceu! —Miró a Tatiana, divertido, pero observó que ella todavía estaba atemorizada; no se había quitado las gafas de sol, como si su casa no fuera un santuario, sino un espejismo que podría desvanecerse en cualquier momento, y esa visión le recordó que él y Miguel podían haberse metido en un buen lío, así que recobró la gravedad en sus palabras.

—Bueno, mejor será que procedamos con orden. Arriba hay dos habitaciones. Escoged la que queráis. En el baño hay de todo, toallas, champú... Tatiana, si buscas en el armario del vestidor puedes encontrar ropa de alguna chica que te sirva. —Le guiñó un ojo y ella esbozó la primera sonrisa de la mañana—. En serio, pilla alguna ropa que veas por ahí. Lo que no tengo es mucha comida: leche de soja, algunas latas, patatas. Cervezas seguro. Lo siento. Me paso la vida a dieta. Si tengo mierda en casa me la como, ya me conoces, Miguel.

Miguel observó la preocupación de su amigo, y le sorprendió; por lo general Marc se mostraba en público como una especie de témpano de hielo que solo se alteraba cuando alguna chica no respondía a sus avances o un director quisquilloso le sacaba de quicio. Él lo conocía lo suficiente como para saber que

detrás de su presencia deslumbrante, que él no buscaba, había un tipo legal, nada consciente de su carisma cuando estaba con los colegas. Marc tenía «aquello» que podía convertirlo en una estrella, «aquello» que todos querían, aquella mezcla de Errol Flynn y Winnie The Poo. A veces lo odiaba. Y ese odio era seguido por un fuerte sentimiento de culpabilidad, porque lo cierto es que Marc nunca le había dejado tirado. Y, en honor a la verdad, siempre concluía, en medio de esas pasiones encontradas que sentía hacia Marc, que además de atractivo, su amigo era en su trabajo bueno, muy bueno. Su voz era profunda y vibrante como la de un violonchelo. Y ante aquello poco se podía hacer. Para triunfar había que tener un don, Marc lo tenía, él también, pero menos. O menos suerte. Qué más daba...

—Yo voy a ducharme y a hacer la maleta: en unas horas tengo que coger el avión.

Marc se quedó en silencio unos segundos, sin saber qué decir. Aquella situación era nueva para él; ahora no estaba interpretando un drama romántico que se resolvería con puñales amañados y bellas palabras trágicas: temía por su amigo y por la chica, pero no podía cancelar su actuación en Milán. Quedarse como un ángel custodio le pareció un sacrificio que no estaba a su alcance, y en su mente lo calificó de ridículo. Se había preparado durante mucho tiempo para cantar *Winterreise*, «Viaje de invierno», una partitura romántica, intensa, adecuada a su voz. Y la cancelación del otro cantante era una oportunidad única para él. Volvió a fijarse en Tatiana, que estaba contemplando Barcelona desde los amplios ventanales del ático, y apreció su aspecto de animal herido... No, no podía perder esa oportunidad; sería poco tiempo en realidad lo que iba a ausentarse.

—Hay una alarma. Os enseñaré a conectarla. Tenemos portero en la finca, pero solo trabaja hasta las ocho de la tarde.

—Sabremos cuidarnos, no te preocupes —dijo Miguel, pero su voz no sonó demasiado convincente.

Marc asintió y se metió en su cuarto para recoger una maleta que

prácticamente estaba ya hecha. —Mañana por la tarde estaré de vuelta si no hay cancelaciones o imprevistos. Portaos bien mientras tanto. —Sonrió, y se dirigió a la puerta.

Un taxi amarillo y negro recogió a Marc un poco después, Tatiana lo vio marchar levantando un poco el estor.

—¿Quieres una cerveza? —Miguel apareció con cervezas heladas, palomitas de micro y un paquete de patatas fritas. La joven se dio cuenta de que estaba hambrienta. Se sentó en el sillón que ocupaba parte de la sala y recogió las piernas. Apoyó las rodillas en la barbilla. A pesar de su temor, se sentía bien por primera vez en mucho tiempo. Miguel dejó todo sobre la mesa. Fue hacia un equipo de sonido de diseño que parecía tan caro como todo lo demás y lo encendió. Luego se repantingó a su vez en un sofá que estaba enfrente del sillón de Tatiana. Suspiró y bebió un trago largo de la Moritz.

—Gracias por todo —dijo la chica, mostrando un brillo de aprecio en sus ojos.

—¿Gracias por...? —Miguel le devolvió una sonrisa—. Los cantantes de ópera somos caballeros españoles. Nunca dejaremos atrás a una dama en apuros —dijo con aire solemne, al tiempo que levantaba la cerveza en su honor.

Tatiana se levantó, alcanzó una cerveza y apuró media botella sin respirar. Mirando a Miguel, se acercó y se sentó a su lado. Luego posó su mano en la entrepierna y la acarició. El tenor saltó como un muelle.

—¡Qué haces, mujer!

—¿No te gusto? —Los ojos de la joven se abrieron como los de un cervatillo. Después de dos años de esclava, aquel era su único lenguaje. ¿Qué mejor forma de agradecerle algo a un tío que una mamada?

Miguel se separó un metro en el sofá.

—A ver, Tatiana. Soy gay. Creo que se nota desde el primer momento... —Movié la cabeza, se calló unos segundos, y al final soltó una carcajada ante la mirada de pasmo de la joven—. Preferiría pasar un buen rato con Marc, en serio. —Abrió una bolsa de patatas y esparció unas pocas en un plato—. Tómate las

patatas. Tienes que estar hambrienta. Bebe, anda. No me mires así. Los músicos o somos mujeriegos, o gais, o locos. ¡Y a veces todo a la vez!... Venga, come.

Tatiana se llevó un puñado de palomitas a la boca y luego bebió otro trago de cerveza para bajarlas. Sus mejillas estaban rojas de pudor. Se sintió bien, después de mucho tiempo se sintió muy bien. Con aquel hombre no tenía que ser complaciente, ni puta, ni impostada. Solo ella misma. Tuvo que hacer un esfuerzo para acordarse de ser normal. La cerveza y las patatas ayudaban.

—Y ahora toca trabajar, Tatiana. Es necesario que recuerdes todo lo posible del sitio del que te hablaron tus compañeras. Tenemos que averiguarlo para cuando vuelva Marc. Hay que arreglar esta situación cuanto antes.

—Ok. Lo intentaré. Por cierto. Puedes conseguir alguna pastilla para dormir, ¿verdad?

Miguel asintió. Tocaba revolver en el botiquín de Marc, un insomne irredento. Seguro que él tendría.

—¿Estáis bien?

Hacía un calor insoportable aquella tarde en Milán. Marc admiró de nuevo la grandiosa arquitectura del Duomo apoyado en la estatua ecuestre mientras hablaba con Miguel. Había pasado todo el viaje de avión durmiendo.

Todo bien, le contó Miguel. Tatiana estaba durmiendo, ninguna novedad. Iba a bajar a por algo para comer, leche. «Hay café en cápsulas en la alacena y la máquina es fácil de usar», dijo Marc. «Mejor pedid una pizza o algo para cenar, da igual; es mejor no salir a la calle, por si acaso», les aconsejó. Sí, la alarma estaba puesta. Mucho cuidado. No, Tatiana no había recordado el nombre del sitio. Solo que creía que era un local de copas y conciertos. Recordaba también que se lo había contado una veterana llamada Penélope, le dijo Miguel.

—Bien. Tengo amigos periodistas. Si ese lugar existe, tiene que ser un sitio conocido de alguna forma, en cuanto pueda les pregunto. Tenemos que solucionar este tema cuanto antes. Me voy al teatro.

Durante unos segundos ambos amigos quedaron en silencio. «Tened cuidado», dijo Marc. Miguel le aseguró que lo tendrían, y colgó.

Marc llevaba el frac en una mano y una cartera de piel con las partituras en la otra. En la puerta de *stage* ya estaba la pianista esperando, y Marc le dedicó una de sus sonrisas naturales y encantadoras.

—Magda. Cuánto tiempo.

Magda sonrió a su vez, se quitó las gafas de sol y se puso de puntillas para besarlo. Marc era alto, no un gigante, pasaba del metro ochenta; sin embargo la pianista era menuda, redonda y pelirroja, con manos muy alejadas del cliché de su profesión. Eran nudosas y fuertes, con los dedos cuadrados. Hablaron en italiano.

—¿Qué le pasó a Jonas? ¿Se sabe algo de la cancelación? —preguntó el barítono.

La mujer esbozó una carcajada y entrecerró los ojos verdes. Luego se colocó un mechón pelirrojo tras la oreja. Obvió responder, porque Jonas era célebre por sus espantadas de última hora, y Marc lo sabía. En su lugar, preguntó:

—¿Has ensayado algo?

—Si supieras. Vengo de un *Don*. Y de algún tema que no se puede contar. — Sonrió con malicia.

—Tú y tus juergas. ¿Otra vez conquistando mujeres?

—Te juro que no. Solo te quiero a ti. —Miró con fijeza los pechos grandes que se adivinaban bajo la blusa blanca de concertista. A ella no le pasó desapercibida la dirección de su mirada.

—¡Eres incorregible! Vamos dentro. Tenemos que hacer algo bueno. La gente está enfadada por la cancelación, así que te están vendiendo como la estrella emergente del Liceu para salvar los muebles. ¿Cómo estás de voz? Un *Don Giovanni* es muy fastidiado...

Marc saludó al vigilante que custodiaba la puerta y tocó la espalda de la mujer para que pasara.

—No me presiones. ¿Alguna vez te he decepcionado? Soy una estrella

emergente, ¿no? En ciertas cosas, consagrada... —Marc le tocó el cabello suave, de color zanahoria. Las pelirrojas le volvían loco—. Te vas a reír pero tengo una *Tosca* en otoño en el Liceu. Con el Persa. ¿Qué te parece?

Magda ladeó la cabeza y se mordió el labio con lascivia.

—Mmm. Scarpia. Con esas botas y esa fusta. Me encanta. ¿Cuándo te vas de Milán?

—Mañana por la mañana. —Y su rostro se ensombreció un segundo, porque de nuevo la ansiedad le pinzó.

—¿Nos da tiempo a cenar juntos después de la función? Estoy en el Hotel Verdi. ¿Tú?

El barítono sacó de la cartera una reserva.

—Nos han puesto en el mismo. Seguro que les hicieron precio.

—A Jonas no lo hospedaron allí, tenlo claro... Venga. Nos da tiempo a ensayar un rato. Va a estar bastante lleno. Haz el favor de estar concentrado. Que no te pase como aquella vez en Bolonia...

Rusty aceleró su Harley en la Diagonal, sintiendo entre sus piernas aquel rugido característico que le ponía siempre cachondo. Giró a calle Nápoles. Aparcó en un reservado para motos que estaba lleno de vespas, se quitó el casco y soltó un par de imprecaciones por lo bajo sobre los turistas que caminaban en tropel para visitar la Sagrada Familia, aquel horror que le recordaba al Castillo de Walt Disney de Orlando. A pesar del calor no se quitó la cazadora de cuero negro y viejo que le daba suerte. Sacó unos auriculares y se puso a escuchar los éxitos de June Carter y Johnny Cash mientras caminaba con andar cansino hacia el portal donde se encontraba su amigo y socio Samir. Samir era confidente de la policía y, por tanto, la policía le debía favores. Y con un par de llamadas, Samir podría averiguar todo lo que él necesitaba en aquel momento. Y de paso conseguirle un par de gramos de coca para disfrutar la noche.

—¿He estado bien? —Marc le mordió levemente el labio inferior y luego repasó con su lengua el superior antes de silenciarla con un beso profundo y sensual. Sabía a lápiz de labios y a sudor.

—Eres un egocéntrico, Marc Roselló. Claro que has estado bien. —Magda se libró del abrazo e intentó abrocharse la blusa—. ¿Y yo? ¿Cómo he estado yo, eh?

—Has estado sublime, querida. Diez minutos de aplausos en Milán no son una tontería. Aunque solo estuviese llena la platea... —Levantó las cejas y estalló en carcajadas.

Magda sonrió, casi a su pesar.

—Ten paciencia. Es el principio. Luego habrá más. Me voy a mi camerino. Y tú, cámbiate para firmar algún autógrafo rápido, que nos vamos a cenar con más gente a un turco que conozco. Te va a encantar.

Marc aprovechó para llamar a Miguel de nuevo. Se quedó más tranquilo cuando confirmó que todo seguía en casa sin novedad.

De noche, con Magda respirando quedamente a su lado, una ansiedad difusa, una aprehensión que trataba de negar, no le dejaron dormir más de unas pocas horas.

2 de agosto

Tatiana se incorporó. Estaba asustada. Estaba oscuro. Sudaba. Su pecho subía y bajaba, la respiración angosta; angustia, pitidos, mientras el sueño aún aferraba su cerebro con garfios afilados. ¿Había escuchado voces? ¿Ruidos? Era un sueño. Solo un sueño.

Había soñado con aquel tipo que la persiguió en la casa, aquel a quien llamaban el Tártaro, con todos los hijos de puta que la querían follar, con la mujer que había tocado sus genitales el primer día, la había lavado con una esponja, le había puesto crema. Aún notaba sus manos rugosas en su vulva. El dolor. Pensó en su abuela, en su madre. En todas las mujeres de su familia. En la

nana que le cantaba su hermana mayor. Aun así la sensación de pesadilla no se iba, seguía, nebulosa y retorcida.

En la mesilla había un reloj. Eran las siete de la mañana. Había perdido la cuenta de las horas que llevaba dormida, gracias al somnífero que encontró Miguel en el baño de Marc. Palpó la mesilla y encontró un interruptor. Encendió la luz. Las sábanas eran suaves, el colchón se hundía lo justo para acogerla. Oía a suavizante. Poco a poco su ataque de ansiedad comenzó a remitir. Se estiró como una gata. Había sobrevivido a la vida real, sobreviviría a los sueños.

Oía a café. Enfrente de la cama, una pantalla plana Samsung. El mando estaba junto al reloj; encendió la televisión como si estuviera en un hotel de lujo, buscó una película, y le quitó el sonido. Le gustaba ver películas e imaginarse qué podrían decir sus personajes, porque prefería construir su propia historia, como si con ello pudiera rehacer la suya.

Había dormido desnuda para notar en su piel el tacto de aquellas sábanas. Se puso las chanclas de piscina ajustables que había encontrado en un armario, unos bóxeres de flores que le quedaban grandes pero que eran bonitos y, por encima, la camiseta de Marc de «The Smiths is dead» que le llegaba por encima de las rodillas. No sabía quiénes eran los Smiths, pero le había gustado aquel hombre de párpados gruesos y un puro que la miraba desde la elegancia poética de Wilde. Tampoco sabía quién era Oscar Wilde, aunque le sonaba su rostro de los libros de la escuela. Subió la persiana dándole al botón blanco que estaba al lado de la cama. Empezaba a amanecer.

Tenía que encontrar el sitio en donde se refugiaban las chicas.

Tenía que esconderse. Encontrar un lugar donde poder vivir y la respetaran.

El nombre del sitio. No lo recordaba. ¿Era un local de conciertos? Sí. Tenía que pensar. Recordar. Tenía un nombre. El sitio y el tipo que las acogía. Un nombre extraño. Miguel y ella habían intentado averiguarlo pero sin éxito.

Un café. Necesitaba un café. O un té. Cualquier cosa. El olor que subía desde la cocina le retorció las tripas. Hacía horas que no comía nada, salvo las patatas que acompañaron a la cerveza.

Tatiana abrió la puerta de la habitación. Escuchó pasos subiendo la escalera. La cabeza de Rusty apareció, sigilosa.

Su mente, de pronto, se quedó en blanco, sumida en el terror. No. No otra vez.

Tatiana salió del cuarto y, descalza, corrió por el pasillo, lo dobló y se metió en el vestidor que estaba junto al baño, equidistante entre las dos habitaciones.

Rusty, ya en el piso superior donde estaba Tatiana, terminó de abrir la puerta del cuarto donde había dormido Miguel. Entró y miró los armarios. Estaban llenos de trajes, fracs, un esmoquin. Se veía que Marc cambiaba de talla con frecuencia. Gorros de mosquetero. Una casaca. Pero no estaba la ucraniana. La ventana estaba abierta y la cama, hecha. Sobre la colcha una camiseta doblada perfectamente. ¿Debajo de la cama? Tampoco. Había un somier. Levantó el somier. Nada.

Rusty se dirigió a la siguiente habitación, que se hallaba sobre la otra parte de la L que adoptaba el apartamento, pasando el baño y el vestidor, y antes de una sala pequeña que hacía de gimnasio. ¿Dónde se habría metido la lagartija? Las camas parecían cómodas. Sintió el deseo, en cuanto la encontrara, de darle una lección. A él no le iba el rollo romántico. Prefería la acción, demostrar rápido quién tenía el mando. Podía atarla. Hacerla suplicar. Hacer que le lamiese todo el cuerpo, darle algo suyo para que la puta desayunara, mientras lo miraba con miedo y respeto con aquellos ojos verdes de gimnasta eslava. Había oído que era una de las más complacientes. Pero no lo creía. Aquellas zorras siempre engañaban.

Nada. Pero allí había estado alguien. Un vaso con agua. Un blíster de pastillas. Olor a haber dormido. La cama sin hacer. La televisión encendida, aunque sin voz. Rusty continuó con su rutina de búsqueda. La muy zorra ya se la había jugado una vez. No volvería a pasar.

«Me va a encontrar. ¿Dónde está Miguel?»

Tatiana comprendió que en el vestidor estaba perdida; no podía esconderse; si lo abría la tendría en sus manos. Escuchó ruido en la habitación donde había dormido y se dio cuenta de que su perseguidor estaba allí. Se armó de valor,

aspiró hondo, salió del vestidor y se apuró hacia la habitación que Marc había habilitado a modo de gimnasio, lo había visto antes de acostarse, curioseando.

Al entrar se vio reflejada en los espejos que cubrían una parte de la pared, el rostro deformado por el terror. Esquivó el saco de boxeo que colgaba del techo y avanzó hacia el fondo, donde se encontraban las pesas. Su mano cogió precipitadamente una barra de hierro, pero tenía tantos kilos que no fue capaz de alzarla. Miró alrededor. Unas mancuernas. Levantó una con un esfuerzo asumible. Rusty hizo ruido bajando el somier. Tatiana se acercó a la puerta y se apostó, la mancuerna aferrada con los dedos convertidos en garfio. Ya no temblaba como la primera vez, ahora había transformado el pánico en una ira sorda, terrible. No. No iba a volver jamás. Escuchó ruido otra vez. Pasos. Levantó la pesa.

—Tatiana. ¿Estás despierta?

Tatiana oyó la voz atiplada de Miguel proveniente de la planta baja. Pero ahora solo podía ocuparse de lo que estaba sintiendo en su piel: la respiración de Rusty sonando muy cerca, el temblor de sus manos sosteniendo la pesa. Después de unos segundos, los pasos se alejaron, quedos, y ella permaneció pegada a la pared intentando dominar su pavor.

Miguel había entrado empujando la puerta semiabierta, lo que le había extrañado, la bolsa con cruasanes en la mano. Había hecho café, pero al no encontrar nada decente, había decidido bajar a hacerse con un buen desayuno.

—¿Tatiana? —Entró en la cocina un segundo para dejar la bolsa de plástico sobre la encimera. La cafetera seguía intacta.

Rusty bajó con rapidez y lo sorprendió por la espalda. Miguel soltó una imprecación al notar una sombra por detrás, consiguió coger la cafetera y se la tiró por encima al americano, que recibió una pequeña parte de líquido ardiendo en su pecho y brazo. Se libró en parte gracias a la cazadora que llevaba puesta, aunque abierta.

Tatiana, mientras tanto, bajó las escaleras, porque la ira había tomado el lugar del terror. No iba a quedarse a merced de su suerte, pasara lo que pasara.

Rusty, aguijoneado por la quemazón, largó un puñetazo a la cara de Miguel, que, pillado por sorpresa, perdió el equilibrio y cayó hacia atrás: la cabeza, la nuca, impactaron con el borde del mármol blanco.

Luego, el tenor se deslizó hacia el suelo con los ojos muy abiertos, que no parpadearon más.

El americano se quedó atónito, sorprendido. Se agachó para comprobar que lo que estaba temiendo era cierto. ¿La habría cagado otra vez? Últimamente el jefe no estaba muy contento con él. Le decía que pensara antes de hacer las cosas, pero ¿qué más podía hacer? ¡Joder, él no tenía la culpa de que aquel capullo se hubiera hecho el héroe!

Pero sus cavilaciones se interrumpieron de modo súbito. Se había distraído en su propio infortunio y no reparó en Tatiana, quien entró y estampó con decisión, los dientes apretados en una mueca de odio, la mancuerna en la cabeza del sicario, que cayó de rodillas.

Ella no se quedó a ver qué pasaba: aterrorizada, salió al rellano y bajó por las escaleras a toda velocidad.

Algo de suerte

Rusty gimió. Se llevó la mano a la cabeza, no había sangre, pero la pesa, que permanecía en el suelo, había impactado de una forma lo suficientemente jodida como para que se sintiese conmocionado. Una zona de su pecho le quemaba, producto del café caliente que le había lanzado Miguel.

«Ha sido esa puta.»

Consiguió incorporarse para encontrarse de narices con el cuerpo de Miguel y aquellos ojos azules que empezaban muy pronto a empañarse.

—*Fuck!* —Rusty era de origen puertorriqueño, bisnieto de españoles, y le salía esa expresión americana cuando las cosas se torcían.

Abrió la puerta del piso despacio, mirando a ambos lados. Salió al rellano. Ni rastro de Tatiana. Suspiró. Ya se la había jugado dos veces. Su jefe lo mataría. La niña escapada, el cantante, muerto. Aunque normalmente le costaba concentrarse, hizo un esfuerzo por detenerse a pensar. Recordó con resignación algo que solía decirle Berto Areces: «Si además de los músculos usaras el cerebro, valdrías tu peso en oro».

Volvió a entrar y cerró la puerta con cuidado. Su mirada barrió el mueble del recibidor. Allí estaba la llave del coche de Marc, pertenecía a un Audi. Y el mando del garaje. Se puso a pensar y dio con algo. Lo había visto en una película. Era temprano y en la finca no vivía mucha gente. El portero comenzaría su jornada a las nueve, contaba con cerca de una hora. Comprobar si estaba el coche. Bajar el cuerpo. Podría salir bien. Si tenía suerte, claro. De un tiempo a aquella parte no la tenía. Rebuscó en el bolsillo del tejano y tocó su piedra de la

suerte, un trozo de sarcófago egipcio que había robado de un museo en El Cairo. Tocarla lo tranquilizó, aunque el dolor de cabeza iba a más.

Encontrar a la fulana quedaría para más adelante. Ahora lo prioritario era resolver aquel embrollo.

Cogió la llave y el mando y bajó al garaje. Cuando vio que las luces que se iluminaban eran las de un A5 Cabrio, negro, brillante, sintió una punzada de envidia. Aunque el resto de los vehículos que lo acompañaban tampoco se quedaba atrás.

«Putos ricos de mierda.»

La puerta de acceso al garaje quedaba justo al lado del coche. Rusty perdió quizá más tiempo del debido buscando cámaras, que no encontró. Luego volvió al piso para hacer lo que era necesario. Aunque lo primero sería buscar un analgésico. Su cabeza se estaba convirtiendo en un festival de tamtams y gongs chinos por momentos.

Llenó un vaso de agua y se tomó dos Ibuprofenos mientras observaba con cierta pena el cuerpo del tenor. Se quitó la cazadora, se remangó y miró su brazo. La quemazón era evidente, pero aquello no le iba a matar. Luego se encogió de hombros y puso manos a la obra. Maldijo varias veces aquello de que los cantantes de ópera tuviesen que ser gruesos para conservar la voz. Luego cogió el móvil y llamó a Samir. Iba a necesitar su ayuda.

Marc apartó la preocupación por no recibir ninguna noticia de Miguel y Tatiana al encender el móvil. Llevaba intentándolo desde primera hora sin ningún resultado. Mientras caminaba por la terminal de El Prat decidió distraerse y llamar a Gladys, una periodista amiga-y-algo-más que trabajaba en la televisión local Catalunya-TV y de periodista *free lance*. Gladys lo sabía todo sobre los entresijos, las oscuridades y rarezas de Barcelona. Si ese lugar existía, ella lo sabría.

—Ok Marc, hago averiguaciones y te llamo; no tardaré.

Marc se lo agradeció, colgó e intentó comunicarse de nuevo con Miguel. Nada. Bajó hacia el lugar donde se encontraban los taxis, con la ansiedad royéndole el estómago. Embebido en sus preocupaciones, dejó que el taxista metiese en el Prius la maleta casi sin mirarlo. Entró en el vehículo y apartó un libro para sentarse. Lo miró. *No llames a casa*. No lo había leído. Salía la catedral gótica en la portada.

—A Pedralbes, por favor. Tiene datáfono, ¿verdad?

El taxista no contestó, y en su lugar abrió la otra puerta trasera para recoger otros dos libros que se amontonaban allí, para que pudiese colocar sin estorbos el frac, que Marc llevaba en la mano.

—Lo siento. A veces me olvido de los libros. Sí, tengo datáfono.

Marc se ajustó el cinturón.

—No se preocupe. A mí me pasa lo mismo. Acumulo discos, libros, partituras. Es curioso... —el taxi comenzó a rodar, saliendo de El Prat—, un taxista lector. No se ofenda, pero lo normal es que pongan la COPE. Y lean el *Marca*.

El taxista sonrió, complacido, y lo miró con sus ojos castaños a través del retrovisor.

—Me gusta leer. Y escribo. Nada importante. El taxi embrutece. Es necesario hacer algo. Bueno, no sé. En realidad no me gusta ser taxista...

—Ya. Entiendo. De todos modos hay cosas peores. —Le sorprendió la repentina sinceridad del hombre. No supo qué contestar.

—¿Es músico? Por lo del frac. Y las partituras.

—Cantante de ópera.

El taxista asintió.

—Me gusta la ópera, pero me gustan más el rock, el pop. También compongo canciones. Tengo un grupo..., en fin, nada serio, pero mato el gusanillo. —Su voz se apagó. Puso música. Marc reconoció a The Clash.

—¿*Sandinista*?

—Joder, sí —reconoció, sorprendido de que el cantante de ópera supiera el nombre del álbum.

Marc sonrió. Tenía oído absoluto, una memoria musical prodigiosa, un archivo interminable de canciones y óperas bullía en su cabeza de forma anárquica.

—No es uno de los mejores discos... ¿Es usted de Barcelona?

—Mis padres eran charnegos, pero yo nací en Horta. Vengo de dos generaciones de taxistas. Quizá sea mi destino al fin y al cabo. Y es discutible que no sea uno de los mejores discos. Algo largo, sí.

—¿Por qué no me deja leer algo suyo? Tengo amigos..., podría recomendarle.

El taxista negó con descreimiento, lanzó un largo suspiro y volvió la cabeza una décima de segundo. Luego apareció ante los ojos de Marc una tarjeta.

—Me conformo con que me llame cuando me necesite para un servicio. No sé hasta qué punto le gustaría leer las poesías o escuchar las canciones de un taxista.

—Si son buenas, no tendré demasiado problema. Eh, perdone, un segundo.

Marc notó el teléfono vibrando justo antes de sonar. Era su madre.

Cuando terminó de hablar, el taxista se dio cuenta de que Marc había empalidecido hasta parecer un papiro mojado.

—Vamos a Bosch i Gimpera, por favor. Le rogaría que todo lo de prisa que pueda.

Al llegar a su destino Marc pagó y no se demoró en recoger la vuelta. Hizo un gesto amigable al conductor y respiró con ansia, temiendo lo que los próximos minutos pudieran depararle.

Tatiana temblaba en la cocina mientras sorbía un cuenco con Cola Cao. A su lado, el perro de la familia Roselló, una border collie llamada Laika, intentaba lamerle la mano para consolarla.

Marc miró alternativamente a su madre y a Tatiana, con su camiseta puesta, sus bóxeres y los lagrimones cayendo por las mejillas. Soraya, una mujer no muy delgada, pero tampoco gruesa, estatura media, cabello canoso y recién

peinado, suspiró mirando a su hijo, de nuevo metido en líos. Lo llevó hasta el salón con mirada de desaprobación. Habló en voz baja pero enérgica.

—Menos mal que tu padre no está. —El cantante se sintió un adolescente ante una regañina—. ¿Qué ha ocurrido con esta niña? Dice que te conoce. Imagino que dice la verdad porque esos calzoncillos de Tommy te los regalé yo por Navidad. ¿Otro de tus ligues?

—No, mamá. Es... bueno, una historia muy larga. No, no es un ligue. ¡Es una cría, por favor! Ayer la sacamos..., bueno, ya te lo contaré con calma. No te preocupes. Ahora tenemos que marcharnos. ¿Tienes algo de ropa para prestarle? Y algo de comer. Dile a Marián que le haga una hamburguesa. Tiene que estar muerta de hambre.

—¿Algún día sentarás la cabeza? —Esta vez lo dijo con voz que a Marc se le antojó muy alta.

El móvil de Marc volvió a vibrar en su bolsillo, y agradeció esa interrupción para no tener que aguantar los reproches de su madre. Era Gladys.

—Bingo, Marc. Resulta que, preguntando, tengo una amiga que trabaja allí de camarera. Está al lado del Hospital de Sant Pau. Un garito muy gótico, con actuaciones de jazz, punk, rockers y demás fauna. El dueño es Anatole, un exboxeador, exmilitar, exruso, extodo. Lo que hace, lo hace fuera de foco, ya me entiendes. No le gusta la publicidad. Pero está muy bien relacionado con las autoridades. Es un tío legal, pero duro, ya me entiendes. Las mafias le respetan. Si quieres te llevo hoy por la noche.

—Eres increíble, Gladys. Muchas gracias, ya te digo cuando pueda ir. Te debo una.

Una hora más tarde, después de escuchar repetidamente a su madre que, «por lo que más quieras, no te metas en líos», dos guardias de seguridad de la finca acompañaron a Marc a la puerta de su apartamento.

—Me llamó alguien diciendo que habían entrado a robar en mi casa.

—La puerta está cerrada —dijo uno de ellos, un tipo moreno y enjuto.

—No dudo que haya sido una broma pesada, pero entiendan, no me parece

una buena idea ingresar solo.

El guardia asintió, flanqueado por su compañero, claramente un armario, que consideraba la conversación como algo que no entraba en su sueldo.

—¿Tiene llaves?

—Por supuesto... —Introdujo la llave sin problemas en la cerradura. El guardia hablador dio varios pasos e hizo un gesto.

Todos entraron. Al cabo de un rato, tras comprobar que estaba todo en orden, se reunieron en el recibidor.

—Ya nos dirá si le han robado algo. Aquí parece estar todo correcto.

Marc calló su agobio por la ausencia de Miguel. Y sí. Todo parecía estar en orden a primera vista. Salvo por la sensación de que, en realidad, todo iba mal, muy mal.

Rusty se secó el sudor con un pañuelo que llevaba siempre en el bolsillo y se tomó otros dos Ibuprofenos con un largo trago de bourbon. Durante todo el tiempo, al aire libre, concentrado en su labor, no se había dado cuenta de que la temperatura era demasiado alta y su cabeza le seguía doliendo. Ya había dejado el coche en su sitio, ya había organizado lo de Miguel con la ayuda de Samir, ya había vuelto del lago, ya había cogido su moto y tocado varias veces su amuleto antes de detenerse en un bar a recuperar fuerzas. Y ahora veía las llamadas de Darío Gara y sabía que tenía que coger el teléfono, pero hasta que no terminase su bourbon y luego tomase un par de cervezas y unas bravas no iba a contestar. Estaba dolorido y hambriento. A veces echaba de menos su tiempo de pandillero en San Juan, cuando las cosas eran muy simples y todo se resolvía a hostias y navajazos, o bien con pistolas si el asunto pasaba a mayores. Aquellos buenos tiempos acabaron cuando el juez le dio a elegir entre entrar en los marines o la cárcel. Le dijo que había tenido mucha suerte de que existiera ese programa para delincuentes juveniles, y que sería un completo imbécil si perdía esa oportunidad. Si aguantaba nueve meses y aprendía un oficio su deuda con la sociedad quedaría saldada. La actitud de Rusty, cuando recordaba esos meses, era ambivalente. Por una parte le jodió tanta orden y disciplina, y los capullos

blanquitos como la nieve que le hacían la vida imposible. Pero si pensaba más despacio, cuando se licenció sabía arreglar coches. Muy de vez en cuando se preguntaba si no hubiera sido mejor reengancharse, pero cuando eso ocurría enseguida rechazaba esa idea, porque la vida militar no estaba hecha para él. Con el jefe cumplía órdenes, sí, pero vivía sin deslomarse, y sacaba una buena pasta. Era como ser autónomo, se decía.

Dio un sorbo de cerveza y, moviendo imperceptiblemente la cabeza, espantó esas reflexiones y se obligó a pensar en el presente. Sintió la frustración, y las ganas de pillar a aquella jodida niña y reventarle el culo hasta que no pudiese sentarse en dos semanas.

Vera bajó del Alvia y caminó con su maleta de ruedas hacia la puerta de Sants. En una terraza cercana le esperaba Darío Gara, tomándose un Martini. Darío era el administrador y contable de confianza de todas las empresas de Berto Areces en Barcelona, íntimo desde que, hacía tiempo, se conocieran en una prestigiosa escuela de negocios mientras cursaban un máster MBA.

En Barcelona hacía un día luminoso. Vera se quitó la chaqueta y caminó hacia el bar con lentitud, disfrutando del momento; sabía cuándo los hombres la miraban. Se sentó al lado del administrador. Levantó las piernas en un gesto cómico.

—Tengo ganas de llegar a casa y quitarme los tacones.

Darío, de unos cuarenta años, bien parecido, ojos grandes, pestañas muy largas para ser un hombre, atractivo para las mujeres, aunque demasiado delgado a los ojos de Vera, de manos sensitivas, se levantó con cortesía. Había ido a buscarla a la estación para llevarla luego a un local de L'Hospitalet donde iban a organizar una velada de boxeo.

—¿Y Rusty? ¿Sabemos algo?

Darío aspiró ruidosamente y juntó las manos en la mesa de metal.

—Ni idea. No contesta al teléfono.

—Lo necesito para esta tarde. El asunto de las apuestas está muy caliente. Rusty Jones. Se podía haber buscado otro nombre. Una Moritz, por favor. —Le hizo una seña al camarero.

—Ya lo conoces. Todo ese rollo de tatuajes, rock y Harley tan manido. Un exmarine reconvertido en malote, o sea, lo que era en sus comienzos allá en su pueblo. Lo de Germán Sánchez no le pegaba —dijo con ironía—. ¿Qué tal en Valencia?

Vera suspiró y sus ojos se convirtieron en dos rendijas. Gara pensó que por sus facciones tan enigmáticas había mostrado algo parecido a una sonrisa de burla.

—Te hago un resumen: hace dos días un tipo, un cantante de ópera famosete, nos pudo fundir la partida con una escalera real. Berto casi sufre un ictus al ver las cartas, tenía una mano ganadora, pero el otro superaba a cualquiera. Luego se escapó una de las putas. Imagínate. Y Luka estrelló la furgoneta cuando estaban a punto de pillarla. Noche completa. Por lo menos el cantante no se llevó el dinero. Lo había apostado todo.

Gara puso mueca de asombro contenido.

—Los cantantes de ópera, esa gente extraña.

—A mí me gusta. —Vera sacó un cigarrillo Vogue del bolso y un Zippo con la cara de Frank Sinatra.

—¿La ópera? ¿O el del Royal Flush? —dijo, sonriendo, señalando con un dedo el encendedor.

Ella se limitó a sonreír de nuevo con aquellos labios que a Darío le parecían de hielo. El camarero llegó con la cerveza y los dos permanecieron en silencio. Vera bebió un sorbo y se repantingó al sol como una gata.

—¿Quién va ganando en las apuestas?

—El uruguayo. El Tigre Chaves es muy bueno, superior a Zarco. Si conseguimos que gane Zarco nos podemos posicionar muy bien. Zarco es joven. Es catalán. Tiene mucha proyección, nos dará muchas satisfacciones.

Vera asintió, pensativa unos instantes.

—¿Entonces? ¿Llamo al químico?

—Sí, llámalo.

—Bien. Ya está todo. Cerradura cambiada, barra de seguridad. Esta casa será inexpugnable.

El barítono pagó al cerrajero y cerró la puerta como si se tratara del portalón de un castillo medieval. Miró a Tatiana, que, apoyada en la pared, y vestida con ropa de la madre de Marc que le quedaba grande, parecía un poco más calmada mientras la perra hacía guardia a sus pies. Marc había decidido llevarla para desalentar a posibles visitantes.

—¿Seguro que viste a Miguel en el suelo?

—Salí corriendo pero me dio tiempo a verlo. Estoy segura.

—Pues se lo han llevado. Joder. ¿Y ahora qué hacemos? ¿Ir a la policía?

Ya sabía la respuesta antes de que la ucraniana empezara a negar con vehemencia.

—Matarán a mi familia, esa regla la tenemos muy clara. Si nos portamos mal, nos castigan, pero si vamos a la policía paga nuestra familia. No, no puedo ir a la policía. No puedo. Imposible.

La paranoia de Tatiana hizo que Marc reaccionara al momento. No tenía mucha práctica en lidiar con ucranianas en el abismo de la histeria ni le apetecía demasiado aprender. Ya tenía bastante con lo de su amigo.

—Bien, bien. Calma. Por ahora no iremos. Pero la familia de Miguel se preocupará. Bueno. Ya pensaré algo. Ponte la tele si quieres, voy a ducharme. He quedado con una amiga. Por lo visto sabe dónde es ese lugar del que hablaste. Conoce a un tal Anatole. Tus amigas tenían razón. Existe ese santuario. A ver si al fin conseguimos hoy tener algo de suerte.

Me vendo las manos con parsimonia, como si cada vuelta fuese un rito, un movimiento eterno antes de la masacre. Aprieto como cuando mi padre me ponía una venda en el tobillo, de niño, para curarme un esguince. Durante unos minutos permanezco sentado en el banco, mirando al suelo. Me coloco unos auriculares. Escucho a toda voz a Loquillo. A Antonio Vega. A Cradle of Filth. A Tom Waits. A Nick Cave. Recito las letras en mi cabeza como anestesia para mis sentidos. No quiero sentir nada ahora, he de ser como una máquina, sin sentimientos; ni siquiera la ira me sirve; solo quiero que mi cabeza guíe mis puños, sin ver u oír más allá de los golpes certeros.

El sudor corre por mi cuerpo y gotea.

Me pongo los guantes.

No soporto todo ese griterío absurdo. Los enfrentamientos antes de la lucha. El boxeador que te encara con chulería de retardado. El que marca todos sus músculos como un animal de feria. Las tías buenas que pasean en tacones con rostro de esfinge insinuantes y húmedas. Todo eso me sobra.

Peso lo que debo pesar.

Eso es lo importante.

Solo quiero pelear. Solo quiero ganar.

—¡Dídac! ¿Ya estás vendado? ¡Estamos esperando!

Dídac se quitó los auriculares y se levantó como un resorte. Se puso el casco y el protector y soltó los músculos unos segundos antes de salir del vestuario, su refugio. Luego subió al ring.

Su contrincante daba pena.

Lo tumbó en el primer asalto.
En realidad necesitaba algo más fuerte.
Algo que le plantase cara de una vez.

El Lord Byron

—Llevo toda la mañana llamándote, Rusty.

En el otro lado de la línea se oyó una respiración pesada.

—Darío. Te voy a necesitar. Ha pasado algo.

—Otra vez «ha pasado algo». Estás sembrado, Rusty. Menuda temporada. Está bien, ya hablaremos luego. Pero ahora te necesito. Y Vera también, ya sabes lo que eso significa. Hay que ir a Santa Coloma a arreglar unos asuntos de la pelea. El panchito está muy crecido. Hay que pararle un poco los pies. No directamente, por supuesto, nunca se dejaría... Es muy bravo. En resumen, tengo su expediente médico. A ver qué podemos hacer.

Rusty se quedó en suspenso unos segundos, hasta que recordó lo suficiente para saber que su cometido le gustaba, y que era un asunto fácil.

—Sí, la pelea del sábado. No hay problema. Hay tiempo. Voy para donde estéis.

—Vera se está cambiando de ropa en mi casa. En El Putxet. Te esperamos.

—Dale saludos a la «China» —la voz de Rusty sonó relajada y burlona por primera vez— y dile que me vaya preparando un Four Roses.

Darío colgó, obviando el comentario machista. Vio salir a Vera de la ducha, tapada con una toalla y el pelo largo, mojado, negro como el azabache de Withby. Nunca tenía claro si era hermosa o un demonio, si la amaba o la odiaba. Solo podía sentir en los huesos que había algo en aquella mujer que no le gustaba, como si su sombra chinesca se proyectara en la pared como una figura expresionista, deforme, al contrario que su cuerpo delicado y mórbido de Madame Butterfly.

El Hospital de Sant Pau se erguía en su majestuosidad modernista y Tatiana no fue inmune a su belleza. Giró la cabeza para contemplar aquel edificio que parecía salido de un cuento de hadas mientras Marc soltaba imprecaciones sobre el tráfico en Barcelona, las zonas azules, verdes y conjuraba todos los colores posibles pintados en el asfalto. Al fin vio un coche saliendo y no lo dudó. Apagó Radio Clásica y llamó a la periodista, que se encontraba a pocos minutos de allí.

—Gladys. Estás guapísima —dijo, con esa sonrisa que le salía de forma innata cuando lisonjeaba a una mujer.

Gladys levantó la ceja y miró hacia el cielo con eterna paciencia.

—Vete a la mierda, Marc. Como si no te conociera —rio con ganas—; además, no te ha salido demasiado enfático. Has follado hace poco, ¿no?

Marc levantó las manos pidiendo clemencia. Su amiga lo conocía como si fuese su madre.

—Venga, va. Empezamos de nuevo. Estás guapísima. Ese vestido te sienta de maravilla.

Y era verdad. El vestido de flores con vuelo la hacía parecer muy sexy, pensó Marc mientras atisbaba el inicio de los pechos en el escote atrevido y el cabello castaño y grueso caer sobre los hombros.

—Lo tuyo es como las pelis americanas. —Gladys señaló el Audi, perfectamente aparcado—. ¿Cómo te las arreglas para encontrar siempre sitio en esta ciudad inhóspita?

—Tengo mis trucos, querida Gladys. Trucos que solo conocemos los barítonos. Traigo a una amiga... —Abrió la puerta y le hizo una seña a Tatiana, que permanecía medio enfurruñada y cabizbaja sin tener muy claro que aquello fuese algo seguro.

—¿Es la chica?

—La misma.

Gladys la vio salir del coche con admiración.

—Es muy guapa. ¿Ya ha caído en tus redes? —Picó espuela con malicia, mezcla de envidia y de celos que ella sabía que eran del todo absurdos—. Largas piernas, melena rubia, ojos de cielo. Todos los tópicos posibles de las rusas que traen las mafias.

El cantante la observó con ironía.

—Mi madre me preguntó lo mismo. Hasta el matrimonio no haremos nada. Y no es rusa, es ucraniana. ¿O no ves Eurovisión? Venga. Vamos al local. ¿Cómo se llama el sitio?

—Lord Byron.

—¿El Lord Byron? ¿No había cerrado hace dos años? Se había quemado, si no recuerdo mal. Para cobrar el seguro...

—Sí. Pero Anatole, el dueño, lo compró y lo reabrió. Me he estado informando. Todos creen que es dinero de la mafia rusa. Está en la calle del Trobador.

—Muy apropiado. *Il Trovatore*... —Empezó a cantar la famosa aria—: *Di quella pira, l'orrendo foco!* Se ve que hay lugares predestinados para el fuego.

Anatole estaba colocando unos vasos de chupito sobre una toalla. Necesitaba que todos aquellos vasos estuviesen colocados en fila, perfectamente, en línea. La camarera observaba los ritos del ruso siempre con la misma fascinación. Todos los días Anatole colocaba y recolocaba los vasos, daba igual su tamaño, con la paciencia de un relojero.

La entrada del grupo interrumpió su tarea. Miró con ojos escrutadores al trío, y esperó que se acercaran a la barra, expectante.

En su negocio, las visitas fuera de hora siempre significaban algo, y muchas veces no era bueno. Marc analizó aquel tipo de cerca de uno noventa, músculos marcados, albino, las calaveras, vírgenes, estrellas, cruces, aves, que dibujaban toda aquella masa de carne dura y pálida en un entramado jeroglífico que resultaba amenazante. La sonrisa de niño en aquel cuerpo de luchador aparecía incluso más perturbadora que un gesto fiero. Anatole lo eclipsaba todo a primera vista. Pero la decoración abigarrada del bar al final conseguía hacerse un sitio.

Un retrato de Lord Byron vestido de albanés presidía el local, decorado como un pub británico. Cuadros de perros, caballos, mansiones góticas, periódicos viejos. Lámparas que imitaban Tiffany. Una lámina prerrafaelita de Rosseti, Beata Beatrix. Una foto de Messi firmada. Televisores encendidos de modo perenne sin voz para ver deporte. Claroscuros agranados. Lugares discretos. Mesas de madera. Un billar. Un futbolín. Todo contrastaba con una cruz bizantina, una calavera cornuda de vaca colgada al fondo y un penacho indio algo deteriorado.

Sonaba Sara Vaughan.

Buen gusto musical. *The more I see you*, confirmó Marc en su mente mientras se acercaban al ruso. Anatole salió del mostrador, con su camisa a lo Brando y sus vaqueros ajustados. Dejó cuidadosamente la bayeta doblada y se acercó a ellos.

—Hola; soy Anatole, ¿en qué puedo ayudarles? —Sus palabras sonaron neutras, y no les tendió la mano, limitándose a una mueca de sonrisa como bienvenida.

Habló Gladys.

—Muchas gracias por recibirnos. Me llamo Gladys, soy periodista de *El Periódico*; ellos son Marc y Tatiana —ambos saludaron, esperanzados—, y hemos venido para confirmar, con discreción, una información que me han dado.

—¿Qué información? —Anatole tenía un instinto muy desarrollado, y de un vistazo a Tatiana dedujo de lo que se trataba. Su negocio era lo primero, porque de él dependía la seguridad de las fugitivas. Pero tenía que estar alerta. Consideró que era mejor ponerse cómodos para hablar, y les invitó a que le acompañaran a una mesa situada al fondo del local desierto. Pidió a una de las chicas que les trajeran aguas y cafés.

Marc procedió a contar parte de lo ocurrido. Anatole miraba los ojos llorosos de Tatiana y vio el miedo de todas las que buscaban refugio en su local sin ningún género de duda. Con un gesto de su mano derecha hizo un alto en la conversación y se dirigió a Tatiana en ruso quien, crispada, empezó a sollozar al

explicarse. Aunque era improbable que sus acompañantes hablaran ruso, Anatole hizo un ademán con la cabeza a Marc y a Gladys para que los dejaran hablar a solas. Ambos se llevaron sus cafés a la barra, y se sentaron.

—Anatole es un tipo especial. Mis fuentes me han dicho que hay que tener cuidado si le buscas las cosquillas. Ahí donde lo ves estuvo metido en cárceles rusas.

—Los tatuajes son de mafioso, ¿no? Impone mucho.

—Sí, eso parece. Pero..., no sé, creo que es uno de esos que tienen una historia complicada. Lo importante es que ahora —y subrayó esa palabra— es un buen tío. Dedicó su vida a salvar a chicas secuestradas en su país para la prostitución y las rehabilita. Ha creado una red con ayudas, se mueve muy bien.

—¿De dónde ha sacado todo el dinero? Y, lo más importante, ¿cómo es capaz de proteger a las chicas? ¿No estará vendido si los mafiosos vienen a reclamar lo que consideran suyo?

—En cuanto al dinero, nadie lo sabe. Negocios en Rusia. Negocios turbios. Piedras preciosas. Armas. Ni idea. Sabrá cosas. Y en cuanto a lo otro, no sé... Tiene toda la pinta de estar blindado. Creo que la clave es que es un hombre pacífico... pero que si deja de serlo los que vayan a buscarlo tendrían motivos para preocuparse. Pero bueno, lo importante es que va a salvar a tu amiga. Lleva cinco años aquí, y el negocio sigue funcionando. Por cierto... ¿qué coño hacías tú en una timba con Berto Areces? ¿No sabes que ese tipo es muy venenoso?

Marc sonrió y movió la cabeza con cierta resignación.

—Fue una mala idea, dejémoslo así. —Marc no tenía ánimos para hablar de Miguel y de la desesperación que estaba sintiendo cada hora que pasaba. Se refugió de nuevo en la broma—. Preferiría no hablar de ello. Y menos con una periodista. —La miró divertido.

Gladys comió unos quicos y soltó una risotada.

—Yo nunca te traicionaría. No soy como tú.

—Sé de qué vas. No vamos a discutir por eso. Salimos juntos una temporada. Y ya.

—Salimos cuando no eras famoso. Ahora es otra cosa. Has cambiado.

Marc, de pronto, dejó de protegerse con el humor; se sintió fuera de sitio, deseó no estar allí. Gladys le había gustado mucho, aún le gustaba, pero era una mujer muy temperamental, muy sensual, con aquellos ojos verdes de muñeca y el cabello de serpiente. Capaz de meterle en muchos jaleos con sus celos y sus escenas dignas de una ópera, y para óperas tenía las de verdad. Se sintió mal. Quizá sí, había sido algo mezquino con ella, cuando Gladys lo había ayudado al principio de su carrera con entrevistas infladas en los medios. Le miró el escote, sintió deseo de repente y cogió la botella para disimular.

—Sigues igual de guapa. E igual de loca.

Ella volvió a reír, con su risa de cubitos de hielo entrechocados. Se acercó a él más y le tocó la pierna. Notó la calidez de su mano a través del pantalón chino. Notó la calidez de sus pechos a pocos centímetros de sus ojos.

—Cuando quieras jugamos otra partida de strip póker, Roselló.

Entraron en el pub dos mujeres que se dirigieron hacia la parte de atrás. Al cabo de un poco, Anatole apareció y se quedó de pie junto a Gladys y Marc. Se cascó los dedos de las manos con un ruido bastante horrible.

—Bien, se queda aquí. Estará bien. No se preocupen. Por lo que me ha contado —miró a Marc—, es usted una especie de héroe para ella.

«Se queda aquí», Marc suspiró, aliviado. Su marrón desaparecía por aquella puerta. Y por lo visto a salvo de los matones de Berto Areces y su supuesta red de prostitución o lo que fuera que estuviese organizando aquel tipo. Pero Miguel seguía desaparecido.

Tocó el codo de Gladys y ambos se levantaron. Le tendió la mano a Anatole.

Por vez primera, el ruso esbozó algo parecido a una mueca hospitalaria.

—No se preocupe. Aquí estará bien.

—No tengo mucha idea, pero creo que las personas que la quieren no van a parar hasta que vuelva con ellos —dijo Marc.

—Somos buenos escondiendo chicas. Quiero creer que mi protección es

inexpugnable. A lo mejor esas personas nos temen. Puede venir cuando guste para verla. ¿Quiere despedirse de ella?

—En realidad, no. Estoy cansado de esto. Preferiría marcharme.

Ya fuera del local, miró el teléfono. Nada. Ni una señal. Pensó de nuevo en ir a la policía, pero Miguel era un adulto, las desapariciones de un adulto a nadie le interesaban; Areces era poderoso, y si comentaba lo que había visto Tatiana, tendría que implicarla al momento. «Nada de policía. O matarán a mi familia.» Ese era el mantra. «No sé qué coño hacer», se desesperó.

—¿Te llevo?

Gladys se encogió de hombros y levantó las manos.

—Iba a pillar un taxi.

—Venga. No seas tonta. Te acerco a casa. Me viene de camino.

—De acuerdo.

Permanecieron en silencio mientras Marc conducía, escuchando canciones napolitanas que quería introducir en su repertorio. Gladys tocó con la sandalia algo que había debajo del asiento. Lo cogió. Era un tarjetero, con un potente olor a piel.

—Mira. Una cartera. Es de tío. Si vas perdiendo todo por ahí, cabeza loca. — Sonrió.

Marc la miró, sorprendido, durante unos segundos.

—¿Una cartera? Déjala en el salpicadero, anda. Creo que mi cartera está guardada en el bolsillo, la saqué para pagar. Me extraña que esté ahí. Luego lo miro.

Enfilaron Vía Augusta y cuando llegaron a la altura de la Librería Maite, Marc comenzó a ralentizar la conducción.

—¿Subes a tomar algo? —Gladys se quitó el cinto de seguridad y se giró de forma que su escote quedaba muy a la vista.

—Hoy no. Estoy agotado. En serio. El *Don Giovanni*, Milán... Llevo unos días de traca valenciana, nunca mejor dicho. Otro día. Te llamo, ¿ok?

—Me llamas...

—Prometido, de verdad. Te llamaré pronto.

—Me han gustado las napolitanas. Me las bajaré... —Le guiñó un ojo.

Marc resopló.

—No seas mezquina, que ganas un pastón en la tele.

—Somos catalanes. —Rio la broma antes de darle un beso rápido en los labios y salir del Audi.

La periodista desapareció en el portal y Marc inició la marcha hasta su apartamento. El coche del tenor seguía aparcado en donde lo habían dejado. De repente, se acordó de la cartera que había encontrado Gladys tirada en el suelo junto a su asiento. Estiró la mano para cogerla del salpicadero.

Era la cartera de Miguel.

Edurne

Permaneció sentado un buen rato en el salón mirando el carnet de identidad de su amigo, sus tarjetas. Su dinero. Todo sobre la mesa. Se levantó y se hizo un té. Se pasó la mano por la barbilla, la barba empezaba a asomar. Negó con la cabeza. Se frotó los ojos. El cerebro totalmente bloqueado. Imposible dormir. Su amigo había desaparecido y aquello cada vez tenía peor aspecto. El sentimiento de culpa por haberse ido a Milán en vez de permanecer donde debía cada vez era más acuciante. Miguel sin sentido en el suelo: igual se había desorientado y vagaba por Barcelona, y esa era la única opción que quería sopesar, la otra era impensable.

La perra Laika lo miraba desde la alfombra con pena, o eso pensó al ver los ojos del animal.

Mientras el té reposaba, cogió su iMac y comenzó a buscar: Berto Areces. Allí estaba. Con su cabello engominado, el cuerpo fibroso, sus ojos azules como un mar helado, aquel aspecto impostado de solo una generación de ricos que busca el pedigrí rodeándose de mujeres bellas y el obsceno uso del poder.

«Hijo de puta», musitó.

Areces miembro del Pleno de la Cámara de Comercio, consejero de turismo municipal, presidente de bla bla bla. Sonriendo al lado de niños con leucemia y José Carreras. Areces sonriendo mientras paseaba a su mujer del brazo y a sus tres hijos rubios con aspecto de infantes. Areces con su padre, otro gran hijo de perra, en el entierro de la matriarca familiar, todos vestidos de negro como si el tiempo se hubiese detenido hacía cien años. Areces en Madrid, en la Castellana, al lado de la presidenta de la comunidad autónoma. Areces comprando libros en

Sant Jordi, en paseo de Gracia. Areces en todos los sitios en donde debía y tenía que estar. Dueño de varias empresas de importación y exportación de maquinaria, de diseño industrial, de productos químicos, de varios restaurantes de cocina de autor.

Luego cambió su objetivo. Vera Nanashi. Aquella Turandot fría y bella como un iceberg que parecía la ayuda de cámara del hijo de puta.

Buscó en Google.

Nada.

Ni una miserable mención, daba igual como la buscase. No existía. Ni fotos. Nada en redes sociales. Cogió la tetera y vertió el líquido oscuro, ya templado.

Bebió un sorbo del té, pensando a toda velocidad. Ahora que Tatiana estaba a buen recaudo, podría ir a denunciar la desaparición de Miguel a la comisaría de los mossos. Lo único que tendría que hacer era obviar la existencia de la chica en todo el asunto. Decidió que bajaría a la perra y luego a la comisaría de Les Corts. Total, aquella noche no iba a poder conciliar el sueño de ninguna forma.

—¿No es muy mayor para estar usted tan preocupado?

Marc se esperaba la ironía del mosso pero estaba demasiado cansado para adoptar una postura hostil.

—Estoy preocupado porque su desaparición no me parece voluntaria.

Vio pasar a su lado a un par de mossos llevando a un borracho pasado de todo, esposado y violento, y detrás a una mujer algo gruesa y rubia, enérgica, con una gabardina color crema y una bolsa térmica que charlaba con una agente. Volvió a insistir. Señaló la cartera que tenía el policía en sus manos.

—Como puede ver, no se ha llevado documentación ni dinero. Lleva un día sin dar señales de vida.

—¿Son pareja? ¿Viven juntos? —El mosso lo observó con algo de burla.

Marc elevó los ojos al techo grisáceo de la comisaría, armándose de paciencia para no romperle la cara de luna.

—No. Somos amigos, pernoctaba en mi casa. La noche anterior estuvimos en Valencia. En una fiesta privada con Berto Areces, el empresario. Luego, de vuelta aquí, desaparece.

El policía escribió en el ordenador con desgana.

—Se habrá ido de juerga para empalmar «la fiesta privada». —Lo miró por encima de las gafas de leer—. ¿Ha llamado a los hospitales? Igual lo tiene allí, pasando la resaca.

—No. La verdad es que no.

—¿No estará insinuando que Areces tiene algo que ver? Es un empresario muy importante.

El agente frunció el ceño y a Marc todo aquello ya le parecía un delirio producto de la falta de sueño y el cansancio. Se hubiese metido una raya de coca allí mismo, delante del policía. Pegarle unas hostias. Menudo cretino.

—Está bien. —Imprimió unos folios que no tardaron en salir—. Cursaré la denuncia por desaparición. Si hay algo, le avisaremos. Llame a los hospitales. Igual está allí. Lo haremos nosotros también, descuide. Pero tardaremos más. Hoy hay dos desapariciones de adolescentes que tienen total prioridad.

Marc se dio cuenta de que su discurso hacía aguas por todas partes. Miguel era un hombre adulto, su desaparición no era de alto riesgo, no podía contar lo de la partida de póker, no podía contar lo de Tatiana, no podía contar sus sospechas de que Miguel podría haber sido secuestrado, o peor, asesinado. Se sintió de pronto muy cansado y sin más argumentos. Cogió los papeles y se dirigió hacia la salida sin insistir más.

—Perdona. Tú eres Marc Roselló, ¿no? El cantante.

La mujer gruesa y rubia de gabardina Burberry lo siguió hasta ponerse a su altura mientras los dos salían por la puerta acristalada.

—Sí. —No dejó de caminar. No tenía ganas de hablar con nadie.

—Te he oído nombrar a Berto Areces.

Le llamó la atención su voz de negra y también el tono urgente. Marc se detuvo y la miró. Tenía unos ojos grandes y castaños que destilaban interés y

también una cierta honestidad obsesiva. Él era de primeras impresiones y aquella mujer aprobaba con nota.

—¿Quieres que vayamos a tomar algo?

El cantante sopesó su cansancio unos segundos e hizo un gesto con la cabeza.

Ella hizo un gesto con las manos.

—Espera un segundo, arreglo algo dentro y ahora salgo.

—¿Conoces algún garito abierto a estas horas? Tengo el coche en el aparcamiento de L'illa. Paso de meterme en un kebab —dijo Marc, terriblemente cansado.

Marc se sentó en la butaca de color granate mientras Edurne iba a por las copas. El camarero la saludó.

—Su Jack Daniels con Cola Zero, caballero.

Edurne se sentó a su lado con un gin-tonic adornado por variedad de peladuras. Acto seguido se llevó a la boca un buen puñado de quicos.

—No sabía que este garito estaba aún abierto.

—En realidad no, pero para los amigos siempre hay una copa. Es de los dueños de *Les gens que j'aime* pero no tan conocido. La decoración es similar, ¿eh? Venga, te cuento. Soy Edurne Gonzalvo. Detective privado. —Sacó una tarjeta—. Sin querer he escuchado lo de tu amigo. Y aquí estamos.

—Vamos, que has puesto la oreja. ¿Cómo sé que puedo fiarme de ti?

—Lo sabes y punto.

—Enternecedor. Amor a primera vista.

—Odio a Berto Areces. Igual eso te vale.

—A lo mejor yo no.

—Marc. Déjate de rodeos. Te cuento. He sido periodista muchos años. Lo dejé. No valía para lamer culos. Me puse a estudiar criminología y lo de detective me fascinó. Cuando era periodista ya conocía los desmanes de la familia Areces. Luego... luego ya la cosa pasó a mayores. Los detectives no solo

investigamos adulterios, con eso no llega para comer. Lo bueno es el espionaje industrial y las estafas a seguros, ya sabes, esos que dicen que están paralíticos después de un accidente y cuando llegan a su casa empiezan a caminar como Lázaro. Y más cosas. Negocios inmobiliarios fraudulentos; desapariciones misteriosas; cambios de testamento a última hora... En fin —sonrió—, que somos muy versátiles.

—Sigue.

—Hoy estaba en la comisaría porque mi novio es mosso. Sí. Le llevaba un termo con café y bocatas —sonrió—, nos gusta comer bien. —Se miró el escote generoso—: Se nota, ¿eh? Mi novio odia también a Areces y ahora te voy a contar el porqué. Una amiga suya, casi una hermana, fue objeto de acoso sexual por parte del prenda. Lo denunció. Mensajes, fotos de su polla, que por cierto da mucho asco. Llamadas con jadeos. —Marc puso cara de asombro—. Sí, no me mires así. Su amiga lo pasó muy, muy mal. Denunció. Te puedes imaginar. No valió para nada. Yo metí mano por ahí también. Es todo tan, tan sórdido... y lo peor es que ese tipo está blindado. No hay rendijas. Es íntimo de todos los gerifaltes de la policía en Madrid y en Cataluña. Los tiene comprados a todos. Mientras su papaíto sigue con sus *business* honorables y maravillosamente catalanes, el hijo hace lo que le sale del nabo, con patente de corso. ¿La chica? Hasta llegó a pasar una semana en la cárcel. Areces la denunció.

—Una detective de día y superheroína de noche. Me alegra escucharlo. Así me sentiré más protegido. —Marc dio un trago largo a la copa, estaba sediento. Aún no sabía si debía o no fiarse de aquella mujer, aunque su intuición seguía aprobándola con fuerza.

Eduarne sonrió ante la ironía del cantante.

—Ahora te toca a ti. ¿Qué le ha pasado a Miguel Sanchís? Ese chico es el tenor valenciano, ¿verdad? No me mires así —los quicos volvieron a hacer ruido en la boca—, me gusta la ópera. Hice mis pinitos, tengo buena voz, no desentono. ¿Por qué te crees que te reconocí? No eres Justin Bieber...

Marc apostó rápido. No tenía mucho que perder. Si ella trabajaba para Areces,

ya lo sabría. Y si no, podría servirle de ayuda. Y qué demonios, ¿no le gustaba apostar?

Le contó todo, desde la llegada a la timba de Alboraya hasta la desaparición, la cartera, Tatiana. Sus sospechas. Miguel perdido o lo peor, lo que no quería ni nombrar. Todo.

—Ya veo. Hiciste de superhéroe. Pues habéis dado con el peor de los archienemigos.

—Los superhéroes somos así, Alfred. No nos conformamos con un enemigo cualquiera. —Se echó hacia atrás, agobiado. Edurne tenía razón. Se habían metido en un buen marrón—. ¿Sabes algo de la japonesa, Vera?

—No, nada. Debe de ser nueva. Cuando lo del acoso tenía otra ayudante. Era sueca. Le van exóticas. Te gustó, ¿eh? En fin, querido. Te voy a echar una mano. Siempre me podrás conseguir unas entradas buenas para el Liceu. Vete a dormir. Es tarde. Si no te tienes. Antes llévame a comisaría en tu batmóvil. Mañana hablamos. Tienes que descansar algo, no estás en edad de excesos.

Los dos salieron y se dirigieron al coche de Marc. Durante el trayecto, ninguno de los dos habló.

Antes de que se bajara del coche, Marc no pudo evitarlo.

—Oye. ¿Por qué da asco la polla de Areces?

La mujer soltó una de sus carcajadas escandalosas.

—Cuando veas a la japonesa se lo preguntas...

Dejó a Edurne en Les Corts y se dirigió hacia su apartamento. Se fijó en que el coche de Miguel seguía en su sitio. Luego, tomando precauciones, subió del garaje hasta casa, cerró con llave y cerrojo y se tiró en la cama mientras en el horizonte barcelonés se comenzaba a perfilar el amanecer rojizo que presagiaba otro día de sol.

Su sueño solo se vio interrumpido por los gruñidos sordos de la perra que no duraron más de un segundo.

*Let's Face The Music, And Dance**Pantano de Vallvidrera*

—Niños. Haced el favor de tener cuidado. Agarrad todos la cuerda. Tú también, Valeria. Venga, agarra la cuerda. Y ahora todos juntos vamos a cruzar el puente de madera. Dejad pasar al señor. ¿Queréis cantar algo?

—La canción de Frozen. —Valeria miró al señor que pasaba por el puente y se fijó en el tatuaje de la mano que pasó a su altura, Minnie Mouse. Valeria no podía parar quieta. Le encantaban las excursiones al lago, beber Fanta de naranja, comer bocadillos y ver muchos bichos y pájaros. Y Frozen.

Los demás niños empezaron a protestar.

—No, Frozen no. Malú. Queremos Malú.

—Malú es mierda para chicas —apostilló Gerard mientras soltaba la cuerda para acercarse a un mirlo que huyó despavorido emitiendo pitidos de pavor.

—Gerard, haz el favor. No digas palabrotas. Y no te acerques tanto al agua. Vuelve con tus compañeros. ¿Cantamos a Malú? ¿O Frozen?

Valeria aprovechó que la profesora salía en busca de Gerard para soltar la cuerda a su vez y acercarse a una parte de la orilla en donde abundaban los renacuajos y el sonido de las ranas al chapotear y esconderse. Era una tentación demasiado grande como para obedecer órdenes. Si Gerard se soltaba, ella también lo haría.

Vio algo flotando que se mecía al compás de las ondas como un gran pez gigante.

Se acercó. Consideró con detenimiento lo que estaba viendo mientras no

movía ni un párpado. Comprendió la gravedad. Lo había visto en la tele. Su padre le había explicado lo de la muerte aprovechando que su mascota, un hámster, había dejado el mundo de los vivos. Frunció su ceño infantil. Llorar o no llorar, esa era la cuestión. Pero no quería que Gerard la viera llorar. Gerard era un chulito. Su madre decía que era de familia de chulos de barrio. Si la veía llorar se reiría de ella toda la vida.

—¡Valeria!

Valeria, fascinada por aquel bulto que flotaba boca abajo y se mecía, suave, al compás de las ondas, solo acertó a decir, con voz muy alta y clara:

—Profe. Creo que en el agua hay un señor ahogado.

Vera terminó de hacer los estiramientos e inició el trote. Todas las mañanas bajaba en bici a la Barceloneta desde su casa en Pasaje del Crèdit, corría durante cuarenta minutos y volvía a buen ritmo a ducharse y luego, al trabajo. Pronto alcanzó un buen nivel de carrera y se dejó llevar. Aquella actividad rutinaria al aire libre la ayudaba a evadirse, a dejar la mente en blanco, a no pensar. A no pensar en Berto Areces. A no pensar en la pelea y las apuestas entre Zarco y el Tigre y lo que conllevaba. A no pensar en dónde estaba metida. A notar la brisa y el olor a salitre (poco) y humo de coches (mucho), a ver turistas que se dirigían al hotel W, aquella mole extraña y, por días, hortera o fascinante. Sorteó a varios ciclistas y a grupos de tíos haciendo lo mismo que ella, a la vez que hablaban de sus cosas de hombres, de su fútbol, de su trabajo, de tías buenas, de su mujer o su ex. Vera notaba el sudor corriendo por sus sobacos y la espalda, la coleta mojada, la música a toda voz en sus auriculares. Música cañera para correr elegida por el Spotify, no por ella. Música que no le gustaba pero que le hacía moverse.

Vera terminó su rutina y empezó a estirar. Miró el mar y sintió ganas de bañarse, nadar, hundirse en el agua caliente y no salir. Quedarse allí dentro como una sirena, las piernas unidas en una cola con escamas que se podía enroscar y

desenroscar hasta hundir marineros inocentes sin los oídos tapados como Ulises. Una pareja pasó corriendo a su lado, se notaba la química entre los dos; sintió lástima durante un momento, lástima de sí misma y de su vida. Procedió meticulosamente a bloquear aquella sensación de derrota mientras sus músculos se relajaban.

Una llamada en el iPhone interrumpió sus pensamientos.

Era Berto desde El Prat. Acababa de aterrizar. Quería verla y comer juntos. En el Hotel España a las dos y media.

—¿Nunca queda con su mujer para nada? —dijo en alto, cabreada. Aquello le rompía los planes de trabajo.

Vera se resignó. Respiró hondo y desenganchó la bici. No era conveniente hacerlo esperar.

Laika subió a la cama y comenzó a lamer con esmero la parte del rostro de Marc que quedaba a la vista. Eran las doce de la mañana y seguía durmiendo, y la perra quería bajar a la calle. El cantante se movió y protestó por lo bajo, en el fondo agradecido del cariño. Era bonito despertar así, viendo los ojos nobles de un animal preocupado de verdad, pura inocencia desinteresada.

Fue a la ducha y se puso ropa informal, una camiseta y un pantalón cómodo para darse un paseo. Cuando cogió el móvil vio que tenía varias llamadas perdidas de Edurne. Ya la llamaría cuando estuviese en la calle. La perra saltó de alegría al ver la correa y se enroscó entre sus piernas al salir al rellano.

Al poco de pisar la calle el teléfono volvió a sonar.

—Ha aparecido un cuerpo en el pantano de Vallvidrera. Es el cuerpo de un hombre. Los mossos están allí, y el juez.

Marc se sintió atosigado por la urgencia de la voz y, a la vez, el corazón se le salía del pecho con dolor punzante.

—¿Y?

—Venga, va. Marc. No me seas niño. Sabes de qué va la cosa, hostia.

—No, no sé. Ha aparecido un cuerpo. Uno de tantos. —La perra tiró de él para oler la rueda de un coche y él obedeció, sin fuerza en las manos para oponerse.

Hubo unos segundos en los que nadie habló. Marc no quería cruzar ese puente que aseguraba el dolor. Al fin habló Edurne.

—La descripción coincide con la de Miguel.

Marc suspiró profundamente.

—... Ya. ¿Es él? —Le tembló la voz—. ¿Seguro?

—No lo sé. Pero te llamaré cuando esté listo para la identificación.

—¿Te vas a encargar tú, entonces? —Había una gratitud sentida en sus palabras; él no se veía capaz.

—Claro, descuida, sabes que soy eficiente. Serlo me ayuda en la vida. Aún no saben qué pasó. No saben si se ahogó..., en suma, que está por determinar la causa de la muerte. El asunto no pinta bien, lo siento, pero de todas formas, mantengamos la esperanza. Estamos en contacto a lo largo del día, ¿ok? No me gusta hablar por teléfono de ciertas cosas.

Marc guardó el móvil en el bolsillo del pantalón y siguió paseando a Laika como un autómatas. Algo le decía que, en efecto, era Miguel. El sentimiento de culpa se abría paso como un punzón al rojo, pero el odio a Berto Areces pugnaba por ganar la partida. Porque había sido Areces el culpable, y visto lo visto, se iba a largar de rositas.

—¿Qué haces aquí? Te pueden ver.

Dídac agarró a Lara por el brazo. Iba a intentar meterla en la tienda de deportes donde trabajaba cuando le vio el moratón en el ojo entrecerrado.

—No preguntes.

—¿Cómo que no pregunte? Lara, ¡por Dios! No me sueltes lo de «tropecé con una puerta», no me jodas.

—Me lo merezco.

Dídac miró hacia dentro y observó que su compañero estaba en la caja. Le hizo una seña.

—Vamos a tomar algo. Hay un bar por aquí bastante apartado.

Bajaron por Pi i Molist hasta encontrar el bar. Se sentaron al fondo. Dídac pidió una cerveza sin alcohol y ella una Coca-Cola.

El ojo sano desprendía agradecimiento y temor a partes iguales. Lara era una mujer hermosa, bajita pero curvilínea, de largo cabello negro y facciones también menudas. Era el tipo exacto de Dídac, desde el momento en el que la vio buscando en el gimnasio a Jorge, una diminuta dama sonriente en vaqueros y tacones. La cara de Dídac mostraba ira en un fondo de consternación. Sabía que Jorge era un tipo rudo, un uruguayo algo salvaje, pero buen tío. En su esquema mental no entraba el hecho de que le hubiese pegado a Lara. No entraba porque Jorge, además de ser amigo, era un hombre noble. O eso creía.

—¿Dónde dejaste a la nena?

—Está con mi madre.

—¿Por qué te pegó?

—Discutimos. Yo también le pegué.

Dídac vio dedos marcados en la piel morena del brazo y del antebrazo. Lara tenía carácter. Se la podía imaginar. Perfectamente.

—Lo quiero dejar —rompió en sollozos desgarrados—, no puedo seguir así. Te quiero, Dídac. Te quiero a ti. —Al decir esto lo miró con devoción, pero también había ese fondo de tristeza y culpa que acompañaba el engaño a su marido por Dídac.

Dídac la agarró de las manos con suavidad.

—Lara. Por favor... —No supo qué contestar. No ganaba el suficiente dinero como para vivir él y mantener a Lara y su hija, pagarse los estudios, por no hablar de que su madre estaba amenazada de desahucio por culpa de las preferentes, y parte de lo que ganaba se lo daba a ella para que tuviera un techo donde vivir. Y además, Jorge era su amigo. Se sintió un fracasado. Estaba enamorado, pero no entraba en sus planes todo aquello tan pronto.

—¿Has pensado en denunciar? ¿Volver con tu madre?

—¿Estás de broma? ¿Jorge en la cárcel? ¿En una celda? ¿El padre de mi hija en una celda? En realidad la culpa fue mía, Dídac. Jorge no es así. Es un hombre bueno..., él no sabe lo nuestro, pero no es idiota, y me ve rara, despegada...

Dídac se quedó pensativo, asintiendo.

—Sí, es duro que tu mujer quiera a otro hombre..., lo entiendo. Yo me volvería loco, pero no puedo permitir que te pegue. —Y aspirando fuerte, con resolución —: ¿Quieres que hable con él?

—No sé lo que quiero, Dídac. Solo que te quiero. A ti.

El joven se sintió cohibido. Una cosa es que tuviesen una relación a escondidas y otra que se les fuera de las manos.

—Tengo que volver a la tienda, Lara. He dejado solo a Joaquín y no me puedo permitir perder el trabajo. Hablamos luego. El sábado será la pelea, vamos a ganar dinero. Los dos. Luego veremos. —Ver aquel golpe en la cara de Lara le dolía a él de forma casi física, pero no sabía qué más podía hacer ahora. Se sentía indignado, con rabia, pero también culpable. Al fin alcanzó una conclusión para salir del paso.

—Ahora coge a la nena y quédate con tu madre unos días. No es conveniente que compartas piso con Jorge en esta situación.

Lara se dio cuenta de que Dídac no iba a hacer ningún movimiento definitivo en aquel momento. Dejó dos euros en la mesa, se levantó, y se fue. No dijo una sola palabra más.

—Yo voy a pedir el foie y el menú degustación. ¿Y tú?

—Yo lo mismo que tú. —Vera no tenía ganas de romperse la cabeza.

—¿Vino?

—Tinto, por favor. Ribera.

—Estás de mal humor, Vera. ¿Qué te pasa? Siempre que estás de mal humor pides Ribera del Duero.

Berto sonrió y llamó a la camarera del Hotel España.

—He pasado mala noche. —Por descontado que Vera no le iba a contar que ya se había enterado de la aparición del cuerpo de Miguel. Cuanto menos supiera de aquel asunto, mejor para todos. Ya se enteraría por la prensa. Rusty se las había arreglado para que pareciese un crimen entre homosexuales. Y estaba claro que la policía no iba a buscar fuera del ambiente, o eso pensaba cruzando los dedos.

—¿Qué sabemos de nuestra Tatiana?

—Rusty está en ello.

—Rusty es un caballero del Sur. Lo prefiero al Tártaro. Aunque a veces sea algo precipitado en sus acciones. ¿Sabes, Vera? Eso de la puta me ha llegado muy adentro. El cantante de pacotilla y su amigo. Lo malo es que es un tipo famosete y hay que respetarlo. No podemos meterle mano, al menos por ahora... —Sonrió de un modo que a Vera le pareció de todo menos tranquilizador.

Vera aguantó el tipo pensando en Miguel.

—Canta muy bien. Llegará lejos. Y es un gran jugador de póker. —Acompañó esto último con un rictus de malicia, porque le agradó de verdad que le diera una paliza al prepotente de Areces.

—Es guapo, ¿no? —La miró con intención. Y como ella permaneciera impávida, continuó—: Sí, lo es. O atractivo, qué más da, a las tías os gustan con pinta de palomo engolado —Aquí Areces ensombreció la mirada y se inclinó hacia ella. Aún le escocía el Royal Flush—. Espero que no te haya gustado demasiado. Me llevaría una gran decepción, mi vida. En realidad es un paleta. La escalera real solo fue cuestión de suerte.

—Solo me gustas tú, Berto. —Le sonrió abriendo los ojos y moviendo los labios, pero aquello estuvo lejos de ser convincente—. Pero hoy no tengo el día. Perdona.

La camarera trajo una botella de Pingus y se la dio a probar al empresario, que lo cató y asintió. Vera agradeció esa interrupción del escrutinio al que la estaba sometiendo. Había días que su cuerpo la castigaba clavándole alfileres en las sienes.

—Está bien. —Apenas miró a la camarera—. ¿Has arreglado lo de la pelea?

—Sí. Más o menos. Las apuestas están diez a uno a favor del Tigre. Haremos que venza el catalán contra todo pronóstico, el uruguayo es una fiera pero hay que pararlo. Dídac es una joven promesa. Ganaremos dinero. A Darío le gusta. —Ya recompuesta, señaló con su dedo índice hacia la mesa—. El foie tiene una pinta excelente, ¿no te parece?

—Qué tal el viaje de mi padre. ¿Lo tienes listo?

—Todo preparado.

Berto sonrió, satisfecho. Ahora podía aflojar un poco la mano.

—Eres un cielo, Vera. He pillado una habitación en el hotel. Es precioso. Modernismo, Berasategui y un polvo contigo. ¿Qué más puedo pedir hoy?

Vera miró el trozo de carne que se iba a llevar a la boca y perdió el apetito de repente.

—Pero rápido. Tengo mucho trabajo por la tarde. —Intentó, a pesar de lo cortante de su respuesta, no aparentar rudeza.

Areces hizo caso omiso de ese comentario, y en el fondo le gustaba esa energía, ese carácter. Vera era una puta. Pero era su puta, y de nadie más.

—Y yo una reunión en las oficinas de Gracia y después un coctel. Pero lo primero es lo primero, Vera. Y mi deseo por ti está por encima de todo.

Marc se sentó al piano. Era lo único que se le ocurría hacer. Pasó las partituras, buscó a Fauré y empezó a cantar.

Après un rêve.

Le alegró notar que su voz seguía allí a pesar de todo, aterciopelada y poderosa. Su voz. Cuando un cantante empezaba a sobresalir, ella se convertía en su amante, su amiga, su madre, su hija. Era todo. La tirana y la sumisa. La dueña. La llave al sexo. La llave al éxito. Poseía al cantante como una araña a la mosca. Marc ya no tenía ego, tenía voz. Y la voz era frágil, dependía del cuerpo,

de la mente y del alma. Recordó al tenor alemán que pasaba la vida cancelando a pesar de sus éxitos. No quería ser como él. Estudiar, estudiar siempre.

Hélas, hélas, triste réveil des songes!
Je t'apelle, ô nuit, rends-moi tes mensonges;
Reviens, reviens radieuse,
Reviens, ô nuit mystérieuse!

Las teclas resonaron unos segundos hasta morir mientras dejaba los pedales y reposaba las manos en el regazo. Sí. La voz seguía allí. Y poco después, recordó, tenía clases de dicción y de esgrima en la otra punta de la ciudad. El teléfono seguía mudo, salvo un wasap de Gladys en el que se alegraba (y tanto) de verlo y le recordaba que no tardara mucho en llamar. Marc se sentía impotente, actuaba como un autómatas, forzándose a no abandonar sus rutinas, como si la posibilidad de que Miguel estuviera muerto no fuera sino algo absurdo, una calentura surgida de un mal sueño que amenazara con ser realidad, pero que todavía no lo era. Y en ese último eslabón de la fatalidad había puesto todas sus esperanzas.

Ya se ocuparía de Gladys luego. Sus manos volvieron al teclado y su mente se evadió con Sinatra primero, *Lets Face The Music, and Dance*. Luego con Julio Sosa, *En esta tarde gris*. Giuseppe di Stefano, *Fenestra che lucive*, y de nuevo Sinatra: *The single man*.

Al fin el teléfono sonó.

Era Edurne.

Su voz se rompió en la garganta.

Muestra mi cabeza al pueblo

—¿Seguro? ¿Quieres hacerlo?

Marc asintió en silencio. Se sentía responsable. ¿Y si no era de Miguel el cuerpo que estaba dentro de aquel lugar siniestro y helado? Siempre cabía la posibilidad, por mínima que fuera. Edurne respiró hondo y lo miró.

—¿Aviso a...?

El cantante no dejó de mirar al vacío, como si no estuviera allí, así que se acercó al ayudante y le hizo un gesto de asentimiento. El hombre abrió la cámara de conservación y deslizó el cuerpo por la corredera. Estaba dentro de una bolsa negra.

A continuación abrió la cremallera.

La cara de Miguel, aún con la expresión de sorpresa que se abrió a la muerte, apareció ante los ojos de Marc.

El barítono asintió, sin poder evitar el temblor de sus piernas. Era como estar dentro de una película, pero viéndola desde fuera. De ahí que, al ver el cuerpo de Miguel convertido en un ser inerte y frío, como si fuera solo el molde de cera de quien una vez fue su mejor amigo, en realidad no supo qué sentir. Todo era difuso, irreal. Sin embargo, en medio de esa confusión, surgió de forma progresiva pero nítida una idea que se le antojó una revelación. Por vez primera en su vida comprendió que estaba en deuda con alguien. No era una deuda material: más bien había sido al revés, era Marc quien le había ayudado siempre que había podido en su carrera. Era una deuda mucho más profunda, pues comprendió que mientras sus supuestos amigos y admiradores solo le envidiaban o le agasajaban por su fortuna o su arte, Miguel le había querido de modo

incondicional; nunca le pidió nada, y siempre había estado ahí, a su lado, aunque a veces se le hiciera muy duro consolar a quien lo tenía todo.

La detective se dio cuenta y lo agarró del brazo para sacarlo del Instituto de Medicina Legal cuanto antes, y tratar de no perderse como le pasaba siempre en aquel lugar en donde las puertas, una vez cerradas, no se podían abrir de nuevo. Era angustioso.

—Vamos a tomar algo. Una cosa... ¿Miguel tiene familia?

Marc permaneció callado unos segundos, y luego salió de su ensimismamiento.

—Su padre. Pero no se hablan desde hace años. Una hermana en Sevilla.

—Alguien tendrá que decírselo...

«Sí, alguien tendría que decírselo. Un psicólogo, un amigo de la familia, tú misma, pero... ¿yo?»

—... mañana le harán la autopsia. Por la mañana, sobre las once.

Se alejaron de la Ciutat de la Justícia. Anochecía en L'Hospitalet. No hacía frío pero el helor de la morgue se le había metido hasta la médula de sus huesos. Se sintió vulnerable, frágil, como si se hubiera quedado huérfano y al tiempo hubiera perdido a su hermano menor. Ver a Miguel muerto le había, al fin, provocado unas reacciones físicas de profundo estremecimiento. Salvo el de sus abuelos, bien maquillados y trajeados en sus cajas de madera noble, en un recuerdo brumoso de crío, nunca había visto un cadáver y menos en el depósito.

—Sí, la autopsia... —Hizo un esfuerzo por volver a la realidad.

—¿Te llevo a algún sitio?

—No. No importa. Cogeré un taxi. Mañana nos llamamos. Voy a necesitar tus servicios como detective. Si tienes un hueco para mí, claro está.

Eduarne sacó un paquete de chicles del bolso y le ofreció uno antes de metérselo en la boca.

—Claro, cuenta conmigo. Así me relajo de tantas bajas laborales e infidelidades. Recuerda buscar la manera de avisar a la familia de Miguel. No es agradable que te llame la policía.

Vio como la detective se alejaba en busca de su coche y miró a su alrededor. ¿Qué hacer? La cara de Miguel le perseguía con sus ojos huecos mirando sin ver. Cogió el móvil y pidió un taxi por medio de una aplicación.

Rusty, mientras tanto, no había quitado ojo de todos los movimientos de la pareja.

Marc entró en el Aurora después de pasar el escrutinio del portero, que abrió la puerta metálica llena de pintadas con un brazo del tamaño de un bogavante. Avanzó por un pasillo pintado de negro y rojo, y al poco la música empezó a atronar. El garito no era muy grande, paredes de ladrillo a la vista, cañerías de aluminio y grafiti en las paredes. Se acercó a la barra y pidió un Jack Daniels con Coca-Cola Light. Se lo bebió casi de un trago. Reconoció a Joy Division, a Atmosphere. Hacía un par de años que no pasaba por allí. Era uno de los pocos garitos que le gustaban, desconocido para los turistas y para muchos barceloneses.

Pidió otro. Luego miró a su alrededor y observó a la gente que bailaba medio en trance, con languidez. Por lo menos la música no había cambiado desde la última vez que fue. Sacó su iPhone y mandó un wasap a Gladys. ¿Qué esperaba de ella? De pronto sintió miedo de estar solo, y comprendió que ella podría escucharle, darle calor, una compañía que lo liberara del vacío helado de la morgue que casi lo había devorado.

Gladys estaba con unas amigas en la Barceloneta, en un rato llegarían. Sí, sabían dónde. Calle de L'Aurora, por supuesto.

—¿Aún te llevas con «la farmacéutica»?

Gladys sonrió.

—Sí. Pillín. ¿Cuánto quieres?

Marc fue al baño y se miró en el espejo. No quería pensar, ni sentir. Deseaba

con ansia evadirse de esa pesadilla, de la culpa que le corroía por haber puesto por delante su ambición a la seguridad de su amigo. Se vio demacrado, y tuvo lástima de sí mismo. Sabía que lo peor para la voz era la coca, pero, demonios, no tendría que cantar en público hasta dentro de algunas semanas. Suspiró. Tiempo de sobra para recuperarse.

Sacó la bolsita blanca y usó la superficie del lavabo para esparcir la farlopa. Luego hizo las rayas con la Visa Oro. Gladys, a su espalda, se mojó los labios. En la pista sonaba Tom Waits.

Los dos se besaron y notaron el sabor amargo de la droga en sus bocas.

En la barra, Rusty apuró un bourbon mientras miraba el culo de una de las amigas de Gladys, una morena de minifalda vaquera y top plateado con lentejuelas. Vio salir del baño a la pareja y unirse al grupo. Aprobó que en el garito pusieran a Dolly Parton, tomó nota del sitio para divertirse.

«El cantante está pasándoselo bien, y su amigo muerto en el depósito.» Rusty sacó a pasear su moralina, que tan bien le servía a la hora de disculpar sus acciones frente a sí mismo. «Ni rastro de la puta», siguió pensando. «¿Dónde se habrá metido?» Rusty había intentado volver a casa de Marc, pero la perra había frustrado cualquier tipo de cercanía mediante ladridos bastante escandalosos. Lo había perdido demasiado tiempo de vista; seguro que durante ese tiempo habría podido esconder a Tatiana. Observó cómo Gladys y Marc coqueteaban y se agarraban en la pista sin disimulo, hablándose al oído, y se dio cuenta de cómo iban a terminar la noche. Pidió otro bourbon y se armó de paciencia, dudando entre si quedarse o no. Al día siguiente tendría que madrugar y seguir preparando el asunto de la velada de boxeo del sábado.

Cuando vio que la pareja comenzaba a morrearse al son de *Waiting for a girl like you*, decidió retirarse a dormir. No podía con toda aquella melaza.

Corrió las cortinas para que entrase la luz del día.

—Me tengo que ir a trabajar. Llegaré tarde.

Marc abrió los ojos y los volvió a cerrar, deslumbrado. Gimoteó. Gladys le dio un beso en los labios, divertida. Ya estaba vestida, el cabello mojado. Marc la veía fresca y despejada desde su resaca monumental. La perra correteaba y movía el rabo con tanta fuerza que parecía capaz de tirar los muebles.

—¿Por qué no me haces un favor y bajas a Laika a hacer sus cosas? —Marc se incorporó en la cama y se intentó colocar el pelo revuelto.

—Eres muy manipulador. ¿Y qué más? ¿Te traigo cruasanes de chocolate?

Marc ladeó la cabeza y sonrió de forma encantadora.

—Ya que lo dices, sí. Afirmativo. Aunque llegues tarde un día no pasará nada. Hay una panadería justo al cruzar la calle. Venga, sé buena. Mira a la perra, te mira con cara de amor.

—Dos manipuladores. Está bien. Ahora volvemos. Integrales. Tienes que conservar la línea.

Marc cogió la botella de agua y la bebió casi entera. Había dormido mal; la coca, aunque no se habían metido mucha, lo ponía eléctrico para varias horas. Demasiadas. Habló en alto. Su voz sonó ronca, como la de un bajo bizantino en un monasterio perdido de Armenia.

—Mierda.

Luego se levantó y se puso el pijama, pero se volvió a sentar en la cama, negando con la cabeza, cuando recordó a Miguel en el depósito. Miró la hora. Aún eran las ocho de la mañana. Y sí, tendría que buscar a los familiares de su amigo y avisarles. Ir al entierro. Dejar de esconderse. Y hacer algo con el coche.

No recordaba bien si habían follado esa noche, o prefería no admitirlo. Solo esperaba que Gladys no se pusiera en plan novia posesiva, como la vez anterior. No tendría fuerzas para ocuparse de esas cosas ahora.

Estaba preparando zumo y la cafetera cuando sonó el teléfono.

Piero de Lucca al aparato. La *Tosca* inauguraría la temporada del Liceu y todos felices si aceptaba el Scarpia de septiembre. Para ser sinceros, la dirección quería a un americano, pero le había salido un hematoma en las cuerdas vocales y necesitaba varios meses de reposo, bla bla. Y el Persa lo quería a él, el

americano estaba demasiado gordo, ¿te lo puedes creer? Me lo dijo así, tal cual. Los ensayos comenzarían en septiembre, y la *rentrée*, la primera función, contaría con invitados de renombre: la alcaldesa, *el president*, todos los que pintaban algo en el poder político o financiero. Lo mejor de todo, la Tosca sería la soprano de moda, la inglesa Amanda Maier. Y el tenor, el alemán Hoffmann, otra superestrella. «Y no, no te sientas mal por ser segundo plato. Yo te prefiero a ti mil veces. Tienes lo que tiene que tener Scarpia. Cuando te bregabas en compañías en Roma te vi y me pareció impresionante.»

Sí a todo. Especialmente a los pechos de la Maier, famosos en el mundo de la ópera. Una mujer guapa, de elegante piel británica y bien dotada de voz... y de todo lo demás.

—Vente a firmar el contrato mañana por la mañana.

«Iré, por supuesto. Aunque tenga que arrastrarme por toda Barcelona.»

Marc respiró, dejó el móvil y se apoyó en la encimera. Hizo un esfuerzo por no pensar en Miguel, obsesionarse no iba a devolverlo a la vida. Aquella *Tosca* era la oportunidad de ser profeta en su tierra. Sus padres, por fin orgullosos de él. El cuento de la lechera al fin real pero con el cántaro lleno.

Scarpia, *avanti a Dio* y *avanti* a toda Barna. Sí.

La cafetería estaba llena de gente, abogados, jueces, funcionarios, tomando una caña, medio bocadillo de jamón, café, todos recuperando fuerzas y cafeína para seguir trabajando en los juzgados. Edurne esperaba la explicación con ansia.

—La muerte se ha producido por un golpe en la nuca. Por el golpe y la rotura de las vértebras y el cráneo, la forense dice que cayó hacia atrás y se desnucó, la típica mala caída de toda la vida. —El ayudante de forense sorbió el café y quitó el plástico de la galleta de caramelo.

—¿Mala caída? ¿No es un homicidio?

—Cuando cayó (o lo metieron) en el agua ya estaba bien muerto. Y el golpe

no proviene de ningún objeto del tipo martillo, bate, llave inglesa, lo que prefieras. Es un golpe típico de caída. Como el que te das contra la acera o una encimera.

—En la comisaría pensaban que era un crimen sexual. Una reyerta entre homosexuales, algún puto que no quiso pagar... —Edurne se tocó el pelo, luego remoloneó con el té.

—No hay indicios de actividad sexual alguna. Eso no indica nada, claro está. Además el agua borra rastros. Pero quizá alguien lo empujó y cayó contra una acera. No sé. Extraño, ¿verdad? En vez de llamar a la ambulancia lo llevas hasta un lugar en donde simular un crimen. Pero para resolver los crímenes están los polis, no yo. ¿Me has traído eso?

—Aquí lo tienes. —Edurne le dio una bolsa con latas de anchoas de Santoña —. Mira que me sales caro.

Él sonrió con malicia.

—No te quejes. Te pago yo el café. Tengo que volver al depósito. Hay cola de autopsias. Suerte con las averiguaciones.

Darío asentía en silencio como si estuviese recibiendo una lección de química en el colegio. A su lado, Vera aguantaba las ganas de fumar un cigarrillo.

—Calculamos que Dídac aguantará cuatro asaltos sin problema, está en muy buena forma, pero hay que asegurarse. A mediados del quinto, le ponéis esto en el agua o en lo que tome el Tigre, Aquarius, lo que sea. Lo dejará algo atontado. Y todos contentos. No sabe a nada, no se nota..., el problema es acceder a donde está su esquina —dijo el «químico».

El hombre les dio una botellita incolora.

Vera la cogió y la guardó en su bolso.

—Eso no será problema. ¿Cuánto duran los efectos?

—Un par de horas. Los efectos son casi inmediatos. Es indetectable en ocho. Y si Zarco le da una buena tanda de golpes, nadie va a ir a buscar ese tipo de

sustancias. La escopolamina es lo que tiene, desaparece muy pronto, por eso nadie se cree ninguna de las historias que cuentan las víctimas.

Darío sacó un sobre con dinero y se lo entregó con una sonrisa profesional.

—Buen trabajo.

Dídac cogió el libro de Historia Contemporánea y lo abrió con desgana por la Revolución francesa. Los nervios de la pelea. Lara. Jorge pegándole a Lara. Jacobinos, franciscanos, girondinos. Su madre. La pelea de nuevo. La rabia. Aquellos momentos en la vida en el que lo perseguía la nube negra, como le llamaba él. Dantón. Su mujer muerta. Su decapitación. «Muestra mi cabeza al pueblo», dijo Dantón a su verdugo.

El deporte se le daba bien pero no quería ser como los demás boxeadores. Chicos sin norte buscando fama y dinero, que acababan en la calle sin porvenir. Juguetes rotos, como esa vieja película de antiguas glorias malviviendo en su vejez que vio un día en televisión y le dejó marcado. No, él nunca sería de esos. Su madre lo había educado con todo su esfuerzo. El porvenir era importante. Había gastado mucho en ello, ella sola, su padre los había abandonado al poco de nacer, se había vuelto a Francia. Mandaba al principio algo de dinero, luego desapareció. Así que su madre, soltera, por suerte no señalada como en otros tiempos, pero sola, se esforzó por criarlo como Dios manda.

Suspiró. Hizo un esfuerzo por ahuyentar sus miedos y volvió a poner los ojos en el libro. La Revolución francesa, los años del Terror. Marat, muerto en la bañera. Charlotte Corday, guillotizada, muestra su cabeza al pueblo.

Luego vinieron otras parejas, una hermana, tiempos de bonanza. Su madre consiguió un puesto de carnicera en el Mercat de la Mercè. Y luego una carnicería. Y luego las preferentes y la amenaza de desahucio y la necesidad de dinero.

Robespierre. Le reventaron la mandíbula de un tiro. ¿O fue él mismo?

Mostrad su cabeza al pueblo. André Chénier, poeta. Las musas no detuvieron la caída de la cuchilla.

«Muestra mi cabeza al pueblo si pierdo el combate.»

—Bien, bien... ¿Qué? ¿Una caída?

Marc abrió los ojos desmesuradamente y el mosso no podía calcular si aquello era una actuación o el cantante estaba sorprendido de verdad.

—Eso dice la forense.

Marc ya conocía el informe: muerte por desnucamiento. Lo había llamado Edurne para decírselo, y que los mossos iban a pasar por su casa para preguntar, ya que había denunciado la desaparición. Pero sus habilidades actorales le tendrían que servir para algo más que para interpretar a Carlo Gérard, *nemico della patria*, perseguidor de Andrea Chénier, sin parecer un cretino bipolar que tanto firmaba su ejecución como suplicaba por su vida al acto siguiente. Sus ojos se llenaron de lágrimas durante un segundo, el suficiente como para que el policía las viese bien. Ante su sorpresa, se dio cuenta de que no había actuado; esas lágrimas eran de verdad.

—Vinimos juntos de Valencia en su coche. Está aparcado cerca del edificio. Quería pasar unos días en Barcelona. Yo me fui a actuar a Milán, soy cantante. Cuando llegué no estaba. No contestaba al teléfono. No había señales de vida. Luego denuncié y aquí estamos. En esta desgracia. —Marc estaba desolado. No necesitaba fingir, pero no pudo evitar pensar que, de alguna forma, la actitud de los policías era la de considerarlo sospechoso, ¿o era su paranoia habitual con los cuerpos de seguridad?

—¿Las llaves del coche?

—Ahora se las doy.

—Nos lo llevamos. Para la investigación.

—Procedan. Estoy aquí para lo que necesiten.

—¿Alguien ha avisado a la familia?

Edurne miró el apartamento de Marc con envidia indisimulada.

—Joder. Estás montado en el dólar.

Marc suspiró. ¿Cuántas veces había oído una expresión igual o muy parecida? Decidió obviarla.

—¿Quieres un café? ¿Un té? ¿Coca-Cola?

—Un café estará bien. Me encanta tu cocina. Bueno, todo. Hasta el último detalle, ¿eh?

—¿Cómo quieres el café? —Marc se enojó, pero trató de que no se notara. ¡Sí, joder, tenía dinero y buen gusto! ¿Era necesario sentirse siempre culpable o señalarlo?

—Cortado, si puede ser.

Los dos fueron a la sala y se sentaron en las butacas italianas, seguidos por Laika, que metía el morro en la mano de su dueño buscando alguna golosina. Marc puso sobre la mesa una bandeja con dulces y los dos cafés cortados.

La detective sorbió el café e hizo un gesto de placer.

—Está buenísimo, gracias. En fin, los mossos están algo perplejos con lo de Miguel. La forense dice que fue una caída. Si fue una caída, ¿por qué tirar el cuerpo al pantano? De todos modos tú no eres sospechoso, quédate tranquilo. Por lo menos, no de matarlo. —Rio a carcajadas con aquella voz de contralto escandalosa.

—¿Qué quieres decir? —Marc no vio ningún motivo para la risa.

—Tranquilízate, hombre. La hora de la muerte según la autopsia concuerda con tu estancia en Milán.

—Pues vale. Me quedo más tranquilo. —Su cara de alivio hizo reír más a la mujer, que parecía pasárselo bien con aquella broma macabra. Marc esperó a que se recompusiera mientras se preguntó si había sido una buena idea contratarla. Pero solo un segundo, sabía que ella era buena en su trabajo—. Bueno, vamos al grano, Edurne. Necesito que averigües varias cuestiones. Una, dónde puedo

encontrar a Berto Areces. Quiero hablar con él. Dos, quiero saber más de Vera Nanashi, la japonesa. Dónde vive, qué hace. Quién es.

—Te gustó, ¿eh?

—Quiero hablar con ella.

Edurne asintió.

—Bueno, eso puede ser complicado, dependiendo de cómo de recluida esté. Areces mira mucho por sus posesiones. La conversación con él será más fácil; seguro que no te ha olvidado. —Marc le había comentado su encuentro y la timba de póquer con detalle, sintió la satisfacción de recordar cómo le había vencido—. ¿No necesitas nada más?

—Por ahora solo eso. Más adelante veremos. Dime tus honorarios.

—No te lo puedo decir. Primero veremos cómo puedo obtener la información y si necesito untar a alguien para conseguir los contactos. Adelántame por ahora dos mil euros. Por otra parte —sus ojos adquirieron el brillo de la malicia— nada me gusta más que tocarle los huevos a un cabrón. Por lo pronto te puedo adelantar que hoy hay un coctel en Hotel Casa Fuster y él está invitado. Aprovecharé para acercarme a ver lo que puedo averiguar.

Marc la miró elevando las cejas.

—Un cóctel. ¿Qué se celebra?

—La editorial Diagonal presenta una nueva colección de novela negra. ¿No te han invitado? Pensaba que te llamaban a todos los saraos...

—¿Diagonal? —Cogió el móvil, que había dejado sobre la mesa—. No, creo que no. Pero tengo una amiga que trabaja con editoriales. No me será difícil hacerme con una invitación...

—¿Seguro que es una buena idea que vayas? Tómatelo con calma, Marc. No te metas en líos. Areces es un tipo sin escrúpulos.

Berto Areces sonrió. Se sabía un hombre atractivo, el signo del dólar relucía en sus pupilas cuando una mujer guapa se acercaba. Levantó la copa de cava y

brindó señalando a una hembra de bandera, como decía él, de larga melena negra y ojos marinos, que se acercó y lo saludó. Comenzaron a charlar de forma insustancial. La terraza del Hotel Casa Fuster bullía con los invitados al cóctel organizado por Diagonal. Aquello estaba lleno de escritores muertos de hambre que no le sonaban de nada, pero eso le daba lo mismo: lo importante era estar siempre en el centro de todo en la ciudad. Cultura, deportes, beneficencia, lo que fuera. La alcaldesa de la ciudad charlaba con unos y con otros, el jefe de la Urbana, otros empresarios, mujeres guapas, críticos de literatura, blogueras, más tías buenas. Tenía suerte, a su mujer no le gustaban aquellos eventos culturales, prefería estar en el gimnasio de su casa, le dijo, haciendo Pilates con el entrenador personal lleno de músculos o lo que quiera que hiciesen las mujeres en esas lides. Así que tenía total libertad de movimientos. En realidad, se dijo mientras bebía otro sorbo de cava, su matrimonio llevaba años muerto y enterrado, pero a ambos les daba pereza divorciarse. Pereza y el dinero, claro. Su mujer era tan rica como él, tenían dos niños, hacían lo que les daba la gana cada uno por su lado, dos o tres veces al año salían en el *Hola*, hacían el paripé, mostraban su casa en el campo o su casa en la calle de Balmes, niños rubios, mujer rubia, ojos azules, todo lo justo y necesario y azul para ser felices a los ojos envidiosos de la plebe. Una vez tenías el suficiente dinero como para perder la cuenta, era muy difícil salir de aquel ambiente, y la mujer de Areces no tenía el más mínimo interés en perder estatus.

Ni él tampoco.

Mientras saboreaba uno de los canapés y escuchaba con el piloto automático a la morena resplandeciente, seguro que modelo de Mango o algo similar, vacía de cráneo y llena de vida, pensó en si podría seguir follando con Vera durante muchos años. En si podría seguir forrándose con todas las empresas fantasma, los negocios turbios y los negocios honestos; en si seguiría levantándosele la polla sin tener que usar la pastillita; en lo feliz que era y lo feliz que podía seguir siendo. Solo faltaba que su anciano padre, *el gran fill de puta* Areces, pasara a mejor vida para redondear la jugada. Un accidente de esquí. O un ataque al

corazón mientras se follaba a alguna de sus chicas. La morena cambió de rama y él, aburrido, buscó un camarero, mientras saludaba a la hija de un importante editor con la que había tenido un lío hacía ya unos años. Ahora era una escritora de éxito. Y seguía estando igual de buena a pesar de la edad.

—¿Ahora te ha dado por leer, Bertito? —La mujer olía de maravilla y a Berto se le pusieron los pelos de punta al recordar lo buena que era en la cama ante aquel perfume que le llevó de nuevo a los tiempos en los que se amaban.

—Y a ti por escribir. Siempre hemos sido complementarios. —Le guiñó un ojo—. Sigues estando igual de... guapa.

Vera observó de lejos el trasiego de mujeres que se acercaban a Areces. Al final la había convencido para que lo acompañase. No se negó. En realidad a Vera le encantaba la novela negra. Reconoció a varios escritores que le gustaban y mucho: Toni Hill, Carlos Zanón, que charlaban con una periodista de *La Vanguardia*; Susana Hernández, Empar Fernández, Graziella Moreno... mezcladas en un *totum revolutum* de autores, editores, blogueros y admiradores. Más lejos vio al criminólogo Javier Sanjuán, que parecía envuelto en una discusión muy animada con Andreu Martín. Empezaba a ponerse el sol y las vistas de Barcelona, que desde el hotel eran magníficas. No se estaba arrepintiendo de haber ido, aunque todo el trabajo pendiente la ponía nerviosa. Por lo menos así podía evadirse.

Avanzó hacia una bandeja de canapés, no quería que se le subiera el Aperol. Levantó los ojos y se encontró de narices con Marc Roselló.

Salomé

—Tú. ¿Qué haces aquí?

Marc levantó la copa de vino blanco. La miró de arriba abajo, tan bien vestida y con aquel olor sensual y penetrante a perfume caro.

Aspiró sin disimulo.

—Es Hermès, ¿verdad? Podría preguntarte lo mismo, Vera. ¿Dónde está tu amo?

Vera lo fulminó con la mirada. Aquellos ojos felinos se entrecerraron todavía más y soltaron chispas metálicas.

—Si te refieres al perfume, sí. Solo uso Hermès. Si te refieres a Berto, por ahí anda. «No soy el guardián de mi hermano» —citó la Biblia con ironía.

Marc no le concedió una sonrisa.

—No tienes aspecto de Caín. Yo te veo más Salomé. Acabando con la vida de la gente sin inmutarte. O Dalila.

Vera intentó marcharse pero Marc le cortó el paso. La voz sonó cortante y fría.

—Lo de Miguel ha estado muy feo.

—No sé de qué me hablas.

—Lo sabes perfectamente.

Los ojos de Vera, de repente, mostraron un atisbo de humanidad, duró unos segundos tan solo, los suficientes para que Marc se diese cuenta de que aquello no era plato de gusto, pero no podía darle el beneficio de la duda. Por lo que él sabía, era la puta del magnate.

Vera, sin embargo, se tragó la hiel, y sin casi proponérselo su voz cambió de tono.

—Vete de aquí. Corres peligro. A Berto no le hará gracia verte.

—Sin embargo, a mí sí. Me debe un montón de dinero. Y una pequeña explicación.

Vera susurró con rapidez.

—Despídete del dinero. Tienes suerte de estar vivo. Haz el favor... vete.

—Hombre. Nuestro Robin Hood, el que roba a los ricos para dárselo a los pobres. —Berto los había visto y se acercó, todo elegancia y sorna—. Tienes algo que me pertenece... —Fingió mirar a su alrededor, como si Marc fuera solo un estorbo al que momentáneamente tenía que prestar atención.

—¿Tuteo tan pronto? Qué familiaridad. —Marc no estaba dispuesto a mantener esa cercanía con un tipo que le daba profundo asco—. Usted también tiene algo que me pertenece. Bastante dinero. Es lo que tiene una buena mano en las cartas.

Pero Berto se cansó pronto de la broma y fue al grano.

—¿Dónde está la chica?

—No tengo ni idea. Se escapó. Es como una anguila. A usted también se le escapó, ¿no?

Berto lo miró, esta vez sí, de hito en hito.

—Es mía. La recuperaré.

Marc hizo un gesto de indiferencia.

—Haga lo que quiera. Esa persona no es de mi familia ni me une ninguna relación con ella. Hablemos de la escalera real. ¿Cuánto dinero había en la mesa? —Y a continuación sintió un deseo ardiente de ponerlo en su sitio—. ¿Es de los que no le gusta pagar las deudas? ¿Es así como conserva su fortuna?

Areces levantó una de sus cejas, gruesas y oscuras, y por unos instantes la ira hizo que temblara su labio inferior, pero pasados unos segundos comenzó a reír a carcajadas.

—Nunca pensé que los cantantes de ópera podían resultar tan cómicos. Y tacaños. ¿Un cantante de medio pelo como tú no gana lo bastante para sus caprichos?

Marc no se alteró, sabía que era una mera frase para provocarle, pero cambió el tono, porque era Miguel el que estaba en el fondo de todo esto. No tenía tiempo para pensar en su vanidad.

—Matar a gente no tiene nada de cómico.

El empresario frunció la frente e hizo un gesto de interrogación.

—¿Matar? No entiendo.

—Vaya. Qué aspecto inocente.

—En serio. No sé de qué me estás hablando. Si estás intentando acusarme de algo, mejor será que te vayas por dónde has venido. O mucho mejor: por aquí está el jefe de la Urbana y algún cargo de los mossos. Puedes comentar con ellos tus impresiones.

Marc decidió apretarle. Que fingiera ya lo daba por descontado, pero quería dejarle muy claro que él no se lo iba a tragar.

—La muerte de Miguel Sanchís. Apareció ayer en el pantano de Vallvidrera.

Sin embargo, la expresión que escrutó de Areces le desconcertó: por un momento le pareció que decía la verdad, claro que, ¿acaso esta gente no medraba y hacía fortunas con el arte de decir mentiras y manipular para clavar el puñal cuando uno menos se lo espera? Desconcertado, volvió su mirada a Vera en busca de alguna señal que pudiera interpretar, pero ella parecía demudada y con ganas de estar a mil kilómetros de allí.

—Es la primera noticia que tengo. —De pronto, olvidó el tuteo—. Lo siento por su amigo. Pero yo, insisto, no tengo nada que ver. Ya sabe. Era homosexual. Quizá se metió en algún lío en donde no debería haber estado..., ese tipo de cosas que les ocurren a los gais. La promiscuidad. Se fían de cualquiera.

Los puños de Marc, esta vez sí, se cerraron por la ira, que amenazaba con cegarle. Areces notó ese estremecimiento y, regocijado por esa ventaja, decidió hurgar en la herida.

—Eso debería de enseñarle lo frágil que es la vida, amigo mío. Y más para los cantantes de ópera: criaturas volubles que dependen tan solo de un cambio de tiempo para funcionar. Delicadas como un cristal de Murano...

Marc vio la cara de Vera, un pequeño gesto, fugaz; tenía razón. Aspiró con ansia, y comprendió que había entrado en el juego de esa serpiente. No podía batirlo en su terreno. No, se dijo, no valía la pena seguir con aquello.

—Es tarde, tengo que marcharme. No lo olvides, Areces —y ahora le devolvió el tuteo, con intención—. Me debes dinero. La escalera real, ¿recuerdas?

—A lo mejor un día me tomo la revancha. Y tú me debes una de mis chicas. Mis chicas son mías.

Marc no se inmutó.

—Cuando quieras lo de la revancha —el fuego de sus ojos se lo dijo todo— creo que sabes perfectamente donde encontrarme.

Marc conducía hacia su casa con las manos crispadas en el volante. De buena gana le hubiese reventado la cara a aquel cabrón millonario. Allí mismo, delante de todo el mundo. Pero Vera tenía razón. No debía, ni podía.

Un momento: ¿por qué le estaba haciendo caso a Vera, y por qué le importaba lo que Vera pensase?

Recibió varios wasaps. A la altura de L'illa Diagonal paró en un semáforo y los leyó.

«Aléjate de él. Es peligroso.»

Y más abajo:

«Me alegró verte.»

Marc buscó una foto con el logo de «La voz de su amo» y se la mandó.

«Qué rápido has encontrado mi móvil.»

«Tengo mis recursos, cantante.»

«¿Cómo sé que eres tú y no es una treta de tu amo?»

Pasó un rato y sonó otro wasap. Era un dibujo de Aubrey Beardsley en el que

se veía a Salomé besando la cabeza del Bautista.

El Tigre le dio un golpe amistoso en el hombro. Metro setenta de pura fibra oscura, tatuajes no demasiado cuidados y horteras, abdominales de hierro, una toalla a la cintura. Olor a madera. Dídac se estaba quitando los guantes, sentado en el banco de madera del vestuario. Apenas pudo levantar los ojos para mirarlo de frente. A su cabeza subió una marea de sangre que por unos segundos lo dejaron sin respiración.

—¿Una cerveza?

—Es muy tarde, Jorge. Tengo que ir a casa de mi madre. Me ha preparado la cena, y no perdona que la dejen con los platos en la mesa, ya lo sabes. —Pasada esa conmoción, esbozó una tímida sonrisa.

Jorge lo observó unos segundos, lo notó raro. No era su amigo de siempre. Como si tuviese encima una nube oscura.

—¿Es por la pelea?

—¿Qué?

—Estás... no sé. Como ido.

Dídac consiguió recomponerse y alzó la cabeza.

—No, no. No pasa nada. —Se levantó y le hizo un gesto con la barbilla, intentando sonreír—. Cosas mías. Me voy a la ducha. Nos vemos el sábado.

Jorge lo vio marchar con un regusto amargo en el cuerpo, sin entender demasiado. No era un hombre particularmente introspectivo, ni los misterios del comportamiento humano le parecían interesantes. Recordó el apodo de guerra de su amigo: «El Poeta», y recordó que no siempre era capaz de seguirle en su estado de ánimo. «Ya se le pasará. Después de la pelea me lo llevaré de putas.»

Areces no había olvidado la conversación con Marc. ¿Qué coño era eso de la muerte del cantante gay?

—No entiendo lo de Miguel Sanchís. ¿Puedes explicármelo?

—Por lo visto apareció muerto flotando en el pantano. —Vera, que había vuelto del baño, repitió lo sabido como un robot, su habitual comportamiento que podía sacar de quicio a Areces, aquellos momentos de voz átona y desquiciante.

—No te voy a preguntar si tenemos algo que ver con eso. No, no te lo voy a preguntar, Vera. Prefiero no saberlo. ¿Está todo controlado? Asegúramelo. O haz que lo esté. Mira, no quiero enfadarme. Ese tipo no era un don nadie. No me apetece acabar dando explicaciones. Tengo muchos frentes abiertos como para preocuparme por un par de niñatos.

—Lo está. No habrá problema. No te estreses, cariño.

Berto sonrió y la besó en la frente, delante de todo el mundo tenía que controlarse; había levantado la voz de forma imprudente, y allí había muchas orejas de lobo. Así que siguió sonriendo, bajó la voz, y tomó del brazo a Vera para caminar hacia un rincón más privado, cerca de uno de los grandes ventanales de la estancia.

—No me gusta nada ese tipo, el Roselló. Hay que vigilarlo de cerca. Dadle algún «pequeño susto». Un escarmiento. No quiero que nos moleste más. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. No nos molestará más. Pero no te recomiendo que te metas mucho con él. Si Miguel Sanchís no era un don nadie, Marc lo es todavía menos. No es solo famoso por ser cantante de ópera. Sabes que su familia también lo es. Son gente de dinero de Barcelona. No es conveniente llamar la atención. —Le cogió ella ahora con su mano y la retiró de su brazo, pero de forma delicada, para indicar que quería marcharse—. ¿Nos vamos ya? Me cansa tanto postureo de escritores.

Areces se bebió la copa de un trago, y se tragó con el cava la bilis por la defensa sibilina que adivinó en el discurso. Vera, Vera, siempre Vera. Al fin y al cabo, la podía despedir en cualquier momento. No llevaba más de diez meses con él. Vera, su pequeña debilidad. Nunca había tenido una amante más

entregada y lasciva, tan inteligente y femenina. Pero todo aquello se podría volver contra ella en cualquier momento, se decía una y otra vez, defendiéndose contra la atracción que sufría con un cinismo que de poco valía.

Esos pensamientos quedaron en suspenso en el ascensor, cuando ella, agarrándole de improviso del brazo, tiró de su camisa de rayas azules y puños blancos y lo besó con lengua, intensa, profundamente, hasta que el sonido de la apertura de puertas detuvo la pasión que Areces sabía que era su éxtasis pero también su debilidad.

—Te hice huevos fritos y una chuleta de ternera.

—Gracias, mamá. Pero tengo que dar el peso. No me embutas.

—Tienes que estar fuerte para el sábado. También ensalada. Proteínas y verdura, eso no engorda.

Ana, la madre de Dídac, se sentó delante de él para verlo cenar. Era una mujer que aún conservaba la belleza de sus años mozos, delgada como su hijo, con ojos castaños del color de las avellanas y el pelo teñido del mismo color para tapar las canas. Sonrió y lo miró con el amor inconmensurable de las madres al ver alimentarse bien a sus cachorros predilectos.

—Te noto triste. ¿Te pasa algo? Tienes que comer algo. Vienes de entrenar, de trabajar, de estudiar. No puedes quedarte con el estómago vacío.

Dídac apenas había probado la cena. Se esforzó para no decepcionarla.

—No, mamá. Todo bien. Estoy preocupado por ti, eso es todo. Ya no tengo dieciséis años.

—¿Por mí? Ni se te ocurra. Nadie nos sacará de este piso, eso tenlo por seguro. —Sus ojos mirando ahora ligeramente hacia el suelo—. Ahora lo que te tiene que preocupar de verdad es la pelea del sábado. Tengo muy claro que vas a ganarla, pero has de alimentarte bien. Ya sabes que soy bruja. ¿Cómo está la carne?

A Dídac le hacía gracia que su madre aceptara de una forma natural que se

dedicara al boxeo y no a cualquier otro deporte socialmente aceptado. Estaba orgulloso de ella y de todos los esfuerzos que había hecho durante la vida para criarlo y cuidarlo. Y ahora le iba a tocar a él devolver el esfuerzo, salvarla, protegerla.

—Está muy buena, gracias. —Poco a poco iba recuperando el apetito. Sonrió al fin, agradecido.

—No seas tan lacónico, hijo, ya sabes que me gusta verte sonreír. ¿Mañana vienes? Va a estar tu hermana.

—Está bien. A comer. Pero todo a la plancha.

Miró la cocina, siempre limpia y ordenada de su madre, con los hábitos de la carnicería, los de mantener todo impoluto como si fuese una clínica. Se sintió bien. El almanaque con las citas del médico en rojo, un san Pancraccio, el viejo reloj que se negaba a tirar a la basura. Le inundó una ternura infinita, la del niño chico que hubiese dado la vida por ella en el patio del colegio.

Tenía que ganar la pelea. Sí, o sí.

Tatiana ojeó una revista de moda antes de apagar la luz de su modesta habitación y arrebujarse en la manta y sábana. Llevaba una camiseta y un short con ositos que le habían dado en la casa de acogida. El sitio era una vieja casa cerca de Montserrat, aunque eso ella no lo sabía. Lo único que sabía era que estaba bien, por primera vez en mucho tiempo. Le habían dado ropa, camisetas, pantalones, vestidos de su talla. Había comido, conocido a otras chicas, rusas, nigerianas, ucranianas como ella. Algunas no sabían hablar español. Otras le contaron sus historias tristes. Jugaron a las cartas. Rieron. Las mujeres eran felices allí. Felices por no tener que temer al vudú. Por no recibir palizas. Por no tener que acostarse con un hombre tras otro, en una cadena infernal de sexo forzado. Algunas, como perros rescatados del maltrato, permanecían en silencio, con ojos que nunca acababan de acompañarse de una sonrisa, abiertos y asustados, aún sin poder creer que no volverían los tiempos de tortura.

Tatiana olió el detergente fresco de la almohada y apoyó la cabeza. Lloró.
Lloró como nunca en su vida. Con hipidos casi dolorosos de alegría.
Se quedó dormida sintiendo la humedad de la tela blanca.

Espinosa sin la rosa

They are just thorns without the rose.

«Downtown train»,
TOM WAITS

Marc estaba exultante.

—Voy a firmar el contrato para una ópera. Al Liceu, por favor.

El taxista lo miró por el retrovisor.

—Vaya. Enhorabuena.

—En septiembre. *Tosca*. Inauguro temporada. La ilusión de mi vida.

—Qué bueno. A ver si me consigues una entrada. ¿Por Diagonal y luego Comte d’Urgell, te parece?

—Perfecto. ¿Ya terminaste *No llames a casa*? —Marc vio el libro en el asiento de atrás, como la vez anterior que había conocido al taxista lector. Estaba bajo otros dos.

—Sí. Muy bueno. El final es tremendo. Conozco al escritor, es un poco capullo, pero el libro vale la pena. ¿Lo quieres llevar? Yo ya estoy con otro. *Los ángeles de hielo*.

—Vale. Necesito distraerme. Me vendrá bien una intriga negra. Me paso la vida estudiando papeles.

—Es dura, ¿eh? Nada de tonterías ni cursiladas.

—Soy cantante, pero no un blandengue —protestó sin convicción mientras se dejaba llevar por el espectáculo que ofrecían las calles de Barcelona. El día había

amanecido soleado, caluroso. El Prius avanzaba con suavidad permitiendo a Marc observar a los turistas que desde primera hora colonizaban la ciudad como una marabunta insaciable de modernismo, sangría, tapas, paella y calor. Notó los nervios en el estómago, la emoción de su primera gran ópera en el teatro de su vida, el Liceu, donde desde pequeño su familia disfrutaba de la música con un fervor que iba más allá de la apariencia social y burguesa de muchos de los que acudían fingiendo amor por la lírica y en realidad iban a lucir galas y a presumir de dinero. Como la familia de Areces.

De pronto, le vinieron a la cabeza las palabras de Areces sobre la fragilidad de los cantantes de ópera y volvió a sentir la ira que la noche anterior le había impedido casi dormir. «Cristal de Murano.» Aquel cabrón iba a salir indemne de todo y eso le ponía enfermo. Muy enfermo. Por muchas vueltas que le diera no encontraba una solución, una forma de lograr el equilibrio, de hacer justicia, y aquello le resultaba intolerable. ¿Estaba demasiado acostumbrado a salirse siempre con la suya? Pero aquello no era solo un capricho. Era la vida de su amigo. Era la impunidad de aquel indeseable, que parecía inmune a toda justicia. Le sacó del pozo una de las canciones que estaba poniendo el taxista en uno de sus caóticos ataques musicales de quita y pon.

—¡Hombre, *Downtown train!*, me encanta! ¡*Rain dogs* es mítico! «*They are just thorns without the rose*», son solo espinas sin la rosa..., tremenda frase.

—Me lo imaginaba, no sé por qué. —El taxista esbozó una sonrisa, sus años de taxi servían para saber cuándo se debía «salvar» con una música seleccionada a algún cliente al que se apreciaba por algún motivo—. Tom Waits siempre funciona.

Horas después, cuando Marc salió del Liceu su humor había cambiado por completo. El tiempo continuaba soleado, radiante; las cotorras, invisibles, discutían de forma interminable en los plataneros, los gorriones robaban migas a las palomas, los turistas engullían marisco y sacaban fotos en el Mercat de la Boqueria, y él acababa de firmar el contrato de su vida. Sintió una gran alegría, y un poco culpable también por permitirse esa emoción cuando la muerte de

Miguel aún le acechaba en sus sueños. Pero era humano, se consoló, y ese momento era el que había estado ansiando toda su vida.

Se sentó en uno de los puestos del mercado que servían comida, el Universal, y se puso a leer el contrato con calma con una copa de cava y unas ostras para celebrarlo.

Los ensayos con piano comenzarían en un mes. Por fortuna se sabía el papel al dedillo. Luego, los ensayos de escena. El estreno, el 29, sábado. El director del teatro le había asegurado que acudirían las fuerzas vivas de la ciudad, y se decía que la alcaldesa también, pero eso siempre quedaba en un rumor. Había visto los bocetos de la producción, el vestuario, todo basado en los cuadros de David y de Ingres, una maravilla. Además, había descubierto una inspiración nueva para el personaje de Scarpia: Berto Areces. Podría basar la íntima construcción del personaje en aquel tipo corrupto, sin escrúpulos y mujeriego sin ningún problema.

Tenía unos días de vacaciones antes de un recital en el Palau de la Música Catalana. Podía irse a Roma unos días, a casa de unos colegas. Bajar hasta Nápoles, hacer algo de turismo; no era mal plan. Y así se alejaba de aquellos días oscuros que había vivido en Barcelona.

Se permitió aquellos minutos de felicidad antes de quedar con la hermana de Miguel, que venía a llevarse el cuerpo a Valencia. La acompañaría hasta Cofrentes, el pueblo de los padres, para la cremación. Terminó el cava y las ostras mientras miraba la hora en el móvil. Echó de menos algún wasap de Vera, o por lo menos de alguien que lo añorase. En su lugar, la hermana de Miguel, que ya se encontraba en la fuente de Canaletas.

Marc pagó y se armó de valor. Le esperaban un par de días jodidos.

Darío observaba las dos pantallas en donde tenía los asientos contables, a la vez que apuntaba en su pequeña libreta negra, con su meticulosa letra de caligrafía salesiana, todo lo que era necesario.

Era el hombre de confianza de Berto Areces, pero consideraba que agenciarse un pequeño pellizco de vez en cuando era un acto de justicia. Las empresas de Areces mantenían un elegante equilibrio entre lo honesto y lo ilegal, entre lo presentable y la peor escoria. Areces era famoso por ser un emprendedor que, al estilo de su padre, todo lo que tocaba lo convertía en oro. La sociedad le agradecía el dinero que invertía en la lucha contra el cáncer y enfermedades raras, pero también usaba sus laboratorios para otro tipo de productos químicos más rentables. Importaba petróleo de Arabia y exportaba mujeres y armas. Ganaba también con apuestas, organizaba timbas, amañaba partidos de fútbol. La codicia de Areces no tenía fin, ni su ansia por superar la fortuna paterna. Al fin y al cabo, todo estaba unido y de todo se sacaba dinero. Por eso Darío Gara no tenía demasiados escrúpulos cuando desviaba alguna que otra partida de armamento, explosivos, productos químicos, a algún sitio en guerra, a algún cliente caprichoso o a algún grupo terrorista que le iba a pagar mucho más. Lo único que tenía que tener era mucho cuidado a la hora de mantener una contabilidad B estricta y disimulada, hasta tal punto que nadie sospechase aquel pequeño desfalco que, en realidad, a Areces no le significaba nada, le importaba bien poco, y para él, era algo más que importante, un futuro sin pensar demasiado, relajado, feliz.

Lo único que le ponía nervioso era Vera, Vera la incitante. Con aquel semblante helado e inescrutable. Allí estaba, mirándolo a través de los cristales de su despacho. Siempre vigilando. Como un gato lustroso, siempre deslizándose, nunca de forma directa.

Vera entró en el despacho, envolviéndolo con un aroma a rosas que a Darío le recordó alguna escena de película japonesa que había visto hacía poco, *Deseando amar*, con sus estudiados gestos de geisha que ponía de vez en cuando, y casi siempre dedicados al bobo de Areces que en aquellos casos la miraba como si estuviese adorando un cuadro de Murillo. Parecía tener uno de sus momentos agradables, que a Darío le perturbaban más que el habitual semblante de guerrero samurái.

—¿Comemos juntos?

Darío levantó las cejas, sorprendido.

—Berto está en Madrid. No me apetece comer sola. Tengo mesa en un *japo* muy bueno que hay por aquí cerca. ¿Te vienes?

Darío consultó su móvil, intentando disimular, porque en realidad aquella invitación le había estremecido y no quería que se notara. Luego se estiró y asintió.

—Bien. De acuerdo. Pero poco tiempo. Estoy en medio de la contabilidad y quiero dejarla terminada esta tarde. Voy a coger mi chaqueta. Espérame un segundo. Siéntate si quieres.

Ella se sentó. Mientras Darío se levantaba y salía de la oficina acristalada al recibidor donde había dejado su chaqueta y la cartera con el portátil, Vera activó su reloj Fitbit y lo conectó al ordenador del contable como le habían explicado que hiciera. El proceso duró solamente diez segundos y sin necesidad de acercarse demasiado al aparato. Darío entró en el despacho, la vio entretenida con su reloj deportivo, apagó el ordenador, recogió la mesa y le hizo un gesto para que saliesen. Ella supo iluminar su rostro como si nada en el mundo le hiciese mayor ilusión que comer con el contable de las empresas de Berto Areces.

Eduarne sacó fotos de Darío y Vera juntos, entrando en el japonés Yashima, no muy lejos del enorme edificio de oficinas en Francesc Macià. Luego los siguió sin dudar. Estaba hambrienta. Buscó un sitio cerca de los dos para poder verlos y, con suerte, escuchar la conversación.

Eduarne había estado investigando a Vera Nanashi. No había nada en las redes sociales, lo cual le pareció extraordinario. Lo poco que sabía lo había averiguado ella. Vivía en el pasaje del Crèdit, un piso pagado por Berto Areces, una casa en Ciutat Vella no era precisamente barata...

—Vale, una cerveza japonesa, sushi y sopa de miso y jengibre, si tienen... ¿Sí?

Genial —Se relajó al pensar que iba a saciar su hambre al fin; y siguió con sus reflexiones: parece que el otro tipo le gusta, y no es de extrañar, es un hombre atractivo, aunque no sea precisamente guapo, más que Berto, o por lo menos sin aquel aspecto de prepotencia y vicio que afeaba el rostro de rasgos más que correctos del empresario.

Vera Nanashi manejaba los palillos con una maestría que parecía fascinar a su acompañante. El tipo la observaba con algo parecido a la adoración, y no era extraño, la mujer tenía «algo», una mezcla indefinible entre un pájaro con un ala rota y una *Oona Bugeisha*. Sirvió el sake y empezaron a comer mientras Edurne intentaba escuchar algo de lo que decían. Solo «Rusty», «boxeo», «apuestas», «sábado», le llamaron la atención.

Luego tomaron té y se levantaron.

Edurne sacó otra ráfaga de fotografías con la cámara que llevaba incorporada en su bolso antes de terminarse la cerveza. Luego salió a la luz del sol mientras los veía alejarse hacia las oficinas de Areces.

Vera, demasiado perfecta para ser de verdad. Llevaba algunos años en el oficio y su intuición le decía que algo allí no cuadraba.

Seguiría investigando. Por lo pronto, había convencido a una amiga para que le averiguara cuánto tiempo llevaba viviendo en el Crèdit. Y a otro amigo para que le siguiera el rastro laboral antes de Areces. No era tan joven para no haber trabajado. Y se veía una tía brillante. Aunque quizá lo hizo en el extranjero, y eso sería algo más complicado de averiguar.

Anabelle taconeaba con impaciencia. Daba vueltas sin disimulo y volvía a taconear sus zapatos de color rosa comprados en los chinos, a juego con el minishort que permitía ver el inicio de las nalgas que hacía unos años habían sido las más buscadas de Barcelona. Antes de la celulitis. Antes de la niña. Antes de que las tetas dejaran de ser dos manzanas apetecibles.

Alguien le había dicho que en aquella calle de Sant Adrià de Besòs, cerca de

las chimeneas, había posibilidades. Llevaba buena parte de la tarde arriba y abajo, y solo había caído un cliente. Lo único bueno era que nadie le tocaba los ovarios.

En realidad Anabelle se llamaba Anastasia, como la zarina, y era hija de la gran Madre Rusia. Y como hija de esa madre añorada pero muchas veces cruel, era rubia, de ojos como zafiros y larga melena rubia hasta la cintura. Su único problema es que no tenía ya dieciocho años, sino treinta y cinco, y se había aficionado en su momento, demasiado, mucho, a la farlopa, a las fiestas, al vicio y a la buena vida. Y allí estaba, después de intentar reconducir su vida en una casa de acogida, de nuevo, haciendo lo único que sabía hacer en la calle de la Mar Negra, la calle donde le habían soplado que podía hacer buena tarde. Anastasia. Puñetero nombre que siempre llevaba a sus clientes a burlarse de ella, mucho mejor Anabelle.

A Anastasia ya le daba todo un poco igual. Su hija crecía fuerte y sana en una familia de acogida. A Anabelle, quizá le apetecerían un par de tiritos y comer caliente.

Al fin, un coche. Y de los buenos. Lanzó sus pechos hacia delante y sonrió con picardía cuando el vehículo se puso a su lado.

Rusty no era partidario de la violencia. Pero sabía que algunas veces era necesaria. Al menos eso le gustaba pensar en ciertas situaciones, mientras los ojos de Anastasia reflejaban el terror azuzado por un dolor que casi no podía creer que estuviera experimentando. A Rusty no le hacía demasiada gracia sentir placer mientras torturaba. Pero lo sentía. Estaba excitado, tenía una erección. Le hacía sentir culpable, por supuesto. ¡Él no era un psicópata! ¡No tenía culpa de que Anastasia no colaborase lo suficiente!

—No tendríamos que estar pasando por esto, Anastasia. ¿Entiendes? Si me cuentas dónde estuviste durante aquellos años, dónde está la casa de acogida, esto parará inmediatamente. Te lo prometo. Soy hombre de palabra.

Anastasia notaba la sangre viscosa cayendo por su escote. Clavó los ojos aterrizados en los ojos de Rusty, que le enseñaba con una sonrisa la oreja ensangrentada mientras en la otra mano mostraba unos alicates que había cogido de una bandeja.

Luego los cerró.

Era puta, pero era rusa.

No iba a hablar.

Total, dentro de poco estaría muerta.

Contra las cuerdas

Los sueños no me dejaron en toda la noche. Pero los sueños no tienen dedos, tienen puños.

ROBERTO BOLAÑO

—En realidad era mi único amigo de verdad. Todos los demás se acercaban a mí por mi posición social. Y las chicas, ni te cuento. Pero el que estaba siempre ahí era él. Para lo bueno y para lo malo.

Marc iba saliendo del shock poco a poco. Y poco a poco la muerte de Miguel se hacía hueco en su mente, se aposentaba, tomando forma real. Su amigo. Su colega. Alguien honesto.

Mónica sacó un pañuelo de papel del bolso y se lo dio.

—Él te admiraba mucho, Marc. Decía que ibas a triunfar, a triunfar en serio, no como él, que no pasaba de cantar en provincias.

—Y yo a él. Era una buena persona. Un gran cantante. Qué más dará ahora el triunfo. Recuerdo un *Réquiem* de Verdi que me puso los pelos de punta... ¿Me dejas un Marlboro?

—¿Fumas? Los cantantes no debéis...

—Solo en alguna ocasión. Ahora lo necesito.

Revolvió en el bolso buscando un mechero y se sorbió los mocos de llorar. Mónica se parecía a su hermano, era rubia, de ojos azules, delgada y guapa. La tristeza apagaba su habitual felicidad. El cantante aspiró el humo del cigarrillo con placer prohibido.

—Miguel quería que lo incineraran. Parte de las cenizas en Cofrentes, la otra parte en la Ópera de París.

Era la primera vez que Marc estaba en aquel pueblo perdido en el Valle. Hacía un calor infernal en Cofrentes. Tomó un sorbo del café con hielo. Se preguntó cómo haría Mónica para tirar las cenizas de su hermano en el Palais Garnier.

—Podrías llevarlas tú, ¿no te importa? Eres cantante, no tendrás problema...

Marc la miró sorprendido, a la vez que pensaba en lo absurdo de aquel momento. Una vez paralizaron una representación en el Metropolitan de Nueva York porque un hombre vertió las cenizas de un amigo y lo confundieron con un terrorista. Se imaginó la situación: detenido en Milán y acusado de terrorismo biológico, y no pudo por menos que sonreír. La muerte acechaba siempre, era lo único que todos podíamos esperar, más tarde o más temprano. Pero a veces, golpeaba no solo con el puño de la desgracia; también podía parecer grotesca. Quizá no era el único que se veía invadido por un placer perverso en los funerales y entierros, el placer de reír y amar la vida que aún le quedaba. Y ese alivio impúdico de ver que era otro el que estaba muerto, y no tú. Dejó de pensar y ladeó la cabeza, resignado.

—Claro, lo que sea necesario.

—He hablado con la policía y no tienen ninguna pista. Dicen que la muerte fue un accidente. Quizá se peleó con alguien. No saben nada. Por lo visto no sufrió. Lo de una reyerta entre gais... eso no me lo creo. Miguel no era de esos. En realidad, siempre estaba presentándole amigos y no había forma.

Marc asintió. Nada le dolía más que tener que ocultar los hechos, pero diciendo la verdad no iba a sacar nada en claro.

—No paro de pensar que fui negligente; aunque estaba en el fondo asustado, decidí que eran aprensiones mías, y le dejé en Barcelona, mientras yo me iba a cantar. Tenía que haber hecho caso a mi intuición, pero fui egoísta. —Negó con la cabeza, en señal de la batalla que soportaba desde la muerte de Miguel—. Supongo que he de vivir con esto.

Mónica le agarró la mano y la apretó.

—Marc, todos tenemos nuestro día y nuestra hora. Esta era la suya y punto. Por mucho que te tortures, no hay ya nada que hacer. Miguel era un hombre feliz y positivo. No le gustaría tanta tristeza. ¿Sabes? Siempre se van los mejores. Es un cliché, pero es tan real...

Un galgo cruzó la plaza persiguiendo un gato, que hizo un quiebro elegante y se refugió debajo de un coche. Dos niños reían y se peleaban en bañador y camiseta mientras iban a la piscina. La vida seguía, Mónica tenía razón, pero el dolor y la culpa que se habían asentado para quedarse, comenzaban su labor de roer y roer como la carcoma. Tenía que haber alguna forma de que Areces pagara por aquello y él la iba a encontrar.

Marc apagó la colilla, dejó un billete en la mesa del bar y se levantó.

—Vámonos ya. Es la hora. No nos sobra el tiempo para llegar al crematorio.

Dídac Zarco notó las vendas entre los dedos, prietas pero elásticas en el punto justo. Movié los dedos, cerró y abrió los puños. Respiró. Tenía los cascos puestos, en su cabeza resonaba a toda potencia Rammstein. *Ich Will* le erizaba los cabellos mientras permanecía sentado, cabizbajo, cubierto ya por el albornoz de color púrpura.

Cogió los guantes, negros, y se los colocó con parsimonia.

Había escuchado atentamente los consejos de su entrenador. Jorge era muy bueno en defensa. Era necesario romper la barrera mediante crochets duros al hígado y riñones después de castigarlo con una sucesión de jabs, ¡ojo con sus directos que eran demoledores, y los ganchos, y los cruzados...! Dídac sabía que Jorge era superior a él, las apuestas estaban decantadas a favor del uruguayo. Pero él se sentía fuerte. En su mente dibujaba continuamente sus puños como látigos que golpeaban dejando una estela de fuego que cegaba a su adversario.

Se quitó los cascos al ver que lo iban a buscar.

Escuchó los vítores y la música. Jorge estaba saliendo al cuadrilátero, en aquella ridícula escena que todo el público parecía adorar y que a Dídac le producía un pudor extraño y palpitante. Mostrarse como un gladiador en el Coliseum resultaba algo ridículo cuando el combate era en un pabellón de deportes de Vall d'Hebron. Tuvo un momento de debilidad y se sintió como si aquella fuese su última noche y lo llamasen para subirse al carronato que lo iba a llevar a la ejecución pública, a la guillotina.

«Mostrad mi cabeza al pueblo, verdugos. Solo que voy a daros otra cabeza sobre la que escupir cuando ya estéis satisfechos tras la sangre derramada.»

Dídac se levantó del banco y pegó unos saltos para calentar. Los gritos fuera eran ensordecedores. Entrechocó sus guantes y se colocó la capucha del albornoz.

Había llegado la hora.

A Edurne le encantaba el boxeo. Desde niña lo había mamado con su padre en la televisión, y alguna vez le había acompañado a ver un combate en el extrarradio, venciendo la reticencia de su madre. Le fascinaba ver a dos hombres golpearse, la brutalidad del fajador mezclada con la elegancia del noqueador que golpeaba tras los pasos de baile. El último deporte que hacía de la violencia controlada un arte, que pervivía en aquella sociedad hipócrita sometida a la censura de lo políticamente correcto y a la obscenidad de la basura televisiva. Vio salir a Jorge *el Tigre* Márquez con una bandera de Uruguay y un albornoz brillante y hortera que lo visibilizaba desde todos los ángulos; la gente comenzó a gritar y a vitorear, excitada por la inminencia del combate. También vio a Vera Nanashi, sentada cerca del ring, y al lado el administrador de Areces, el hombre con el que la japonesa había ido a comer el día anterior. Un tipo con un currículum tan amplio que podía destacar en cualquier sitio sin problema. ¿Qué hacía con aquel empresario con ínfulas de Lucky Luciano? Misterios de la vida...

sin duda el misterio pasaba por ganar mucha pasta. Lo mismo que la Butterfly, aunque esa sí que era un misterio, de los buenos, de los de verdad.

Sale Zarco, el Poeta. Un chico guapo. Semblante reconcentrado y serio; mirada escrutadora e inquisitiva. Ningún aspaviento. El público también lo vitorea con ganas. Adora su rictus insondable, su estoicismo al recibir el castigo del oponente, ese aire a lo Camus. El Poeta del ring, lo bautizó un cronista. «Sus golpes son como versos encadenados que despiertan la emoción de la verdad que se esconde en la tragedia épica del boxeo», había escrito.

Los dos alcanzan el centro del cuadrilátero y el árbitro los encara, les suelta un *speech*, se saludan con un golpe de guantes, van a sus rincones y la campana suena cuatro veces.

Los flashes deslumbraban y la muchedumbre redobló los gritos. Estaban calientes de la pelea anterior, pero esta prometía mucho más.

Comenzó el combate.

Edurne había apostado por Zarco. Era simple, estaba más bueno que el otro. Y si vencía iba a ganar mucho más.

El Tigre parece un animal mitológico, poderoso, infranqueable. Dídac, exhausto, busca crear de forma intuitiva un patrón para entrar, abrir la lata, deshacer el nudo. Lo fuerza a moverse, pero nada: no, Jorge es un tigre real, un felino que esquiva todos los ataques y alcanza su rostro una y otra vez. La defensa es impenetrable, y Zarco necesita un caballo de Troya, alguna forma de encontrar una brecha en el torbellino de golpes y músculos huidizos que conforma su amigo y enemigo. Suena la campana y acaba el cuarto asalto con el dolor en el rostro y la sensación gomosa de la cara tumefacta. Su entrenador le da agua e instrucciones innecesarias que renuncia a escuchar porque su cerebro necesita toda la energía que le queda para sobrevivir. Su pecho sube y baja con ansia, el sudor recorre su cuerpo y un ayudante le pone vaselina en el rostro y procura cortar la sangre que mana de la ceja.

Zarco necesita algo, no sabe aún qué. Pero algo urgente o su amigo lo va a triturar.

«Madre del cielo, menuda paliza le está dando, pero el chico aguanta como un campeón.» Vera mira a Gara. La pelea se está saliendo de madre, el Tigre está inconmensurable. Hay que hacer algo. Ya. Se levanta y coge el bolso. Comienza el quinto asalto. Gracias a Dios Zarco consigue colocar un par de directos muy duros a la cara del Tigre y le baja la fiereza al uruguayo, que estaba confiado, machacando una y otra vez los flancos del barcelonés, que aguanta como puede. Pero eso no basta. Vera se levanta justo antes de que suene la campana y aprovecha para acercarse a la esquina en donde está el Tigre recibiendo instrucciones y curas para seguir la pelea.

Saca del bolso grande y rojo una botella de plástico igual que las otras que hay en un cubo con hielo y la deja con disimulo, nadie la ha visto, está segura. Hay mucho barullo alrededor. Vera es muy buena en las acciones sigilosas.

Permanece de pie hasta que sonrío satisfecha. Luego camina hacia su sitio con parsimonia. La rubia en shorts y tacones enseña el cartel y suena la campana de nuevo. Mira a Dídac y comprende, en su aspecto devastado, que no resistiría un asalto más.

Sexto asalto. Mi cara es una puñetera pulpa. Sin embargo, el dolor viene y va, como si el cuerpo luchara por metabolizar los golpes, uno tras otro, interminables. El ruido. Es seco, el impacto es como si un hierro oxidado te horadase los pómulos. Es interior y profundo. Consigo levantar los guantes negros, los nudillos se desintegran como si estuvieran debajo de un yunque, una lección de anatomía a través de la laceración. Pero no importa, los obligo a inmolarse contra su rostro oscuro de sangre. Sí, lanzo el puño, saco la rabia de la desesperación e imagino que es un martillo de acero. Arrecian los gritos, el respetable pide muerte, mis pies danzan, la danza pesada y ágil, mi zurda encuentra un hueco entre aquel entramado impenetrable de músculos, costillas y

huesos de hierro oxidado. El hígado es fácil de notar, el guante se hunde directo en el costado, luego un gruñido animal, ese gruñido lo conozco bien, es el de animal herido, me he convertido en un cuchillo romo. Sus cejas son manantiales de sangre. El Tigre ruge y en sus ojos, por vez primera, atisbo el fulgor del miedo.

Ella me observa. No sé quién es. Pelo liso, oscuro. Su piel de mármol, los ojos rasgados. Sigue mis movimientos, hipnotizada. Sonríe. Es como una esfinge. Me fijo en ella, en su bolso de color rojo y, por un momento, le traspaso mi dolor que no duele ya bajo el ungüento de su mirada y mis esperanzas renovadas de victoria.

Mi rival, Jorge, mi amigo, boquea contra las cuerdas con la mirada perdida, y yo aprovecho para lanzar mi brazo, convertido en el martillo de Thor, contra su rostro en rítmica sucesión. Como si Jorge se hubiese vuelto de goma, sumiso, extraño, laxo, al que su espíritu le hubiera abandonado dejando solo un cuerpo inerte. Vuelvo a atacar y engancho al fin un *uppercut* que lo lanza contra las cuerdas y al suelo. Escucho el ruido de su cabeza al golpearse contra la lona.

El árbitro me agarra y me lanza al otro extremo del cuadrilátero.

Gritos de nuevo. Escucho la cuenta atrás como en un sueño. Un sueño lejano y profundo, en blanco y negro.

Elevan mi brazo, escupo el protector, solo sabor a metal en mi boca, en mis ojos, en mi cuerpo. Pero he ganado. ¡Mostrad la cabeza del Tigre al pueblo!

Cuando consigo recuperar la cordura y la vuelvo a buscar, ella, la mujer del bolso rojo, ya no está.

Todos se lanzan a recoger a Jorge, en el suelo con los ojos en blanco y convulsiones en las piernas. El entrenador me cubre con el albornoz y me aparta de allí para que no siga viendo cómo sacan fuera la lengua del Tigre para que no se ahogue y llaman a la ambulancia para evacuarlo al hospital más cercano. Todos me felicitan.

Todos menos Lara, que, por un segundo, me mira con los ojos anegados y furibundos de reproche y angustia.

Noto ahora mi cuerpo quebrado por el cansancio y el dolor, y tengo que sujetarme en la multitud que me arropa para no caerme.

La he perdido.

Me tenía que haber dejado ganar.

Un monstruo en la ciudad

*I'll haunt you when you laugh
Oh, I'll haunt you when you laugh
You might sleep
But you will never dream*

«Suffer Little Children»,
MORRISSEY-MARR

Gladys se puso de puntillas para ver por encima del hombro del mosso. A lo lejos se veían las tres chimeneas de la térmica del Besós, la neblina apacible del día brillante, el mar, Badalona, Barcelona. El parque del Guinardó tenía unas vistas magníficas, pero ella no estaba allí para disfrutar de las vistas. Estaba allí para cubrir un asesinato, el asesinato de una mujer. La policía científica deambulaba en un desorden que parecía seguir algún protocolo oscuramente ordenado. Se fijó fascinada, como siempre le ocurría cuando contemplaba el despliegue policial ante un crimen, en el mosaico que componían la inspección ocular, los dos ciclistas que habían descubierto el cadáver, quienes explicaban una y otra vez todo lo que habían visto, con sus maillots de coloridos fluorescentes, sus bicicletas apoyadas en un tronco; furgones, coches patrulla, mirones, señoras vestidas de mallas intentando ver algo mientras en secreto se congratulaban de no ser ellas la víctima; periodistas, televisiones, perros, más periodistas, drogadictos, una pareja que estaba follando en un coche, inspectores de paisano, policías de uniforme, fotógrafos, motos, ambulancias, cintas blaugranas de «no passeu, mossos d'Escuadra». Era curioso, como ver una

escena televisiva, una serie americana, pero real, cruelmente real. Fotografió con su móvil la llegada de la forense, la llegada del juez. A lo lejos, en las fotos, salía aquel paisaje deseado por los turistas, el Mediterráneo en calma, los reflejos del sol sobre el agua, barcos rumbo al puerto, la Torre Agbar, la belleza que escondía el infierno urbano para algunos, el mero pasar de la vida para otros.

Cuando llegó a la televisión en su mente se mezclaba la excitación de la noticia con el horror de lo que había conseguido averiguar. Por lo visto era una prostituta rusa. Había sido torturada y violada. Le faltaban varios dientes, una oreja, dos dedos. Muerte por asfixia. Ahorcada con su sujetador. El rosario de los horrores era interminable, y eso sin saber los resultados de la autopsia. A pesar de su experiencia, era la primera vez que cubría un asesinato tan brutal, estaba impresionada. Un inspector de homicidios de los mossos, Raúl, era uno de sus amigos. Así que el mosso le filtró detalles que prefería no haber sabido nunca, como que los dientes habían sido arrancados, según la forense, o que la oreja de la víctima apareció en el bolsillo de la cazadora vaquera, en una broma macabra.

Gladys respiró hondo y subió sus manos al teclado del ordenador. Había un monstruo en la ciudad. Ninguna mujer estaba a salvo.

El último tren

*Who killed Davey Moore
Why an' what's the reason for?
«Not I», says the referee
«Don't point your finger at me
I could've stopped it in the eighth
An' maybe kept him from his fate
But the crowd would've booed, I'm sure
At not gettin' their money's worth ...*

«Who Killed Davey Moorer»,
BOB DYLAN

Dídac vacilaba en la puerta de la UCI. No quería mirar, pero no pudo evitarlo. Dentro, los médicos que rodeaban a Jorge cubiertos por batas de plástico, las máquinas con luces y pitidos agudos, insoportables, enfermeras, gente que se afanaba y corría de un lado a otro con la urgencia que nacía de detener la muerte, más enfermos, más pitidos, todo metido en su cabeza como una pesadilla. Apartó la mirada y encontró otra, la de Lara, los ojos húmedos y rojos, encolerizados. Se abalanzó sobre él y, con los puños apretados, empezó a darle golpes en el pecho entre gritos y un llanto incontenible.

—¡Lo hiciste aposta, Zarco! ¿Cómo has podido...? ¡Eres un hijo de puta...!
¡Me lo has matado...!

Lara solo lo llamaba Zarco cuando estaba muy enfadada. Él la dejó hacer, pero finalmente la cogió de ambas manos. Notó como sus miembros se hacían de goma.

—No, Lara, escúchame... ¡Por Dios, no sabía que lo iba a dejar así...! ¡Tienes que creerme!

Ella al fin se apartó, se enjugó las lágrimas con las manos y lo miró con odio.

—¡No te creo, Zarco! Le pegaste con todas tus fuerzas, sabías que estaba indefenso al final.

Dídac estaba abrumado: sentía el dolor de ella porque él también quería a su amigo, pero al tiempo recordaba muy bien que había tenido que pelear para sobrevivir en el ring. El Tigre lo estaba matando. ¿Qué culpa tenía si luego las cosas se habían complicado? El boxeo tenía esas cosas: todo púgil estaba expuesto a que un mal golpe le enviara al cementerio o a una vida de vegetal. Entonces, una extraña ira le invadió, la ira de la injusticia. ¡Bien podía haber sido él el que estuviera a punto de morir! Nunca en su carrera había sufrido un castigo como el que el Tigre le había dado.

—¡Estás loca, loca de remate, Lara! ¿Crees que él no me importa? ¡Mira mi cara! —Señaló los párpados hinchados que otorgaban un aspecto bufo a su rostro ya desfigurado en los pómulos y la nariz—. Me estaba machacando. Me estaba matando. Iba a ganar, ¡claramente me iba a ganar! Luego... —levantó los brazos, aún perplejo— no sé qué pasó. Se agotó, no pudo seguir el ritmo... no sé... quizá le di un buen golpe y le dejé sin aliento unos segundos, ¿cómo voy a saberlo? Lo único que sé es que me dio una mínima oportunidad, y la aproveché. ¡Soy un boxeador, joder, y cuando salimos ahí fuera lo tenemos que dar todo, o si no somos una mierda! ¿Entiendes?

Dídac miró a su alrededor y volvió a agarrarla por los brazos, intentando acercarla, pero ella puso sus manos como un muro y le miró directamente a los ojos.

—Lo hiciste por lo del otro día, estoy segura. Pusiste por delante tu vanidad, tu ego herido por delante de su amistad, y... —ahora sus ojos se desviaron— de mí, de lo que tú y yo teníamos como futuro. —Dídac la soltó, y ella se alejó unos pasos. Él la siguió, triste y enojado.

—¡¿Qué estás diciendo?! ¿Piensas que he querido meterle en el quirófano por

venganza, o por vanidad? Yo te quiero, Lara. Jorge es mi amigo. ¿Qué cojones te está pasando? —Ahora bajó la voz, pero no su indignación, y expulsó el aire entre los dientes como una fiera—. Somos boxeadores, no nenazas. Me limité a pelear como un hombre. Y él también.

Lara se acercó a él, ya no lloraba, solo quería herirle.

—¡Se está muriendo, Dídac, se está muriendo por tu culpa. Está en coma...!

Dídac aguantó el tipo, todo ese odio, y el tumulto de emociones que le golpeaban el cerebro, muerto de cansancio y ahora de la agonía de ver a su amigo y a su amada salir de su vida.

Ella se alejó, pero antes de que se perdiera de vista se giró como una exhalación y le lanzó el golpe final de esa noche, el que en verdad le derribó:

—No quiero volver a verte nunca más. ¿Entiendes? ¡NUNCA!

Dídac salió del hospital en estado de shock. Andaba como un sonámbulo, su alma y su cara destrozadas, cuando alguien lo paró.

Era la mujer morena que había visto en el combate, la de rasgos orientales. La sorteó y siguió caminando, pero ella se ajustó al paso.

—Zarco. Enhorabuena. Ha luchado muy bien.

Él solo se giró lo justo para mirarla, pero no disminuyó el paso.

—Sí, fantástico. Enhorabuena. He dejado a mi amigo en coma.

Vera respiró hondo y lo detuvo apretando ligeramente su brazo con su mano derecha.

—Me llamo Vera Nanashi. Soy la organizadora del combate. No se atormente, esto es boxeo, y estas cosas pasan; podría haber sido usted quien estuviera ahora en el hospital; ha sido el justo ganador de la lucha. Ha vencido al Tigre contra todo pronóstico, pero usted ha sido el mejor.

El tono de la mujer era suave y lánguido, con aquella cualidad aterciopelada que adoptaba cuando quería seducir a un hombre. Pero Zarco era inmune a sus encantos, reanudó la marcha e hizo que sus zancadas se alargaran. Pero ella no

se arredró. Lo volvió a sujetar del brazo y le miró directamente a los ojos. Luego abrió su bolso rojo y extrajo un sobre.

—Zarco, sé lo de su madre. Le hace mucha falta el dinero. La bolsa que ha ganado no es gran cosa... pero hoy usted ha merecido más. —Le tendió el sobre—. Aquí hay el suficiente como para parar el desahucio... de momento.

Aquello ya era demasiado; Dídac tensó todo su cuerpo dolorido y se aproximó más a la mujer, la voz ronca y algo gangosa por la hinchazón cada vez más evidente.

—Vera, o como se llame. Esto se pasa de la raya. ¿Qué sabe de mi madre? ¡¿Por qué me ofrece ese dinero?! —La cogió de la mano que sujetaba el sobre, con ira.

Vera suspiró, pero sus facciones plácidas no se inmutaron. Sus ojos eran rubíes en la noche y despedían un fulgor magnético, pero estaba claro que en esos momentos es como si Dídac fuera ciego. Encima el chico era tozudo. Se veía venir. Con suavidad pero con firmeza soltó su mano, y contestó de forma tranquilizadora.

—Como le he dicho, soy la organizadora, y sé todo lo que tengo que saber cuando estoy preparando un combate. Lo de su madre no es un secreto, incluso ha salido alguna vez en la prensa con los otros afectados. El dinero no es mío, es suyo. Tiene que aceptarlo.

—Jorge está en coma. En este momento no puedo aceptar nada. Si muere seré un asesino.

—Usted no tiene la culpa, Zarco. Si quiere ser un deportista profesional tiene que enfrentarse a ese tipo de sucesos, siempre hay un riesgo para todos. Culparse de algo así es ridículo y lo sabe.

Vera le cogió la mano y le puso el sobre en la palma. Luego la cerró mientras lo miraba a los ojos.

—Piense en su madre. Ella ahora le necesita. —Zarco miró el sobre, y luchó por devolverlo, pero esa enigmática mujer tenía razón, su madre estaba a punto de irse a la calle, y eso no lo podía permitir.

A Vera le hubiera gustado disponer de más tiempo, visitarlo de nuevo en otro momento, pero tenía que actuar rápido, así que se decidió, acercándose ligeramente y tratando de no parecer insensible ante el dolor que le embargaba.

—Escuche, tengo un trabajo para usted. Mucho mejor remunerado que la tienda de deportes donde se marchita, y que le permitirá compaginar su vida deportiva con algo bueno. Es nuestra promesa del boxeo. Creo en ti, Zarco. —El tuteo le llegó al púgil, y lo agradeció después de las palabras envenenadas de Lara—. Haremos que llegue al campeonato de España.

Dídac enarcó una ceja, la otra quedó en su sitio por los golpes. Respondió intentando no ser demasiado suspicaz, sin éxito.

—Vaya... —Miró primero al sobre, alzándolo a la altura de la mirada de Vera, y luego a sus ojos—. Aparece de la nada para darme dinero y ofrecerme trabajo. ¿Es mi hada madrina? ¿Qué trabajo es ese?

Vera sonrió, y deslizó en su otra mano una tarjeta.

—Me caes bien, Zarco. Eres un buen deportista y buen tipo. El dinero es tuyo por la pelea. Mi jefe es un gran amante del boxeo, te ha echado el ojo, te promocionará. Aún tienes un gran futuro por delante. Piénsalo. Y sí, puedes decir que soy tu hada madrina... —Vera amplió más esa sonrisa y se dio la vuelta, caminando con elegancia hacia un taxi que la estaba esperando.

Zarco la vio subirse al taxi y marcharse. Abrió la mano y sacó el dinero del sobre. Era mucho. Al momento lo volvió a guardar y lo metió en la bolsa de deporte. Caminó despacio, primero hacia la parada de metro, luego se dio cuenta de que podía coger un taxi. Un taxi que lo llevase por toda la puñetera ciudad.

«¿Por qué no?» Lara lo había despreciado. Su amigo estaba al borde de la muerte. Era dinero de sangre, pero era dinero ganado con sus puños. Aquella mujer tenía razón. Había peleado y había ganado. No era su culpa si Jorge estaba en la UCI. Al fin y al cabo eran boxeadores.

Cuando el taxi lo dejó en la puerta de la casa de su madre en Nou Barris, Zarco ya había tomado una decisión. Su abuelo siempre decía que el tren solo paraba una vez; si no estabas preparado para cogerlo, estabas condenado. Él no

iba a desperdiciar su vida llorando mientras se iba el tren. Ya no era un jovencito, o alguien le descubriría y le daba el empujón que necesitaba o su carrera se iría al desagüe, como la de tantos otros que conocía. No: se iba a subir a él, y al diablo con todo.

Ali, bomaye

Ali hablaba sin parar. «Ven, George, hazme una demostración —decía—. ¿No puedes pegarme más fuerte? Esto no es gran cosa. Yo pensé que eras un campeón. Creía que pegabas fuerte», y Foreman trabajaba como un albañil que levanta una pirámide.

El hombre en las jarcias,

NORMAN MAILER

—Marc, ¿cómo estás?

La voz del barítono sonó apurada.

—Bueno. De aquella manera, Edurne. Estoy en la estación de Joaquín Sorolla. A punto de coger el tren a Barcelona.

—Lo siento mucho.

—Gracias..., en fin, no hay una buena forma de hacer estas cosas. Pero bueno, ya está. Hemos pasado el mal trago. Ahora hay que mirar hacia delante... —emitió un suspiro triste— todo eso que se dice, pero que no hay más remedio que hacer. Pero dime, ¿algo nuevo?

—Bien... en realidad, sí. —Edurne animó la voz—. Tu amiga la china. Organiza peleas de boxeo además de ser la putilla de Areces y lo del póquer. Ayer noche montó una buena. Uno de los boxeadores, el Tigre, está en coma.

Marc se sintió molesto, y eso le desagradó.

—Frena algo la lengua, anda. Amante queda mucho mejor. No es china, es japonesa, y no creo que ella tuviese algo que ver con el resultado de la pelea. ¿Por qué dices que montó una buena?

A Edurne le sorprendió esa defensa de Marc. ¿Qué sabía él de la china?

—Como quieras, Marc, pero ella estuvo en el combate, y mis fuentes me han dicho que en algún momento estuvo muy cerca de la esquina del Tigre. Su oponente era Zarco, el Poeta, y antes de que tirara al uruguayo a la lona estaba recibiendo una paliza de época.

—... ¿Y?

—Pues que de pronto el Tigre se vino abajo, como si le hubieran desenchufado de la pared, en fin, las apuestas, ya me entiendes. Y hablando de apuestas, apostaría algo que tu Butterfly jugó sucio. Pero bueno, no sigo.

Marc se quedó pensativo. A él le gustaba el boxeo, y conocía bien a esos dos púgiles. Zarco era bueno, pero el Tigre era mejor. No obstante, ¿quién sabe?, había visto muchas veces a un boxeador aparentemente noqueado dar unos buenos golpes y desarbolar al contrario hasta dejarlo ko y ganar la pelea de forma sorprendente. Decidió que era inútil seguir especulando.

—¿Algo más? Hablamos después, ahora tengo que pasar el control.

—Una cosa más. Ahora lo malo: mi novio dice que el coche de Miguel tenía un balazo. Imagino que irán otra vez los Mossos a tu casa a preguntarte.

—Vaya. Bueno. Gracias por avisarme. Esto no tiene fin, pero imagino que la policía tiene que investigar todas las pistas que surjan. —Suspiró, cansado, harto de todo—. En cuanto llegue a Barcelona te llamo y quedamos.

Pasó el control y se puso los cascos mientras buscaba el vagón. A finales de agosto, después de sus vacaciones, cantaría un recital en el Palau de la Música Catalana, tenía que ponerse a ensayar de inmediato si no quería quedar como el culo. Todo aquello lo estaba desequilibrando, y sabía muy bien que, en su nivel, la desconcentración se pagaba muy cara. La muerte de Miguel, la rusa, su enfrentamiento con Areces... y Vera. ¿Qué estaba haciendo en realidad? ¿Intentar vengarse? Era absurdo. Areces era un pez muy gordo, y él solo un cantante de ópera.

Tendría que empezar a relajarse y a volver a su rutina, o corría el riesgo de que sus pulsiones hacia el vicio y el juego, que era capaz de controlar cuando tenía

delante un desafío, pudieran volver en el momento menos indicado con más fuerza. Efecto rebote. No tenía ganas de verse de nuevo en una de aquellas casas de apuestas malgastando su vida y su dinero.

El tren se puso en marcha y Marc sacó las partituras de su mochila. A su lado se sentó un hombre grueso que a los pocos minutos se quedó dormido, acunado por el traqueteo. Consiguió concentrarse en *Nemico della patria*, luego en dos canciones napolitanas: *Core 'ngrato* y *Fenestra che lucive*, y finalmente en una romanza de zarzuela para los bises: *Amor, vida de mi vida*. A su padre le encantaba, desde niño la había escuchado en casa y aún se emocionaba al cantarla. Quizá era un repertorio algo triste, pero los otros cantantes que participaban en el evento ya equilibrarían el tono emocional de la velada. Se sentía con ganas de cantar ese tipo de arias. Nada de fiesta.

Iba todo bien, concentrado, su acompañante profundamente dormido, en el monitor del Alvia una película de dibujos horrorosa que ni los niños miraban... hasta que recibió un wasap.

«¿Cuándo nos vemos?»

La foto del perrito con el gramófono. La voz de su amo.

El wasap era de Vera Nanashi.

Vera repasaba los asientos contables que pirateaba del ordenador de Gara. El tío se lo montaba muy bien. Sisaba muy poco y cantidades que Areces jamás consideraría significativas, pero al cabo de algún tiempo su cartera poco a poco iba aumentando de grosor. No era aquello lo que estaba buscando, así que fue hasta el correo pero tampoco encontró algo que le sirviera. Luego repasó documentos, fotografías. Hizo copia de varias cosas pero la sensación de fracaso se instauró en su mente.

Nada.

Paciencia. No quedaba otro remedio.

Se frotó los ojos y se estiró para despejarse.

Sonó el wasap.

«¿Un café? Sin tu amo, por supuesto.»

«Está fuera. Sin testigos. ¿Esta noche?»

«Sí. Estoy camino de Barna. Luego hablamos.»

Vera sonrió. Le gustaba Marc. Estaba harta de aquella vida falsa, llena de mierda, sin nada que fuese real. Y encima lo del Tigre. En coma. Por su culpa. Ella había metido aquella sustancia en su botellín de agua. Prefería no pensar, bloquear de alguna forma todo aquello por lo que estaba pasando hora tras hora, día tras día. Si el uruguayo moría, tendría otra muerte sobre su conciencia. Aquello le estaba costando asumirlo. ¿Cómo iba a saber que el Tigre iba a acabar así? Ella solo pretendía que perdiera el combate. Volvió a negar con la cabeza mientras encendía un cigarrillo. Se sentó junto a la ventana. Por lo menos Marc era real. Y se atrevía a plantarle cara a Areces y robarle una de las chicas, a sacarla de aquella jaula. Detrás de la fachada de cantante frívolo había una persona que valía la pena. Ya se había encargado de investigarlo. Hijo único de una familia burguesa, comerciantes adinerados, casa en Pedralbes, masía, chalet en la Costa Brava..., una familia de melómanos que se había encargado de educarlo en la música desde crío. Mujeriego empedernido, amante del juego, de las apuestas, de todos los vicios. Había estado en terapia para limpiarse y encauzar la carrera. Con aquella voz aterciopelada se lo podía permitir, pensó Vera, que no quería engañarse en algo: lo mucho que le gustaba aquel cantante de ojos oscuros y cabello en que empezaban a airear unas canas.

Vera empezó a caminar por el salón, inquieta. Sabía que intimar con él suponía un riesgo, pero Areces estaba de viaje de negocios y no iba a perder la oportunidad de actuar de nuevo como un ser humano. Lo necesitaba. Necesitaba salir un rato de toda la basura que la rodeaba desde hacía casi un año; ser ella de nuevo. Recuperar algo de la vida real, algo auténtico. Aunque fuera con un tipo al que había visto dos veces, con fama de seductor y con aires de divo. O quizá por eso. Nada serio. O sí. Vera se encontraba tan perdida por dentro, tan muerta, que aguantaba a base de endurecer la cáscara. Ya no podía más. Una válvula de escape, solo un café. A eso había llegado.

Gladys comenzó a subir la cuesta con empeño. El cementerio de Montjuïc era un lugar majestuoso pero con el pequeño defecto de necesitar unas buenas piernas si subías desde la entrada principal en la base del monte para contemplar las tumbas, estatuas y arte funerario que la retrotraían siempre a una novela gótica o a una película de vampiros. Los ángeles señalaban al cielo entre cipreses, las alas desplegadas en plenitud celestial; puertas a lugares que parecían tumbas egipcias; un esqueleto apenas cubierto que, pensó con cierto miedo, podía ser la pesadilla de un niño durante semanas. Se podía presentir espectros de ricos comerciantes mirando al Mediterráneo desde la colina, un mar barcelonés que seguro habían ignorado y despreciado en vida, observando con nostalgia a los vivos desde aquellos imponentes, enormes panteones modernistas, tan grandes y tan estilizados que parecían los ejercicios arquitectónicos de una mente hermana de Edgar Allan Poe.

Gladys se preguntaba cómo el cuerpo de una prostituta humilde como Anastasia iba a ser depositado en aquel lugar que parecía reservado a difuntos con buenas cuentas bancarias. Recordó, de becaria, haber cubierto un entierro de época, con su carruaje, su cochero, sus caballos negros con penacho... Una impresión la conmovió en aquellos años, y todavía la tenía bien presente: la dualidad de la belleza y lo siniestro; la atracción por el gusto fúnebre del pasado, indiferente al uso práctico pero vulgar de los ritos actuales, mucho más cerca de lo místico y de aquella religión que había abandonado hacía ya años.

A lo lejos aparecieron unas nubes negras de tormenta y ensombrecieron el agua, y una súbita ráfaga de viento refrescó el calor insoportable del verano. El entierro era a las doce. Al avanzar más rápido descubrió algo más arriba, a la entrada de una curva: la breve comitiva del entierro de la prostituta. Contó unas quince personas, muchas más de lo que había esperado. ¿Cuál era el interés de una triste puta asesinada? Imaginó que algunos de los asistentes eran mossos de paisano sacando fotos, con aquella creencia de que los asesinos siempre iban al

entierro de sus víctimas. Gladys dudó de que al asesino le interesara todo lo que viniera después de haberla matado; seguro que para él era ya historia. Su topo le había contado que fue una muerte brutal. Violada, torturada. ¿Por qué? Una mujer sin más culpa que estar en el sitio equivocado. Pero ¿y los demás? ¿Quiénes serían? Al acercarse lo suficiente observó caras conocidas. Allí estaba Anatole, el ruso, y la camarera del Lord Byron, y cerca otras mujeres que también parecían provenir del Este por sus rasgos, algunas jóvenes, otras ya mayores. Era cierto, Anastasia había estado en una casa de acogida de prostitutas. Quizá era la suya. ¿Por eso la enterraban en un sitio decente en vez de en algún lugar olvidado de la mano de Dios? Aquella historia parecía cada vez más prometedora: la prostituta recogida y luego descarriada de nuevo. El benefactor. La muerte trágica. Solo le faltaba saber algo de su vida pasada y tendría un reportaje de aquellos que gustaban tanto a los lectores de sucesos: el morbo del crimen envuelto en una historia de «interés humano».

Los operarios comenzaron a subir la caja al tercer piso de nichos. Se había levantado viento otra vez, y las puertas acristaladas se abrieron de golpe con violencia por una ráfaga sostenida que se revolvió furiosa contra las placas de mármol, arrojando al suelo crucifijos de metal, cabezas de Jesús de porcelana que se rompieron en mil pedazos y fotos de niños en su primera comunión, ya descoloridas por años de sol y humedad. Todos los presentes se apartaron, impresionados, como si desde el más allá se protestara por aquella muerte injusta. El ataúd entró con un chirrido desasosegante y, después de cementar, lo abandonaron en su lugar de reposo eterno con eficacia sórdida por rutinaria, algo que siempre resultaba para los profanos un tanto siniestro. Era la rutina de la muerte. Se apresuraron. Allí arriba una tormenta no era plato de gusto.

Los asistentes comenzaron a dispersarse con rapidez, comentando las nubes y el mal tiempo que se avecinaba. Reconoció a una moza de paisano. Gladys intentó acercarse al grupo principal, pero la cara de pocos amigos de Anatole le paró los pies. Ya lo entrevistaría en otro momento, se dijo, mientras los vio dirigirse hacia el coche, todos herméticos y con cara de pocos amigos. Se fijó en

un hombre de mediana edad que llevaba un tatuaje de Minnie Mouse en la mano, patillas, aspecto de roquero en horas bajas, chaqueta de cuero, todo en conjunto algo pasado de moda. El hombre permanecía apartado, mirando otro nicho, como si la cosa no fuese con él. Lo miró con más atención. No era un tipo feo, tampoco demasiado guapo, pero había algo llamativo en él. Quizá la postura de falsa melancolía, un tanto peliculera, de caballero del sur. Mientras los demás se alejaban, él no se movió del sitio. Se puso a su lado, ni muy lejos ni muy cerca. Para su sorpresa, él no tardó en decir algo.

—Una pena, ¿verdad? Una mujer tan joven.

Gladys notó el acento. ¿Sudamericano? No supo ubicarlo.

—Sí. Terrible. ¿La conocía?

—Sí, se llamaba Anastasia. Muy buena mujer. La conocí cuando llegó a Barcelona. Mucho. Nos hicimos muy amigos. Luego le perdí la pista... Era un encanto, tenía un gran corazón.

El tipo se quedó callado sin más. Gladys olisqueó la noticia como un gatito una lata de atún recién abierta. Sonrió y adoptó una actitud empática y profesional.

—Soy periodista. Me llamo Gladys. Estoy haciendo un artículo sobre Anastasia, como ejemplo de las dificultades y penalidades por las que pasan muchas mujeres que vienen a España a tener una vida decente, y cómo luego la vida no resulta como se esperaba... ¿Le importaría contestarme a unas preguntas?

Rusty se acarició la barbilla, sopesando. Quizá de allí se pudiese sacar algo bueno. Luego asintió con pesadumbre impostada.

—Entiendo, me gustaría, pero ahora me tengo que marchar. Ya llego tarde a un sitio. Pero si quiere quedamos en cualquier momento y le cuento lo que quiera. Seguro que su artículo puede hacer que la gente comprenda mejor a estas chicas, y a lo mejor alguien hace algo bueno por ellas.

A Gladys no le gustó ese emplazamiento; sabía por experiencia que una buena fuente podía convertirse en humo si no la atrapabas al momento, pero

comprendió que no tenía otra opción. Ese tipo hablaba con mucho aplomo, así que sacó una tarjeta del bolso y se la entregó.

—Cuando quiera puede llamarme. Estaré encantada. Pero no tarde, por favor, he de terminar mi reportaje. —Gladys le dedicó una sonrisa muy profesional, para que no se notara que le exigía algo.

Lo vio alejarse bajando por la cuesta hasta llegar a una moto que desde lejos le pareció una Harley. El ruido inconfundible de su motor lo confirmó. Sonó un trueno y las nubes negras amenazaron con derrumbar toda su carga sobre Montjuïc. Gladys miró hacia el cielo y se dio cuenta de que estaba en lo alto del cementerio y le quedaba un buen trecho hasta llegar a la tierra de los vivos. Cogió la aplicación para ir llamando a un taxi o se pondría perdida antes de llegar al centro.

Al fin llegó a la entrada del cementerio y se pudo guarecer de la tormenta en el edificio que albergaba las carrozas funerarias. Cuando llegó el taxi al fin, estaba totalmente empapada. Se metió en él cruzando los dedos, esperando que, más pronto o más tarde, aquel tipo se acordase de ella.

Los pitidos se dispararon. Luego dejaron de sonar de forma intermitente y, antes de que nadie pudiese reaccionar, el pitido largo prefirió instaurarse. Una doctora corrió hacia la cama de el Tigre gritando «¡carro de paradas!» y muy pronto todo se llenó de batas verdes y una actividad frenética y estudiada como un ballet, el rito laico y aséptico de devolver la vida a los muertos; electricidad y drogas, Frankenstein, moderno Prometeo.

Dídac sintió diluirse al mismo tiempo en el que la doctora salió para comunicarle la muerte de su amigo. Pensó por un momento en coger el móvil y llamar a Lara, que estaba en la cafetería del hospital. Varios periodistas se acercaban, como las moscas verdes a la carroña, así que decidió esquivarlos y escabullirse por las escaleras. «Lara no quiere volver a verte más, idiota. Lara se

acabó. No quieres verla. Has matado a su marido. Al padre de su hija. Eres un hijo de puta. Eres un cabrón. Eres un jodido asesino.»

Llovía a mares. Dídac dejó que la lluvia lo calase hasta los huesos. Caminó como un sonámbulo hasta llegar a Horta. Buscó un lugar en donde refugiarse del dolor. Alguna vez había quedado con Lara a escondidas en un pub de la calle D'Horta, el Terapia. No podía tener mejor nombre. Entró y pidió un Jack Daniels. Odiaba el whisky, daba igual. Cuando tomó el segundo se encontró mejor, y al cabo de un tiempo que fue incapaz de precisar empezó a hablar con la verborrea de los borrachos con dos clientas maduras que tomaban gintonics y parecían prestarle mucha atención. Sin saber por qué, el Poeta recordó el combate Ali contra Foreman en el Congo. Lo había visto en televisión y en YouTube muchas veces, lo tenía memorizado como un álbum de fotos al que podía acudir cuando le dolían todos los huesos o una nube en su mente amenazaba sus esperanzas de triunfar en la soledad del gimnasio.

Las mujeres lo escuchaban con atención.

—Los espectadores de la pelea animaban a Muhammad Ali en su idioma, el lingala, al grito de «¡Ali, *bomaye!*», que quería decir «Ali, mávalo». Pero Ali tuvo más suerte, ¿os dais cuenta? Ali no lo mató. Solo lo dejó noqueado. En el octavo asalto, después de una pelea gloriosa. No, no lo mató. Se hizo su amigo. Al final se adoraban.

»*Rumble in the Jungle*, así se llamó la película que hicieron del combate, en el lejano 1974; fue el primer gran negocio del mítico promotor Don King —añadió Zarco, que necesitaba ese alcohol para liberarle de un dolor que le estaba perforando por dentro.

Y de pronto, una de las chicas dijo algo:

—Sí, ¡se llamaba en español *Cuando éramos reyes!*, un novio que tuve la tenía en vídeo, ahora me acuerdo. Ya había olvidado a aquel gilipollas... pero bueno, a él le volvía loco Ali, y... me hizo gracia ese título, porque pensé que ni él ni yo íbamos a ser reyes nunca. En fin, una tontería. —Se sintió algo incómoda, de pronto había contado media vida en ese bar.

Y de poco más se acordó Dídac, solo de que despertó en un ático de Nou Barris que no era el suyo, ni la casa de su madre, con la boca pastosa, el cerebro tan noqueado como el de Foreman y una de aquellas mujeres durmiendo a su lado, tan desnudos los dos como el día en el que vinieron al mundo.

La verdad sobre perros y gatos

Marc aparcó el Audi en el Parking Saba de la Catedral.

Había pasado la tarde en clase de canto con su antigua profesora, que le abroncó duramente. «Te conozco, Roselló, y llevas una temporada de las tuyas. O te pones las pilas o la *Tosca* va a salirte como el culo, y además, no quiero que hagas el ridículo en el recital dentro de unas semanas con esa voz de grajo. Pareces Joaquín Sabina.» Luego al fin a esgrima y clase de teatro, esquivando volver a su casa como los niños chicos por si los mossos se pasaban por allí. Ser cantante era duro, pero ¿quién se podía quejar? Si tenías la suerte de tener trabajo (y no todos lo conseguían) de forma habitual, parte de la rutina era como un juego. Nada que ver con una oficina y horas de tedio en una labor repetitiva. Siempre había algo que aprender. Más repertorio, más técnica, más habilidades escénicas. No le interesaban demasiado los cantantes que se quedaban estáticos en el medio, soltando notas como loros, luciendo la coloratura. Si había un personaje y había un escenario, le decía siempre su profesora, había que cantarlo, pero también interiorizarlo e interpretarlo. La técnica sola no era suficiente. Lo que había que buscar era la emoción en el espectador. La gente no iba a la ópera a ver a un tipo que cantaba bien, sino a un cantante que vivía la pieza que interpretaba. Iban a buscar emociones que la vida real les negaba.

Había quedado con Vera en el Salterio. Ella no sabía que Marc estaba al tanto de que vivía por allí cerca, en el Pasaje del Crèdit, y tampoco pensaba decírselo. Caminó por las callejas húmedas y oscuras mientras meditaba; había refrescado un poco, una tregua al calor pegajoso de los días anteriores que no le molestó, al contrario. Agradeció pasear con aquella temperatura por el Call. Estaba cansado

del entrenamiento, pero era un cansancio lleno de endorfinas, fresco como la brisa que había sustituido al viento de la tormenta. Un músico de bastante talento tocaba el saxofón sentado en una esquina y algunos turistas se habían parado a escucharlo. Aquella parte de Barcelona era para Marc un lugar extraño: nunca sabía si le fascinaba o estaba metido en un decorado de *Don Giovanni*. Tenía hambre. Hambre y curiosidad. Avanzó por el Bisbe. ¿Qué querría Vera? ¿Intentar adivinar algo sobre Tatiana? ¿Y él? ¿Qué quería? Nanashi. Era una mujer hermosa. Inteligente. Intrigante, sobre todo intrigante. Llena de secretos, como una heroína de novela de a duro. Algo nuevo en su vida de mujeres demasiado pulcras y entregadas. Todas cortadas por el patrón de la cultura, aunque de vez en cuando se colaba alguna ignorante del asunto musical, feliz de pasar con él una noche entre buen vino, risas y sexo. Era como si estar en aquel ambiente le obligase a follar entre gente de un sindicato. En realidad estaba ya algo cansado de tener relaciones a dueto. Solo le faltaba cantar mientras hacía el amor. Bueno, estaba Gladys, pero ella no contaba demasiado, siempre había estado allí... alcanzó Sant Jaume y miró el reloj. Era tarde. Se apresuró, sus pasos resonaban en el suelo de piedra cuando llegó a Sant Domènec del Call y vio en la puerta del Salterio a Vera fumando un cigarrillo y mirando su móvil.

Se acercó. Estaba sola, o por lo menos lo parecía. No le hizo mucha falta la perspicacia para darse cuenta de que tenía mala cara. Al final la mujer esfinge parecía tener más de una o dos expresiones, la de «soy muy profesional» o la de «eres un ser aborrecible pero te soportaré durante un rato».

Marc se acercó y la saludó. Ella dejó el móvil y levantó la vista. Tenía los ojos llenos de lágrimas. O eso le pareció al barítono, porque en un segundo los ojos brillaban, pero secos, y la expresión había vuelto a cambiar de forma mercurial.

—¿Pasa algo grave?

Vera tiró el cigarro y se aproximó a él. Le dio dos besos. Los ojos habían vuelto a su estado normal de dos expresiones, pensó él.

—Cosas del trabajo. ¿Entramos?

Buscaron un sitio apartado del Salterio y pidieron café turco y un té con

especias.

Vera observó a Marc con una expresión entre cómica y tierna y Marc sonrió, complacido de que la humanidad de la joven comenzase a salir de su letargo.

—El té está muy bueno. Si quieres podemos comer algo, aquí está todo muy rico. Suelo venir a menudo. Vivo muy cerca.

—¿Vives en el Call? Menudo nivel, ¿no?

—Fue a hablar el de Pedralbes. El mío es alquiler. No soy propietaria.

—Vaya. Lo sabes todo de mí.

—Eres famoso, Marc Roselló. La gran promesa del canto barcelonés. Ni más ni menos. Primer premio de canto Lluís Puig. Gran jugador de póker, como bien pude comprobar, y con fama de mujeriego. Todo el mundo sabe que vives en Pedralbes. No he necesitado hacer una gran investigación. Ni ponerte un detective privado, como has hecho tú conmigo. —Sonrió y se comió un dulce árabe que habían puesto con el café.

Marc se estaba llevando a la boca la taza de té y la dejó en suspenso. Enarcó las cejas con toda la inocencia de la que fue capaz y habló con su voz más dulce.

—¿Un qué? ¿Un detective privado? ¿Yo?

—Eduarne no es precisamente una mujer «delicada». Vamos, que la detecté bastante pronto. Estuve pensando en no decírtelo y que siguieras pagando, pero he decidido ser sincera. No hace falta que me sigas: vivo en el Pasaje del Crèdit. Salgo por las mañanas a hacer deporte por la Barceloneta, soy un puro cliché. Y trabajo con Berto Areces —abrió los brazos, en señal de inocencia— y aquí me tienes.

No era frecuente que una mujer dejase a Marc sin palabras, pero allí estaba, intentando no enrojecer, dejando la taza en la mesa y pasando de la vergüenza a la sonrisa amplia en pocos segundos.

—Sí, Eduarne es una tipa fantástica pero es verdad, la sutileza no es su fuerte. Compréndeme. No me fio de Areces. Eso es lógico, ¿verdad? Repasa lo que me sucedió después de asistir a su garito. Y lo amable que estuvo conmigo en la

fiesta de la editorial. —Hizo una pausa y continuó, mirándola fijamente—. Tampoco me fío de ti, pero...

—Pero decididamente estoy más buena, ¿no? —Lo dijo aguantando la mirada, con una sonrisa de malicia. A Marc le dio un latigazo, pero hizo lo posible por disimular. ¿Qué tenía esa mujer que lo perturbaba de ese modo?

—Bastante más. Dime. ¿Qué le ves? A mí me parece el típico señorito rico descerebrado.

Vera permaneció en silencio durante un rato, a Marc le pareció largo, pero quizá no lo fue tanto. Luego la expresión de su rostro se abrió, pero no contestó a la pregunta.

—Siento mucho lo de Miguel. De verdad —le agarró la mano, la dejó allí—; es terrible. Era tu amigo. Un gran tipo. Una muerte absurda. He leído los resultados de la autopsia...

—Y su muerte va a quedar impune. No sigas. No quiero hablar de eso o tendría que marcharme. —Retiró la mano bruscamente—. Y no quiero hacerlo, créeme. —Volvió a beber de su taza, pero el té ya estaba frío, aunque le dio un tiempo que le ayudó a recomponerse—. Ayer lo incineraron.

Vera siguió, sin inmutarse por el tono de furia sorda que había adoptado Marc.

—Me gustó cómo os enfrentasteis a Areces. Está acostumbrado a que nadie le tosa. Fue increíble. Y el Royal Flush. Era el primero que veía en su vida. Tuve que aguantar la risa. Y luego lo de Tatiana...

—Si estás aquí para preguntarme por Tatiana, que te quede claro, no tengo ni idea de dónde está. Para mí fue un marrón. Se encargó una amiga de todo. Sé que Areces quiere recuperarla, quizá sea una cuestión de orgullo. Pero... ¿dónde está? Ni idea. Ni me muevo en ambientes de putas ni me importa demasiado. Si te ha mandado tu dueño para sonsacarme... —se encogió de hombros— no vas a conseguir nada.

Vera sabía desde el principio que iba a tener que soportar más de una impertinencia de Marc a cuenta de Berto Areces, pero lo tenía asumido, al fin y

al cabo compartía su cama y trabajaba para él. Pero en parte estaba allí para reivindicarse ante sus ojos.

—No te equivoques, Marc. No estoy aquí por eso. Y Berto no es mi amo. Eso quisiera él. Si quiere encontrarla, que la busque. No es mi trabajo. Yo no le voy a ayudar. Estoy aquí por otra cosa... bueno, no sé. Creo que para cenar algo y pasar un buen rato con alguien agradable. ¿Cesamos la guerra y pedimos algo para cenar? Estoy muerta de hambre.

Vera era una mujer extraña. Marc no era capaz de resolver el enigma: ¿era una psicópata manipuladora o estaba diciendo la verdad? ¿Y en realidad importaba algo? Había aceptado la invitación, con todas las consecuencias. No iba a volverse atrás. Por otra parte, Vera estaba irresistible, con aquel perfume de Hermès, una camiseta blanca ceñida de un grupo japonés de música que no conocía y unos vaqueros rotos de color claro. No necesitaba más. Solo llevaba dos pequeños pendientes de perlas. Aquella ropa la rejuvenecía diez años por lo menos. Se relajó, después de soltar un suspiro bien audible y, además, la idea de que esa noche acabara mal le aterró. Así que recobró un semblante amable y se dispuso a llegar hasta el final, donde quiere que fuese.

—Perfecto. Tú decides. Conoces el sitio. ¿Qué me recomiendas?

Pidieron vino y cerveza, y comieron sardos. Luego otro té y más dulces. Al cabo de un rato, y tras una botella de Oporto, el ambiente entre ellos estaba bastante más distendido. A los dos les brillaban los ojos y sonreían con cara de bobalicones. A ratos, Marc miraba el móvil y contestaba algún wasap con rapidez.

—Soy hija de un japonés y una española. Nací en Tokio. Luego nos vinimos a España. Viví en Madrid muchos años, luego me enamoré de Barcelona y aquí estoy. Me gusta el deporte, el póquer, las bicis y los gatos. Imagino que todo eso te lo habrá contado Edurne...

Marc soltó una carcajada.

—No llegó a averiguar tanto. Solo tus estudios. Las artes marciales. Y que

vivías en el Crèdit. Por lo visto estás muy blindada en redes sociales. Bueno, en todo. Yo soy más de perros... los gatos me dan alergia.

—Hummm... Perros. Eso es una buena señal, ¿no? —Sonrió—. Bien, no soy demasiado demostrativa. Y mi trabajo me obliga a permanecer con un perfil bajo. Poco más puedo decir sobre eso. Y ahora te toca a ti. Cuéntame cosas. ¿Qué te gusta además de los perros y cantar?

—¿Vamos a parecer el dúo de *La Bohème*? «*Sono un poeta, che cosa faccio, canto. E come canto?*» —entonó ligeramente, sonriendo—. Canto, sí, pero mi vida no es un misterio. Vivo en Pedralbes, como ya sabes, pero son más pijos los de Sarrià, ojo —se carcajeó—, me gusta el pòquer, el rock, el pop, cantar ópera, Frank Sinatra y también las mujeres guapas. Y en unos días doy un recital. ¿Vas a venir a verme?

—¿El del Palau de la Música Catalana? —Vera ladeó la cabeza, sonriendo con un rictus de amargura—. Sí. Con Berto. Tenemos entradas en la primera fila. Me encargué bien de ello.

—Vaya con «La voz de tu Amo». Hasta has comprado en primera fila. No me lo puedo creer... —Otra sorpresa en pocos minutos, Marc empezaba a mirar la cajetilla de Winston de Vera con ansiedad.

Ella puso voz de víctima inocente.

—A Berto le encanta estar en todos esos saraos. No entiende un pimiento de música pero luego es presidente de sociedades filarmónicas. Y yo me aprovecho. Voy mucho con él a la ópera.

—¿Y su mujer? —Marc escondió cierta punzada de celos que no le hizo demasiada gracia.

—Ni idea. Esa tarde le tocará Pilates con su entrenador cincelado de músculos, con el que está liada. O llevar a los niños encantadores a algún cumpleaños lleno de críos insoportables y ricos. Ricos como tú.

Marc negó con un dedo y chiscó la lengua.

—Yo nunca fui un niño insoportable. Mis padres me educaron bien. Mi viejo es muy estricto. Aún ahora me tratan como a un niño pequeño al que hay que

reñir y educar. En eso tuve suerte, luego me torcí... pero esa es otra historia. Y no vivo en Ciutat Vella. Y pretendo ser rico por mi cuenta. Venga —cogió la copa de vino—, brindemos por el recital. Te dedicaré una canción.

Vera subió la copa a su vez y volvió a adoptar aquella expresión tan suya, indefinible, acentuada por los ojos oblicuos y entrecerrados.

—Por el recital. Procura que Berto no se entere de la dedicatoria. O te matará. Hablo en serio.

Marc pareció divertido. Sí, parecía hablar en serio. Visto lo visto, la cosa no estaba para bromas, pero le daba igual. Bebió un sorbo de vino y se creció.

—¿Si te dedico una canción me matará? No serías la primera mujer casada (o «liada», disculpa) a la que se lo hago. No quiero pensar qué puede ocurrir si pasan otras cosas entre nosotros...

—No van a pasar.

—No seas chula.

La dueña del local los miró mientras estaba preparando el servicio para otra mesa, sonrió para sí y les sirvió dos licores muy aromáticos. «Van a cuenta de la casa», les dijo, como una Celestina que surgía entre luces tenues y olor a especias.

Mirando hacia los chupitos ella negó con la cabeza con un gesto infantil.

—Eres demasiado mujeriego para mí. Llevas un buen rato mirando el móvil y contestando wasaps. He visto varios corazones que palpitaban, no hace falta que pongas expresión de estatua de sal. Todo muy cursi. Parecía una colección de cromos Panini. ¿Y yo, soy...? ¿El portero? ¿Te falta para la colección? ¿El portero del Barça? ¿Ese rubio tan guapo? ¿Ter Stegen? —Vera mostró sus dientes pequeños y perlados y empezó a cantar por lo bajo—: *Madamina, il catalogo è questo... delle belle che amò il padron mio...*

Marc levantó una ceja y se inclinó hacia ella.

—Me encanta esa fama de mujeriego y seductor Don Giovanni, pero me temo que no tengo novia, ni ninguna relación. Ni colecciono mujeres. Y tú, por lo visto, sí, tienes una relación, además, bastante censurable. Aunque no sé si eso

me molestaría... —sonrió con picardía, sabía que estaba ganando aquella pelea mediante fintas y golpes rápidos—, tengo que pensarlo. Y además te pone la ópera. Eso te da puntos. ¿Eso nos empata en cabeza de tabla? ¿Miramos ahora las victorias en casa, fuera? ¿Quién tiene el golaveraje?

De pronto, Vera se sintió incómoda, quizá la cercanía, quizá la voz de Marc, suave y grave, sin ser demasiado masculina, pero llena de intención, quizá encontrar a un tipo inteligente que era capaz de seguirle el juego y la falta de costumbre de todo aquello.

—¿Pagamos y nos vamos a otro sitio? Quiero fumar, y aprovechar que hoy tengo libre... en todos los sentidos. Alto —sacó la tarjeta y detuvo con la mano el ademán del cantante hacia la cartera—, ahora pago yo. Luego invitas a las copas.

Marc estaba achispado. No borracho, achispado, se dijo después de los cuatro mojitos y los dos porros que se habían fumado entre los dos. Caminaron hasta el Pasaje del Crèdit. Vera buscó y rebuscó las llaves dentro del bolso entre risas. Notaba el tintineo pero no las encontraba. Tocó la cartera, el tabaco, la barra de labios, de nuevo la cartera.

—¿Te ayudo?

Vera volvió a reír, y a Marc le hizo gracia verla risueña y relajada, alegre como una cría, nada que ver con su habitual adustez. Al fin encontró el llavero y lo hizo tintinear con expresión de triunfo.

—¿Subes y tomamos la última?

—¿Seguro? No prometo portarme bien. Ya conoces mi fama de mujeriego. Y estás un poco bebida. No sería ético.

—Sé protegerme de tipos malos como tú. Venga. Voy a hacer unos mojitos de muerte, mejores que los del pub.

Contra todo pronóstico, la casa de Vera era un puro caos. La bicicleta de competición en el pasillo, justo al lado de un perchero lleno de ropa de abrigo acumulada sin ningún criterio. Las paredes del recibidor pintadas de colores alegres, el gato, un persa grande y majestuoso, enredando entre las piernas, la vieja cocina de gas —«no suelo cocinar mucho, me gusta comer fuera casi

siempre»—, un frutero con kiwis y plátanos, la cama deshecha, de sábanas azules apenas cubierta por un edredón de color crema, libros y revistas por todas partes, un jarrón con flores frescas, grabados japoneses aún sin colgar; todo aquello sorprendió a Marc, que esperaba un lugar zen, pulcro y ordenado como ella, y se encontró con una casa típica de estudiante, como si nada tuviese un lugar propio, como si las cosas hubiesen caído directamente de las cajas de mudanza y ocupado el lugar que ellas eligieron, no su dueña.

—No tengo mucho tiempo para ordenar, y paro poco en casa, las labores del hogar se me resisten. —Vera se encogió de hombros y sonrió mientras abría la nevera para buscar limas y agua con gas—. Busca el ron blanco ahí abajo. Y el azúcar, detrás de ti. Hay una planta con hierbabuena en el balcón. ¿Puedes coger unas hojas?

Vera hizo dos mojitos con un aspecto estupendo. Luego abrió una alacena tan vieja como la cocina y sacó pajitas negras.

—Vamos al salón.

Encendió el aire acondicionado, una luz de ambiente y varias velas. La estancia conservaba el viejo papel pintado de color verde agua con ornamentos en rosa y blanco. A Marc le llamó la atención que no hubiese fotos de familiares ni de amigos. Solo un marco de madera, pero aún con la foto de una revista del día de la compra.

Vera fue hacia el viejo equipo de música, buscó entre un montón y puso un CD de Sinatra.

Marc sonrió abiertamente.

—*A man alone*. Tienes buen gusto musical. Y el mojito está de vicio.

Se sentó en un sillón viejo de cuero que se hundió un poco. El gatazo gris saltó hacia él y maulló sin quitarle los ojos del color de la miel de encima, como evaluando si era un tipo peligroso o no. Vera se sentó a su lado y acarició al minino, que agradeció el cariño arqueando la espalda y golpeando con el rabo a Marc.

—¿Cómo se llama?

—Moriarty. Como el supervillano de Sherlock Holmes.

—Es precioso. Ven aquí, James Moriarty. ¿El nombre es un homenaje a Berto? —Le rascó debajo de la barbilla y el gato saltó y se colocó en el otro lado del salón, mirando como una esfinge. Luego se empezó a lamer, como si el contacto de Marc lo hubiese contaminado. Él rio—. Entonces tú serías Irene Adler, la única mujer que derrotó a Holmes. Tan escurridiza como tu gato.

Ella sorbió el mojito y lo miró con intensidad.

—Hoy no. Hoy estoy aquí. No voy a huir.

Marc le acarició la mejilla con suavidad.

—Me estoy jugando la vida. Espero que lo tengas en cuenta...

Vera ladeó la cabeza, dejó el mojito sobre la mesa y se acercó más a él, dejando que la abrazara. Marc le cogió la barbilla, se la levantó y la besó, primero de forma muy suave, luego apretó los labios, sintió los de ella entreabrirse, y se dejó llevar. Muy pronto las manos recorrieron cinturas, senos, y ambos lucharon por liberarse de la ropa. La piel de Vera era suave, alabastrina, perfumada, Marc recorrió con sus labios y con la lengua aquel cuello que olía como debían de hacerlo las diosas antiguas. Siguió hasta los pechos, le quitó el sujetador blanco. Vera gimió cuando los atrapó con los dientes y los mordió y chupó hasta que ella bajó la mano y la cremallera del vaquero, apartó los bóxeres y le empezó a acariciar el glande.

—Dios, Vera.

La miró con un deseo casi doloroso, y volvió a besarla con fuerza, mientras ella apretaba su erección con ritmo. Antes de que él se corriera, Vera susurró:

—Vámonos a la cama.

Vera arqueaba la espalda como el gato cuando lo acariciaban, le clavaba las uñas de placer en los muslos, y Marc intentaba no abrir los ojos para no ver sobre él el cuerpo elástico y delgado, los pechos moviéndose al ritmo que ella marcaba, los pezones oscuros y endurecidos, el pubis rasurado, y el placer totalmente desprovisto de pudor que Vera mostraba en aquel momento. La sola visión produciría su orgasmo, y él no quería que aquello acabase tan pronto. Se

sintió como un adolescente en su primer polvo, sin dominio sobre las sensaciones, escuchando los gemidos, al principio quedos, pero luego bien fuertes y animales. Vera hacía mover la cama con el ímpetu de sus embestidas y se agarró al cabecero de forja al notar como su orgasmo emergía, oceánico, mojando su polla. Con el cabello cayéndole por la cara, pegado por el sudor, los senos subiendo y bajando por la respiración agitada, se libró del abrazo de Marc, lo besó y se deslizó hasta cogerla de nuevo e introducirla entre sus labios muy suavemente. Marc había tenido muchas amantes, pero ninguna era como aquella japonesa, una mezcla entre una geisha entregada y una guerrera, totalmente entregada al placer sin reservarse nada, sin ambages.

Él se corrió en su boca y a ella pareció producirle más placer. Era como un animal morbosos, como si hubiese follado con una serpiente marina, que apretaba en una agonía infinita y luego soltaba para volver a agarrar.

—Me gusta tu tatuaje. ¿Tienes un cigarrillo?

Marc acarició el hombro de Vera mientras terminaban el mojito, muertos de sed. El aire de la madrugada entró por la ventana y sacudió las cortinas. Vera tenía tatuado en la parte superior del brazo un pequeño Batman de estilo retro, como los dibujos de los primeros cómics.

—¿Qué hace ahí ese Batman? —preguntó Marc, divertido.

Ella se estiró, le acercó la cajetilla y el mechero y habló con pereza.

—Es mi superhéroe favorito. No deberías fumar, Marc. Eres cantante.

Él encendió el cigarro y exhaló el humo con placer.

—¿Por? ¿Por qué es tu superhéroe favorito? Tengo curiosidad.

—Es fácil. Es nocturno. Es vengativo. Es extraño. Nadie sabe quién es. Lo que hace, lo hace porque es su deber moral, pero queda en secreto. Yo me veo así. Soy la mujer que todos se merecen, pero que nadie necesita...

—No entiendo.

—Otro día te lo explico. —Apagó el cigarro y apartó el humo con la mano—. Ya son las cinco. Deberíamos dormir algo, yo tengo trabajo mañana.

Marc se incorporó, dubitativo.

—¿Ya me echas?

—Para ser el primer día no estuvo mal, señor barítono —esbozó una media sonrisa—, pero en realidad a mí me gusta dormir sola. Nada de cucharitas.

Marc bajó poco después. Vera lo vio marchar, mirando por detrás de la ventana. Suspiró. Se sentía bien por primera vez desde hacía casi un año. Luego se miró al espejo, buscando marcas que delataran el pecado, pero la única que vio fue su sonrisa, sincera y plena. Y esa la sabría disimular muy bien. A su cabeza acudió de nuevo la muerte del boxeador. Se sintió culpable, y aquella culpabilidad emborronó de nuevo su alma. «No, otra vez no —se dijo—. No me lo puedo permitir.»

Se duchó, se puso el culotte y una camiseta y agarró la bicicleta. El deporte era una buena solución para detener los pensamientos negativos.

El sol ya empezaba a caldear las calles, húmedas de los barrenderos y limpiadores, no de la lluvia, que ya había cesado. Marc se dirigió hacia el aparcamiento a coger el coche. Súbitamente su estómago rugió, estaba muerto de hambre. Paró a tomar un café y unos churros en un bar que acababa de abrir sus puertas; los camareros aún estaban algo dormidos, colocando vasos, platos, cruasanes. Luego, bajó al subterráneo, pagó en la máquina, salió por la rampa y condujo hacia Pedralbes, cantando a todo trapo «*Funiculì, funiculà*» a la par de Giuseppe di Stefano.

En honor de Anders

Per Stangeland saludó a la recepcionista del Hotel Majestic y rechazó con un gesto seco al botones que se disponía a coger su maleta, al tiempo que le ponía un billete de cinco euros en la mano.

—Gracias, prefiero llevarla yo mismo.

Su español, aunque con acento, era bueno gracias a los estudios y los cinco años que había pasado en Málaga como empleado de una empresa multinacional informática. Eso sí, su aspecto delataba a un ciudadano nórdico, de eso no había duda. De hecho, Per era noruego, como afirmaba el pasaporte que recogió de manos de la mujer que le había atendido.

—Aquí tiene, señor Stangeland. Le deseo que tenga una feliz estancia.

—Estoy seguro de que será así, muchas gracias, adoro Barcelona. —Esbozó una sonrisa que la recepcionista vio solo un segundo, fascinada por la fuerza de sus intensos ojos de un helado azul transparente y por el abundante pelo rubio, casi blanco, tan fino que parecía una tela de araña que flotaba alrededor de su rostro.

Per cogió el ascensor y subió hasta la planta cuarta, sin hablar con los demás huéspedes que parloteaban mientras colocaban maletas. Luego buscó la habitación 412, abrió la puerta con la tarjeta y recorrió la estancia buscando el pequeño salón que salía de un pasillo junto al baño. Se sintió bien, complacido: la decoración era escueta y elegante, mezcla perfecta de líneas claras con detalles más clásicos. Un escritorio simple de madera lacada en donde contrastaba un gran ramo de flores blancas, un sofá y un sillón tapizados, todo en tonos oscuros, una mesa baja y una enorme televisión de pantalla plana. A la izquierda de la

mesa había un amplio ventanal, tapado por cortinas de color crema, con vistas sobre el paseo de Gracia. Se acercó al minibar y observó con satisfacción que estaba bien surtido de bebidas y snacks. El aire acondicionado estaba puesto y no hacía apenas ruido.

En unos minutos deshizo la maleta. Miró el reloj: las siete de la tarde. Encendió el iPad y consultó su correo electrónico. Tenía dos de hacía pocos minutos. Los podría haber leído en el móvil, pero prefirió esperar. En ellos el contenido era idéntico: «A las 19.30 me pasaré por el hotel. Tengo muchas ganas de verte». El primero lo firmaba Uli. El segundo Betje Van Dam. Ambos le eran muy queridos. Uli, un alemán de 28 años al que conoció en una reunión a principios de siglo. Betje, una holandesa joven, de 26, a la que él mismo contrató hacía siete años, cuando era becaria en su empresa de Oslo, la que él mismo fundó cuando regresó a su país en 2009.

En parte, estaba en Barcelona por ellos, por todos los jóvenes de Europa que estaban siendo anegados por esa patética debilidad general que le corroía la sangre. No había sido fácil llegar a este punto, desde luego que no: muchos años de meditación, de preparación, de lucha, pero ya no había marcha atrás. Quizá ahora mucha gente no lo entendiese, pero en el futuro sí lo haría, estaba seguro de ello. Europa no podía seguir soportando más tiempo toda la basura que los políticos corruptos la obligan a digerir.

La mirada de Per Stangeland se perdió en la amplia avenida y sus edificios modernistas. La luz anaranjada de la tarde aún permitía ver a la multitud de gente que compraba en las lujosas tiendas, los coches, los buses de turistas de dos pisos, pero su mente se fue años atrás, cuando en el sótano de su casa, entre discos y cervezas, compartía sueños e ideales con el mejor amigo que nunca había tenido. No, su mirada estaba en Oslo, donde aún era posible vivir sin verse rodeado todo el tiempo de africanos o latinos, y especialmente musulmanes, pero no por mucho tiempo, como su amigo de juventud había profetizado. En Suecia ya no se podía estar, sus vecinos se las daban de modernos y bien pensantes y habían convertido Estocolmo y otras ciudades en refugio de vagos subsidiados,

de cuentistas que chupan la sangre al trabajador honesto que espera solo tener una vida razonablemente próspera, de sinvergüenzas que solo piensan en procrear para invadir su perfecto sistema de vida. Todo ello propiciado por la dictadura progresista de lo políticamente correcto que iba a acabar con todo.

Sí, por el momento Noruega no había caído bajo la infección, o mejor sería decir que el mal todavía no se había propagado como la peste, pero no cabía duda de que era necesario hacer algo drástico antes de que fuera demasiado tarde para reaccionar. Porque llegarían. Por supuesto que llegarían.

Unos toques muy fuertes le sobresaltaron. Ya era la hora, y eran puntuales. Había pasado el tiempo en un suspiro. Se dirigió a la puerta, preguntó y abrió a sus dos visitantes.

Per Stangeland era un hombre medio en todos los sentidos de su físico: cerca del metro ochenta, 36 años, 70 kilos, fibroso pero no particularmente fuerte, con gafas redondas de intelectual. Uli Bloom era otra cosa: algo más alto, musculoso, ágil y en plena forma, con una sonrisa enorme que transmitía confianza. Llevaba el pelo rojo rapado para disimular la calvicie eclesial. Era arquitecto. La holandesa le abrazó después de su compañero, en el mismo vestíbulo. Ojos claros, también rubia, incluso las cejas y las pestañas que parecían del color de la paja; muy delgada pero también firme. Se le notaban las horas de entrenamiento y gimnasio, y una boca roja, fresca, perfectamente delineada que necesariamente llamaba la atención, lo que ella agradecía, pues no aprobaba su nariz un poco aguileña, que siempre se había querido operar. Betje trabajaba de ingeniera en Gante, soltera, poco afectiva con los hombres por lo general.

Los tres se abrazaron con fuerza.

—¡Qué alegría teneros aquí conmigo! Ya era hora... estaba impaciente, como podéis imaginar. ¿Queréis tomar algo? —Casi sin esperar respuesta abrió el minibar y sacó los botellines de ginebra y tónicas; preparó las bebidas y las dejó sobre la mesa baja, mientras todos se acomodaban.

—Todo está saliendo muy bien, debemos estar contentos —dijo Betje—. Ya

he alquilado una masía en Vallvidrera, un sitio tranquilo —bebió un sorbo del combinado y echó más tónica para aligerarlo—, donde es fácil entrar y salir sin que nadie te vea. Está en un recoveco de la carretera y tapado por un muro, así que apenas se ve cuando se conduce, y por ahí no hay comercios, colegios ni ningún hospital; tampoco hay otros sitios de reunión de gente como canchas de deporte; cerca solo tenemos un geriátrico para gente muy rica. El sitio es perfecto.

—Sí, es perfecto —confirmó Uli—. Paredes gruesas, las ventanas no dan a una zona donde pase gente o se pueda ver, salvo que alguien desde fuera se aposte adrede con unos prismáticos en la colina.

—Muy bien. ¿Y qué sabemos de nuestro amigo?

—Se llama César —siguió el alemán—. Es un gran artista. Y como todos los grandes artistas, un gran borracho —levantó el gin-tonic mientras hacía un guiño— y con un ego descomunal. Es el que ha creado los decorados de la *Tosca* que se representará en el Liceu, y hay que reconocer que son magníficos. Me los ha enseñado boceto por boceto.

—Te has hecho amigo, por lo que veo...

—Sí, en París. Estaba bastante solo. Lo acaba de dejar la mujer, mucho viaje entre teatro y teatro, mucho trasiego, muchas putas y poco amor. La tipa se ha ido a vivir a Madrid, él no podía creerlo, se encontraba algo confuso, y yo le entré fácil... tenía ganas de hablar. Y ya me conocéis. Puedo ser muy buen psicólogo cuando me pongo a ello. Vive en un piso en Poble Nou. Tiene bastante dinero.

—¿A ti ya te conoce? —preguntó Per a Betje.

—No, no tengo el gusto. Y esa es la idea. Tenemos montado un numerito para el día señalado, y ese será el momento en que me conozca.

Per se levantó y asintió, el cuerpo nervioso lleno de excitación. Volvió a mirar por la cristalera, hipnotizado. Ya había oscurecido. Barcelona en verano era más hermosa todavía a la luz de las farolas, los coches, los taxis amarillos y negros,

los ciclistas. El ritmo frenético de las grandes ciudades. Pasó casi un minuto, al fin interrumpido por la chica.

—¿Y el regalo? ¿Va todo bien?

—Sí... —Salió del ensimismamiento y, mirándola con fijeza, prosiguió—: En unos días he de recogerlo, pero eso vendrá después. Primero hemos de asegurar la colaboración de César. Luego tendremos tiempo para concretar cada detalle del plan sobre el terreno. —Luego bebió un trago de gin-tonic y sonrió, mirando a Uli—. ¿Estás preparado para ser el aprendiz de la *Tosca* en el Liceu?

Uli sonrió y levantó el pulgar.

—Me encanta la ópera. Prefiero a Wagner, pero Puccini servirá. Y los decorados son fantásticos. Solo me falta un poco de colaboración a la hora del montaje, imagino que César nos la brindará sin problema. Sabré hacerlo.

Per asintió, satisfecho con lo que veía y escuchaba. Se levantó e hizo un brindis con voz queda pero firme. Los demás lo imitaron.

—En honor de nuestro camarada Anders, Anders Brievik.

Todos entrechocaron los vasos con solemnidad.

—Por Anders. En su honor. Continuaremos lo que él empezó.

PARTE SEGUNDA

LABERINTO

*Mete todo tu miedo, todo,
absolutamente todo ese miedo
en una bolsa de plástico
y respira de él, de madrugada.
Ese miedo que te revienta
el pecho, las arterias,
los dedos de la mano.
No voy a engañarte:
no conseguirás mucho
pero al amanecer,
si cierras rápido y bien la bolsa,
te darás cuenta mientras acaricias
el lomo del dragón frío
que no había tanto peligro
como miedo en tu corazón.*

*Banco de Sangre, «Todo tu miedo»,
CARLOS ZANÓN*

Esta chica es un espectro

9 de agosto, martes

«¿Qué cojones pinto yo aquí?»

Dídac observaba las instalaciones con una mezcla entre asombro y desprecio. El asombro de cambiar una tienda humilde de barrio por un lugar extremadamente pijo. Pijos a los que siempre había despreciado. Algún colega de universidad diría que el gatillo de su conciencia de clase se disparaba con demasiada facilidad, cosa que le producía sensaciones encontradas. Aquella gente tan bien vestida, mujeres que podrían ir con sus vestidos ceñidos y oscuros a una fiesta sin pasar por casa a cambiarse, tíos con trajes color acero, corbatas caras. Hipsters de moño y un pantalón sarnoso quizá más caro que los trajes de color acero. Dídac miró sus vaqueros rotos, su camisa blanca impoluta de Tommy que le había regalado su madre para las ocasiones especiales, que se ceñía a sus músculos a su pesar, y sus tenis New Balance y volvió a notar la conciencia de clase de una manera intuitiva. Sin embargo, a Vera no parecía importarle, lo guiaba con naturalidad por las oficinas que ocupaban la mayor parte del antiguo edificio Winterthur, la sonrisa a flor de piel, intentando que se sintiese cómodo, integrado.

Llegaron al despacho de Berto Areces, que estaba hablando por teléfono, en una sucesión de posturas-cliché de emprendedor americano de éxito, con unos tirantes que a Zarco le parecieron ridículos, y las mangas subidas mientras hacía gestos teatrales. Esperaron fuera. Areces, al fin, colgó y se levantó.

—Aquí tenemos a nuestro boxeador favorito. —Se acercó a Dídac, admirando

su físico con un vistazo rápido de aprobación que hizo que el joven se sintiera evaluado como un caballo en el hipódromo—. Soy Berto Areces, encantado de que estés con nosotros. —Le dio la mano con energía y palmoteó su espalda. Se separó y lo volvió a escrutar, sonriendo abiertamente, como haría el padre orgulloso a un hijo el día de su graduación. Dídac levantó las cejas, intrigado—. Bien, bien, bien. El otro día peleaste como una fiera. Pero tengo planes más grandes para ti. Planes que incluyen un cambio de entrenador y de gimnasio. Ese ya se queda corto. Hay que convertirte en algo grande.

El boxeador comenzó a boquear. ¿Cómo? ¿Su entrenador? ¿Su gimnasio de toda la vida?

A Areces le hizo gracia ver que el joven se ponía pálido y quería hablar, pero no se lo permitió.

—No pongas esa cara, chaval. No estamos en una película de Clint Eastwood. Vas a ir al mejor entrenador de boxeo de Barcelona en nuestras instalaciones. Gimnasio, piscina, spa. No tendrás queja. A cambio trabajarás para mí. Necesito alguien que me acompañe a ciertos lugares. Por supuesto, tengo otros «ayudantes», pero tú tienes algo que me genera confianza. Vera me ha dicho que estudias en la UNED. Bien. Eso te hace diferente. ¿Por eso te llaman «El Poeta»...? —Berto sonrió de tal modo que Dídac ni supo si era una burla o una aprobación genuina—. No lo dejes, hazme caso, un deportista tiene que hacer carrera más allá del boxeo. La vida se echa encima muy pronto. Aquí te pagaremos un sueldo digno, más digno que el de la tienda de deportes, además de las peleas. Que tendrás que ganar. ¡Y lo harás! No nos cabe duda.

Zarco no sabía cómo tomarse aquel discurso, por una parte prepotente, por la otra tentador. Se veía con la gorra cogida con las dos manos, inclinando la cabeza delante de su amo, como si fuera un personaje de Dickens a quien la fortuna le había puesto en su camino a un benefactor. Por otra parte, entrenar «de verdad», ganar dinero. ¿No era demasiado bonito? ¿Al fin algo de suerte, después de todo?

—Vera te presentará al Tártaro y a Rusty. Ellos te dirán qué hacer. Y te darán

ropa adecuada. Un buen traje a medida para cuando tengas que acompañarme. Bien. Muy bien. Vera, enséñale las oficinas y llévalo a las instalaciones.

Abrió los brazos, en un gesto cálido pero que sin duda significaba que la audiencia había terminado.

Vera le tocó el hombro y lo acompañó a través de los muebles de madera noble, tonos cálidos y alfombras suaves como nubes hasta la funcionalidad azulada y metálica del resto de los departamentos.

Se detuvo frente a él y ladeó la cabeza al verlo tan confuso.

—Bueno, Dídac. ¿Preparado para tu nueva vida?

Los ojos del boxeador la miraron sin ver, aún estaba perplejo con todo aquel paripé. Se encogió de hombros. Al fin y al cabo, nada se perdía por probar, se engañó, su intuición le golpeaba el pecho obligándole a salir de allí, pero no era un cobarde, no, no iba a salir corriendo de un lugar como aquel, que en sus mejores sueños parecía siempre inalcanzable.

—Te presentaré a Rusty y a Luka Ivanov, al que todos llamamos el Tártaro. Y luego al gimnasio. Venga. —Se dio cuenta de las dudas y sintió algo de pena por él. Lo entendía—. Berto es un gran jefe... siempre que no lo decepciones. Déjate llevar. No pierdes nada.

Anatole se sintió complacido al ver el nuevo aspecto de Tatiana, menos delgada, con el rostro ruborizado y vestida de una manera decente. Destilaba limpieza. Se sentó frente a ella. El cabello le olía a champú de frutas, las hebras doradas recién lavadas que a través de los rayos del sol que entraban por la ventana le daban el aspecto de un hada de cuento.

—¿Cómo estás, Tatiana?

—Mucho mejor, gracias. Aquí me cuidan bien.

—Me alegro.

—¿Se sabe algo de mi familia?

Anatole la agarró de la mano y la apretó.

—No te preocupes por ellos. Están bien. Pero no vengo aquí a hablar de tu familia. Vengo a hablar de ti.

Tatiana se rascó las manos y luego las dejó sobre las piernas.

—Eres una mujer joven. Ya no hay más prostitución para ti. Tienes que empezar una nueva vida.

Se escuchó un suspiro y luego una especie de gemido.

—Señor Anatole. No puedo salir de aquí por ahora. Vendrán a buscarme. Van a volver a por mí. Ellos no dejan escapar a ninguna chica. Y el castigo será terrible. Lo escuché muchas veces.

Anatole asentía, y recordó el reciente asesinato de Anastasia, pero a Anastasia nadie la había vuelto a obligar, ella misma volvió a prostituirse. Y no había estado en ninguna organización peligrosa. De todos modos, Tatiana tenía razón, pero no iba a consentir que le fuesen a negar una nueva vida. Valía la pena correr el riesgo.

—Sé que piensas que aún es pronto para salir, pero no lo es para prepararte a volar del nido. Quiero que asistas a clases. Te he conseguido un trabajo. Estarás protegida en todo momento. No he creado esta casa para que estéis aquí igual de prisioneras que en un burdel. La he creado para que salgáis de esa mierda. ¿Quieres permanecer aquí para siempre, encerrada?

Tatiana volvió a tocarse los brazos, que ya no estaban tan escuálidos, pensó Anatole, aunque se le seguían notando las venas azules. Se los acarició mientras miraba hacia su regazo.

—No. Quiero ser como las demás chicas de mi barrio. Quiero volver a casa. Ver a mi madre. A la abuela. Y no quiero follar más. Con nadie más. Nunca más.

A Anatole esa sinceridad ingenua, que había visto muchas veces en otras chicas, siempre le producía algo de ternura. Secuestradas tan jóvenes, necesitarían mucha terapia y paciencia para volver a la normalidad, eso en el caso de que lo consiguieran.

—Poco a poco. Por ahora lo importante es que empecemos de cero.

—Quiero volver a casa. No quiero empezar de cero aquí. Y tampoco quiero ir

a clases, ni trabajar. Si salgo me encontrarán y me matarán.

El ruso se acarició la cara, pensativo, y la joven pudo ver los tatuajes que adornaban sus dedos.

—Bien. Pero no puedes estar siempre aquí encerrada, Tatiana. Hazte a la idea. Ahora tienes miedo de salir, pero dentro de unos días empezarás a pedir algo de aire.

Rusty arrugó y lanzó la bolsa de Doritos al suelo del garaje. Vera lo observó con reproche. Al final el americano la recogió como un niño obediente y la tiró a una papelería. A su lado, el Tártaro sorbía sin pudor una lata de Fanta de naranja. A Vera le parecieron dos tipos patéticos y sucios. Le entraron unas ganas estúpidas de golpearlos contra el suelo polvoriento hasta reventarles la cabeza. Paralizó en su mente con rapidez sus ansias violentas que no la iban a ayudar en nada. Recuperó su sonrisa enigmática, practicada mil veces hasta hacerse una segunda piel, y señaló a Zarco. Sabía que la sola presencia del boxeador sería una amenaza para aquel par.

—Os presento a Dídac Zarco. Berto lo quiere convertir en su acompañante para ciertas ocasiones, aunque sobre todo se dedicará a entrenarse bien para triunfar en el boxeo. Enseñadle el negocio. Rusty, luego lo llevas al gimnasio y le presentas a Andrea. Tiene que empezar cuanto antes.

Los hombres se saludaron. Dídac apretó con fuerza la mano del Tártaro, que era pesada como un yunque y, al igual que la otra, lucía muchos anillos vistosos y horteras. Se fijó en que le faltaba un pedazo de oreja. Le sostuvo la mirada. «Rocky Balboa vs. Ivan Drago», pensó, aguantando la risa. Sin embargo, los ojos rápidos de ofidio de Rusty lo taladraron como un láser, y Dídac se dio cuenta de que aquel tipo no era tan tonto como parecía a primera vista. Le dio la mano a su vez y se dio cuenta del tatuaje de Minnie Mouse. No apretaba tanto como el ruso, dejaba la mano más blanda y eso le repugnó.

—Muy bien, chico. Nos vamos.

Las luces de un Qashqai negro parpadearon y el ruso le abrió la puerta, haciéndole una reverencia para que entrara.

Vera los vio alejarse hacia la salida con la atolondrada conducción del ruso chirriando rueda contra la pintura. Respiró hondo y se dirigió hacia los ascensores. Tenía que seguir investigando las contabilidades de las empresas de Berto. Y las entradas y salidas de pedidos. En algún lugar estaría lo que buscaba. Aunque intuía que Gara tenía todas las posibilidades de tener la llave.

—... Es una perla de la arquitectura, Patrimonio Mundial por la UNESCO, obra de Lluís Domènech i Montaner...

Mientras avanzaba hacia el Palau de la Música Catalana, Marc sentía la voz de un guía explicando todos los tópicos sobre el edificio, seguido por un conjunto de turistas que caminaba detrás, escuchando como ovejas dulces y confiadas. Se paró y admiró el edificio como un visitante más. A veces vivir allí y trabajar en aquel lugar le negaban la perspectiva de observar la belleza. Incluso alguna que otra vez pensaba que el Palau era demasiado hermoso como para admirarlo, como cuando una comida demasiado especiada, o picante, anestesiaba el paladar. El riesgo que siempre corría Barcelona de convertirse en un parque temático del Modernismo le hacía gracia, pero el orgullo de pertenecer, de formar parte de aquella belleza como barcelonés y como músico superaban cualquier escollo ideológico o estético que pudiese surgirle.

Miró el móvil, esperando algún wasap de Vera, pero no daba señales de vida, a pesar de que estaba todo el tiempo en línea. Reprimió un suspiro. Y las ganas de enviarle algo. No quería parecer un pringado. Dudaba si enviarle un vídeo en donde aparecía Plácido Domingo cantando *Turandot*, resolviendo los tres enigmas que la harían caer en sus brazos, «*il mio fuoco-ti sgela*», o uno con Madama Butterfly cantando «*Un bel dì vedremo*», la geisha que esperaba en vano a su amante. Aparecieron justo a tiempo para salvarle de la duda el pianista y preparador que iba a encargarse de los ensayos para el concierto, Edwin

Weber, y su mujer, una soprano de L'Escala, Montserrat Oliver, a la que todos vacilaban con La Scala de Milán, que también iba a participar en la gala benéfica. Era compañera y amiga de Roselló desde hacía años, habían estudiado juntos hasta que ella se fue a vivir a Alemania con Weber. Los dos lo saludaron con efusividad. Luego intercambiaron miradas y, tras unos segundos callados, arrancaron con el tema estrella en el mundo de la ópera aquellos días. Montserrat depositó su mano sobre el brazo de Marc en un ademán tierno.

—Dios mío, lo de Miguel Sanchís. Estamos consternados. ¿Te encuentras bien?

Marc sabía que iba a tener que hablar de Miguel cuando volviera al trabajo. Lo tenía asumido, pero no dejaba de dolerle como un tizón al rojo.

—Sí, una gran desgracia. No, no demasiado bien, la verdad. Pero bueno. La policía está en ello. —No quería alargar la conversación.

—¿Los mossos? Oh, Dios. Pobre chico. Con esa voz magnífica. Y tan buena persona... ¿Se sabe algo?

Marc resopló; por poco que hablara, algo tendría que explicar.

—No demasiado. Vinimos juntos del *Don Giovanni* de Valencia, iba a pasar unos días aquí antes de ir a cantar un *Réquiem*. Yo me fui a Milán. A la vuelta había desaparecido. Luego, ya sabéis. Una muerte extraña —respiró hondo de forma instintiva y prosiguió—, apareció en el pantano de Vallvidrera, lo encontraron unos niños. Un misterio. Hace unos días fui a la cremación a Valencia.

Todos permanecieron en silencio. Marc les hizo un gesto con su maletín lleno de partituras. No quería más escenas dramáticas antes de cantar.

—¿Entramos? Es hora del ensayo. En cuanto sepa algo seréis los primeros en conocerlo. Pero si no os importa, preferiría no hablar más del tema.

—No te preocupes. Por cierto... has adelgazado, ¿no? Estás muy guapo, Marc...

Minutos después Marc miró la platea vacía, iluminada, casi transparente, una caja de música perfecta y de una belleza que quitaba la respiración. Subió la

vista hacia el techo y el órgano. Carraspeó y apoyó el brazo en el piano, concentrándose. Había hecho unas escalas para calentar mientras Montserrat ensayaba su parte. Después de tantos días de excesos, tenía sus dudas.

Edwin Weber inició al piano los acordes melancólicos de *Fenesta che lucive*. Marc comenzó a cantar sin ahorrar potencia. Tenía tiempo de sobra hasta el día del concierto.

*Fenesta che lucive e mo' nun luce
Sign'è ca nenna mia stace ammalata
S'affaccia la sorella e me lo dice
Nennella toja è morta e sotterrata
Chiagneva sempe ca durmeva sola
Mo' duorme co' li muorte accompagnata*

Sintió un gran alivio al comprobar que su voz surgía potente, aterciopelada y triste. Montserrat lo miró desde la primera fila con admiración. Siempre le decía que tenía voz de espermatozoide. Y aquel día la tenía todavía más seductora. Marc tenía una apostura que defendía hasta su leve exceso de peso. Sin ser guapo, pensaba la cantante, tenía lo que necesitaba un artista: la mirada oscura y lánguida, aquella cabeza de noble italiano, con la nariz ligeramente aguileña, las canas, pocas, pero bien dispuestas en el cabello negro, sus gestos elegantes. Cuando cantaba, parecía recién salido de algún túnel del tiempo, del siglo XIX. Montserrat sabía que gran parte de aquella aura que le rodeaba era fruto de mucho trabajo y ensayo, pero también que del fondo de Roselló emergía aquella sensación de tristeza y melancolía de la que no era demasiado consciente. Por no hablar de su rollo Errol Flynn, aquella electricidad y la sonrisa pícaro que se las llevaba a todas de calle. Incluso a ella hacía algunos años.

Weber se detuvo y lo miró. Hablaba en italiano con un fuerte acento alemán, el español aún no se le daba demasiado bien.

—Estás sembrado de voz, ¿eh? Bien, pero repitamos la primera estrofa.

Quiero más dramatismo todavía en «*Chiagneva sempre ca durmeva sola / Mo' duorme co' li muerte accompagnata*».

—¿Más? —Marc levantó la ceja. Le había puesto el *pathos* más profundo, o eso pensaba.

—Sí. De técnica vas bien, pero falta algo. Piensa que es la frase más terrible, que tu novia duerme acompañada de los muertos. ¿Tienes novia? Piensa en ella. Cada vez que la cantes tienes que derretir el corazón de todos los presentes. Esta canción siempre se «grita» como si bajara del tren un paleta napolitano, hay que darle una dimensión más oscura y elegante, tú no tienes voz de paleta napolitano. Venga. Concéntrate. Luego, cuando estés ya más en materia ensayaremos *Nemico della patria*. Me gusta tu repertorio para el concierto, Marc, es original. Triste, pero original. ¿Te encuentras bien?

Marc se rascó la cabeza mientras asentía y pensó en la pregunta de Weber. Novia. No recordaba lo que era tener una novia.

Decididamente le mandaría el vídeo de *Turandot* a Vera Nanashi.

—Necesito tu total atención. Esta chica es un espectro. A mí me detectó en el primer seguimiento. Me he llevado una bronca monumental de mi cliente.

Hugo frunció las cejas y sorbió un trago de michelada mientras observaba alternativamente las fotos de Vera Nanashi y a Edurne comiendo un burrito. Los dos estaban en un restaurante mexicano de Vía Laietana, Rosa Negra, haciendo tiempo hasta que Marc saliese del ensayo.

—Es guapa. Parece de porcelana.

—No te dejes engañar por las apariencias. Hay algo raro en esta chica y yo quiero saber qué es. No solo por el dinero. Es ya un asunto personal. Soy buena en lo mío. No me suelen pillar y mucho menos en poco tiempo.

—Entiendo. Quieres opción especial. Están buenas las enchiladas.

—Lo quiero todo. De dónde sale. Qué hace. Con quién folla. Qué le gusta. El

dinero no será obstáculo. Haz lo que tengas que hacer. Sé discreto, por favor. Muy discreto. No me fío un pelo.

—Bien. Si es tan buena no será fácil, pero sabes que no me puedo resistir ante los retos, estás de suerte. —Esbozó una media sonrisa con aire de suficiencia—. Hace tiempo que necesito algo que me estimule. El teatro está de capa caída. Hacer de mimo está de capa caída. Todo es aburrido y repetitivo. Mi novio me ha dejado por otro. Menos mal que voy haciendo algún anuncio, me sale algo de modelo y los encargos... ¿Pedimos más guacamole?

Edurne había descubierto a Hugo gracias a un colega. Era un actor excepcional. Hugo Peña no era alto, pero tampoco bajo. No era guapo, pero tampoco feo. No era rubio, pero tampoco demasiado moreno. Era un chico muy delgado y obsesivo, capaz de caracterizarse, de convertirse en el camaleón multicolor de Barcelona, adoptando cualquier papel de la ciudad. Edurne pensaba que si Hugo fuese inglés, su vida sería mucho más fácil: habría tenido éxito en su profesión. Pero en España las cosas no estaban demasiado boyantes para los actores, así que sin dudarlo, y para vivir bien, Hugo se reconvertía en lo que hiciese falta cuando se lo pidieran. Se autodefinía un «chulo de la vida», en todos los sentidos. La vida era su puta a la que él tenía que sacarle tajada. Hugo era abiertamente gay, pero si era necesario, haría de galán masculino. O de mujer. O de lo que fuese. Necesitaba dinero para pagar su nivel de vida barcelonés. Y convertirse en una especie de detective privado bajo manga le parecía divertido, le permitía utilizar todos sus trucos y ganar un buen dinero, cosa que en teatro sería imposible.

—Venga. Dame los datos. Lo haré bien. Además, me gusta esta chica. Siempre me han gustado las japonesas. ¿Otra michelada?

Edurne sacudió la cabeza y soltó una de sus risas escandalosas.

—Ahora también te gustan las mujeres. Eres una caja de sorpresas...

—Ya lo sabes. Soy un chulo de la vida.

Las disquisiciones de Rusty

Cuanto más tiempo transcurre, más aumenta la fuerza del deseo.

«El demonio de la perversidad»,
EDGAR ALLAN POE

10 de agosto, miércoles

Dídac observaba la pelea que se desarrollaba en el cuadrilátero. Dos mujeres boxeaban con los cascos protectores puestos. Bailaban sobre la lona como hadas peligrosas, desarrollando estrategias de entrenamiento sin tocarse apenas. Más lejos, algunos hombres golpeaban sacos, saltaban a la comba o levantaban pesas. El lugar era luminoso, limpio, brillante, moderno, lleno de aparatos sofisticados, todo lo que no era su gimnasio del barrio. Y mucho más frío, en todos los sentidos: Dídac notó al instante la ausencia de ese vaho macilento de las salas de barrio charnego, acuñadas por el sudor de la desesperación de los que intentan nadar entre la mierda, un humus reconocible y que le hacía sentirse cómodo; ahí, en cambio, parecía que boxear era más un acto social donde no había que desentonar.

Era el día en el que iba a conocer a su entrenador. Se despidió de su gimnasio de toda la vida, del hombre que lo había animado desde el principio a dedicarse al boxeo, de sus colegas. A pesar de que abandonaba un lugar donde había aprendido a sufrir para no quedarse muerto y convertirse en alguien con la ira de su corazón y de sus puños, se dio cuenta de que le hacía bien irse de allí. La

muerte del Tigre se habría convertido en una losa imposible de quitarse de encima, cada pelea, cada entreno, cada nuevo compañero lo verían como el que mató a Jorge y se follaba a su mujer. Había aguantado las lágrimas al marchar. Pero la vida era jodida, y todo aquello que le habían contado los curas de crío en el colegio. Tenían razón, vaya si la tenían. Así que apretó los dientes, recogió las cosas de su taquilla y se fue a su casa con la música puesta a todo volumen.

Avanzó a través del espacio acristalado con timidez, la bolsa deportiva negra al hombro. En lo alto de cada columna había una pantalla plana. En la que tenía más cerca pudo ver los Cuarenta Principales, gracias a Dios en silencio, pensó. En otras, retransmisiones deportivas. Dejó la bolsa en el suelo y esperó, mientras veía evolucionar a las dos mujeres, sus movimientos de cabeza, las fintas sutiles, los golpes rápidos, fulgurantes, acompañados de consejos de ánimo y advertencia gritados desde las esquinas.

Cuando terminaron, se quitaron los protectores y se saludaron. Vera salió del cuadrilátero, sudorosa y sofocada, ante la mirada asombrada de Dídac. Le hizo un gesto amistoso. El joven admiró con disimulo su cuerpo delgado pero convertido en pura fibra, solo llevaba pantalones azules de boxeo y un top con protección para el pecho del mismo color. La otra chica bajó a su vez y las dos se acercaron al Poeta.

Vera comenzó a quitarse los guantes mientras le presentaba a su oponente. Le guiñó un ojo.

—Dídac. Esta es Andrea. Será tu entrenadora a partir de este momento.

El joven abrió la boca y la miró de arriba abajo. Comprendió que Andrea no era un hombre, era Andrea Fonseca, campeona de España de boxeo, kick boxing y diploma olímpico de Taekwondo. Sus músculos eran tan marcados y bronceados como los de una estatua de la *Signoria* de Florencia, pensó. Reprimió un «joder» a tiempo de darle la mano, aplicando tanta fuerza como ella, que no era poca. Era lo más parecido a una amazona que había visto en toda su existencia, y al momento pensó en lo humillante que podría ser que una mujer fuese su entrenadora de boxeo. Ella pareció leerle el pensamiento.

—Encantada, Dídac. Me han hablado muy bien de ti. Sé que puede resultar chocante, pero he entrenado al vigente campeón de España de los Welter y te aseguro que no le ha ido mal, puedes preguntarle. —Andrea se lo dijo con elegancia, con una sonrisa amable, esperando que eso acabara con cualquier reticencia del Poeta, un poco cansada ya de tener que superar esos clichés machistas. Dídac no dijo nada, solo asintió, en realidad no perdía nada por probar. Y ella era muy buena.

Mientras dejaba a Dídac recuperándose del asombro, Vera se retiró a los vestuarios, cogió su neceser y fue hacia las duchas. El ejercicio la había activado, y su mente pensaba a toda velocidad mientras el agua hirviendo le humedecía el cabello espeso y recorría su cuerpo, relajándolo. Había detectado algo inusual en el ordenador de Gara. Un correo en el borrador que nunca se llegó a mandar desde una cuenta de Gmail. Vera sabía que una de las formas más seguras de comunicarse por correo era mediante una cuenta con la contraseña compartida. Los correos nunca llegaban a enviarse, pero los que contaban con la contraseña podían entrar en el borrador y leer la información. Y ella la tenía.

Todo el mensaje era muy críptico, pero aun así, su antena vibraba al fin después de tanto tiempo detrás de cualquier detalle que escondiera la más mínima sospecha de las actividades del contable. O quizá era ya la ansiedad de encontrarle algo, después de meses sabiendo-sin-saber, viendo cómo Gara insinuaba que uno tenía que buscarse la vida, pero sin concretar nunca nada, coqueteando con ella pero sin decidirse a explicarle de qué modo podría poner el mundo a sus pies. Eso le jodía un poco: sabía que lo había seducido, pero todavía no la ansiaba poseer tanto como para confiarse del todo. Vera sabía que Gara era el propietario de varias cajas fuertes a la antigua, cajas fuertes de superficie que tenía en sus inmuebles desperdigados por la ciudad. No era tan tonto como para robar grandes cantidades, lo hacía poco a poco. Pero no era el robo lo que más le preocupaba, era la escalada que preveía en Gara. La facilidad para conseguir lo que quería se podía convertir en cualquier momento en algo más peligroso. Mucho más peligroso.

Se vistió, mallas ajustadas y una camiseta negra y se secó el pelo con rapidez. Luego abrió la taquilla y sacó el bolso. Un wasap de Marc Roselló. El muy... le había enviado un vídeo de *Turandot*. Sonrió, y sin contestarle, salió hacia el garaje a coger su Vespa. Tenía que apresurarse. Gara había quedado en el polígono industrial de La Pedrosa y tenía que llegar primero.

Gladys releyó su artículo sobre el asesinato de Anastasia. Allí faltaba algo. No era lo suficientemente dramático. Aquella historia era muy buena, pero por mucho que intentaba profundizar se encontraba con un muro. Había ido al Lord Byron pero fue imposible localizar a Anatole. Luego decidió comentarle el asunto a su amiga Lari, la que conocía la existencia de la casa de acogida y la relación con el Lord Byron, pero no cogía el teléfono, estaba fuera de España. Se encontraba en un callejón sin salida. Por lo menos tenía el informe del forense filtrado por su amigo el mosso. El «informe de los horrores» le llamaban en comisaría, dada la extremada violencia y crueldad del crimen. Cada vez que lo leía la angustia la destrozaba por entero, intentando imaginarse el Vía Crucis por el que había pasado aquella mujer inocente, pero siendo incapaz de procesar toda aquella información tan descarnada en su plenitud.

Pensó en el hombre del cementerio. Quizá él pudiese ayudarla. Pero no podía hacer otra cosa que esperar a que fuese él quien contactara.

Darío Gara condujo su Sirocco con prudencia, como siempre hacía. La ronda Litoral estaba atestada de tráfico, como todos los días a aquella hora, y la música de boleros le relajaba. Sonaba *Cuatro cirios*, con la voz de Javier Solís, uno de sus cantantes favoritos. Gara se tenía por un gran conocedor del mundo de los boleros, con esa tristeza trágica que aprobaba como trasunto auténtico de la vida, mucho más cerca de ser un bolero de perdedores que una horterada latina donde la inteligencia se relacionaba con la capacidad que tenía uno de mover el culo.

Se desvió hacia el polígono industrial de la Pedrosa mientras seguía mentalmente la letra de la canción. El reloj del vehículo marcaba la una menos cuarto de la tarde, iba justo, pero llegaría a la cita. Estaba tranquilo. Areces seguía de viaje y seguiría unos días más, y él gozaba de una libertad de movimientos inusual. Incluso Vera Nanashi parecía haberlo dejado en paz mientras llevaba al boxeador al gimnasio y le enseñaba las instalaciones y parte de sus cometidos. Al fin tarareó parte del bolero entre dientes y contestó a la llamada de teléfono de una de sus amantes. Darío Gara era un romántico a la antigua usanza, quizá por eso no se había casado nunca. Un caballero. Un dandi de gustos caros. Gustos que costaban dinero. Gustos que no podía pagarse solo con el sueldo que le pagaba Areces. Giró hacia la calle de Montserrat Isern, un lugar tranquilo y no muy concurrido, dos hileras de naves industriales y acacias que daban sombra a los trabajadores de las empresas allí situadas.

«Ha llegado a su destino», bromeó para sí.

Dejó el coche en una calle paralela y se dirigió caminando hacia la nave que una de las empresas de Berto Areces tenía alquilada desde hacía años, sin darle casi uso. Gara lo utilizaba de manera sabia para sus propios asuntos, al ser un lugar discreto y camuflado entre muchas otras naves y empresas.

Una mujer rubia y delgada, tan rubia que parecía una aparición mariana, rodeada de un halo transparente, el rostro cubierto por unas grandes gafas de sol, lo esperaba cerca de la puerta. Betje Van Dam olía a protector solar desde lejos. Al verlo acercarse estiró la mano para estrechársela.

Betje habló en inglés. Se presentó con un nombre falso a todas luces: «soy Susan», cosa que a Gara le hizo gracia. A él lo que hiciese aquella chica con lo que le iba a vender le daba igual, solo le importaba el dinero, las consideraciones morales las dejaba fuera de sus negocios. Abrió la puerta de la nave y ambos se introdujeron en el interior.

Vera, escondida detrás de un enorme grupo de palés cubiertos por plásticos, los vio entrar, contuvo la respiración y se agachó con rapidez. Les sacó fotos.

Intentó definir en una el rostro de la joven. La pareja caminó a través de la nave y subió unas escaleras hacia el cubículo que hacía de oficina. Cerraron la puerta.

«Mierda.»

Decidió arriesgar y trepó por los palés hasta acercarse a un ventanuco. Se asomó. Pertenecía a un baño viejo y amarillento por el paso de los años. Era demasiado pequeño, pero estaba entreabierto, y podía escuchar las voces apagadas de Gara y su acompañante. Hablaron una media hora. Vera alcanzaba a escuchar retazos de la conversación pero no podía concretar nada que le sirviera.

Al fin subieron la voz y fue capaz de atrapar algunas palabras. Luego se hizo el silencio.

Vera escuchó un ruido y se apartó del ventanuco a tiempo de ver a Darío Gara entrando en el WC con la mano en la pretina del vaquero. Pegada a la pared escuchó como la orina salpicaba en la loza agrietada. Luego el sonido cascado de la cisterna, la cremallera al subir, el grifo del lavabo que chirrió ligeramente al abrirse.

Ambos siguieron conversando unos minutos. Gara decidió que era hora de marcharse. Bajaron las escaleras mientras Vera, aprovechando que se encontraban de espaldas, se introducía por el ventanuco del baño escabulléndose como una lagartija, justo a tiempo de esconderse. La pareja se giró y habló otro poco antes de que saliese la mujer rubia primero, Gara después.

Jadeante, tirada en el suelo, escuchó como se cerraba la puerta. Esperó un rato antes de bajar a su vez mientras pensaba en las palabras sueltas que había llegado a entender de la conversación.

«Septiembre», «Riodín», «Sig Sauer».

Aquellas tres palabras eran suficientes para activar todas sus alarmas. Vera tragó saliva, intentó serenarse y se concentró. Tenía que acercarse más a Darío Gara. Era necesario. Ya se lo tenía muy trabajado, pero no lo suficiente, ahora tenía que ir a por todas.

Se decidió a salir. Por la tarde tenía una partida de póquer y no la había

preparado, y tenía que arreglarse, cambiarse y cambiar el chip. No podía ejercer como una crupier eficiente con toda aquella mierda en la cabeza.

Rusty mira con indiferencia desde lo alto del Laberinto de Horta. Siente la tarde calurosa y soleada, son las seis de la tarde; mira con indiferencia también a los contados turistas, excursionistas, vecinos, madres con niños que corren entre los setos del laberinto entre risas, el pelo pegado por el sudor, los nervios al pensar que jamás hallarán la salida del intrincado puzle vegetal.

Horta, a lo lejos, más indiferente todavía que Rusty. La rusa nueva a la que sigue se llama Dolores, y fue lo único decente que pudo sacarle a Anastasia antes de enviarla con sus ancestros.

Se suponía que no tenía que estar haciendo esto... ¿o sí? Rusty piensa en la conversación que tuvo con el jefe antes de que Areces se marchara de viaje y en realidad no acaba de entender del todo el significado de lo que allí se dijo. Por una parte tiene claro que Areces le manifestó, con una voz muy dura: «Espero que no estés haciendo ninguna estupidez para encontrar a la chica»; también añadió: «Confío en que no me des más problemas para solucionar que los que ya tengo con la ucraniana fugada. Todo esto me descompone porque sienta un mal precedente con las otras chicas y con el negocio». Eso sí lo dijo, está seguro; a diferencia de sus pensamientos, que circulan lentos y a veces pasan por corredores oscuros, su memoria es excelente. Pero a continuación (recordó Rusty, frunciendo las cejas) también añadió mientras le clavaba los ojos: «Rusty, te llevas al Tártaro; quiero que te eche una mano, no quiero que lo de Tatiana se prolongue indefinidamente; ¿me oyes? Acaba ya y mata a la putilla de una vez. Cuando vuelva a Barcelona dentro de tres días quiero ver tu culo en mi despacho y a esa zorra bajo tierra. Tenemos que darles una lección a todas».

Bien, a su juicio él «no estaba haciendo ninguna estupidez», y tenía por seguro que sus acciones no iban a «darle más problemas para solucionar» a Berto Areces, porque, en realidad, nadie iba a enterarse de lo que hizo y piensa

seguir haciendo. Además, según su forma de pensar, su camino era el más apropiado para encontrar a Tatiana. Por otra parte, había otra razón muy poderosa que había descubierto, que no tenía por qué compartir con nadie y mucho menos con el Tártaro: violar, torturar y asesinar le había transportado a un lugar donde nunca había estado antes.

Se sentía otro, aunque fuese el mismo en sus costumbres y forma de hablar y de caminar; le gustaban las mismas cosas, se vestía igual, escuchaba la misma música, sí, todo en apariencia era lo de siempre, pero en el fondo se había convertido en otra persona; tenía la sensación íntima, que de ningún modo podía poner en palabras o aclarar en un concepto nítido, aún no, de que aquel era su destino. Porque sus nervios, sus músculos, su forma de pensar ahora sobre las mujeres, todo era nuevo, como la serpiente que adornaba sus botas, que cambiaba de piel como el Ave Fénix para iniciar su renacimiento. Ansiaba revivir sus reacciones, arrinconar a una de aquellas chicas, iniciar todo el camino, como un monje que espera su retiro para unirse en espíritu al Creador.

Miró al Tártaro, separado de él veinte metros, en la entrada del laberinto, secándose el sudor de la calva con un pañuelo de papel. Le había dicho que tenía un soplo: que la rusa podía aparecer por allí a esa hora, y que debían estar atentos. Pero él lo que había averiguado es que Dolores iba a ofrecerse de forma discreta como puta, en una de las zonas más discretas del parque, bajo unas arcadas enrejadas de ramas y arbustos. Así que ahora tenía que ocuparse de que el Tártaro estuviera bien alejado de aquel lugar y, por otra parte, que él estuviera bien cerca, tan cerca como para comprobar qué cosas buenas iba a poder ofrecerle la putita de tetas pequeñas, pero muy firmes, cuando comprendiera que confesar todo lo que sabía sobre la casa de acogida era la única forma de sobrevivir, o eso le contaría, al menos, al principio...

Hugo se miró en un escaparate y pegó un respingo. No se reconoció. El reflejo le devolvía a una señora de pelo oscuro y pañoleta, gafas y bolso caro. En realidad el bolso lo había comprado en una tienda de segunda mano, y quizá hubiese sido caro hacía unos años. A él le había costado tres euros. El traje de chaqueta algo más, unos diez. Las pijas barcelonesas donaban sus trajes a la beneficencia. Sonrió al escaparate. Y a Vera Nanashi, que también se reflejaba, mientras se dirigía, pura elegancia animal, hacia el sitio donde había dejado su moto. Hugo la había seguido hasta un locutorio, la mujer pasó allí una media hora. Habló por teléfono primero, acto seguido se sentó en un ordenador. Al rato vio alejarse a la dama en su Vespino verde agua y entró en el locutorio, para sentarse en el mismo lugar que ella.

Su gozo en un pozo.

Había borrado todo el historial.

«Soy un romántico —pensó—. Aún creo que las mujeres son esos seres descuidados y orgullosos a las que no les importa dejar pistas.»

Ya le había dicho Edurne que era escurridiza como una anguila.

Marc rebuscó hasta encontrar un bañador largo hasta la rodilla. Encontró uno de color azul turquesa que se había comprado el año anterior, y como había perdido peso le quedaría perfecto. Unas chanclas. Haciendo juego, por supuesto. Iba a pasar un par de días en Roma, un par de días en Nápoles y el resto en la

Costa Amalfitana. Claro que perder peso en Italia era una especie de oxímoron, con toda aquella comida que le encantaba.

Mientras estaba agachado la perra se le acercó y empezó a lamerle la cara.

—Me voy a ir unos días pero volveré pronto, Laika. Te quedarás con tu madre. Y la mía.

El animal se sentó y torció la cabeza como si lo comprendiera. Le robó una chancla en cuanto Marc se descuidó, y paseó por todo el vestidor al trote con ella en la boca. Marc escuchó el pitido del wasap. Dejó el bañador en la maleta y a la perra sacudiendo con alegría la chancla y consultó su móvil.

«Hoy tengo partida. ¿Vienes? Berto está fuera.»

Marc se quedó mirando la pantalla. Aquella mujer errática siempre le sorprendía. Pensó unos segundos y lanzó el órdago.

«Lo siento, no puedo. Tengo ensayo. Me voy a Roma-Nápoles.»

Esperó unos segundos.

«Ven conmigo.»

Silencio.

Marc siguió haciendo la maleta mientras pensaba en Vera Nanashi. No respondía. Muy propio de ella, hacerse la gata insidiosa. Sonó el timbre de la puerta. La perra comenzó a ladrar desafortadamente mientras bajaban las escaleras del ático.

La mirilla descubrió a los dos mossos que le habían interrogado la vez anterior sobre Miguel y que esperaban con paciencia en el descansillo. Marc respiró hondo y abrió la puerta decidido a acabar cuanto antes.

—Adelante, pasen. ¿Quieren un café? ¿Agua? Laika, ¡siéntate, por favor!

No, no sabía nada de un balazo en la parte trasera del coche. Los dos habían venido solos desde Valencia después de cantar el *Don Giovanni*. ¿Una joven rubia? ¿Un vecino había visto una mujer rubia de pelo largo? Ni idea, él estaba en Milán. Desconocía las actividades de Miguel durante su ausencia. *El viaje de invierno*, sí. En La Scala. Nada que no supieran, señores Mossos d'Esquadra. Desconocía lo del balazo, el coche había sido del padre de Miguel, eso lo sabía

porque Miguel le tenía mucho cariño y lo cuidaba precisamente por eso. Poco más.

Marc se zafó como pudo de las preguntas de los agentes, notaba el sudor cayendo, frío, por la espalda. La poli siempre lo ponía nervioso, como si fuese culpable o le fuesen a encontrar alguna falta que no había cometido, pero que fácilmente considerarían suya. Era como un eterno complejo de culpa que no tenía una razón lógica. Pero en el fondo era consciente de que le salvaba haber cantado en La Scala y tener una buena coartada (toda la platea del teatro, por ejemplo, Magda, la pianista, la azafata de Vueling que le dio el teléfono con un guiño) o estaría en el ojo del huracán, sería el principal sospechoso. Los mossos husmeaban perdidos, pero al final eran como perros de presa, y él, impotente, no podía ni quería dirigirles hacia su objetivo real.

Al fin se fueron. Marc entró en la cocina y puso el hervidor de agua. Necesitaba un té. Mientras el agua comenzaba a borbotear, cogió aire y pensó en sus vacaciones para relajarse. Por lo menos no le habían dicho, como en las películas policíacas: «No abandone el país hasta nuevo aviso».

Dolores golpeó con fuerza el maletero del vehículo con las piernas. Estaban atadas con cinta americana, así que poco pudo hacer. Su cabeza apenas respondía. No recordaba demasiado, solo que había ido, como le dijeron, al Laberinto de Horta, y a partir de allí todo era borroso. Intentó gritar, pero su boca estaba sellada con la cinta, y sus manos, atadas a la espalda, dormidas y doloridas por la postura, no le respondían.

Dentro del vehículo se escuchaba la música a toda voz. Ella no lo sabía, pero el que ahogaría sus gritos en caso de poder quitarse la mordaza era el *Born to lose* de Johnny Thunders.

—¿Estás muy ocupado, Dídac?

Dídac cerró instintivamente el libro de historia moderna como si Vera lo estuviese mirando a través del móvil.

—No. No. Solo estaba estudiando un poco.

—Te necesito. Paso a buscarte. Vives en Nou Barris. En media hora o menos te recojo a la altura de la Esquinica, ¿ok?

Mientras esperaba, recién duchado y vestido con un traje negro que había comprado con su primera soldada, el Poeta se dedicó a meditar. La *Vita Nuova*, que diría Dante. Era todo extraño, precipitado. ¿Qué querría ahora de él? ¿Enseñarle más cosas? Los dos tipos con pintas lo habían paseado por parte de las instalaciones de las empresas, le habían dado instrucciones, pero entre los dos no parecían hacer uno. Rusty, introvertido, cara de cemento, con aquel deje chulesco que te mantenía tenso en cualquier conversación, nunca sabías si estaba comprendiendo o no lo que decías y, lo que era peor, ni siquiera que le importara un carajo; y el Tártaro, guardaespaldas de molde, siempre disponible para una paliza o para intimidar a cualquier alfeñique. Y Vera, envuelta en el misterio, parte por sus rasgos japoneses, su piel de mármol, y parte por su personaje creado, artificial, que a Dídac a la vez le repele y le atrae de alguna forma. No era algo sexual, sino que tenía que ver más bien con el misterio, el artificio que se adivina de forma leve pero intensa, su actuación.

Vera aparece conduciendo un Lexus híbrido de color blanco y le hace una señal para que suba al coche.

La mujer condujo en silencio durante un buen rato. Dídac se sentía algo incómodo, tímido, incapaz de iniciar una conversación. Vera puso la radio, una cadena de música clásica. Sonaban las *Variaciones Goldberg* con las imprecaciones y tarareos de Glenn Gould.

—¿Te gusta el póquer?

—Bueno. Soy más de baraja española. Pero sé jugar. Más o menos.

—Vamos a una partida privada. Soy crupier.

—¿Y qué pinto yo ahí, si puedo saberlo?

—Necesito cobertura. Hay mucho dinero en juego. Y puede haber gente

poco... recomendable. Eres alto, fuerte y con aspecto serio. Me vendrás muy bien. Te pagaré un plus por el servicio, descuida.

—Podrías haber cogido a Rusty o al Tártaro.

Vera lo miró con el rabillo del ojo mientras enfilaba los túneles de Vallvidrera a toda velocidad.

—Estás de broma, ¿no? No me fío de ellos. Has tratado con ellos, ¿no? Poco más puedo decir. Me fío más de ti, en definitiva. Además —algo enojada—, ¿no te va a venir bien ese dinero?

—Aún no me conoces lo suficiente. Y sí, ese dinero me vendrá bien. —Dídac lamentó resultar tan seco, pero es que no sabía realmente cómo actuar, no se veía en el papel de un vulgar matón de película, y lo que le fastidiaba era que aquel era, precisamente, su papel. Pero comprendió que Vera era quizá lo mejor de todo ese trabajo, así que se propuso ser más amable la próxima vez.

Vera chascó la lengua y no respondió. Subió el volumen de la radio. Decidió cambiar de registro.

—¿Quieres un chicle? Siempre que escucho esta música me acuerdo de *El silencio de los corderos*: ¿Tú no?

Dídac le sonrió y cogió ese chicle. Vera le sonrió a su vez.

Rusty enfiló los faros hacia la puerta del garaje en el extrarradio de Granollers. Era un hombre cuidadoso, y no le gustaba repetir, así que prefirió asegurarse y salir de Barcelona esa vez. Su escondite era el piso de un amigo que le había confiado las llaves para que de vez en cuando le echara un vistazo. Un edificio de seis pisos, habitado por parejas mayores demasiado empobrecidas para pasar los últimos años de su vida en un lugar decente, inmigrantes ocupados en recolectar fruta o vender bolsos en la playa y gente cansada ya de esperar cualquier cosa mejor. Total, nadie interesado en saber nada; gente que solo oye lo que le interesa si hubiera algo que oír, pensó Rusty.

Al abrir el maletero percibió la expresión de la joven y le gustó. Supo al ver el

terror en sus ojos que iba a entenderse bien con ella. Admiró sus largas piernas descubiertas de la minifalda de cuero subida a la cintura, rematadas en zapatos altos de plataforma. Dolores tendría unos treinta años, y aunque los surcos bajo los ojos eran más profundos de lo que deberían, era una mujer todavía con muchas posibilidades en su negocio. Echó un largo vistazo al aparcamiento y constató que estaba tan muerto como el aspecto exterior del edificio; apenas algunos vehículos viejos ofrecían resistencia a la vista de luz macilenta que alumbraba el lugar.

—Escúchame bien. Te voy a sacar de aquí, no hagas ruido. Ahora subiremos a un sitio tranquilo para hablar. Estarás cómoda; no te asustes, ¿ok?

Ella gimió, sacudió sus miembros atados, no parecía capaz de contestar nada coherente, pero el pánico se podía oler desde cualquier parte del subterráneo y Rusty lo aspiró con delectación.

—Dolores, tenemos que simplificar las cosas. Solo mueve la cabeza para decir que sí, que no vas a armar follón cuando ahora te coja en brazos, ¿comprendes? Hazme caso y no te resistas. Será lo mejor para los dos.

Dolores entendió que su única oportunidad pasaba por salir del maletero, por poder caminar, por dejar de estar tan indefensa, así que asintió abriendo mucho los ojos.

Rusty sonrió, cogió en brazos a Dolores después de descalzarla y, haciendo un alarde de fuerza, liberó una mano un segundo para cerrar el maletero. Dejó el bolso de la chica dentro; luego lo inspeccionaría, pensó. Apretó el cierre con el mando del coche y se dirigió al ascensor. El suelo estaba sucio, las paredes ennegrecidas, la humedad supuraba las paredes e inflaba la pintura en círculos concéntricos, pero Rusty hizo caso omiso del lugar y escuchó el ruido del ascensor bajando como una dulce melodía de placeres inminentes. Sus manos asían con fuerza a Dolores, como si pudiera entrar en su cuerpo a la vez gélido y ardiente de miedo, y volvió a sentirse poderoso, completo, como si el lacayo que era cuando atendía a Areces fuera otra persona.

Había estado ahí hacía unos días para inspeccionar el piso y prepararlo todo.

Había llevado toallas, artículos de baño, una muda completa, y había puesto unas coca-colas y tónicas en la nevera. Encima del aparador descansaban una botella de ginebra y otra de vodka. Pero él pasó con su carga directamente al dormitorio, donde solo había una cama grande, un baúl de Ikea que imitaba un cofre antiguo y dos sillas de cocina.

La dejó suavemente sobre la cama aspirando su cabello.

—Ahora voy a desatarte, pero tienes que estar tranquila, ¿ok? No puedes quitarte la cinta de la boca, ¿comprendes?, o te volveré a atar.

Ella asintió de nuevo; no podía aguantar el dolor, la torsión de los brazos, la cuerda de cáñamo dura y cortante laceraba sus muñecas, solo quería librarse de aquel horror al precio que fuese.

—Muy bien.

Rusty liberó las manos de la chica que soltó un gemido profundo al tiempo que empezaba a llorar de nuevo aunque de forma más contenida. Se acercó a la puerta de entrada y la cerró con llave, luego fue al baño de azulejos rotos y cenefas ennegrecidas y recogió una palangana con agua, una pastilla de jabón cremoso perfumado y una toalla. Entró en el dormitorio y dispuso todo en el suelo, junto a la cama.

—Deja de llorar.

Endureció el tono, lo hizo cortante, seco, pero no demasiado, sabía que era inevitable que una mujer estuviera aterrorizada en esa situación, pero tenía que seguir controlando los acontecimientos; ella tenía que tener los movimientos restringidos, lo había aprendido en un curso en internet sobre técnicas de interrogatorio.

—Toma, lávate bien, y luego sécate con la toalla —prosiguió—. No puedes salir de aquí, y no te molestes en gritar, porque en este sitio nadie te va a hacer puñetero caso, así que no pienses nada raro y confía en mí. —Le guiñó un ojo, como si fuera un ardid infalible para seducir a jóvenes secuestradas.

Dolores miró la palangana con agua caliente, el jabón y la toalla, con aspecto

catatónico. Los efectos de la droga se habían disipado pero el desarrollo de los acontecimientos la mantenía en shock.

—... Yo voy a preparar unas bebidas, necesitas relajarte y comprender que nada malo pasará si te portas bien. —Intentó fingir una sonrisa con el tono de voz más afable que supo y salió del dormitorio.

—Está haciendo trampas.

El hombre se levanta, da un golpe en la mesa y los naipes y las fichas saltan, se abalanza sobre el «acusado» como si estuviera en un *saloon* del Oeste y no en un chalet a las afueras de Barcelona y comienza a golpearle el rostro con el puño cerrado. La víctima gime, intenta defenderse. Vera se levanta a su vez, trata de detener el ataque, pero el hombre lleva tanta cocaína encima que se ha convertido en una especie de furia, un huracán imparable que la aparta, tirándola contra la pared, mientras en unas décimas de segundo levanta al otro, medio noqueado sobre el tapete y lo empieza a estrangular. De la manga del tramposo cae un As de picas. Vera, mientras se incorpora, jura en silencio. ¿Cómo se le pudo escapar el tramposo? Ha sido torpe. Dios, cuando se entere Areces.

Dídac aprieta los dientes y actúa: veloz como un felino interrumpe la pelea y reduce al agresor, arrastrándolo al suelo, donde le consigue sujetar las manos con las bridas que le dio Vera en el coche. El tramposo se quiere escabullir y va hacia la puerta, pero ella se da cuenta, es rápida, se lanza con las piernas hacia delante, traba las del sujeto haciendo una pinza y lo tira al suelo.

—¿Dónde has aprendido a hacer eso? —Dídac la mira con asombro. Ella, jadeante, se encoge de hombros y le hace un gesto para que le ponga bridas también.

—Si trabajas para Areces acabas aprendiendo a hacer de todo, Dídac.

Rusty se sirvió un buen trago de su gin-tonic en el comedor y preparó un vaso

con vodka y Coca-Cola para Dolores. Se dirigió al dormitorio. Abrió la puerta y abarcó de una mirada la estancia.

¿Dónde estaba la zorra? Joder.

El único lugar que quedaba por inspeccionar era tras la puerta, así que se giró cuando apenas tuvo tiempo de ver la silla que le venía encima.

—¡Hijo de puta, trágate esto! —escupió Dolores, que de pronto había convertido su terror en ira. Rusty puso una mano por puro instinto entre su cabeza y la silla, lo que amortiguó parcialmente el golpe, que sin embargo impactó en su frente, justo en donde había dado Tatiana días antes, y lo lanzó hacia atrás. ¡Joder con la puta! Rusty se maldijo por haberse confiado. Tenía que haber recordado que esas mujeres habían aprendido a sobrevivir a su propio infierno, y que no era fácil domeñarlas si tenían una mínima oportunidad de luchar. Escuchó a Dolores correr hacia la puerta, forcejear y gritar.

—¡Socorro! ¡Avisen a la policía! —dijo en español con fuerte acento ruso.

Rusty se levantó, cogió la toalla y se la puso en la frente; la retiró y vio sangre en ella, pero no parecía gran cosa, aparte del dolor que sentía. Se dirigió hacia la puerta con calma.

—No tenías que haber hecho eso, Dolores.

Ella dejó de gritar e inspeccionó rápidamente el comedor. Vio las botellas y comprendió que eran las únicas armas que podía encontrar en ese lugar. Rusty se veía un poco confuso, se dio cuenta en ese momento, ese golpe quizá le había hecho más daño por dentro que por fuera. Ese segundo de preocupación lo aprovechó Dolores para correr hacia las botellas, cogió la de Beefeater y la asió con las dos manos como una maza después de separarse unos metros.

—Cabrón, no te me acerques, abre la puerta, déjame salir y olvidaré esto. ¡Te juro por Dios que te abro del todo la cabeza si te acercas!

Rusty suspiró. Volvió a tocarse la cabeza y no dijo nada. Alzó una mano como pidiendo una tregua, con la otra sacó la llave de la puerta del bolsillo y se la mostró. Ambos estaban en lados opuestos de la mesa de comedor, un mueble

ligero de chapa con espacio para seis comensales, coronado por un frutero vacío. El americano empezó a hablar, adoptando una postura relajada y culpable.

—Está bien, vete. Perdona, chica, me he equivocado contigo, pensé que podríamos pasarlo bien y que me dirías unas cosas, pero...

Entonces, súbitamente, agarró la mesa por debajo, la levantó y la empujó con violencia sobre ella ayudándose con su propio peso. Dolores no lo esperaba: soltó la botella y puso sus brazos por delante como protección, pero la mesa la arrolló con el cuerpo de Rusty detrás, y al caer recibió un fuerte impacto que hizo crujir sus huesos. En un instante tenía el rostro de Rusty encima de ella y le pareció que alzaba su puño en dirección a su cara, cerró los ojos con fuerza, pero el golpe cerrado no se produjo, aunque sí un bofetón brutal que se le antojó como si se rompieran las ventanas de la estancia y cayeran sobre su rostro.

—¡No, zorra, no te voy a matar! —Las palabras salieron con fuego de ira y deseo—. ¡Quiero que me cuentes muchas cosas! —Rusty desgarró su falda y sus bragas, la agarró en volandas y la llevó a la habitación; ella tenía una de sus manos en la camisa de su captor, sus dedos como garfios, en un intento impotente de evitar lo inevitable. Le arañó el pecho pero a Rusty no le importó. Aquella gatita iba a cantar como un jilguero en cuanto le pusiera la mano encima.

La tiró sobre la cama y la inmovilizó con las rodillas en el pecho.

Rusty lamió el sudor de la puta con la lengua apretada en la cara y notó el temblor espasmódico de la mujer. Las pupilas aterrorizadas de Dolores reflejaron un rostro transmutado por el deseo y la furia.

—¿Dónde está Rusty?

El Tártaro movió los labios pero al final no dijo nada.

Vera reprimió un suspiro y su rostro se contrajo, intuía que Rusty estaba, como siempre, a su bola, haciendo lo que le daba la gana, sin control. Solo rezó por que apareciera pronto.

—Estos dos han reventado la partida. Uno por tramposo, el otro por pasado de droga. Ayúdame a sacarlos de aquí. Dídac ha ido por el coche. Localízame a Rusty. Tiene suerte de que Berto está de viaje.

Mientras pensaba en qué iba a hacer con aquellos dos, Vera notó un cansancio inmenso en su cuerpo. Llevaba casi un año sin parar. Necesitaba cortar con todo aquello o acabaría en un manicomio.

El asesino del Guinardó

11 de agosto

—Necesito tu ayuda.

Gara condujo hasta la avenida Litoral con la voz de Vera metida en la cabeza. Era la primera vez que le pedía ayuda el «témpano de hielo». Y con aquel tono dulce y desamparado que no le auguraba nada bueno. Necesitaba estar centrado con lo de su nuevo negocio. Ir a varias empresas constructoras para conseguir explosivos, una cantidad pequeña cada vez. Desviar parte de la red de tráfico de armas sin dejar rastro, lo que no era fácil dado el mimo con el que Berto siempre controlaba sus partidas. En realidad el encargo no era más complicado que otros y las ganancias iban a ser cuantiosas. Los ratos que le dejaba libre su trabajo los quería utilizar para ir poco a poco cumpliendo los objetivos que le había pedido la mujer rubia. Pero allí estaba, camino de la playa para ayudar a Vera Nanashi, la de los ojos rasgados. Había sido un completo imbécil cuando empezó a follársela a espaldas de Areces. Aquella mujer era como el opio: poco a poco te agarraba y te succionaba el alma, y de repente te encontrabas siendo un pelele en sus manos, o eso pretendía, seguro, con aquella sumisión y entrega al placer sin ambages, tan poco frecuente en las mujeres que él solía tratar sin que mediase pago por medio.

Vera estaba sentada en un banco del paseo Marítimo de Nova Icària. La bicicleta apoyada en la parte de atrás. Se cogía la pierna con las manos, como si le doliese. Darío aparcó en un lugar para minusválidos sin ningún reparo. Ella lo saludó con la mano con el semblante de un perrito abandonado.

—He pinchado y me he caído. Me duele mucho el tobillo.

Gara sonrió ante el rostro vulnerable de la joven, que reflejaba el dolor con muecas y las cejas fruncidas.

—Venga, te llevo a casa. ¿Puedes andar? La bici cabe en el maletero si abato los asientos.

Darío cogió el pie y comenzó a masajearlo.

—No parece muy hinchado. —Su voz sonó entrecortada.

Vera sufrió un estremecimiento.

—Me duele. Voy a esperar un poco, me tomaré algo y veremos.

Las manos siguieron masajeando el pie y luego subieron hacia el muslo.

—¿Qué tal? ¿Mejor? ¿Sigo?

—Algo mejor, sí. Sigue, por favor.

Darío Gara era fetichista. Le gustaban los pies. Y los pies de Vera eran los de una geisha. Podía recorrer las venas a través de la piel con sus yemas, tan suave, ríos azules como se suponía que eran las venas de los reyes. Recorrió también los dedos, pequeños, las uñas recortadas y pintadas de color rojo sangre, el talón, ligeramente rosado, sin una rozadura. Suspiró con placer.

—¡Ei, Botswain, sal de ahí! ¡Los perros no pueden entrar en la playa!

Botswain hizo caso omiso de su amo y corrió, enloquecido, hasta el contenedor. Empezó a ladrar con desesperación. Saltaba, ladraba, babeaba y volvía a saltar. Hacía mucho calor aquel día en Barcelona. Álvaro, un funcionario de la Diputació, había cogido un par de moscosos para tomar el sol, airearse y pasear, y había decidido ir en coche hasta la playa de Gavà para ver pasar los aviones mientras el perro hacía ejercicio.

Intentó cogerlo, pero el can, un pastor alemán fornido y de pelo lustroso, lo esquivó, rodeando el contenedor sin parar de ladrar. Botswain era un perro que

había pertenecido a los mossos, pero estaba ya retirado, y Álvaro lo había adoptado para darle una vejez plácida. Botswain era un perro escrupuloso y obediente, aquella era la primera vez que desobedecía las órdenes, ¡y de qué manera! Su dueño miraba a la gente que tomaba el sol en la playa de Gavà, un tanto avergonzado por el comportamiento histérico del animal.

De pronto, el chucho se quedó quieto, marcando el lugar, con el pelo erizado y gruñendo de una forma sorda y urgente. Álvaro no intentó cogerlo, estaba demasiado nervioso. En su lugar, y movido por la curiosidad, abrió el contenedor.

Estaba lleno de bolsas de basura negra. Pero lo que más le llamó la atención fue el olor. Un hedor extraño que le puso los pelos de punta, como le había pasado al perro. Y las moscas. Moscas verdes, negras, gordas, repulsivas. Y allá al fondo, entre las bolsas, asomaba la cuenca vacía donde había estado un ojo que ya no veía más, un ojo claro que pendía sin vida, colgando del nervio como una marioneta abandonada.

Álvaro dejó caer la tapa verde aguantando las arcadas. Caminó hacia atrás, estupefacto. Buscó el móvil en el bolsillo del pantalón corto y marcó el número de los Mossos d'Escuadra con los dedos temblando del miedo.

Allí dentro había un cadáver.

Vera aprovechó el momento de vulnerabilidad del contable. Se notaba a leguas.

—Dime, Darío. ¿Nunca has pensado en independizarte de Berto? Eres un tipo con talento. Podrías montar tu propia empresa. La verdad es que yo lo estoy meditando, largarme, quiero decir. —Alzó la cabeza y lo miró con fijeza—. No aguanto más. Ayer, por ejemplo, Rusty estuvo *missing* toda la tarde. Cuando al fin hizo acto de presencia, llevaba un golpe en la frente, seguro que estuvo metido en algún fregado. Necesitaba su ayuda para llevar a dos pájaros a las afueras y dejarlos por allí, pero él apareció cuando le salió de los mismísimos.

Estoy harta. No aguanto más. Sinceramente tampoco aguanto el palo de Berto. Esto no se lo digas a nadie, por favor, pero estoy harta de follar con él. —Ahora desvió la mirada y suspiró—. Parezco su esclava en vez de su amante. Me considera una de sus posesiones.

Gara, que había bebido de esa mirada mientras se la ofrecía Vera, asintió y siguió masajeando el tobillo, sintiendo en sus pulgares la suavidad y el olor a crema que ascendía, suave, hacia su pituitaria.

—Te entiendo. Lo de Rusty es ya de traca. Yo... en realidad estoy en ello. No debería decírtelo pero estoy en ello. Quiero montar mi negocio. —Decidió que al fin iba a confiar en ella, en realidad no tenía otra opción si quería tenerla a su lado.

—¿De verdad? Qué bien, ¿no? —Vera le dedicó una sonrisa amplia y dulce, se acomodó y adoptó una postura relajada y abierta.

La cara de ensoñación de Gara se acrecentó; no, definitivamente no era una opción perderla, en realidad cuando no la veía se lo llevaban los demonios.

—Pronto, muy pronto. Cuando tenga el dinero necesario. Yo también estoy harto de Areces, es demasiado tacaño. Trabajando por mi cuenta puedo ganar bastante más.

—Podríamos ir los dos juntos. No aguanto más todo esto. Ni lo de crupier, aunque me proporcione mucha pasta. Cada vez se pone más peligroso. Y a Berto le da igual, con tal de conseguir lo que quiere.

Gara cogió el otro pie de Vera y le deshizo el nudo al cordón de la zapatilla de deporte. No contestó. Quitó el calcetín con lentitud, cogió un poco de crema y procedió a masajearlo también.

—Un poco de paciencia, Vera. Un poco nada más... —Subió la mano hacia la rodilla mientras acariciaba de forma sensual—. Muy pronto. Confía en mí, te lo prometo.

Vera intuyó que faltaba solo un paso para abrir la lata. Puso su mano encima de la de Gara, que se detuvo y la miró.

—Tengo que confesarte algo, Darío. He metido mano en la caja. Vamos, que

me he quedado con dinero del póquer y las apuestas. —Se sorprendió a sí misma la naturalidad con la que le salió la afirmación—. Mucho, además.

El hombre dejó de masajear los pies durante un segundo y cogió a su vez la mano de Vera. Comenzó a reír desaforadamente, Vera nunca lo había visto así, solía ser de sonrisa fácil, pero jamás soltaba una carcajada escandalosa como en aquel momento. El gato de Vera levantó unos segundos la cabeza antes de seguir dormitando. A Darío le salían hasta lágrimas. Se las secó con un dedo y volvió a los pies.

—Tengo que confesarte que yo también, Vera. Y lo que me fastidia es no habértelo detectado. Eres buena... —La observó con admiración y de inmediato cambió su rostro, ensombreciéndolo—. ¿No me estás mintiendo, intentando sonsacarme algo para que largue y después contárselo a Berto?

—Odio a Berto Areces. Lo aborrezco. No temas, no le contaré nada. Tienes mi palabra.

—Está bien, te creo. Si me mientes te mataré.

Vera notó la frialdad en la voz de Gara, una frialdad sin demasiado interés, una frialdad amenazante sin apenas intención ni expresividad. «Peligro real», le dijo su amígdala, enviando señales de advertencia a todas las neuronas cerebrales. Este hombre podía estar en su red, pero en cualquier momento era capaz de romper la malla con sus dientes y devorarla. Pero ella siguió, impertérrita.

—No necesitarás matarme. Si Berto nos pilla haciendo esto, nos matará a los dos. Sabes que es muy celoso y posesivo.

—Solo te estoy masajando los pies...

Vera se incorporó y lo besó largamente. Un beso lánguido y a ratos ruidoso que él, excitado, devolvió al momento. Luego se subió sobre él como una serpiente, enroscándose mientras seguía entrelazando su lengua húmeda y fuerte.

—Ya me contarás luego lo del dinero —dijo—. Ahora me apetece follar contigo... tus masajes me han puesto cachonda; por cierto... me encanta que me

muerdan los dedos de los pies. —Fueron palabras susurradas en su oído desviando sus besos de su cuello.

Gladys miraba de reojo a los agentes de la científica vestidos de blanco entrar en la tienda que protegía el contenedor para procesarlo, mientras una peluquera le recolocaba la melena larga y un maquillador repasaba su rostro con polvos sueltos. El técnico preparaba la cámara. En unos minutos iba a conectar con los estudios en directo para hablar del crimen de la playa de Gavà. La gente, a lo lejos, seguía tomando el sol y bañándose como si nada hubiese pasado, pero algunos curiosos no perdían detalle de la evolución de la escena, esperando quizá algún golpe de efecto como ocurría en las series de televisión. Pero el golpe de efecto no se produjo y poco a poco todos volvieron a sus toallas, a sus paseos por la orilla o al chiringuito. El perro que había descubierto el cadáver permanecía sentado como una estatua, encantado de estar otra vez rodeado de patrullas, luces estroboscópicas y policías de uniforme. Su dueño aún parecía estar conmocionado mientras hablaba con unos y con otros.

Gladys tenía un mal presentimiento. Aún no sabía nada del cuerpo, pero estaba convencida de que iba a ser una mujer, otra víctima del «Asesino del Guinardó», como le habían bautizado los de la prensa. Además, estaban los mossos encargados de llevar el caso de la rusa. Se sintió angustiada pero a la vez presa de los nervios: lo de Anastasia le había impactado, su vida, lo de la casa de acogida, toda esa historia triste que se esconde bajo el rímel y los labios sobrepintados de las prostitutas; si se repetía otra vez, su artículo ganaría en interés; no pudo evitar pensarlo como periodista, aunque al momento la culpa acalló sus emociones.

«No debería pensar así de un crimen —se dijo, mientras el cámara le daba la señal de «en abierto» y levantaba el micrófono para narrar la última hora del suceso—. O acabaré convirtiéndome en una psicópata.»

A través de los prismáticos, Rusty vio salir de la casa de acogida primero a Anatole, luego a Tatiana. Al reconocerla, a pesar del cambio de imagen (pelo más corto y oscurecido, ropa casi monjil) su corazón dio un vuelco.

«La casa está al pie de una ladera de la sierra de Montserrat, cerca de Collbató. Había servido hacía años para ejercicios espirituales de los colegios católicos de Barcelona, pero un buen día cambiaron de lugar a otro más cercano y lo pusieron a la venta. Anatole lo compró.» Todo eso se lo había contado Dolores cuando decidió portarse bien y empezar a obedecerle. Anatole. Le preocupaba lo que le había contado Dolores de Anatole. Un hombre peligroso, duro, lleno de tatuajes de la mafia. Se vengaría. Eso le dijo. «Anatole no te dejará vivir. Anatole te matará cuando se entere. Y se enterará.» Antes de morir, aquella fiera lo amenazó, le lanzó una maldición, como si fuera una zíngara. Pero a él las maldiciones le daban lo mismo. Lo único que quería era cazar a aquella puta de Ucrania antes de que Berto le diera una patada en el culo. Y, desde luego, satisfacer un deseo de venganza que no había dejado de corroerle un minuto desde que la puta le humillara con aquel golpe traicionero. En cierto sentido ella era responsable de lo que él había tenido que hacer luego. Si se hubiera portado bien no hubiera tenido que matar a aquellas mujeres.

Apuntó la matrícula del coche. Entrar en la casa parecía inviable, pero Tatiana algún día tendría que salir. Conocía bien a aquellas zorras. Si no les daba el aire morirían marchitadas.

Rusty se tocó el golpe de la frente, recordando con una sonrisa lo bien que lo había pasado. El hecho de que ella luchase le dio algo de pimienta al asunto. Luego consultó su móvil para constatar que habían encontrado el cuerpo de Dolores. Se estremeció. Se había dado cuenta de que le gustaba matar a aquella basura... Y de que disfrutaba cuando encontraban sus cuerpos. Él no lo había buscado, pero Tatiana había abierto esa puerta de su ser. En el fondo le estaba haciendo un favor a la sociedad; él era, simplemente, un limpiador.

Cita en Nápoles

*Vide 'o mare quant'è bello,
Spira tantu sentimento,
Comme tu a chi tiene a mente,
Ca scetato 'o faie sunnà.*

«Torna a Surriento»,
CURTIS-GIAMBATTISTA

11 de agosto

Marc aspiró hondo el olor peculiar de la iglesia. Sant'Andrea della Valle era un templo grandioso, monumental, un *horror vacui* de belleza desmesurada y barroca, como tantas otras iglesias de Roma. Miró hacia la cúpula, y recordó haber leído en algún sitio que Borromini había trabajado en ella en su juventud.

Escuchó un pequeño revuelo: un vigilante de la pureza ofendido persiguió a dos turistas españolas para tapar sus piernas con una especie de delantal de plástico. Marc se quedó mirando la escena con humor. Roma no sería Roma sin aquellos tipos de rostro indignado cada vez que una mujer de hombros descubiertos o falda demasiado corta entraba en lugar sagrado. Estaban en pleno *ferragosto romano*, hacía un calor de mil demonios, ¿cómo querían que fuesen vestidas? Las dos chicas protestaban por lo bajo mientras miraban sus envoltorios cubriendo las zonas consideradas «peligrosas».

Marc movió la cabeza. A ningún dios en su sano juicio le iba a ofender aquel par de piernas. Siguió caminando plácidamente hacia el presbiterio, los pasos

resonaban en el suelo blanco de mármol. Admiró la crucifixión de San Andrés. No había muchos visitantes. Sant'Andrea no era demasiado conocida ni entraba en los circuitos turísticos al uso, pero él estaba allí porque en aquella iglesia se desarrollaba el primer acto de *Tosca*. Quería imbuirse del espíritu de Scarpia. Scarpia temeroso de Dios y Scarpia capaz de violar y matar sin ningún tipo de escrúpulo. Scarpia, jefe de la policía de Roma, todopoderoso, frío y tiránico. Solo de pensarlo sentía un hormigueo en las piernas, le encantaba interpretar a los villanos, podía dejar volar su lado oscuro, liberar sus bajos instintos sin consecuencias, a menos que cantase mal, claro, bromeó para sí.

Además, valía la pena interpretar a Scarpia solo por el *Te Deum* del final del primer acto, el que se celebraba en aquella iglesia. Cañonazos, campanadas, un coro grandioso, espectáculo de primera clase mientras Scarpia rumiaba sus maldades y su deseo. Puccini había inventado el thriller musical: *Tosca* era la primera ópera *noir* de la historia, con investigación policial, torturas, conspiración política y amor, mucho amor. Marc imaginó a Tosca con su ramo de flores entrando por un lateral mientras su novio pintaba los frescos en la Capilla Barberini y la luz dorada de la mañana atravesaba los ventanales, se reflejaba en el pan que acariciaba su cabello negro, sin saber que el destino ya había marcado su desgracia.

Paseó un rato por la Capilla Barberini. Nadie lo estaba viendo, así que se dejó llevar por un impulso y comenzó a cantar en sordina. La iglesia que había diseñado César Andreu para la representación del Liceu era similar, pero más oscura, mucho menos luminosa, más gótica. Mejor. Prefería un escenario siniestro para *Tosca*, el melodrama por excelencia. Y lo maravilloso que era disfrutar de una producción bien hecha, no una de esas modernidades incomprensibles que resultaban una tortura para los cantantes.

Estaba perdido en sus pensamientos, concentrado, cuando vibró el teléfono. «El wasap», pensó. Se estremeció, pero esta vez por otra razón que el lugar sublime en el que estaba. Era Vera.

«¿Nos vemos mañana en Nápoles?»

Unos segundos.

«Me puedo escapar un rato de Bcn.»

«Hay vuelos baratos.»

Carita sonriente.

Marc ahorró una imprecación al estar justo delante del altar de la capilla. No era creyente pero su educación cristiana mandaba. Aquella mujer del demonio siempre lo sorprendía. Cuando ya estaba convencido de que sería un no, de repente el no se convertía en sí. Respiró hondo y decidió tardar un rato. Haría un «Darcy». No era bueno que pensara que estaba loco por ella o perdería interés.

Y él no quería que perdiese interés.

—Necesito descansar. Me he hecho un esguince —Vera levantó la pierna, su gesto estrella del día, pensó. Dídac miró el tobillo vendado y asintió con vehemencia mientras ella continuaba—, un par de días o menos, nada grave. Hasta que vuelva Berto... —Hizo una pausa—. Escúchame. Hay un tema que me preocupa mucho, Zarco. El problema es Rusty. Y me preocupa porque tengo la impresión de que se ha ido de madre. No sé. Me gustaría que lo tuvieses controlado.

—Berto le ha encargado encontrar a la prostituta que se fugó. —Dídac se escuchó diciendo algo que en su vida anterior hubiera violentado su ética, pero los tiempos eran otros.

Vera le sostuvo la mirada un rato mientras asentía con lentitud.

—Eso es lo que me preocupa. Berto pierde de vez en cuando la cabeza, no sopesa las consecuencias de sus actos. Tú aún no estás contaminado, Dídac. Tú...

De pronto Vera se calló y desvió la mirada. Comprendió en ese momento que había cometido un error, que había metido a un tipo noble en un cenagal. Ya le había hecho autor involuntario de la muerte de su amigo, el Tigre. ¿Quién era ella para jugar a ser Dios con un inocente?

—¿Yo...? —El Poeta adelantó la cabeza, esperando las palabras de Vera que

nunca llegaron.

—En fin. —Vera suspiró profundamente, se retiró el pelo de la cara y decidió dejar para otro momento esa quemazón en su conciencia, ahora solo podía seguir adelante—. El otro día fue el Tártaro con Rusty y le dio esquinazo. Quiero que lo controles tú mientras yo no pueda caminar. Es un tipo extraño y yo diría que impredecible. No sé si me entiendes.

Dídac movió la cabeza, mostrando desaprobación. Había estado pensando después del episodio del otro día.

—Vera, yo no soy un matón. Soy un boxeador, y un estudiante de Historia, por si lo has olvidado. Además, ese tipo no me gusta nada, y no sé muy bien a lo que te refieres con «controlar».

Vera notó que Dídac estaba insolente, y eso no le gustó, a pesar de lo que segundos antes había pensado. No había llegado hasta ahí siendo escrupulosa; no tenía que bajar la guardia.

—Eres un estudiante de Historia con unos puños que valen un millón, querido mío. Y con un carácter serio. Rusty no te tomará el pelo tan fácilmente. No quiero que haga nada raro, su forma de ser es muy impredecible. Nunca sé lo que está pensando, y eso me pone nerviosa. Está bien que busque a Tatiana, pero lo conozco. Quiero que no le dejes hacer ninguna estupidez. Vigílalo. Tampoco podemos desobedecer las órdenes de Berto. Y ahora me voy a casa. No aguanto el dolor —terminó, tajante.

Vera caminó por la Diagonal, cojeando durante unos minutos. Cuando estaba ya lo suficientemente lejos de las oficinas, se aseguró de que nadie la veía, dejó de cojear e inició el paso rápido para coger un taxi. Sabía que o escapaba durante un rato de todo aquello o su salud mental empezaría a peligrar. Llevaba casi un año allí metida. Un año entero. No podía más.

Fue escuchando la radio del vehículo cuando se enteró del hallazgo del cadáver en el contenedor en la playa de Gavà. Respiró hondo mientras le pedía a algún dios, a cualquiera, que Rusty no estuviese detrás de todo aquello.

El Cristo Velado

—¿Y a ti qué te pasa? ¿Por qué me miras así?

Rusty mostraba su peor versión a los ojos de Zarco, con un aspecto chulesco y grasiento superior al que solía tener. Apestaba a marihuana, además. No es que a Dídac le molestase la gente que tomaba drogas, es que le molestaba todo de él. Le sostuvo la mirada aguantando la rabia que le producía aquel tipo de posturas infantiles, de película de instituto americano de barriada. Intentó mostrar una actitud firme, equilibrada, sin llegar a ser desafiante. No lo consiguió. Escuchó su propia voz afilada como la de una cobra.

—Te miro como me da la gana, Rusty. ¿Tienes algún problema?

Rusty bajó los ojos, chascó la lengua con reprobación, se levantó y fue a la máquina de refrescos y café que había en el pasillo de las oficinas. Estaba harto de aquel niño que no le quitaba los ojos de encima. Quería pillar a la puta que se le escurría como un pez de plata, pero pillarla bien. Y la zorrilla de Vera le había asignado como compañero a aquel bisoño con cara de bobo. Él solo se podía arreglar. El Tártaro era más lento, pero el chico no lo parecía. Iba a necesitar la ayuda de su amigo Samir para hacer lo que tenía que hacer.

—¿No vas a comer? —Rusty bebió un sorbo de café negro y amargo.

—No tengo hambre. Me puedo arreglar con un batido de proteínas. O una barra de cereales. Bueno, ¿no te han encargado un trabajo? ¿Cuándo empezamos?

Rusty, contra todo pronóstico, permaneció tranquilamente sentado. Luego subió sus pies a la mesa del despacho de Vera, calzados con unas botas de serpiente que atacaban a la vista.

—Mira, niño. Acabas de llegar. Ya saldremos. No tengas tantas ganas de trabajar.

Marc sacó de su mochila *No llames a casa*, el libro que le había prestado el taxista, el del «escritor un poco capullo», como le había llamado. Hacía rato que el tren abandonaba la estación Termini y poco a poco, alejándose de la urbe y de los trenes regionales, iba cogiendo velocidad. Funcionaba el aire acondicionado que mitigaba el calor asfixiante del Ferragosto. El vagón, primera clase, iba casi vacío, y el traqueteo suave le servía de arrullo mientras leía la novela. En la pantalla del tren estaban poniendo una especie de documental sobre el Cosmos. Se dejó llevar por imágenes hermosas de galaxias y supernovas unos segundos. Se acarició la barba incipiente que no se había afeitado y le daba un aire de asaltador de caminos, o eso le decía su madre, y lamentó no haber traído un botellín de agua. Tenía sed. La resaca no era demasiado fuerte pero estaba allí, en sordina. Sus amigos de Roma no lo habían dejado dormir demasiado a pesar de sus súplicas. Miró por la ventanilla, pero solo había naves industriales y alguna casa que salpicaba aquí y allá un campo amarillo y seco.

Estaba absorto en la lectura cuando alguien abrió la puerta del vagón.

Marc levantó la vista, esperando que fuese el revisor o alguien con bebidas y algo para comer.

Pero quien se sentó en el asiento que estaba justo enfrente y le sonrió con picardía era Vera Nanashi.

—«*I'm the money*», dijo, aguantando una carcajada.

Marc boqueó durante unos segundos y el libro cayó de sus manos. Vera ladeó la cabeza

—Tenías que contestar «*Every penny of it*». Bond, James Bond. *Casino Royale* es mi peli favorita de la serie.

—¿Cómo demonios has sabido...?

—¿No hay nadie que sirva un café cargado? Estoy muerta de sueño. Por

cierto, también sé en qué hotel te alojas. Estamos en el mismo. —Rio con ganas de nuevo.

—Joder, Vera. Yo... —Marc era incapaz de reaccionar. Lo que menos se esperaba era encontrarse a Vera en el tren. Pensaba que se iban a ver en Nápoles, y ni siquiera estaba demasiado seguro. ¿Y cómo demonios...?

Vera señaló el libro, que había caído boca abajo, abierto por la mitad.

—Me encanta esa novela. No sabía que te gustaba el género negro; si quieres, te puedo prestar alguna. Tengo un montón. Están en una caja...

Samir, alto, moreno, de ojos color miel y una perilla que ya empezaba a blanquear localizó a su compradora, una mujer bien vestida que caminaba tambaleándose encima de unos altos tacones. Se aseguró de que no había ningún mosso por la zona, o alguno de la Guardia Urbana, pero solo vio a unas prostitutas y a una mujer árabe con un carricoche de bebé. Los dos entraron en un portal destartado del Raval que estaba al lado de la Filmoteca. Le dio los cinco gramos de coca que le había pedido por teléfono. Luego, contento por tener el bolsillo lleno de euros, fue a tomarse un café y un chupito de whisky.

Estaba charlando animadamente con el camarero cuando le llamó Rusty para hacerle un encargo. Le caía bien Rusty. Era todo lo contrario a él, un tipo callado, taciturno y parecía que tenía un gran mundo interior. Samir era divertido, frívolo, harto de creencias y religiones que le impedían ser feliz. Y el dinero le hacía muy feliz, así como beber y drogarse de vez en cuando. Rusty le pagaba generosamente, así que siempre se mostraba solícito y eficaz. Además, el encargo no parecía nada difícil: vigilar una casa cerca de Collbató, en medio de la nada.

Samir colgó el teléfono, se encogió de hombros y siguió tomando el café con el chupito antes de seguir con sus cosas. Por la noche empezaría la guardia, pero antes tenía que terminar unos pequeños negocios.

El rostro de Vera era el de una niña pequeña, o eso pensó Marc al verla sonreír de una manera franca y maravillada. Los dos caminaban de la mano por la via Partenope, admirando el golfo de Nápoles, el Castel dell'Ovo y el volcán, a lo lejos, cubierto de nubes.

—El Vesubio. Es precioso. ¡Qué emoción!

—¿Nunca habías estado aquí?

—Nunca. Siempre he querido venir. Pero nunca tuve la oportunidad. Berto me invitó varias veces, pero no acepté. En realidad no me apetecía nada venir con él.

—Berto. Ya. Claro. —Marc decidió cambiar de conversación o entraría en una espiral de celos, se conocía bien. Era muy Otelo cuando le gustaba una mujer, aunque él siguiese haciendo de las suyas ellas tenían que pertenecerle por entero. Sabía que aquello no era correcto, pero era su naturaleza—. ¿Vamos a tomar una pizza a Michele? Dicen que son las mejores del mundo. Luego te tengo reservada una sorpresa.

—¿Sorpresa? No sé si me gustan las sorpresas. ¿Qué es? —Agitó su abanico con energía. Él le guiñó un ojo.

—Te lo diré cuando me confieses cómo demonios supiste en qué hotel me alojaba.

Vera se encogió de hombros y esbozó aquella sonrisa etrusca tan propia y que Marc empezaba a conocer bien.

—Preguntando se va a Roma. O a Nápoles. Quiero un helado. Hace mucho calor.

—No cambies de tema.

—Soy una mujer llena de secretos. A los hombres os gustan las mujeres llenas de secretos, ¿no? —Le guiñó un ojo. Su voz, sin embargo, sonó con un deje de amargura.

—Dios, Vera, no digas tonterías. No te pega. Intuyo que no me lo vas a decir... Por Dios. ¿Qué más sabes de mí?

La mujer rio y levantó las manos.

—Eh, eh. Yo no te puse un detective privado mirándote el culo. ¡Mira! Un

puesto de helados. Vamos. Cuando vea la sorpresa te diré cómo supe dónde te alojabas. No tiene demasiada ciencia en realidad... ¿Visitamos el castillo? Venga, Marc. Las vistas han de ser magníficas. Nos da tiempo antes de la pizza.

Marc se rindió al fin. ¿Qué importaba cómo lo había sabido? Lo esencial era que ella estaba ahí, a su lado, protegidos durante unas horas de una realidad que prefería olvidar en ese mismo momento. La miró con gesto de aprobación, la cogió de la mano y apresuró el paso hacia el castillo.

Berto Areces comenzó a insultar al teléfono. Lo señaló con el dedo índice, amenazante.

«¿¡Vera, Vera, dónde estás!? ¿Quieres responder? Algo malo estás haciendo cuando hay tanto silencio, como los niños chicos. En cuanto llegue te despido. Lo prometo. Te mando a la puta calle. A la mierda de donde nunca debiste haber salido.»

El contestador otra vez.

Areces cambió su rostro ceñudo por una sonrisa rutilante en cuanto entraron en la sala de reuniones los empresarios chinos y alemanes. Se levantó para darles la mano. Aún le quedaba un día en Hamburgo con la agenda a tope de trabajo. Pero la imagen de Vera interrumpía una y otra vez la concentración que solía poner en los negocios. No, no soportaba aquel silencio, para él era como una rebelión. ¿Tan poco le importaban su jefe y su trabajo? Se iba a enterar a la vuelta.

Uno de los chinos se levantó para hacer una demostración sobre las bondades de sus materiales para la construcción y Areces intentó tranquilizarse mientras abría el botellín de agua. Le quedaban muchas horas allí dentro, aguantando el rollo de aquellos gilipollas perfeccionistas, así que apagó el teléfono y lo colocó lejos de su alcance para evitar tentaciones.

Le iba a dar un buen escarmiento, eso seguro.

Se relamió solo de pensarlo.

Un hombre se acercó a Marc y a Vera. Era un cura. Un hombre mayor, arrugado, de ojos azules y cabello escaso, blanco, demasiado largo por la nuca. Sonrió de pronto y le cambió el rostro: los ojos claros y algo velados cobraron vida.

—Al fin. Hemos llegado.

Se habían perdido un par de veces, en parte culpa de Vera, que se paraba en cada iglesia, cada rincón, cada lugar que le parecía «decadente», esa era la palabra que solía utilizar, a sacar fotos con el móvil. Al fin el navegador del iPhone de Marc decidió funcionar y consiguieron encaminarse hacia su destino, aún algo contentos por los vermús y las cervezas que habían tomado antes y durante la comida.

—Vera, te presento al padre Vincenzo Dragoni. Es el encargado del museo y la capilla Sansevero. Es un gran amigo desde que hace unos años vine a cantar el quinto libro de los madrigales de Gesualdo con un grupo que habíamos montado en Roma. —Y mirando ahora al sacerdote con un brillo en los ojos que a este no se le escapó—: Padre, ella es Vera, una amiga que ha venido de Barcelona.

El padre lo abrazó. Cogió la mano de Vera e hizo el ademán de besarla. A ella le agradó su afabilidad extrema, sobre todo aquellos ojos que parecían albergar sabiduría eterna y paz.

—Gesualdo, tan difícil de cantar, ¿verdad? Pero lo hacíais muy bien —le dio unos golpes en la espalda, visiblemente satisfecho—, de lo mejorcito que he visto. Y dime, Marc —su rostro un rictus travieso—: ¿qué fue de aquella chica tan guapa, Graziella Mori? —Le guiñó un ojo.

—Se hizo policía, padre. ¿No recuerda? Se lo dije el año pasado...

—¿No la has vuelto a ver?

Vera soltó una carcajada y le dio un codazo disimulado.

—Padre, ¿qué le parece si pasamos a ver la capilla? Creo que a Vera le gusta mucho el arte... —Apurado, Marc cambió de tema con rapidez, ahora, con Vera a

su lado, se sentía un poco avergonzado de todas esas conquistas ocasionales—. Yo ya la conozco y es uno de los lugares más misteriosos y extraños de Italia.

Vera asintió.

—Siempre he querido venir. Pero había leído que hoy estaba cerrado.

El padre sacó unas llaves enormes, renacentistas, y abrió la puerta.

—Y lo está. Pero por Marc puedo hacer una excepción...

Los tres entraron en el templo. Estaba vacío de gente, a oscuras, en puro silencio. La primera impresión era la de abrir una caja de bombones, pero a la vez había algo místico que golpeaba el espíritu de una forma extraña. El Cristo Velado acaparaba toda la atención. Situado cerca del altar del templo, rodeado de un halo de pureza acentuado por la iluminación tenue que solo tocaba los conjuntos escultóricos, tenía la facultad de atraer hacia sí con el magnetismo de las obras maestras.

El padre Vincenzo encendió las luces y pudieron apreciar toda la belleza de la capilla y sus inquietantes conjuntos escultóricos.

—Lo más llamativo es pensar que toda esta maravilla surgió de la muerte.

Marc asintió.

—Carlo Gesualdo no tenía buen carácter.

—Gesualdo descubrió a su esposa, María D'Avalos, en el lecho con su amante, Fabrizio Carafa, duque de Andria. Los asesinó. Una verdadera carnicería. Luego tiró los cuerpos por la ventana, y los animales, atraídos por el olor de la sangre, se dieron un festín... Eran otros tiempos. Gesualdo no fue condenado. Era noble y huyó a su castillo de Venosa para escapar de la venganza de la familia de los dos amantes. Así que el único consuelo que les quedó a los Sangro, la familia de María D'Avalos, fue edificar un templo. De todos modos —señaló el medallón que mostraba un retrato—, el fundador también fue todo un personaje. Raimundo di Sangro. Todo un Grande de España. Masón, alquimista, amante del arte. Él fue el que encargó los conjuntos escultóricos.

Vera se acercó al *Cristo Velado* con pudor. La obra desprendía una especie de aura sufriente que obligaba a no dejar de admirar la belleza de los detalles, el

delicado trabajo del rostro, que semejaba la Santa Faz del sudario de Turín; era como si una sábana húmeda hubiese caído sobre la estatua de mármol y se hubiese fundido al momento, una sábana capaz de mostrar cada músculo, vena, oquedad o pincho afilado de la corona de espinas a la vez que con el movimiento de los pliegues otorgaba vida al cuerpo yacente. La mujer tuvo que aguantar las ganas de acariciar el rostro de Jesús, la suavidad llamaba a sus manos como el deseo de recorrer el cuerpo de un amante. Era tan hermoso que turbaba los sentidos. Caminó a su alrededor para cambiar la perspectiva de visión, pero daba lo mismo, la perturbación de la belleza fúnebre resultaba profunda e hipnótica.

—Es... no tengo palabras. Es una preciosidad.

—Todas son maravillosas. La *Verdad Velada* y *El Desengaño* también lo son. La red que cubre al hombre es una filigrana... Bien. Cuando terminéis de admirar las estatuas bajaremos a ver los autómatas. Son un poco siniestros y solo se puede ir de dos en dos.

Al cabo de un rato volvieron al calor de las calles napolitanas. Un enorme crucero había llegado a la ciudad y, por lo visto, había dejado salir por su boca naval a un montón de turistas del norte de Europa, todos con sus pantalones color pastel y sus gorritos ridículos, sus pieles blanquecinas enrojecidas por días de piscina y salitre. Señalaban la puerta de la capilla, pero el padre la cerró con las vueltas de llave y les gritó «¡*chiusa, chiusa oggi!*», al tiempo que señalaba con un dedo de forma ostentosa el letrero de los horarios para notificarles que no eran bienvenidos.

—Bueno. ¿Qué te pareció la capilla?

Después de callejear lo que quedaba de tarde y visitar el Teatro di San Carlo, sede de la ópera de la ciudad, habían encontrado al fin un pequeño restaurante típico con mantel de cuadros rojos, una vela ya casi consumida en cada mesa y camareros de jovialidad infatigable.

Los dos pidieron pizza *margherita* y vino tinto casero.

—Me han dado algo de aprensión los autómatas. Son dos figuras inquietantes y horribles... —Vera se refirió a los dos cuerpos que se podían admirar en el piso inferior, dos figuras que mostraban el funcionamiento del cuerpo humano, las venas, arterias, órganos.

—La vez anterior que estuve no bajé a verlos, había que guardar una cola enorme. Algún americano estaba tan gordo que no podían ir de dos en dos por las escaleras —se carcajeó recordando el suceso—. Pero sí, son horrorosos. Parecen pútridos. ¿Sabes que hasta hace poco se creía que las dos máquinas anatómicas eran dos de los sirvientes a los que el príncipe había sometido a un tratamiento alquímico?

Vera tomó un trozo de pizza y sonrió. Cada vez que lo hacía, Marc sentía que se iluminaba todo el restaurante. Eran tan raras aquellas sonrisas que cuando se producían le daba un vuelco el corazón.

—Me ha encantado. La sorpresa. Gracias. No sería lo mismo verla rodeada de americanos gordos. Y el *Cristo Velado* es impresionante.

—Ahora te toca a ti. ¿Cómo supiste el tren y el hotel?

—Muy fácil. Tengo un amigo trabajando en el departamento de turismo. Lo sabe todo. Solo tuve que llamarlo.

—¿Es guapo tu amigo? Los italianos son unos...

Ella le interrumpió, en la voz un deje de asombro.

—¿Eres celoso? ¿Tú? ¿Celoso? ¿Marc Roselló, el seductor de sopranos?

Marc tomó un sorbo de vino de la casa, resopló y permaneció unos segundos en silencio.

—¿Toca ser sincero? Sí, lo soy. Todos lo somos, ¿no es así? Cuando alguien nos gusta, todos lo somos. Otra cosa es que lo reconozcamos. Por ejemplo... —tomó otro sorbo— no soporto lo tuyo con Berto Areces.

Vera se quedó estupefacta por lo directo de la invectiva.

—Venga, va. No puede ser. Es absurdo.

—¿Por qué?

—No somos novios. No tenemos nada. Solo follamos una vez. No tienes

derecho a decirme algo así.

—Entonces ¿por qué estás aquí... —Le llenó el vaso con el vino tinto, muy suave, que se bebía como si fuera agua.

—Tú me invitaste, ¿o no lo recuerdas? Nunca desdeño una invitación prometedora. Marc. Nos acabamos de conocer. No creo que...

—No te andes por las ramas, Vera. Hoy no me apetece mentir. —El alcohol estaba haciendo ya efecto y no pudo ni le apeteció parar—. No entiendo qué haces saliendo con ese... ¿hijo de puta? ¿Pedazo de cabrón?

Vera permaneció en silencio, su semblante se oscureció y pareció, de repente, que sobre ella había caído una nube negra.

—No te incumbe.

—Trafica con mujeres. Es un miserable. Y por su culpa murió Miguel, estoy seguro.

—No te voy a negar nada, pero, por favor, dejemos esta conversación. O me marcharé al hotel. ¿De acuerdo? El día ha sido estupendo. No lo estropeemos. Mañana por la mañana volveré a Barcelona y a mi vida normal, pero hoy... por favor. Déjame ser un poco feliz.

Marc volvió a resoplar y miró a su pizza, desganado. Volvió los ojos al techo y luego se sirvió más vino.

—Está bien —cedió—. Tienes razón, cambiaré de tema. Por ahora... —Se echó hacia atrás en la silla e intentó sonreír—. ¿Qué quieres de postre? Pediré la carta. Endulcemos un poco la cosa. ¿Tarta de queso? ¿Flan?

Samir miró su reloj y vio que era tarde, muy tarde. Llevaba allí un montón de horas, vigilando en vano. Tenía una foto de Tatiana en su regazo. De aquella casa salían y entraban algunas mujeres, pero ninguna era Tatiana. Anatole había llegado sobre las doce de la noche, y luego, una hora más tarde, se marchó. Volvió a mirar a través de los prismáticos. La casa estaba bien vigilada por

muros y cámaras, pero desde su privilegiada atalaya podía observar cualquier movimiento que se produjese sin que nadie reparara en su presencia.

Le gustaba ocuparse de los asuntos de Rusty, con él siempre había sido un tío legal, pero era un aburrimiento estar allí agazapado durante tanto rato sin que pasara nada. Además, hacía frío. Había bajado la temperatura durante la noche y estaba destemplado. Menos mal que había tenido la idea de llevarse un termo de té, era lo que lo estaba manteniendo al pie del cañón.

De repente, detectó movimiento. Se puso en guardia. Por una puerta trasera salió una mujer joven, de cabello largo, delgada. Volvió a enfocar con los binoculares. La chica caminó hasta la puerta de la finca, la abrió y salió. Comenzó a correr. Primero a paso lento, luego más rápido.

Samir la siguió con los prismáticos hasta perderla de vista detrás de unos árboles. Al cabo de veinte minutos, volvió a la casa.

El marroquí apuntó todo lo que había visto. La próxima vez traería una cámara de fotos con más alcance, pero estaba seguro de que aquella chica era la que buscaba Rusty.

Al encender el teléfono, Vera se encontró con veinte llamadas perdidas de Berto Areces. Lo conocía bien. Estaría desquiciado. Miró hacia la cama donde Marc dormía con placidez después de haber hecho el amor con ella. No quería despertarlo. Roncaba suavemente y eso le hacía gracia. Imaginarse que tenía una vida normal, una pareja, aunque fuese solo por unas horas, era como un bálsamo para su espíritu. Unas malditas horas en las que podía ser una persona como las demás.

Era muy tarde, pero decidió igualmente llamar a Dídac Zarco. Había visto por su wasap que estaba en línea, despierto.

Se retiró hacia el baño y bajó la voz, procurando no despertar al barítono.

—Dídac, ¿cómo va todo? ¿Has controlado a Rusty?

—No se ha movido de mi lado. Hemos estado como dos hermanitos siameses,

Vera. Se ha portado muy bien dentro de sus posibilidades, claro. Y tú, ¿cómo estás?

—Algo mejor. Mañana por la tarde vuelvo al trabajo. Hay que preparar tu nuevo combate. ¿Sabes algo de Berto?

—Sí. Por lo visto ha llamado preguntando por ti. Estaba «airado».

—Algo airado. Gracias por suavizarlo, Zarco. Me da igual. Me molesta que me trate como si fuera su esclava. Qué se fastidie, es mi primer día libre en casi un año.

Aunque Vera hablaba bajo, Marc dio una vuelta en la cama. Se incorporó.

—Te tengo que dejar, Zarco. Mañana nos vemos.

Vera regresó junto a él y le acarició el pelo.

—Duérmete. Me gusta verte dormir.

—Ven. —Marc la agarró y la acercó a él. Vera se acurrucó a su lado.

—Te voy a contar una historia para que te quedes dormido.

Marc le tocó las mejillas, eran blancas, recordó el mármol de las estatuas de la capilla.

—¿Como a los niños pequeños?

—Como a los niños pequeños. —Vera lo besó en la frente y comenzó—: La historia de las Amas. Las mujeres buceadoras de Japón. Mi abuela era una de ellas. Buceaban desnudas. Eran muy hermosas...

—Como tú.

—Mi abuela se llamaba Hoshi, que significa «estrella», y era la que más aguantaba debajo del agua. Me contaba que, por la noche, el mar relucía como un amante siniestro, y la invitaba a bajar y bajar hasta envolverla en su manto de frío y oscuridad. Cuando subía, llevaba en sus manos caracolas marinas, perlas de blancura hermosa, las colocaba en su pequeño cesto y volvía de nuevo a buscar los tesoros encerrados bajo el mar. Era la única que buceaba por la noche, sola. Mi abuelo decía que Hoshi podía ver en la oscuridad...

Marc, aceptando feliz ese retorno a una infancia donde la vida no era sino un gran juego, volvió a cerrar los ojos y su respiración se hizo rítmica. En el

inconsciente de sus sueños el rostro de Vera se esculpía con algas en cuevas hundidas bajo un mar de colores ocres, poblado de criaturas desconocidas.

Cuando despertó, al amanecer, Vera ya se había marchado.

Un hombre más rico

Al pasar por delante de la cristalera de un despacho, Berto Areces se paró y se admiró, agradecido por el frescor del aire acondicionado. Corbata rosa chillón, camisa azul claro de cuello italiano, remangada para mostrar los antebrazos, pantalones azul marino, zapatos de ante. Los había comprado en Venecia. Perfectamente peinado y rasurado, la raya a un lado, la gomina exacta que le daba un color azulado al cabello, la piel morena, el perfume empalagoso, los ojos brillantes. Quizá no fuese muy guapo, pero él, con la autoestima a prueba de cualquier desafío, se veía irresistible. Ajustó la corbata de Loewe que le había regalado su mujer al cuello de la camisa y recolocó el alfiler antes de continuar su camino hacia el despacho. Los negocios le habían ido bien, muy bien, cada día que pasaba era más rico y más considerado, y su padre poco podría objetar cuando sus fortunas se iban equiparando.

Se había asegurado en recepción de que Vera estaba en su puesto. La joven estaba absorta en el ordenador cuando él pasó. Perfecto. El día y medio de ausencia había sido por un esguince. Por supuesto. Y él se chupaba el dedo. Otro al que no tenía controlado era al bueno de Rusty. Ese le importaba menos que Vera, siempre y cuando ultimase su recadito con la puta rebelde. Se preguntó si Vera había ya hablado con Dídac y con Lukanov, el Tártaro. Había tenido una de sus ideas prodigiosas para exprimir el momento de fama del chico. Y por la noche, la sorpresa para la japonesita encantadora. Aprendería a estar siempre disponible... por las malas, si ese era su gusto. Él no la iba a decepcionar.

Hugo adoptó la sonrisa más encantadora, la de las grandes ocasiones. Se quitó las gafas de pasta (cristales sin graduar, veía perfectamente), parpadeó para ofrecer una imagen de intelectualidad vulnerable y volvió a insistir. Susurró.

—Vamos, Quim. Solo es la fecha de nacimiento.

—Joder, Hugo, no puedo y lo sabes. Por la ley de protección de datos, no puedo darte esa información. —Quim resopló, miró a su alrededor y vio que ninguno de sus compañeros del Registro Civil de Barcelona le había escuchado levantar la voz.

Hugo rebuscó en su bandolera cruzada.

—Mira. Dos entradas para el recital del Palau de la Música. Podemos ir juntos. Segunda fila. Luego te invito a cenar.

Quim miró las entradas y luego la sonrisa rutilante de Hugo, que seguía en su sitio desde que entró en las oficinas de Duc de Medinaceli.

Movió la cabeza, preocupado, no le gustaba tentar a la suerte.

—Si me cazan me pueden abrir un expediente, gilipollas. Me puede caer el pelo por tu culpa.

—Solo la fecha de nacimiento. Nada más.

Al fin se dio por vencido, molesto con Hugo pero también con él mismo, por comer de la zanahoria que tanto le gustaba una vez más por su debilidad. Quim tecleó en el ordenador el nombre de Vera Nanashi. Tecleó y volvió a teclear.

—¿Seguro que se llama así? —casi susurró—. Porque no hay nadie en este país con ese nombre.

El joven frunció el entrecejo y aspiró hondo, entre casi resignado y ya un poco desesperado. La chica espectro seguía resistiéndosele. Esa mujer era tanto un desafío como una fuente de irritación continua.

—Busca alguna variante. Cambia la «h» de sitio, por ejemplo...

Durante un rato Quim buscó y rebuscó todas las variables que se le ocurrieron en la base de datos: segundo apellido, cambio de consonantes, pero no encontró nada.

—Me temo que en toda España no hay ningún Nanashi ni nada que se le

parezca. Pero bueno, por Zeus, si parece el nombre de un personaje de videojuego, o peor, de un Manga porno hetero. Hugo... ¿has pensado si en realidad es un nombre artístico? —bromeó—. Oye, las entradas siguen en pie, ¿no?

Un rato después, tomando un chocolate suizo en la Pallaresa, sacó su libreta de notas y repasó de nuevo lo que sabía de Vera Nanashi.

Que vivía en el Gòtic. Le gustaba la comida oriental. Jugaba al póquer y hacía artes marciales y boxeo. Tenía una Vespa de las antiguas.

Que follaba con el cantante de ópera. Que follaba con un tal Darío Gara que era el contable de varias empresas que pertenecían a Berto Areces. Que follaba con Berto Areces.

Pero ella no existía oficialmente. Ni carreras universitarias en España, ni rastro en el Registro Civil, ni rastro de Veras Nanashis.

Su cara era puro desconcierto mientras removía la nata espesa y la mezclaba con el chocolate. Esa mujer le estaba tocando ya la moral.

Al final se le ocurrió buscar el significado de Nanashi en Google. Y sonrió.

«Soy un burro, tenía que haberlo hecho desde el primer momento.»

Nanashi significaba «sin nombre» en japonés.

La chica espectro se estaba riendo de todos a la cara.

Vera miró con disimulo por encima de la pantalla y constató por enésima vez que Darío no estaba en su despacho, aún no había llegado a la oficina. Entró en Gmail. Otro mensaje, de la noche pasada. El correo dejado en la bandeja de borradores por Darío Gara que contenía una serie de cifras: 41519178 1980462 b1510850.

¿Era un código? Si era así tendría que descifrarlo. Gara no parecía tan inteligente como para crear un código complejo, aquellas cifras tenían que ser fáciles de averiguar. Les hizo una foto con el móvil. Apartó con pesar y aguantando una imprecación aquel asunto de su cabeza, más adelante analizaría las enigmáticas cifras. Mierda. Areces acababa de llegar. Él pensaba que ella no lo había visto, pero mientras permanecía agazapada detrás de la pantalla del

iMac olió su perfume penetrante y vio la coronilla de su cabeza con su pelo engominado; Areces le había mandado un correo muy animado en el que la apremiaba para organizar una pelea con un Zarco en plena ebullición de la prensa por la muerte de su colega el Tigre. Y le insinuaba que podía enfrentarlo al Gitano, un boxeador experimentado y famoso que se llevaría las apuestas de calle. Ya se encargaría el Tártaro de «convencer» al Gitano de que no fuese demasiado profesional durante la pelea. Sin embargo, lo que más le preocupaba a Vera era el tono agradable y complaciente de Areces en aquel correo. Después de estar desaparecida día y medio, de no contestar llamadas ni wasaps, aquella amabilidad le resultaba mucho más amenazante que una bronca directa. Conocía a Berto, y ese conocimiento le avisaba una y otra vez de que la supuesta amabilidad escondía un cabreo monumental por parte del empresario. Se tocó con parsimonia la melena mientras pensaba si Zarco estaría preparado para pelear tan pronto después de la muerte de su amigo. Cada vez que pensaba en aquel chico se le rompía de algún modo el corazón. Pero, por otra parte, se iba a hacer famoso e iba a ganar dinero, y eso le compensaría. Siempre podría volver a ser «puro, casto y pobre» en cualquier momento... eso se decía Vera una y otra vez, engañándose para acallar su conciencia, la poca que le quedaba ya después de un año en aquella empresa de cabrones. Cabrones como Rusty, cada vez más rebelde y poco colaborador. Y aquel asunto de las chicas rusas...

Le vino a la cabeza Marc Roselló durante unos segundos. Desde su vuelta a Barcelona el barítono le había mandado varios wasaps, pero ella no los quiso contestar. Bastante lío tenía ya en la cabeza.

El timbre del teléfono interno hizo que, de inmediato, sus tribulaciones sobre Zarco, Rusty y Marc pasaran a ser las tribulaciones sobre Areces.

Darío Gara se terminó un purito con sabor a vainilla y al tirar la colilla al suelo la apagó con la punta del mocasín con cuidado. Aquella zona de Castellbisbal era seca, y con el calor, que ya empezaba a ser sofocante, se podía

provocar un incendio en las zarzas que rodeaban la fábrica abandonada. Miró su reloj y luego al cielo, despejado y azul como un cuadro de Tiepolo. Gara canturreó un tango mientras esperaba y aguantó las ganas de fumarse otro cigarro. Al poco apareció en el camino de tierra un Ford Focus de color azul grisáceo.

La mujer rubia, Susan o Betje, se bajó del vehículo y lo saludó con un gesto. A Gara le gustaban aquellas piernas pálidas, largas y masculinas, y el vestido provenzal color naranja de vuelo que se le arremolinaba al andar. Llevaba el cabello rubio por los hombros, tan lacio que la menor brisa lo levantaba en hebras de trigo. A Gara le recordó un cuadro de Vermeer, tan lechosa y dorada.

Ambos caminaron en silencio hacia la cementera abandonada. Gara, unos pasos por delante, rodeó una nave y avanzó hacia un almacén destartado y cubierto de polvo blanco. Allí había una furgoneta azul marino, rotulada para el reparto de embutidos. La abrió.

Gara comenzó a señalar el arsenal que había conseguido para ella: diez kilos de explosivos Goma 2 ECO, detonadores, multiplicadores, cordones detonantes, armas cortas, armas largas. Tenía pendiente otros cinco kilos de Goma 2 ECO, bombas de humo, gases lacrimógenos, cuatro unidades de espray pimienta. Pero los conseguiría pronto. Quería acabar cuanto antes con todo este asunto. Le gustaba mucho el dinero, pero le ponía nervioso tanto artefacto mortífero. Él no tenía ni idea de cuál sería su destino. Nunca lo preguntaría, desde luego, y no lo querría saber de ningún modo. ¿No estaba el mundo siempre envuelto en miles de guerras tribales, nacionalistas, por Alá o por cualquier otra razón estúpida que se pudiera inventar? Bien, si había gente encantada de volarse los sesos lo haría de cualquier modo, con él o sin él. Así que, hombre práctico, Gara pensó que la venta de armas era simplemente un hecho que sucedería con toda seguridad aunque él no participara, lo que acababa de despejar cualquier residuo de culpa que pudiera sentir. Y además, siempre estaba el incentivo de quitarle un pedazo del pastel al engréido de Areces. Y a su chica, la guinda de ese pastel.

Susan-Betje asentía con el rostro iluminado, como si en vez de estar viendo

todo un homenaje a la destrucción estuviese contemplando una cuna con dos mellizos gordezuelos. Los dos cerraron el trato y se dieron la mano.

Gara, a partir de aquel momento era, descontando todos los gastos, un hombre más rico.

Las bombas Orsini

Marc miró el móvil, pero ni rastro de Vera. Se dio la vuelta en la tumbona y cogió de nuevo *No llames a casa* para distraerse. Sin embargo, el libro lo llenaba de congoja, aquella historia de adúlteros y perdedores le traía una y otra vez a la cabeza la imagen de Vera Nanashi con el gánster de Berto Areces. ¿Qué hacía con aquel tipo? Era la pregunta que se hacía una y otra vez mientras su mano cogía los guijarros de la arena oscura de la playa de Positano y jugaba con ellos casi sin darse cuenta. Dejó el libro sobre las pequeñas piedras y emitió un suspiro de fastidio. Tenía que haberse llevado algo de Patricia Highsmith, *El talento de Mr. Ripley*, por ejemplo. Igual aprendía algo nuevo, a lo Ripley. Y se olvidaba por un momento de Vera.

A la orilla del mar Tirreno paseaban dos chicas esbeltas, inglesas, vestidas con minúsculos bikinis que rieron al pasar por su lado, pero Marc se encontró pensando en la japonesa en vez de iniciar uno de sus habituales coqueteos. Ni siquiera la belleza del lugar, el día soleado, el agua cálida y con un azul casi doloroso que rompía con parsimonia en la orilla eran capaces de distraerle de sus pensamientos. Recordó una frase de Gladys cuando se dejaron: «A ti lo que te pasa es que nunca le has visto el culo a la mona, Marc. Estás acostumbrado a triunfar sin esfuerzo y a que todo te venga dado desde la cuna».

Iba a ser eso.

Se echó más crema protectora por los hombros, que al tacto notó calientes y quemados. Cogió un cigarrillo de su mochila y lo encendió, sintiéndose culpable. Nada le satisfacía. Y la culpa era de Vera Nanashi. Volvió a coger el móvil. Un par de wasaps de antiguas amantes que ahora ya no le decían nada. No les

contestó. Otro de un colega que coincidiría con él en el concierto del Palau de la Música, preguntándole cuándo quedaban en Barna para cenar; él ya estaba ensayando de pleno. En dos días estaría de vuelta y disponible, contestó. Podían reservar en la Barceloneta una paella. Apagó el cigarro por la mitad al pensar en los ensayos. Resopló. Una de sus piernas se movía compulsivamente.

Se levantó de la tumbona y fue a comprar un helado a uno de los puestos que estaban al pie de las casas. A la mierda la dieta. Lo quemaría nadando. Recordó el cuento de las buceadoras de Japón que ella le había contado mientras acariciaba su cabello. Había un montón de críos jugando y gritando con los cucuruchos en la mano, pero Marc esperaba su turno y solo pensaba en la mano de Vera recorriendo con suavidad su rostro.

Caminó hacia la orilla con parsimonia mientras el helado se iba derritiendo. Se intentó animar pensando en que por la noche iba a quedar con unos colegas que vivían en Amalfi. Pero siguió notando aquel dolor, la opresión en la base del estómago.

Definitivamente tendría que hacer algo al respecto cuando volviese a Barcelona.

Barcelona se veía a lo lejos, iluminada por el sol de la tarde. Rusty abrió la puerta del coche y tiró al camino de tierra el envoltorio de la hamburguesa. Samir hizo lo mismo y soltó un eructo después de darle un buen trago a la lata de Coca-Cola y estrujarla con la mano. También la tiró al camino.

Después Samir enseñó las fotos que había sacado en la pantalla de la cámara. Rusty asentía. Luego, una grabación del coche de Anatole entrando en la casa de acogida.

—Por lo visto, la casa está casi vacía. Anatole está siempre rondando por ahí.

—¿Y Tatiana?

—Sale a correr por los alrededores cuando Anatole se va.

Rusty, pensativo, permaneció durante un rato callado.

—¿Tienes costo?

Samir levantó las cejas pobladas y rebuscó en una bolsa de tela. Sacó una trompeta bastante grande. Lo encendió, dio una calada y se lo pasó.

—Gracias. Me ayuda a pensar.

Rusty puso la radio del coche y metió en la disquetera un CD de Bobby Darin. Luego cogió la cámara y repasó las fotografías. Samir lo miró con expresión de sorpresa mientras expulsaba el humo con placer y los ojos cerrados.

—¿Qué es esa mierda de música, tío?

—Bobby Darin. El autor de *Beyond the sea*, escucha. Es uno de los mejores cantantes de todos los tiempos. Déjate de «jabibis» y empieza a meterte en cosas serias.

Samir se encogió de hombros y recuperó el porro. Rusty no iba a cambiar sus gustos musicales. Su abuelo en Puerto Rico había sido extra en la película protagonizada por Cantinflas *La vuelta al mundo en 80 días*, donde Darin intervenía haciendo un número musical, obtuvo su autógrafo y desde entonces había puesto innumerables veces sus canciones cuando él y su nieto se iban de excursión en su viejo coche a recorrer playas y pueblecitos vendiendo cachivaches y souvenirs a los turistas. Eran los buenos tiempos, pensó Rusty, antes de irse a Estados Unidos con sus padres y de que todo se torciera.

—¿Cuándo me vas a pagar?

—Cuando termines. Necesito que estés más días. Necesito un patrón que más o menos me dé pistas de cuándo no va a estar Anatole en la casa. O cuando ella salga. O las dos cosas. ¿Quieres un poco de bourbon?

—¿Qué es «un patrón»?

Rusty suspiró y le dio otro trago a la petaca.

Per Stangeland colgó el móvil y lo dejó sobre la mesa de madera de roble. Desplegó un rollo enorme de papel que insistía en volver a enrollarse sobre sí

mismo, así que lo estiró con las manos y lo sujetó con dos bustos de Wagner a los lados.

Era un plano del Gran Teatro del Liceu en altura.

Estiró otros dos más pequeños que mostraban varias plantas del edificio desglosadas hasta el detalle más nimio. Las había conseguido a través de la Universitat Autònoma de Barcelona, tras rellenar un formulario, y con documentación falsa que lo acreditaba como historiador del arte.

Uli miró por encima del hombro de Per mientras tomaba una taza de té blanco. Señaló en el papel el espacio que había bajo la sala de ensayos y que llevaba a las lámparas y los focos de iluminación.

—Con la amable colaboración de César nos será mucho más fácil. Así burlaremos las medidas de seguridad, que tampoco son demasiado grandes. Y así podremos también repetir el atentado de 1893 el día del estreno de la temporada... pero esta vez será todo mucho más espectacular.

Stangeland sonrió y asintió, mientras apoyaba los puños sobre el plano y cargaba el peso de sus hombros sobre la mesa.

—Santiago Salvador solo contaba con dos bombas Orsini y su odio. Un hombre desquiciado cuyo fin exclusivo es hacer daño deja solo un reguero de dolor, pero ninguna consecuencia positiva. La destrucción solo es liberadora si supone el nacimiento de algo que compensa la pérdida de vidas humanas. Felizmente —dijo, frotándole las sienes con ambas manos, puesto que su sueño no era todo lo reparador que debiera en esos días—, hemos aprendido mucho desde entonces. Nosotros haremos que el propio teatro se convierta en una bomba. —Su rostro reflejó el orgullo de quien sabe que ha planificado algo sencillamente perfecto, el trabajo bien hecho al servicio de una causa dolorosa pero necesaria—. Seremos mucho más productivos con mucho menos.

Nyotaimori

41519178 1980462 b1510850

Vera intentaba darles un sentido a aquellos números.

Los separó en cifras de dos, los puso en columnas. Intentó buscar un patrón. Un número repetido que significara una letra. Se estrujó las meninges recordando los libros de cifrado que había leído hacía unos años, obsesionada con el tema, pero nada.

Tenía que ser muy fácil. Seguro que estaba delante de sus ojos.

Esperaba a Berto en la terraza del Zurich mientras usaba las servilletas de la cafetería para escribir y reescribir los números, ponerlos en grupos de tres, de cuatro, de cinco. Vera notó los nervios en el estómago. No se fiaba un pelo de Areces. Presentía que estaba muy, muy enfadado. Lo conocía bien. Habían quedado en que la recogería allí.

«Ponte guapa, vamos a cenar a un sitio especial.»

«B151.»

B. Barcelona. Carretera, 151. La carretera de Castellbisbal.

Eureka.

Berto paró su Porsche Panamera negro sin cortarse demasiado justo delante de la parada de metro, subió a la acera ante la mirada de reproche de varios turistas e hizo sonar la bocina. Vera se mordió la lengua, no soportaba aquel tipo de comportamientos chulescos y menos formar parte de la *performance*. Sabía, además, que Areces lo estaba haciendo a propósito. Y en el momento en el que estaba resolviendo el tema de las cifras de Darío Gara, joder. Era fácil, muy fácil. Primeros principios, simplicidad. Ya lo decían Marco Aurelio y el Doctor Lecter.

Eran unas coordenadas, 41.519178, 1.980462 latitud y longitud, B151 la vía y 0850 la hora en la que habían quedado. Lo dicho, fácil.

«Joder, puto Areces. Justo ahora.»

Vera se levantó de la mesa, abochornada por los bocinazos y fue hasta el coche con rapidez, pero con la mentalidad del cordero camino del sacrificio.

La voz de su amigo Raúl, el policía de la judicial, sonó muy firme a través del auricular.

—Es el mismo asesino. El mismo tipo las ha matado a las dos.

—¿Cómo lo saben? —Gladys bajó la voz. Estaba en la parada del metro de Universitat, llena de gente, no quería que nadie escuchara la conversación.

—Han solicitado por la boca pequeña un perfil a un criminólogo muy famoso, Javier Sanjuán.

—Sí, lo conozco. Le hice una entrevista hace un tiempo.

—Bueno, el asunto es que he podido hacerme con una copia. Y el resultado es que dice que sí. Que, aunque es muy pronto para afirmarlo con seguridad, apostaría a que es el mismo *modus operandi* y la misma firma. Y que muestra el patrón habitual de un homicida compulsivo, en el inicio del proceso más agudo de su obsesión —suspiró—. En definitiva, que habrá más cadáveres si no somos capaces de impedirlo. Según leo, afirma que «el asesino en serie acaba de descubrir su naturaleza esencial». —Hubo un silencio, las palabras últimas de Sanjuán no dejaban de encerrar una grave amenaza. Nadie había olvidado los asesinatos de Pérez Rangel, quien había matado sádicamente a dos mujeres en el barrio del Putxet, y estaba planeando el tercero cuando fue detenido—. Prométeme que por ahora vas a mantener esa información en secreto. Lo de Sanjuán en especial.

Gladys se estremeció y de forma inconsciente miró a su alrededor, buscando un peligro que no encontró.

—Lo prometo. No te preocupes. Ya sabes que aunque sea periodista, tengo

mis principios.

El mosso rio con ganas al otro lado del teléfono.

—La verdad es que confío en ti. —Se hizo un silencio—. ¿Cuándo quedamos?
Me debes una comida.

—Cuando quieras. El sábado. ¿Te viene bien?

Sentada en el metro, mecida por el traqueteo, Gladys meditaba sobre lo que le había contado su amigo. El cuerpo había aparecido en el contenedor, en bolsas de basura, descuartizado. Pero en vida, Dolores había sufrido todo tipo de torturas y agresiones a manos de su captor. El sadismo y la crueldad de aquel tipo no tenían límites. ¿Cómo afrontar el artículo sin parecer una ávida sanguijuela sedienta de morbo? Y lo peor... ¿cómo escribir sobre algo tan grave sin crear más alarma de la necesaria? Si Javier Sanjuán pensaba que el asesino iba a volver por sus fueros, estaba claro que las prostitutas necesitarían protección.

Gladys se iba a poner los cascos para intentar relajarse cuando recibió un wasap de Marc Roselló. Levantó la ceja. Hacía tiempo que había claudicado: entender a Marc, sus idas y venidas, sus desapariciones a lo Houdini y reapariciones sorprendidas eran un arcano imposible de resolver.

«Tengo ganas de verte.»

«La madre que te parió», musitó Gladys mientras se ponía los cascos y pensaba en qué contestarle.

Al final, cedió. No debía, pero cedió.

«Yo también, tonto del culo.»

Vera miraba por la ventanilla del Porsche envuelta en un silencio obstinado y muy evidente. Berto cambió la música del reproductor por canciones lentas de Bertín Osborne. Ella se puso de peor humor todavía.

—Estás preciosa. Me encanta cómo hueles. Te lo has puesto para mí, ¿verdad?

Vera asintió sin demasiado entusiasmo y torció la cara para no ver la mano de

Berto acariciar sus piernas. Observó por la ventanilla que el Porsche avanzaba por la Diagonal y se desviaban hacia Sarrià. Se había puesto, con el piloto automático, todo lo que le gustaba a Areces: minivestido negro ajustado, pendientes y collar de perlas de doble vuelta, zapatos Loboutin de color rojo, bolso de Louis Vuitton, todo el disfraz que ella despreciaba con cierta desgana lánguida. Areces le había comprado un perfume en Florencia que había elegido «solo para ella», y a pesar de que las esencias delicadas de rosa y violeta estaban en su punto justo antes de empalagar y no le resultaba del todo desagradable, no podía dejar de sentir un aborrecimiento hacia ese hombre. Vera solo pensaba en coger su móvil y hallar el sitio en donde estaban las coordenadas del mensaje de Darío Gara. Tendría que seguir trabajándose, Gara no era tan fácil como Berto Areces, que ya tenía la vida resuelta y todavía menos escrúpulos de clase y cuna, además de una protección a todos los niveles que lo convertía en inexpugnable. No había llegado con lo del polvo: visto lo visto, él seguía haciendo sus negocios a espaldas de todos.

Minutos después, en la calle d'Anglí, Areces metió el Panamera con cierta dificultad en un viejo caserón cubierto de hiedra. La verja se cerró detrás. Condujo el vehículo hasta la parte de atrás, en donde había otros y una especie de aparcacoches indicándoles el lugar para dejarlo.

El aparcacoches abrió la puerta de Vera y le hizo una especie de reverencia.

—¿Qué es este lugar? —La pinta del aparcacoches le pareció un tanto siniestra. Areces salió del coche y la agarró del brazo clavando los dedos con fuerza. Eso le gustó todavía menos.

—Un sitio para divertirse.

Vera no se resistió mientras la llevaba al interior de la casa. Había llegado hasta allí y tenía que seguir con su comedia hasta el final. ¿Aquella era la venganza de Areces? No lo tenía por una persona demasiado sutil ni inteligente, pero estaba convencida de que para la maldad Berto podía desarrollar una imaginación especial.

El interior de la casa no tenía mejor pinta de la que ofrecía por fuera: era todo

rojo y bermellón, como un decorado barato casa del terror en una película de la Hammer, y lo peor, apestaba a lujuria barata desde la entrada. Dos transformistas se besaban de una forma indecorosa, haciendo ruido líquido que desagradó profundamente a Vera. La miraron con ojos de deseo cuando pasó por su lado. Uno de ellos musitó algo que ella no quiso descifrar.

—Es un prostíbulo, Berto.

—Espera un poco. No es un prostíbulo. Es un lugar muy especial.

Ojos y sonrisa de lobo en una apariencia agradable. Vera apretó los dientes y devolvió la sonrisa.

Una mujer morena, alta y cubierta con una túnica de raso negro los saludó, «hola Berto, ¿cómo estás?», miró a Vera de arriba abajo, musitó algo sobre «esta chica no es como las otras» y los acompañó hacia un ascensor antiguo. Los tres bajaron en silencio. Berto la tenía cogida de la mano, como un novio amoroso, y todo aquello ponía a Vera en un estado de nervios chirriante como las cuerdas de un violín mal tocado. Caminaron por un pasillo decorado con motivos orientales, indefinidos. Dragones, budas, peces, olas amenazantes, abanicos, dibujos eróticos, templos, árboles estilizados, flores, kimonos, catanas, más flores, una geisha tocando un instrumento, serpientes, mandalas, un samurái, parasoles, todo mezclado en un *horror vacui* inarmónico y de mal gusto. Olía a incienso y a flores, y en el aire sonaban las notas de un rabab. La mujer abrió una puerta de color bermellón y los invitó a pasar a otra estancia, igualmente recargada de símbolos inconexos, de olores penetrantes, luces rojizas, tenues, y de música que suponían evocadora de *Las mil y una noches*.

Dentro, cinco hombres mayores, dos de ellos japoneses de traje oscuro, un árabe lleno de anillos, vestido de jeque y con pinta de tener mucho dinero, y dos europeos, uno de ellos con una poblada barba pelirroja, aguardaban fumando y bebiendo cervezas. Berto soltó la mano de Vera y se aproximó al grupo, dejándola atrás. Charló con ellos durante un rato. El estómago de Vera acusó un pinchazo de ira cuando sus ojos se encontraron con los de aquellos hombres que,

al volverse hacia ella, la taladraron con sus miradas obscenas. Se volvió hacia Areces intentando mantener la compostura.

Berto, con aire displicente, hizo un gesto con la mano para que callase y la llevó a un lado.

—Querida. Me he permitido alquilarte como *nyotaimori* por un par de horas. Esos señores estarán encantados de comer sushi y sashimi directamente de tu cuerpo. No te puedes negar. Me van a pagar mucho dinero. Igual alguno quiere disfrutar de algo más que de la comida. Espero que estés muy, muy receptiva.

—Claro que me puedo negar. ¿Estás loco? —Vera susurró como una víbora cabreada mientras se intentaba soltar de la garra de Berto—. ¿Cómo es que no me has pedido permiso? ¿Qué crees, que soy una prostituta?

—Te lo hubiese pedido, pero no cogiste el teléfono. Estabas muy ocupada. No sé si eres una puta o no, pero conmigo te comportas como si lo fueses. —Berto lanzó la pulla con el mismo tono de voz suave e irónico.

Vera abrió la boca, pero su indignación le impidió proferir sonido alguno; cuando unos segundos después lo consiguió, emergió una voz ronca, cargada de desprecio y furia.

—Estaba enferma. Me torcí un tobillo. ¡Era mi primer día libre en un año, Berto!

—Eso ahora da lo mismo. Venga. Desnúdate. No te queda otra opción, algunos de esos tíos son extremadamente violentos. Si no cumples, igual no salimos de aquí sanos y salvos.

Observó a los hombres. Alguno tenía cara de pocos amigos. Vera se dio cuenta de que con un par de golpes podía desembarazarse de alguno de ellos con suerte, pero se mordió la lengua y apretó los dientes. Tenía que haber pensado que Areces se iba a desquitar de alguna forma más humillante de lo habitual y estar preparada. Respiró profundamente y miró a Berto con un odio más contenido; no quería darle el gusto de verla desolada. Él pareció disfrutar todavía más. El empresario asintió mirando hacia uno de los hombres y al momento apareció una mujer vestida de geisha con un kimono de flores entre las manos.

La «geisha» se acercó a Vera y le hizo un gesto para que la siguiera, y ella, apretando los puños, decidió mantener el control.

Los hombres, arrodillados ante ella, usaban hábilmente los palillos recogiendo los trozos de sushi del cuerpo de Vera, que permanecía inmóvil, su cuerpo apenas tapado por algas que sostenían la comida. La mujer la había preparado lavándola cuidadosamente, exfoliando su piel; luego la decoró como si fuese un plato delicado, añadiendo agua de mar al conjunto de pétalos de flores, sushi, sashimi, jengibre, niguiris, limón y verduras. Mientras lo hacía, alababa su belleza, comparándola con la de un amanecer en el Monte Fuji, lo que a Vera le pareció una absoluta cursilería que venía a añadir más vergüenza a toda aquella situación. Antes de que los hombres comenzaran a degustar los alimentos, la mujer le había dicho que controlase la respiración y procurase permanecer lo más inmóvil posible.

Los dos japoneses la miraban con deseo contenido, pero los demás no tenían ningún reparo en comentar los detalles de su cuerpo en alto, sus senos perfectos, sus lunares en constelación, el tatuaje, el pubis rasurado, lo que harían con ella en la cama. Areces también participaba del evento, mostrando a todos la mejor de sus sonrisas. Todos bebían sake y cervezas Sapporo, y poco a poco se iban animando, según la comida y la bebida hacían efecto en su humor. Vera permanecía impertérrita, quieta como una estatua, la sangre le ardía en las venas aunque había conseguido centrarse en un punto ciego y respirar de una forma acompasada, evitando mostrar alguna reacción a las manos patosas del pelirrojo, a las imprecaciones obscenas del supuesto jeque o a las miradas burlonas de Berto Areces. Según comían, el cuerpo de Vera quedaba más expuesto. Los japoneses, a medida que transcurría la ceremonia, perdían el hieratismo inicial y se iban soltando, recorriendo su piel con los palillos.

El primero fue el pelirrojo. Pero luego los demás también participaron. Cuando terminaron con la comida, empezaron con ella.

Vera recordaría más tarde aquellos instantes como llenos de confusión; cuando el tipo aquel metió sus dedos invasivos dentro de su cuerpo ella intentó permanecer quieta, pero uno de los japoneses la regó con el sake y empezó a lamer sus pechos y sus pezones, a la vez que el jeque intentaba besarla con aquellos labios carnosos y húmedos de la comida. Vera se irguió con un impulso de los abdominales y lanzó una patada a la cara del pelirrojo, mientras su puño impactaba en el rostro del árabe, que se vio catapultado hacia atrás. Uno de los japoneses la cogió por el cuello e intentó reducirla con gran violencia.

Berto Areces lanzó un grito y se metió en medio de la lucha.

—¡¡No la toquéis más o lo lamentaréis!! ¡¡He dicho basta!!

Su voz sonó fría como una cuchilla. Cogió a Vera y la cubrió con el kimono. La mujer alta y morena del principio acudió corriendo, asustada. Berto le dijo algo al oído y agarró a Vera por los hombros.

—Nos vamos.

Un rato después, en el Porsche, ya delante del Pasaje del Crèdit, Berto la miró con seriedad.

—Espero que hayas aprendido.

Ella no contestó y se bajó del coche sin mirarlo.

—Mañana te quiero a primera hora en la oficina.

Esa noche, Vera lloró como jamás lo había hecho en muchos años, desde que la llamaron por teléfono para contarle «el incidente».

Vuelta al cuadrilátero

*I am just a poor boy
Though my story's seldom told
I have squandered my resistance
For a pocket full of mumbles, such are promises
All lies and jests
Still a man hears what he wants to hear
And disregards the rest*

«The boxer»,
SIMON AND GARFUNKEL

Los tímbalos de las cigarras sonaban a lo lejos con el ritmo pausado del amanecer. Vera escuchó también el canto de un mirlo. Aún no había salido el sol, pero los primeros rayos empezaban a asomar a lo lejos. Prometía ser un día de calor sofocante de agosto.

La nave estaba cerrada. Vera se cercioró de que no había nadie por los alrededores de la cementera antes de colocarse la linterna en la boca, sacar una pequeña ganzúa y abrir el candado. Dentro había maquinaria vieja y destartalada, mucho polvo de color gris y algún que otro bidón cubierto de óxido. Se fijó en que en el suelo había señales de arrastramiento. Las analizó con rapidez. A su mente venían una y otra vez imágenes de la noche anterior, los tipos aquellos, degenerados, comiendo de su cuerpo. Aguantó una arcada.

«Me han hecho aborrecer el sushi, cabrones hijos de puta.»

Enfocó el suelo con el haz de luz. El polvo abundante había dejado marcas por todo el lugar que iban desde un extremo de la nave hasta la puerta. Siguió el

rastró hasta llegar a unos fardos cubiertos por un plástico de color negro. Se puso unos guantes de látex y lo levantó con cuidado. De entre los fardos asomaban cañones de fusil.

«Joder. Cuatro Cuernos de chivo. Y Beretas. Y Glocks. Bombas de humo. Y munición para cargarse a media ciudad. Menudo arsenal.»

Vera sacó fotos con el móvil y volvió a dejarlo todo como estaba. La preocupación era cada vez más intensa. Sin duda las señales de arrastre eran de algo que ya se habían llevado. La posibilidad de que fuera algo más mortífero que aquello que estaba ante sus ojos la estremeció.

Tendría que mirar las partidas de explosivo industrial de alguna de las empresas de Areces que dominaba Darío Gara. Seguro que allí encontraría algo.

Miró su reloj. En una hora entraba en la oficina, tenía que apresurarse. O Berto volvería a entrar en cólera. Y era necesario tenerlo lo más calmado posible.

Luka Ivanov, alias el Tártaro, caminó por el gimnasio, aspirando el olor a sudor y testosterona que, a pesar de la sofisticación del lugar, acababa emergiendo y dominándolo todo. Buscaba al Poeta. Ivanov tenía a gala no precipitarse, las prisas llevaban a errores, y su filosofía consistía en hacer las cosas bien, una cada vez. Areces le había encargado que le anunciara con firmeza que estaba a punto de volver al ring a pesar de sus reticencias después de la muerte de su amigo. Pocas cosas le gustaban más al Tártaro que un buen combate de boxeo. Especialmente si lo organizaba Berto Areces.

Al fin lo encontró. Dídac estaba entrenando con el saco, golpes contenidos, secos pero rítmicos. A Luka le pareció un gladiador, con aquel cuerpo firme y definido. Se acercó por la espalda, en silencio, y el boxeador dio un respingo.

—¿Cómo te va, Poeta? ¿Cómo andas?

—¡Ah...! ¡Eres tú, Luka! —Zarco se pasó el guante por la sien para secar el sudor en un gesto inconsciente—. Bien, me encuentro bien... —Lo miró unos

segundos y continuó con su entreno. El Tártaro se puso detrás del saco y lo sujetó con su cuerpo.

—A ver... dale fuerte: quiero sentir la potencia de tus puños. Me han dicho que eres muy bueno.

Dídac prefirió no pensar lo que significaba aquella actitud inesperadamente amistosa y volvió a la faena. Aumentó la fuerza de los golpes, mientras Luka lo estudiaba. Estaba en forma, pensó, aunque le faltaba tiempo para dar lo mejor de sí. Luka Ivanov sabía de boxeo, lo practicaba de forma amateur, pero nunca pensó en dedicarse profesionalmente. Prefería más la pelea abierta, donde valiera cualquier cosa, y por mejores motivos que dejarse machacar por una bolsa ridícula. Los grandes campeones ganan pasta, sí, pero antes te has tenido que partir la cara muchas veces. Y eso no iba con él. Dejó el saco y se puso de nuevo a su lado.

—¿Te gustaría volver a pelear pronto?

Dídac se tomó unos segundos largos antes de contestar.

—Creo que me encuentro bien, aunque sé que puedo mejorar. —Lo deseaba en cierto modo, pero a la vez lo temía: la imagen del Tigre muerto le atormentaba cada noche.

—¿Conoces a Flores?

—¿El Gitano?

—Ese mismo.

Zarco se paró y contestó con la voz jadeante después de unos segundos.

—Nunca he peleado con él, pero es muy bueno, joder, lo he visto dos veces. Tiene una derecha letal, es como una maza, te golpea muy seguido, y se mueve muy rápido. Tan rápido que cuando le vas a devolver los golpes ya no sabes dónde está.

El Tártaro no estaba muy seguro de lo que significaba «letal», pero como luego siguió «maza», supuso que era igualmente malo.

—Pues ahora vas a tener tu oportunidad.

Dídac escrutó su semblante: expresaba muy poco, salvo unos ojos oscuros que

parecían absorber la luz como un agujero negro. Se quedó callado en espera de que siguiera el esbirro de Areces con su perorata, y en efecto lo hizo.

—Estás de suerte. Tienes una pelea firmada para dentro de dos semanas. En ese tiempo podrás acabar de ponerte en forma. Sé que es bueno, pero le puedes ganar. Para eso estás aquí. —Y girándose señaló a un tipo muy alto y delgado, pelo negro encrespado y manos huesudas que acababa de entrar en el campo visual de ambos acompañado de Andrea, la entrenadora habitual de Zarco—. ¿Lo conoces?

Dídac reconoció a Pablo Bartual, un entrenador con buena fama, un clásico, pero que en los últimos años había decidido irse a Venezuela tras recibir una oferta de la federación de boxeo chavista para formar una cantera nacional que pudiera ser el orgullo de Hugo Chávez, un apasionado del cuadrilátero. Pero Venezuela se fue a la mierda, como era público y notorio, pensó Dídac, y Pablo no había tenido más remedio que volver. Se preguntó si la experiencia le había dado al menos dinero, ya que estaba claro que cuando la gente no puede comer no hay cantera de boxeadores que valga.

—Pablo, ¿qué tal?

El recién llegado lo agarró de ambos antebrazos, a modo de saludo, y le sonrió de forma sincera.

—Dídac, me alegro mucho de verte. Siento lo del Tigre, pero ya sabes. El boxeo es así. Un accidente. No dejes que eso te marque.

Dídac asintió y miró levemente hacia abajo, pero no dijo nada, así que Bartual continuó.

—Estoy aquí porque me ha llamado Andrea. Hay chicos que prometen mucho, pero tú eres ya un gran púgil. Sé que te entrena ella, es la mejor, pero yo te voy a ayudar a preparar la pelea con el Gitano.

—No sé, Pablo, ese tío es muy bueno... y solo dos semanas, no es mucho tiempo. Siempre ha estado muy por encima de mí en el ranking, y después de lo que pasó... No sé, es un hueso muy duro de roer, y yo he estado un tiempo inactivo, sin entrenar...

Andrea porfió.

—Poeta, confía en mí, le puedes ganar. El Gitano tampoco está en su mejor momento. Acaba de ser padre por vez primera, y me han dicho que cada vez le cuesta más encerrarse en el gimnasio. Y ya sabes. Las drogas. El alcohol. La fiesta. No está en un ambiente demasiado propicio. Tú, sí. Estás aquí.

—Todo saldrá bien, Zarco —terció el Tártaro—. Pero no hay discusión, la pelea está firmada. Trabaja duro y no defraudes al señor Areces. El que paga, manda.

Dídac no respondió y lo miró con intensidad. No le habían consultado. Por un momento notó la ira poseyéndolo. No le gustaba sentirse al margen de las decisiones que le afectaban, pero luego comprendió que ahora aquel era su lugar de trabajo, un lugar donde refugiarse del mundo exterior donde el Tigre ya no existía, y de sí mismo. Y si el Gitano le daba una buena paliza a lo mejor podía aprender de ese dolor, a modo de expiación de su gran pecado. Se volvió hacia Andrea y hacia Pablo Bartual, ignorando al Tártaro.

—Está bien, pelearé.

Hugo fotografió con disimulo al tipo que estaba hablando con Vera. Un hombre alto, de pelo rapado a cepillo, bigote y aires marciales. Si no encontraba nada de ella, a lo mejor encontraba algo a través de la gente que estaba con ella. Y aquel hombre prometía. Ella le enseñó el móvil. Él analizó lo que veía. Ella tecleó algo en la pantalla. Sin duda le estaba enviando algo. Luego, se despidieron con un gesto y el hombre caminó en sentido contrario.

Vera se quedó mirando al hombre unos segundos y después a su alrededor. Poco más tarde emprendió, a grandes zancadas, camino hacia las oficinas de Areces, que estaban a unos doscientos metros del lugar del encuentro.

Hugo se desentendió de la mujer y decidió seguir al hombre. Seguro que sacaba algo más provechoso que de ella. Ese tipo no parecía un espectro.

Gladys y Zarco

15 de agosto, martes

«Joder, cómo se mueve la tía.»

Bartual admiró la técnica de la boxeadora.

«Si fuese un hombre sería campeón del mundo.»

Zarco trataba de impactar con su derecha en la cabeza de Andrea, pero la joven se movía con agilidad, su torso era como una peonza, y cuando salía de entre las cuerdas lo hacía con un movimiento acrobático de las piernas que dejaba a Dídac paralizado durante unos segundos. Pero bueno, ese era el plan. El Gitano era célebre por su juego de piernas a lo Ali y su ráfaga de golpes que volaban sobre la cabeza de sus oponentes como un tornado. Bartual había dicho que la única posibilidad que tenía ante Flores era poderlo fijar con un buen golpe, y luego rematarlo, siempre y cuando, claro estaba, la derecha del Gitano no le hubiera dejado para el arrastre, porque «era realmente demoledora».

Bartual se secó el sudor de la frente con un pañuelo doblado que llevaba siempre en el bolsillo y comenzó a gritar: «¡Cúbrete más y finta!» «¡Zarco, esa derecha! ¡La derecha! ¡Bascula!» «¡Un jab, ahora, haz que silbe el aire, hostia!!»

Zarco era muy bueno, pero aún estaba algo verde. Habría que trabajar mucho y de manera muy intensa para ganarle al Gitano. Andrea le tenía que dar mucha más caña.

Gladys se miró en un espejito y sacó una barra de labios del bolso. Estaba frustrada. No era capaz de centrar el reportaje de las prostitutas; la perturbaba lo que su amigo el mosso le había comentado del perfil hecho por Sanjuán del asesino, en particular la idea de que iba a volver a matar, porque pensaba que era cierto. Estaba atascada. Lo quería hacer bien, con el tono justo. Sin demasiado morbo. Dar dignidad a las víctimas. Por otra parte, el asunto de la casa de acogida era muy goloso pero...

La noche anterior había vuelto al Lord Byron. Estaba Anatole y al fin había accedido a hablar con ella. Le pidió que no sacara en prensa nada del asunto de la casa de acogida. No estaban seguros de que Tatiana no estuviese en peligro. Dar cualquier tipo de pista sería un suicidio. Se daba cuenta de que tenía razón. El asesino había empezado a actuar justo después de la huida de Tatiana, podía ser una casualidad, pero él no lo creía así.

Así que aceptó con alegría la entrevista a Dídac Zarco. Algo nuevo, fresco, para desengrasar. Admiró las instalaciones del gimnasio. El tal Areces estaba montado en el dólar, saltaba a la vista. Parecían las instalaciones de una nave espacial. Se pintó los labios, se retocó y se dirigió al cuadrilátero, acompañado de uno de los que trabajaban allí, y ella le despidió con una sonrisa. Se dirigió al cámara que lo acompañaba:

—Tony, ve grabando, y sácame a Zarco, ¿eh?, no te comas con la cámara a la chavala, que te conozco...

Tony, un joven becario de Audiovisuales, sonrió.

—Vale jefa, pierde cuidado. Seguiré de pagafantas para siempre.

Tony se acercó con su cámara y llegó a tiempo de ver un buen golpe de Andrea al mentón acolchado por el casco de Zarco. La entrenadora hizo un gesto queriendo decir «cúbrete bien», y luego se escabulló admirablemente de una acometida enfurecida del Poeta. Siguieron un par de minutos más, y Andrea levantó la mano.

—Vale, Dídac, descansemos un rato —dijo Andrea, quitándose el bocado—. Además, tenemos visita. —Señaló hacia Gladys.

Dídac miró a Gladys, que charlaba con Bartual. La joven, de larga melena castaña, con un vestido con vuelo de color pastel y sandalias bajas a juego, contrastaba con aquel lugar tan aséptico.

—Dídac —dijo Bartual—, te presento a Gladys, ella es la presentadora del programa *CatalunyaEnVivo*. Tenemos que hacer publicidad, esto va a ser un acontecimiento, y esta señorita va a sacar al boxeo de la cueva en la que todos los sabelotodos y defensores de los derechos humanos lo han encerrado desde hace veinticinco años.

Dídac, apoyado en las cuerdas, puso cara de circunstancias. Sabía que tenía que pasar por ahí, pero no era un plato de su gusto, sobre todo porque el tema de conversación estrella iba a ser lo que pasó con el Tigre, como era lógico. Se quitó todo el equipo que llevaba con la ayuda de Andrea y bajó del ring.

—Mucho gusto. —Le dio su mano con el vendaje todavía puesto.

—Encantada. Me llamo Gladys, y este es Tony. —El cámara agitó su mano izquierda mientras seguía rodando—. Si te parece podemos hacer la entrevista aquí, junto al ring. ¿Es un buen encuadre, Tony?

—¿Les importa si me pongo algo por encima?

Andrea le trajo un albornoz a Dídac.

Después de que Tony sugiriera moverse unos pasos, buscando un buen encuadre, Gladys adoptó una postura seria y concentrada y se dispuso a comenzar.

—Zarco, ¿cómo se encuentra? Tengo entendido que después de su última pelea estuvo un tiempo desorientado... había dejado los entrenamientos, ¿no es así?

Zarco suspiró. «Allá vamos», se dijo.

—Sí... bueno, lo que pasó con Jorge —sintió una punzada; desde aquel día no había vuelto a utilizar su nombre de pila—, el Tigre... nadie lo esperaba, fue una gran desgracia, y... bueno, estuve un tiempo reflexionando. Los boxeadores somos personas, y esas cosas nos afectan como a cualquiera.

—Claro. Tengo entendido que usted y el Tigre eran buenos amigos, ¿verdad?

Ha tenido que ser una experiencia terrible.

El corazón de Zarco se aceleró, ese dolor interior que le impedía dormir más de una noche. Pero no se despidió de su actitud lacónica.

—Sí, en efecto, éramos amigos. Fue algo muy duro.

—Entiendo, y ahora vuelve para un combate espectacular... ¡nada menos que con Rafael Flores, el Gitano!

Zarco no acababa de soltarse.

—Así es, un gran boxeador.

—¿No es un regreso algo arriesgado? Quiero decir... nunca han peleado entre ustedes, pero el Gitano siempre ha estado por encima en los rankings...

—Desde luego va a ser una pelea muy complicada. Pero mi manager y mi entrenadora creen en mí, y he decidido que vale la pena aprovechar esta oportunidad.

Gladys era una periodista original; lo suyo no era dar de comer al cliché. Le gustaba entrar a fondo en el alma (si la tenían) de los que entrevistaba. Y aquel chico no parecía el típico boxeador sin nada que aportar. Tenía que espabilarlo.

—Dígame, Zarco, ¿cree que se pudo evitar la muerte de Jorge Chaves, el Tigre? ¿No piensa que a veces en el boxeo la salud de los púgiles queda en un segundo plano ante el interés del dinero que se mueve?

Zarco acusó la pregunta. Gladys lo vio claramente en un gesto casi imperceptible de angustia que nubló sus ojos durante un instante. Y de modo instintivo sintió haberla hecho, aunque ya era demasiado tarde. Pasaron unos interminables segundos antes de que el púgil abriera la boca.

—No lo sé... la verdad; quizá. No sabía que él tenía ese problema en la cabeza, no sé, creo que no se lo habían detectado... si yo lo hubiera sabido no hubiera peleado, téngalo por seguro. Pero nos puede pasar a todos los que boxeamos. Y sí, claro que hay intereses económicos, pero como en todas partes. ¿Acaso ustedes muchas veces no hacen preguntas que no deberían hacer solo para subir puntos en la cuota de pantalla?

El contraataque de Zarco la sorprendió, pero lejos de molestarla, Gladys se

sintió admirada. Ese hombre no era un zoquete que solo sabía dar golpes para vivir. Recordó que le llamaban el Poeta, y estaba claro que sabía pensar muy bien.

La entrevista duró unos minutos más. Tony aprovechó para pedirle algunos planos impactantes a Zarco, que accedió a regañadientes. Aquellas situaciones eran escollos que su timidez no llevaba nada bien. Luego el joven becario se dedicó a desmontar la cámara y los focos y devolverlos a la furgoneta.

—¡Dídac! ¡Espera!... siento si te ha incomodado alguna pregunta. Es mi oficio. —Gladys se sentía mal por haber sido tan agresiva. Siguió a Dídac, que caminaba a grandes zancadas hacia la ducha.

Dídac se dio la vuelta y dio por buena la expresión dulce y culpable de la periodista. Era guapa, sin exageración. Tenía los ojos bonitos, dulces, castaños. Como los de Lara. Por vez primera dejó de verla como una amenaza y se relajó.

—No te preocupes —le devolvió el tuteo—. Tus preguntas han sido inteligentes... solo que algunos recuerdos todavía duelen. Hace muy poco de lo de Jorge. Compréndelo.

—Gracias... No me apetecía volver al trabajo sintiendo que he metido la pata. En realidad intento mantener el equilibrio entre el morbo para tener audiencia y algo de moralidad en estos tiempos difíciles... y dime, *off the record*, ¿te ves capacitado para ganar, Dídac? Me he informado y me han dicho que el Gitano pega muy duro.

Dídac se encogió de hombros. No lo tenía claro en realidad, pero no se lo iba a decir.

—Por supuesto, de lo contrario no pelearía con él... Está difícil, pero... ¿sabes una cosa? Después de lo que pasó con el Tigre es como si los golpes me dolieran menos... no sé, es difícil de explicar...

—Te entiendo... ¿quieres decir como si merecieras sufrir? ¿Es eso? ¿Un castigo por tus pecados?

Dídac sonrió. Permaneció unos segundos callado.

—No sé... quizá... pero bueno, voy a hacer todo lo posible para que no me

machaque, y tener pecados de sobra para expiar en la siguiente pelea —le sonrió.

Ambos se dieron la mano. Gladys admiró la fuerza del apretón, y también las facciones duras y atractivas de Zarco. El apretón duró algo más de lo necesario. Los ojos del boxeador se cruzaron con los suyos. Había en aquella mirada un poso de melancolía y algo más, un deje de desesperación que a ella le pareció lo más auténtico que había visto en mucho tiempo.

16 de agosto, miércoles

—Se va siempre un poco antes de la una de la madrugada, y es difícil saber si, como tú dices, hay un «patrón», ese tipo puede ir cualquier día —le había dicho Samir, después de estar largos días durante semanas vigilando la casa. Por el «tipo», Rusty entendía a Anatole, el benefactor que Dolores Petrova nombró como responsable de que Tatiana estuviera a buen recaudo.

Pero al menos tenía una cosa clara: nunca se quedaba más allá de la una de la madrugada.

Tatiana había salido una vez más en el tiempo en el que Samir había estado vigilando: en compañía de quien parecía ser un escolta había estado en el Corte Inglés de plaza de Catalunya comprando cosas, no se sabe si para ella o para la casa, Samir no entendía de eso. Tampoco había ido a correr en la última semana.

Rusty encendió un porro y meditó a su manera.

Por una parte, tenía miedo de que lo atraparan. No miedo en un sentido profundo, no estaba aterrado, era más bien una apreciación intelectual de lo mal que le iba a sentar estar en la cárcel por mucho tiempo. Sabía de modo instintivo, por comparación a lo que había visto en su mundo, que él no sentía el miedo como los demás. Él nunca tuvo la sensación de desencajarse, o la de sudar como había visto a tantos otros ante la perspectiva de jugarse el tipo. O de matar.

Por otra parte, tenía que actuar ya o Areces le iba a dar una patada en el culo, a lo que habría que sumar su propio deseo, cada vez más acuciante, de darse un festín con la chica de Kiev.

Tatiana miró otra vez entre las cortinas hacia la sierra. Era consciente de que en su casa en Kiev las cosas no serían fáciles, pero había estado pensando y sopesando todo durante todo ese tiempo de vivir oculta, protegida pero prisionera.

España no había sido un hogar para ella, sino todo lo contrario. Europa había dejado de ser un ideal y se había trastocado en una pesadilla. No, haría algo en su país, lucharía por mejorar, por hacer algo útil en su tierra. Quería sentir el calor de nuevo de los suyos, lo echaba de menos de un modo profundo, que no permitía ser reemplazado por el sucedáneo de una vida cómoda en Barcelona o en cualquier otro sitio fuera de su casa. Ahora lo sabía.

Se metió en la cama y se dispuso a leer una revista para distraerse un poco y refrescar su lectura de español. Cogió un *Hola* con las páginas ajadas y un lápiz. En la portada estaba Mario Vargas Llosa con una mujer que no reconoció. Recordaba su foto por sus clases de español en Kiev. Habían leído una traducción de *La fiesta del Chivo*. Era curioso, aquella historia le había intrigado y por desgracia podía entender bien al tirano que protagonizaba el libro: un sátrapa que en muchos aspectos (desde luego no en el exterior, pero sí en su forma de exigir que se cumplieran sus deseos) no estaba muy lejos de Berto Areces. Al cabo de unos minutos, sin embargo, el sueño empezó a vencerla. Tatiana dejó el libro y el lápiz sobre la mesilla de noche. Apagó la luz, se quedó dormida en breves instantes.

Rusty miró su reloj, era exactamente la una y quince minutos. Escuchó los ruidos de la noche, el corretear de un zorro detrás de un conejo, alguna cigarra, un búho ululando. La noche era oscura y siniestra. O al menos a él se lo parecía.

Se aseguró de que no hubiese moros en la costa.

Se quitó los auriculares cuando Bobby Darin terminó de cantar *Mack the knife*, una canción que siempre le daba una gran energía, y ahora la iba a necesitar: era su canción talismán cuando había que ser particularmente osado.

Se mojó el labio superior con la lengua. Calculó que habría unas seis habitaciones en la casa.

«Está bien. Habrá que ir una por una.»

Empezó a caminar los doscientos metros que le separaban de la casa. El coche estaba aparcado a unos cincuenta metros de la puerta de entrada. «Hasta ahí no llega la cámara de vigilancia. La cámara mira sobre todo al interior de la verja y al pequeño jardín que da acceso a la puerta principal. Otra cámara mira hacia el exterior, pero su rango de barrido no es tan amplio.»

El vigilante nocturno, le había dicho Samir, va vestido de paisano. Se dirigió hacia él.

Rusty lleva puesto un uniforme de una compañía de seguridad, anda con calma, una linterna en su mano derecha, la tonfa alojada en el cinto. Hace un gesto de saludo con la mano izquierda. El tipo del coche apaga el aire acondicionado y baja la ventanilla; mira con curiosidad a Rusty, no ve a nadie más por los alrededores.

—Hola, disculpa —dijo Rusty—. He estado haciendo la ronda más arriba, y algunos vecinos me han informado de que había gente sospechosa rondando por esa zona... me preguntaba si tú habías visto algo raro por aquí. ¿Sabes? Ha habido en el último mes algunos robos, y la gente anda nerviosa...

—¿Qué gente? Si por aquí no hay nadie. ¿De dónde vienes exactamente? ¿Y por qué me preguntas a mí?

Rusty comprueba que la mano derecha del tipo no está a la vista, entonces, piensa, todo depende de la velocidad. Esas son las situaciones donde él no se pone nervioso, su corazón no enloquece, su voz no denota ansiedad. La linterna de Rusty ha pasado ahora a la mano izquierda. El tipo tampoco puede ver su mano derecha.

—Bueno, ¿sabes? Llevo mucho tiempo en esto, y puedo distinguir a un coche de vigilancia a kilómetros... y dado que aquí hay una casa para refugio de mujeres, he pensado que...

Pero no completó la frase. Un cuchillo emergió, veloz, y alcanzó el cuello del

vigilante, que se tensó como una cuerda.

—Lo que tengas en la mano derecha, déjalo en el asiento de atrás, lentamente.

—Un hilillo de sangre empezó a manar de la garganta del conductor. Él obedeció y, moviendo la mano muy despacio, tiró una pistola hacia atrás, donde le había dicho.

—Muy bien. Y ahora ponte esta esposa en tu mano derecha y en el volante — le ordenó, sacándolas de la parte trasera donde se alojaban, la linterna ya metida en el bolsillo.

—Tío, ¿estás loco? No hagas esto. Te estás metiendo en un lío muy grande. A Anatole no le va a gustar nada.

—Ya, supongo. ¿Sabes? Ese tal Anatole empieza a ser una auténtica molestia, pero espero que hoy terminen nuestros problemas.

Rusty cogió las llaves del coche, lo rodeó y abrió la puerta de detrás para recoger la pistola. No le gustaban las armas de fuego, muy impersonales, y solo complicaban las cosas cuando algún gilipollas se ponía nervioso y te metía una bala en el hígado. Lo había visto en sus tiempos de pandillero en Puerto Rico: chavales como él cocidos en refriegas porque todo el mundo quiere hacerse el duro en negociar y traicionar. La llevó atrás, abrió la portezuela del maletero y la dejó ahí, después de limpiarla por completo de huellas con un pañuelo que sacó del bolsillo superior de su camisa. Volvió al lado de la ventanilla del conductor.

—Escucha, hagamos esto rápido. Dos preguntas. Una: ¿cuántas chicas hay en la casa? Y dos: dime cuál es el procedimiento para avisar a las chicas de que algo raro pasa, que tienes que entrar a echar un vistazo. —Volvió a poner el cuchillo en el cuello del vigilante; apretó un poco para motivarle—. Vamos, no tengo toda la noche.

—Hay... un número en mi móvil para contactar con una chica que se llama Sandra, la responsable de la casa. Ahora solo están ella y otra más, Tatiana.

—Muy bien. Llámala, dile que tienes la foto de un tipo que te parece sospechoso, y que quieres que la vea, que es urgente, que lo sientes mucho... Otra cosa, ¿hay gente ahora mirando las cámaras?

—No, están por seguridad, para que luego las podamos revisar en caso de necesidad, o si hemos visto algo raro...

—Ok, coge el teléfono y haz esa llamada. Pero ten cuidado con lo que dices. Si oigo algo que no me gusta será lo último que digas.

Cuando Sandra dijo «bajo en cinco minutos», Rusty se felicitó por su suerte. Por ahora todo iba según lo previsto, y eso para variar, le agradaba. Sacó del interior de sus bolsillos unos guantes de látex. Liberó al vigilante y se puso detrás de él con el cuchillo. Lo necesitaba en la puerta, cuando Sandra abriera. Le obligó a ponerse las esposas. Anduvo con él hacia la casa y esperó pacientemente a que abriera Sandra.

—Si la avisas de algún modo lo vas a pasar mal, tenlo presente.

El vigilante respiraba con dificultad, y se forzó por puro instinto a relajar su cara cuando Sandra mirara por el ojo de buey de la puerta.

Sandra se puso el batín y bajó a abrir. Miró por el ojo de buey y reconoció al hombre. Sandra era una veterana de treinta años, estuvo al principio en la casa, hacía ya seis años, cuando se abrió, y una vez que se solucionó su problema, se quedó como la encargada, la mujer de confianza de Anatole. Él apreciaba en ella su modo de tratar a las chicas, cómo las animaba y les daba esperanzas. Había hecho de esa labor su misión, y estaba feliz porque disponía de un hogar y una familia, aunque sus miembros fueran cambiando con el tiempo.

Cuando abrió notó rápidamente que algo no iba bien. La oscuridad de la noche estaba atenuada por un farol de luz adosado a la pared exterior, pero pudo ver claramente el miedo en la expresión del vigilante. No tuvo tiempo de reaccionar. Se vio impelida hacia el interior por el cuerpo del hombre esposado, que había sido lanzado violentamente desde el interior.

Sandra cayó al suelo con estrépito, y parte del cuerpo del protector cayó sobre ella, ahogándola. Rusty cerró rápidamente la puerta. La luz del hall estaba encendida, así que Sandra pudo ver claramente los ojos de Rusty, y comprendió

que solo le quedaban unos segundos de vida, mientras el vigilante intentaba ponerse en pie con las manos esposadas.

Rusty no tembló. Primero fue hacia el hombre y le cortó el cuello con el cuchillo. El vigilante solo pudo lanzar estertores de desesperación y dolor. La sangre salió de su cuello como un río, salpicando el rostro de Sandra, que lanzó un grito ahogado. Se levantó al mismo tiempo, espoleada por el deseo de vivir. Buscó algo con lo que defenderse y se fijó en el bate de béisbol que, por si acaso, Anatole un día había dejado dentro del paragüero.

Arriba, Tatiana se despertó con el corazón desbocado. Los ruidos solo podían significar una cosa. Escuchó algo a continuación que se le clavó en el corazón como un dardo envenenado: «¡Tatiana, huye, va a por ti!». Corrió hacia la cómoda, sacó unas tijeras y se dispuso a abrir la habitación y salir al rellano de la planta primera, en auxilio de Sandra.

Pero ya era tarde. Cuando se asomó al hall y miró abajo Sandra tenía un cuchillo clavado en el corazón y estaba en brazos de Rusty. No pudo apreciar que el vigilante yacía también unos metros a su derecha envuelto en sangre, porque no apartó un solo instante su atención de ese cuadro de muerte.

Rusty no parecía agitado. Tatiana vio en sus ojos una extraña luz, como si el acto de asesinar concediera al ejecutor una extraña aura de paz.

—Tatiana, ¡al fin! —dijo Rusty, con voz controlada—. No sabes cuántos problemas me has dado —siguió, avanzando hacia las escaleras que estaban a su derecha—. Por tu culpa he tenido que hacer cosas horribles... ¿No te das cuenta?

Tatiana alzó las tijeras, amenazante, y tragó las pocas lágrimas que habían brotado a pesar de su esfuerzo.

—Hijo de puta, Rusty, ¡has matado a Sandra!

—Sí... no he tenido más remedio. No debiste marcharte, Tatiana, y luego me dejaste en ridículo en casa del cantante... En fin, qué quieres que te diga. Aquello me dolió, la verdad.

Tatiana calculó sus posibilidades; le separaban diez metros de Rusty. Refugiarse tras una puerta podía darle algo de tiempo, pero no había forma desde

las habitaciones de lanzarse a la calle, estaban muy altas, y luego quedaría inerme ante él si salía indemne de la caída. Sin embargo, de pronto no quiso. En su fuero interno no quiso correr más. «Ya basta —se dijo—, no quiero esconderme de nuevo.» Dejó de temblar y la inundó una ira profunda, emanada de tantas humillaciones, de la esclavitud en la Europa del progreso, de las chicas asesinadas por ese bastardo.

Rusty vio la resolución en los ojos fieros de Tatiana, y aquello le agradó.

—¿Sabes? He de reconocer que eres valiente. Una puta, eso sí —sonrió—, pero tienes cojones. —Seguía avanzando, y de pronto paró—. Tengo una idea. No voy a utilizar esto. —Desvió sus ojos hacia el cuchillo, que guardó en una funda adosada al cinto—. Prefiero esto. —Y sacó con lentitud la tonfa—. Quiero que sufras, que sientas el dolor.

Tatiana lanzó un grito desgarrado y se lanzó hacia él con sus tijeras, ya no quería esperar más, Rusty la evitó con una finta y le golpeó la espalda con la tonfa. Ella rodó por las escaleras, sin control, las tijeras ya olvidadas en un escalón.

Rusty corrió tras ella y empezó a golpearla con la porra en la cabeza y el torso, en los pechos, en las piernas; Rusty saliva de gozo, la bestia ya liberada, una erección entre sus piernas, la cara magullada de Tatiana un cuadro barroco que le deslumbra y le anima a seguir; el tiempo se detiene, él es Dios, ella un ángel caído por desobedecer y enfrentarse a él. Rusty es la verdad y la vida, porque administra la muerte. Los golpes se suceden, brutales, secos, se escucha el ruido de los huesos al romperse, de la carne tumefacta y mazada. Tatiana no puede ya abrir los ojos, su rostro es un guiñapo donde minutos antes había una perfección insultante. Sus labios presentan burbujas de espuma sangrienta. Intenta decir algo. Apenas lanza sus piernas contra el cuerpo de la bestia, que se ha puesto a horcajadas sobre ella. Al poco, su mente ya ha desaparecido. Tan solo el ruido, el dolor, la angustia ancestral cuando él profana su cuerpo dentro de ella, con su garganta rodeada por sus manos. Su único momento de suerte es el mismo final: perder el sentido. Para frustración de Rusty, ella ya no puede

notar la procaz exclamación del asesino cuando, ahíto, concluye el estrangulamiento con el orgasmo.

Atando cabos

16 de agosto, miércoles

—¿Qué ha pasado? —Era justamente lo que estaba preguntando Gladys a su amigo Raúl, su amigo y mosso de la policía judicial de Barcelona y encargado de las relaciones con la prensa, aunque ella ya se temía lo peor.

Raúl la tomó del brazo y la alejó unos metros de la verja de entrada de la casa, con cara de circunstancias.

—Ha sido un asesinato múltiple, un horror. Han muerto dos chicas y un vigilante de la casa. Hace un par de horas vino el relevo del vigilante y ha encontrado este panorama.

Gladys, que había llegado corriendo con Tony, su cámara, no había tenido tiempo de reparar en que enfrente de la casa, apoyado junto un BW5 todoterreno, se hallaba Anatole hablando por teléfono. Ahora, obligada a una pausa y a mirar, lo vio. Rápidamente ató cabos.

—Oh... no, ¿quieres decir que esta era la casa refugio de chicas rusas?

Raúl se sorprendió.

—Sí... ¿cómo lo sabes?

Gladys sintió un mareo que la obligó a apoyarse en el brazo de su amigo.

—¡Dios mío, Tatiana! —apenas atinó a decir en un grito ahogado.

Miró con ojos de terror a Raúl.

—Dime, ¿una de las fallecidas es una chica llamada Tatiana?

Metros atrás, junto a la furgoneta, Tony ya había preparado su cámara y colocado un trípode para recoger planos sólidos de todo el lugar. Le estaba

haciendo una señal a Gladys para indicarle que ya estaba operativo. Ella lo ignoró, y él se encogió de hombros.

Raúl repasó sus notas en una libreta que extrajo del bolsillo.

—Sí, así es..., Tatiana y Sandra. Te lo volveré a preguntar: ¿cómo lo sabes?

Gladys tragó saliva, sabía que tenía que hacer su trabajo, no podía disponer del tiempo que hubiera necesitado para recomponerse y analizar debidamente lo sucedido. Miró ansiosa su reloj. La cadena esperaba una conexión en directo dentro de cinco minutos.

—No tenía idea de que ella viviese aquí, pero he pensado que Tatiana podía ser una de las chicas muertas. Sabía que la estaban amenazando... mira, es una historia algo larga, te la puedo contar más tarde. ¿Ya habéis hablado con él? — dijo, señalando con un gesto a Anatole, que seguía ocupado en el teléfono con rostro hierático.

—Sí, él fue quien nos llamó. Vino a las nueve de la mañana para traer unas cosas a la casa, algunos libros y revistas para Tatiana, según dijo, porque estaba aprendiendo español, y quería también hablar con las chicas. Nos ha explicado que este lugar era un hogar de acogida de chicas rusas que querían huir de la prostitución forzada y trata de blancas. No parece sospechoso, pero tendremos que hacer la comprobación de rigor; cuando acabemos aquí nos lo llevaremos a comisaría, supongo que en breve lo dejaremos en paz.

—Sí, desde luego, Anatole estará destrozado... pero está limpio, creedme. A lo mejor él os puede dar información valiosa, preguntadle. —Gladys sabía que Tatiana huía de Berto Areces, y por supuesto Anatole, pero esa información no quería revelarla sin saber si Anatole estaría de acuerdo con ello. No quería andar en suelo pantanoso; los contactos con Anatole eran privados—. Dime, ¿qué os ha dicho? ¿Os ha indicado ya algún culpable? ¿Algún sospechoso?

—No, por ahora nada; la verdad, tampoco ha hablado mucho. Le hemos pedido que identificara los cadáveres, y él se ha quedado largo tiempo contemplándolos, me ha dado escalofríos, joder. Era como un autómatas, como si

quisiera grabar en su mente cada detalle de lo que estaba viendo. Pero espero que en la comisaría sea más comunicativo. ¿Le conoces bien?

—No, en realidad solo lo vi una vez... —Tony le hacía gestos ostensibles de que tenían que prepararse ya, pues solo quedaba un minuto para entrar en directo. Gladys tomó una decisión—. Escucha, podemos vernos hoy si quieres, tú y yo, la comida del sábado que teníamos pendiente te la cambio por una cena más adelante, ¿te parece? Quizá te pueda contar más cosas, siempre y cuando aflojes algo del asunto... ¿ok? —Gladys le sonrió por pura profesionalidad, en su interior estaba derrotada. Y sin esperar respuesta, continuó—: ¿Y de esto, qué puedes contar?

Raúl movió la cabeza. Esperaría a ese encuentro para sonsacarle, sabía muy bien que ella no diría nada si no estaba convencida de que tenía que hacerlo; el secreto profesional puede amparar muchas cosas, y él no tenía ni tiempo ni ganas para emprender el camino de la confrontación con una periodista que además era su amiga y le gustaba.

—Mira... te cuento. No vamos a comentar cómo murieron, solo diremos que de forma violenta, con armas contundentes y blancas. Tampoco vamos a decir que esta casa era un refugio para chicas, no queremos que haya alarma social y de pronto todas las mujeres escondidas empiecen a temblar de miedo, ¿de acuerdo?

—¿Se llevaron algo?

—Por ahora no lo sabemos. Venga, comencemos la entrevista de una vez.

Gladys, todavía en piloto automático, y poniendo una cara inexpresiva, esperó a que Tony le hiciera la señal de «estás dentro».

—Buenos días. Estamos en la carretera de Collbató... una zona de belleza incomparable al lado de la sierra de Montserrat. Desde aquí se divisan hermosos parajes si caminamos solo unos metros, pero, por desgracia, ha sido objeto de un terrible suceso. Esta mañana se han descubierto los cuerpos sin vida de tres personas, un hombre y dos mujeres, que parece ser que vivían en esta casa, aunque entre ellos no existía ningún parentesco...

Unos cien metros enfrente de donde tenía lugar esa entrevista, Anatole colgó el teléfono. Su mirada tenía el color del acero, las aletas de su nariz se abrían y cerraban quizá con mayor amplitud de lo habitual. Su mano izquierda temblaba casi imperceptiblemente y terminaba en un puño crispado.

Volvió a marcar un número con el pulgar de la derecha. Pasaron unos segundos.

—Hola. ¿Es usted Marc Roselló?

Marc estaba ensayando al piano. Dejó de tocar con una imprecación. Estuvo a punto de no coger el teléfono, un número desconocido, pero algo le dijo que sí. Inmediatamente recordó a quién pertenecía esa voz y aquel acento peculiar. Tenía una gran memoria para las voces. Se estremeció, porque esa voz le llevó directamente a un pozo de recuerdos venenosos.

—Soy Anatole. No quiero ocuparle mucho tiempo, pero —su voz se quebró solo una milésima de segundo— ha ocurrido una tragedia. Lamento decirle que le he fallado. —Marc no dijo nada, así que Anatole siguió—: Tatiana, la chica que usted me confió... bien, la he perdido. Ha sido asesinada.

Unos segundos de silencio absoluto.

—¿Asesinada? —Aquello confirmó su miedo inicial: nuevo tour en el horror del asunto de Miguel—. ¿Cómo es posible?

—Mire, ahora no puedo hablar demasiado, he de acompañar a la policía. Solo dígame una cosa: ¿tiene usted alguna información, además de la que ya sé, que darme?

Marc se quedó pensativo unos segundos; recordó en la fiesta de la editorial el encuentro con Areces, ahí él seguía buscando a Tatiana, pero más allá de eso no sabía nada. Vera nunca había añadido ninguna información relevante al respecto, y él tampoco quiso hurgar sobre ello. En realidad, comprendió ahora, él había hecho todo lo posible por no volver a pensar en la chica. Creía que lo suyo estaba resuelto, que estaba bien protegida, mientras que era la muerte de Miguel la que todavía estaba pendiente de reparación. No perdía nada con enfangar a Areces, pensó. Tatiana ya estaba muerta.

Marc le dijo lo que sabía, y Anatole colgó de forma abrupta. Había entendido todo. Miguel, Areces, Tatiana. Todo.

Anatole sintió que su estómago se retorció como el de un perro. Se encaminó hacia uno de los coches de los mossos antes de que estos le hicieran el ademán de que tenían que marcharse ya. Iba a mostrarse muy colaborador, desde luego, pero desgraciadamente no tenía ni idea de quién podía estar detrás de todo esto. Quizá algún exnovio desaforado, o una venganza de alguna mafia... ¿quién sabe? Él no les preguntaba de quiénes huían; querían que tuvieran plena confianza en él, sin exigencias, sin ser investigadas. Esa era la filosofía del cobijo que daba. Un lugar seguro hasta que sus alas rotas pudieran de nuevo ponerse en marcha.

No, no diría mucho más. Areces y su esbirro serían cosa suya, desde luego, e hizo un esfuerzo consciente por abrir sus manos agarrotadas en puños tan tensos como un arco a punto de disparar.

Se encargaría personalmente de los dos. Costara lo que costase.

El compromiso

Darío Gara mordió con fuerza la cabeza del bolígrafo, una costumbre que tenía desde niño. La contabilidad creativa que estaba desarrollando para Berto Areces le estaba dando más de un quebradero de cabeza. Ya había falsificado los listados de armas para que nadie notase la falta, y ahora quedaba hacer los retoques adecuados a las facturas de los explosivos empleados en demoliciones y obras públicas. Se felicitó que Areces no fuera un obseso del control, y de que dejara las cuentas en sus manos, siempre y cuando el dinero entrase a espuestas y no tuviera problemas.

Y, de pronto, allí estaba Vera, mirándolo con aquella expresión tan peculiar y suya, en la que no sabías si estaba enamorada o era puro odio destilado. Decidió guiñarle un ojo. El polvo que habían echado hacía poco había sido una explosión de placer para él. No le importaría repetir.

Vera entró en el despacho, cerró la puerta y volteó las persianas. Se sentó. Su rostro mostraba un asco genuino, pero lo acompañó de una expresión que indicaba además un daño emocional. Habló despacio, pero con determinación.

—No lo soporto más, Darío. Me voy a marchar.

Gara dejó el bolígrafo sobre la mesa y la miró con asombro.

—¿Qué ha pasado?

Vera le contó sin ningún tipo de pudor lo que había ocurrido por la noche con Berto. Incluso exageró un tanto la agresión de los participantes. Darío sintió un profundo sentimiento de celos y de odio hacia su jefe, pero hizo un esfuerzo por disimularlo.

—Ese tío es un gilipollas. No me lo puedo creer.

—No aguanto. En serio. Me voy.

Darío negó con la cabeza. Se levantó y se sentó en la butaca vacía que estaba al lado de Vera. Pensó en cogerle las manos, pero al final no lo hizo.

—No, eso sería un error. Espera. Seamos inteligentes. Te prometo que te vas a desquitar, pero antes vamos a llevarnos una buena indemnización. —Sonrió—. Y le dejaremos algún marrón que explotará cuando estemos muy lejos de aquí.

Vera, en su fuero interno, se sintió aleccionada. ¿Picaría al fin el anzuelo?

—Estás de cachondeo, ¿no? Es un tipo muy peligroso. Nos matará. Y si se entera de que estamos follando, ni te cuento. Por ejemplo, ahora. ¿Y si ha puesto micrófonos?

—No te preocupes, aquí no hay micrófonos. Ha venido un amigo experto en comunicaciones y ha pasado un detector, este lugar está limpio.

Vera lo miró con admiración.

—Entonces venga. Cuéntame tu idea. —Fue ella quien se atrevió a poner sus manos encima de las suyas.

—Esta noche. Quedamos. Nos vamos a un hotel. Allí te cuento. No aquí. No quiero que Berto nos vea juntos durante mucho tiempo, o que alguien le comente que nos vemos más de lo necesario. No quiero que sospeche.

El hombre de cabello rapado y bigote bajó al metro en la parada de Entença. Lo siguió de lejos. Se subió al vagón contiguo. Hugo tenía todo el tiempo la sensación de que aquel tipo estaba siempre alerta. Todo el seguimiento había sido una tortura: los ojos de águila buscaban y rebuscaban a cada paso, sigilosos, avispados. Llevaba una maleta de ruedas que manejaba con soltura, como si fuera vacía, se notaba que a pesar de parecer mayor, era fuerte.

El tipo se bajó en Sants y se dirigió hacia la estación de tren. Allí caminó con decisión hacia el AV E y pasó el control.

Hugo pensó rápido: avanzó raudo hacia las taquillas. Ya le pasaría la minuta a Edurne. Sacó la tarjeta de la cartera.

—Un billete para Madrid.

—Está usted de suerte. El último. Solo queda uno en primera. Apúrese que va a salir en unos minutos.

Hugo pasó el control con nerviosismo muy evidente y eso hizo que lo pararan y lo registraran. Al fin consiguió llegar al tren. Se subió en el primer vagón rezando para que no saliera antes de que hubiese conseguido encontrar a su objetivo. Avanzó por todos los vagones con premura, pero había gente interrumpiendo su camino, colocando mochilas, maletas, bolsos, charlando o hablando por el móvil.

Al fin alcanzó el vagón silencioso. Allí logró ver el pelo rapado y la frente amplia y logró apuntar el número de asiento y apearse de un salto justo antes de que el AVE cerrase las puertas e iniciase la marcha hacia Madrid.

Luego Hugo, más calmado, subió y se dirigió hacia las oficinas. Uno de sus principales valores a la hora de trabajar como detective privado era el de conocer a mucha gente. Su capacidad para relacionarse con personas claves para cada cosa era proverbial e infinita. En Sants también tenía a alguien a quien preguntar.

Un rato después de hablar con el jefe de estación, Hugo seguía como estaba. El billete no estaba a nombre de nadie. Estaba a nombre de una empresa de alquiler de coches. Dio un golpe con el puño a una pared y una señora con un carrito de la compra se le quedó mirando. Aquello era el cuento de la buena pipa. Nunca se llegaba a buen puerto.

Miró al cielo y decidió relajarse. Miró el puño dolorido y pensó en Scarlett O'Hara a contraluz con la tierra desmigajándose entre los dedos. Nadie se le había resistido hasta el momento y nadie se le resistiría, y aquel enigma acabaría por ceder. Lo juraba.

—¿Cuál es el plan? —le preguntó Vera, susurrándole al oído.

Vera estaba vestida solo con el albornoz negro del hotel. Tenía el pelo mojado; se habían duchado juntos. Habían follado. A Darío Gara le parecía una mujer

cada vez más fascinante. Había decidido que sí. Que había llegado la hora. No solo robaría una pasta al memo y engreído de su jefe, sino que se quedaría con su gema más preciada, la japonesita, cuyo disfrute en exclusiva, tenía que reconocer, era para él mucho más importante que el dinero. Y ella parecía entregada, sin aquellas vacilaciones que la caracterizaban tan a menudo.

Darío estaba perdiéndose en el olor a champú de su cabello recién lavado. Metió la mano entre los pliegues del albornoz y acarició levemente sus pechos. Habló con voz entrecortada.

—Un amigo mío tiene un listado con todas las operaciones tuyas a buen recaudo. Es un sistema viejo, pero efectivo: si nos pasa algo ese amigo llevará los documentos a la policía.

Vera detuvo su mano, sorprendida. Se levantó y fue hacia una cubitera de metal en donde había una botella de Bollinger.

—Espera, Darío, vayamos despacio... esto se merece que abramos la botella de champán. Cuéntame más sobre eso. ¿Esos documentos le incriminan de manera fehaciente? Quiero decir, ¿no está oculta su participación mediante testafierros y empresas pantalla? —Cogió dos copas y abrió la botella con un golpe seco y hábil.

Darío cogió la copa y la levantó para brindar. El cuerpo de Vera se podía entrever, su blancura contrastaba con el color oscuro del albornoz; los dos bebieron. Aquel momento era para él muy especial y se daba cuenta. Era la noche en que no solo iban a hacer el amor como poseídos, sino a hacerla suya por completo en virtud del compromiso que estaban acordando: los dos se iban a pringar juntos y a escapar de la jaula de Berto para compartir el futuro. La besó y le mordió la boca con fuerza. Notó el sabor del champán, la saliva, el deseo que le recorría el cuerpo, la vanidad de poseer aquel trofeo codiciado durante tanto tiempo.

Consiguió seguir hablando cuando ella dejó de besarlo.

—En efecto, hay mucha ingeniería en todo esto, pero en el dossier está todo

descrito, con nombres y teléfonos de personas que participan en el contrabando de armas, y que interrogados convenientemente, sin duda cantarán.

Vera sonrió.

—Magnífico, amor mío. —Fue la primera vez que ella empleó esa expresión, pero había que echar el resto aun cuando su estómago se revelara con un quejido sordo—. Eso lo dejará atado de pies y manos, aunque me puedo imaginar que sus neuronas echarán fuego...

A continuación Vera dejó la copa, de pronto sintió que tenía que acabar con todo cuanto antes, tomarse una pastilla y luego despertar por la mañana para dejar atrás toda aquella pantomima. Lo volvió a besar de nuevo, esta vez con violencia. El corazón de Darío Gara empezó a acelerarse.

Se quitó el albornoz y se arrodilló junto a él. Le miró fijamente a los ojos. Ella entreabrió los labios de forma sensual. Acababan de follar, pero sabía que Gara se había tomado una pastillita y volvería a estar operativo en poco tiempo. Aguantó las arcadas y continuó hablando de forma sensual mientras acariciaba su pene. Sus labios parecían acercarse demasiado. Él gimió. Vera notó como volvía a empalmarse con rapidez. Eso le gustó.

—Y dime, ¿cómo vamos a dejarle ese regalo sorpresa del que me hablaste?

—¡Oh... Vera, eres muy, muy buena! —acertó a decir, hasta que pudo dominarse pasados unos segundos y consiguió retomar la conversación—. Lo he estado pensando durante mucho tiempo..., antes incluso de que tú y yo llegáramos a esto... Hay un envío concertado de armas para dentro de dos meses, por los canales regulares. Es mucho dinero; pues bien, prepararé todo para que los tipos reciban la mercancía, solo que con una sorpresa... Y... —Vera había introducido la cabeza de su pene en su boca—, ¡Dios..., para! —Hizo un esfuerzo por seguir hablando aprovechando que Vera había levantado la cabeza para mirarle—... Y ¿adivinas a quién van a pedirle explicaciones?

Vera sonrió con sus ojos, mostrando admiración.

—Al bueno de Berto Areces, imagino...

—Así es. A Berto. *Tu Berto*. —Posó con cariño su mano en la cabeza de Vera,

animándola a seguir—. Anda, sigue con lo que estás haciendo, por favor. Y dime la verdad. ¿Se la chupabas así de bien a él también?

Per Stangeland leía el Manifiesto con fervor religioso. Escuchaba mientras el *Réquiem* de Tomás Luis de Victoria. Una música que le ayudaba a formar parte del universo espiritual, a trascender.

Per no se consideraba mala persona. Al revés: se consideraba un emisario del cielo, un guerrero, un benefactor de la humanidad. Aquel manifiesto le había abierto los ojos, mucho más que el de Brievik, brillante en esencia, pero irregular, y aquella pantomima templaria que le quitaba fuerza en beneficio del artificio. Sin embargo, Anders Brievik se había atrevido a hacer lo que nadie había hecho hasta la fecha, y por eso le rendirían eterna gratitud.

Pero el Manifiesto que ahora tenía en sus manos contenía la verdad expresada con rigor: el verbo, el Evangelio del Renacer de la Nueva Europa Libre. Todo eso no lo decía en alto, a los demás, pero lo pensaba y reflexionaba de forma obsesiva.

Ellos no eran cristianos; ni siquiera eran creyentes en sentido estricto, pero en efecto estaban allí porque creían en la Civilización Occidental, en el orden alcanzado después de siglos de sufrimiento, en la Razón, en el humanismo. Por desgracia había llegado la hora de defender todo aquello de las hordas hijas del Profeta y de sus secuaces progresistas, aliados de Occidente en la conspiración secreta para convertir Europa en Euroarabia. Algo que había hecho muy bien Brievik, siguió meditando mientras pasaba las páginas del Manifiesto, fue dar en el clavo atacando a los cachorros de los izquierdistas como un mensaje inequívoco de que los intelectuales y la élite política no eran sino unos traidores al pueblo real que sufre la invasión musulmana.

Sin embargo, el Manifiesto que tenía delante era mucho más profundo, más visceral, más apocalíptico y, a la vez, más certero en todo. Se titulaba *El tiempo de los justos*. Pasó un par de páginas y leyó en alto:

Anders Brievik, tú eres nuestro guía. ¡Cuántas calumnias has tenido que soportar, cuántas expresiones desafortunadas de los que no quieren ver! Y se complacen ahora en darte un tratamiento inhumano, a ti, el Ungido, que sacrificaste la libertad para enseñarnos el camino. Pero la cárcel no define al preso, sino al carcelero.

¡Pobre Europa! ¡Ciega Europa, que está sorda y muda ante su Salvador! Mientras la horda musulmana se mezcla con nuestra sangre pura y nos arrebató nuestros derechos y nuestra libertad, los llamados líderes de Occidente se comportan como plañideras cada vez que nuestro pueblo recibe el ultraje de nuevas ofensas y la sangre baña nuestras calles. Nadie lo vio venir como Brievik, el Ungido; antes de que los demonios de Mahoma empezaran a atacarnos en nuestras calles y plazas, en restaurantes o en cualquier lugar donde pudiera esgrimirse un cuchillo o un arma de fuego, Brievik nos avisó a todos en su Manifiesto.

¡Ahora todos dicen que hay que acabar con los islamistas! Pero ¿cómo vamos a acabar con ellos si al mismo tiempo les abrimos nuestras ciudades y los acogemos por cientos de miles? La hipocresía de Occidente no tiene perdón, y lo que es peor, está basada en la cobardía. ¿Quiénes sufren la mengua de sus derechos, la pérdida de sus trabajos, la contaminación de nuestra sagrada tradición en nuestros templos y escuelas? No, no son los políticos los que padecen al inmigrante sucio que nos quita el tiempo de los médicos, o que corrompe nuestras aulas con doctrinas emponzoñadas. Tampoco los poderosos, los que se benefician del comercio con países a los que no debemos ofender. Son los pobres ciudadanos, cuya sangre fue derramada muchas veces para crear la Patria Europea. La Europa multicultural es un insulto y una falacia.

Brievik, con su gesto enorme y altruista, creó al fin la llama que prendió, el camino que fructifica. Mientras tratan de acallararlo en la tortura, tenemos la sagrada misión de demostrar que su sacrificio no fue en vano. Vamos a golpear con dureza, atacaremos a la cabeza de la Bestia. Esta será la primera de una serie de Obras de Expiación. La muerte cobarde de muchos de los nuestros ha de ser lavada por la muerte de los que corrompen día a día nuestro aire para hacerlo irrespirable.

Per Stangeland dejó de leer, profundamente satisfecho. Sí, esas palabras serían las primeras del nuevo Evangelio que iba a incendiar Europa. Los frutos del Manifiesto del Ungido. A su debido momento, esas palabras, y las que las seguirán, alumbrarán un nuevo escenario que hará, al fin, despertar a los dormidos, y barrerá a la clase parásita que ahora ahogaba a Europa para expulsar para siempre a los musulmanes.

Uli entró en la casa cargado con bolsas de la compra y rompió su ensoñación.

—He comprado comida y productos de limpieza.

Per hizo un gesto de aprobación.

—También he aprovechado la tarde para ir a la visita guiada del Liceu. Todo muy esclarecedor: hay pocos controles y muchos turistas. Algún vigilante de seguridad, eso es todo. Están plenamente confiados. Y eso que tienen al lado, en El Raval, a la plana mayor del yihadismo en España. Por cierto, el teatro es enorme y cómodo, accesible. La restauración valió la pena. —Rio entre dientes—. Eso sí, hay que cuidarse de las cámaras. Poco más. Si logramos el pleno acceso, no será demasiado difícil.

Per se levantó y echó un vistazo a las bolsas. Yogures, pollo, ternera, carne picada, pasta, verduras, chocolate, vino, licores, agua, fruta, todo bien.

—¿Y Betje? —preguntó.

—Está a vueltas con su pedido de balas expansivas. Nuestro contacto dice que son muy difíciles de conseguir. Hay que tener paciencia. Muy pronto llegará César Andreu a Barcelona y podremos ponernos en acción.

—Es bueno que Betje sea ingeniera y tan perfeccionista, ¿verdad? Bien, voy a preparar la cena. Tenemos que estar en buena forma para lo que viene. Dile a Betje que se apresure.

Per se metió en la cocina y empezó a preparar pasta con carne picada y tomate. Mientras cocinaba, siguió meditando en el Manifiesto.

España necesita una sacudida. Si con el golpe de Estado del 11-M no fueron conscientes de la invasión, habrá que despertarles a sangre y fuego. Tienen a gala ser recipientes de ochocientos años de cultura árabe. ¡Qué ciego puede estar un pueblo cuando las mentiras envenenan su sangre y les hacen renunciar a su auténtica naturaleza! Todos los intelectuales y los comunistas solo hablan de ser tolerantes, blandiendo esa ponzoña de la sociedad multicultural. Y mientras tanto todas las semanas son detenidos yihadistas que se ríen de toda esa basura, de la debilidad de una sociedad enferma que habla de tolerancia a un credo que solo piensa en destruirles. ¡Qué estúpidos!

El Gitano

Rafael Flores Barrul, el Gitano, estaba reunido con un grupo muy animado en Toc de Mar, un restaurante sencillo pero con tablao flamenco en la Barceloneta, bebiendo, dando palmas y ocasionalmente besando a algunas chicas en la boca. «¡Gitano!», le llamaban las chavalas, y todas le pedían un poco de su tiempo y de su gracia. Estaba festejando el nacimiento de su hijo acontecido la semana anterior. Ya lo había celebrado con su familia días atrás en Sant Adrià de Besòs, donde residían en una cómoda vivienda unifamiliar, pero ahora estaba con amigos de la noche, del boxeo, de esas horas cuando la adrenalina de la pelea ya ha bajado y el cuerpo quiere relajarse con alcohol y espasmos de placer.

—¡Gitano! —Esta vez la voz surgió de la entrada, y a Flores le pareció conocida, aunque le sorprendió. Se dio la vuelta con un gin-tonic en la mano y abrió los ojos con admiración.

—¿Pablo Bartual? ¡Coño, eres tú! —Se acercó y lo abrazó, pasaron unos segundos, se separaron, nadie decía nada, hasta que al fin Flores mostró sus dientes blancos en una amplia sonrisa—. ¡Serás cabrón, dejarme para irte a la puta Venezuela!

Pablo se sintió aliviado. El Gitano estaba de buen humor y eso le hizo ganar confianza.

—Ya te lo expliqué, Gitano. No seas pesado. Era un gran proyecto. Fundar una escuela nacional, tener a mi cargo todo el boxeo del país, en fin, también me pagaban bien y sabes que necesitaba el dinero...

Flores sacudió la cabeza a modo de aceptación. Aquello era agua pasada, él había seguido su carrera, y ahora estaba celebrando algo muy gordo. Hace

tiempo que lo había perdonado. Y sabiendo lo que le gustaban el juego y las chavalas, probablemente estaría de nuevo sin blanca.

—¿Y qué haces aquí? ¿Qué pasó?

—Que a Chávez le siguió Maduro, y Venezuela se ha ido al carajo. No hay un peso para comprar nada. La gente se ha cansado de comer palabrería. Han comprendido al fin que eso no llena los estómagos. En resumen: ya era hora de volver.

Detrás de ellos se escuchó un revuelo. Las voces se alzaron, excitadas.

—¡Eh, Gitano! ¿Qué haces? Deja de hablar. ¡Vente, que te esperamos! —le gritaron desde el fondo, entre risas y sudores de alcohol en cuerpos húmedos.

Él hizo un gesto de «ya voy» y siguió con Pablo.

—Lo entiendo, ese país se ha ido a la mierda, pero ¿qué haces aquí, en este sitio?

Bartual, nervioso, empezó a apretarse los nudillos.

—Tengo un negocio para ti, muy bueno, si tienes un rato podemos salir fuera y lo hablamos. Es una gran pelea. Será un minuto, si no te gusta lo dejamos y me voy. Aquí hay mucho jaleo. He aparcado enfrente. ¿Qué te parece?

El Gitano lo pensó un segundo, en realidad siempre era buen momento para escuchar una oferta. Y Pablo había sido su entrenador y medio padre, su descubridor. Confiaba en él.

—Claro, salgamos fuera. —Y dirigiéndose a la troupe que le acompañaba—: ¡Ahora vengo, no os mováis! ¡Seguid bebiendo! ¡Otra ronda!

Pero ellos estaban muy borrachos, y no se irían a ningún sitio, de hecho el Gitano salió fuera solo, y cuando entró en el coche de Pablo, aparcado detrás en un sitio discreto, lo empezó a lamentar.

—¿Quién coño eres? —preguntó Flores cuando entró en el coche y se apercibió de la presencia del Tártaro en la parte de atrás.

—Es un amigo —dijo Pablo, con voz tranquilizadora—. Trabaja conmigo.

El Tártaro sonrió.

—Eso es, un amigo —repitió este, como si fuera un eco.

Pablo decidió ir al grano. Quería pasar cuanto antes ese mal trago.

—Escucha, Gitano. Tenemos una oferta que hacerte.

—Sí, ya me lo has dicho antes —dijo, inquieto—. ¿De qué se trata? —El Gitano estaba lejos de ser un palurdo, había acabado la ESO con buenas notas y cuando su padre le iba a meter en su negocio de ropa de mercadillo para que se hiciera cargo de nuevos productos decidió que el boxeo era una mejor opción que estar en un puesto vendiendo calzoncillos baratos.

—Mira, ya deberías ser campeón de Europa. Todo el mundo sabe que te mangonearon el título hace dos años en Liverpool, y que desde entonces no te han vuelto a ofrecer otra oportunidad. Los de la Unión Europea de Boxeo no te dan el *chance* que te mereces, te ningunean, el presidente de la española se lleva fatal con ellos y tú y otros pagáis las consecuencias. Además, sabes que las declaraciones que hiciste sobre que la UEB era un nido de corruptos no te ayudaron mucho. Y... bueno, sé que ahora tienes muchos gastos. Con un hijo, y como está la vida... En fin, Gitano, hemos pensado en que si nos ayudas podrás ganar mucho dinero en tu siguiente pelea.

El Gitano sonrió, «nos ayudas» había dicho, ya sabía de qué iba todo el asunto, estaba claro; miró hacia atrás y señaló al Tártaro.

—Ya entiendo... y para hacerme ese favor necesitas a este, ¿no? —dijo. El Tártaro no abrió la boca, aunque la mirada burlona le resultó molesta.

—¿Qué dices? No, hombre, ya te he dicho que es mi socio, trabaja conmigo. Estamos juntos en esto.

—Bueno. En fin. ¿De qué se trata? —No perdía nada por escuchar. Estaba además cansado por el alcohol y la falta de sueño, porque lo cierto es que no había dormido mucho desde el nacimiento del niño, y eso que su mujer se ocupaba de todo.

Pablo decidió soltarlo todo de golpe, sin anestesia. Estaba muy agobiado. El

Gitano había sido como un hijo para él, y aquello era una putada de las gordas. Pero ¿qué más podía hacer? Debía mucho dinero del juego.

—Queremos que peeles con Dídac Zarco. Es una gran oportunidad. Después de lo que pasó con el Tigre hay mucha expectación en su regreso. El combate se retransmitiría para media Sudamérica, allí la muerte del Tigre fue un bombazo, él era de Uruguay, pero también era muy popular en otros sitios. Tú has peleado en Argentina y en Puerto Rico, a ti también te conocen mucho. Las apuestas serán muy fuertes. Llenaremos donde la hagamos. Te puedes llevar cien mil euros, Gitano, solo por veinte minutos.

Flores, que toda la vida había hecho de la honradez su credo, se restregó los ojos con las manos y lanzó un gruñido furioso. Le molestaba mucho toda la mierda que se echaba sobre su raza, la de tramposos y fulleros, él hubiera podido estudiar una carrera si las circunstancias hubieran sido diferentes. Quería al menos que le conocieran como un tipo legal. Escuchar esa propuesta de Pablo le partió el corazón. Se tomó su tiempo antes de contestar. Habló hacia el frente, sin mirarle, como si ya no quisiera ver el rostro de quien hasta hacía unos años era todo para él, el hombre que lo descubrió y lo sacó de los mercadillos de ropa.

—Pablo, parece mentira que tú —lo señaló con un dedo acusador— puedas pedirme esto. —Abrió la puerta despacio—. Olvidaré lo que ha pasado aquí. Pero no quiero volver a verte. Zarco es bueno, pero sé que le puedo ganar. Yo no me vendo, y tú deberías ser el primero en saberlo.

—Gitano, yo... —empezó a musitar Pablo.

El Gitano ya estaba saliendo pero entonces sintió una mano poderosa en su hombro izquierdo que le obligó a regresar al asiento.

—No tan deprisa, Gitano. No has acabado de oír todo.

Flores se llenó de ira.

—No me vuelvas a tocar, cabrón, si no quieres que tu cara se parezca a tu culo.

—¡Tranquilo, Rafael! —terció Pablo Bartual, a quien instintivamente le salió el nombre de pila de su antiguo discípulo—. Mira, sé que puedes ganar a Zarco,

aunque también puedes perder, ese tío ha crecido mucho. Lo importante es que ese combate solo se celebrará si lo hacemos nosotros. Y ahora no tienes grandes peleas por delante, ¿no? —Pablo quería por encima de todo un acuerdo, no soportaría ir un paso más allá—. Solo te pedimos que pelees bien, pero que mediado el octavo o noveno te dejes cazar, joder, no pasará nada, tu carrera seguirá, los de Europa te han vetado, ¡coño! Mira... las apuestas estarán a tu favor, eso seguro, y es ahí donde estará el beneficio. ¡Son cien mil euros, Gitano! ¡Más la bolsa! ¡Eso suma ciento cincuenta mil!

—¡Pablo, vete a la mierda, puedo boxear y vivir de las bolsas que gano! ¡Y tú eres un jodido hijo de puta! —Y girándose hacia el Tártaro, arrastrando las palabras con rabia—: No vuelvas a tocarme si no quieres lamentarlo el resto de tu vida.

Pablo asió el brazo derecho del Gitano, que se había levantado amenazador en un gesto de advertencia hacia el Tártaro. Suspiró muy hondo. ¡Joder! Había que dar ese paso. En el fondo sabía que ese momento tenía que llegar. No se atrevió a mirarle a los ojos.

—Oye, Rafael, esto es algo que nos supera a los dos. Mira, debo mucho dinero, en Venezuela lo perdí todo. Tengo sesenta y cinco años y no me queda nada para jubilarme. A ti ahora ese dinero te va a venir de puta madre. Si no triunfas en Europa solo tienes combates para ir tirando, y por ahora esa vía la tienes cerrada. Sé inteligente, no te perjudiques a ti mismo. Es solo una pelea, con el tiempo podrás volver a ocupar tu lugar.

—¿Solo una pelea? ¿Yo, derrotado por el tipo que mató al Tigre? ¿Retransmitida a media Sudamérica? ¡¿De qué coño hablas?! ¡Tardaría dos años o más en volver a estar donde estoy, y eso si lo consigo!

—Tienes treinta, Gitano, aún tienes seis o siete años por delante de buen boxeo. —Bartual estaba perseverando, pero ya sabía que tendría que dar un paso más, y realmente no quería—. Podrás intentar de nuevo el asalto a Europa, cuando cambien los aires y ya no estés vetado. No empeores las cosas...

—¿Me estás amenazando? —Y sin molestarse en mirar al Tártaro—: Este y

cinco como él me la sudan. Tengo muchos amigos que le pueden dar por el culo muy rápido. Los gitanos somos una familia, ya lo sabes.

Rápido, el Tártaro sacó una foto de su mujer llevando en brazos a su hijo y se la enseñó al tiempo que dijo un «¡eh!».

—Vale, eres un tipo duro. Pero nosotros no tenemos hijos.

El Gitano perdió el control y se lanzó hacia el Tártaro.

—¡No, Rafael! —gritó Pablo, que le placó en su salto justo en el momento en que el filo de la navaja que había sacado el Tártaro centelleaba ante sus ojos, echándole de nuevo hacia su asiento—. ¡No seas imbécil! ¿¡Vas a poner en peligro a tu mujer y a tu hijo por una puta pelea!?

Flores miró a Pablo como ido, el alcohol en su sangre se había mezclado con la adrenalina, dándole un aspecto lunático. Luego se sintió vencido, como si hubiera salido de un combate perdido, exhausto y dolorido.

No dijo nada, solo asintió, levantando las manos.

Pablo suspiró, profundamente aliviado y derrotado a partes iguales.

—Gracias, Rafael. Una semana antes recibirás cincuenta mil, el resto después del combate. Peleas en dos semanas.

El Gitano asintió de nuevo, abrió la portezuela, pero antes de salir se giró súbitamente hacia quien había sido todo para él durante casi quince años y le escupió en la cara.

Vera llenó la bañera. Era lo que más le gustaba de aquella casa: la bañera con patas de león y grifos de color dorado, el baño de azulejos blancos y azules, ya resquebrajados, encender unas velas aromáticas y música y desaparecer durante un buen rato de su vida actual. Volver a los años en los que era plena, feliz, entera. Sin fisuras, sin la esquizofrenia que amenazaba con atenazarla para siempre. Moriarty lanzó un maullido desde la puerta.

Metió el pie para calibrar la temperatura y abrió el grifo de agua fría. En poco tiempo el agua estuvo perfecta. Colocó las velas, subió el volumen de la música,

un disco de música isabelina de Jordi Savall, y se sumergió con lentitud. Quería quitarse el olor a Darío Gara, el sabor, el asco, la saliva ácida, el semen repulsivo, su presencia, su perfume, sus orgasmos cuando él la penetraba. Metió la cabeza bajo el agua y pensó en Marc. También, durante unos segundos, en no salir más a la superficie, cortarse las venas, morir allí mismo y acabar con todo.

Solo unos segundos.

Había entrenado durante años detener aquel momento, su tendencia a dejarse llevar por la autodestrucción. Tenía que acabar lo que había empezado y ya podría descansar. Cogió un poco del gel de Hermès que le había regalado Berto Areces y lo vertió en el chorro. El aroma a mandarinas y a pomelo rosa inundó el baño.

Desaparecer por una buena temporada muy lejos de Barcelona.

Inhaló aire y lo exhaló como le habían enseñado. Contó hacia atrás. Regresó a Marc, en aquella noche en Nápoles.

Se relajó. Darío ya estaba casi en el bote. Ya faltaba poco para que lo pillara, como una mantis en el coito. Le comería la cabeza.

Solo un poco más. Y todo habría terminado.

El concierto, primera parte

24 de agosto

Marc, ya en el camerino del Palau, se sentó al piano y comenzó a calentar la voz. Hizo escalas. Notó la fuerza y la agilidad, la potencia y el terciopelo. Todo estaba donde tenía que estar, gracias a Dios. Miró al techo con agradecimiento. Tocó sus amuletos. Volvió a tocarlos. Pensó en Vera. Un montón de días sin saber nada de Vera. Edurne callada como una muerta. Vera que no contestaba a los wasaps ni devolvía las llamadas. Vera. ¿Sería verdad que tenía entradas con el «innombrable» para la primera fila del Palau? Era muy capaz... Aquel concierto había despertado mucha expectación. Se podía respirar en el aire electrizado, en las colas fuera para entrar. Además, Marc estaba en la diana de muchos desde que se conoció su debut en la apertura de temporada del Liceu y sabía que cualquier fallo sería magnificado por los muchos odiadores profesionales, envidiosos y críticos que abundaban en el mundo de la ópera desde el principio de los tiempos. «¿Te gusta zutano? Eso es porque no has escuchado a perengano cantar, ese sí tenía una técnica adecuada, ah, el fraseo increíble, si es que tú no sabes nada de esto. Los cantantes de ahora no valen para nada, los de antes sí que eran cantantes de verdad.» Una vez entrabas en el mundillo, sabías que para sobrevivir había que abstraerse de todo aquel circo de fanáticos y especialistas o acabarías lleno de neuras que podían llegar a bloquearte, como le había pasado a Callas, Jaume Aragall o a Franco Corelli. Y Marc no quería que le ocurriese algo parecido: tenía más que suficiente con su

propensión a hacerse adicto a todo lo que estuviese cerca y le perjudicase, fuese mujeres, juego, droga o comida.

Volvió a hacer otra escala y respiró con alivio de nuevo. Allí estaba su voz y, para su satisfacción, parecía dispuesta a quedarse durante un buen rato.

Vera caminó con lentitud hasta la puerta principal del Palau de la Música Catalana. Detrás, Areces conversaba con varias personalidades del mundo lírico barcelonés. Todos le hacían la pelota, el empresario era uno de los benefactores más influyentes de la ciudad. Le oía comentar que su mujer odiaba la ópera, con aquella sonrisa afilada de carpa que ella conocía y despreciaba a la vez. Vera daba vueltas sobre sí misma, en un reflejo inconsciente de su propia vida, atrapada en la rueda de hámster en la que se había metido, quizá sin pensarlo demasiado, dejándose llevar por el corazón y no por el cerebro, como tantas otras veces, solo que esta vez las consecuencias podían ser más graves, y de ahí los momentos de temor intenso que la asaltaban como dagas que la dejaban exánime.

La perspectiva de ver a Marc la emocionaba y la perturbaba a partes iguales. Desde Nápoles, él no había vuelto a saber nada de ella. Vera no había contestado ni a sus llamadas ni a sus wasaps con un gran esfuerzo de voluntad. Marc distraía en aquel momento sus objetivos fundamentales. Sabía que verlo cantar sería todavía más jodido, y que, en cierto modo, Areces la llevaba para castigarla y burlarse de él. «Si supiera lo de Nápoles no estaría tan seguro de sí mismo», pensó ella mientras colocaba su chal negro sobre los hombros y bajaba los ojos ante la mirada de lujuria de un Areces que la cogió del brazo sin ningún tipo de pudor para acompañarla hacia dentro del hall modernista.

La maquilladora estaba poniéndole base en el rostro cuando entró la *mezzo* Elina Garanca en su camerino, sin llamar, espectacular en un vestido escotado de

color rojo lleno de bordados y pedrería que se ceñía a su cuerpo como si fuera una estrella de cine en la alfombra roja.

—Yo ya estoy lista. ¿Cómo vas? ¿Nervioso?

Marc la miró a través del espejo mientras la chica le perfilaba las cejas.

—Madre de Dios, Elina. Ese vestido te tiene que haber costado una fortuna. ¿Ralph Laurent?

—No seas necio, Marc. Me lo han regalado. Sí, Ralph Laurent. ¿Estoy guapa?

—Te van a odiar todas tus colegas.

—No me afectan tus comentarios machistas. Montserrat Oliver me adora.

—Todos te adoramos, boba. No, no estoy nervioso. Los nervios los dejo para la *Tosca*. Ahí sí que me voy a cagar por la pata.

—Tú puedes con todo, Roselló. *In bocca al lupo*, guapo. Voy a calentar la voz. Te daría un beso pero no quiero estropearte el maquillaje. Luego nos vemos. No me falles, ¿eh? Toi, Toi, Toi, querido.

El peluquero estaba dándole los últimos toques de gomina cuando alguien llamó a la puerta del camerino y avisó.

Había llegado su turno.

Marc se alisó el frac y estiró el chaleco para ajustarlo bien. Mientras se acercaba al escenario escuchó la voz de su amiga Montserrat cantando *La mamma morta* y el piano de Edwin Webber acompañándola con sentimiento. Varios de los participantes esperaban entre bambalinas. Elina sonrió de oreja a oreja y lo saludó con el pulgar levantado.

Aplausos y bravos. El Palau estaba lleno a rebosar. El concierto era benéfico y el dinero de las entradas se destinaba a una fundación para niños refugiados, mucha de la gente que estaba allí no tenía demasiada idea de ópera pero se iban a mostrar entusiastas con cada actuación, y eso era fantástico para el ego.

Marc carraspeó para constatar, una vez más, que la voz estaba en su sitio y no había elegido aquel momento para irse a dar un garbeo a algún lugar remoto, intentó razonar y templar el miedo de todo cantante antes de salir, y se encaminó

con decisión hacia el centro del escenario, aquella caja de música modernista de belleza rotunda que apabullaba la primera vez.

Respondió con una inclinación de cabeza a los aplausos generosos. Luego lanzó una visual. Allí estaba Vera Nanashi, como había prometido, sentada en la primera fila del Palau de la Música. Iba vestida de negro, que contrastaba con su piel de mármol y un collar de perlas con un camafeo. A su lado, Berto Areces, mirándolo con aire burlón, sujetaba la mano de la mujer sobre el brazo de madera de la butaca como si fuese su pareja oficial. Marc sintió un golpe en el pecho, notó una mezcla de ira sorda y algo indefinible y tierno que le deshizo, pero se recompuso al momento: estaba jugando en casa, aquel era su territorio y el cabrón de Areces se iba a enterar de qué iba la cosa.

Miró a Edwin Webber, que asintió con una sonrisa, y en cuanto se hizo el silencio, comenzó a cantar.

*Nemico della Patria?!
È vecchia fiaba che beatamente
ancor la beve il popolo.
Nato a Costantinopoli? Straniero!
Studiò a Saint Cyr? Soldato!
Traditore! Di Dumouriez un complice!
E poeta? Sovvertitor di cuori e di costumi!*

Marc clavó la mirada en el fondo de la sala, se concentró y con las primeras notas se transformó en Carlo Gérard, el criado convertido en mano ejecutora de la Revolución, espantado por el Terror y por su propia renuncia a los ideales, a punto de mandar al poeta Andrea Chénier a la guillotina. Su voz surgió conmovedora, llena de terciopelo. Marc sentía cada una de las palabras. Aquel personaje era ideal para su tesitura, y para su mente un placer mostrar toda la tortura que sentía al convertirse en un traidor a sí mismo, a los ideales, solo por dejar paso al poder, a la lujuria y al deseo. Marc sabía que no era tenor, los tenores eran los favoritos, una sola aria hacía que se llevasen a todo el mundo de

calle, así que para que un barítono pudiese destacar eran necesarias otras armas, y ser capaz de conmover con las palabras y sus sonidos era una de ellas.

*La coscienza nei cuor
ridestar delle genti,
raccogliere le lagrime
dei vinti e sofferenti,
fare del mondo un Pantheon,
gli uomini in dii mutare
e in un sol bacio,
e in un sol bacio e abbraccio
tutte le genti amar!*

En una estrofa, el resumen trágico final de la Revolución francesa. De las ideas más puras, de la libertad, igualdad y fraternidad entre los hombres y los pueblos, a la sangre y el dolor, a devorar a sus propios hijos a golpe de guillotina. Al entonar con sentimiento desatado «*Tutte le genti amar*», notó cómo el público se emocionaba y comenzaban a aplaudir sin freno, generando así una complicidad a modo de bucle que le llevaba hacia lo más alto de su arte.

Areces permaneció en su butaca, sin inmutarse, hierático, pero al fin Vera sacó la mano de su prisión y aplaudió a pesar de las miradas asesinas de su pareja. Ella, desafiante, le sostuvo la mirada durante unos segundos con una media sonrisa, se volvió hacia el escenario y siguió aplaudiendo de forma elegante.

Marc miró a Areces, retándolo, luego a Vera y le guiñó un ojo. Saludó de nuevo al respetable y se retiró para que saliera Montserrat Oliver, que le aplaudía también mientras se dirigía hacia su marido y pianista.

Aún le quedaban dos canciones italianas y el dúo con Elina, una sorpresa final que habían pergeñado los dos cantantes y que mantenían en secreto.

—Toma, mamá.

Dídac le dio un sobre lleno de billetes. Su madre lo miró con cierta aprensión.

—Dídac.

—Qué.

—No sé si me gusta lo que estás haciendo.

—No sé a qué te refieres exactamente.

La madre dejó el sobre sin contarle sobre la mesa, volvió a los fogones y dio la vuelta a la pechuga de pollo. Olía estupendamente.

—Antes me contabas todo. Ahora has cambiado. En muy poco tiempo.

—Mamá, estoy liado. No te preocupes. Tengo que concentrarme.

—¿Y los estudios? Desde lo de... la pelea con Jorge, no has vuelto casi a coger los libros, ¿verdad?

—No pasa nada. Poco a poco. No me atosigues.

—Te atosigo porque está en juego tu futuro. No quiero que seas un boxeador sin oficio ni beneficio como tantos otros. Un fracasado. Recuerda a todos esos que pierden y acaban en la calle, drogados, borrachos o algo peor.

—Mamá. No me drogo. Tengo un trabajo y voy a pelear y a ganar dinero. He conseguido un chollo bueno y tengo que aprovechar el tirón. Para estudiar siempre hay tiempo.

La pechuga y una ensalada acabaron en la mesa, al lado del sobre con dinero. Dídac comenzó a cenar con hambre.

—¿Hay pan integral? —Su madre asintió y le dio una barra. Dídac la miró fijamente y empujó el sobre hacia ella—. Mamá. Escucha. Estoy ganando dinero para ti. No quiero que te quedes sin la casa. En la vida surgen las oportunidades y yo tengo que aprender a pillarlas al vuelo. Mientras dure, aprovecharemos, ¿de acuerdo?

Ella le acarició el cabello, arrimó una silla y se sentó a su lado.

—No quiero que te pase nada malo. Tu nuevo trabajo me da aprensión. Esa gente no me parece trigo limpio. Ya sabes que siempre acierto. Dídac, soy tu madre. Te conozco... —Cogió el sobre con un suspiro de resignación y no pudo por menos de alegrarse al ver varios billetes de cien euros.

—Tranquila, mamá. No me va a pasar nada. Sé cuidarme.

Dídac cortó otro trozo de pechuga y la acompañó con el pan, mientras miraba el semblante de su madre al contar el dinero, y el alivio que su rostro mostraba a su pesar; por lo menos su esfuerzo en aquel lugar de indeseables servía para algo productivo, para proteger a su madre. Y eso era una razón muy poderosa para nadar entre serpientes, se consoló.

El concierto, segunda parte

*Là ci darem la mano,
là mi dirai di sì.
Vedi, non è lontano;
partiam, ben mio, da qui.*

Don Giovanni,
MOZART

Areces se toca el pelo engominado y chasquea la lengua por lo bajo; ver a Marc Roselló cantando, su energía hipnótica, su atractivo en escena, escuchar la voz potente y grave le ha hecho ver que las armas del artista son más fuertes de lo que pensaba en un principio. Se da cuenta de cómo las mujeres lo miran, como bacantes en celo, como si en vez de voz tuviese una columna de espermatozoides sanos y fecundadores a punto de penetrar óvulos y calmar ansias secretas, y eso incluye a Vera, que no aparta los ojos de Roselló, y él de ella, como si fueran Tristán e Isolda en el puto barco que la llevaba a Cornualles a casarse con el rey Marke.

Roselló salió al escenario con una mandolina. Se giró hacia Vera y le hizo un gesto con la barbilla, dedicándole la canción.

«Lo que faltaba.»

Areces torció el morro. Ahora el titiritero iba de juglar a hacer la rondalla y encima dedicándosela a Vera, como un vulgar tuno.

El pianista atacó el principio melancólico de *Visione veneziana* y el cantante se acompañó de la mandolina con habilidad. La góndola fúnebre llena de rosas y

tuberosas que llevaba a la amada al cementerio, una canción desconocida de Renato Brogi, pura tristeza romántica, brumas y canales, humedad y flores marchitas, cosechó en la voz de Marc un éxito rotundo.

Los ojos de Vera estaban húmedos.

Berto apretó los dientes mientras el público volvía a aplaudir y alguien gritaba «¡bravo!!».

Desde luego que aquel individuo merecía una lección. Ya se encargaría él de joderle la *Tosca* del Liceu. Nadie miraba así a Vera. Vera era suya y solo él podía disponer de su mente y de su cuerpo, y desde luego, de su corazón. Aquel titiritero, arribista y presuntuoso que la miraba desde el escenario sin ningún tipo de pudor lo iba a pagar caro.

Gladys aplaudió hasta que sus manos se pusieron rojas. Marc no sabía que ella había ido al concierto, y eso le hacía cierta gracia. El barítono estaba imponente con el frac, y con la voz en perfecto estado. Aún sentía algo por él, no lo podía negar: Marc sería siempre su espina clavada. Y verlo cantar era todavía más impactante. Ella lo había conocido cuando era un estudiante de canto y lo compaginaba con la carrera de periodismo, que abandonó. Ya tenía la voz, pero los años le habían dado presencia y algo más, eso que solo tenían los elegidos, la luz que parecía tener sobre él cuando salía al escenario, la electricidad que lograba agarrar a todos los presentes por el cuello para que prestasen plena atención era algo que no todos podían desarrollar.

El concierto terminó (o eso parecía) con la romanza de zarzuela de Marc y un aria de la soprano catalana Montserrat Oliver; el público redobló los aplausos, poco dispuesto a marcharse sin un par de besos, por lo menos, para amortizar el precio de la entrada. El pianista volvió y se sentó en el taburete. Al momento salieron Marc y Elina. Habían preparado en secreto un dúo de *Don Giovanni*, *La ci darem la mano*. Aplausos de nuevo cuando Marc anunció el título del siguiente número y se lo dedicaba a su amigo Miguel.

Vera intentó que no se le notara, pero la salida de Elina con Marc le produjo una punzada de algo parecido a unos celos mortales. La *mezzo* era imponente, con ojos de tártara y una elegancia felina que explotaba al máximo. Y la química entre los dos formaba una especie de burbuja que se podía cortar con un estilete. Areces se volvió hacia ella con una media sonrisa irónica y le susurró al oído algo parecido a «seguro que a esta se la está follando tu amigo», y en realidad, era lo que desprendían al cantar, y Vera, tan orgullosa de su belleza y consciente de su atractivo, por primera vez se sintió insegura. No había calculado el impacto de ver a Marc subido a un escenario, y mucho menos cantando para ella. Alejarse de él, pensaba, le había servido para templar y rebajar el nivel de pasión y deseo que empezaba a sentir y que no era nada bueno para su labor. Tenía que estar centrada, un año en aquel infierno le pasaba factura y a veces ya no sabía si conseguiría seguir cuerda mucho más tiempo, para encima lidiar con corazones y hormonas desbocadas.

Pero allí estaba, seduciendo delante de sus narices a una *mezzo* rusa, puro Don Giovanni, un papel que se le tenía que dar como los ángeles a aquel capullo y no solo en la ficción, por lo visto.

Areces aprovechó aquel momento de debilidad de Vera para cogerle de nuevo la mano. Ella la dejó allí.

Marc, desde el escenario, le lanzó un beso antes de retirarse, retando a Berto Areces con una sonrisa encantadora en los labios.

Gladys fue a los camerinos a ver a Marc. Había una cola importante pidiendo autógrafos, así que esperó al final. Se acercó a saludar a los padres de Marc, que charlaban de forma animada con unos conocidos, y miraban a su hijo con orgullo.

Marc terminó de firmar y agradecer a todos su asistencia y le hizo un gesto a Gladys.

—Gracias por venir a verme.

Ella se sonrojó como una colegiala.

—Has estado genial. El mejor de todos, sin duda.

Marc la miró con una mezcla de cariño e ironía y le acarició la mejilla.

—Tú sabes bien cómo camelarme...

Marc lanzó una mirada a la sala para constatar que no estaba Vera por allí. Gladys se dio la vuelta, extrañada. Pero no vio nada que le llamase la atención.

—¿Te apetece venir a una velada de boxeo en unos días? Las apuestas van a ser de infarto. Tengo entradas buenas, cubro el evento para la emisora.

—¿Quiénes pelean?

—El Poeta contra el Gitano.

—Vaya, claro que sí. Me apetece. Hace tiempo que no veo una buena pelea. Y esa promete, tienes razón. Y más después de la muerte del Tigre.

—Entonces nos hablamos.

—¿Te vas? Vente a cenar con nosotros. Vamos a la Taberna del Clínic. Tenemos reserva.

Gladys emitió un suspiro y se lo pensó. Al día siguiente tenía que madrugar, pero la propuesta era demasiado prometedora. Cenar con cantantes de ópera famosos: desde luego no era algo que ocurriese todos los días. Y mientras estuviese entretenida no pensaba en aquel tipo del tatuaje en la mano.

—Está bien. Voy con vosotros. Pero solo porque las bravas del Clínic son las mejores de Barcelona.

—Vamos fuera y esperamos por los demás tomando unas cañas en el Tosca. Me muero de sed.

Vera quería marcharse, pero Areces despachaba con otros empresarios a la salida del Palau. La noche era cálida y acogedora, pero a ella solo le apetecía terminar con aquello, volver a su casa y meterse en cama con un whisky y una pastilla para dormir.

Vio salir a Marc con Gladys y se quedó mirando a la pareja. Conocía a aquella chica, era presentadora en una emisora local. Ella le cogía del brazo y sonreía,

iluminada como si estuviese en el séptimo cielo. Los dos entraron en el Tosca y ella sintió un escalofrío, el vacío interior de la soledad.

Cogió a Areces de la mano y lo apartó de la conversación.

—Vámonos, Berto. Por favor. Estoy cansada. Llévame a casa.

Él asintió. Vera no pudo evitar una última mirada hacia dentro del local. Lo último que vio era la mano de Marc colocando el cabello de Gladys detrás de la oreja con cariño.

César Andreu

César Andreu aún no era capaz de entender por qué Mila lo había dejado tirado para irse a Madrid y no por un tiempo, sino para siempre. Con tan solo cuarenta y tres años, había alcanzado lo que otros muchos de mayor edad anhelaban: ser uno de los directores artísticos punteros en el mundo de la ópera, cuyas reglas son particularmente despiadadas con los que quedan rezagados.

En sus manos la citación de su abogado pidiendo el divorcio era como una bofetada a su vanidad, y aquella era la parte que más le dolía, porque había dedicado toda su vida a cultivarla. A pesar de que solo eran las cuatro y media de la tarde, esa noticia confirmatoria de la vejación sufrida bien valía el primer gin-tonic del día, y eso que se había levantado a las doce. «Valiente zorra», dijo en voz alta. Le entregas todo lo que tienes a una mujer y te da una patada en el culo, eso le había dicho un amigo hacía unos años y él se había reído para sus adentros, totalmente convencido de que su mujer estaría siempre con él. Ja.

Ahora recordaba aquella risa con amargura. «Diez años de convivencia, se lleva una pasta, si te he visto no me acuerdo.» Zorra. «Apenas te veo, siempre estás de aquí para allá, ¿qué clase de relación es esta?» Recitó de memoria todas las críticas que escuchó durante los últimos dos años, como si estuviera interpretando un papel. ¿Acaso no le había dicho ella al principio de la relación que admiraba su arte tan original y profundo y sus éxitos? ¿No la sacó él de un trabajo de mierda y la matriculó en Derecho para que ella no se sintiera un ser inútil, solo una muñequita de porcelana? Y ahora, ya abogada (y de las jodidas) le dijo que quería tener una vida propia, y que él tenía bastante con sus triunfos,

que no la necesitaba, que su trabajo lo era todo. Por no hablar de que en la cama no funcionaba, bien sabía de qué hablaba ella, no la podía engañar más...

«Valiente traidora», susurró entre dientes, mientras terminaba su primer gin-tonic y abría otra Fever-Tree para iniciar la espiral que lo llevaría a la anestesia durante toda la tarde y hasta la noche.

Arrugó la carta del abogado con furia. Iba a quemarla cuando sonó el teléfono. Vio aparecer en la pantalla un número que no reconoció.

—¿Diga? —Removió el gin-tonic mientras contestaba y miraba las burbujas subir, como en un sueño.

—¿César? ¡Soy Klaus! ¿Cómo estás?

César se esforzó por asociar esa voz a alguna cara, pero no tuvo éxito.

—¿Klaus? Perdona, pero ahora mismo no caigo...

Klaus soltó una risita comprensiva.

—No te preocupes, lo entiendo, te refrescaré la memoria. París, hace dos meses. Tú estabas un poco decaído, ¿recuerdas? Me presenté después de la representación de *Simón Bocanegra* para felicitarte por la escenografía, era extraordinaria. Luego nos fuimos a un *bistro* a cenar y a tomar unas copas...

César empezó a recordar. ¡Dios! ¡Aquellas semanas estaban en su mente tan difuminadas por el alcohol! En las tinieblas del tiempo empezó a entrever a un alemán fornido y simpático como si se tratara del espectro del padre de Hamlet.

—¡Ah, Klaus! Sí... ahora recuerdo. Claro, París... —Carraspeó, recordando ya plenamente. Dejó la copa balón sobre la mesa y encendió un Marlboro. Aquel tipo le fue de ayuda, sí señor, una buena compañía para derramar su ira y apenarse de lo miserable que era la vida. Además, era un hombre atractivo.

La voz de Klaus sonó alegre, entusiasta.

—¡Estupendo! ¡Ja, ja! Por un momento he temido que no te acordaras, como siempre acabábamos saliendo doblados de madrugada... Pero bueno, seguro que estarás ya más animado, ¿verdad? Sé que eres un tío con muchos recursos... y no solo en el arte. Alguien tan grande como tú no puede hundirse, lo tengo claro.

A César esa voz, que en otras circunstancias le hubiera parecido pueril, ahora

le producía alivio; significaba que alguien podía comprender bien la putada que le había gastado Mila, lo que todavía no había revelado a nadie por miedo a que él, el gran artista, pudiera parecer burlado y humillado. Y ese alguien no era de su círculo de relaciones, lo que era una ventaja. Un alemán que hablaba bien el español, pero que no tenía nada que ver con la ópera. Un tío simpático, una buena audiencia que no le iba a preguntar ni a criticar, lo que siempre le producía un enojo sordo. Así que adoptó también un aire risueño, y después de corear esas risas entró ya en la conversación.

—Desde luego, no me voy a hundir, tú lo has dicho. Gracias por animarme, pero... dime, ¿a qué debo el placer de tu llamada?

—¿Te acuerdas cuando me dijiste que en un par de meses estarías en Barcelona, ocupado en la escenografía de la *Tosca* del Liceu, y me diste tu teléfono, por si pasaba por ahí durante estos días...? ¡Pues aquí estoy! Estoy en Barcelona. Viaje de negocios.

—¡Ah! ¡Qué bien! —Intentó recordar a qué se dedicaba, pero fue inútil, más allá de su aspecto, su peculiar acento y sus ganas de juerga no había almacenado nada en su memoria del pasado de aquel hombre.

Klaus comprendió lo que significaba esa pausa y vino en su ayuda.

—Sí, ¿no te acuerdas? Soy marchante de arte, una empresa familiar en Friburgo, voy por Europa buscando pequeñas joyas perdidas, antigüedades, miniaturas... Pero bueno, ¿por qué no quedamos si tienes un rato? Me gustaría contarte algo que seguro te va a interesar, sobre todo ahora que eres un hombre libre... —Y terminó la frase con un tono sugerente.

—¿Ah, sí? —Le picó la curiosidad—. ¿De qué se trata?

—Bueno, mejor te lo cuento mientras cenamos. Voy a estar por aquí tres días, así que hoy o mañana sería perfecto. ¿Te animas?

César se quedó en silencio unos momentos. Tenía algún tiempo libre antes de dedicarse en cuerpo y alma a preparar los escenarios de los tres actos de la ópera. Así que efectivamente, aquella noche estaba más que bien.

—Perfecto. Podemos quedar si quieres esta noche. No me vendrá mal algo de

movimiento.

—¿Nos vemos a las nueve y media? ¿Eliges tú el restaurante? No tengo dominada Barcelona.

Uli sonrió a Betje al colgar. Todo iba sobre ruedas. César había aceptado.

Ella le hizo un gesto de victoria con la mano.

Marc acarició la cabeza de la perra, que lamía su cara para despertarlo mientras Gladys, despeinada y vestida con una de sus camisas, deambulaba por la cocina en el piso de abajo, haciendo ruido a propósito. Era ya la una de la tarde y su estómago rugía de hambre y de resaca.

—¿Dónde tienes metida la tostadora? Hay que tomar este pan de molde antes de que caduque. ¡Joder, Marc, la mantequilla tiene moho!

El cantante se dio la vuelta en la cama, hundió la cabeza y emitió un gruñido.

—Pregúntaselo a Laika. Ella lo sabe todo.

—¡Me tengo que ir a trabajar! ¡Venga, levántate!

Marc resopló. Había vuelto a caer con Gladys, otro error. Pero no podía negarlo: le gustaba notar que alguien lo quería, se ocupaba de él y comprobaba las fechas de caducidad de la comida. Buscó con la mano el móvil, mirando ya sin ninguna esperanza si había recibido algún mensaje de Vera. Por supuesto que no: la *Principessa di morte e di gelo* no se dignaba a aparecer en solitario. Sus miradas ardientes durante el concierto solo añadían confusión a todo aquel embrollo digno de una ópera de Rossini. Lo cierto era que Marc no estaba acostumbrado a que lo ningunearan después de un polvo. Gladys acudía con un chasquear de dedos; todas las cantantes, solas y tristes después de días sin su pareja en alguna función perdida en el medio de la nada, caían con un chasquear de dedos. Pianistas, vecinas, cajeras del supermercado, caían con un chasquear de dedos.

Vera no.

Ya no sabía si le gustaba por ella misma o por su resistencia. Las dos cosas,

quizá.

Escuchó el ruido del exprimidor eléctrico y eso fue suficiente acicate para hacer que se incorporara en la cama. Se quedó sentado mirando a la nada durante un minuto. Marc decidió cogerse el día libre de canto y música: muy pronto empezarían los ensayos en el Gran Teatro del Liceu y necesitaba estar descansado. Le pediría a Gladys que por la noche lo acompañase a la Barceloneta a cenar y tomar un par de gintonics, no más. La idea de tomar un poco el sol en la playa también le agradó. Se estiró mientras la perra volvía a subir y bajar de la cama, contenta con la perspectiva de dar un paseo. Marc la acarició y se irguió al fin, estirándose. Era hora de levantarse.

La cena estaba siendo agradable. César había iniciado la velada con una copa de cava catalán. Uli, o Klaus, saboreaba un mojito. Los primeros minutos fueron dedicados al reconocimiento mutuo. El diseñador artístico volvió a apreciar un rostro sincero, atractivo y la cordialidad que le ayudó en aquellos días aciagos de París, dando un agradable contorno psicológico a un cuerpo fuerte, armónico, lo que también le produjo una cierta envidia y despertó a la vez su deseo. Se dio cuenta del abandono en los últimos tiempos, y el alcohol no le ayudaba precisamente a estar en forma. De hecho parecía mayor, con las bolsas de los ojos denotando el exceso de bebida y la ausencia de un sueño reparador. Uli incluso creyó apreciar un cierto temblor en sus manos, lo que achacó tanto a un sistema nervioso descompensado por la ansiedad como a la falta de reposo y el alcoholismo.

—¿Cómo llevas lo de la *Tosca*? —preguntó Uli.

César se inclinó hacia delante y picó unas bravas.

—Bien, muy bien, está todo prácticamente terminado. Solo queda ultimar un par de detalles. Ya sabes, algunas veces una idea que parecía buena al inicio no acaba de funcionar una vez está todo ensamblado. Mira... —Sacó el móvil y buscó las fotos que había hecho a los diseños y maquetas.

—Extraordinario. Todo basado en los cuadros de Ingres y David. La iglesia es impresionante. —Hizo un gesto de asombro contenido y resopló—. Desde luego, me parece una idea genial. Claro, el filo del cuchillo de Tosca es la culminación de esos decorados que sugieren todo el tiempo el frío acero de la extorsión y la venganza... —Uli había estudiado muy bien su papel y lo recitaba con gusto.

—¡Exacto! Es un placer hablar con alguien que entiende, no te lo puedes imaginar.

Siguió la cena, el cava fluía con generosidad, la conversación devino cada vez más personal. Uli no quiso sacar el tema de Mila, pero su compañero de mesa tuvo la necesidad de echar sapos y culebras de nuevo, y él, ayudado por el alcohol chispeante, lo secundó. En los postres César sintió que su resentimiento y vanidad ya estaban del todo satisfechos, así que por vez primera pensó que sería una buena idea saber algo más de su nuevo amigo.

—Bueno, Klaus, ¿y qué me cuentas de ti? ¿No tienes familia? No recuerdo si me lo habías comentado en París, sabes que no tengo una idea clara de aquellos días... —Le guiñó un ojo, intentando forzar todavía más la complicidad.

Uli aprovechó el momento, sonrió y empezó la parte delicada de la velada.

—¿Yo? No, no me va lo de estar casado, sí, ya te lo comenté, pero bueno, en tu estado de pesar era lógico que no pusieras mucha atención en lo que te decía, no te apures. Pero no..., yo prefiero la aventura, ya sabes, en la variedad está el gusto... Son ya muchos los amigos divorciados y doloridos para creer en el amor para siempre y esas historias. Además, constreñirme en una relación monógama y heterosexual me resulta imposible.

—Sí, desde luego. —El rictus de César volvió a mostrar frustración—. Haces bien, Klaus, las mujeres quieren tener niños y la pasta, y luego solo esto último, al menos con el mismo...

—¡Así es, querido amigo! Por otra parte... —bajó el tono, llenando de nuevo la copa de su nuevo amigo mientras desechaba la carta de postres que le ofrecía el camarero y le pedía dos gin-tonics de acuerdo a los deseos de César que había observado ya en su estancia en París— yo tengo unos gustos... cómo te diría,

algo peculiares... me gustan las mujeres liberales y fogosas, no las putas, sino mujeres que saben lo que quieren, y no te piden nada más... —le clavó la mirada con intención— y no solo las mujeres. Ya me entiendes.

Uli se dio cuenta que había atrapado por completo la atención de César, así que prosiguió.

—Verás. Sabes que por mi trabajo viajo mucho por toda Europa; pues bien, estoy en un club online de hombres y mujeres libres que solo quieren tener un encuentro con alguien de su gusto cuando están en alguna ciudad por negocios, unos días... ¿comprendes? Te repito que aquí no hay nada de puterío. Algunos están casados, pero no hay problema si pueden poner una excusa y acudir al hotel donde está la persona que está de paso. Otras veces es más fácil, porque el hombre o la mujer en cuestión viven solos en sus apartamentos. —Cogió la bebida que le ofrecía el camarero y prosiguió—: Es todo muy sencillo. No hay ningún compromiso. Previamente te pones de acuerdo, seleccionas la gente con la que querrías estar, y los demás hacen lo mismo contigo. Entonces, por ejemplo, yo llego a Barcelona y antes me he puesto en contacto con alguna que sé que querría follar uno o dos días sin malos rollos... Créeme César, es una experiencia de lo más excitante.

César estaba sorprendido. Por supuesto que se había tirado a mucha gente aprovechando las representaciones, pero las más de las veces eran encuentros casi de rutina, o simplemente todo acababa en decepción cuando no en algún reproche por unas supuestas promesas incumplidas. Aquello era otra cosa.

—Entonces ¿tienes un plan para estos días? —preguntó, anhelando que esa proposición de la que quería hablarle incluyera esa expectativa.

—Desde luego, César. —Sonrió maliciosamente—. Antes de venir aquí le pregunté a la chica si le apetecía «algo especial»... —Vio en los ojos de César la lascivia—. Por ejemplo, una doble ración... ya me entiendes, uno mira mientras el otro se la folla, aunque también podemos participar los dos, no sería problema. Me tomé la libertad de pedirle que mirara quién eras en Google, no te comprometía a nada, y necesitaba su aprobación. En estos casos te repito que

todo ha de ser libremente asumido. Y dijo que estaría encantada. ¡Resulta que también es muy aficionada a la ópera!

César se emocionó de verdad, sobre todo después de que Uli le enseñara una foto de Betje, a la que llamó Susan, originaria de Londres, casada con un español que viaja mucho en su negocio de patentes industriales. Siguieron bebiendo. Uli le aseguró que todo estaba ya preparado, y que ella les esperaba en su masía, en Vallvidrera. Iba a ser una experiencia inolvidable, porque él ya había estado con aquella mujer, y fue «algo increíble». De verdad. Increíble de todo punto.

El taxi les dejó en torno a las doce. Luces tenues alumbraban la entrada a la masía, un camino de piedras que atravesaba un jardín rodeado de un muro coronado por arbustos. César estaba bebido, pero todavía controlaba, «este tipo es una esponja», pensó Uli, algo mareado también, aunque había bebido la mitad que César porque tuvo la precaución de tardar el doble en acabar las copas de cava y los gin-tonics y de beber mucha agua por en medio.

Breves instantes después de sonar el timbre, Betje abrió la puerta y les invitó a pasar. Estaba deslumbrante. Llevaba un traje chaqueta negro de corte masculino, el pelo rubio recogido en un moño, solo los labios pintados de rojo intenso, un atuendo que intensificaba su androginia y le otorgaba un aire a diva del cine negro, a *femme fatale*. En su mano había una boquilla que sostenía un cigarro de marihuana, el olor era muy fuerte y el escenógrafo aplaudió para sí al notarlo.

—Tú debes de ser César. —Le dio dos besos obviando la mano que le tendía el novato de la reunión.

—Sí, es un placer. —La recorrió con la mirada sin demasiado pudor. No era una belleza, pero emanaba una fuerza indefinida y masculina que le pareció muy sugerente.

La voz sonó arrastrada, con acento.

—Klaus me habló de ti, y, la verdad, cuando descubrí quién eras me pareció extraordinario tener la oportunidad de conocerte.

Uli interrumpió las loas con apremio y un tanto avergonzado. Tanta agua le había llenado la vejiga.

—¿El baño, por favor?

Cuando volvió, Betje les acompañó hasta el salón, el típico de una masía, con muebles rústicos, chimenea, sillones amplios y una gran mesa de billar. Todos se sentaron. Se impuso una conversación animada. Susan sirvió más bebidas que César aceptó con agrado. Ella le preguntó por sus diferentes trabajos y él, muy animado, explicaba con todo lujo de detalles sus planteamientos para las óperas más destacadas en las que había intervenido, mil anécdotas de gente famosa y otras ocurrencias que todos rieron con ganas. César pensó que hacía mucho tiempo que no lo pasaba tan bien, y no se creía la suerte que tenía al saber que iba a follar dentro de un rato con la mujer de piel translúcida y labios sensuales, con aquella mirada de vestal que lo hacía arder como nunca había experimentado. Ese era el punto fuerte de Betje y ella lo sabía: su presencia ofrecía un placer diferente, casi andrógino pero tremendamente sexual, como si despreciara al hombre antes de follárselo, como si fuese a devorarlo cuando sintiese el orgasmo.

—¿Otra calada? —Betje le pasó el porro a su invitado. Pronto comprobó que César estaba lo suficientemente bebido y drogado como para ser un peón obediente en la partida—, ¿qué os parece si paso un momento a la habitación y os espero en cinco minutos? —Al decirlo, miró a ambos hombres con malicia, sus ojos una promesa de placer celestial.

—Muy bien, Susan, en cinco minutos entramos —dijo Uli.

—¡Klaus, es increíble! —Se levantó del sofá, entusiasta, una vez que Betje desapareció del lugar—. Una cosa... ¿quién lo hace primero?

—Bueno, había pensado que tú podrías empezar..., yo miraré primero..., si te parece bien. Ella me ha dicho que te deseaba mucho.

—¡No me jodas! ¿Eso ha dicho?

—Así es, fóllatela primero y disfrútala, es lo menos que te mereces después de la putada por la que has pasado...

Pasaron esos cinco minutos interminables para César. Miró a Uli, que asintió. El escenógrafo apuró su copa y ambos entraron en la habitación.

Betje estaba deslumbrante. Estaba tendida en la cama, desnuda, salvo unas pezoneras negras y unos zapatos de tacón del mismo color. No le hacía falta nada más para ser irresistible a los ojos de César. Su piel destacaba sobre las sábanas de raso negro, haciéndola parecer una estatua del Renacimiento.

Con un gesto de su boca le invitó a acercarse, él se abalanzó a besarla pero ella con un gesto le pidió calma; empezó a desnudarlo con paciencia, mientras las manos de César recorrían su espalda en círculos, con delicadeza, y se acercaban a las nalgas. Las estrujó con fuerza, eran duras y firmes. César estaba que no podía más, a pesar de que el alcohol y la marihuana bullendo en su cerebro le daban un aire onírico a la escena. Betje lo besó al fin, apretando los labios con deseo y poder. César se lanzó como un poseso. Su erección era cada vez más dolorosa y potente, como hacía tiempo no sentía.

De forma inesperada, notó la presencia de otra persona a su espalda. Iba a protestar, pensaba que era Klaus; habían quedado que él solo miraría... ahora era su turno, joder, no quería compartirla con nadie.

Pero no era Klaus. Un chico muy joven, muy parecido a Betje, rubio y fino como un junco, se acercó a él y, sin previo aviso, agarró su polla mientras le metía la lengua en la boca, gimiendo.

—César, es una sorpresa —susurró Betje, acercando también su cuerpo al suyo, ¡fóllatelo tú primero y luego me lo follaré yo!

César no tuvo tiempo de contestar ni quiso hacerlo. Por un instante se preguntó qué edad tendría aquel chico, ¿casi un niño?, pero eso fue todo. No iba a rechazarlo. Se dejó llevar por sus deseos más intensos y profundos. El jovencito era como un duende de cuadro antiguo, con pecas, nariz respingona, vientre definido y una polla de buen tamaño. Después de que el chico se la chupara entre ruidos y gemidos, César lo cabalgó sin más dilación. Pensó que podría morir de placer. No pudo darse cuenta de que Uli estaba grabando toda la escena, ahora ya solos en la cama él y «el chico sorpresa». Tampoco le hubiera

importado, porque cuando eyaculó no podía pensar en nada más que no fuera desintegrarse en el universo.

Cuando cayó derrumbado hacia atrás Uli le dio un vaso con un líquido.

—Ahora te toca recuperarte. ¿No ves que Betje te espera? ¡Serás picarón! Se lo has ofrecido todo a él... y ella ha quedado insatisfecha. Venga, bébete esto, te ayudará a ponerte en forma otra vez.

La voz de César surgió de entre los límites del sueño y del placer, embriagada por completo.

—Sí, Betje, no te vayas, ahora te va a tocar a ti... —Betje le sonreía desde los pies de la cama, complacida. En una mano llevaba uno de los zapatos de tacón.

Pero pocos segundos después de beber la imagen de Betje comenzó a convertirse en una niebla azulada e indefinida; su mente entró en picado hacia un pozo negro, y al momento su cuerpo flácido y desnudo yació inconsciente. Comenzó a roncar. Betje, satisfecha, lo tapó con una manta que sacó del armario, se quitó las pezoneras que a su parecer eran un complemento ridículo y fue a por un albornoz para cubrirse.

Al poco el chico sorpresa salió del baño entre una humareda de vaho de la ducha, ya vestido, vaqueros, camiseta y cazadora. Alargó la mano hacia Uli.

—Muy bien, Alexis. Recuerda que nunca has estado aquí, —Uli le pasó un sobre con quinientos euros, una fortuna para el joven rumano, que sonrió, jurando y perjurando que al minuto lo olvidaría todo.

Escucharon el ruido de su Vespino al poco, alejándose de la masía. César continuaba roncando sumido en el sueño más profundo.

La extorsión

César abrió los ojos, su consciencia estuvo un tiempo suspendida, sin recuerdos ni una idea clara de dónde estaba, hasta que reconoció una silla medio cubierta con su ropa. Estaba en su casa, en su habitación, aunque ahora mismo le costaba girar la cabeza para reconocer el espacio. La boca seca como un estropajo, y un cuerpo que le pesaba como si estuviera bajo tierra y solo asomara su cabeza.

Poco a poco sus sentidos empezaron a funcionar, ¿qué hora sería? ¿Qué día? Pasado un tiempo, la memoria, en un juego libre que por un tiempo parecía conducir a ninguna parte, al fin empezó a asociarse con su realidad. «¡Ah sí! Ayer... con Klaus... y la rubia... ¿cómo se llamaba? ¿Me la follé? ¡Ojalá, porque estaba como Dios!» Sin embargo, no lo recordaba bien. Se enderezó en el lecho y se recostó en las almohadas de oca; respiró profundo y bebió un poco de agua del vaso que estaba junto a su cama. De forma pausada le vinieron otros recuerdos y se estremeció. Recordó el cuerpo caliente de la diosa translúcida, su boca fresca, recordó recorrer esa piel como si estuviera cargada de electricidad... pero luego otro cuerpo acaparó su atención. Notó un estremecimiento, una punzada de placer más intelectual que físico le atenazó y recordó la carne de un muchacho tierno entre sus brazos. Un Tazio de ojos azules y vientre terso que lo había guiado a un placer de dioses griegos.

¡Qué pasada! No cabía duda de que Klaus sabía preparar esas cosas...

Por vez primera en mucho tiempo dejó de sentirse deprimido. No recordaba haber echado un polvo como ese en mucho tiempo; una vez pasado el primer año, y como un fardo que va descendiendo por la cinta de equipajes del

aeropuerto, su mujer se limitaba a cumplir con menor entusiasmo entre viaje y viaje, cuando recalaba en casa, poniendo cara de circunstancias, como si le estuviera haciendo un favor. Hacía mucho tiempo que el fardo cayó del todo y nadie venía a recogerlo, tuvo que admitirlo. Pero, de todas maneras, se sentía todavía muy dolido porque fuera ella quien le dejara, por ser el fardo abandonado, y amenazando con llevarse una pasta, además. La muy puta...

Pero ahora veía claro que la vida le ofrecía otros atractivos, qué coño, no estaba mal como tío y tenía pasta... ¡joder, era un artista! Se levantó y se dirigió a la ducha pero se detuvo de pronto porque escuchó un ruido en la cocina, claro e inequívoco: una batidora.

¿Quién coño...?

Aunque asustado, se puso un albornoz encima y salió afuera. El sol le cegó al entrar en la espaciosa sala de estar integrada con el comedor; amplios ventanales en marcos finos de madera dejaban pasar toda la luz del verano mediterráneo al estar las cortinas abiertas.

—¿Hay alguien? —preguntó, ansioso pero sin poder renunciar a saber quién estaba en su cocina. Nadie contestó, y su miedo le hizo apresurarse. Vio a un hombre grande manejarse con soltura y la nevera abierta—, ¡Joder, Klaus, eres tú! —gritó, liberado de la tensión.

Klaus le sonrió mientras ponía fruta batida en un bol y luego añadía yogur.

—¡Buenos días dormilón! Ya era hora..., pasan de las once, aunque los artistas os levantáis siempre tarde, supongo... Vamos, ¿te apetece desayunar?

—Perdona, Klaus, pero no sabía que estabas... y me he levantado como si tuviera el cuerpo cubierto de plomo; me ha costado recordar lo de ayer —dijo, con malicia cómplice—. ¿Cómo es que estás en mi casa?

—Ah... no recuerdas cómo terminó todo, ¿no? Ya veo —Empezó a desayunar, hablaba con la boca medio llena—. Pues después de que te portaras como un campeón —le guiñó un ojo—, te quedaste frito. No podíamos quedarnos en casa de Susan, es una mujer casada... ¿recuerdas? —Añadió ahora unas galletas integrales al bol, e hizo una pasta que a César le pareció vomitiva. Tenía el

estómago revuelto, había bebido mucho hasta el punto que no recordaba el final de la noche. «Ayer me pasé», se dijo, y caminó hacia la nevera para buscar agua con la que tomarse un Alka-Seltzer.

—Ah... entiendo. Entonces, me trajiste tú, ¿no? —Uli asintió mientras seguía comiendo, estaba muerto de hambre, parecía un vikingo que no hubiese comido durante meses—. Pues gracias, chico, la verdad es que no sé cómo pagarte lo de anoche..., y encima hiciste de niñera. —Levantó su vaso con la medicina como si brindara a su salud.

—Hummm... pues he estado pensando —sus palabras se aclararon después de tragar la mayor parte del bolo alimenticio— que sí, ¿sabes?, que sí podrías hacer algo por mí... Me he levantado hace un rato y mientras admiraba tus recuerdos artísticos y algunas fotos, he pensado que a lo mejor..., bueno, que a lo mejor podríamos hacer algo juntos en el Liceu.

César lo miró con perplejidad.

—¿Hacer algo juntos en el Liceu? No entiendo...

—Sí... es muy fácil —Uli se levantó, abrió la nevera y sacó un pack de zumo de naranja—. ¿Te importa? —le dijo, mientras señalaba con la mirada el pack y luego se lo llevaba a la boca para darle un trago que lo dejó casi vacío—. ¡Ah! ¡Qué bueno está! Aunque no es natural, sabe muy bien... Necesito mucha fruta por las mañanas, ¿sabes? Es muy buena para mantener la microflora intestinal en perfecto estado. En fin, ¿qué te estaba diciendo? Ya recuerdo... sí, ven, siéntate. —Le dirigió a la otra silla que flanqueaba la amplia mesa de la cocina, y él se sentó enfrente, mientras cogía sin pudor alguno una de las cápsulas de café y la metía en la máquina.

César esperó que continuara con la misma expresión de sorpresa.

—Mira, sabes que soy un apasionado de la ópera, ¿no?, así te conocí, porque admiro mucho tu trabajo. Y resulta que, entre todas, *Tosca*, la que estás preparando ahora, es mi favorita desde siempre. Y el Liceu... ¡Dios mío, ese lugar increíble, perfecto templo para tu arte! Pues bien, me harías un gran favor si me dejaras estar un tiempo a tu lado los próximos días en que vas a estar

ocupado preparando la escenografía, me encantaría ver cómo lo preparas todo, recorrer el Liceu sin molestar, en fin, embriagarme de todo el proceso creativo previo a la primera representación.

César, sorprendido, y todavía con la cabeza confusa y el estómago dando saltos, no abrió la boca, así que Uli le animó, sonriéndole:

—¿Qué me dices, eh? No molestaré, te lo prometo, y... bueno, lo de ayer podría repetirse...

César reaccionó al fin.

—Bueno... es una petición muy inusual..., no sé...

Dudó unos segundos, en su interior había una lucha entre el deseo y lo que le repugnaba: tener mirones a su alrededor; además, los cantantes eran muy caprichosos, y el director más; no les gustaba ver aficionados husmeando y molestando. No, no iba a poder ser.

—Créeme que lo siento, Klaus, eso no es posible. Los de la farándula son muy tiquismiquis, ya lo sabes, no se soportan entre ellos, así que imagínate ver a alguien dando vueltas por ahí. —La cara de Uli era plácida, no pareció sentirse muy defraudado, así que César buscó un terrón de azúcar que darle—. Pero un día te puedes venir, después de los ensayos, y con mucho gusto te lo enseño, eso no es ningún problema.

—Oh, vaya. Sí que es una pena —dijo Uli, sin perder el semblante tranquilo—. Verás, es que yo necesito «algo más», quiero tener libertad de movimientos, poder estar en cualquier parte, me gusta el teatro, soy muy curioso, ¿sabes? Quiero aprender de ti.

—¿Eh? No te entiendo. Te prometo que te llevaré a visitar cualquier rincón del Liceu, quedarás satisfecho, ya lo verás. Pero comprende que no puedes estar ahí varios días dando vueltas, te echarían y yo no podría evitarlo.

—Sí, es una lástima, ¿verdad? Por eso había pensado que podrías decir que soy tu ayudante, un estudiante aventajado de Alemania que se curte yendo contigo y echándote una mano. No molestaré, te lo aseguro.

—¿Cómo? —César empezaba a estar ya realmente molesto con la insistencia

de Klaus. ¿Es que se había vuelto de pronto idiota?—. Pero bueno, ¿no trabajas? ¿Y tus negocios? ¿Ahora vas a ser mi ayudante? No te entiendo, la verdad.

Uli decidió acabar la partida.

—Mira César, he aguantado tus gilipolleces muchos días, pero es hora de que te bajes del carro y colabores. Necesito que hagas esto por mí; a nadie le va a pasar nada malo, y es un capricho, ¿entiendes? Así que entérate de cómo va este juego. —A continuación le pasó un móvil—. Echa un vistazo.

César, anonadado por el tono duro del alemán y sin comprender nada miró la pantalla, que mostraba un vídeo.

—Dale al play —le ordenó Uli.

César obedeció y, al principio, reconoció vagamente la habitación donde estuvo ayer. La luz era buena, y pudo ver a un efebo desde atrás, haciendo una felación a alguien... que era él. Todas las imágenes que siguieron eran muy explícitas, se veía perfectamente su rostro así como el cuerpo del joven, que ahora a él le pareció mucho más juvenil que la noche anterior, cuando apenas se inquietó por otra cosa que gozar hasta el éxtasis. Su estómago empeoró ostensiblemente y se sintió más mareado que al levantarse, gentileza del miedo que le cruzó la mente como un látigo. Un sudor frío le empapó cuando se vio en el vídeo gritar al derramar su semen en el culo del crío.

—¿Y bien? ¿A que es un vídeo muy bueno? —Uli volvió a endulzar la voz y a servirse otra taza de café—. ¿Recordabas que Alexis era tan guapo... y delicioso? —Rio ostensiblemente y luego continuó—: ¡Apuesto que sí! Lo cierto es que es algo muy especial... solo tiene quince años, ¿lo sabías? Recién cumplidos. Los lleva bien.

César comprendió al instante. Era un chantaje en toda regla. Si se difundía ese vídeo estaba acabado. La gente no tiene paciencia con los pederastas, aunque él pensaba que era mayor. ¡Joder! ¡Si no le gustaban los niños!

—¿Quién eres de verdad? ¡Lo de ayer fue una encerrona! ¡Serás cabrón!

Uli no se sintió aludido; al fin y al cabo era un pobre diablo.

—Eso no te importa, César. Solo tienes que saber que soy la persona que

puedo acabar contigo con solo apretar un botón, eso sin mencionar que la policía podría estar muy interesada en saber cosas de ese encuentro tan íntimo con un menor de edad. Ten la seguridad de que Alexis puede probar que tiene quince años.

—Pero ¿qué quieres con esa idea absurda de ser mi ayudante? ¿Qué pretendes?

—Eso no te incumbe. No va a pasar nada malo. Tú solo tienes que hacer lo que te he dicho, y quizá alguna pequeña gestión si lo veo necesario, pero tu trabajo y tu vida continuarán como hasta ahora, si no eres lo bastante imbécil como para ponerte la soga al cuello.

César suspiró profundamente, y se echó las manos a la cabeza, tapándose la cara. Se sintió como si ese fardo olvidado hubiera acabado al fin en la basura.

—¿Te hago un café? —La voz irónica de Klaus lo sumió todavía más en la mierda.

Minnie Mouse

Eran las veinte horas, y Raúl se dejó caer en una de las sillas enmoquetadas de *Les gens que j'aime*, un sitio encantador por el jazz y los buenos cócteles. A esas horas del miércoles solo había una pareja más en el local, y decidió no esperar a Gladys, hoy se lo había ganado: empezaría con un daiquiri. Luego, ya se vería.

Apurando ya su bebida, Raúl vio entrar a Gladys: se había cambiado, ya no llevaba puesto el traje chaqueta de la mañana, sino unas mallas cómodas y un jersey de lino blanco, amplio, que dejaba entrever la silueta de sus senos abundantes. El mosso suspiró para sus adentros. ¿Cuántos años hacía que la conocía? Al menos tres, pero él ya era un hombre casado cuando la conoció, y nunca se atrevió a pisar la línea roja.

Se dieron dos besos; aquello era un espacio neutral, su amistad podía aflorar sin problemas. Raúl vio la cara de preocupación en la periodista.

—¿Y bien? ¿Qué querías contarme? O no te conozco, o diría que algo te está preocupando de verdad.

Gladys dibujó una media sonrisa, para quitarle gravedad a una inquietud que le pesaba como una losa.

—Verás, ahora te cuento, pero antes dime una cosa, sin que te comprometas, no hace falta que entres en detalles: ¿Has obtenido algo de Anatole? —Gladys quería saber si la captura del asesino de Tatiana era algo personal para Anatole, en cuyo caso no les habría dicho nada acerca de Berto Areces.

—Está bien, como quieras... —Vino la camarera y pidió un gin-tonic para Gladys y otro daiquiri para él. Luego, miró a los ojos a Gladys—. No, nada en claro, no tiene ni idea... dice que no puede comprender por qué alguien querría

matar a las mujeres, que hasta hace unos pocos meses ni siquiera ellas se conocían. Claro, yo le he preguntado por qué había un vigilante en la casa, si pensaba que las chicas no estaban bajo algún peligro definido, pero dice que es un antiguo amigo que vino de Rusia con él, hace tiempo, y que en realidad era más que nada para que las chicas estuvieran más tranquilas, y así de paso le daba a él un trabajo, pero no porque pensara que hubiera un peligro real.

—Ya... comprendo —dijo Gladys dando un trago, meditabunda—. Bien, lo cierto es que tengo un problema, Raúl, y creo que tú también.

—Dime, soy todo oídos.

—Verás, yo conocía a Tatiana. ¿Recuerdas la muerte del tenor, Miguel Sanchís?

—Sí, recuerdo el caso muy bien. Todavía estamos en ello; no lo llevo yo, como sabes, pero mis compañeros han entrevistado varias veces a su amigo Marc Roselló; sí, sé que también es tu amigo —puso un leve tono de censura que él sabía que era del todo injustificado—, y no se ha mostrado muy colaborador. Por otra parte...

—Por otra parte él os habló de Berto Areces cuando denunció la desaparición de Miguel, ¿verdad?, y eso bastó para que el caso bajara de orden de prioridad... ¿me equivoco? —Su tono era de reproche, no había duda.

—Gladys... ya sabes que este hombre está blindado. Tiene mucho poder, no solo aquí, en el Govern, sino que se dice que también en el Palacio Real...

Hubo un silencio incómodo solo roto por el suspiro de Gladys antes de que ella hablara en respuesta a lo que era una flagrante dejadez de la función de investigar de la policía.

—Pues estamos jodidos, Raúl, porque quien perseguía a Tatiana era Berto Areces. —Como Raúl permaneciera callado, expectante, ella continuó, marcando las palabras con amargura—. No él en persona, claro, pero sí uno de sus secuaces, estoy seguro. Areces no puede dejar que una chica suya dé mal ejemplo a las otras, por no hablar de su narcisismo herido por una chavala, capaz de zafarse de él y de su organización.

—Entonces, según esto, ¿no se trataría de un asesino en serie? Son cuatro ya las mujeres rusas asesinadas, todos en la brigada lo creemos así, y Sanjuán, como te dije, está de acuerdo.

—Sí, es posible, pero lo cierto es que Tatiana era una fugitiva de la organización de Areces... no creo que sea una casualidad. Además, las otras dos chicas asesinadas, Anastasia y Dolores, también habían estado en la casa de acogida de Anatole. Así pues, ¿qué es lo que tenemos? Que una chica amenazada por Areces es asesinada junto con su compañera en el refugio de Anatole, y que previamente han sido asesinadas otras dos mujeres que habían estado en esa misma casa. Quizá Javier Sanjuán tenga razón, pero si es un asesino en serie parece tener una conexión con Berto Areces.

Raúl se quedó callado unos segundos, meditando. No, por eso no iba a pasar. Igual le costaba su puesto, pero simplemente no podía quedarse con los brazos cruzados.

—¿Sabes quién pudo ser el matón de Areces para esta faena? —preguntó Raúl—. Porque una cosa es Areces, y otra cosa es cerrar los ojos ante sus gorilas, sobre todo si son asesinos.

—No lo sé, Raúl, nunca los he visto... —Gladys percibió en su amigo un aire de determinación que la sorprendió.

—Un momento: ¿Dices que probablemente el que matara a las chicas en la casa refugio estuviera también implicado en la muerte del tenor?

—Quizá, no lo sé; que Areces está detrás de ambos crímenes lo tengo claro, pero no sé si los asesinos fueron los mismos. ¿Tú tienes alguna información importante sobre el asesino de Miguel, el cantante? ¿Algo que no me dijiste en su momento?

—Bueno... sí, verás, no lo quisimos decir para que él no tomara medidas y acabara con nuestra ventaja. Pero en realidad tenemos un testigo que vio a un hombre junto al lago donde apareció Miguel que llevaba un tatuaje de Minnie Mouse en una mano. Eso podría bastar para complicarle la vida si logramos

localizarle, aunque difícilmente sería determinante si la testigo, una cría, no pudiera identificarlo correctamente.

Se hizo de nuevo el silencio. Gladys palideció.

—¿El tatuaje de Minnie? ¿Estás seguro de eso?

—Sí, lo estamos, es algo muy concreto para que la niña se lo inventara..., o al menos no tenemos ninguna razón para pensar que se lo inventara. Parece una niña despierta, poco dada a fabular.

—Pues entonces, quizá tengo un problema, Raúl —volvió a dar un trago, esta vez más largo, a su gin-tonic.

—¿Por qué?

—Cuando murió Anastasia, la primera de las prostitutas rusas asesinadas, acudí a su entierro. Poco después de terminar vino a verme un hombre, me dijo que la había conocido, que la había tratado bastante un tiempo atrás...

—¿Y...?

—Llevaba un tatuaje de Minnie en su mano derecha, estoy segura. Y —se detuvo un par de segundos, y luego prosiguió con voz trémula— eso significa que quizá sea un cabo suelto; le di mi tarjeta. Raúl, quizá ahora quiera verme.

PARTE TERCERA

EL TIEMPO DE LOS JUSTOS

*This is the coastal town
That they forgot to close down
Armageddon, come Armageddon!
Come, Armageddon! Come!*

«Everyday is like Sunday»,
STEVEN MORRISSEY

Moviendo el avispero

Vera se retorció las manos, nerviosa. Allí estaba la trampa contable. En la partida de explosivos de la empresa de construcción. Le había llevado un tiempo pero al fin la había encontrado. Explosivos. Goma-2 para volar un edificio. Aquello olía muy, muy mal. Era algo gordo, estaba segura.

Pensó rápido. Berto no sabía nada de aquello, era todo obra de Gara. Tendría que llegar hasta el fondo del asunto. Y rápido. Todo aquel armamento, explosivos, tendrían un destino. Pero... ¿cuál y dónde?

Le temblaron las manos. Lo extraño era que todas las células yihadistas estaban controladas en aquel momento en España y Francia y no había indicios de que se estuviera planeando un atentado masivo. Aquello era algo nuevo. Al final Darío Gara, como había sospechado, era la verdadera mano ejecutora del tráfico de armas, mientras Areces se dedicaba a amasar dinero sin mayores preocupaciones ni remordimientos, escudado en sus contactos con las altas esferas que lo blindaban de cualquier investigación.

Había llegado el momento de salir de allí. Berto no le podía ofrecer nada. Pero Darío sí, el contable era el cerebro y ella su punto flaco. Lo tenía a punto de caramelo. Solo con pulsar un par de teclas en su ego y sus ansias de poder y Gara caería como una fruta madura. Y de paso se libraría del baboso de Areces, ya no podía soportarlo más. Lo del sushi había sido la gota que colmaba el vaso. Estaba dispuesta a sacrificarse, pero había un punto que su mente ya no era capaz de aguantar ni un minuto más.

Miró la hora. Gara estaría a punto de llegar a la oficina. Lo llevaría a comer

con la disculpa de preparar el combate de Zarco. Y allí terminaría lo que había empezado. No había más tiempo que perder.

—¿Cómo vas con eso, Gladys?

Gladys movió la cabeza, negando, al tiempo que liberaba aire de sus pulmones. Llevaba cerca de una hora delante de fotografías de tipos que se habían distinguido por actuar de matones, o bien dando palizas por encargo, todos ellos con gesto fiero, muchos de la Europa del Este, otros sudamericanos, aunque también los había autóctonos. La periodista tenía bien fijada en la memoria la cara de Rusty. Había estado hablando con él un tiempo relativamente largo. Tenía claro que no era eslavo... ¿podía ser sudamericano? Desde luego sin rasgos indígenas. Ella recordó un cierto acento peculiar, pero no podía identificar su origen exacto.

—No, aquí no está, Raúl. Pero estoy segura de que si yo me acuerdo de él, él también se acordará de mí. Y si es el asesino de las chicas rusas, sabe que yo lo he visto, y eso me convierte en un cabo suelto. —Tomó el café que le ofrecía Raúl, le dio las gracias y dio un sorbo. Estaba hirviendo. Sin azúcar, como le gustaba. Bien.

Raúl meditó unos segundos.

—Bueno, eso es una posibilidad, pero él no tiene por qué saber que tú conoces lo del tatuaje. Y sin ese dato, no te va a considerar una amenaza. —Intentó tranquilizarla, aunque por el rostro de Gladys pudo ver que no tuvo demasiado éxito—. De hecho, él no sabe siquiera que la testigo nos dio ese dato, así que en realidad no tiene ninguna razón para pensar que tú sabes algo que te haga peligrosa ante sus ojos.

—Vamos Raúl, eres muy amable, pero estás pensando de una forma racional, y sabes muy bien que estos tipos no son precisamente Voltaire reflexionando. Si es un pirado, y hay muchas probabilidades de que lo sea, puede que lo único importante para él sea que estuvimos charlando junto a la tumba de una mujer

que seguramente él asesinó. Y eso me temo que pueda ser una buena razón para que no quiera correr ningún riesgo.

Ese argumento era incontestable, y Raúl lo sabía. Gladys le importaba mucho; quizá había llegado el momento de dar un paso, aunque fuera arriesgado.

—Te voy a pedir un favor. Quiero que te pases por esa puerta —señaló un despacho al fondo de la sala donde estaban, que era amplia y contenía mesas y ordenadores donde los inspectores se ajetreaban en su trabajo— y le hagas una descripción de ese tipo a Samuel, nuestro «artista del retrato». Cuando lo tenga quiero ir a algunos sitios, tenemos informadores que tienen mucha vista, te prometo que no pararemos hasta encontrarlo.

Gladys le sonrió con desazón.

—Eso espero. Por cierto, ¿sabéis ya cómo murieron esas dos chicas? —La aprensión quebró su voz. El asesino del Guinardó ya no era solo un caso sensacional de periodismo de sucesos, era un drama donde ella desempeñaba un papel protagonista, a su pesar.

—Eh... sí. Claro... pero ¿de veras quieres saberlo? ¿Vas a seguir trabajando en esa historia? —Estaba genuinamente sorprendido; tenía claro que cuantas menos veces apareciese su nombre en los periódicos junto a las informaciones de los asesinatos, mucho mejor para ella. Lo contrario era tentar al demonio.

—No lo sé, pero me jode mucho estar tan asustada. Por otra parte estoy rabiosa, rabiosa y asustada a la vez. —Dio otro sorbo al café y se levantó—. Me voy a ver al retratista, necesito moverme un poco, ver que estoy haciendo algo. Luego sigo con las fotos.

—Ok, estaré por aquí, luego te busco.

Marc adoptó una pose interesante durante la sesión de fotografías. A su lado, todo el elenco hacía más o menos lo mismo con distinta suerte. En realidad todo el protagonismo se lo llevaba el tenor Hoffmann, el favorito de las mujeres, famoso por cancelar función sí y función no, con aquel pelo negro y ondulado, y

la mirada intensa de estrella de cine. Por lo visto estaba en plena forma. El acto se desarrollaba en el Salón de los Espejos del Liceu, uno de los lugares del teatro más espectaculares por su belleza, en donde los participantes, desde la dirección, producción, etc., hasta por supuesto los intérpretes, presentaban a los periodistas la *Tosca* que abriría la temporada. Allí estaban todos, el director Thala Damir, alias el Persa, el director de escena De Lucca, el escenógrafo César Andreu, la soprano protagonista, la inglesa Amanda Maier, con sus anillos y los aires de diva expandidos ante la presencia del tenor. El duelo entre los dos cantantes era de lo más esperado del año en Barcelona: tanto la soprano como Hoffmann eran famosos por tener un ego acorde con la calidad de su voz. Los dos eran atractivos, fotogénicos y superestrellas. Y en medio de todo aquello, Marc Roselló quería actuar de tapado hasta el día del estreno. El papel de Scarpia era un bombón: bien actuado y con una mezcla de tensión y maldad se podía meter al público en el bolsillo.

«Juegas en casa, recuérdalo siempre», le había dicho su profesora de canto días antes. Y pensaba tenerlo muy en cuenta.

Las fotos de grupo terminaron y comenzaron las entrevistas. De Lucca, con su cabello cano de artista decadente, lo agarró por el brazo y lo llevó delante de los periodistas. Comenzó a alabarlo sin ningún tipo de pudor.

—Marc Roselló ha sido mi apuesta personal para Scarpia. Yo mismo lo he solicitado para esta *Tosca* por encima de otros cantantes más famosos. Va a ser su primer Puccini en un teatro de tanto renombre, es un hombre joven y con una proyección extraordinaria. Tienen ustedes un diamante en bruto en Barcelona y yo voy a ser el que lo lance al estrellato. La ópera será televisada a muchos países, así que la repercusión será enorme.

Marc al principio puso cara de circunstancias. Aquello le daba algo de apuro. Por otra parte su vanidad llamó desde dentro de su pecho a golpes, al ver las caras contritas de los demás cantantes. Se esforzó para que no se le notara ni la turbación ni el orgullo.

—Bueno, no sé. Solo puedo agradecer a De Lucca que haya confiado en mí

con tanta determinación. —Se sintió un poco ridículo, como un futbolista diciendo obviedades en la sala de prensa del Nou Camp—. Espero estar a la altura. Y muy contento de estrenar en el Liceu, es mi teatro. Mi familia ha tenido palco desde hace muchos años y he asistido a las óperas desde niño. Aún recuerdo a mi madre llorando el día del incendio delante de la fachada. En fin, tengan por seguro que haré lo posible para no decepcionar a nadie.

Los presentes aplaudieron, conmovidos por la imagen de la madre de Marc llorando delante de las llamas. En realidad, sus padres estaban en aquella época de viaje en Quebec, pero sabía que la gente adoraba una buena historia, el melodrama, aunque fuese imaginado, o quizá precisamente por eso. En cuanto pudo, se libró de las garras de De Lucca y dejó que acapararan las estrellas todo el protagonismo. Fue hacia el bar y pidió una copa de cava. Le guiñó el ojo a la camarera en uno de sus tics adquiridos, que Gladys siempre criticaba mientras le llamaba «galán de taberna» para zaherirle, y observó cómo los cantantes se peleaban por ocupar el lugar principal en las fotos. «Cosas de tenores y sopranos», se dijo, dándole sorbos al líquido burbujeante. El día siguiente empezarían los ensayos y sin duda el asunto se iba a convertir en una pelea de agudos. Marc tenía la teoría de que la rareza de las voces agudas, la antinaturalidad de la tesitura, convertía a los cantantes en una especie de rarezas andantes. La mayoría eran engreídos, vanidosos y superados por su propia voz. Allí estaban los dos enseñando los dientes como viejas estrellas de Hollywood. Y a su lado el director, el Persa, otro músico loco y excéntrico, pero a la vez un director único. Y también lleno de ambición y deseoso de reconocimiento. La lucha de egos iba a dar mucho juego.

Seapuró el cava de un trago. Le habían entrado ganas de fumar. Se imaginó las caras de sus colegas si lo viesan encendiendo un pitillo en la puerta del teatro, sonrió y decidió pedirse otra copa. Aquello iba para largo, y hasta las dos no se irían todos a comer.

Sin casi darse cuenta pensó en Vera. Intentaba no hacerlo. Desde el concierto no sabía nada de ella. Solo que estaba viva por las diferentes horas del wasap.

Pero se negaba a arrastrarse después de verla con Areces. Ella se lo perdía. La estrella emergente del Liceu, ni más ni menos. Sonrió de nuevo a la camarera, una morena, pequeña y pizpireta, con un lunar sobre el labio. La chica le sirvió el cava con las mejillas coloradas.

Por lo menos parecía que aún seguía manteniendo algo de atractivo.

Raúl ya había tomado una decisión. El asesino era un profesional, no un gilipollas como el del Putxet, que dejó todo tipo de huellas y encima puso su jeta para las cámaras de los bancos. Dudaba mucho de que los informadores pudieran darle algo bueno, eso si no tenían miedo de decir cosas inconvenientes. Ya había corrido la voz, pero nadie había abierto la boca. Pero estaba claro que él tenía una conexión: Gladys había sido muy prudente y no le había urgido a proseguir la vía que parecía ahora más clara, que no era otra sino el entorno de Berto Areces. Tatiana se había escapado de él, eso le vinculaba directamente con el asesino. Y las otras chicas... Recordó el informe de Javier Sanjuán: las torturas no eran solo obra de un sádico, sino también de un profesional.

Y un profesional de la tortura lo que habría querido sería averiguar algo, probablemente dónde estaba la casa de acogida de Anatole. Encontrando la casa encontraría a Tatiana.

Raúl vio que estaba cerca del número de la calle Josep Tarradellas que buscaba, y condujo hasta un aparcamiento en las cercanías. Comenzó a sopesar el hecho de que el asesino fuera por libre, y que Areces se lo hubiera permitido. O incluso cabía la posibilidad de que no lo hubiera llegado a saber. Así las cosas, lo mejor que podía hacer era mover el avispero, ponerlo nervioso, algo que supusiera un cambio, que obligara al asesino a tomar riesgos. No quería que él desapareciera o que Areces lo «mandara desaparecer». De ese modo nunca resolvería el caso.

«Esa chica tiene cojones», se dijo mientras entraba en las oficinas de Areces, pensando en Gladys. Llevaba solo una carpeta. Sonrió a una guapa morena que

estaba en recepción y le enseñó sus credenciales. Necesitaba hablar con el señor Areces; «sí, era muy urgente», y «no, no tenía cita previa». Recordó la conversación con Gladys del día anterior. Ya no había más fotos que mirar, y odiándose a sí mismo le presionó para que tomase una decisión arriesgada. Recordó su cara de angustia cuando le dijo que «¿por qué tenemos que esperar a que ese tipo se mueva primero? Yo no puedo darte protección por solo una conjetura, pero sí que puedo dártela si estás en el interior de una operación; eso es otra cosa, créeme, y no voy a dejar que este tipo se te acerque, te lo juro por Dios, antes le volaré la cabeza; solo tenemos que mover el avispero un poco para que asome la jeta».

Se sonrió a su pesar al recordar cómo lo soltó todo de golpe, lo de «mover el avispero» fue el precedente de la bomba: «¿Querías ser el cebo? Podrías escribir algo que le pusiera definitivamente nervioso... ¿qué te parece? No dejaremos que nada te suceda, te lo repito».

Y ahí estaba él ahora, a punto de entrar en el avispero gracias al ascensor que se puso en marcha después de que un tipo con un auricular que estaba en la planta baja le diera el permiso con un gesto amable.

Una chica alta, pulcra, de traje sastre gris y zapatos de tacón lo estaba esperando.

—¿Inspector del Olmo? —Él asintió—. Por favor, acompáñeme. El señor Areces lo recibirá en unos instantes.

Raúl le dio las gracias. Los dos caminaron hacia una estancia que sin duda hacía de sala de reuniones improvisada. Cuando la mujer se fue, Raúl decidió esperar de pie, delante de un ventanal amplio desde el que se podía contemplar una vista de Barcelona espectacular. Areces tenía buen gusto: el artesonado del techo contrastaba con los muebles estilizados, las butacas parecían cómodas y muy caras. En las paredes fotos de Areces con personajes ilustres: con el President en una recepción seguramente de la Diada; en el palco del Barcelona con Laporta; en el Liceu con Montserrat Caballé; medallas y diplomas por doquier que daban fe de su bonhomía y prodigalidad.

—Señor del Olmo, ¿en qué puedo servirle? —Areces entró con rapidez, con el estilo del empresario de éxito siempre en movimiento y muy ocupado en cosas importantes. Raúl le dio la mano y sonrió con humildad. Sabía que estaba en arenas movedizas. Él solo era un inspector, un don nadie, y Areces era alguien que podía condenarle sin problemas a patrullar el Gòtic durante una buena temporada. Tendría que jugar sus cartas con habilidad.

Areces le invitó con un gesto a sentarse; él lo hizo en la butaca que estaba a su derecha.

—¿Le apetece beber algo? ¿Agua, un café...?

—No, muchas gracias, estoy bien.

—Bien, inspector, usted dirá en qué puedo ayudarle. —Sus ojos azules de lobo se posaron sobre Raúl, escrutándolo. Eso desconcertó al mosso durante unos segundos, pero logró aferrarse a lo que había ensayado mil veces. Ya no había vuelta atrás.

—Señor Areces, este es un asunto delicado, pero lo cierto es que necesitamos su ayuda. Sin duda habrá tenido noticia del doble asesinato, dos mujeres muertas en una misma acción en una casa de acogida... —Raúl esperó, pero no salió nada de la boca de Areces, así que decidió continuar con gesto adusto y apesadumbrado—, y bueno..., lo cierto es que tenemos una gran presión, ya sabe, esto se añade a los crímenes del llamado asesino del Guinardó, y necesitamos algún tipo de resultado pronto o la gente va a exigir cabezas, se lo puedo asegurar.

Era increíble, pensó Raúl, ese tipo no movía un músculo, y como toda respuesta a ese comentario solo había asentido con la cabeza. Más valía ir al grano ya. Raúl sacó de la carpeta que llevaba el retrato robot de Rusty y se lo alcanzó.

—Señor Areces, tenemos poderosas razones para pensar que esta persona puede estar implicada en estos crímenes. Es un retrato realizado por un testigo, que tuvo tiempo suficiente para verlo bien y recordar su aspecto. Así pues,

creemos que el retrato es razonablemente parecido al aspecto real del sospechoso.

Esta vez Areces sí habló. Miró con intensidad y durante un largo rato la cara de su lacayo, pero no dio señal alguna de que lo reconocía.

—Entiendo, inspector. ¿Y...?

—Bien... sabemos que usted tiene negocios en el mundo del entretenimiento, donde va mucha gente; ya sabe, gente que conoce a otra gente, son lugares donde alguien puede escuchar algo... Al fin y al cabo, Barcelona no es tan grande cuando se trata de ciertos asuntos. En fin, que le estaría agradecido si usted pudiera hacer circular este retrato entre sus empleados, y que estos a su vez lo pasaran entre sus conocidos...

Areces aspiró entre dientes a su pesar, aunque de modo casi imperceptible. Por un momento temió que el polizone lo vinculara de algún modo con Rusty, pero estaba claro que la situación era peligrosa. Había que actuar rápido.

—Ya veo. ¿Y dice usted que este hombre es el asesino de todas esas mujeres, no solo de las dos últimas? —Areces se maldijo por no haber atado en corto a Rusty. ¿De qué coño iba ese tío? ¿Se había vuelto loco para ir por ahí matando a todas las putas rusas de Barcelona?

—Así es, no estamos seguros, desde luego, pero es el principal sospechoso. Nuestra testigo está convencida, pero claro, primero hay que atraparlo. —Raúl hizo todo lo posible para que el desliz de revelar el sexo del testigo pasara inadvertido, pero quería dejarle claro a Areces, por mediación de Rusty, de quién se trataba. En un segundo vio con satisfacción al escrutar su rostro que Areces había reparado en el posesivo femenino que había empleado «sin querer».

—Eh... sí, entiendo. Claro que sí. —Se levantó de forma enérgica y extendió su mano al inspector, quien a su vez hizo lo propio—. Tendré mucho gusto en colaborar. Es verdad, puede haber ojos y oídos donde menos uno se lo espera, y haré lo posible por que circule este retrato por entre mis empleados.

—Se lo agradezco mucho.

—Encantado de ayudar a la policía, como siempre. —Por arte de magia, la

azafata abrió en ese momento la puerta invitándole a salir con una sonrisa mesurada.

Pasados unos segundos, Areces fue hacia su despacho y cerró la puerta. Una vez allí hizo una llamada mediante uno de sus teléfonos prepago.

—¿Sí? —contestó Rusty.

—Esta noche irá a verte Luka. Te dará instrucciones muy precisas. Me temo que es la última vez que voy a hablar contigo. La has cagado bien, ¿no te das cuenta? No hacía falta tanto escándalo.

Rusty permaneció en silencio. Areces continuó, con un tono martilleante y serio.

—Tienes que hacer un último trabajo. No quiero líos ni saber nada más de ti. Te recompensaré bien, pero luego desaparecerás. Luka te lo contará todo. Y esta vez no falles.

Y colgó. Minutos después Luka Ivanov, el Tártaro, estaba en su oficina.

—Que te diga Rusty quién es la testigo que lo puede identificar, y luego le explicas que se deshaga de ella. Le dirás que recibirá cien mil euros pero que tendrá que desaparecer para siempre, fuera de España. Que vuelva a su puto Puerto Rico. Solo que... tú lo harás desaparecer mejor, ¿verdad?

El Tártaro sonrió, aunque en su interior algo se removió. Apreciaba a Rusty, pero también lo temía. Era cierto que estaba loco, era muy impredecible, tendría que esmerarse para cumplir el encargo.

—Rusty es muy peligroso. ¿Le digo algo a Zarco? Puede que nos venga bien su ayuda.

—¿Zarco? No... está aún muy verde, y no quiero que se descentre de la pelea. No sé, no acabo de fiarme del todo de él para ese tipo de asuntos. No —cogió su pluma de oro y fijó su vista en unos papeles que estaban en su mesa—, tendrás que encargarte tú. —Y levantó la vista ahora, de nuevo posando sus ojos de lobo, brillantes y fríos—: No me falles. El dinero de Rusty será para ti.

—Descuide —dijo Luka, abandonando el despacho; en el ascensor, de forma

instintiva, hizo crujir sus dedos. Matar a Rusty. No, ese no era plato de su gusto. Pero siempre venía bien un pellizco de cien mil euros.

Segundos fuera

*Encerré al diablo
en esta caja
y me he dormido.*

«La caja del diablo»,
Los Planetas

La voz de Uli pareció sincera a través del móvil.

—Has salido muy bien en las noticias.

—Vete a la mierda.

César miró a los demás comensales. Estaban todos en un restaurante de la Barceloneta, Can Majó, «haciendo equipo» delante de una paella. De forma instintiva bajó la voz y se levantó del asiento para hablar. Caminó hasta la puerta con la disculpa de fumar un cigarro.

—¿No pensabas llamarme?

César permaneció callado durante un rato. Pensaba que si no llamaba, que si escondía la cabeza debajo de la tierra, o si se tapaba los oídos con las manos como los niños, todo aquello desaparecería. Pero no. Allí estaba el hijo de puta, con su voz jovial y agradable, recordándole los momentos embarazosos con aquel efebo.

—Sí, claro. Te iba a llamar —encendió un cigarrillo—, pero aún no hemos empezado.

—En la tele dijeron que mañana.

—Los ensayos con piano. No los ensayos en el escenario.

—¿Cuándo empezamos?

A César aquel «empezamos» le sacudió como una bofetada. Le dieron ganas de decirle todo lo que pensaba de él, pero se reprimió.

—Te aviso. En unos días. No tengas prisa. Los decorados y el vestuario tienen que llegar de Nancy. Poco a poco.

—Acuérdate de la grabación. Y de las fotos. Aunque sales mejor en los telediaros.

Colgó.

El eco de la voz jovial e irónica hizo que César diese un golpe con el pie en el suelo, encendido de rabia. Sacó un Camel y buscó el mechero en los bolsillos. De repente apareció una llama ante sus ojos: Marc había salido también a echarse un pitillo.

—¿Un cantante que fuma? ¿Estás loco?

Marc exhaló el humo con placer evidente.

—Uno al año no hace daño.

—Pensé que los cantantes de ópera teníais prohibido el tabaco a diez kilómetros a la redonda.

—En realidad sí. Y el café y la marihuana y las mujeres. Y el alcohol. Y los dulces. Todo lo bueno. Sacrificarse por la voz. Llevar una vida espartana. Muy romántico, ¿verdad? No va del todo conmigo. —El cantante sonrió y se fumó otra calada antes de tirar el cigarro por la mitad—. Pero es verdad, tengo que tener cuidado. Está bien que alguien me lo recuerde de vez en cuando. Por cierto, me encanta tu escenografía. Es una maravilla. Y los trajes. Menos mal que Scarpia no va a llevar esa peluca horrenda que le ponen siempre.

—De Lucca insistió mucho en los trajes. Me fui a París a estudiar a Ingres y a David en el Louvre. Y a Roma para la escenografía. Lo más parecida posible a los sitios reales. *Tosca* no merece todos esos montajes delirantes, no los necesita, la verdad.

Marc asintió. Tenía bastante razón. Aunque él era de la idea de que *Tosca* lo

aguantaba todo. Incluso los montajes con ropas nazis, pero no le apetecía discutir. Le hizo un gesto a César.

—Vamos dentro. La paella no puede esperar más.

—Te pienso. Todo el tiempo.

Vera entornó los ojos achinados. Sus pecas resaltaron a la luz de la pequeña lamparita de estilo modernista que iluminaba la mesa.

—Desde el otro día, yo también.

Darío adelantó la mano y se la cogió sobre el mantel. La apretó con ardor. Ella le dedicó una sonrisa cálida.

—No aguanto más a Berto. Después del combate nos largamos. Yo, por lo menos. Y de paso le guindamos una buena cantidad de las apuestas. No puedo soportar la idea de que Berto te toque o te posea otra vez. Se me revuelve el estómago. No puedo.

Vera asintió con vehemencia. En realidad no estaba mintiendo: no soportaba que Berto la tocara, pero tampoco soportaba la presencia de Darío Gara y mucho menos tener que hacer el amor con él. Eso no lo iba a decir, por supuesto. Pero ya había tomado una decisión. Una decisión arriesgada. Iba a cumplir el año y era necesario terminar o la quitarían de allí y dejaría la misión a medias. Después de todo por lo que había pasado no podía permitirlo; así que sonrió con candidez, con la expresión de una mujer enamorada y a la vez muerta de miedo, y respondió.

—Sí, Darío, es el momento. No quiero tener nada que ver con él.

A Darío se le iluminó el rostro de una forma tan evidente que ella sintió vergüenza ajena. Lo que habían hablado en el hotel al fin se cristalizaba.

—Vente a vivir conmigo. Le diré que nos vamos, los dos. Le explicaré el plan para neutralizar sus represalias del que te hablé. Si nos pasara algo a alguno de los dos —le acarició suavemente la mejilla con una mano— estará perdido. Mi

plan es quitarle la mitad del negocio. Es mucho dinero, Vera. Podemos vivir los dos como marqueses. En mi piso hay sitio de sobra.

—¿La mitad del negocio? No sé, Darío... le tengo miedo. ¿No será capaz de mandar matarnos a pesar de todo? Bueno, él no. Mandaría a alguno de sus secuaces. Y yo quiero vivir muchos años más. —Sonrió, pero había un deje de amargura que no pudo ocultar.

La camarera llegó con la ensalada y los platos de pasta, así que permanecieron en silencio hasta que la mujer sirvió el vino. Bebió un sorbo de Chianti. Darío también estaba preocupado, pero no quería traslucir debilidad ante Vera. Si al fin se había decidido a desafiar a Berto Areces no podía vacilar.

—No, Vera. Es muy vanidoso y arrogante, pero es un cobarde. No soportaría que toda su mierda saliera a la luz, y mucho menos pasar muchos años en la cárcel.

Vera asintió, pensativa.

—Adelante pues, Darío. —Y juntó su mano con la suya.

En una mesa cercana, Hugo bebía agua mineral con gas. Sus gafas de pasta, el traje azul marino y el pelo engominado le daban un aspecto de empresario con mucha prisa por volver a sus negocios.

Aquella empresa de alquiler de coches que había conseguido sacar del billete de AVE al final había dado sus frutos. Era una empresa fantasma que tapaba las compras de miembros del Ministerio del Interior: billetes de avión, de tren, alquiler de coches, pisos, ropa. Una empresa que, según un colega que trabajaba en las altas esferas del ministerio, servía a veces para proveer a los agentes encubiertos de todo lo necesario.

¿Y si Vera era una agente encubierta? Eso lo explicaría todo. Su no existencia, su trabajo con Areces, un tipo corrupto y sospechoso de tráfico de mujeres entre otras cosas, su comportamiento aparentemente errático. Estaba comiendo con el contable de Areces y no cabía duda de que allí había algo más que una relación profesional, de hecho no era la primera vez que estaban juntos. Se cogían de las manos como dos adolescentes, pero Hugo no se creía nada.

Vera Nanashi era su espinita y se la iba a quitar. Pero poco a poco Hugo se daba cuenta de que igual no era conveniente meterse en según qué negocios. Aquello cada vez tenía un aspecto más amenazador. Aprovechó que los dos se besaban para sacar una foto con el móvil. Todo aquello le iba a gustar a Edurne más que comer con los dedos, seguro.

Dídac golpeaba el saco sin demasiada convicción. A veces veía el rostro de su amigo Jorge moviéndose ante él. Entonces paraba, jadeante, y tomaba algo de distancia. Desde que supo que iba a volver a pelear, Jorge no se le iba de la cabeza. El Tigre en el suelo, los ojos en blanco, paralizado, los brazos inertes, los gritos del público, la cara de sufrimiento de Lara. El hospital. Lara dejándolo para siempre.

Bajó los guantes, sintiéndose derrotado antes de tiempo.

Faltaban pocos días para el combate y no se sentía preparado. No por la forma física: sus dos entrenadores lo habían puesto a punto en un tiempo récord. Era el miedo, el miedo que desde lo de Jorge lo atenazaba desde un punto indeterminado de su estómago. El miedo a volver a matar, el miedo a que algo saliese mal. El miedo a que su madre no lo volviese a ver más. Un miedo que jamás había sentido hasta su último combate. La muerte lo cambiaba todo.

Un rato después decidió suspender el entrenamiento. Tenía que centrarse. Salió del gimnasio, se puso los cascos, Los Planetas, y cogió el metro hasta plaza de Catalunya. Caminó entre la multitud de maletas, excursiones de turistas, vendedores, bicicletas a toda velocidad, monopatines, un grupo de monjas, hasta llegar al barrio Gótico.

Allí callejeó hasta encontrar lo que andaba buscando, cerca de la sinagoga. Una tienda de tatuajes en Sant Ramon del Call que había visto hacía algún tiempo, paseando con Lara en una escapada.

Estaba vacía. Miró el escaparate. Los dibujos de estilo retro le llamaron la atención, como la primera vez.

Entró y eligió el de un boxeador con bigote de guías y un ojo morado, rodeado de pequeñas rosas. Se tumbó en la camilla y presentó su brazo. El tatuador sonrió, alabando su buen gusto mientras desinfectaba la piel y preparaba las agujas y la tinta.

Le dolió, pero era una sensación superficial, que no le arrancó el más leve quejido. Prefería aquel dolor que cualquier otro que lacerase su corazón.

El combate

—¿Me han dejado ko?

—¿Cómo te llamas? Dime tu nombre, ¿puedes?

—Ernie Munger.

—En qué ciudad estás, ¿eh?

—Oakland. ¿Qué asalto es este?

—Se ha acabado. ¿Cuántos dedos ves? ¿Ves esta mano?

Fat City,

LEONARD GARDNER

Luka Ivanov entró en el piso de Samir donde le esperaba Rusty, y el marroquí se apresuró a dejarles solos en la sala desvencijada. El sentimiento de temor que había desarrollado hacia el americano después de enterarse del triple crimen en el que de algún modo estuvo implicado se acrecentó al ver al Tártaro, con aquel aspecto perturbador de ruso enloquecido.

—Estaré por el barrio, llámame si me necesitas —se despidió, apretando la *mashaba* en su mano como si el rosario fuese suficiente para espantar a aquellos dos demonios.

Ivanov echó un vistazo a la estancia, dio una vuelta rápida de reconocimiento y se sentó en una de las butacas roídas de escay de color indefinible que estaban delante de unas estanterías vacías salvo por figuritas horteras, el Corán y varios ejemplares de novela de quiosco y algunos libros de español, recuerdos del pasado en la escuela de adultos para inmigrantes. Todo era barato y triste en aquella habitación que apestaba a marihuana. El Tártaro se fijó en las botellas de

Jack Daniels. En vez de cortinas, gasas que tapaban el sol y las miradas indiscretas. Le hizo un gesto a Rusty para que se sentara en el desvencijado sofá que le enfrentaba.

—Rusty, la has cagado bien. —Sonrió—. Qué hijo de puta eres. Pero qué hijo de puta. Así que te has divertido mucho últimamente, ¿no?

Rusty encendió un porro y el aroma a costo se acrecentó. Tenía los ojos enrojecidos. Se encogió de hombros.

—¿Qué quieres? Berto quería que me cargara a la rusa; ya nos había tocado bastante los huevos. Tuve que incluir en el lote a la otra tipa y al vigilante.

Ivanov asintió. Por un momento estuvo pensando si empezar a decirle lo estúpido que era por haber matado a las otras dos mujeres, y que se merecía el destierro, pero decidió que no ganaba nada alterándolo. Seguiría la política de los hechos consumados. Total, iba a matarlo después, y eso era algo muy superior a una bronca. Además, nunca fue un hombre de muchas palabras.

—La poli te ha cogido el número. Tienen una descripción muy buena, incluyendo tu careto, te puedo asegurar que se te parece mucho. Una mujer, Rusty. Quiero que pienses. ¿De quién se trata?

Rusty, que además de los porros llevaba una cantidad relajante de alcohol en las venas, quedó genuinamente sorprendido.

—¿Una mujer? Pero es imposible... despaché a los tres en el interior de la casa; nadie pudo verme, y menos dar una descripción tan buena de mí.

—Ya —dijo el Tártaro—. Pero ¿y las otras mujeres? —Rusty se disponía a protestar, pero no le dio tiempo—. Mira, Rusty. Me tengo que ir. El combate es esta noche y tengo recados que hacer, me necesitan. A ver, piensa un poco. —Contó con los dedos—: Anastasia y Dolores Petrova. Esfuérzate, ¿quién pudo verte tan bien? ¿Tan bien como para acordarse perfectamente de tu cara?

Rusty se centró. Fumó otra calada. Esta vez, no tuvo dificultad en recordar el entierro de Anastasia y a la periodista de pelo largo y castaño con la que mantuvo esa pequeña conversación; la misma que volvió a ver dando las noticias del hallazgo del cadáver de Dolores en la playa de la Barceloneta. Lo que no

comprendía era cómo pudo esa zorra relacionarlo con los crímenes. Pero no podía ser nadie más. Se levantó del sofá despacio, todavía con las imágenes de Gladys llenando su pensamiento.

—¿Adónde vas? —preguntó Ivanov.

—Tengo su tarjeta. Sé dónde trabaja.

El Tártaro asintió, complacido y sorprendido.

—Muy bien. Tú no te muevas de aquí. Esperaremos a mañana. Luego, los dos juntos la despacharemos. Esta noche tengo que ir al combate de boxeo. Quiero que el Gitano me vea bien y no tenga ocurrencias de última hora.

Dídac Zarco miró fijamente a Andrea. Al mismo tiempo, Pablo le ajustaba el vendaje de las manos. Ella le sonrió y, aunque él no había dicho una palabra, procedió a arengarlo con fuerza.

—Puedes ganarlo, Dídac. Sabemos quién es él. Es muy bueno. Pero tú también, y todavía no has dado lo que tienes dentro. Has entrenado muy duro, y ten por seguro que estás preparado.

El Poeta asintió y buscó en su interior las sensaciones correctas, esas que te señalan el camino que luego uno ha de recorrer con el sufrimiento y la furia. El combate estaba pactado a diez asaltos. Dependiendo de cómo se fuera desarrollando, podía ser toda una eternidad.

Pablo acabó de ponerle los guantes. Desde que amañó la partida con el Gitano había pasado alguna vez por el gimnasio, más que nada para cubrir las apariencias. En alguna ocasión se sentó junto a Zarco para explicarle los puntos débiles de su contrincante, ya que era quien lo conocía mejor; al fin y al cabo él le enseñó todo lo que sabía, se había jactado muchas veces de ello a quien quisiera oírlo, y en buena medida era verdad. Pero tenía su conciencia, y fingir que preparaba un combate legal le ponía enfermo, y quiso morirse cuando tuvo que escuchar al Tártaro amenazar a su mujer y su hijo. Se decía repetidamente que la traición a quien había sido su pupilo fue algo necesario, y que nunca más

volvería a ocurrir. Eran las malditas deudas, y la amenaza de cortarle las piernas si no devolvía el dinero más los intereses correspondientes. Había tocado fondo, y lo sabía.

Llegó la hora, y el pabellón de deportes de Vall d'Hebron estaba abarrotado con más de ocho mil espectadores. Pablo no se había equivocado cuando le dijo al Gitano que ese combate iba a cubrir de oro a quien ganara las apuestas. La muerte del Tigre a manos de Zarco le había dado un prestigio de pegador y fajador innegable, y esperaban su retorno al boxeo con ansiedad. Se decía que si era capaz de vencer al Gitano esa noche sería él quien ocuparía el puesto de aspirante para el título europeo, una vez obtuviera el título de España.

Zarco llegó primero al cuadrilátero. Los vítores y los abucheos estaban a la par, debido al entusiasmo de la mucha gente calé de Cataluña que llenaba las gradas. Zarco procuró aislarse del bullicio, sabía muy bien que cada combate dependía de sus reflejos y de sus decisiones, y no quería que nada interfiriera con lo que debía hacer. La masa era como un animal que gritaba y gruñía, como un coro que asiste a la tragedia del dolor y la lucha. Pero ese animal podía destrozar al boxeador si este olvidaba su plan y se dedicaba a contentarla, porque entonces él ya no dominaría la pelea.

Cuando el presentador de la velada introdujo minutos después a Rafael Flores, alias el Gitano, medio pabellón se vino abajo. Flores divisó al menos un sector entero lleno de su gente, pero repartidos por todas las gradas había muchos más.

Marc, después de apostar doscientos euros por la victoria de Zarco, se reunió con Gladys en el bar del pabellón. Cogieron dos cervezas y patatas fritas. Luego caminaron apresurados hacia la zona VIP. Marc miraba a la multitud que llenaba los vomitorios buscando de forma instintiva a Vera Nanashi: intuía que iba a asistir, Areces organizaba el combate, y en Nápoles ella había comentado su gusto por el boxeo. Quería verla. Deseaba verla, aunque fuese en compañía de Berto, le daba igual. Seguía sin entender nada, procuraba controlarse, porque no estaba acostumbrado a que las mujeres le rechazaran, y mucho menos después

de noches apasionadas en Italia. Aquello le superaba. Ocuparon sus asientos procurando no tirar la cerveza sobre las rodillas de los demás.

Escudriñó delante de él, buscando a Vera y a Areces. A Vera la reconoció tres filas más adelante, como cinco asientos hacia su derecha. Distinguió perfectamente su perfil, sus pequeñas orejas, su cabello negro recogido. Pero ¿quién era el tipo que estaba a su lado? No... no era Berto Areces.

El combate iba por el segundo asalto, el primero había sido de mero tanteo. Al sonar la campana para su inicio, Flores se fijó en el Tártaro, quien sonreía desde una esquina en la quinta fila, pero también miró a su alrededor, como si buscara caras amigas que pudieran borrar el rostro de quien había amenazado de muerte a su familia. Pronto el combate exigió toda su atención. Se encontraba un poco fuera de forma, el nacimiento de su hijo y un cierto desánimo al verse privado de la revancha por el campeonato de Europa le habían restado tiempo e intensidad de preparación, lo que intentó compensar en las últimas semanas, sin lograrlo del todo.

Un *crochet* de derecha de Zarco le pilló desprevenido, el público rugió, pero él se zafó rápido con su gran juego de piernas. El Poeta lo tenía claro: esquivar sus aludes de golpes de derecha y cubrirse si no le daba tiempo, pero entre andanada y andanada él iría pegando con su derecha, marcando primero con *jabs* de izquierda, puntuando, golpe tras golpe. Sin embargo, Flores no respondió a ese envite. Se mostraba particularmente cauteloso, como si las voces e imprecaciones del público que le incitaban a golpear a su adversario no existieran. Mientras tanto, un cauteloso Zarco, sin alocarse, iba metiendo buenas derechas al rostro de su oponente, no muy duras, pero que dejaban sin lugar a dudas la huella en las tarjetas de puntuación de los árbitros.

¿Quién coño era ese tipo? Y lo que era peor, ¿por qué ponía de vez en cuando

su brazo sobre sus hombros? Marc se quedó sin palabras. Y Gladys pronto se fijó en la dirección de los ojos de su acompañante.

—¿Qué sucede, Marc? —Y después de una pausa, en la que él intentó cambiar su expresión de cabreo—. ¿Quién es ella?

Marc respondió mecánicamente.

—Nadie en realidad.

—Venga, Marc. Te conozco.

—Una amiga.

—Ya —suspiró Gladys—. Seguro. Por eso la miras así.

—¿Cómo la miro?

En ese momento el público rugió y Marc y Gladys desviaron su mirada al cuadrilátero. Era el cuarto asalto, y el Gitano acababa de besar la lona, producto de un gran gancho de derecha de Zarco. Flores se levantó con cierto margen de tiempo, y se dedicó a defenderse el resto del asalto. Entonces, sentado en su esquina, miró de nuevo al Tártaro, quien a su vez lo miraba de forma inexpresiva. Una vez más, Flores buscó a alguien en las proximidades del Tártaro, y esta vez reconoció una cara conocida. Era Reyes, su amigo de la infancia, a quien había ayudado más de una vez al salir del talego.

Al comienzo del quinto asalto Zarco tuvo que cubrirse: se vio sorprendido por uno de los célebres ataques en tromba del Gitano, lanzando su poderosa derecha como si un espasmo eléctrico recorriese todo su cuerpo. Flores daba con todo, lleno de una energía que lo transfiguraba. Zarco se tambaleó, y se apoyó en las cuerdas de su rincón para no caerse. Estaba tocado, y se cubrió con sus brazos todo lo que pudo. Medio pabellón se puso en pie, el Tártaro también lo hizo, y justo cuando empezaba a preocuparse por esa reacción de Flores se giró hacia atrás al sentir que algo le quemaba por dentro. El gentío, fuera de sí, solo tenía ojos para los púgiles, así que nadie vio a Reyes incrustar un largo estilete en su costado derecho, al tiempo que lo abrazaba y lo llevaba medio arrastrando hacia el exterior con la ayuda de otro tipo que estaba esperando esa acción. Cuando

finalmente, pasado un minuto, el público se calmó y volvió a ocupar sus asientos, el del Tártaro estaba vacío, pero otros dos también.

Vera aguantaba la situación de forma estoica. Gara era su mejor opción, y solo quedaba un esfuerzo final, así que no hizo nada cuando él, con un gesto de su mano derecha, giró su rostro para darle un beso en los labios.

—Oye Darío, esto no es prudente —protestó Vera—. Alguien puede ir con el cuento a Areces...

—¡Bah!, no te preocupes. Si alguien nos ve no le convendrá enemistarse conmigo, y no creo que nadie vaya a decírselo, no querrán buscarse líos.

—Gracias —sonrió a su pesar—, pero no me siento cómoda aquí, en medio de toda esta masa... nunca sabes con estas multitudes quién puede estar observando, y recuerda que tenemos algo importante entre manos. —Lo miró con intención y lo apartó.

Marc, que había visto ese beso, se clavó las uñas de una mano en la palma de la otra. ¿Cómo era posible que estuviera morreándose con otro tío? ¿Acaso no le bastaba con ser la puta de Areces? ¿Qué había significado para ella esas horas pasadas en Italia? Marc no solo estaba herido, se sentía humillado porque claramente él había sido solo un entretenimiento para ella. ¡Y qué bien sabía disimularlo! Después de tratarlo como si fuese el amor de su vida, desaparecía. Y ahora aquello.

Octavo asalto: ambos púgiles se estaban dando una paliza tremenda. Zarco había caído en el asalto anterior, pero estaba aguantando bien las embestidas del Gitano. Había un equilibrio en los puntos ganados: Flores daba más fuerte, pero Zarco llegaba más veces.

Vera se preguntó qué estaba pasando: se suponía que el Gitano tendría ya que estar aflojando. Buscó a Luka Ivanov. No estaba. ¿Dónde coño se había metido? El acuerdo era que Flores se iba en este asalto a la lona, y que ya no se volvía a levantar. Y por lo que estaba viendo, el Gitano no tenía ninguna intención de

cumplir el acuerdo. ¿Se había vuelto tan loco como para exponer a su familia? Ella había dejado claro al Tártaro que en ningún caso iban a cumplir esa amenaza. Solamente tendría que ser convincente para que el Gitano se lo tragase. Areces quería ganar mucho dinero en ese combate, y estuvo de acuerdo con Vera en ese punto. No se iba a meter en crímenes cuando tenía tantas otras cosas que perder, pero no podía evitar utilizar el miedo para conseguir sus propósitos. Areces le había prometido que no cumpliría su amenaza, pero ella estaba segura de que respondería de algún otro modo brutal, así que en su fuero interno esperaba que Flores colaborara, se ganara un buen dinero de paso, y todo acabase sin mayores sobresaltos.

En el noveno asalto, Zarco comprendió que estaba al límite de sus fuerzas. Algunos de los ganchos de derecha de Flores le habían mermado, sus piernas estaban débiles, y su foco de concentración, diluyéndose. Ya estaba perdiendo por puntos; entonces decidió arriesgar, no le quedaba otra. Si podía resistir otra andanada del Gitano, entonces tendría una oportunidad. Aguantó hasta el sonido de la campana y se sentó como pudo en su rincón. Se imaginó al preparador del Gitano decirle que ya lo tenía, que ahora podía rematarlo, que era su oportunidad. Andrea, por su parte, le decía con voz firme que se cubriera, que buscara su sitio y huecos para darle un buen susto, mientras untaba la piel de la cara con vaselina.

—El Gitano está también muy cansado, ¡seguro que tendrás tu oportunidad, Dídac!

Él asintió, bebió agua, y se colocó el protector en la boca. Se levantó como un resorte al escuchar «segundos fuera», equilibró sus hombros y se aprestó a poner en práctica su plan. Ese golpe solo podía dárselo si lo tenía franco. Así que se arriesgó. Cuando Flores lanzó su enésima andanada confió en que la mayoría de los golpes se perdieran, porque era verdad que él también estaba con las baterías muy gastadas. Se refugió en su rincón y se cubrió, sin moverse. Ya ni sentía el dolor. Y, entonces, entre los guantes esperó el momento justo en que Flores bajó la guardia, confiado en que él estuviera sin otra opción más que mantenerse de

pie, sin capacidad de reacción. Fue solo una décima de segundo, y la aprovechó. Con su último fuelle lanzó la derecha contra el mentón de su oponente, y este, incrédulo, se tambaleó, tapándose el rostro con torpeza. Cayeron los últimos golpes que Zarco podía dar sin que le temblaran los brazos, y el cuerpo de Flores acabó finalmente abatido en la lona.

Vera se echó hacia atrás y miró a Gara, aliviada. Estaba claro que Flores no se había dejado ganar. Dídac lo había hecho limpiamente, el dinero estaba a salvo. Y ella y Darío Gara se iban a llevar una buena parte, por descontado. Pero la ausencia del Tártaro la seguía preocupando.

—¿Dónde se habrá metido? ¿Tú lo ves?

Marc hizo un gesto de victoria. Le caía bien Zarco y, sobre todo, le gustaba ganar en el juego. Por unos momentos se olvidó de Vera y sonrió a una Gladys que también parecía disfrutar de la victoria del Poeta.

—Vamos a recoger el dinero. Nos hemos llevado un buen pellizco.

—¿Nos? No seas capullo. El dinero es tuyo.

—Te invitaré a cenar. En el Lasarte.

Gladys elevó los ojos al cielo.

—Acepto.

Hicieron cola para esperar su turno delante de la ventanilla. Las apuestas por la victoria del Gitano estaban a 1,30 € y la victoria de Zarco, a 3 € por euro. Marc estiró el cuello entre la multitud.

Al fin.

Vera charlaba con un grupo de gente, parecía preocupada. Su acompañante, el de los besos, parecía organizar a varios de los hombres que les rodeaban.

—Espérame un momento, Gladys. Guarda la cola, por favor.

—No tardes.

Se acercó por detrás y le tocó el hombro. Vera se volvió y no pudo evitar la expresión de sorpresa.

—Nos vamos encontrando en todos los sitios. —Marc adoptó su voz más meliflua, pero sus ojos lanzaban fuego—. Qué casualidad, ¿eh? ¿Dónde has dejado a tu dueño?

Vera miró a Gara, que, demasiado preocupado por el paradero del Tártaro, no prestaba atención. Se dio cuenta de que en aquel momento no podía gestionar la ira de Marc, sus sentimientos que, al verlo sin haber podido establecer una muralla de defensa, le golpeaban el pecho.

—Déjame, Marc. Estoy trabajando.

—Sí. Ya lo he visto. Has estado «trabajando» durante todo el combate.

—Mira... —Vera miró hacia los lados con apuro— ahora no puedo. Te llamo. Muy pronto. Te lo prometo.

Él la agarró por los hombros con fuerza.

—¿Estás de broma? No me has contestado a las llamadas ni a los wasaps. ¿Esperar? ¿Qué demonios te pasa, Vera?

Vera se desasió con un movimiento brusco de los brazos. El grupo de Gara y los demás se empezaban a alejar.

—Mira, Marc, ahora no tengo tiempo para esto. Te tengo que dejar. Te llamo. Te lo aseguro.

Marc hizo un gesto con las manos y la vio marcharse sin mirar atrás. Volvió al lugar de las apuestas caminando a grandes zancadas. Gladys levantó una ceja cuando se puso a su lado.

—¿Una «amiga»? Claro, Marc. Se veía desde lejos que la amistad fluía entre los dos. No sabía que te gustaran las chinas.

—No es china. Es una amiga. Vamos a dejarlo, ¿vale? No tengo ganas de hablar del tema.

La joven frunció las cejas y asintió lentamente.

—Vale. No pasa nada. Pero me aburro de estar aquí esperando. ¿Sabes qué te digo? Me voy a hacerle una entrevista al ganador. O al perdedor, si está consciente. Soy periodista, no puedo estar todo el rato perdiendo el tiempo. —Le dio un beso mortecino en la mejilla—. Luego te doy un toque. Venga, chao.

Marc respiró hondo. Ya no le parecía tan buena idea haber acudido al boxeo. Igual estaba mejor en su casa estudiando la *Tosca*. Demasiadas historias, demasiadas mujeres. ¿Nunca iba a poder cambiar?

La exclusiva

La noche del combate

—Estás bonito. Menuda paliza te ha dado el calé, ¿eh?

Andrea, exultante, soltó una carcajada al ver el rostro tumefacto de Dídac. Desinfectó un corte en la nariz y colocó una tirita.

—Hay que llevarte al hospital a que te repasen los huesos o parecerás Urtain. Eres demasiado guapo como para quedarte con una nariz de patata.

—¿Urtain? Qué antiguo. A lo mejor la nariz de patata me da más personalidad, cara de boxeador. —Lanzó un quejido al notar las manos de Andrea manipulando su cara—. Joder, me duele hasta hablar. Pero hemos ganado, ¿verdad? —Lo dijo como si aún estuviese viviendo en un mundo irreal, en la pesadilla de una lucha agónica por sobrevivir, lo que realmente había sido.

Pablo Bartual intervino, con el rostro iluminado.

—Lo has hecho muy bien, Poeta. Pura poesía con los guantes. Créeme. —Le puso de forma paternal una mano en la nuca, aunque pronto notó la incomodidad del boxeador y la quitó—. Has escrito en el ring un bello poema de sufrimiento. Ese final... ¡Menudo golpe! No me lo podía creer. No daba un duro por ti... Has reventado las apuestas, cabrón.

Dídac evitó pensar demasiado en aquella confesión y levantó la mirada en la que se podía leer el agradecimiento sin ambages.

—Ha sido gracias a los dos. Sin vosotros, el Gitano me habría machacado vivo aunque ni siquiera estuviese al cien por cien. ¡Menos mal que no estaba al cien por cien! Joder. Gracias.

—Gracias a ti, Zarco. Escúchame: tú tienes algo dentro, lo sé, hazme caso, has nacido para boxear. —Pablo no podía disimular lo feliz que se sentía en aquel instante: el Gitano no se había dejado perder y además habían ganado una fortuna en las apuestas. Todo sorprendente. Pero estaba inquieto: ¿Qué pasaría a continuación? Tenía dudas: ¿Por qué el Gitano había sido tan loco de hacer caso omiso a la amenaza del Tártaro? No lo llegaba a entender.

Andrea, exultante, añadió, mientras le palpaba el costado y él gemía:

—Tienes a la prensa ahí fuera. Quieren hablar contigo. Piensa que esta pelea te va a llevar al estrellato. Sal con las heridas de guerra. Eso va a provocar más impacto. Por cierto... creo que tienes alguna costilla rota. ¿Sabes dónde está Vera? Podría ayudarnos a poner un poco de orden por aquí.

Dídac fue al encuentro de los periodistas, pero estaba agotado. Solo quería darse un baño caliente, tomarse una pastilla para dormir y no levantarse hasta pasadas doce horas. Pero tenían razón. Era un ganador. Tenía que aceptar sus victorias igual que estaba acostumbrado a aceptar sus derrotas.

—No contesta al teléfono. Ni al interfono. Esto cada vez es más raro... — Darío se rascaba la cabeza, nervioso—. ¿Dónde cojones se ha metido?

Vera cogió su móvil y comenzó a abrir pantallas.

—Voy a usar el localizador.

—¿Localizador? No jodas que tienes un localizador —dijo Gara, sorprendido.

—Cosas de Berto. Le gusta controlar a Luka. Es un poco anárquico.

—¿Solo a Luka?

Vera se encogió de hombros, eludiendo la pregunta. Se puso el piloto automático. Recorrió la pantalla durante medio minuto, buscando cobertura, metiendo claves. Al fin el punto verde, parpadeante, apareció en el mapa.

—Joder —suspiró, aliviada—, está aquí. Por lo menos su teléfono de empresa está aquí. Muy cerca. Vamos a buscarlo. No me da buena espina que el Tártaro ande suelto, sin control. Zarco ha ganado, pero quizá a él le parezca que el

Gitano ha incumplido su parte del trato. Quién sabe lo que puede llegar a pensar, ¿no?

Gladys sintió una oleada de piedad al ver salir a Zarco con la cara reventada y llena de moratones. Llovieron las fotos y los periodistas se apelotonaron en torno al boxeador, lanzando preguntas sin orden ni concierto. Zarco no ocultó su turbación, era un hombre tímido y no estaba acostumbrado a aquel barullo. Andrea y Pablo salieron en su ayuda.

Andrea alzó la voz y les mandó callar.

—Un poco de orden, por favor. Zarco va a acudir a la sala de prensa en unos minutos. Allí intentará contestar a sus preguntas, pero en un rato salimos hacia el hospital —sabía que aquel comentario iba a crear expectación—, por lo que espero no se pasen demasiado con el tiempo. Muchas gracias.

Mientras los demás periodistas se aceleraban para coger sitio en la sala, ella se demoró con disimulo y se acercó a Dídac. Él, incómodo, la saludó con un gesto. Andrea la iba a alejar cuando el boxeador se acercó a la periodista.

—Gladys. Hola. Has venido. Perdona por... —se señaló la cara, sonrió, ella notó cómo le dolía y le dolió a ella también— las pintas.

La periodista se balanceó, nerviosa. De repente sintió ganas de curarlo, de tenerlo entre sus brazos y mecerlo como a un crío herido. Pero lo único que acertó a decir fue, balbuceando:

—Has estado fantástico. Ha sido un combate bestial. Brutal, de verdad. Me quedé sin uñas.

—Zarco, siento interrumpir, pero tenemos que ir a la sala de prensa. —Pablo lo agarró el brazo y lo apresuró.

—Nos vemos luego, ¿vale?

Vera caminaba con prisa y miraba el localizador del móvil cada vez más

preocupada. Siempre podía haber la posibilidad de que el Tártaro estuviese charlando con alguien, pero era un tipo de pocas palabras y no solía desviarse del rumbo marcado ni un milímetro, no como Rusty, un tipo enloquecido y más bien llevado por el instinto. Y eso era lo que le preocupaba: el Gitano se había metido en el forro sus amenazas. No se había dejado caer en el octavo. La gente iba poco a poco desalojando el recinto. Atrás quedaban vasos de plástico o de cartón, envoltorios de patatas, pipas. Darío, Vera y tres vigilantes de seguridad recorrían el pabellón sin rastro de Luka Ivanov.

Nanashi decidió cambiar de registro. En las gradas no había nadie, ni en los vomitorios.

—Voy a mirar en los baños.

Todos se dirigieron a los servicios, encabezados por Vera. Miró desde la puerta si había algún hombre y entró. El olor a orines y a humedad era repugnante. En el suelo había charcos que intentó evitar con cuidado, frunciendo la nariz.

Avanzó unos metros y se dio cuenta de que uno de los charcos era de un intenso color rojo. Corrió hacia una de las puertas, estaba entornada y la abrió.

Allí estaba el Tártaro, sentado en la taza de un váter, con la cabeza apoyada en uno de los lados. Los ojos abiertos mirando hacia el techo, gris y húmedo.

Muerto.

Vera se inclinó con rapidez sobre el cuerpo. Un fino reguero de sangre manaba sin tregua de un costado. Le buscó la carótida para medir el pulso, que no halló. El cuerpo, aún cálido, no mostraba la apariencia característica de la muerte.

La mujer musitó:

—Está muerto. Lo han asesinado hace muy poco tiempo. —Miró a los presentes—. Tenemos que sacarlo de aquí. No nos podemos ver implicados en otro escándalo. Solo nos faltaba tener aquí a la policía y a la prensa de todo el país. Darío, vigila que no entre nadie. Vosotros, cogedlo y haced como si estuviera borracho.

Los vigilantes lo incorporaron con esfuerzo, el cuerpo de Ivanov a peso

muerto no era nada fácil de manejar. Darío hizo una señal de «no hay moros en la costa» y los dos hombres consiguieron mantener la estampa creíble de dos guardas llevándose a un borracho delante de varios miembros del personal del pabellón de deportes. Salieron por una puerta accesoria y lo introdujeron en un coche.

—Ahora que alguien vaya a lavar la sangre... ¡rápido!, antes de que lleguen los servicios de limpieza.

Darío la observó un rato con admiración. Vera, después de todo, seguía elegante y pálida, como si no hubiese pasado nada. Le cogió una mano y se la besó.

—Es formidable cómo puedes manejar una situación así, Vera. Areces no sabe lo que se pierde...

Dídac, exhausto, dio por terminada la breve rueda de prensa. Los periodistas, cámaras, locutores, comenzaron a desfilarse hacia la salida. Gladys se quedó atrás y lo abordó.

—Tengo un amigo médico en el Vall d'Hebron. Está de guardia. Tengo pase preferente. —Le guiñó un ojo—. Te puedo ahorrar varias horas de espera...

Dídac intentó sonreír a pesar de los pómulos hinchados y heridos.

—¿No estarás buscando una exclusiva de mis costillas rotas?

—Por supuesto.

—Acepto la sugerencia. Espera... voy a hablar con los entrenadores, me despido y nos vamos. Traje mi coche, pero tal y como están las cosas mejor... bueno, conduce tú. ¿Sabes conducir, por cierto? El coche es nuevo...

La mirada de Gladys hizo que enmudeciera al instante.

Marc estaba fuera, escondido en un portal, mirando con atención cómo Vera hablaba con aquel tipo que la había besado durante la pelea cuando recibió el wasap de Gladys excusándose. Por lo visto tenía una exclusiva con Zarco y no la iba a desaprovechar.

«Una exclusiva con Zarco.» Aquello le dolió, aunque desde luego no podía echarle nada en cara después de cómo él había pasado de Gladys al divisar a Vera flirtear con aquel personaje siniestro. Visto lo visto, pensó que era un completo gilipollas, y, además, lo tenía bien merecido.

Al poco, Vera y su acompañante se fueron en un coche de alta gama que pasó a recogerles. Marc los vio marchar con cara de bobo.

«Desde luego, esta no ha sido precisamente mi noche. Afortunado en el juego, desafortunado en amores», pensó, mientras sopesaba cómo gastar parte del dinero. Tenía varias horas por delante. Y sabía de algún sitio en donde alguna timba le permitiría seguir la racha de suerte. No se iba a quedar en casa pensando en Gladys, en Vera, en la falta de noticias de Edurne, en aquel nuevo pretendiente y en que no debía de sobrepasarse con los vicios a pocos días de estrenar en el Liceu.

Al día siguiente, mientras Marc dormía la resaca de su noche de juego y chicas, y Gladys dormía en el hospital en un sillón incómodo velando a Dídac Zarco, el cuerpo de Luka Ivanov, el Tártaro, apareció flotando en una cala de la Costa Brava.

Un largo adiós

A la mañana siguiente del combate

—Bien, ¿qué es eso tan importante que no podía esperar? Por cierto, ¿has visto a Vera? ¿Aún no ha llegado? Es tarde, ¿no?

Areces miró su reloj de oro y se colocó los puños de la camisa. El aire acondicionado acariciaba suavemente su cabello engominado, recién teñido de negro. Miró sin ver a Darío, y luego se dedicó a revisar su móvil con gesto de desgana y a consultar el ordenador. Estaba moreno, muy moreno. Recién llegado de esquiar en Austria con su mujer, lucía más fresco y energético que de costumbre.

Gara estaba sentado justo delante. A pesar de las veces que había ensayado en su mente esa misma escena, estaba nervioso. Sí, tenía un seguro de vida, pero tres años junto a Areces no le habían servido para saber cómo era este hombre de verdad. Sin embargo, ese era el punto final. Quería a Vera, o la necesitaba, o aquello que fuera que sentía por ella que había acabado con su reticencia a unir su destino con el de una mujer que le fascinaba tanto como la deseaba.

—Berto... me voy de la empresa. Han sido años interesantes, te he sido de ayuda con tus negocios, pero es hora de que me independice. Te lo digo para que busques otro contable de confianza cuanto antes.

De todas las cosas del mundo que podía haber imaginado Areces acerca del motivo de esa reunión, si es que hubiera realmente perdido un minuto en hacerlo, lo que oyó sin duda no era una de ellas. Durante un tiempo no

reaccionó; estaba intentando descubrir exactamente qué significaban esas palabras. Sus ojos de halcón escrutaron el rostro de Gara.

—¿Qué coño me estás diciendo? ¿Te vas? ¿Adónde?

—Adónde no es asunto tuyo. La parte importante es que me voy, Berto; ya estoy cansado, necesito otros aires. Creo que ya puedo volar solo.

—¿Otros aires? Te lo repito —subió el tono—: ¿qué coño estás diciendo? — Se obligó a calmarse. Gara era un contable excelente, sí, pero también tenía mucha información comprometedor. Él llevaba en persona las gestiones más delicadas—. ¿Se trata del dinero? Te pago seis mil euros al mes, no hay contable en toda España que gane esa pasta. Ganas como un director general de un banco. Y cuando cerramos un buen negocio te doy una prima. La última fue de diez mil euros, ¿no es así?

—No se trata de dinero, Berto, o al menos no de *ese* dinero. Como empleado me pagas bien, pero es que... ya no quiero seguir siendo un empleado, quiero montar mi propio negocio.

Berto no comprendía. ¿En qué otro lugar un contable iba a sacar al año cien mil euros? A menos que...

—¿Independizarte? Un momento..., ya entiendo. —Sonrió sibilinamente—. Has recibido una oferta de algún grupo que promete hacerte de oro... ¿no es eso? La competencia... Pues bien. Dime qué te han ofrecido. Estoy dispuesto a igualarlo.

—No, Berto, no es eso. —De pronto sintió que no quería prolongar más la situación, estaba ansioso, y aquello era un juego del acertijo absurdo; estaba claro que Areces no iba a adivinar lo que él pretendía ni en un millón de años si no lo escuchaba de forma clara y directa.

Areces se sintió perdido.

—Entonces ¿qué mierda te pasa? —Ahora sí que la voz se elevó varios enteros; estaba crispado. Pero Gara no se arredró. Había dado el paso, y no había marcha atrás.

—Quiero parte de tu negocio C. Solo el canal de Europa. No sabrías qué hacer

con él. Te sobra el dinero. Sin mí ni siquiera lo hubieras iniciado de forma seria. Es mi gran oportunidad.

El negocio C era el tráfico de armas. Areces utilizaba los canales legítimos para esconder armas entre material de construcción y piezas de hierro y acero que circulaban desde la antigua Unión Soviética por dos canales; el primero iba hasta Oriente Medio, el otro llevaba las armas clandestinas a Europa.

El rostro de Areces, paradójicamente, se relajó. Estaba seguro de que Gara había perdido el juicio. Soltó una carcajada sonora.

—¿Y por qué iba a darte parte de mi negocio?

Gara apretó los dientes.

—Porque tú solo te dedicas a amasar dinero, nunca te interesan los detalles complejos o los problemas por los que yo tengo que pasar para que no se te quemee el culo.

Areces pasó de la incredulidad a la ira.

—¿¡Y quién coño eres tú para decirme cómo tengo que vivir!? ¡Te pago para que hagas eso, joder! ¡Yo soy el puto amo aquí! ¿Te has olvidado? —Se había levantado de su asiento, y Gara lo imitó.

—¡Tú eres un jodido hijo de papá que en su vida ha sabido lo que es trabajar de verdad! ¡Te regalaron las notas en esa universidad privada, coño! ¡Solo te has preocupado por demostrarle a tu padre que no lo necesitabas para triunfar, pero claro, empezando el negocio con sus millones! ¡Cuando tu padre sabe perfectamente que eres un jodido inútil! —Se detuvo para tomar aire, pero aún no había terminado—. ¡Y claro, aquí estoy yo, para meterte unos millones más cuando todo ese negocio fue idea mía! ¡Yo no soy tu padre, joder, y ese negocio me pertenece!

Areces no daba crédito a lo que oía, estuvo unos segundos procesando, sin decir nada, pero al fin cedió, o eso parecía. Se sentó, se recompuso, se aclaró la garganta. Respiró profundamente.

—De acuerdo, vete. Habla con Lisa, mi secretaria. Queda con ella. Te enviaré pronto a alguien para que le pongas al día de todo. —Puso sus ojos en los

papeles que tenía encima de la mesa e hizo un aspaviento con la mano—. Vía. Lárgate de una vez.

Gara no tragó. Areces pensaba matarlo, eso era un hecho. Era el momento de mostrarle el as bajo la manga, el seguro. Pero antes, el segundo golpe.

—Aún no he terminado.

Areces levantó la vista hacia él. Mudo.

—Vera se viene a trabajar conmigo.

—¿Qué...? ¿Qué Vera... contigo? —Por segunda vez se quedó callado, intentando comprender—. ¿Qué pinta Vera en todo esto?

Ese golpe era peor que el anterior, lo sabía Gara, y se reflejaba en el rostro de Areces, donde la angustia y la rabia más genuina competían por dominar. Areces apretó un botón.

—¿Ha llegado Nanashi?

Se escuchó por el interfono la voz de Lisa, su secretaria.

—No, no señor Areces. Aún no ha llegado.

Darío le interrumpió.

—Por lo visto el otro día la humillaste en una especie de restaurante japonés. No me contó más, pero estaba hundida. Te pasaste diez pueblos.

—Ah... ¿es eso? Con que me pasé... —Se levantó, ya estaba harto, aquello era demasiado, se acercó a veinte centímetros de Gara, desencajado—. ¡Esa tipa es una puta y hará lo que yo le diga! ¿Entiendes, Darío? —Se acercó aún más y dijo casi en un susurro—: Si se va contigo mañana acabaréis los dos en un arroyo. Esa puta es mía. ¡Mía!

Areces no aguantó más. Su puño se lanzó hacia el rostro del contable pero este se echó hacia atrás ágilmente.

—No me toques, Areces. Eres una desgracia como persona y como jefe, por eso se va. Dice que no vales una mierda. —Cada palabra, arrastrada, fue una daga en el ego del magnate—. Escúchame bien —de forma sorprendente le cogió de la camisa y le atrajo hacia sí, deshaciendo su primoroso nudo de la corbata italiana—: hay una persona que tiene la documentación necesaria para

que te tires en Alcalá-Meco el resto de tu puta vida. Como a mí o a Vera nos pase algo, aunque sea un accidente de coche por culpa de un conductor borracho, vas a estar realmente jodido, ¿entiendes? Y no te molestes en buscarlo, no lo vas a encontrar. Así que yo de ti me ocuparía de que no nos caigamos ni de la bicicleta. ¿Has comprendido?

Areces no dijo nada, pero cuando Gara lo soltó se repeinó con la mano, se ajustó el cuello de la camisa y la corbata y se dirigió a su asiento.

Pero aún quedaba un asalto. Llegaba la última parte, era la humillación total, Gara lo sabía, pero ese hijo de puta se lo había ganado. Por un momento tuvo un sentimiento patriótico y se lamentó de la suerte de España, que durante tantos años había estado en manos de gentuza como Areces. Le pasó un trozo de papel.

—Aquí tienes un número de teléfono. Es el contacto del canal de Europa. Quiero que llames y les digas que a partir de ese momento yo soy el responsable de ese canal, y que todos los pagos se harán como corresponde. Cuando tengas a la persona que me sustituya le explicaré bien todo, y cómo hemos de trabajar juntos para que a los dos nos vaya bien. Hasta que la tengas yo seguiré ocupándome de las cosas. Te doy una semana.

Gara se fue, triunfante. Y aún le quedaba enterarse de que se había llevado la mitad de las apuestas del combate, y eso que Vera le convenció, porque quería desplumarlo del todo.

Areces poco podía decir. Asintió levemente y le hizo una señal para que se fuera. Respiró hondo para domeñar su ira. Sabía que en aquel momento no tenía la sartén por el mango. Vera. Él la había sacado de la calle, le había dado un trabajo, le había enseñado todo lo que ella sabía. Y Gara. ¿Cómo había sido tan necio como para meter en su empresa a aquella víbora?

Se levantó y se sirvió un trago de whisky japonés. Mientras lo paladeaba, se juró que, de un modo u otro, se vengaría del perro traicionero y de la puta que le había devorado el alma.

Sí, aquel iba a ser un largo adiós.

El espectro revelado

*Ich bin der Welt abhanden gekommen,
Mit der ich sonst viele Zeit verdorben,
Sie hat so lange nichts von mir vernommen,
Sie mag wohl glauben, ich sei gestorben!*

GUSTAV MAHLER/FRIEDRICH RÜCKERT

Mismo día

Gladys miró el reloj. Las siete de la mañana, y su cuerpo estaba dolorido de pasar toda la noche en la butaca, a pesar de que una auxiliar le trajo una almohada extra en atención a quien era para tener los pies en alto. Se levantó, se estiró y se masajeó el cuello. Miró a Zarco, quien dormía profundamente bajo los efectos de un sedante. Se acercó a su cama y escrutó su rostro tumefacto, sus largos párpados, sus manos poderosas que descansaban ahora inermes. Había algo tierno en este hombre, pensó, una dulzura que hacía de su violencia en el ring una acción desgarradora, como si dos Zarcos se pelearan agónicamente para imponerse uno sobre el otro.

Tenía que ir a su casa, asearse y volver al trabajo. Al salir abrió su bolso y sacó una nota que le había escrito su madre, cuando vino a visitarlo pero él ya estaba dormido. Decía: «Querido Dídac, sabes que no quiero saber mucho de tus combates, pero ayer no pude dejar de leer las primeras crónicas de tu pelea con el Gitano. Ponía que fue algo impresionante. Y luego vi en la tele que ibas al

hospital, así que no pude dejar de venir a verte. Estoy orgullosa de ti, ven a casa pronto».

Sonrió al recordar la expresión de la madre, al verla sentada en la butaca. Fue un poco embarazoso. Tuvo que explicarle que era una amiga, que habían estado su manager y entrenadora pero que ya se habían ido, y que pensó que esa noche no debía estar solo, nada más. Pero estaba segura de que su madre percibió «algo», aunque con elegancia no le preguntó nada acerca de ella y de Zarco. Tampoco había mucho que decir, la verdad. Cogió su bolígrafo, y debajo de esas líneas escribió: «No he podido quedarme más. Llámame, me debes una buena exclusiva. Gladys».

Cuando salió del hospital la temperatura era agradable. Miró alrededor pero no vio a nadie. No obstante, ahí estaría alguien de los mossos, velando por ella. Los había visto de noche en el hospital. El operativo había comenzado ayer, durante la velada, aunque sabía que era francamente improbable que el asesino se moviera tan rápido, si es que llegaba a suceder. Tenía un número directo con el equipo, ya fuera Raúl u otro quien se pusiera al teléfono, para dar cuenta de cosas inesperadas o desplazamientos no habituales, o dónde iba a quedarse a dormir.

Extrañamente, después del susto inicial, no se sentía particularmente atemorizada, a lo mejor porque no pensaba demasiado en ello. Además, ahora estaba inmersa en sus pensamientos sobre Dídac. Por vez primera en mucho tiempo alguien tiraba más en su corazón que Marc, a quien siempre tenía en sordina no importaba con quien estuviera. Pero el boxeador era un tipo claramente diferente. Y en eso estaba la clave: Marc no era un cualquiera, pero Dídac tampoco, ni por su trabajo ni por su personalidad. Y eso le gustaba.

Decidió coger un taxi o llegaría tarde a la redacción. Solo pensaba en darse una ducha caliente y poder dormir un rato en su cama.

Horas después, Dídac se despidió de las enfermeras del puesto de guardia. Le habían dado el alta. En realidad no tenía nada; solo magulladuras, fisuras en las costillas, la nariz astillada y ya recompuesta. Lo que no se esperaba era la

cantidad de periodistas que le esperaban en la puerta del hospital. Andrea lo cogió a tiempo para llevarlo por otra de las salidas, evitando así aquel barullo. Conocía a Dídac: la muerte de su amigo en el ring ya le había supuesto una publicidad que le repugnó. Sabía que buena parte de la fama que ahora había obtenido por su sensacional triunfo sobre el Gitano iba a volver a removerle por dentro, porque en parte se debía a esa tragedia. Era cosa de que lo digiriese poco a poco.

Ya en el coche de Andrea, camino a las oficinas de Areces, miró la nota que le había dejado Gladys en la mesilla de la habitación. La llamaría más tarde y le ofrecería una entrevista. Se lo merecía: era la única que se había quedado aquella noche, velándolo como un ángel de la guarda. En realidad, tenía que reconocer que le gustaba mucho aquella chica. Pero no sabía si estaba preparado para tener una relación normal. Una periodista y un boxeador le pareció una pareja improbable, aunque, en realidad, ¿qué era una pareja probable en su caso? Él era de natural retraído, y una periodista siempre está moviéndose, inquiriendo, viviendo hacia fuera. Su madre le decía que la gente tenía que conocerse en los momentos de soledad, cuando surgen las acciones íntimas. Tendría que intentarlo. Si Gladys había pernoctado en aquella silla de torturas quizá... solo quizá, buscaba algo más que una exclusiva.

—¿Sabemos algo nuevo?

Marc miró por la ventana. Un operario limpiaba la piscina. A aquella hora estaba vacía. Buscó el bañador mientras hablaba con Eburne.

—Marc, ten paciencia —la oyó decir.

—Por lo visto Vera tiene otro amante. Parece mentira que tenga que descubrir yo las cosas. ¿Para eso te pago?

—Escucha. Ese tipo del que hablas es el contable de Berto Areces. Te digo que tengas paciencia. Hugo está a punto. Trabaja muy bien. Y no lo ha descubierto. En cuanto tengamos algo seguro lo sabrás. Confía en mí, Marc.

El gruñido de Marc se escuchó perfectamente a través del móvil. La perra levantó la cabeza al oírlo.

—Bien. Esperaré. Pero quiero novedades. Si me pones tan bien a ese chico, espero que me traiga algo.

Marc cogió la toalla y bajó en chanclas y camiseta a darse un baño. El sol picaba, se puso crema protectora y decidió nadar media hora y hacer apnea otra media. La apnea le venía bien para controlar la respiración y el diafragma, conseguir fraseos largos y potentes. Luego se duchó y se tumbó a dormir hasta que los críos de la urbanización bajaron y el barullo lo despertó.

El contable de Areces. Aquello no tenía sentido. O era una ninfómana o no tenía sentido. Si Areces los pillaba juntos a saber qué pasaría. ¿Qué pintaba el contable allí? Ni siquiera era un tipo atractivo, o al menos él no se lo veía en absoluto.

No entendía nada, y los celos y la decepción le estaban llevando hacia el pozo. Renunció a pensar. Se sentó al piano y decidió repasar a Mahler: *Rückert lieder*. La número tres. «*Ich bin der Welt abhanden gekommen.*» Era una canción muy triste, melancólica, pero así se sentía en aquel momento. «He abandonado el mundo, en el que malgasté mucho tiempo.»

Era un imbécil. ¿Qué hacía siguiendo a una mujer, como si fuera un acosador? No se conocía. Estaba perdiendo el norte. Por un momento sintió el impulso de llamar a Edurne y acabar con todo. Sin embargo no lo hizo; era algo superior a sus fuerzas. Mejor olvidarse por un rato y pensar en *Tosca*, en los ensayos, en la emoción del estreno. Se prometió dejar atrás su comportamiento errático de los últimos tiempos, desde lo de Miguel y lo de Tatiana. O eso afectaría a su voz y era, precisamente, lo que menos le apetecía en aquel momento.

Siempre tenía la sensación de que sus promesas al despertarse con resaca se disolvían en el tiempo de tomar un par de cañas.

Vera comenzó a llenar cajas para hacer la mudanza. La mayoría de lo que

había en aquella casa era puro atrezo. No eran sus libros, no eran sus cuadros, no eran sus discos. Solo la bicicleta. En realidad, lo único que le gustaba era que allí había hecho el amor con Marc. Un año de falsedad y mentiras. Un año de no ser. Un año follando con aquel engendro pervertido. Había acabado por no saber quién era ella misma, su verdadero yo disuelto en medio de todas las camas que aborrecía. Comportándose como una prostituta. Miró con desprecio una figurita de payaso. Aborrecía los payasos. La tiró a la caja con fuerza y acabó decapitada. La cabecita rodó hasta mirarla con aquellos ojos pintados.

Bien.

Darío vendría más tarde a ayudarla a bajar cosas. Dejaría alguna para disimular, pero antes toda aquella mierda acabaría en la basura.

«Ya falta poco. Muy poco y saldré de este mundo tóxico y asqueroso. Solo un paso más y fuera.»

Hugo encendió un cigarrillo. Su pecho subía y bajaba por el esfuerzo sexual. Miró a su pareja de aquella tarde. Un hombre de pelo en pecho, como le gustaban a él, robusto, barbudo, y sobre todas las cosas, un capitán de la Guardia Civil.

—Ha estado bien.

Hugo sonrió, se giró y le dio un beso en los labios.

—Por supuesto que ha estado bien.

—Sabes a tabaco. Eso me gusta.

Hugo se levantó de la cama y se estiró. Estaba relajado. Su pareja estaba relajada también. Era el momento de pasar a la acción.

—Mira una cosa. Te voy a pedir un favor. Tengo un amigo... heterosexual, claro. Gran amigo. Nos conocemos desde el colegio. Se ha echado una novia en Barcelona. Pero no se fía demasiado de ella.

—Bueno. Eso pasa con muchas mujeres. Por eso yo soy homosexual. Bueno, aunque en el Cuerpo no se sepa. No dirás nada, ¿eh? Ya me entiendes.

Hugo se carcajeó.

—No seas machista, hombre. No, no voy a decir nada. No quiero que se me acabe el chollo. A ver, sigo. Por lo visto esa chica es... «rara». Es de aquí, de Madrid. A lo mejor tú la conoces. Él está convencido de que ha sido una delincuente. Drogas, todo eso. Ahora quizá rehabilitada. Pero a él le gustaría tener más datos.

—Al grano. ¿Qué quieres?

—Te enseñó una foto y a ver si te suena. Tú estás en ese mundo, ¿no? Delincuencia organizada, droga, prostitución. Imagínate que es prostituta y él no lo sabe.

—Venga, enseña, aunque te advierto que Madrid es muy grande. No pretenderás que conozca a todos los descuideros, putas o traficantes. Tengo memoria, pero no soy Dios.

Hugo cogió el móvil y le enseñó varias fotos de Vera Nanashi. Santiago la miró atentamente.

—Joder. ¡Es Vera!

Hugo se quedó estupefacto. Al fin parecía que la suerte empezaba a sonreírle.

—¿Estás seguro que esta mujer es Vera Nanashi?

—¿Nanashi? No. La conocí en la academia de Zaragoza. Se llamaba Vera Bocanegra Hatoyama, pero la llamábamos «la china». Es la hija de un general de la Guardia Civil, se casó con una japonesa y Vera salió mestiza, como es obvio. Todos se la querían tirar. Pero era inaccesible. Fría como el hielo. Yo no, claro está. Pero más de uno perdía su dignidad por Vera. Yo creo que era frígida. Podía haberse follado a toda Zaragoza, pero acabó saliendo con un compañero serio y responsable, ya me entiendes. Para casarse.

Hugo abrió mucho los ojos y la boca, asombrado.

—Joder, no tenía ni idea. —Pensó en todos los tíos con los que estaba follando y se sintió perplejo.

—Dile a tu amigo que puede salir con ella tranquilamente. Era una máquina. Hablaba cuatro idiomas, artes marciales, derecho, todo eso. Igual ha dejado el

Cuerpo, no lo sé, sería una pena porque era buena. Lo último que supe de ella era que su novio había muerto en un atentado yihadista en Irak. Drama humano, ya me entiendes. A lo mejor se fue de la Guardia Civil por eso. O buscó otro destino... En fin: hace años que no la veo, esa es la verdad.

Hugo disimuló su nerviosismo. Después de averiguar lo de la empresa fantasma, había viajado a Madrid por puro instinto, y se había reencontrado con Santiago, uno de sus habituales clientes, un agente en el armario desde hacía años. Pagaba bien y encima le ponía. Y ahora le ponía todavía más. Al fin había resuelto el enigma de la chica espectro. Pero aquel hallazgo habría que manejarlo con sumo cuidado. No creía que Vera estuviese fuera del Cuerpo, Vera tenía que ser una infiltrada para descubrir la mierda de Berto Areces.

—Tú sí eres una máquina, Santiago. Me has alegrado la tarde. Bueno, a mi amigo. —Abrió otras dos latas de cerveza y miró la hora—. Aún tenemos tiempo para otro polvazo.

Horas después, Hugo volvía en el último AVE a Barcelona. «La mujer sin nombre» ya tenía uno. Durante el trayecto había buscado en internet. El tipo aquel que había estado con ella en Barcelona era su padre. Bernardo Bocanegra, general de la Guardia Civil, condecorado en Irak. Tenía que llamar a Edurne nada más llegar para quedar en persona. Toda aquella información no podía contarse por teléfono.

Agente encubierto

Dos días después del combate

—¿Qué tal está nuestro campeón? —Areces sonrió por vez primera, pero fue casi un rictus crispado, como provocado por una corriente eléctrica; después de lo de Gara y Vera, su sistema nervioso estaba en el alambre.

—Está hecho una mierda, pero de una pieza —dijo Pablo Bartual mirando a Zarco y dándole una palmadita en la cara, que hizo apartarse inmediatamente al púgil—. El Gitano le machacó, pero él lo aguantó como Ali a Frazier en Zimbabue. Fue algo extraordinario.

Pablo Bartual estaba sentado junto a Zarco, enfrente de la mesa de despacho de Areces. Bartual había llevado al campeón ante su dueño, eran buenos momentos, y había que disfrutarlos. Además, ahora tenían que hablar del futuro del chaval. No hacía falta amañar las peleas, Zarco podía llegar a ser campeón de Europa sin trucos. Después de Flores, Bartual sintió que la vida le daba una segunda oportunidad. Y quería amarrar a Zarco tanto como Areces.

—Muy bien, Dídac. —Areces pasó del mánager y se dirigió directamente a Zarco—. Fue un gran triunfo, y te has ganado un buen dinero, aunque tienes que comprender que hay que pagar a tu equipo, y los gastos operativos... pero para el siguiente combate vas a empezar a ganar *money* de verdad. Además... —suspiró profundamente— hemos tenido un problema con las apuestas. Vera se ha largado. Esa puta y su chulo se llevaron la mitad de las ganancias. Hemos tenido menos beneficios de los esperados. —Las aletas de su nariz se expandieron como acusando el esfuerzo por respirar y controlar la ira.

—¿Vera se ha marchado? —preguntó Zarco, sorprendido pero también molesto. Ella había estado cerca desde que llegó; de algún modo sintió que le protegía de un mundo donde él estaba incómodo.

—Sí... pero eso ahora no importa —siguió Areces—. Quiero que te centres en boxear. Que te cuides. Bartual te programará un calendario de combates, aquí, en Sudamérica y luego en Miami. A la vuelta estoy seguro de que disputarás el título europeo. Y después, el mundial estará a tu alcance. Pero para eso necesito que amplíes tu contrato. Por cinco años más a los dos iniciales. —Era su táctica: no agobiar al principio, mientras se les probaba, total la inmensa mayoría no tenía futuro, pero cuando salía una gema había que amarrar, y Zarco era oro puro, él también lo sabía—. Todo eso requiere inversión y mucho trabajo.

Zarco se quedó callado. Sí, esa era su gran oportunidad. Andrea y Pablo eran profesionales de primer nivel, pero definitivamente Areces le ponía la piel de gallina. Decidió ganar tiempo.

—Entonces ¿cuánto he ganado por la pelea?

Bartual intervino. Había pagado parte de su deuda y obtenido así un gran respiro, pero aún necesitaba más dinero, y quería a Zarco tanto por demostrar que seguía siendo un profesional como por el beneficio que acompañaría sus combates.

—Mira, Dídac. Tu bolsa era cien mil euros por ganar, pero tras los gastos vas a cobrar treinta mil, más adelante podrás participar también de las apuestas. Este combate era tu prueba, y la has superado con nota. A partir de ahora vas a cobrar lo que te mereces.

Areces intervino, tenía cosas más urgentes de las que ocuparse. Se levantó, obligando al púgil y su acompañante a imitarle.

—Bien, Dídac, Bartual te explicará todo en detalle, seguro que llegaremos a un acuerdo, y rápido. Ahora me tenéis que disculpar. —La puerta de su despacho se abrió, y Lisa, la secretaria, les invitó con una sonrisa a que salieran.

Saboreó el café solo aunque sabía a rayos y estaba hervido. Había llamado a Eburne varias veces para quedar con ella pero no le había cogido el teléfono. Hugo aún se sentía exultante por sus hallazgos en Madrid. Sin embargo, había algo que le preocupaba. Nunca había sido demasiado moralista, al revés. Pero...

¿Tenía derecho a destapar a un agente encubierto? Era la primera vez que le ocurría algo parecido. Jamás había tenido ningún escrúpulo a la hora de destapar adulterios, su especialidad. O bajas laborales falsas. Pero aquello...

Dejó un euro con veinte en la barra, a todas luces un pastón para semejante brebaje infecto. El Call se estaba convirtiendo en un lugar imposible para tomar un café decente.

Se acercó al Pasaje del Crèdit. Iba muy poco caracterizado. Solo una peluca con rastas y aspecto de hipster barcelonés, gafas de pasta, pantalones de lino. Un arquitecto, un ejecutivo.

Cuando entró en el lugar, se dio cuenta de que, justo al lado del portal de Vera había unas bolsas de basura de las que sobresalían libros, los restos de un jarrón roto, una lámpara. Se acercó, curioso. En aquel edificio vivía muy poca gente. Sin demasiado disimulo, con el pie, intentó abrirlas.

—Hugo.

Dio un respingo y se le cayeron las gafas. Las consiguió sujetar antes de que llegaran al suelo. Al incorporarse, el cañón de una pistola apuntaba a su cabeza.

—Está feo, muy feo, hurgar en las bolsas de basura.

Vera Nanashi le hizo una señal para que entrara en el portal. Hugo levantó las manos de forma inconsciente, temblando como una hoja.

—Sube. Ya sabes dónde vivo, ¿no? Venga. Arriba.

Subió él delante. Vera abrió la puerta del piso y lo conminó a pasar. Su voz era fría como la de un iceberg.

—Siéntate. El salón está un poco vacío. Pero aún queda un sillón para que podamos hablar. Yo me sentaré aquí. —Señaló una caja sólida llena de cosas—. Puedes quitarte las gafas y las rastas. Prefiero hablar contigo cara a cara.

Hugo se quitó el disfraz con rapidez, atemorizado. ¿Cómo podía ser...?

—Eres muy bueno, Hugo. Tardé en detectarte. El sillón está un poco desvencijado, lo siento. Pero he donado mis muebles a una ONG. Tampoco te puedo ofrecer un café, la vajilla está en la basura. —La pistola no dejaba de apuntar a su entrecejo—. Bien, bien, Hugo. Ya he reconocido tus méritos profesionales. Ahora viene el momento en que empiezas a largar. ¿Quién te paga? ¿Areces? ¿O es Marc Roselló? Habla. No tengo todo el día.

—Me paga Edurne.

—Ok. Entiendo... Eres bastante mejor que ella, y veo que sabe reconocer cuándo tiene que dejar paso a otros. Pero seguir a mi padre y después preguntar por mí en Madrid no ayudó mucho. —Al final, Vera esbozó algo parecido a una sonrisa de estatua egipcia—. Manda cojones. Un año de agente encubierto y me pillan un titiritero de tres al cuarto.

—¡Alto ahí! Tú lo has dicho. Soy muy bueno. ¡El mejor en lo mío! He tenido mala suerte, eso es todo. —El ego sobrepasó el miedo a la Glock que no dejaba de apuntarle.

—¡Mira el orgulloso! —El reproche de Hugo le arrancó un amago de sonrisa genuina—. En fin, estudiaste arte dramático y lo estás aprovechando para ganar pasta, me parece bien, no todo el mundo puede. —Vera, sin levantarse, apuntó con su arma al entrecejo de Hugo, quien volvió a temblar como una hoja al notar el cañón en su piel—. Pero ahora vamos a tener una conversación muy, muy seria. ¿De acuerdo, saltimbanqui? Y sigue llamándome Vera Nanashi. Ni se te ocurra... —carraspeó— decir mi verdadero apellido ni una vez.

Hugo alcanzó a asentir entre balbuceos. Ella apartó la pistola al notarlo rendido. Esta vez sonrió abiertamente.

—No te hagas pis encima. Venga. Relájate. Te voy a explicar cómo están las cosas. Quiero que las entiendas muy bien y a la primera. Estoy en el medio de algo muy gordo. Algo peligroso. Entonces —comenzó a enumerar con los dedos—: Uno, Marc no se va a enterar de nada. No quiero que corra ningún peligro, no debe saberlo. Dos: ¿Edurne te paga bien? Yo te pagaré más. Te voy a necesitar. Te prefiero a mi lado. Y tres: si me traicionas... puedo hundir tu vida.

Puedo y podemos convertir tu existencia en un infierno cotidiano. Mejor no me obligues a hacerlo, ¿lo pillas? —Los faroles eran la especialidad de Vera y aprovechó el momento para meter uno de los buenos.

Hugo asintió de nuevo, algo aliviado. No lo iba a matar. Eso era bueno.

—Por lo pronto, quedarás con Edurne para decirle una buena mentira. Que soy escort de lujo. Que me he pirado con un viejo con pelas. Lo que se te ocurra. Tienes mucha imaginación, así que busca algo creíble. —Rebuscó en el bolso y sacó un teléfono prepago y un buen fajo de billetes de cien euros. Iba a hacer buen uso del dinero de las apuestas de Gara—. Toma. A partir de ahora eres mío. ¿De acuerdo? Más adelante te daré más... si te portas bien.

Hugo asintió con todo su cuerpo e incluso hizo una reverencia al estilo japonés.

—De acuerdo en todo.

—Muy bien. Te llamaré. Estate atento al móvil.

Hugo corrió escaleras abajo y se apoyó en el portal unos segundos para recuperarse del susto. Por un momento había pensado que estaba de verdad acabado. Resopló y se recolocó el disfraz. Luego contó los billetes. Más de mil euros.

—Joder con la Nanashi.

Los guardó en la cartera y salió al pasaje, todavía con el pulso acelerado. Al final la chica espectro se hizo carne entre nosotros, y le iba a proporcionar unas buenas vacaciones en Tailandia, si el asunto no se complicaba, claro.

El encargo

Areces se arremangó la camisa de rayas. Lo hacía siempre que tenía que concentrarse. Luego buscó en su agenda negra. Encontró lo buscado. Cogió el teléfono y llamó.

—Areces. Cuánto tiempo. Me has tenido muy abandonada.

La voz sonó al otro lado de la línea con un tono ligeramente dulce y, a la vez, amargo.

—Sí. He estado algo... «ocupado» esta temporada. Ya te contaré. Por cierto, ¿cómo estás de trabajo?

—En este momento estoy en Girona y acabo de terminar uno. Dispuesta en cualquier momento a desplazarme hacia la Ciudad Condal. Dispuesta a todo, como siempre. ¿Qué necesitas?

Areces se echó hacia atrás en su sillón de piel y se estiró, complacido.

—He tenido un montón de bajas. Todas seguidas. Una desgracia. Te necesitaré por aquí una temporada.

La voz sonó más jovial.

—Por supuesto. Hago la maleta y voy. En unas horas me tendrás allí.

Areces lanzó un suspiro, mezcla entre alivio y satisfacción absoluta. Cada vez que pensaba en Vera, en Gara, en el Tártaro, en Rusty, se ponía realmente enfermo. Toda su puñetera vida discurría plácida, sencilla, ganando dinero, esquiendo, follando con quien quería. Y, de pronto, habían aparecido de la nada aquel par de cantantes y la puta rusa. Desde la partida de póquer, todo se había ido a la mierda.

Lo que tenía muy claro era que al cabrón aquel del cantante había que darle

una lección. No podía tocar a Vera, pero estaba seguro que podría hacerle daño, algo que le podría doler más que una buena paliza.

Y para eso había llamado a alguien que le podría ayudar.

Rusty estaba inquieto. Habían pasado veinticuatro horas desde el combate y Luka Ivanov no había dado señales de vida. Aquello no era normal. ¿Dónde se había metido el Tártaro? Estaba ya nervioso, y aunque Samir toleraba su presencia, empezaba a sentirse como un león enjaulado. De pronto, su teléfono se iluminó.

—Rusty, soy yo. —La voz de Areces le sorprendió. No esperaba volver a escucharla—. El Tártaro. Ha aparecido muerto, en la Costa Brava, lo han despachado.

Rusty se quedó mudo, así que Areces prosiguió:

—Pensamos que ha sido alguien del clan del Gitano, pero al fin y al cabo ganamos las apuestas, así que voy a dejarlo correr. Esa gente tiene malas pulgas, y no me conviene empezar una guerra. Ahora estás solo en lo que hablamos. Haz tu trabajo bien, lárgate y cuando estés fuera de España y a buen recaudo me lo haces saber. Haré que alguien te contacte y recibirás lo que te prometí.

El americano procesaba esas palabras con lentitud, pero al fin habló.

—De acuerdo, no se preocupe. No lo necesito.

—Muy bien. No la cagues. Nos jugamos mucho. —Areces colgó.

Rusty miró a Samir, que estaba preparándose algo para cenar que a Rusty le pareció comida para perros. Con el Tártaro muerto, el asunto cambiaba. Podía ir a su aire, aunque no podía demorarse mucho, la pasma lo estaba buscando. Miró a Samir con intención. Este se dio cuenta y levantó el plato hacia él:

—¿Quieres probarlo? —dijo—. Deberías comer algo más que pizzas y hamburguesas.

—No, Samir, no me va la comida de moros. —Samir aguantó estoicamente que le llamase moro, aunque las ganas de estrangularlo iban en aumento. Rusty

se sentó a su lado, junto una mesa desvencijada plegable que el marroquí guardaba al lado de la cocina, encendió un cigarrillo y le siguió mirando fijamente—. Escúchame bien. Te voy a necesitar, y vas a ganar pasta de la buena. Lo prometo.

Samir sintió un escalofrío. Después del triple crimen su opinión de Rusty había cambiado. El americano era un asesino brutal, y él siempre había odiado la violencia. Nunca le dijo que iba a matar a la rusa. Pensó que quería llevarla de nuevo al redil. Pero no solo la mató, sino que la machacó, según leyó en las noticias. Y el modo en que despachó a la otra rusa y al vigilante... Solo de tenerlo allí, a su lado, estaba enfermo, pero no tenía valor para decirle que se fuera y, como iba a comprobar ahora mismo, para decirle que no.

—¿Qué quieres? —acertó a preguntar, mientras intentaba no atragantarse.

—Seguimiento. Otro seguimiento. Eres bueno en eso.

Samir esta vez le devolvió la mirada franca, escrutó sus ojos, y comprendió que aquello era de nuevo parte de una acción homicida. De pronto su estómago se cerró, y alejó de sí el plato de cuscús. ¡Joder, él no era un asesino, no podía formar parte de aquello otra vez!

—Oye, Rusty... ahora no puedo, en serio. Me va a venir un negocio bueno muy pronto, un buen alijo, he de moverme mucho para colocarlo, no voy a tener tiempo, en serio, puedes buscarte a otro que lo haga. Seguro que hay mil donde elegir.

Rusty quizá sonrió, Samir no estaba seguro. Lo que sí tuvo claro es que sus palabras no habían causado el menor efecto en su huésped, porque a continuación sacó el móvil, y en breves instantes le enseñó la foto de Gladys. Y luego le oyó decir:

—Es esta. Periodista, sé dónde trabaja. Quiero saber dónde vive, si la pasma la controla. Si va al gimnasio, o si visita a una tía paralítica. —Y a continuación, como si supiera que eso era lo que más ansiaba oír—: Te prometo que luego me abro. Se acabó, te daré una buena propina y desapareceré de tu vida. No me volverás a ver el pelo. Mucho más dinero del que puedes ganar con la droga.

Samir, por pura impotencia, no contestó. Aquel tipo era un demonio. Bajó los ojos y resopló con fuerza. Entonces, una idea loca cruzó su cabeza, pero como si existiera una conexión con la mente de Rusty, tuvo rápidamente que desecharla.

—Samir... —dijo suavemente Rusty, expulsando profundamente el humo del cigarrillo hacia arriba—, pórtate bien, ¿eh? No tengas ocurrencias... Sin trampas. Me entiendes, ¿verdad?

Sí, desde luego, Samir le había entendido. Asintió y fijó su atención en la imagen de Gladys.

—Es demasiado guapa, Rusty. Y demasiado joven. Deberías dejarla en paz.

Gimlet de madrugada

—¿Ostras? ¡Qué nivel, tenéis ostras en Nou Barris! —El tono humorístico de la periodista hizo reír a Zarco.

—Te gustan, ¿no?

—Me encantan. Las suelo comer en la Boquería con... —Gladys fue bajando la voz poco a poco y cambió de tema para no nombrar a Marc en aquel momento. Los camareros de La Esquinica les estaban preparando una docena con Tabasco y limón ante la mirada brillante de Dídac, que los conocía a todos, y desde su éxito repentino, lo trataban a cuerpo de rey. Cogió la jarra de cerveza y bebió un buen sorbo. Luego se lo quedó mirando con ternura.

—Tienes mucho mejor la cara. Ya te está bajando la hinchazón.

—El Gitano me dio una paliza soberana. No sé cómo pude ganar, la verdad. Pensé que no salía vivo de allí. ¡Qué tío! Era como si no le viese los guantes, y de pronto, notaba un martillo de demolición en la cara. Casi me deja sin nariz.

—Nos quedamos todos sin uñas. Fue tremendo. Pero ganaste. Yo lo sabía. Por eso aposté por ti.

Dídac esperó a que el camarero terminase de preparar las ostras para continuar la conversación.

—¿Ya tienes pensada la entrevista?

—Más o menos. Quiero que me hables de ti, de tu familia, de tu infancia. Todo eso. El lado humano del deportista. Tus gustos, tus estudios... por ejemplo, ¿por qué te llaman «el Poeta»?

Dídac saboreó una de las ostras y después de beber un trago de cerveza,

permaneció un rato pensativo. No quería ser presumido, pero le importaba la opinión que Gladys tuviera de él.

—En realidad fue un periodista de boxeo quien, comentando uno de mis combates, dijo que mis golpes escribían poemas o una tontería por el estilo. —Sonrió abiertamente—. Pero en este mundillo todos saben que me gusta leer. A veces escribo. Ahora menos, claro. Pero no se lo enseñé a nadie. Creo que son poesías bastante malas. Las rompo... bueno, ya te imaginas. Estoy haciendo Historia por la UNED. Mi madre insistió. No quiere que sea boxeador, no quiere que me convierta en un juguete roto, con el cerebro frito a golpes y sin ningún futuro en la vida. Y tiene razón. Pero el boxeo es mi vocación, no puedo vivir sin pelear...

—Es verdad. La tiene. Además, que no seas el boxeador prototípico es bueno para la entrevista. En realidad no sabría qué preguntarle a uno de esos chicos que dices sobre temas fuera del boxeo. Sin embargo, contigo es fácil...

El joven esbozó una sonrisa.

—Soy el cliché de las películas de boxeo, ¿no? El chico sensible y culto que se dedica a un deporte de bárbaros. —Señaló la carta plastificada—. ¿Te apetecen unas bravas?

—¿Bravas? Genial. Y morro frito. Y otras dos cervezas. Ya lo quemaré haciendo deporte. ¿Qué me dices de tu padre?

Dídac hizo una señal al camarero antes de seguir la conversación.

—Bueno. En realidad nunca estuvo. Era francés. De ahí mi apellido. Un cabrón. Mi madre nos sacó a todos adelante ella sola. Limpiaba, cosía, todo lo que hiciera falta. Estoy muy orgulloso de mi madre, la verdad.

—Ya, ya se nota. Es una mujer especial. Tiene tus mismos ojos.

—Es verdad. La conociste el otro día en la habitación del hospital. Me dijo que eras más guapa en la realidad que en la televisión.

—Déjame que te vea. Date la vuelta. Estás guapísima.

Violeta movió con gracia su cuerpo curvilíneo vestido con un Chanel negro y ajustado, un cuerpo fruto de muchos años de gimnasio y hormonas femeninas. Se había negado a operarse. Su genética le había proporcionado la tortura de una infancia infeliz, pero cuando descubrió que podía convertirse en el ser humano perfecto, no cejó un minuto de su vida en conseguir su objetivo. Además, poseía un rostro delicado, con un cabello rubio y fino y unos ojos azules propios de un ángel, no de un letal sicario camuflado en el cuerpo de una chica de senos duros y caderas escurridas.

Areces la había prohijado hacía algunos años a cambio de sexo extremo. Violeta le debía mucho, él la sacó de la calle cuando era un trans que paseaba arriba y abajo de Les Corts, buscando clientes a la salida del Nou Camp. Y había descubierto sus posibilidades, infinitas. Era fuerte, seductora, inteligente, avispada. Una Dalila morbosa y psicopática. Sin remordimientos. Un día, Violeta quiso independizarse y él se lo permitió. Sabía que volvería a él, como los perros de presa vuelven a sus dueños, a los únicos que respetan.

Violeta se sentó, cruzó la pierna a lo *Instinto básico* y encendió un cigarro. Le ofreció uno a Areces.

—Gracias, Berto. Y tú también. No pasan los años para ti. Sigues igual de follable que cuando te conocí. Y tan moreno como siempre.

—Acabo de estar en la nieve. Con papá.

—Ya veo, el viejo aún no ha muerto. ¿Quieres que haga algo al respecto?

Areces rio a carcajadas. Le gustaban los chascarrillos, la lengua siempre dispuesta al humor negro.

—No, déjalo. Aún tiene que hacerse más rico. Cuanto más dinero, más quedará para mí. Te necesito para otra cosa...

Areces le dio unas fotos de Marc Roselló.

—Tengo un encargo, querida. ¿Quieres una copa mientras te explico?

—Estaré encantada. Un escocés, por favor. Poco hielo. —Señaló con el dedo coronado por una uña larga y roja—. ¿Este no es el cantante de ópera de Barcelona? No está nada mal...

—Siempre me ha gustado este sitio. Es un poco kitsch pero hacen unos cócteles fantásticos.

—Había oído hablar del Samba Brasil pero nunca había estado. Lo que más me gusta es el mono. —Señaló una figura algo absurda que estaba dentro de una jaula. Gladys dio un sorbo al gimlet. Estaba delicioso. Se dio cuenta de que Dídac la miraba con intensidad y ella sostuvo la mirada.

—Me gustas, Gladys. Me gustas mucho. Eres pura vida. Gracias por quedarte toda la noche en el hospital. Me hiciste mucho bien. Estaba pasando una época horrible después de lo de Jorge... y otras cosas. Y tú eres un soplo de aire fresco.

Ella rio, bajó los ojos y bebió otro sorbo del gimlet.

—Es recíproco. Tú a mí también me gustas; lo de la entrevista fue una disculpa para verte. —Notó una opresión en el estómago, como si fuese una adolescente la noche del primer beso. Se dio cuenta de que era la primera vez en mucho tiempo que alguien era capaz de difuminar la presencia de Marc en su vida. Un policía los vigilaba sentado a otra mesa y a ella le dio algo de vergüenza.

—Pero saldrá, ¿no? La entrevista.

—Claro. Pasado mañana tienes la sesión de fotos. ¿No te lo había dicho? He pensado en hacerlas en tu antiguo gimnasio. Tiene ese aire decadente que gusta a los lectores.

Dos gimlets y dos mojitos después, se besaron. Cuando cerró el local, a las dos de la madrugada, caminaron en silencio hasta el portal de Dídac.

—¿Subes a tomar la última?

Gladys miró el reloj y al policía que los seguía a lo lejos. Asintió.

—Pero solo una, ¿eh? Que mañana tenemos que madrugar.

Horas más tarde, los dos seguían despiertos.

El policía vio el sol radiante del amanecer barcelonés fumando un cigarrillo al lado de la boca del metro de Vilapicina.

Violeta

Violeta mostró su tarjeta, cortesía de Berto Areces, en la puerta del teatro. Para la ocasión, se había puesto un traje de color bermellón, ajustado, vertiginoso. Era cuestión de parecer una ejecutiva de teleserie americana, melena de lado, maletín de ejecutivo y zapatos de tacón para matar.

Tenía una cita con el director de comunicación del Liceu. ¿La disculpa? Pasar unos días dentro del teatro para, más adelante, realizar un pequeño documental para los niños sobre cómo se realiza una ópera y cómo es la vida cotidiana antes de un estreno. Todo rigurosamente falso, por supuesto. Pero la falsificación de los papeles, cortesía de Berto, era muy buena, tan buena que pasó sin problema todos los controles.

«Violeta, querida. Un buen escarmiento a Marc Roselló pasa por que tengas confianza con él, la suficiente como para poder acercarte. En las distancias cortas ganas mucho. Me da igual el modo o la forma. O lo que le hagas. Pero que aprenda. Tienes todo mi apoyo. Y todo mi dinero a tu disposición.»

No tardaron mucho tiempo en hacerla pasar hacia las tripas del Liceu. El director de Comunicación, Carles Carbonell, un hombre bajito y grueso, con barba entrecana y ojos vivaces, la recibió en la puerta de su despacho con gestos obsequiosos.

Caminaron por los pasillos mientras el hombrecillo hablaba de forma animada.

—Estamos encantados con su idea. Acercar el Liceu a los niños siempre es algo necesario. Tome... —le dio una autenticación— así podrá acceder al recinto

sin problema alguno. De hecho, hacemos funciones para los enanos de una forma habitual.

Violeta mostraba un aire distinguido pero cercano; su figura imponía una presencia amable que solo ella era capaz de adoptar cuando las circunstancias lo exigían. Podía ser perfectamente una embajadora de la ONU visitando un futuro albergue para niños abandonados por los desastres de una guerra tribal.

—Tengo entendido que está por aquí Jonas Hoffmann. No me importaría conocerle...

—Oh. Por supuesto. Están ahora mismo ensayando. Si me promete no molestar, le enseñaré la sala donde lo hacen. Está en la parte de arriba. Venga. Le dejaré que asista durante algún tiempo. Luego podrá pasearse por el teatro.

—Nada me haría más ilusión que ver a los cantantes ensayar. Verá —sonrió con timidez—, yo estudié solfeo y canto hace muchos años. Pero no logré pasar de cuarto. Era muy holgazana. Pero el amor a la ópera nunca me abandonó. —Violeta mentía con absoluta soltura. En realidad de la ópera solo le habían gustado los tres tenores y Pavarotti cantando el *Nessun dorma*—. ¿Puedo hacer fotos? Así podré luego orientar mejor al equipo que colabora conmigo.

—Si intenta molestar lo menos posible... —Era un hecho que Carbonell no le iba a negar nada.

Marc esperaba con paciencia a que llegara su turno. Los solistas habían pasado muy pronto de los ensayos musicales a piano con el director de orquesta a los ensayos en la sala del piso superior. Amanda y Jonas habían cantado muchas *Toscas* juntos ya, y su química era innegable; Marc nunca había representado el Scarpia en un teatro importante, solo de gira por Italia en una compañía de principiantes. Pero al Persa le pareció suficiente lo que había demostrado el barítono y había llegado la hora de ver cómo se desenvolvía en el escenario.

Mientras los dos protagonistas cantaban el dúo del primer acto ante las

indicaciones de Piero de Lucca, Marc se entretenía jugando al póker online. Llevaba ya un buen rato y algunos euros de ganancia cuando la puerta del recinto se abrió y entraron dos personas: el director de comunicaciones y un pivón de pelo rubio y zapatos de tacón de color rojo sangre. Marc dejó el móvil a un lado para admirar la belleza de la mujer, desde donde él estaba parecía una actriz de cine. Los dos visitantes esperaron de forma educada a que los solistas hiciesen una pausa.

—Siento la interrupción. Tenemos una visitante estos días que adora la ópera y va a hacer una especie de teleserie para introducir la música clásica a los niños. Estaba deseando conocer a los cantantes.

Alguien tradujo del catalán al italiano y los directores asintieron. Violeta se desenvolvió como una mujer de mundo, sin dejar de contonear su cuerpo de serpiente. Al acercarse, Marc se fijó en los ángulos masculinos de la cara, y en los ojos a lo Melania Trump, rasgados como los ojales de una cuchillada. «Algo no cuadra, sin embargo, algo en ella resulta embriagante como el olor de una flor venenosa.»

«Controla tus impulsos, Marc», se dijo mientras besaba sus mejillas. Violeta se detuvo unos segundos de más admirando los labios del cantante.

—Si no les importa, me quedaré un rato a ver cómo ensayan. Sé que soy una privilegiada —la voz arrastrada y ronca era de las que a Marc le ponían. Puro morbo. Y no solo a él, todos los varones de la sala se quedaron mirando, embobados—, pero prometo molestar lo menos posible.

Amanda Maier enarcó la ceja y elevó los ojos al cielo. Estaba acostumbrada a ser la protagonista, pero aquella mujer no le cayó bien, y no precisamente por su demasiado evidente atractivo estereotipado y perfecto; era la sensación de cierta oscuridad, de engaño que emanaba y que quizá solo otra mujer capaz de meterse en los trágicos imprevistos de la vida y sus pasiones mediante el arte podía detectar, o alguien de mundo, como el propio Marc. Cortó por lo sano. Qué demonios. ¡Ella era la protagonista!

—¿Podemos seguir, por favor? Ya estaba entrando en calor, no me viene bien

que me corten en medio del dúo.

Todos parecieron salir del encantamiento. El director de escena asintió, dio palmadas de ánimo, colocó a los dos protagonistas de nuevo en las marcas del suelo, el pianista se sentó al piano y Marc volvió a su sitio y a coger su móvil.

Violeta se sentó en el otro extremo, pero en un ángulo desde el que podía observar perfectamente al barítono. Sacó una moleskine y tomó notas, como si estuviese interesada en todo lo que allí ocurría. Y a cada rato, con pose modesta, lanzaba alguna que otra mirada turbadora hacia Marc, que procuraba mantenerse impasible. Al fin y al cabo estaba allí para trabajar, no para beneficiarse a cada mujer de bandera que se pusiera a tiro, pensó, con cierta resignación.

—¡Más cuidado!

César miró con angustia cómo los operarios manejaban una gran plancha de metal y la depositaban en el suelo. No dudaba de la profesionalidad de nadie, pero era un tipo angustiado de forma permanente. Para él los escenarios eran sus hijos, sus obras de arte. Siempre temeroso de que no supieran apreciar su obra o de que no la tratasen con el debido respeto, daba igual que fuese el teatro del Liceu, La Scala o el Metropolitan.

—No te preocupes. Lo están haciendo bien —dijo Uli o Klaus, cuyo aliento desprendía oleadas de menta y a César le entraron ganas de vomitar. Odiaba la menta. Odiaba a aquel tipo tan pesado que había irrumpido de una manera tan rastrera en su vida, y que indefectiblemente le ponía nervioso con solo mirarlo. No podía quitarse de la cabeza que Klaus tenía un motivo oculto y terrible para estar ahí y haberle extorsionado, pero intentaba acallar sus escrúpulos aumentando el perfeccionismo de su trabajo.

—Ya lo sé, ya. ¿Te importaría dejarme un rato en paz? Necesito concentrarme.

Uli asintió y se despidió con una reverencia. Con disimulo se alejó de las plataformas donde se montaban los enormes escenarios, un lugar subterráneo cuatro pisos por debajo del nivel de la calle. Cogió el ascensor y apretó el botón

de subida. De su hombro colgaba un bolso masculino, y dentro del bolso, dos de los paquetes que con tanto mimo había preparado Betje.

Al salir del ascensor saludó a dos operarios y a un vigilante que deambulaba por el piso. Llevaba la acreditación colgada de la camiseta de Los Ramones. Continuó hasta la sala donde estaba la maquinaria y más adelante el lugar que albergaba los focos y la lámpara principal del escenario. Estaba desierto.

Uli se cercioró de que no había nadie en el interior ni en los pasillos. Pasó la tarjeta. Cerró la puerta. El lugar era amplio, lleno de cables, máquinas y trampillas para acceder a los focos. En realidad, toda la iluminación se manejaba desde un lugar cercano al escenario, allí solo se subía para realizar labores de mantenimiento. Había una puerta que daba a otra estancia más pequeña. Caminó hasta acercarse a un armario en el que había cajas de bombillas, herramientas, madejas de hilo de cobre, escobas, productos químicos, paneles eléctricos sin usar. Apartó todo el utillaje y colocó al fondo una caja de luces con los dos paquetes dentro. Luego recolocó todo de manera que fuese invisible a menos que uno decidiera vaciar el armario, y a Uli aquello le pareció algo muy improbable, tanto como para estar seguro de que nadie iba a descubrir esos paquetes; a juzgar por el nivel de polvo que atesoraba el sitio, hacía tiempo que no se utilizaba.

Luego salió. Había tenido suerte. Nadie en el pasillo. A lo lejos escuchó voces. Cogió el ascensor y bajó a los pisos inferiores. Quería que se acostumbrasen a su presencia y, a la vez, pasar desapercibido. Estaba tenso, pero se esforzaba en aparentar un deseo de hacer las cosas de modo diligente. Su mente se sentía en el filo del cuchillo, en parte por miedo a ser descubierto y en parte por la excitación que le producía su trabajo.

Betje estaba preparando más paquetes. Y no solo iban a estar en el piso superior. Tenía que descubrir rincones adecuados. Y un teatro estaba lleno de rincones adecuados.

Marc cogió el abanico, lo olisqueó como un sabueso, miró el escudo y se

quedó clavado, los ojos escrutadores mirando alternativamente al abanico y a su alrededor.

«... *un ventaglio... Qual complice il misfatto preparò.*»

—Bien, Marc. Muy bien. Ahora sí. —De Lucca aplaudió con golpes lentos y fuertes. No había fallado al elegir a Roselló como Scarpia, lo estaba clavando sin apenas ensayar. Y sin arredrarse ante los dos divos que lo observaban entre sorprendidos y celosos de la atención que causaba en el director de escena.

Piero de Lucca continuó, entusiasmado.

—Esa es la cara, sí señor. Eres el jefe de la Policía del Vaticano. Omnipotente. Corrupto. Malo como un demonio. La gente se muere de miedo al verte. ¿Te acuerdas de *La lista de Schindler*? Pues algo así. Eres el puto amo. Ahora entra Tosca. Tienes que cambiar todo ese gesto de poder, toda esa capacidad de matar a quien te dé la gana para convertirte en un ser inofensivo, melifluo, elegante. La serpiente de Disney. Ya me entiendes, ¿no?

Marc asintió mientras Amanda se levantaba para continuar con la escena. Violeta le lanzó una mirada de aprobación desde lejos. Marc frunció el ceño. Desde el primer minuto se había dado cuenta de que tenía de su parte el interés de la mujer de rojo. Y maldita gracia que le hacía. Lo que le faltaba: una devoradora ceñida casi tan alta como él perturbando el santo lugar de ensayos. Necesitaba estar centrado y la parte de su cuerpo dedicada a los sentimientos, o al deseo, estaba agotada del tour Vera y sus delirios. Siguieron cantando y actuando hasta que Tosca salía de escena.

Hoffmann sacudió sus rizos negros y soltó un bostezo.

—¿Podemos hacer un pequeño descanso? Estoy agotado.

El tenor se remangó la camisa y se acercó a Violeta. Los dos conversaron un momento, ella ladeó la cabeza para entender el italiano, se disculpó por no saber el idioma, Marc aprovechó para escabullirse y bajar a por un café. Necesitaba salir del teatro y tomar un poco de aire. Y justo enfrente del Liceu había un lugar que no solía estar lleno de turistas, el bar Oscar. Pidió un cortado y le quitó el plástico distraídamente a la galleta que le habían puesto. Cogió un ejemplar de

La Vanguardia y lo hojeó, distraído. Al cabo de poco tiempo Violeta entró, como un huracán, llevándose todas las miradas de la gente, la mayoría hombres, que tomaban cañas o algún vino, seguida de Jonas Hoffmann, un poco apurado al entrar en un sitio tan poco glamuroso. Marc soltó un suspiro de hastío. No se podía librar de sus colegas ni un minuto. Apuró el cortado e intentó salir de la cafetería. Violeta le hizo un gesto y sonrió de forma encantadora. Marc le devolvió el saludo pero estaba decidido a mantenerse serio, centrado. Aquella rubia parecía insistente. Demasiado.

—No te vayas tan pronto, guapo. Aprovecha el descanso. Quédate un rato con nosotros.

En ese momento entraron también De Lucca y Amanda Maier, así que Marc no pudo escabullirse. Pidió un agua del tiempo y se dedicó a escuchar las conversaciones. Violeta dedicaba sus atenciones al tenor, pero de vez en cuando lanzaba alguna mirada matadora a Roselló, que se sintió algo incómodo. Por primera vez en mucho tiempo no tenía demasiadas ganas de ligar; además, estaba esa sensación de «peligro» adosada a esa cara preciosa. En cuanto terminó el agua, se disculpó.

—Me vuelvo arriba. Tengo que concentrarme para el *Te Deum*.

Violeta pensó rápido. Aquel imbécil se le resistía. ¿Habría detectado que era trans? Normalmente era bastante extraño que alguien se diera cuenta. Tenía fama de ser mujeriego. ¿Qué estaba fallando? Tendría que espabilarse. La bula de asistir a ensayos y pasearse por el teatro no le iba a durar mucho.

—Estoy un poco cansada de intentar entender el italiano. —Violeta «atrapó» a Marc justo en la puerta de los ascensores, ya dentro del teatro.

—Es un idioma fácil y divertido, ¿no? O por lo menos eso te dicen el primer día de clase. «*Facile e divertente.*»

—Por lo menos a ti te entiendo. —Ella rio de forma cristalina. Marc, muy cerca, aspiró su perfume de serpiente. Los dos entraron en el ascensor y Marc pulsó el botón de subida. Tenía todo el rato aquella extraña sensación de ser un ratoncito a punto de ser devorado y le incomodaba en cierto modo. Pero la

belleza andrógina, los ojos de Melania Trump y la simpatía empezaban a ganar la batalla, y ¡qué demonios! Era una mujer agradable. Quizá su experiencia delirante con Vera le había vuelto paranoico.

Violeta bajó los ojos con coquetería impostada.

—Voy a necesitar a alguien que me enseñe el sitio en donde se montan los escenarios, las plataformas, todo eso. El director de comunicaciones no puede. Y la verdad, estoy harta de intentar comprender el inglés, el italiano, el francés o lo que surja.

Marc se sintió aludido. Tampoco le costaría demasiado enseñarle las plataformas donde se montaban los decorados. Había gente que sentía aprecio por las tecnologías teatrales.

—Ahora no puedo. Cuando terminemos el ensayo. ¿Por la tarde-noche estarás por aquí?

—Por supuesto. Luego nos vemos.

Salieron del ascensor. La mujer se adelantó y le dio dos besos; Marc los sintió mucho más cerca de sus labios que de sus mejillas.

—Te lo agradezco mucho. Ahora me voy a echar un vistazo por ahí mientras llega la hora de la visita guiada, tengo cita. ¿Cómo hacemos entonces?

Marc pensó un momento y sacó el móvil.

—Te doy mi teléfono, dame tú el tuyo, nos *wasapeamos*. Yo ahora tengo que seguir con los ensayos.

Violeta apuntó el teléfono y le hizo una llamada perdida.

—Hasta después, entonces.

Violeta lo miró por la espalda mientras se marchaba.

«Es una lástima. Un tipo tan majo. Y con esa voz tan interesante.»

Se encogió de hombros. Un encargo era un encargo. Si Areces consideraba que Roselló era digno de uno de sus escarmientos, lo sería. Todo lo que Areces quisiera. ¿Quería que se lo cargase? ¿Dejarlo tetrapléjico? Daba lo mismo. Lo que surgiera. Sería creativa.

Lláname irresponsable

El cámara le hizo una señal y Gladys bajó el micrófono. Llevaba un día ajetreado. Primero el atropello de un peatón por parte de un ciclista en la Rambla de Catalunya; luego, una entrevista al escritor Toni Hill en la Barceloneta. Sacaba nuevo libro. De ahí, corriendo al Hospital de Sant Pau a la presentación de una serie de televisión. Y todo el tiempo angustiada por si había algún fallo en el operativo que la custodiaba, o por si aparecía el tipo del tatuaje de Minnie, que se había convertido en su pesadilla recurrente, en el causante de su insomnio. Prefería no pensar: si había aceptado aquella heroicidad tendría que convivir con ella hasta que atrapasen a aquel desequilibrado.

Dio un respingo cuando, al darse la vuelta para ir al coche y seguir con la jornada de vértigo, se encontró con la mirada grave de Anatole. El ruso estaba apoyado en la verja de la entrada al hospital, mantenía una prudente distancia con ella pero a todas luces se veía que quería hablar.

Gladys le hizo una seña al mosso que la custodiaba de que todo estaba bien y se acercó al hombre, que mostraba un semblante lo suficientemente ceñudo como para asustar a cualquiera.

—Hola, Anatole. Siento lo de Tatiana. Lo siento de verdad. Ha sido horrible.

—Gracias. Sí, ha sido horrible. No te lo imaginas. Gente bajo mi protección; esas chicas... yo... —De repente pareció a punto de llorar. Se recompuso—. ¿Tienes un momento? Necesito hablar contigo.

—Tengo diez minutos, poco más. En tres cuartos de hora tengo que estar en la otra punta de Barcelona. Hoy es un día de locos. ¿Vamos a tomar un café? Ahí enfrente hay un sitio...

Anatole pidió una Moritz. Bebió directamente de la botella y comenzó a hablar.

—Necesito tu ayuda. He leído todas tus crónicas sobre el asesinato de las chicas. Eres buena periodista. Así que imagino que sabrás que todas ellas habían pasado por mi casa de acogida. Todas.

—¿Todas? ¿Dolores Petrova también?

—También. Dolores había estado hace tiempo con nosotros. Mira... entiéndeme. Necesito que me ayudes. Es simple, he de dar con ese hijo de puta. Tatiana se había escapado de Areces, pero las otras dos no tenían nada que ver con él. Lo cual quiere decir que mientras ese perturbado siga suelto, mis chicas corren peligro.

Gladys bebió un sorbo del café con hielo y asintió.

—Entiendo. Es lógico.

—¿Sabes algo? ¿La policía tiene alguna pista sólida? —Y a continuación, para no traicionarse, añadió en un tono menos apremiante—. Te lo pregunto porque tengo más chicas, como sabes, y es mi deber protegerlas.

Gladys pensó rápido. Por una parte, aquel hombre le daba pena. Pero por la otra, los mossos habían montado todo un operativo para cazar al más que probable asesino, y Anatole podría dar al traste con todo. Aunque ella era el cebo, no veía ninguna ventaja en que hubiera alguien más buscándolo; al revés, podría ahuyentarlo, y de ese modo todo por lo que estaba pasando no habría servido para nada. Lo miró a los ojos con decisión.

—Me temo que no, Anatole, la policía no tiene nada sólido a lo que agarrarse.

—Hizo una pausa para coger fuerzas—. No sé gran cosa, Anatole, pero si Areces estaba implicado en todo esto, quizá él mismo se haya encargado de resolverlo. Ya sabes cómo se las gasta.

—¿A qué te refieres? —Anatole escrutó el rostro de la mujer como si con la intensidad de su mirada fuese a poder penetrar en su cerebro, leerle el pensamiento, pero Gladys era un hueso duro de roer. Muchos años delante de las cámaras le daban el entrenamiento gestual adecuado.

—Han encontrado el cuerpo de un hombre en la Costa Brava. Asesinado. Un trabajo bien hecho. Solo una puñalada —dijo, al tiempo que buscaba la noticia en el periódico online. Le enseñó la pantalla del móvil—. El tipo se llamaba Luka Ivanov, conocido en los bajos fondos como el Tártaro; estaba fichado por delitos menores, pero hace unos años entró a trabajar para Areces y no volvió a tener problemas con la policía; curioso, ¿verdad?

Anatole permaneció callado, los ojos clavados en la pantalla, los labios apretados en una mueca de ira. Gladys prosiguió.

—Los mossos creen que Ivanov pudo encargarse de Tatiana y de los otros. Según parece era un tipo brutal. Quizá Areces decidió deshacerse de él sin más. Demasiado problemático. No sé, Anatole —Gladys continuó mirándolo a los ojos, aquello tenía que ser convincente o todo podría irse a la mierda—, lo cierto es que a mí me parece muy probable. No puede ser una casualidad que un esbirro de Areces muera al poco de que se cometieran los crímenes. Está claro que lo han despachado sin ruido.

Anatole movió la cabeza. No estaba demasiado convencido.

—¿Y no ha podido matarlo alguna mafia que tuviera asuntos pendientes con él? ¿Que no tuviera nada que ver con la muerte de mis chicas?

Gladys intentó que no se le notara la conmoción que le había causado la voz quebrada del ruso al hablar de «sus chicas».

—Es posible, pero los mossos no lo creen. Fueron a ver a Areces y lo identificó sin problemas. Era uno de sus ayudantes en el gimnasio donde se entrenan sus boxeadores, pero a pesar del paripé que montó, la policía tuvo claro que esa muerte no le importó gran cosa, lo que avala la teoría de que fue decisión suya silenciarlo. Y ahora... —se levantó y miró el reloj— si me disculpas, ya ha pasado casi un cuarto de hora. Tengo mucho trabajo que hacer. Te invito yo, ¿vale?

—Gladys... eres muy amable, pero pago yo. Vete, que tienes prisa. —Se levantó a su vez y dejó un billete de cinco euros en la mesa—. ¿Me avisarás si averiguas algo? —dijo en voz queda.

—Claro. Sin dudarlo —dijo Gladys, en una nueva mentira que ya le estaba costando mantener.

—Gracias. Y, por cierto —se giró después de haber dado ya unos pasos—... enhorabuena por tu entrevista con el Poeta, el boxeador. Tenía algo que la hacía muy auténtica.

Gladys le sonrió, agradecida, y le hizo un gesto con la mano de despedida. Notaba el sudor corriendo por sus axilas. Suspiró de alivio, pero al poco empezó a dudar sobre lo acertada que había sido su representación. ¿Le habría creído Anatole?

Un wasap la distrajo. Era Zarco: «Gladys. ¿Estás libre esta noche? ¿Cenamos? Puedo conseguir mesa en Due Spaghi». Y a continuación caritas sonrientes y corazones.

Tardó unos segundos en liberar su mente del peso de la oscuridad y permitir que el mensaje le sacara una sonrisa. Cenar con Zarco. Con él se sentía bien, a gusto. Y el Due Spaghi le encantaba. No podía pensar en un plan mejor.

«Claro. Hablamos. TQ.»

El claxon del coche del cámara la despertó de su ensoñación romántica. Era hora de volver al trabajo.

Rusty estaba escuchando a Bobby Darin cantar «*Call me irresponsible*» en su iPhone, la canción favorita de su padre. La ponía cuando estaba nervioso. Buscó en su portátil noticias sobre las pesquisas de la policía en relación con lo que hizo en el refugio para mujeres. Al escribir «Gladys periodista» apareció en primer lugar la entrevista que le había hecho a Zarco.

«Vaya, Zarco, ahora estás de moda.» Sintió una punzada de celos al pensar que ahora sería uno de los activos preferidos de su jefe, o mejor exjefe, quien le había dado una patada en el culo por hacer el trabajo que se le había asignado: matar a la puta díscola. Pero sobre el caso no había nada, más allá de las voces indignadas de políticos y líderes de opinión que calificaban esa acción como

«una muestra execrable —Rusty frunció el ceño porque no sabía lo que significaba esa palabra, pero asumió que no era nada bueno— de la violencia de género que impregnaba todas las capas de la sociedad como la expresión más terrible del patriarcado». De pronto soltó una carcajada y se sintió mejor: no era un asesino psicópata, como Gladys había dicho en las noticias de la tele el día que se descubrieron los cadáveres, sino una «muestra del patriarcado». Eso era bueno, se sintió un representante, como un líder sindical o algo así. A continuación buscó en google la ubicación de la televisión donde trabajaba Gladys y estudió con detenimiento la ruta desde ese lugar hasta la casa donde vivía la periodista.

Samir interrumpió sus reflexiones avisándole con un wasap de que iba a entrar. Habían convenido en ello, para evitar sorpresas, mientras Rusty se mantuviese oculto en el domicilio del marroquí.

—¿Y bien? —le preguntó Rusty expectante. Llevaba tres días metido en el agujero del moro y ansiaba pasar a la acción. Había imaginado un millón de veces su encuentro con Gladys, pero las fantasías ya no le bastaban.

Samir, cansado y asqueado, hizo un esfuerzo por no mostrar cuánto odiaba lo que estaba haciendo, así que se fue a la nevera para servirse un té frío con menta antes de contestar, de pie, y sin mirarle a la cara.

—Está bien protegida. Hay un madero en su lugar de trabajo, en la tele, y va con ella a todas partes, en plan discreto. Cuando ella tiene que salir el madero sube a su coche, con otro que conduce, y la siguen. Supongo que ella les dice con antelación todos sus movimientos. Por las noches se turnan los mossos vigilando el portal de su casa; también una pareja. Nunca la pierden de vista.

Rusty se quedó pensando. Tenía los ojos fijados en la imagen de Gladys congelada en el ordenador. Samir se estremeció al ver al asesino tan cerca de su víctima, aunque solo fuera su imagen. Por una parte deseaba que las noticias que le había dado le impulsaran a actuar y desapareciera de su vida; su presencia le asfixiaba como una bolsa de plástico cubriendo su cabeza. Pero por otra le quemaba ser él de nuevo un nuevo instrumento de ese psicópata sexual.

—Está bien, Samir —dijo Rusty, cerrando el ordenador y poniéndose de pie—. Te diré lo que vamos a hacer.

—¿Lo que «vamos» a hacer? —protestó Samir.

—Sí... esto no lo puedo hacer yo solo. Necesito que me eches una mano con la pasma.

—Un momento, Rusty. —Por vez primera le levantó la voz, aunque fuera de forma refleja, producto de su angustia—. ¡Dijiste que solo necesitabas que la siguiera! ¡Ya lo he hecho! ¡Ahora es asunto tuyo, joder!

Rusty ya esperaba esa reacción. Conocía bien a Samir, un emporrado de mierda, una escoria de tantas que había conocido, un moro maricón que, eso sí, sabía fisgar como un zorro. Así que se acercó a él y relampagueó ante sus ojos la hoja de un cuchillo automático.

—Samir, no me hagas enfadar. —Su cara a cinco centímetros de la suya, las palabras arrastradas, sus ojos brillantes por la ira lúcida casi reflejándose en la hoja de acero—. ¿No querrás acabar abierto en canal y envuelto en una piel de cerdo? —Mantuvo la hoja varios segundos en el cuello de Samir; luego la cerró y se alejó dos pasos—. Solo te pido un pequeño esfuerzo; quizá pases algún día en la trena, pero a cambio te habrás librado para siempre de mí.

Y luego el miedo cerval de Samir le dio risa, casi pena, porque ahora tendría que darle una pequeña lección para que ese miedo se tatuara en su cerebro y le obligara a actuar de acuerdo con sus deseos. Se dijo a sí mismo que no debía marcarle ni lesionarle; lo necesitaba entero, y el dolor se le pasaría.

Cita con la muerte

Uli, de manera instintiva, tocó su bolso, como si quisiera asegurarse de que todo estaba en su sitio. El lugar estaba totalmente vacío. Los operarios habían terminado su turno de tarde. El escenario del segundo acto estaba ya montado en bloques en una de las plataformas, un lugar siniestro y amenazante que convertía el Palazzo Farnese en la guarida del barón Scarpia. Los escenarios móviles facilitaban la agilidad de cambios entre actos, y también la rápida distribución de los diferentes montajes teatrales entre ciudades gracias a la entrada que la nueva reforma del teatro había instalado en la calle Unió para que pudiesen acceder los camiones. Uli caminó despacio, todos los sentidos alerta. Nada. Ni un paso, ni una voz. Apagó las luces y sacó una linterna. No quería despertar sospechas. Atravesó la plataforma en donde estaban construyendo una reproducción de la iglesia de Sant'Andrea della Valle casi de puntillas para no descolocar nada y no clavarse puntas o astillas de madera que apuntaban a través de tacos sin colocar aún. Olía a madera y a barniz. Avanzó hacia la segunda plataforma. Ya estaba puesta la mesa donde cenaría Scarpia, la *chaise longue* para Tosca y en el medio, el despacho del sanguinario policía.

Siguió caminando hasta llegar a las plataformas. Buscaba cuadros eléctricos donde poner los explosivos. Sintió algo de pena por César. Todo su maravilloso trabajo se iba a ir al cuerno en cuestión de décimas de segundo. Era triste. Pero no había otro remedio. Era necesario destruir para construir de nuevo.

Se quedó quieto.

Había escuchado un ruido.

Uli se asomó por la barandilla y escrutó la oscuridad del piso inferior. Allí

había alguien.

Violeta acarició su botellita. Después de mucho pensar, había decidido que el ácido era la mejor forma de castigo. Desfigurar el rostro de un cantante. Algo totalmente nuevo. Le destrozaría la cara, la carrera y la vida. Y Areces estaría orgulloso de ella. El ácido era perfecto, fácil de conseguir, fácil de usar y no requería demasiada proximidad ni el ruido de un disparo. Violeta se había vestido totalmente de negro, pantalones ajustados, suéter, el pelo retirado hacia atrás en un moño muy prieto. Había quedado con Marc en la zona donde se montaban los escenarios, las plataformas móviles, una joya de ingeniería tras el incendio del teatro. Vio una luz. Se abrió la puerta.

Había llegado el momento.

Marc abrió el portalón de acceso a los subterráneos del teatro. Bajó las escaleras apoyándose en la barandilla. El lugar solitario estaba totalmente a oscuras. De repente, todo le parecía absurdo. ¿Para qué querría aquella mujer visitar los escenarios a aquella hora? Lo bonito era verlos con gente trabajando, iluminados, ver cómo se montaban y desmontaban con precisión de relojero. Tropezó con un palé de madera y soltó una imprecación. ¿Dónde coño estaba Violeta? Sacó el móvil y le mandó un wasap. En realidad no le apetecía estar allí. Sentía una sensación extraña, opresiva. Miró hacia arriba, aquel lugar fantasmagórico le producía escalofríos.

Violeta se parapetó detrás de una estructura metálica al ver la figura de Marc a contraluz. Tenía el teléfono silenciado pero lo notó vibrar en el bolsillo de atrás del pantalón. Contestó.

«Estoy llegando, Marc. No tardaré mucho. Dame cinco minutos.»

Violeta se deslizó con sigilo de tigresa en la oscuridad. Tenía a Marc localizado. Era cuestión de pillarlo por la espalda y joderlo vivo. Con mucho cuidado evitó tacos de madera y barras de acero que se amontonaban en el suelo. Al poco se situó muy cerca del cantante, que sin cortarse había encendido un cigarrillo para amenizar la espera. La luz de la brasa indicaba dónde se hallaba situado.

Poco a poco se aproximó. Se puso unos guantes protectores y abrió con mucho cuidado la botella con el ácido clorhídrico, apartando la cara de los gases fatales. Había leído que podía producir problemas respiratorios, quemaduras graves en los ojos y piel, ulceración en nariz, tráquea y laringe. Edema en los pulmones y cuerdas vocales. Corrosión. Esa era la palabra. Corrosión. En pocos segundos Marc Roselló sería una masa informe de dolor y piel muerta.

Uli pensó rápido. Era un hombre intuitivo y entrenado para analizar las señales de peligro y amenaza, aquello que veía no le estaba gustando un pelo. Desde su atalaya observaba los movimientos de Violeta. Estaba convencido de que aquella mujer no llevaba buenas intenciones. Se acercaba al cantante por la espalda.

No había tiempo que perder.

Violeta aspiró el aroma del cigarrillo. Era un Camel, seguro. Roselló miró el móvil de nuevo. La mano que sujetaba el frasco de ácido no temblaba. Al revés, permanecía firme y precisa, dispuesta a lanzar sobre el rostro y el pecho de Marc el líquido. Estaba a punto de llamarlo. Quería que se volviera para que, al estar de frente, el ácido afectase a toda la cara de forma directa. Su boca se abrió en una sonrisa, cuando de repente algo se movió a su espalda. Algo oscuro y rápido. Algo que tapó su boca y su nariz y con gran agilidad agarró su mano y arrebató la botella en un segundo.

La mujer, de forma instintiva, lanzó sus manos hacia atrás intentando herir el rostro de su atacante, pero solo encontró músculos y un pecho fornido. No podía respirar. Sus uñas se clavaron en aquellos dedos de hierro sin resultado. Se habían aferrado a su cara como una ventosa, dejándola sin aire, sin resuello. Sus pulmones comenzaron a arder aunque seguía atacando como una gata furiosa. Poco a poco notó como sus fuerzas menguaban y sus pulmones comenzaban a tener espasmos dolorosos y punzantes.

Violeta perdió el conocimiento sin saber quién deseaba y provocaba su muerte.

Al poco, Marc recibió un wasap de Violeta.

«Al final ha surgido un imprevisto de última hora. ¡Lo siento! Otro día.»

Tiró el cigarro al suelo y se encogió de hombros.

Menuda manera absurda de hacerle perder el tiempo.

Uli escuchó el sonido a pocos metros de distancia con el móvil de la mujer en la mano mientras Violeta yacía en el suelo, muerta. Observó con gran alivio que Marc iniciaba su marcha. No podía permitirse un crimen o una agresión antes del estreno de la *Tosca* o todos sus planes se irían al garete. Una investigación policial en el teatro podría descubrir los explosivos, o dificultar su deambular libre por la zona. No, no era bueno. Aquella mujer era una serpiente envenenada. Había hecho muy bien. Tapó con cuidado la botella de ácido.

Ahora tocaba lo peor. No le gustaba manchar sus manos de sangre de ese modo, pero no le quedó otro remedio. Otra cosa era la sangre de los inocentes vertida por su ideal. Esos inocentes eran necesarios; matar a esa mujer con sus propias manos le perturbó. Nunca había arrebatado una vida de forma personal ni de ningún otro modo. Per Stangeland había buscado un equipo compuesto por soldados invisibles, sin antecedentes, pero leales sin fisuras. Tanto él como Betje se sabían unos elegidos. Al día siguiente la enorme y compleja escenografía de *El anillo del nibelungo* partía para Moscú. Escondería el cuerpo de aquella mujer dentro de los contenedores. Con un poco de suerte, cuando la encontrasen, ya todo habría ocurrido.

Fantasía homicida

*Bang bang, I shot you down
Bang bang, you hit the ground
Bang bang, that awful sound
Bang bang, I used to shoot you down.*

NANCY SINATRA

Día siguiente

Rusty había estudiado in situ y en Google Maps con mucha atención cada metro del recorrido matinal de Gladys que le había comunicado Samir. A veces tenía que parar porque notaba punzadas en la frente y en los ojos, pero cuando realmente deseaba algo podía focalizar muy bien su meta, solo que tenía que parar de tanto en tanto. Nunca fue capaz de un esfuerzo sostenido; en la escuela se despistaba por cualquier cosa, y si no había nada en lo que fijarse, él procuraba crearlo; todo antes que sentir que su cerebro se fundía por ausencia de estímulos. Claro está, tenían que ser estímulos que le motivaran, nada de aquella cháchara incomprensible de los maestros. Entonces sí: era capaz de mirar como un halcón, y con rapidez imaginaba de qué modo podía actuar, ser protagonista, adquirir una ventaja o simplemente disfrutar de su poder.

Había descubierto al fin lo que le pareció el lugar ideal: dos kilómetros después de dejar la autovía de Sabadell con destino al polígono donde se hallaban los estudios de televisión había una curva de unos quinientos metros donde los coches necesariamente tenían que aminorar la marcha; era casi una

herradura al final de la cual empezaba ya la calle principal del polígono, en cuyo extremo estaba CatalunyaTV. Y lo fundamental era que prácticamente a la altura del cénit de la herradura había un camino secundario que desembocaba en ella, y lo mejor: había un STOP.

Rusty estaba esperando al final de la herradura, agazapado tras un anuncio publicitario que tapaba la vista desde la carretera, dentro de una furgoneta que había robado el día anterior. Le hubiera gustado llevarse a Gladys viva, pero su situación era delicada, y lamentándolo mucho en esa ocasión debía ser expeditivo. Miró el reloj una vez más; no estaba nervioso, no experimentaba ansiedad: como buen psicópata que era, su sistema nervioso autónomo se ralentizaba ante la experiencia del placer venidero, no importaba lo objetivamente peligroso que este pudiera ser. Simplemente, deseaba que llegara su presa, que el moro hiciera su trabajo y largarse de allí.

Volvió a mirar con la ayuda de los prismáticos. ¡Por fin! ¡El coche de Gladys! Seguido a unos cien metros por el coche escolta. Miró rápidamente hacia la señal de STOP. Sonrió: ahí estaba Samir. Estaba seguro de que no le iba a fallar. Ya no solo porque temiera por su vida, sino porque él sabía dónde vivía su hermana y sobrinos, en un pueblo de la costa de Almería, como él le había comentado despreocupadamente una de esas noches en las que ambos estaban unidos por intereses comunes y Samir no había averiguado la auténtica naturaleza de quien le pagaba tan bien. Eso le acabó de domeñar, no solo para llevar a cabo la acción que ahora en breves segundos tendría que producirse, sino para sellar sus labios cuando la policía le interrogara.

Samir, tembloroso, apuró la botella de ginebra; quedaba la mitad cuando empezó, y ahora necesitaba todo ese alcohol para hacer su cometido y que resultara creíble. Vio llegar el coche de Gladys. Se encomendó a Alá. Su corazón empezó a taponar sus oídos; dejó que pasara, pero cuando el coche de la policía estaba a punto de rebasarlo, de súbito y con fuerza apretó el acelerador y lo lanzó contra él.

—¿Qué coño?! —exclamó Raúl, antes de que el coche saliera despedido

dando tumbos hasta parar en el terraplén que se formaba entre el arcén del otro lado de la carretera y el descampado que bajaba medio metro con respecto a la misma.

—¡Dios mío! —gritó su acompañante, quien conducía y nada pudo hacer por evitar la embestida.

Samir se había puesto los brazos sobre la cabeza y sintió su pecho oprimirse hasta provocarle náuseas por el impacto del airbag. Su morro había golpeado la parte delantera del coche policial. Raúl no fue alcanzado de pleno por medio metro, pero estaba peor su compañero. El airbag del conductor no se había disparado tras el impacto, y se había golpeado el rostro contra el salpicadero.

Raúl vio el coche de Samir; su conductor no se movía. Con ojos febriles se dirigió a su compañero:

—¡Pedro! ¿Estás bien?

—Yo no sé... creo que sí —acertó a balbucear, para luego dar un quejido cuando notó como la columna le avisaba de un punzante latigazo cervical. Sangraba por la boca y la nariz. Raúl cogió la radio y avisó del accidente. Luego tensó su cuerpo y comenzó a entender. Aquello no podía ser casualidad. Instintivamente buscó con la visión turbia a Gladys.

Gladys había llegado al final de la curva cuando Rusty se interpuso en su camino. Súbitamente, la periodista presintió el peligro, miró por puro reflejo hacia atrás y su boca dibujó la mueca del horror. Cuando volvió a mirar al frente vio a Rusty. Sonreía, y portaba una pesada barra de acero en su mano derecha. Rápidamente el puertorriqueño se puso a la altura de su ventanilla. Intentó abrir la puerta pero estaba bloqueada por el cierre de seguridad. Entonces levantó la barra y golpeó la ventanilla con fuerza. Gladys gritó, paralizada por el terror.

—¡Joder! —Raúl abrió su puerta con esfuerzo, malparada después del golpe, pero sacó fuerzas del miedo y la rabia. Estaba mareado, no enfocaba bien, pero apretando los dientes forzó la puerta lo suficiente para sacar su cuerpo tras una contorsión. Se frotó los ojos con las manos y en su angustia se obligó a ver, porque sabía que su amiga estaba en peligro. Entonces creyó tener en su visual a

un sujeto a unos doscientos metros junto al coche de Gladys, bloqueado por una furgoneta.

Al segundo golpe brutal de Rusty la ventanilla de Gladys estalló. Lo que ella vio a continuación fue como si lo viviera otra persona: Rusty arrojó la barra y sacó una navaja automática. Esa otra persona, sin embargo, decidió actuar como si se hubiera apoderado de la mente de Gladys y le hizo abrir súbitamente la puerta, algo que Rusty no esperaba. El golpe en la cara fue brutal y Rusty cayó al suelo. Gritó, rabioso como un animal, agarrándose la frente. La navaja salió disparada.

Gladys aprovechó esos preciosos segundos para salir del coche y dirigirse hacia el interior de la curva; tenía a la vista el coche de la policía, y de algún modo sabía que la huida hacia el polígono era un acto suicida, caso de ver a alguien en la amplia calle, dudaba de que la socorrieran con eficacia ante un asesino como Rusty. Con las manos temblorosas cogió el móvil.

—¡Socorro! Raúl, ¡por favor! —Gladys empezó a correr todo lo que daban humanamente sus músculos, en un sprint frenético. Raúl hizo un esfuerzo por comprender lo que sucedía, todavía aturdido.

—¿Gladys?! ¡¿Gladys?! ¡¿Qué está pasando?! —Entonces vio al tipo que la perseguía agacharse, coger algo y correr como un poseído hasta lanzarse a los pies de Gladys, y ella caer de bruces. Sacó su pistola sin perder un instante.

—¡Ya te tengo, zorra! —Rusty puso la mano izquierda en el cuello de su presa como un garfio mientras su derecha buscaba su cuchillo; Gladys, haciendo caso omiso del golpe brutal contra el suelo se revolvió y sacó sus uñas hacia su rostro, rajando casi sus ojos. Esa acción lo volvió loco de rabia y alzó su cuchillo hacia el cielo para clavarlo en uno de sus costados—. ¡No pelees, puta, solo muere!

Gladys sintió el filo hundirse en su cuerpo, buscando su corazón. Sintió frío y un dolor extraño, nuevo. Comprendió que iba a morir, era solo cuestión de un momento.

Rusty salivó, siempre lo hacía cuando se acercaba el clímax. Pero cuando se aprestaba a un segundo ataque mortal, detuvo su brazo. No tendría por qué

haberlo hecho, pero fue algo superior a sus fuerzas. Dejó el cuchillo un instante en el suelo y con ambas manos desgarró la blusa y el sujetador de Gladys, quería matarla con sus senos expuestos, era su fantasía, su feminidad mancillada; su muerte gritando ante todos lo puta que era.

Raúl, dominando su ira sorda y su impotencia, se detuvo a unos cincuenta metros y disparó realmente sin apuntar, no podía correr el riesgo, en su estado, de matar a Gladys, al tiempo que gritaba:

—¡Alto, quieto ahí, Mossos d'Esquadra!

—¡Joder, la pasma! —Rusty notó la bala pasar cerca de su oído y apretó los dientes. ¡Se había olvidado por completo de ella! Pensaba que estaría fuera de juego, y él solo había tenido ya ojos para realizar su misión con la fulana. Vio a Raúl correr hacia él y durante un segundo calibró su situación: estaría a menos de cincuenta metros, ese tiro había sido de advertencia. Llevó la mano al cuchillo que estaba en el suelo pero se detuvo.

«Si vuelvo a clavar el cuchillo el madero tendrá tiempo de matarme.»

Rusty se levantó con rapidez y echó a correr hacia la furgoneta con gran velocidad.

—¡Alto, deténgase o disparo! —volvió a gritar Raúl, quien vio la acción y apuntó hacia el vehículo, un objetivo mucho más asequible para él en sus condiciones que una figura humana en movimiento. Cuando llegó a la altura de Gladys empezó a disparar hasta terminar el cargador. A pesar de ello, Rusty derrapó, dejando las cubiertas en el asfalto, y emprendió la huida hacia el interior del polígono, sin duda después de haber recibido algún impacto de bala, o al menos en eso confiaba el mosso. Enseguida se arrodilló junto a Gladys, vio la fea herida del costado de la que emanaba sangre abundante, se sacó la americana y la taponó. Con angustia se dio cuenta de que había perdido el móvil que tenía en sus manos en el momento del choque. Lo tiró al sacar la pistola, recordó.

—¡Gladys, Gladys! ¿Me oyes? —La joven tenía los párpados cerrados, en sus labios burbujas rojas de sangre. Raúl temió que se encontrase cerca del choque

hipovolémico. Le cogió la barbilla y la forzó a abrir los ojos—. ¡Por favor, mírame! —Y como si se tratara de una respuesta a su plegaria, en ese momento se detuvo un coche que salía del polígono, y Raúl vio a dos hombres salir apresurados hacia donde estaban ellos. Al poco se oyeron sirenas y el mosso rezó para que llegasen a tiempo.

El club de la lucha

«Es mi destino, estoy maldito.»

Dídac se sentó y se cubrió el rostro con las manos. Dio un sorbo breve al botellín de agua, pero en realidad necesitaba algo más fuerte. ¿Por qué Gladys no le había dicho nada de aquel tipo? ¿Cómo pudo la policía descuidarse tanto? Todo eran preguntas y ninguna respuesta. Apretó los puños con rabia. Si hubiese estado con ella no le hubiese pasado nada.

A su lado, en la sala de espera de quirófano, los padres de Gladys paseaban arriba y abajo, desconsolados, nerviosos. Colegas de la televisión, amigos, policías, enfermeras, auxiliares, todos esperaban la salida de los médicos. Había perdido mucha sangre. La gente comentaba. Había riesgo de que la puñalada hubiese afectado a los pulmones. Había tantos riesgos..., pero estaba en buenas manos. Había que confiar. Dídac se enjuagó unas lágrimas con rapidez. Parecía que estaba maldito. Cada vez que se acercaba a alguien...

Raúl, apoyado en la pared, se tomaba un café en un vaso de plástico. Estaba asqueroso, pero daba lo mismo. Tampoco merecía mucho más después del desastre. Le dolía todo el cuerpo, pero sobre todo le dolía el alma humillada. Su compañero estaba también en Urgencias, con el esguince cervical y la nariz reventada. Y Gladys había arriesgado su vida en vano. Tenían que haber previsto que el tipo no solo era un asesino de mujeres indefensas, era un matón peligroso y astuto, un psicópata de la peor calaña. Raúl no solía rezar, no era especialmente fervoroso, pero aquel día había elevado sus plegarias al cielo varias veces. Gladys no merecía morir. Y menos por su culpa. Vio a Marc Roselló, el amigo de Gladys, el cantante de ópera, entrar con semblante

preocupado en la sala de espera y dirigirse hacia sus padres. Raúl pensó en el cómplice del accidente, Samir. Viejo conocido del menudeo en el Raval. Antiguo confidente policial. Estaba ingresado en el Vall d'Hebrón. No se temía por su vida, pero sufría una fuerte conmoción, y hasta dentro de unas horas no podría ser interrogado, lo que quemaba por dentro a Raúl, porque estaba seguro de que aquello no fue un accidente.

Anatole miró por los amplios ventanales. Había visto en televisión el ataque sufrido por Gladys, informado por sus propios compañeros de la emisora. Se podía contemplar la belleza del antiguo hospital modernista, pero eso a él no le consolaba. Gladys le había engañado. Ella conocía al asesino. Por eso intentó matarla. Estúpida. ¡Tuvo la oportunidad de que él se hubiera encargado de todo! En cambio, se puso en manos de los Mossos, se lamentó; eso no era una buena opción cuando era una alimaña quien te perseguía; si se hubiera confiado a él, ahora esa bestia estaría dando de comer a los gusanos. Se fijó en un joven de pelo oscuro que permanecía sentado con aspecto abatido. Era uno de los boxeadores de Areces. Zarco, el Poeta. ¿Qué hacía allí? La salida del cirujano interrumpió sus pensamientos.

La cara del médico, sonriente, hizo que todos se relajaran.

—Está fuera de peligro. Ha tenido mucha suerte. La puñalada solo afectó al bazo. Perdió mucha sangre pero está estabilizada. Pronto subirá a planta y podrán visitarla. En unos días, a casa.

Risas, lágrimas de alegría, aplausos. Anatole se fijó en que al boxeador se le iluminaba la cara, se levantaba como un resorte y se acercaba al cirujano para preguntar. Recordó que Gladys le había hecho una entrevista muy buena y que la había felicitado. ¿Y si eran algo más que entrevistadora y entrevistado? Igual aquel chico le podía ayudar.

—Al Liceu, por favor.

—¿Cómo andamos?

Marc vio los ojos avellana del taxista a través del retrovisor.

—Así, así. Acaban de intentar matar a una amiga. Le dieron una puñalada. Por suerte está fuera de peligro.

—Menos mal. El mundo es un asco. —Subió un poco la música. «*The first of the gang to die*», Morrissey—. Esto te animará.

—Hombre, el bueno de Mozz. —Marc suspiró, entre aliviado y confuso aún por lo de su amiga—. Te he traído algo. Tu libro. —Le devolvió *No llames a casa*.

—¿Te gustó?

—El final es impactante, tenías razón. La verdad, lo leí en Nápoles de vacaciones. Es duro. Y te he traído esto también.

—¿Dos entradas? ¿Son para la ópera? ¡Joder, gracias!

—Para el día del estreno. *Tosca*. Sábado 29 de septiembre. Entenderé que no vayas. —Rio—. Coincide con el Barça-Madrid.

—Prefiero no ver el partido. Me pongo demasiado nervioso. Estaré encantado de ir, te lo aseguro.

Marc permaneció en silencio el resto del trayecto. Pensó en Violeta. Había desaparecido. La había llamado por teléfono pero estaba apagado todo el tiempo. Se encogió de hombros. Cosas de mujeres. Había gente excéntrica en el mundo. Tampoco podía entenderlo todo.

Rusty se bebió el cuarto gin-tonic de un trago en casa de Samir. Apagó el viejo equipo de música donde sonaba Johnny Cash. Estaba furioso, pero no era solo eso; por vez primera en muchos años desde que llegara a España huyendo de sus problemas de Estados Unidos, estaba perdido. Totalmente *lost*. ¿Qué iba a hacer a continuación? En esos momentos y circunstancias era cuando le costaba pensar, cuando la situación era difícil de analizar, cuando no había una línea clara que seguir tras una meta. El futuro, con sus opciones diversas y las posibles consecuencias que podrían derivarse según se eligiera una u otra, era para él un

mundo cercano a la cábala. ¿Por qué le costaba tanto imaginar trayectorias futuras? Rusty recordaba a Areces decir que él «no tenía imaginación», y que si «no tenía un rastro seguro al que seguir, se perdía como un niño en un parque». Sí, Areces siempre lo había considerado un estúpido. Apretó la lata de tónica con rabia y la lanzó al suelo.

Lo peor de todo es que ya no podría recurrir a él. Estaba *finito* para el *boss*. Las noticias acababan de decir que Gladys había sobrevivido. Suspiró con pesar y emitió un grito sordo al escucharlo: podía haberla matado, joder, si no hubiera perdido esos cinco segundos en desgarrar su ropa y exponer sus senos a sus ojos... pero no había podido evitarlo. Para él, se consoló, matar «porque sí» nunca le había atraído. Comprendió que cada sacrificio de esas putas saciaba una sed inextinguible, y que algo en su interior le forzaba a cumplir un ritual: si no lo hacía a su manera no disfrutaba, y ¿qué sentido tiene matar a alguien si no lo disfrutas? Claro que aquella vez tenía que haber sido práctico: su culo estaba en juego. Y de hecho lo fue, porque Rusty recordaba muy bien lo que le había costado decidir que no la iba a secuestrar, que era lo que realmente ansiaba, sino que tenía que matarla ahí mismo y con rapidez... el problema vino luego; y Rusty se fue de la realidad durante unos segundos, volvió a agitarse recordando a Gladys malherida, sus hermosos pechos apuntando hacia el cielo, ofreciendo una diana blanca a su cuchillo...

—*Fuck!* ¡Para! —gritó en voz alta.

Rusty volvió a caminar como un león enjaulado. «Tienes que dejar de pensar ya en eso y centrarte.» Confiaba en que nadie supiera dónde estaba su escondrijo. Samir no hablaría, estaba seguro. No estaba empadronado en Barcelona, su familia de Almería tampoco conocía la dirección, y el piso estaba a nombre de un tipo que se lo prestaba bajo cuerda que vivía en Marruecos. A Samir le había convenido así; «es lo mejor para mi negocio», le había comentado una vez, sonriente ante su suerte. De todos modos no podía permanecer ahí mucho tiempo; aunque Samir no hablara, la pasma podría ir preguntando por aquí y por allá hasta que alguien se fuera de la lengua... Y recurrir a Areces

estaba descartado: ahora el propio Rusty era su problema, no su solución, y entendía que, si moría, el jefe tendría un problema menos, porque Gladys era la única que podría conectar el crimen de Tatiana con Areces, y la conexión era él.

Al fin, mareado, se tumbó en la cama. Estaba borracho, y dejó vagar su cabeza por el único territorio donde hallaba algo de paz: sus años en Puerto Rico, cuando niño, antes de que el mundo de las pandillas y la violencia le hubiera absorbido el cerebro. Siempre era lo mismo: él con su abuelo, viajando hacia los mercados de las ciudades, escuchando a Bobby Darin..., oyendo una y mil veces cómo fue su experiencia de trabajar en una superproducción de Hollywood: *La vuelta al mundo en 80 días*. Que si David Niven era un auténtico *gentleman*, que si Cantinflas era muy divertido y cómo una tarde hizo un show especial para todos los extras, la mayoría compadres del «pelao», que se aburrían en una tarde con sol de justicia en la que no estaban ocupados... Y volvió a escuchar en su interior la banda sonora de la película, que se sabía en cada acorde... hasta que finalmente se durmió, pensando que «mañana tendré que hacer algo sin falta».

22 horas

Anatole susurró unas palabras al matón que vigilaba la entrada. El tipo asintió y le dejó pasar. Tras pasar por una puerta donde podían leerse las palabras PROHIBIDO EL PASO, se encontró de frente con un ring levantado sobre un suelo sin asfaltar cubierto de arena, flanqueado por docenas de sujetos de lo más variopinto; unos abrían sus bocas sin pudor emitiendo gruñidos, otros bebían y revisaban sus apuestas con preocupación; había chicas ricas con trajes ceñidos acompañando a chicos más jóvenes y más pobres, en cuyos oídos deslizaban palabras achispadas por el alcohol que prometían placeres venideros, pero también hombres mayores con el rostro sudado por la adrenalina de ojos extraviados; pero Anatole se centró en la pelea: un «club de la lucha» donde

Zarco estaba dando rienda suelta a su rabia frente a un senegalés duro y pétreo, aunque con poca técnica.

El lugar era cutre, pero no grotesco: un viejo almacén de unos cien metros cuadrados, con paredes revestidas de algunos viejos pósteres de mujeres semidesnudas (Anatole llegó a reconocer con una sonrisa a Pamela Anderson con el famoso bañador rojo y el mítico de Samantha Fox), fotos de boxeadores legendarios (Ali y Frazier, sí, pero también Legrá y Folledo, Rocky Marciano y Pacquiao), y de cajas vacías o llenas de bebidas: cervezas, vinos y licores, supervisadas por la atenta mirada de uno de los encargados para que ningún listo bebiera gratis. Había una lámpara en el techo que proyectaba una luz macilenta, y dos taburetes junto a cada esquina. Cuando sonó la campana que señalaba el fin del asalto del «vale todo» y ambos se sentaron se fijó en que el senegalés tenía a dos tipos al lado, mientras que Zarco estaba solo; Anatole pensó que su única compañía esa noche era la ira que le consumía. Al poco sonó de nuevo la campana, escuchó «quinto round» y observó un brutal intercambio de golpes, con las manos y pies desnudos. Cada retroceso era coreado por un abucheo: el público quería sangre, no estaba para exquisiteces técnicas. Vio a Zarco más que dispuesto a hacer honor a esa filosofía; cada golpe suyo era un gesto de odio, una revancha ante su dolor sordo. El senegalés sangraba por la nariz, y el fluido rojo brillaba en su piel de obsidiana. Había acabado casi entero el asalto anterior, pero pronto empezó a mover más los brazos, como si agitándose pudiera desequilibrar el combate a su favor y contentar a su jefe y sus apostadores. Anatole comprendió que ese era su fin: Zarco fintó, le alcanzó de lleno en el estómago con un golpe que quizá hubiera sido ilegal en un combate reglado, y luego, doblado el senegalés por la mitad, le remató con una serie de dos: primero un gancho de derecha a la cara que le levantó hacia atrás y luego un *uppercut* brutal a la cabeza que le llevó finalmente al suelo, de donde ya no se movió. El público rugió como un animal salvaje. Zarco se quedó ahí, mirándole con desafío; el árbitro no se molestó en pedirle que se fuera al rincón. Al llegar a

¡diez! el gentío abucheó o aplaudió, según le hubiera ido a cada cual en las apuestas.

Anatole le hizo un gesto.

Zarco lo miró. Lo había reconocido del hospital. Se dirigió hacia un rincón, recogió un sobre y luego le hizo señas para que lo siguiera a una pequeña habitación que servía de oficina y en esas circunstancias de vestuario.

Cuando ambos entraron, Anatole se quedó de pie mientras Zarco se lavaba en una pila de forma pausada. Luego sacó una toalla de la bolsa que había a su lado y se secó metódicamente, como si fijarse en los detalles le ayudara a sobrellevar una tensión que el combate no había servido del todo para liberar; miró algunos cortes que surcaban sus pómulos, se echó vaselina y se dirigió por fin al ruso:

—¿Qué te trae por aquí?

—Buen combate, Zarco.

—¿Cómo supiste que estaba...?

—Pedí a uno de mis chicos que te siguiera. Todos hablan de este sitio. Está empezando a hacerse... «popular».

Zarco se quitó los calzones de boxear, sacó la ropa, y empezó a vestirse con parsimonia.

—Bueno, ¿y qué quieres?

—Bien... —Anatole se sentó en una de las sillas de plástico blancas de terraza que estaba junto a un escritorio que acumulaba facturas, recibos y mucho polvo —. Creo que estás bastante jodido por lo de Gladys. Yo también. Y he pensado que a lo mejor te gustaría hacer algo al respecto.

Zarco, que hasta ahora apenas lo miraba, terminó de ponerse los tenis, le prestó atención por vez primera, cogió la otra silla, se sentó y le miró a los ojos. Los suyos no tenían alma, pensó Anatole.

—¿Algo? ¿Como qué?

Anatole sacó el retrato robot de Rusty y lo dejó encima del escritorio.

—Bien... creo que podemos averiguar dónde se esconde el chacal que atacó a

Gladys, que es el mismo que ha matado a «mis chicas» rusas como una bestia. Y creo que a ti te gustaría encontrarlo también... ¿me equivoco?

Los ojos de Zarco miraron el retrato robot. Comprendió. Se oscurecieron de nuevo pero volvieron a llenarse de luz, aunque esta vez era la luz de la oscuridad. Anatole sonrió. Era como un animal salvaje.

—Te escucho —dijo Zarco.

Acuerdos y desacuerdos

Día siguiente

Vera y Darío se acercaron a la nave abandonada donde había tenido el primer encuentro con Uli y Betje. En la puerta, en esta ocasión en vez de Uli, esperaba Per Stangeland, bajo el nombre falso de Thomas.

Una hora antes Darío había estado poniendo al corriente a Vera de su último «negocio». «Desviaciones de productos», como él los llamaba, de la propia cadena ilegal de contrabando de armas. Dado que a partir de unos días él iba a ser el dueño y señor de todo, no tendría que recurrir más a esos subterfugios; sencillamente el dinero iría a su cuenta a través de los canales apropiados. Esa transacción furtiva iba a ser, pues, la última que iba a dirigir, lo que en realidad le quitaba un peso de encima. Siempre le ponía nervioso asistir a citas clandestinas, y lo peor era tener que encararse con gente cuyas intenciones podían esconder sorpresas desagradables.

—Bueno, ya veo que traes compañía —dijo Per, más adelantado que Betje (o Susan). Vera se fijó en que la rubia tenía su mano dentro del bolso de forma disimulada, sin duda empuñando una pistola.

—Sí —hizo un ademán—, os presento a mi socia, Vera. Está conmigo, no hay problema.

Per levantó una ceja y lanzó una exclamación de desagrado.

—No dijiste nada de una socia, Gara, y no me gustan las sorpresas de última hora.

Vera miraba fijamente, memorizando cada detalle de la morfología de la

pareja, sin abrir la boca.

—Bueno, te digo que no hay problema. Ella está en esto como yo, no seas paranoico, Thomas. Tú también traes compañía...

Per resopló e hizo un gesto a Betje.

—Susan, haz el favor. —Y dirigiéndose a Gara—: Vale. Si tú lo dices... me parece bien. Pero espero que no te importe que la registremos.

Por toda respuesta Gara hizo un gesto de resignación, y Betje se acercó a Vera. Tomó su bolso y lo escudriñó con ojos expertos. A continuación palpó detenidamente el cuerpo de Vera. Llevaba un vestido negro, flojo y escotado, y sintió las manos de la mujer recorrerla de arriba abajo con mucha parsimonia, demasiada, pensó, como para que no estuviera disfrutando con aquello. Finalmente, sacó un detector y lo pasó por el bolso y la silueta de la mujer.

—Está limpia —dijo, mientras se alejaba de la agente dirigiéndole una mirada cómplice y malévola a un tiempo.

Gara puso cara de «¿ya estás contento, capullo?», y retomó la conversación.

—¿Ya podemos hacer lo que se supone que nos ha traído aquí? —dijo.

—Ok, adelante. Aquí tienes los trescientos mil euros que completa lo acordado —dijo Per.

Puso delante de ellos unas bolsas de supermercado. Betje se acercó y abrió las bolsas para mostrarles el dinero.

—Muy bien —dijo Gara después de revisar los fajos, y a continuación Vera sacó un móvil que previamente le había pasado su socio y amante. Antes de acudir a la reunión Gara le había explicado que las armas esta vez no podían estar en el mismo sitio donde tuvieron el primer encuentro. Así que había acordado con algunos de sus esbirros en el negocio que acudirían con una furgoneta al lugar de la reunión. Y eso hizo Vera: simplemente llamar.

—Todo bien, podéis venir.

Pasaron menos de cuatro minutos. Una furgoneta blanca con el logo de una empresa de limpieza de alfombras se acercó al lugar. Dos tipos bajaron y

abrieron las puertas traseras: la visión de tres cajas metálicas comprimieron el corazón de Vera.

Los dos tipos abrieron las maletas: siete subfusiles de asalto y munición para cien rondas por lo menos, calculó Vera. Procuró mantener el rostro impávido cuando abrieron la segunda maleta: armas cortas, bombas de humo, munición y chalecos antibalas. La tercera maleta contenía los detonadores. Con todo ese arsenal se puede declarar una guerra, pensó, sobrecogida, pero sin mover un músculo.

Per dio el visto bueno y a su vez llamó por teléfono. Vino otro coche en cuestión de segundos. Dos mujeres sorprendentemente jóvenes, a juicio de Vera, salieron de un Kia y cargaron las cajas. Per Stangeland las miró con orgullo: eran su producto, la obra de años de dedicación para propagar la verdad que nadie quiere ver. Julie y Clarisse. Estudiantes hace unos años, ahora entregadas a la causa de defender la Europa milenaria de los corrompidos políticos vendidos al petróleo árabe y propagadores del veneno multiculturalista.

—Muy bien, pues creo que eso es todo —dijo Per, moviendo las manos en señal de «esto ya ha acabado, y cada cual por su camino».

—Un momento. —Vera habló por primera vez, para sorpresa de Per y del propio Gara. Tenía que correr un cierto riesgo, y probablemente no habría otra oportunidad. Betje clavó sus ojos en ella, expectante—. Lo que hagáis es cosa vuestra, pero lo que os lleváis va a hacer mucho ruido. Si vais a declarar una guerra que sea lejos de aquí; no queremos que nada de lo vuestro nos salpique.

Per se quedó atónito. ¿De qué coño le estaba hablando esa zorra china? ¿Tenía que darle explicaciones de lo que quisiera hacer con las armas?

—¿No crees que eso no es de tu incumbencia? —dijo con tono tranquilo, tras esforzarse unos segundos para contener la ira.

—Es de mi incumbencia si alguno de vosotros es capturado y canta. Y veo que por aquí hay gente inexperta. —Señaló al coche donde esperaban las dos jóvenes—. Queremos vivir tranquilamente mucho tiempo, y no tener que exiliarnos a tomar por culo; y si montáis una buena en nuestras narices y alguien

se va de la lengua estaremos jodidos. —Ya no podía ir más allá; al provocarle buscaba la oportunidad de averiguar algo, aunque solo fuera por su forma de responder, sus vacilaciones, la expresión de sus emociones surcando su rostro, la postura y tensión corporal.

Per meditó unos segundos y miró a Betje. Al fin dijo una frase antes de hacerle una señal a su compañera para dirigirse ambos al coche, en un contacto ocular rápido con Vera. Los ojos del terrorista refulgieron a la luz del sol.

—Descuida, vivirás tranquila, y nadie dirá nada; te puedo garantizar eso con nuestras vidas.

Gara, que al principio iba a reprender a Vera, al fin comprendió que tenía razón, así que apretó su hombro como señal de aceptación. Si esos dementes querían causar masacres no era su problema, todos los días había gente en el circo de la violencia matando y muriendo por causas que a él no podían importarle menos, pero una movida descomunal en el patio de casa podría poner no solo el negocio en serios aprietos, sino acabar con todo el tinglado y con los dos en la cárcel hasta pudrirse. Sabía que la gente quiere respuestas cuando han reventado los cuerpos en las aceras por las que hace un minuto caminaba con despreocupación. Y el gobierno, bajo esa presión, no escatima para cazar a quien sea.

—Lo has hecho bien, cariño. Esos tipos son profesionales, y aquí no tienen nada que hacer. Solo los cabrones de los yihadistas vienen a jodernos a nuestra propia casa.

Vera hizo un esfuerzo extraordinario por sonreírle, pero apenas le miró a los ojos, porque tenía toda su energía focalizada en dominar sus músculos y el resto de su fisiología. Había comprendido que el tal Thomas había mentido. Ese hijo de puta iba a atentarse en Barcelona, y rezó para que Hugo fuera tan eficaz en aquellos momentos como lo había sido hasta ahora con ella.

Quien a hierro mata

Rusty, ¿recuerdas el primer beso?

Las nubes corrían por el cielo.

¿La primera canción?

No estabas solo, a blanco-negro.

«Rusty»,

LOQUILLO-ZANÓN

El mismo día

Areces cerró el periódico y miró con odio indisimulado a Darío Gara. El contable llevaba sus cosas en una caja, dispuesto a marcharse. Había hecho el traspaso a toda velocidad al nuevo, un hombre de confianza de Berto al que el empresario iría poco a poco dando más responsabilidades. Un hombre capaz y fiel, no como aquel hijo de perra.

Gara. Le había pedido que se fuera de una vez. Que acelerase. No podía soportar su presencia. Y todavía menos al pensar que se estaba tirando a la putilla de Vera, a la que él había sacado del culo del mundo para darle un trabajo digno; le había enseñado a ser una crupier de primera y la muy zorra se lo pagaba así. Algún día cogería su delicado cuello con sus manos..., de hecho soñaba con eso u otras variantes. Pero en aquel momento la «cláusula de seguridad» de Gara hacía que sus manos estuviesen atadas. Sin embargo, si estaba en lo cierto, Vera pronto podría lamentar haberlo dejado.

Llamó a Lisa para que le trajese un café cortado. Se subió las mangas de su

camisa italiana y encendió un puro. Estaba nervioso. ¿Dónde se había metido Violeta? El teléfono apagado o fuera de cobertura todo el rato. Había mirado los periódicos. Nada. Ni rastro de Roselló. Solo en la sección de Cultura. Nada de sucesos. Solo Gladys. Gladys en todas partes. ¿En qué demonios estaba pensando Violeta? ¿Es que todo el mundo le iba a fallar en el momento en el que más los necesitaba?

En la portada de *La Vanguardia* la foto de Gladys ocupaba media plana. «Periodista sobrevive a un nuevo ataque del loco del Guinardó.» No mencionaba detalles de la identidad del asesino, pero claro está se trataba del loco de Rusty. Areces apretó los ojos y los puños en señal de profunda frustración. El miserable hijo de puta. La volvió a cagar. Estaba claro que ese hombre era un peligro, y no solo para las putas.

Zarco, vestido con unos vaqueros rotos y una camiseta de color blanco que ceñía sus músculos, se identificó en el hall. La chica de recepción conectó con Lisa, la secretaria personal de Areces.

—Está aquí el señor Dídac Zarco, dice que quiere ver al señor Areces, que es importante, relacionado con una oferta que le hizo el señor Areces.

—Un momento —dijo Lisa. Y pasados unos segundos—: De acuerdo, dile que suba, pero que solo le puede dedicar diez minutos, luego ha de salir de viaje.

La chica de recepción colgó, le dio una identificación a Zarco y este anduvo hacia los ascensores, donde su tarjeta le abrió expedito el camino hacia el ascensor que subía únicamente a la planta de Areces. En la puerta, un vigilante armado lo saludó. Dídac pasó la tarjeta por el lector del ascensor y este se puso en movimiento. Al llegar ya estaba Lisa esperándole, con una sonrisa eficiente.

—¿Señor Zarco? —Lo miró de arriba abajo con admiración—. Me alegro de volver a verle... Sígame por favor. Ya sabe que el señor Areces solo podrá concederle diez minutos... —Zarco no dijo nada, pero fingió escuchar con atención—. Hoy tiene un día muy ocupado.

Caminaron hacia la puerta del despacho, Lisa pasó los nudillos y abrió la puerta. Areces estaba sentado, hablando por el teléfono fijo, así que le hizo un

gesto a Zarco para que se sentara. Lisa se retiró y cerró la puerta. Finalmente el empresario colgó y dedicó una media sonrisa al boxeador.

—Bueno, Dídac..., me alegro de verte, aunque —se fijó— tienes la cara algo estropeada. Todavía peor que después del combate. Mala noche, ¿eh?

—No es nada, señor Areces, una pequeña pelea ayer con dos tipos que se habían pasado con la bebida.

—Dos tipos, ¿eh? —Sonrió—. Seguro que les diste su merecido... Pero bien, al grano. Vienes por lo de la oferta que te hice, ¿no?

La agitación de Zarco empezó a tensarle, pero él se esforzó en mantener el control. Había ido ahí para obtener justicia, y tenía que concentrarse en esa idea. Todo lo que le alejara de su meta era nocivo.

—En realidad, no exactamente. Y ya que tenemos poco tiempo, vayamos al grano, como dice usted. —Sacó del interior del bolsillo del pantalón una copia del retrato robot de la policía que le había pasado Anatole y se lo dio a Areces; al ruso se lo había pasado Raúl, quien no tuvo reparos en dárselo después de lo sucedido. Anatole le dijo que pondría a sus hombres a buscarlo, y al mosso, abatido, le pareció una buena idea, aunque no estaba seguro (más bien lo contrario) de que la condición que le impuso de «si lo localizáis lo marcáis y nos avisáis, ¿de acuerdo?» se fuese a cumplir.

Zarco recordó la cara que se le había quedado al ver el retrato robot de Rusty en las manos de Anatole la noche anterior tras la pelea. ¡Ese hijo de puta! Recordó también las advertencias de Vera: «Hay algo en él que me preocupa. Es imprevisible... Quiero que lo vigiles». Entendió todo con rapidez. Tatiana y las otras rusas habían sido sus víctimas, Gladys conocía a Rusty. Y, desde luego, él también había percibido el aire de insania que acompañaba los gestos y palabras del americano, como si tuviera una piel resbaladiza de la que nunca uno pudiera asirse... Claro está, el cerebro era Areces, ese señorito que nunca se manchaba las manos. Pero eso era otro problema. Ahora estaba ahí para acabar con su perro rabioso.

—¿Y bien? —dijo Zarco, en vista que Areces contemplaba a Rusty y no decía

nada.

—¿Qué quiere decir esto, Dídac?

—Quiere decir que ese de ahí es Rusty, como usted bien sabe, y que es un asesino de mujeres; ayer mismo intentó matar a una periodista, como usted ha podido ya averiguar —señaló hacia *La Vanguardia*—, aunque fracasó. —Intentaba que su voz no trasluciera la ira que sentía—. Ese tío es un psicópata. Quiero que me diga dónde está. Y usted olvídense del asunto.

Areces comprendió que era absurdo seguir con la historia de «yo no sé nada y de qué cojones va esto», así que decidió ser pragmático. Al fin y al cabo Rusty estaba loco, y ahora que había fracasado en asesinar a Gladys ya no le servía de nada; era lo contrario: un peligro para él. Es cierto que Rusty nunca podría incriminarle directamente de todas esas muertes, pero no le ayudaba en nada que si Rusty fuera capturado dijera a la policía que fue él quien le ordenó matar a las putas y a Gladys.

—¿Para qué quieres saber dónde está?

—Para que deje de ser un problema para usted.

Areces pensó unos segundos sin mostrar emoción alguna, luego conectó el interfono:

—Lisa, dile a Cristina que entre, por favor.

Al poco entró Cristina, asistente de seguridad de la empresa, impecable en su traje sastre azul marino. Le pidió a Zarco que se levantara y pasó un detector de instrumentos de escucha por el contorno del boxeador. Y luego:

—¿Es tan amable? —Le hizo la señal de que iba a cachearlo.

Zarco levantó las cejas y luego los brazos. Cristina se detuvo unos segundos de más en los bíceps.

—Señor, está limpio —dijo Cristina.

Una vez que ella salió, Areces se sintió libre para negociar.

—Bien, Zarco, ¿por qué según tú Rusty es un problema para mí?

—Mire, acabemos con esto ya. Rusty mató a esas chicas, ayer casi lo consigue con Gladys. Usted tiene que ver con esto, pero usted no me importa, lo quiero a

él. El coger a un hijo de puta como usted no es mi problema —«mierda, así no», lamentó Zarco, que había jurado no cruzar el umbral de la corrección; «estrictamente un negocio» le había aconsejado Anatole, «si lo encabronas pierdes ventaja; Areces es muy ególatra y puede perjudicarse con tal de joderte vivo». Así que alzó las manos en señal de apaciguamiento e intentó recuperar el terreno perdido—. Muerto el perro se acabó la rabia. Usted sigue con su vida. La policía le deja en paz. Todos contentos.

Había funcionado. Areces dejó pasar el insulto de ese paleta en aras de un bien mayor. Rusty era una bomba de relojería, en verdad era un perro rabioso. Mucho mejor muerto, desde luego.

—Supongo que no estarás solo en esto, ¿no? Rusty es mucho, incluso para ti. —Zarco no respondió, así que Areces asumió que contaba con la ayuda necesaria—. ¿Cómo sé que no lo capturáis y lo entregáis a la policía?

Zarco negó con la cabeza antes de contestar.

—No nos interesa la policía. Un juicio. Pruebas. ¿Quién nos asegura que recibe su merecido? Además, quince años como mucho, luego sales en diez con buen comportamiento... No, eso no nos sirve.

Areces era un hombre de negocios. Sabía cuando alguien tenía los mismos intereses que él, cuando alguien hacía algo porque eso era por encima de todo lo que quería conseguir, lo que le quemaba por dentro. Sí, él sabía mucho de eso.

—De acuerdo; no sé si ahora estará ahí, pero sí que sé cuál era su último paradero. Vive en un apartamento de un moro, un tipo que trabaja con él como hacedor de chanchullos, tráfico, confidente de la poli... todo eso. —De pronto se acordó de Luka Ivanov, que fue quien se lo comunicó el mismo día que murió en el combate de Zarco y el Gitano, y lamentó de veras su muerte, más si cabe que cuando se enteró; era un tipo leal, y estos no abundaban—. Se llama Samir, y el piso está en el Ensanche, en la calle Nápoles. El número no lo sé seguro. El doscientos y mucho...

Zarco se levantó, y le dijo:

—Muy bien. Otra cosa más: olvídense de renovar ese contrato, señor Areces.

El empresario no movió un músculo, y siguió con sus ojos la salida del Poeta. Al cabo de unos segundos, reaccionó.

—Te arrepentirás de esto, Zarco. Te arrepentirás de esto. Pregúntale a Vera sobre el Tigre, hijo de puta.

Pero Zarco no volvió la vista atrás. A Areces le quedó la duda de si el boxeador le habría oído.

Rusty se llevó una taza de café caliente a los labios con un gran sentimiento de que se había excedido con la bebida la noche anterior, a juzgar por cómo la cabeza quería separarse de su tronco. Necesitaba tener las ideas claras, por Dios. Hoy tendría que largarse de ahí... Lo peor es que apenas tenía dinero. La pasta que iba a recibir de Ivanov por la muerte de Gladys se quedó en un mero gesto, había volado, de hecho, meditó mientras absorbía el café, sentado en uno de los sillones desvencijados, y el Tártaro la había palmado... Joder, todo había salido como el culo desde que la puta rusa se escapó. Rusty suspiró al comprobar que el café era un puro asco. ¿Qué mierda de café bebía el moro?

De pronto, ya lo supo. ¡Se iría a Almería! A visitar a la familia de Samir. Sabía dónde vivían. Y Samir... confiaba en que siguiese siendo una tumba al menos un tiempo, pero suficiente; si él en un par de días cantase donde vive, con eso a él le sobraba... Y luego en Almería, pensó, «escondido unos días, puedo perderme en Gibraltar y luego marchar a Inglaterra».

Se levantó y miró a su alrededor. En las películas los perseguidos limpiaban y no dejaban huellas. A él no le iba a dar tiempo a todo, pero podía dejar menos pistas. Fue a la cocina e intentó sobreponerse a la resaca con otro de aquellos horribles cafés, mientras buscaba bolsas para ocultar su paso por allí. No quería ponérselo fácil a la pasma.

Samir abrió los ojos y vio literalmente las estrellas. El dolor de su cabeza, de

su pecho, pero también de algo más, algo que al principio no pudo detectar. Recuperó la consciencia y vio, sentado y con semblante beatífico, a Raúl, el mosso contra el que había estrellado su coche. Estaban solos en la habitación del hospital, la puerta cerrada. Volvió a notar el dolor intenso: era su mano. Estaba esposada. Raúl la tenía agarrada. Uno de sus dedos comenzaba a parecer independiente, totalmente torcido hacia fuera.

—Me alegro que despiertes, Samir. No grites o te asfixiaré con la almohada. Estás esposado a la cama. Los médicos nos dejarán en paz un rato. ¿Usas mucho tus manos? —Volvió a sonreír.

Samir miró al policía con ojos de desesperación.

—No, por favor. No puede hacer eso. Es racismo. Lo acusaré de violencia policial.

—Piensa lo que quieras. Desde la tumba no podrás denunciar nada. Vas a reunirse con tus vírgenes muy pronto.

Samir se revolvió, ya totalmente despierto, pero era verdad, estaba indefenso, esposado y a merced de aquel tarado. Desde que Rusty había aparecido en su vida todo era un puñetero asco. Su dedo comenzó a arder de nuevo.

—¡Por favor, pare! ¡¿No ve que no puedo contarle nada?! Matará a los míos, ¿no se da cuenta? ¡Está totalmente loco!

Rusty miró con orgullo su obra. El piso quejumbroso de Samir parecía incluso limpio. Ya solo le quedaba recoger sus cosas y salir de allí. De pronto, un leve «crac» resonó en sus oídos como una bomba debido a la inflamación alcohólica que soportaba su cerebro. Un ruido muy leve. Se levantó. A continuación sonó el timbre.

—¿Rusty? —Rusty quedó callado. Se hizo un silencio—. Rusty, soy Zarco. Abre, sé que estás ahí. —Y pasado un nuevo silencio—. ¡Abre, coño! Tengo instrucciones para ti.

¿Zarco? Era un nombre que ya casi no le decía nada. Pero era, como él, un

servidor de Areces. ¿Habrá pensado en ayudarlo a escapar y así quitárselo de en medio? Se acercó a la puerta, miró tras la mirilla y solo le vio a él.

—¿Vienes solo?

—Sí, claro, oye, abre la puta puerta. Lo que tenemos que hablar no interesa a nadie más que a ti y a mí. El jefe quiere que desaparezcas, y yo te voy a ayudar.

Rusty dudó. Pero quizá fuera verdad... decidió darle una oportunidad. Fue a por su navaja automática.

—De acuerdo, te voy a abrir, pero entra mostrando las manos y rápido, y luego quédate de espaldas a mí.

—Ok, pierde cuidado.

Rusty así lo hizo, abrió, mostró su navaja, cogió del hombro a Zarco y le empujó hacia dentro tras cerrar la puerta.

Luego, a su espalda, se la puso en el cuello.

—Habla, y mantén los brazos en alto.

Dídac no se inmutó.

—Areces quiere que desaparezcas. Piensa que eres un inútil, pero no quiere que te coja la policía. Eres un grano en su culo. Te llevaré a un lugar donde te darán un pasaporte nuevo y veinte mil euros. Con eso te largas de Europa y te pierdes en la selva amazónica. Luego, estás a tu aire, y no vuelvas nunca más. Si vuelves, la habrás cagado, y de forma definitiva esta vez.

Rusty se quedó pensando. Este es Zarco, trabaja para Areces. Si quisiera cargárselo, hubiera enviado a más para hacer el trabajo, pues está claro que Ivanov le había dicho al *boss* dónde vivía, coño, no había caído en la cuenta.

Registró con su mano izquierda el cuerpo de Zarco de arriba abajo. Nada. Se dio la vuelta.

—Está bien, dile a Areces que trato hecho. Me largo y no me ve el pelo nunca más. Espera aquí, voy a por mi bolsa, meto mis cosas y nos largamos.

—Ok —dijo Zarco, bajando al fin los brazos. Respiró, aliviado.

Rusty entró en el pequeño cuchitril donde dormía Samir, cogió algo de ropa, mil euros que conservaba, su móvil, auriculares y un neceser, y salió de nuevo a

la sala. Lo que vio le dejó helado. Dos hombres, vestidos de negro, armados, flanqueaban a Zarco. Habló Anatole mientras levantaba la pistola con silenciador apuntando hacia la cabeza de Rusty, que no podía reaccionar. Solo pudo emitir un «*FUCK!*» de sorpresa. Aquel imbécil se la había jugado bien.

—Bien, Zarco, puedes irte. Ya has hecho tu trabajo. Esta parte ya es la nuestra.

Zarco tuvo un fuerte sentimiento ambivalente. Por una parte odiaba haber hecho eso. Iban a matar a un hombre gracias a él. Pero se recordó que Rusty no era un hombre, sino una alimaña, y que ni Gladys ni ninguna otra mujer que estuviera cerca de ese bicho podría estar segura. Al final le venció el rencor y la ira ante el matador de mujeres.

—Me gustaría quedarme.

Anatole se acercó a él y le habló al oído:

—No. No se te ocurra cruzar la línea, Dídac. Eres un tipo íntegro; sé reconocerlo cuando veo uno. Yo ya la pasé hace tiempo. Pero tú... Luego no hay vuelta atrás, te lo aseguro. Vuelve con Gladys.

Zarco no dijo nada, asintió levemente, lanzó una última mirada a Rusty y salió del piso cerrando la puerta tras de sí.

Raúl dio una patada a la puerta de madera vieja y la abrió sin dificultad. El apartamento de Samir era una pocilga. Apestaba, pero el fino olfato policial detectó al momento algo más, un olor especial, el olor a carnicería. Los mossos entraron con cautela, las pistolas en ristre, prestos a usarlas al menor movimiento contra aquel psicópata enloquecido.

Caminaron como fieras nocturnas. Solo se escuchaba a Johnny Cash, la misma canción, *Hurt*,^[1] una y otra vez. La habían puesto en modo repetición. El lugar estaba en penumbra, todas las cortinas corridas, las luces apagadas.

Llegaron al salón. Raúl encendió la luz.

En el medio, atado a una silla, Rusty, o por lo menos lo que quedaba de él.

La cara sin ojos los miraba desde el abismo.

Raúl no pudo evitar sentir una arcada al ver como los testículos de Rusty surgían parcialmente de su boca. Se apretó los pulgares para no vomitar.

El cuerpo desnudo del sicario estaba atravesado por cuchillos. En las piernas, en los muslos, en los brazos, en los costados. Le habían quitado los ojos. Raúl, estupefacto, vio los globos oculares y la lengua en un tupper de plástico al lado de la silla, en una burla insana. Las heridas no eran *post mortem*.

El mosso cogió su radio y llamó a la científica.

Sabía perfectamente quién había sido, pero no tenía ni el más mínimo interés en capturarlo. Rusty merecía aquel final, por mucho que un Estado de derecho no aprobara acciones como aquella. Se dio cuenta de que cada minuto de tortura había sido diseñado por Anatole para vengar cada una de las muertes de sus chicas rusas. Para convencerse de su acción, pensó que Rusty hubiera ido a la cárcel por el intento de asesinato de Gladys; lo de las otras chicas hubiera sido mucho más difícil colgárselo. Pero ¡qué diablos! Este final le pareció más justo que unos cuantos años en la cárcel.

Ajuste de cuentas.

¿A quién le iba a importar la muerte de semejante cabrón? Mientras observaba la carnicería, esperando a las fuerzas de seguridad, al juez, al forense, recordó la sentencia que aprendió en sus clases de catecismo: «Quien a hierro mata...».

PARTE CUARTA

ADIÓS A LA VIDA

Mala decisión

Se había situado en lo alto de una colina para vigilar el encuentro de Vera con los compradores de las armas. Vio cómo ambos coches iniciaban la marcha, uno en dirección contraria a la otra, y tuvo que tomar una decisión, así que eligió seguir al vehículo del que habían salido las dos jóvenes para cargar las tres pesadas maletas con las armas. Hugo controlaba el Kia Sportage blanco por el retrovisor de su Polo mientras se comía un Kit Kat, con fe ciega en el adagio que decía «el mejor seguimiento es el que se hace por delante»; el perseguidor, mientras masticaba, intentaba no perderlos de vista. Usó el manos libres para llamar a un buen amigo que trabajaba en la administración. Quería que le consultara la matrícula del coche, aunque estaba seguro de que era falsa.

El Kia avanzó a velocidad moderada durante un buen rato hasta Sant Feliu de Llobregat. Allí se detuvo en una gasolinera. El conductor vigilaba el surtidor mientras dos jóvenes rubias entraron en la tienda y al poco salieron con bolsas de patatas y refrescos. Hugo esperaba fuera del recinto. Empezaron la marcha. Al poco se dirigieron hacia L'Hospitalet.

Sonó el teléfono de Hugo. Su amigo había realizado las gestiones con rapidez.

—La matrícula pertenece a un Kia Sportage alquilado en Gerona. ¿El nombre del arrendatario? Te vas a cagar. «Albergue cristiano para los sin techo Corazón de Jesús.»

Hugo no pudo aguantar la risa. «Valientes hijos de puta.»

El Kia puso el intermitente y se desvió hacia la calle Lavinia. Hugo hizo lo mismo, dejando pasar algún vehículo delante para disimular. De repente, el vehículo se introdujo en un parking privado. La puerta se cerró con rapidez ante

la mirada impotente del detective, que no había previsto una desaparición tan repentina. Encima aquel tramo de la calle era estrecho y no había sitio para aparcar. Buscó uno a toda prisa cincuenta metros más adelante donde la calle se ensanchaba, lo dejó en doble fila con las luces de alerta encendidas y regresó corriendo. Jadeante, se apoyó en la pared y esperó a que se abriese el portalón.

Pasaron dos minutos, se abrió la puerta del garaje, y emergió un Citroën Picasso conducido por un chico joven. Hugo esperaba que salieran las dos chicas con otro coche, o al menos una de ellas. ¿O bien pensaban salir por la puerta de la vivienda? Pero en tal caso esas chicas necesitarían ayuda, eran maletas muy pesadas. Buscó frenético el patio y lo vio a diez metros a su izquierda de la puerta del garaje. Respiró hondo: cruzó la calle y se ocultó detrás de un coche: desde donde estaba podía ver quién salía por ambos sitios. Sudaba copiosamente. Existía una tercera posibilidad, aunque remota: que los terroristas tuvieran en esa finca su guarida y en tal caso las maletas estarían ya en el interior de alguno de los pisos. ¡Joder! Pensó rápido: no creía que fueran tan estúpidos de tener un piso ahí; aunque no desconfiaran de Gara, estaba seguro que esa gente iba con pies de plomo. ¿Salir caminando? También se le antojaba absurdo: esas maletas eran muy pesadas, metálicas; ¿por qué exponerse a que alguien se fijara en ellas y en las que las llevaban?

El portalón volvió a abrirse. «Vamos, joder, salid de ahí...» Pero era una mujer mayor que conducía con gran lentitud un Ford Fiesta. ¡Mierda! Cuando, pasados diez minutos, vio un Ford Mondeo emerger en la acera conducido por otro chico, Hugo ya no pudo resistir más y aprovechó la oportunidad para colarse en el interior del garaje.

Comenzó a buscar el Kia por los tres pisos subterráneos. Al fin lo encontró, vacío. Sus ocupantes habían desaparecido. Dio un golpe en el suelo, muy cabreado. ¡Joder! Entonces se fijó en una señal de «salida» que apuntaba hacia otra dirección, contraria a la que él había utilizado para entrar. Se sintió desfallecer. ¡El aparcamiento tenía dos salidas! Estaba claro que tenían todo muy bien planeado.

Hugo, resignado, esperó en la puerta a que alguien entrara para volver a la calle y coger su coche. Dio vueltas hasta que pudo introducirse de nuevo, esta vez con el Polo. Aparcó en una plaza vacía y se dirigió hacia el Kia con un maletín. Sacó una de sus herramientas y abrió el maletero. Tal y como esperaba, estaba vacío. El asunto se había complicado mucho. Tendría que ponerse en contacto inmediatamente con Vera, había que registrar bien el coche, y ver si se podía obtener alguna huella útil, aunque a juzgar por la edad de las conductoras lo dudaba mucho. Se pasó la mano por la cabeza y resopló, agotado por la tensión. Se preguntó si Vera podría seguir más tiempo manteniendo su mascarada. La amenaza terrorista parecía inminente.

Vértigo

Marc se miró en el espejo y se colocó las solapas de la levita de terciopelo verde oscuro. Marcia, la costurera, le ajustó bien la espalda y le dio la vuelta para coserle un botón que parecía a punto de caer. Empezó a silbar una melodía de la *intro* de James Bond.

—¿Qué tal estoy? —preguntó Marc, con ese punto vanidoso de los divos. Las botas altas, la fusta, los pantalones negros de montar, la levita ajustada y el sombrero de copa le sentaban como un guante.

La costurera aplaudió al espejo.

—Guapísimo, Marc. Estás imponente. Los trajes que ha diseñado Andreu son preciosos. Y espera al vestuario del segundo acto... —Sacó de un armario una levita cubierta por un plástico protector—. La levita es todavía más espectacular, de terciopelo negro. A lo Robespierre. Y sin peluca. Odio las pelucas que le ponen siempre a Scarpia. Las pelucas envejecen.

—Estoy totalmente de acuerdo. Un NO rotundo a las pelucas. Por cierto, necesito unos guantes negros. De cuero. Para completar el look.

—Déjame ver las manos. Sí... tengo unos por aquí que te servirán. —Rebuscó en uno de los múltiples cajones que guardaban bobinas de hilos, botones, medias, encajes, lazos, guantes, hasta que finalmente encontró lo que buscaba—. Pruébatelos.

Marc se los puso con algo de esfuerzo.

—Un poco ajustados. Pero servirán.

—No se te ocurra adelgazar más, Marc. Quédate así. No me des más trabajo. Ya tengo bastante lidiando con tenores vanidosos y divas exigentes. —La mujer

rio a carcajadas al ver el gesto cómico del cantante, que metió las mejillas hacia dentro—. En serio. Deberías de verlos. Amanda no está nunca contenta. Y mira que es resultona. Lleva las tetas en la barbilla. Ten cuidado o te explotarán en medio del segundo acto y no hará falta cuchillo. Morirás. Y en cuanto a él..., ¡oh, Señor, es tan creído! Si se ciñe un poco más los pantalones se queda sin descendencia.

Marc se volvió a mirar en el espejo. Si Vera lo viese así...

—Calla, por favor. Que luego tengo ensayo del segundo acto con los dos. Me va a dar la risa.

Andreu aplaudió, emocionado. Los operarios ya habían montado en las plataformas los tres actos. Pronto los cantantes dejarían la sala de ensayos y comenzarían a hacerlo en el escenario de verdad.

Uli deambulaba por el lugar, ocupado en sacar fotos, tomando notas. César Andreu no lo perdió de vista, pero el hombretón estaba demasiado concentrado viendo pasar los contenedores de *El anillo del nibelungo*, una producción propia del Liceu que viajaba hacia Moscú. Solo le faltaba indicarles el camino de salida.

Andreu lo siguió con la mirada. Había decidido no pensar demasiado. Cada vez que lo veía, le entraba un desasosiego profundo, algo oprimía su garganta, intentaba que no le afectase pero era superior a sus fuerzas. Aquel tipo no tenía aspecto siniestro, y sin embargo había montado una charada compleja para extorsionarle y estar ahí. ¿Qué es lo que quería? Estaba convencido de que no era simplemente admirar en primera línea una producción del Liceu. Aunque hacía un esfuerzo por no pensar, no podía evitar imaginar que pretendía algo muy sucio. Su inquietud aumentó cuando supo que la ópera iba a retransmitirse en los cines de medio mundo.

El Persa se acercó a Andreu, satisfecho de lo que veía. Detrás, De Lucca también aplaudió. Le palmeó la espalda.

—Menuda maravilla, Andreu. Marcia dice que el vestuario está a la altura. Menudo orgullo, ¿eh?

Andreu se encogió de hombros con falsa modestia.

—Se hace lo que se puede.

Mientras, Marc había repasado vocalmente el segundo acto con los dos protagonistas. Cada vez faltaba menos para el estreno y los nervios empezaban a hacer su aparición. Los tres estaban excitados: la producción era excepcional y la idea de televisarla a muchos países a través de los cines la hacía más compleja a la hora de cantar y actuar. No solo tenían que cuidar los gestos para intentar hacerlos menos teatrales, más contenidos; el hecho de que las cámaras pudiesen captar cualquier expresión y cualquier gallo o flema en la garganta les producía una especie de pavor emocionante. Había que estar al cien por cien. Se despidió de sus compañeros y bajó a la salida lateral del teatro, en la calle Sant Pau.

Marc se despidió también del portero y entró en el Oscar a tomar una caña antes de volver a casa en metro. Le apetecía ver gente. Nada de taxis.

Mientras bebía con parsimonia para acallar la sed y pensaba en lo que iba a pedir de cena, alguien al fondo le hizo un gesto con la mano. Una mujer pelirroja de larga melena. Llevaba unas gafas de sol negras y enormes, aunque la luz del bar no era exagerada. Marc, extrañado, se acercó a ella. La voz inconfundible de Vera Nanashi lo dejó estupefacto.

—Hola, Marc. Necesitaba verte.

El cantante se sentó, sin respiración, sin tener la menor idea de cómo reaccionar. Dejó la cerveza de forma mecánica sobre la mesa.

—Vera. Yo... —Estaba demasiado sorprendido para pensar con claridad. Susurró—. ¿Esto qué quiere decir? ¿Ahora eres Kim Novak en *Vértigo*? No entiendo nada, Vera. ¿A qué vienes?

—Ya te lo he dicho. Necesitaba verte. No podía más.

Marc sintió agolparse en su pecho un cúmulo de sentimientos y sensaciones

que amenazaban con ahogarlo, pero al momento recordó a Vera con Areces y a Vera con aquel otro tipo en el boxeo y recuperó el control.

—No formo parte de tu colección de Sansones ciegos.

Vera esbozó una sonrisa triste y se quitó las gafas de sol.

—Sé que piensas que soy una zorra. O que estoy loca. O mala. O todo a la vez.

—No te importa lo que pienso, ¿no? Te he mandado wasaps. No has contestado. Te he llamado. No has contestado. Todo dicho.

—Estoy aquí.

Marc bebió un sorbo largo de la cerveza y se levantó. Ella miró a su alrededor, apurada, y lo retuvo del brazo.

—Siéntate de una vez. Y escúchame.

Él volvió a tomar asiento, resignado.

—Está bien. Como quieras. La peluca es muy realista. Te queda bien el look prerrafaelita.

Vera comenzó a hablar, muy despacio y con un tono grave.

—Marc. Estoy metida en algo muy gordo. Algo peligroso. Algo en lo que no quiero involucrarte. Ni puedo. Pero... —bajó ligeramente la mirada— te quiero. Quiero que lo sepas.

Marc no esperaba esa confesión. Notó que su pecho se oprimía. Esa era una declaración que no hace mucho hubiera ansiado oír, pero ahora pugnaba con el desprecio.

—El otro día en la pelea... no lo parecía, la verdad. Te comías bien la boca con aquel tipejo con aspecto enfermizo.

Ella suspiró dolorosamente.

—Piensa lo que quieras. No quiero a ese tipo. Ni a Areces. Te quiero a ti. Desde que te vi en aquella mesa de póquer, no he podido dejar de pensarte ni un minuto de mi vida.

La voz sonaba sincera. ¿Qué coño estaba pasando ahí? ¿Cómo podía volver a confiar en esa mujer? Marc le clavó la mirada. Dos sentimientos profundos pero

contradictorios le sumían en la mayor confusión. Vera tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Marc. Espérame, por favor. Volveré. Ahora me tengo que ir. No puedo arriesgarme más.

Vera se levantó. Al pasar se detuvo un segundo y acarició la cara y el cabello de Marc.

Él la vio salir y desaparecer entre la gente.

Aquella mujer lo iba a volver totalmente loco.

Capitana Vera Bocanegra

—No soporto más a Julio Iglesias. Joder. ¿No hay otra música en este tugurio?
—Vera se agachó y besó a Darío Gara, un ligero pico en los labios—. ¿De verdad tenemos que escuchar otra vez a Julio Iglesias? A Moriarty no le gusta Julio Iglesias. —Acarició al gato por debajo de la barbilla.

—No me digas que prefieres a su hijo... —Gara lanzó unos billetes al aire en un gesto cómico y bebió un sorbo de Dom Pérignon Rosé Gold. Ven, Vera. Ponte cómoda. —La invitó a sentarse junto a él, en el sofá—. ¿No te cambias? Ponte algo sexy.

Vera permaneció de pie, la copa flauta en la mano, vestida con una camiseta negra de X-Files que le había robado a Marc en Nápoles y unas mallas ajustadas del mismo color.

—He pedido comida india. No tardará en llegar. Ya me cambiaré después. Por cierto... —dijo, con aire casual, después de haber dado un sorbo al champán—, esa gente, los de las armas. Me parecieron algo prepotentes. Muy subiditos.

—Vamos, Vera, olvida ya todo este asunto. Mientras paguen... Este negocio se basa en la confianza, no en las relaciones personales. Lo importante es que tenemos para unas buenas vacaciones en alguna isla paradisíaca.

—¿Tú crees que van a atentar aquí, en Barcelona?

—¿Aquí? ¡De ningún modo! No son yihadistas, cariño. Son centroeuropeos, nada se les ha perdido por aquí, no tienen ninguna razón para hacer algo así. Además, ni siquiera sabemos si van a atentar. Lo más probable es que revendan las armas a otros países y hagan negocio.

Vera bebió otro sorbo de champán y ladeó la cabeza, pensativa.

—Odio especialmente esta canción, Darío. *De niña a mujer*. Suena incluso a algo pederasta.

Sonó el timbre del portal y acalló las protestas de Gara, que se limitó a sugerir:

—Si quieres te pongo a Dyango. O a Presuntos implicados.

—Abro yo, cariño. No te levantes. ¿Tienes suelto?

Vera esperó a que sonara el timbre. Abrió la puerta. Cuatro agentes de la Guardia Civil con sus chalecos verdes y armados hasta los dientes habían salido del ascensor. Uno de ellos le guiñó un ojo. Ella sonrió, el semblante iluminado, y levantó la copa de Dom Pérignon.

Había llegado el momento.

—Darío, amor mío. Te presento a unos colegas. Tienen ganas de verte.

Gara miró a todo el grupo, estupefacto. Uno de ellos avanzó con rapidez hacia él con los grilletes en la mano. Gara se revolvió y buscó entre los cojines del sillón una pistola que solía tener por si pasaba algo.

Vera le enseñó un cargador.

—La pistola está descargada, querido. Quité las balas hace un rato. Por si te hacías daño.

En unos segundos, Gara cayó al suelo, reducido y esposado por miembros de la U.C.O. Su cerebro no era capaz de procesar todo aquello.

—Les va a caer el pelo, cabrones. Necesitan una orden judicial. ¡No pueden entrar aquí como les dé la gana!

El tono de voz burlón y duro de Vera no le pasó desapercibido.

—Haz el favor de tener más respeto por la Benemérita, Darío. Mis amigos de la U.C.O. están muy interesados en el tráfico de armas y explosivos. Yo creo que tú les podrás indicar muchos detalles importantes. En cuanto a la orden judicial, aquí la tienes —se la puso a la altura de los ojos—, las cosas se hacen bien o no se hacen.

—¡Me has traicionado! ¡Me has vendido! ¿Quién te manda, Areces? ¡Hija de puta, esto no quedará así!

Vera hizo un gesto con la cabeza y dos de los agentes se llevaron a Gara a rastras hasta el coche patrulla.

Uno de los que permanecieron en el piso le hizo el saludo militar.

—Capitana Vera Bocanegra. A sus órdenes. Saludos de su padre, por cierto.

Vera respondió al saludo del teniente y acto seguido se tomó el champán de la copa de un trago. Aún no podía entrar en modo militar, habían sido muchos meses de inmersión, le costaría un tiempo volver y automatizarlo todo de nuevo.

—Ha sido fácil, ¿eh? En realidad Darío es un completo cobarde. Mucho cerebro matemático pero poca imaginación. Los ordenadores están en su habitación. Libros de cuentas. Dobles contabilidades. Tendréis para mucho tiempo de estudio, pero por desgracia no lo hay. Este hijo de puta ha vendido armas a todo cuanto psicópata le requiriese. No tenía ningún remordimiento. Y estoy segura de que se avecina algo gordo en Barcelona.

—Lo vamos a dejar en reposo un rato. Para que reflexione. Luego habrá que interrogarle en la comandancia.

—¿Habéis sacado algo del registro del coche que se llevó las armas?

—Por desgracia no, mi capitana. No había ninguna huella útil. Hemos preguntado discretamente entre los vecinos del aparcamiento, y nadie vio a esas dos jóvenes que lo conducían. Me temo que esa vía está muerta.

—Bien, era de esperar. —Se calló unos segundos—. Dejarme el interrogatorio de Gara. Lo tenía bien pillado. Quizá eso lo haga más débil, si sé manejar la situación.

Horas después, Vera se miró al espejo del vestuario. Llevaba el uniforme puesto. Sintió un alivio existencial. Se reconoció. Respiró, concentrándose. Las lágrimas intentaban ahogar sus ojos. Se recompuso. No era momento de emocionarse. Aún no había acabado su misión. Faltaba lo más importante, lo peor. Lo primero que tendría que hacer sería elaborar retratos robots del hombre y la mujer con los que estuvo en la entrega de armas. Había memorizado cada línea de sus rostros; no sería igual que una foto, pero por ahora era lo único que tenían.

Vera entró en la sala de interrogatorio veinticuatro horas después. Darío Gara presentaba un aspecto deplorable. Apenas había podido dormir o probar alimentos. No estaba esposado, Vera lo había querido así. Notó su mirada de odio. Aspiró profundamente y se dispuso a interrogarlo. Se sentó enfrente de él, solo separados por una mesa anodina.

—Darío, ahórrate la parte en la que me dices lo horrible que soy y cómo he podido hacerte esto. No estoy aquí para hablar de mí, sino de ti.

Gara sintió ahogarse de indignación y rabia.

—No puedo creerlo, joder —dijo Gara, negando con la cabeza—. Llevo todas esas jodidas horas intentando creer lo que ha pasado. ¿Cómo pudiste hacerme tragar toda esa pantomima de que me amabas?

Vera no contestó, sabía que antes de poder sacarle algo tendría que desahogarse.

—¡Joder, contesta! ¡Dime algo! ¡Yo te llegué a querer, ¿sabes!? Me puse enteramente en tus manos, confié en ti... y ¡eres una puta policía!

—Soy Guardia Civil, Darío, que no es lo mismo. —Vera no rehusó su mirada asesina—. Y lo hice porque tú, como Areces, solo pensáis en obtener dinero al precio que sea. —No quería ser muy duro con él, no quería que se cerrara en banda; por ello tenía claro que iba a omitir decirle la repugnancia que sentía cuando la tocaba—. Alguien tiene que hacer algo al respecto. Los tipos a los que diste armas el otro día... estoy seguro de que van a atacar aquí. Tienes que ayudarme a detenerlos. Serás un hombre sin escrúpulos, pero no creo que seas un asesino, o alguien insensible ante la expectativa de que mueran compatriotas tuyos de este modo tan absurdo y cruel.

Darío Gara asintió, y respiró profundamente después de pasarse las manos por la cabeza y el rostro.

—Bien, llevo todo un día volviéndome loco. He comprendido el juego. Pero yo no puedo ayudarte. No sé nada de ellos.

—¿Estás seguro? ¿Cómo contactaron contigo?

—Esa es una vía muerta. Recibo un mensaje encriptado con los datos de los clientes y un lugar y hora para el encuentro, así como lo que necesitan. No sé nada más de ellos.

—Pero ¿cómo te llega ese mensaje encriptado? —Como Gara permaneciera en silencio. Vera se impacientó—. ¡Habla, joder! ¿Sabes que te pueden caer tranquilamente cuarenta años como cómplice en actividades terroristas si se produce un atentado, sin contar lo de tu contrabando de armas?

—No lo sé, ¡coño! ¡Te he dicho todo lo que sé!

Vera dio un profundo suspiro de decepción. Ella había logrado descifrar los correos con el sitio de las citas de Gara, pero no había conseguido averiguar nada más. Seguir por ahí no le iba a servir de mucho, y el tiempo apremiaba.

—¿Y de Areces? Me dijiste que habías hecho un seguro contra su venganza una vez que le dijiste que lo abandonábamos. Podemos trincar a ese hijo de puta.

—¿Y? Él no ha hecho nada contra mí, joder. ¡Has sido tú la que me has arruinado la vida! Tú, seduciéndome para que acabe aquí, cuando yo te lo prometí todo...

—Sí, pero Areces quizá algún día se ponga nervioso... y prefiera verte muerto. Quizá confíe algún tiempo en que vas a tener la boca cerrada, pero poco a poco la duda puede empezar a corroerle, y a lo mejor decida acabar con esa posibilidad. Si nos ayudas a encerrarlo te habrás librado de un problema futuro, por lo que pueda pasar.

Gara permaneció un rato en silencio antes de contestar.

—No, Vera. Es al contrario. No puedo decírtelo. Mi vida no valdría nada aquí, salvo que me metáis en un agujero y ya no pudiera ver más la luz del sol. Y yo no quiero vivir así. Pero tienes razón; quizá no se fíe de que no abra la boca.

Guardó de nuevo silencio. Los ojos le brillaron y acercó su rostro al de Vera, a través de la mesa que los separaba.

—Pero quizá podamos hacer un trato. Tú puedes acabar con esa amenaza contra mí y yo puedo darte algo a cambio.

Vera se quedó expectante, y al fin preguntó:
—¿Qué trato?

El fantasma de la ópera

Marc acarició la cabeza de la perra, que, apoyada en sus rodillas, lo miraba con ojos de cordero degollado. El barítono bebía una Moritz helada y comía pistachos mientras esperaba a que le trajesen una pizza a domicilio para cenar.

La perra ladeó la cabeza en el colmo de la manipulación y Marc sonrió.

—Ya has comido bastante. Los perros no pueden comer pistachos. Ni pueden beber cerveza. Solo puedes comer pienso. ¿Entendido?

Laika movió la punta del rabo levemente y levantó las dos patas delanteras, como si lo entendiese. Marc suspiró, rendido. A veces aquella perra parecía más inteligente que él. «Tampoco es que haga falta mucho», pensó resignado.

Al día siguiente se celebraba el primer ensayo general con los trajes y los escenarios. Tenía que descansar. El día del estreno se acercaba por momentos y cada vez sentía de forma más intensa la tensión y los nervios, la electricidad, la adrenalina. Había prometido no salir de noche, no fumar, no jugar, no beber demasiado y no engordar. También no andar con mujeres. Un cartujo. Eran demasiadas promesas para poder cumplirlas todas, así que la pizza haría de contrapeso.

Sonó el interfono.

Laika se levantó, nerviosa, fue hacia la puerta y se puso a ladrar.

—Es el pizzero, cálmate. Venga, te daré un trozo. Pero pequeño, ¿eh?

Sonó el timbre, Laika olfateó por la rendija y movió el rabo. Marc abrió la puerta y, en efecto, allí estaba la caja de la pizza, olorosa y caliente. Y detrás de la pizza, con una gorra naranja en la cabeza, Vera Nanashi.

Marc le abrió una cerveza mientras Vera admiraba el salón. El buen gusto de

Marc, la guitarra, el piano y el retrato de Frank Sinatra.

—¿No podías llamar por teléfono como hacen las personas normales? —El cantante llevó la pizza a la mesa del centro y fue a poner música: Eric Satie.

Vera supo leer entre líneas de aquel reproche; era más una estrategia defensiva que una acusación.

—No sabía si me querías ver. Soy más de la política de hechos consumados.

—¿Y si estuviese con alguna cita?

—Entonces te hubiese hecho pagar la pizza y me hubiese ido. —Vera rio, con aquella risa cristalina que Marc había escuchado tan pocas veces—. Pero sabía que estabas solo en casa.

Marc estaba cada vez más sorprendido, aunque sin decidir abiertamente si estaba contento o cabreado. O todo a la vez. Lo cierto es que su corazón palpitaba con fuerza y se sentía bastante torpe y nervioso, lo cual indicaba algo evidente que no le hacía demasiada gracia. En todo caso, sabía a ciencia cierta que ese revoltijo de emociones no era lo más adecuado en vísperas de la representación del Liceu.

—No te voy a preguntar cómo diablos supiste lo de la pizza —dijo, en un tono más neutro, mientras abría otra cerveza para Vera.

Vera se la agradeció con una mirada y le dio un buen sorbo a morro al tiempo que cogía unos pistachos del cuenco. Ambos se sentaron a la mesa, que era amplia y de cristal, uno enfrente del otro.

—Puedes preguntármelo. Y yo te contestaré a todo lo que pueda. Bueno, a casi todo.

Marc resopló.

—Está bien. ¿Cómo supiste lo de la pizza? ¿Me has pinchado el teléfono?

—No eres tú el único que tiene espías. Hugo, por cierto, es muy bueno. ¿De dónde lo sacó Edurne? Es un hallazgo. Me gustaría tenerlo de informador en el Cuerpo.

—No hay forma de ganarte, ¿eh? —Marc la miró unos segundos mientras procesaba la información—. ¿Cuerpo? ¿Qué cuerpo?

Vera rebuscó en los bolsillos de su vaquero y sacó un portaplaclas. Adoptó un tono de voz más formal.

—No me apellido Nanashi. Soy la capitana Vera Bocanegra, de la U.C.O, de Madrid. Sé que te lo tenía que haber dicho antes. Pero estaba en medio de una misión. Agente encubierto, ya sabes. No podía decir nada. Pero Hugo me descubrió. Me dio bastante rabia. Nadie había sospechado nada...

Marc se quedó atónito unos segundos.

—Virgen santa. —Cogió la placa y le dio varias vueltas. Parecía de verdad—. ¿Y por qué Hugo no se lo contó a Edurne?

—Porque lo amenacé con arrancarle los ojos y las uñas una a una. A punto de terminar la misión. Casi me la revienta. Pero bueno, no hubo necesidad; pronto se avino a razones —dijo, añadiendo un toque de malicia.

Marc miraba la pizza con cara de haber perdido el apetito de repente. La perra, en un movimiento ágil, le robó un trozo de la mano derecha que se había quedado estática en el extremo de la mesa. Marc la miró de forma mecánica, pero no reaccionó.

—Ya veo. Si me hubieses dicho la verdad no hubiese contratado a Edurne, con lo que te habrías ahorrado ese problema. ¿No has pensado en eso? —Vera levantó ligeramente los hombros, y Marc lo entendió: no podía confiar en él hasta ese extremo, así que decidió cambiar de tema, ligeramente molesto—. Entonces ¿no eres japonesa?

—Mi madre sí lo es. Mi padre es español. Coronel de la Guardia Civil. Se conocieron en Japón y se enamoraron. Mi madre es marchante de arte. Viven en Madrid. Yo soy madrileña. —Cogió un trozo de pizza y le dio un mordisco—. No te imaginas, Marc. Estaba harta de poner aquella voz de geisha sumisa delante de todo el mundo. Fue una situación muy dura. —Bajó ligeramente los ojos, lo que no pasó desapercibido al cantante—. Pero era mi obligación; era la única forma de entrar en ese ámbito. De ganarme su confianza.

—Pues te salía muy bien. La voz y todo lo demás. —El tono era hiriente, pero Marc no pudo ni quiso evitarlo.

Vera se contuvo y no contestó a la provocación. Estaba muy cansada para entrar en peleas absurdas; sabía lo difícil que era para él entender y aceptar eso, pero para ella lo había sido mucho más. Era una discusión sin ningún futuro. Ella misma tuvo que pasar su propia agonía para asumirlo: o se aceptaba la lógica de los hechos consumados y se separaba a la persona de esos hechos, o era mejor dejarlo correr. Pero ella quería pelear por esa relación, así que decidió focalizarse en los aspectos positivos, en aquello que podría hacerle sentir importante, porque además era verdad: lo había sido, y mucho.

—Aún estoy un poco confusa. Cuando me incorpore tendré que pasar por el psicólogo, una evaluación mental, todo eso. ¿Sabes, Marc? Llegó un momento en el que no sabía quién era en realidad. Gracias a ti... fue lo único bueno que me pasó en un año. Me mantuvo a flote. Conocerte. Le plantaste cara al hijo de puta. Lo humillaste con la escalera real. Ni te imaginas... Era la primera vez que alguien le desafiaba en sus narices. Yo... —ladeó la cabeza, negando— aquellas chicas... —Vera no aguantó más. Comenzó a llorar, primero despacio, luego a lágrima viva. Marc se acercó a ella y la abrazó. La notó frágil como un gorrión. La besó en la cabeza, el cabello le olía a champú. La acarició, casi sin querer tocarla.

—Venga. Cálmate. Bebe algo... —Le acercó la cerveza. Marc supo instintivamente que tendría que dejar a un lado sus sentimientos atávicos y ser generoso si quería retenerla. Esa mujer que ahora tenía en sus brazos había pasado por un infierno para bien de todos; reprochárselo sería propio de un canalla—. Ya pasó.

Vera lo miró con los ojos húmedos, se desasíó del abrazo, y le cogió las manos con las suyas, mirándole fijamente.

—No lo sé. No sé si pasó todo. Sé que Berto, de un modo u otro, va a venir a por mí. Ese hombre no olvida ninguna ofensa. Y eso me temo que también te incluye.

Marc sintió un absurdo sentimiento de celos y de rabia al escuchar el nombre

del magnate, ese hombre al que Vera había servido de geisha. Pero estaba en ello: tenía que elaborarlo y superarlo.

—Nos defiende Laika. —La miró; ella muy atenta por si tenía una nueva oportunidad de robar pizza—. No te preocupes. No quiero hablar de Berto. ¿Dónde te alojas?

—Estoy en un piso de la Guardia Civil.

—¿Quieres venirte unos días aquí?

—Me encantaría pero no puedo. Estoy en medio de un marrón. Una investigación sobre tráfico de armas y terrorismo. Por eso me infiltré en el entorno de Areces. Le he dejado el gato a Hugo.

Marc fue a la cocina por más cerveza.

—¿Te gusta Satie? ¿Quieres que cambie la música?

—Me apasiona, sí... ¿Sabes? Me encantó que me dedicaras aquellas arias en el Palau. Fue maravilloso. Areces se tragó su propia lengua de rabia.

—Y yo casi me trago la mía al verte con él.

—Tus famosos e inevitables celos... —dijo, comprensiva pero cansada.

—Lógicos por otra parte. Yo no sabía... —Marc entrechocó el cuello de la botella con el de Vera—. No estoy acostumbrado a gestionar mi atracción por un agente encubierto de la Guardia Civil. Espero que lo entiendas.

Vera sonrió con ganas y cogió otro trozo de pizza.

—Tengo más hambre. Y sed. ¿Hay algo comestible en esta casa de diseño? Tenía que haber previsto que eres un solterón empedernido.

—Puedo pedir un japo. ¿Nos lo jugamos al póquer?

César Andreu volvió a repasar todos los pasos que al día siguiente harían que su flamante escenografía comenzase su andadura triunfal, primero en el Liceu, luego en otros teatros del mundo. Era de noche y no había nadie ya en el teatro, solo él. Él y su TOC. Su ansia de perfección. Quería que todo estuviera preparado, todo listo, todo en su sitio. Se paseó por las cajas escénicas, vigilando

como un sabueso. Volvió a repasar los carros, los elevadores de escena. Ya estaban preparando las cámaras para la transmisión de la ópera y en cuanto comenzaran los ensayos con el vestuario los técnicos de imagen y sonido inundarían el Liceu con sus exigencias.

Cuando terminó la ronda salió del recinto y se dirigió a los ascensores. Escuchó unos pasos. Andreu se ocultó detrás de un pilar de forma refleja. Prefería pasar desapercibido. No quería que pensarán en él como un obseso del trabajo. Como si los demás no supieran hacer las cosas bien sin su supervisión.

Pero para su sorpresa y preocupación vio a Klaus, vestido totalmente de negro. Miraba de soslayo por todas partes y se deslizaba con una agilidad insospechada para su tamaño. ¿Qué demonios hacía allí a aquellas horas? Nada bueno, desde luego. ¿Querría boicotear sus escenarios? Absurdo. O no. ¿Y si era un enviado de algún «enemigo» celoso de su éxito? No, imposible. El mundo de la ópera era muy competitivo, sí, pero no llegaban a tanto. ¿Venganza de su exmujer? Ja. Después de desplumarlo. Solo faltaría. Todas las hipótesis, hasta las más absurdas pasaron por su cabeza, y mientras tanto Klaus, que llevaba una bolsa de deporte, empujaba una puerta de salida de emergencia y se perdía por las tripas del teatro, como si fuera el fantasma de la ópera.

César esperó un poco antes de seguirlo. El pasillo estaba oscuro, solo a lo lejos brillaba una luz de posición. Cada vez más extrañado, continuó caminando, alumbrándose con la linterna del iPhone. Nunca se había metido por allí. Bajó las escaleras con cautela, desconfiaba profundamente de aquel tipo, cada vez de una forma más visceral. Encontró unas escaleras metálicas que bajaban hacia las profundidades del Liceu. Notó cada vez más humedad y la vibración del paso del metro. Estaba descendiendo hasta los túneles que albergaban la estructura de las plataformas que contenían los escenarios.

La batería del móvil se acababa por momentos y ni rastro de Klaus. ¿Cómo podía conocer aquello mejor que él? Sin duda había aprovechado bien todo el tiempo en el que había tenido paso franco. A saber cuántas noches había deambulado por allí. Y para qué. Volvió a sentir de forma extrema el desasosiego

y la aprensión que le había producido toda esa extraña situación desde el principio, ese temor a que la petición de Klaus de «admirar el Liceu» escondiera una amenaza terrible.

Las paredes comenzaron a rezumar agua. César recordó haber escuchado algo sobre los problemas que habían encontrado a la hora de profundizar por culpa del nivel freático de la zona. Incluso se decía que la excepcional acústica del teatro era causada por una balsa de agua debajo de los cimientos. Se dio cuenta de que bajaba hacia uno de los pozos que albergaban las patas de los elevadores del escenario. Allí no había nada interesante que ver. ¿Por qué andaría Klaus por allí? Era absurdo.

El móvil comenzó a parpadear, pidiendo recarga. César desistió de encontrar a Klaus y comenzó el ascenso, parando a cada rato para ver si escuchaba algo, pero se había desvanecido en el aire. César pensó sin querer en el fantasma con su capa negra apareciendo en medio de *Tosca* y limando la cadena de la lámpara para precipitarla sobre el público, y sintió un escalofrío recorrer su columna. La humedad no ayudaba y el frío de la noche empezó a alojarse en sus huesos. Cuando alcanzó de nuevo el hall y la salida, respiró profundamente, aliviado. Comprendió, con el pecho latiendo con fuerza, que había pasado miedo.

Al día siguiente estaría mucho más atento. Dividiría su tiempo entre los escenarios y aquel tipo siniestro. Tenía que saber qué estaba tramando. Él lo había metido allí, él se ocuparía.

Uli escuchó los pasos alejarse; acto seguido identificó el ruido de alguien subiendo las escaleras metálicas. Alguien le había estado siguiendo y al fin le había dado esquinazo. La mano sudorosa soltó el mango del cuchillo. Respiró hondo para tranquilizarse. Ya había matado a una persona, no quería matar a nadie más, pero haría lo imposible para llevar a cabo su misión, y si eso implicaba cortar el cuello a alguien, no le iba a temblar el pulso. No había llegado tan lejos para vacilar ante los momentos cruciales.

A continuación desanduvo el camino, tomando todo tipo de precauciones hasta llegar al centro de control de seguridad del teatro. Quería colocar allí uno

de los explosivos, de poca potencia, sin que lo notaran. Así que tenía que estudiar la forma de hacerlo de manera que la noche del atentado uno de los puntos fundamentales del Liceu se fuese a la mierda.

Después de varias horas, sus ojos empezaron a cerrarse. Estaba agotado. Como prevención, decidió no salir hacia la calle y quedarse allí a pasar la noche. Bajó de nuevo hacia los subterráneos y se quedó en una estancia que habían usado los obreros hacía tiempo para cambiarse. Allí había dispuesto unas mantas.

Mandó un Telegram a Per para indicarle que todo había ido bien.

Ya faltaba muy poco.

Los mil ojos de Hugo

Vera le acercó una copia de los retratos de Per y Betje, además de mandárselos al móvil. Hugo la miraba con los ojos como platos, aún no era capaz de asimilar que la mujer que había estado siguiendo, una supuesta escort japonesa, fuese en realidad una capitana de la U.C.O. El uniforme de la Benemérita, la gorra sobre la mesa, el polo ajustado, los pantalones y las botas técnicas la hacían parecer totalmente distinta. Los dos estaban en un despacho de la comandancia en Travesía de Gracia, tomando café en vasos de plástico.

—Estos dos iban en el primer coche, son los que estuvieron conmigo y con Gara, el Volvo. Hemos metido estas caras en una base de datos pero por ahora no hay resultados positivos. Yo creo que él era sueco. Ella tenía acento... quizá holandés. No lo sé. No soy muy buena en eso.

—El Kia con las armas... ese era el de las dos chicas, el que yo seguí —dijo Hugo, haciendo un rictus de amargura al recordar su fracaso—. Ellas eran unas crías. Joder, daban miedo. No sé, parecían los miembros de una secta. O unos nazis. Tan rubias, tan angelicales...

—En una ciudad pequeña esa gente no pasaría desapercibida, pero en Barcelona la mitad de la población itinerante hoy en día es rubia, blanca y de ojos azules. Además, se pueden camuflar. Hugo, escúchame. Nosotros tenemos nuestros métodos, lentos pero seguros y siempre con la ley por delante. Tú puedes moverte sin cortapisas, con total libertad. Ya hemos pasado a Interpol los retratos de los dos supuestos cabecillas. Pero dudo mucho que esa gente esté fichada. Esa gente no son delincuentes al uso. Me importa bien poco los métodos que uses, pero tengo el presentimiento de que se va a producir un atentado en

Barcelona. Así que necesito tu ayuda. Toma —le pasó un sobre con dinero por debajo de la mesa—, para los gastos. Pero busca a esa gente. Eres muy bueno, Hugo. Yo tengo que mantener un perfil bajo. Pronto tendré que volver a Madrid, a mi vida normal. No puedo permanecer mucho tiempo aquí.

Hugo la observó unos instantes y cogió el sobre.

—En serio. Lo haría gratis. Pero voy a necesitar ayuda. Y el dinero me va a venir muy bien. No sabía que el Ministerio del Interior era tan generoso —dijo, asombrado, mirando el contenido del sobre.

Vera soltó una carcajada. Hugo no estaba acostumbrado a verla reír así.

—En realidad la generosidad es obra de Darío Gara y Berto Areces. Me han hecho ganar mucho dinero en las apuestas. Toma esto también. Es el informe sobre las huellas de coches que analizaron los de la científica. Ninguna ayuda es demasiada.

—¿Qué hago con esto? —Hugo intentó leer la cháchara científica del informe pero no comprendió demasiado. Gráficos con niveles de productos químicos que nunca había oído en su vida.

—Te resumo. Encontraron restos de césped artificial, pizarra y pino blanco. Eso apunta a algún chalet en la sierra de Collserola o en Vallvidrera, aunque no podemos descartar que esta misma composición se encuentre en otros lugares, pero la lógica nos lleva a pensar que están alojados fuera de la ciudad, en un lugar con espacio y anonimato. Hay que buscar algún chalet o masía recién alquilado. Si como pienso yo, son un comando, lo más probable es que con ese volumen de armas hayan buscado un sitio amplio y recogido a salvo de miradas indiscretas y encuentros casuales con vecinos. No demasiado lejos de Barcelona. De forma que puedan acceder a la ciudad y volver sin problemas. Un sitio desde el que puedan huir con rapidez. Desde luego, en el centro no van a estar: muchos ojos que pueden notar algo sin que uno se dé cuenta.

Como Hugo la mirara con cierto escepticismo, ella asintió pero no cedió.

—Sé que es un tiro lejano, pero es la mejor opción que tenemos. Nuestras unidades tienen también las fotos, pero se nos ve de lejos, y en cambio tus

observadores pueden pasar del todo desapercibidos. Quiero ojos en las paradas de metro y en las alcantarillas, en las paradas de autobús y las arboledas. Y ahí entras tú.

Hugo hizo un gesto de entender el marrón que le había tocado.

—En resumen, cualquier chalet de ricos. Bien. Tócate los huevos.

Vera resopló. Tenía razón, pero había que intentarlo. Con un gesto de su rostro, le dijo que se pusiera ya en movimiento.

Betje se desperezó y se levantó del sofá en donde estaba tirada, viendo la televisión. Fue a la nevera a coger una cerveza.

Según pasaban los días, el ambiente en la masía era más y más tenso. Los nervios estaban a flor de piel. A Betje la llegada de aquellas jovencitas no le había hecho demasiada gracia. Gente muy joven e inexperta. Ella era partidaria de cuantos menos, mejor. Chicas jóvenes que se podían ir de la lengua, cometer algún error, emborracharse y meter la pata. Pero Per tenía una absoluta confianza en ellas, y lo cierto era que por el momento funcionaban como una máquina suiza de relojería. Habían manejado el asunto de las armas con pericia, eso tenía que reconocerlo. Las dos pupilas de Per parecían tener muy clara la misión encomendada. Poner una mochila con explosivos en la L-5 del metro a la altura de la parada de Collblanc. Antes del Barcelona-Real Madrid. Los terroristas de San Petersburgo les habían dado la idea. En este atentado que mató a once pasajeros e hirió a medio centenar, el tipo echó una mochila con la carga explosiva al interior del tren antes de que se cerraran las puertas de este al partir de la estación.

Pero en realidad este no era el verdadero objetivo. Serviría para que la policía estuviese entretenida mientras lo bueno ocurría en el Gran Teatro del Liceu. Una imitación de lo que había ideado Anders Breivik, quien puso una bomba en Oslo mientras se dirigía, inadvertido, a cumplir su misión en la isla de Utoya. A Betje lo que la fascinaba era lo preparado para *Tosca*, algo que no estaba en el

programa de mano que recogían los asistentes. En cuanto Tosca, al final del segundo acto, exclamara «*Questo è il bacio di Tosca*», Per daría una señal para que explotasen la mochila, una bomba de baja intensidad pero lo suficientemente llamativa para convocar a las fuerzas del orden en la zona del Nou Camp. Y mientras, la alcaldesa de Barcelona y el President ya habían confirmado su asistencia a la inauguración de la Temporada de Ópera.

Betje ya se había leído de nuevo el Manifiesto. Era una mujer concienciada. Pero pasar todo el día estudiando... Se lo sabía de memoria. Desde que había conocido a Per Stangeland y este le había hablado de algo nuevo, algo que había descubierto hacía unos años: un manifiesto que había cambiado todo. Tomaba todas las verdades que había escrito Anders Brievik en el suyo, pero iba un paso más allá. No tenía autor conocido, pero estaba seguro de que pronto su semilla iba a germinar en muchos lugares. Sencillamente, era el signo de los tiempos. Quienes no querían o podían verlo estaban ciegos. Y allí estaban, a punto de llevar a cabo aquellas enseñanzas. En pocos días podrían morir todos. Betje necesitaba algo de actividad, algo que les llenara las venas de vida quizá por una última vez. No quería pasar sus últimos días recitando el Manifiesto, viendo la tele y bebiendo cervezas.

Salió a pasear al exterior de la masía. Uli mataba el tiempo tirando un cuchillo de monte a una diana con bastante pericia. La joven le quitó el cuchillo y lo lanzó. Dio en la diana sin apenas esfuerzo.

—¿Qué te parece si echamos un polvo? —Betje ni se inmutó.

Uli lanzó una exclamación de sorpresa mientras iba a por los cuchillos antes de contestar.

—No creo que le haga demasiada gracia a Per.

—Per me quiere convertir en una monja. Acabaré siendo como tu paisana, Hildegarda de Bingen. Per no está. Está con Julie y Clarisse, por el monte, aleccionándolas; se fueron temprano. Podemos pasar un buen rato. —Bebió un trago de cerveza y se la pasó a Uli—. Nos lo merecemos. Es posible que en unos días estemos muertos.

—Si morimos, lo haremos por el bien común. Por la civilización occidental. Por los hijos de los que también morirán ese sábado. Eso dice el Manifiesto.

—¿No te asusta morir? Seguro que al autor del Manifiesto le asustaría morir.

—En realidad no. Todos vamos a morir algún día. Lo único que cambia es cuándo. Prefiero morir haciendo algo útil que en un hospital agitando el gotero.

—Y yo prefiero morir bien follada.

Betje sacó la lengua y la acercó al gollete de la botella. Hacía mucho calor. Se quitó la camiseta de tiras, dejó al aire sus pechos firmes y lechosos. Luego se acercó a Uli y comenzó a acariciarlo y a besarlo. Él no tardó en corresponder. Deseaba a Betje desde el primer momento, era una mujer hermosa, y después de las escenas tórridas que había visto con César Andreu, todavía más. Lo empezaron a hacer allí mismo, en el césped. La joven le bajó los pantalones y los bóxeres y los dos rodaron por la hierba, gimiendo y sin dar tregua a su deseo, como animales.

No escucharon llegar el Volvo. Stangeland apareció por la puerta trasera. Al verlos así sintió un asco infinito. Cogió una manguera y la apuntó hacia la pareja. La abrió a toda presión. Los dos quedaron paralizados.

—¿Es lo único que sabéis hacer? ¿Fornicar como perros?

Betje se tapó los pechos con las manos y se levantó como una flecha a buscar su ropa mientras la erección de Uli se desvanecía. La holandesa miró a Per con los ojos como brasas mientras se ponía la camiseta.

—No sabía que el Manifiesto prohibía mantener relaciones sexuales. Cuando me tuve que camelar al escenógrafo no parecías tan molesto.

Stangeland respiró varias veces para no perder más la calma. En el fondo consideraba a Betje como suya, como su alumna predilecta. No le gustaba un pelo que tomase decisiones ajenas a su voluntad.

—Están las chicas dentro. Haced el favor de poneros la ropa y entrar. Hay cosas que hacer. Por ejemplo, repasar de nuevo todo el plan hasta que lo automaticemos por completo. Igual os creéis que estamos de broma...

Hugo lanzó un suspiro de exasperación. No había forma de poner orden en aquel caos.

—¡Por favor, callaos de una vez! Por supuesto que os pagaré. ¡Os pagaré cuando termine vuestro trabajo; antes no!

Todos se removieron y pasaron de hablar en alto a un murmullo. Algunos sentados en el suelo, otros en los bancos de un salón de la parroquia del Bon Pastor que les había dejado el sacerdote, los jóvenes miraban a Hugo con excitación. La perspectiva de volver a trabajar para él y ganarse un buen dinero era un aliciente para aquellos mercheros reclutados con mimo por Hugo, que querían progresar fuera del menudeo, de rebuscar en las basuras o de la venta ambulante.

—¿Queréis atenderme? Mercedes, reparte. —Una de las chicas, una joven delgada, de tez muy morena y pelo color panocha, dejó de abanicarse con las hojas y comenzó a repartir con eficiencia las fotocopias que le había dado Hugo al principio—. Ahí tenéis. Dos retratos robot de las personas que hay que buscar. Y dos coches. Un Volvo Ranchera y un Kia. Tenéis que fijaros en cualquiera de esos dos modelos que vaya conducido por chicas jóvenes y extranjeras, rubias, o por los del retrato robot. Eso solo es el principio. También necesito que vayáis por las afueras y busquéis chalets y masías donde puedan estar estos coches. Da igual la matrícula, la pueden cambiar en cualquier momento.

Mercedes lo miró con aquellos ojos azules tan extraños.

—Hugo, ¿estás de broma? Hay cientos. Cientos de masías y chalets.

—Lo sé, lo sé. Que no cunda el pánico. Haced lo que podáis. Sobre todo en la sierra de Collserola y Vallvidrera. Esa zona es importante. Eso acotará la búsqueda. ¿Ok? ¿Entendido? Al que los cace, recompensa, ¿ESCUCHÁIS? —El jaleo que montaban todos hizo que Hugo se desesperase de nuevo. Parecían un gallinero—. Y no olvidéis poner en marcha toda vuestra red de contactos. Camareros, empleados de gasolinera, de supermercados, todas las tiendas a las que tengáis acceso. Quien os dé la pista se llevará también una gratificación, pero no os la descontaré de la vuestra, no os preocupéis —dijo Hugo, que sabía

que rápidamente aquellos golfillos habían tenido esa duda—. ¡Que echen humo los wasaps!

El beso de Tosca

—Marc, relájate, se te nota tenso. Así, genial. Jonas, un poco más a la derecha. Amanda, estás perfecta, como siempre. Apóyate sin miedo, no se va a caer. Venga, ¡sonreíd!

Uno de los fotógrafos intentaba desde su sitio que los cantantes lucieran detrás del cartel de conmemoración del veinte aniversario de la reapertura del teatro que habían colocado en el vestíbulo, anunciando el estreno. Todos se colocaron y sonrieron, los flashes comenzaron a brillar y parte de la prensa comenzó a subir al Salón de los Espejos, donde los camareros esperaban ya con copas de cava y canapés.

Faltaba un día para el estreno de la *Tosca*. Un estreno que iba a ser mundial. La directora artística del Liceu, Lucy Anderman, parecía una paloma engolada, orgullosa de la trascendencia que parecía estar tomando la función en los periódicos de España y de fuera. El fichaje de Jonas Hoffmann, su debut en un escenario en el Liceu, había causado expectación mundial. Especialmente porque parecía dispuesto a no cancelar, a pesar de los rumores que lo acompañaban siempre. Las localidades estaban agotadas. Y aquel ambiente de éxito rotundo se podía oler desde lejos.

Lucy acogió a los tres protagonistas con un gesto amplio de los brazos.

—Subamos al Salón de los Espejos. Es hora de la rueda de prensa.

Habían instalado una mesa con micrófonos para que pudiesen contestar a las preguntas de los periodistas. Gladys, acompañada por Dídac, esperaba ya arriba, ansiosa por asistir al triunfo de su amigo. Por vez primera desde que lo conocía podía dejarse llevar por el genuino sentido de la amistad, sin que interfirieran los

sentimientos románticos, y eso la hacía feliz. Quería mucho a Marc, desde luego, pero ahora, gracias a su relación con Dídac, se trataba de otro tipo de amor.

No obstante, había un cierto sentimiento de fatiga en sus ojos. Le habían dado el alta el día anterior. Aún se encontraba algo débil, pero no era una mujer de estar demasiado tiempo metida en casa. Especialmente cuando había decidido que Dídac se fuese a vivir con ella y tenían que hacer un montón de cosas.

Durante años había esperado el éxito de Marc, nunca tuvo duda de que iba a llegar lejos, a pesar de sus vaivenes. Su «espinita», como le llamaba, iba a actuar para el mundo entero y eso la llenaba de orgullo. Cuando lo vio aparecer en el Salón comenzó a aplaudir. Él la vio, le guiñó un ojo y le hizo un gesto de victoria.

Todos se sentaron y comenzaron a contestar las preguntas. César mostraba un semblante sombrío, estaba poco comunicativo y Marc se dio cuenta. No era normal. Todo el mundo alababa la escenografía sin parar, pero el autor parecía retraerse todo el tiempo. Al cabo de un rato, dieron por terminada la rueda de prensa y se dedicaron en cuerpo y alma a los canapés y al cava.

Gladys dejó a Dídac por unos instantes, se acercó al barítono y le dio dos sonoros besos.

—Enhorabuena, Marc. Estoy orgullosa de ti.

—Vendrás a verme la noche del estreno, ¿no? A pesar del Barça-Madrid. Si quieres te dejo dos entradas en taquilla. Platea, ¿eh? Lo mejor para mi amiga.

—Por supuesto. No me lo pierdo por nada del mundo —dijo, con una amplia sonrisa.

—¿Cómo estás?

—Aún un poco fastidiada, pero mejor. Gracias por venir a verme al hospital, Marc.

El barítono sonrió levemente.

—Ya te vi, muy bien acompañada —dijo, mirando con intención hacia el lugar donde estaba Dídac, quien estaba conversando seguramente con algún

aficionado al boxeo que lo había reconocido—. Parece un tipo muy majo. Y un gran deportista. Lo malo son sus «relaciones» con quien tú ya sabes.

Gladys asintió.

—Se ha despedido. Ya no está con Areces.

—Bien. Parece que todo el mundo se escapa de ese cabronazo. Me alegro mucho.

Gladys levantó la copa de cava.

—*In bocca al lupo*, Marc. Vas a hacerlo de cine, lo presiento.

—Gracias, guapa. Cuídate mucho.

—Lo haré.

Marc vio alejarse a Gladys, acompañada por Dídac. Los dos iban de la mano y él sintió un deje melancólico. Vera. Pasaba algunas noches con él, pero se iba de madrugada, como una sombra. Tenía que trabajar. Esa era la disculpa. Racionalmente lo comprendía, pero se sentía muy inseguro por primera vez en su vida con una mujer, y eso le llenaba de angustia. No quería dejarse ver. Otra disculpa. Le desquiciaba su secretismo, su forma de ser, cerrada y punzante como un erizo, pero no podía dejar de pensar en ella. Por lo menos iba a acudir al estreno. Bebió el último sorbo de cava que se iba a permitir y dejó la copa sobre la bandeja de un camarero. Los periodistas estaban ocupados entrevistando a Jonas Hoffmann mientras una celosa Amanda Maier charlaba con el director de orquesta y con el director de escena. El Persa parecía exultante. No tanto César Andreu, todo el rato con el rostro cariacontecido. A Marc le caía bien Andreu. Era algo prepotente, demasiado engreído y, desde su divorcio, los corrillos decían que insoportable, pero tenía un talento increíble y en el fondo era buen tío. Decidió acercarse.

—¿Salimos a fumar?

Andreu levantó las cejas.

—¿No se te ocurrirá fumar a dos días del estreno? —dijo, con un claro tono de reproche.

Marc sacó un vaporizador eléctrico del bolsillo del pantalón.

—Sin nicotina. Todo natural. Un invento del demonio.

César sacudió los hombros en señal de «qué más da» y asintió. Ambos salieron a la puerta del teatro. Marc lo observó unos segundos.

—¿Qué te pasa? Estás demasiado serio. Tu trabajo es impresionante. Nos encanta. Aún ayer Amanda estuvo un buen rato comentando mucho que le gustaba. No sabes lo que sufrimos con montajes absurdos...

César asintió y luego suspiró de una forma muy dramática.

—Nada. Cosas personales.

—Venga, César. Dime. ¿Te puedo echar una mano? No te cortes.

César se quedó un rato pensativo y echó una calada del cigarrillo. Hizo un gesto hacia las terrazas que había enfrente del Liceu. Desde luego no podía contarle toda la verdad, pero sintió una necesidad profunda de echar al menos algo de la carga que se había instalado en su ánimo durante esos últimos días.

—Vamos a tomar algo y te cuento.

Uli sonrió con su hilera de dientes alemanes, grandes y honestos, a un hombre que fregaba el suelo de los ascensores. Después se cercioró de que no había nadie más y esperó a que terminase su labor. Todo el mundo estaba en la rueda de prensa. Uli atravesó la puerta de salida de emergencia y volvió a sumergirse en las profundidades del teatro, hasta llegar al sitio en donde tenía su guarida nocturna. Allí comprobó que la bolsa con las armas, que había escondido cuidadosamente, estaba intacta. Se sentó y se dedicó a montar, limpiar y repasar el material. Había que prepararlo todo para el día siguiente, dejarlo listo para la noche. Los detonadores ya estaban colocados. Las pistolas y los fusiles de asalto, cargados y dispuestos.

Cuando terminó, escondió las armas de nuevo y metió en la bolsa las mantas que había usado para dormir allí varias noches. Subió de forma pausada y sigilosa y salió tranquilamente por la puerta lateral de la calle Sant Pau. Muy pronto se perdió entre la multitud de visitantes que atestaban el Raval.

Delante de dos cañas en una terraza de La Rambla, César comenzó, mirando de forma intermitente al rostro del barítono.

—Escucha, Marc... No puedo explicarte el porqué, pero he tenido que darle acceso al teatro a un tipejo. No sé si lo has visto. Se llama Klaus. O eso dice...

—¿Ese alemán tan alto? Es un joven bastante agradable, no he hablado con él, pero siempre me sonrío las dos o tres veces que nos hemos cruzado. ¿No es un aprendiz tuyo, un colaborador o algo por el estilo? Eso he oído.

César asintió mirando su bebida.

—El mismo. Sí, verás, es un poco complicado. Lo cierto es que durante días ha estado deambulando por ahí. Yo lo he tolerado. No molestaba, ¿verdad? Hasta ahí todo bien. Pero... —Suspiró profundamente y permaneció callado unos segundos; no sabía cómo decir lo que le angustiaba sin descubrirse.

—¿Y bien? —dijo Marc, rompiendo el silencio—. ¿Ha pasado algo preocupante? —Y luego, pensando en lo que acababa de oír—. ¿Qué significa que lo has tolerado?

—Mira Marc, la otra noche lo vi. Me quedé hasta bastante tarde para revisarlo todo antes del ensayo general con vestuario, ya me conoces. Y de pronto me encuentro al personaje de marras vestido de negro, con una bolsa, metiéndose por las catacumbas como el fantasma de Gaston Leroux.

Marc se quedó pensativo. No acababa de entender muy bien la situación, pero se dio cuenta de que César había evadido su pregunta. No obstante, estaba claro que quería compartir algo y pensó que podría ser más útil si no le presionaba.

—Joder. Qué raro, ¿no?

—Sí. Todo muy raro. —Esta vez César le miró de frente—. Lo seguí un rato, pero la verdad, me dio hasta miedo meterme por los corredores. Estaba oscuro y el móvil casi sin batería. Me dijo que solo estaba interesado en conocer mi trabajo y todo eso, pero... ¿a esas horas? ¿En los subterráneos? —Se detuvo unos instantes, pero al fin decidió arriesgarse un poco; sentía que Marc era un hombre

discreto y no tenía a nadie más en quien confiar—. Lo malo es que no puedo decir nada. Me comería un marrón... de los gordos. Me la jugaron bien, solo te puedo decir eso. Pero a saber lo que quería allí abajo. Que yo sepa no hay nada.

—Vaya... —Marc permaneció en silencio, pensando en todo aquel sinsentido. Era verdad, lo de los paseos nocturnos era algo extraño.

—Estaré pendiente. Si lo veo hacer algo raro, te aviso.

Marc volvió al Salón de los Espejos. Permaneció un rato hablando con el *cast* y con los periodistas antes de retirarse a su casa a descansar. El día siguiente iba a ser muy movido y tenía que preservar la voz, hablar lo menos posible y permanecer relajado hasta el momento del estreno. Sin embargo, la historia que le había contado Andreu le vino a la cabeza una y otra vez durante todo el tiempo. Mientras acariciaba a la perra y se hacía antes de dormir una infusión «milagrosa» para la voz que le había enseñado su profesora de canto, pensó en aquel individuo extraño y sintió como suya la preocupación de César Andreu.

Esa noche, Marc soñó con Miguel. Como si quisiera decirle algo, movía la boca y le hacía gestos, pero él no podía oírle. Se despertó varias veces a beber agua, tenía la boca seca. Al final, desvelado, bajó a la perra a dar un paseo por la urbanización. La noche era calurosa y estrellada.

Después de una hora caminando, decidió volverse a la cama. Concilió el sueño al amanecer al igual que la fiel Laika.

Día siguiente

No debemos esperar la recompensa en el aquí y ahora, salvo la que se deriva del dulce sentir del éxito de la obra bien completada. No buscamos la muerte como los fanáticos del islam, esos perros que se dedican a morder los tobillos de la Civilización, pero tampoco la rehuiremos si es necesario para el Último Fin.

Cuando las cenizas del fuego en el que perecerán los vendidos, melifluos, hipócritas, codiciosos del becerro de la globalización y adoradores de la multiculturalidad se asienten en la tierra, será entonces la señal de que un nuevo Orden ya ha comenzado. Esa es nuestra dicha infinita; esa promesa llena nuestras

almas y nos empuja a erigirnos como heraldos en una batalla que el futuro elogiará como la mayor gesta para salvar a la auténtica Civilización Humana.

No, las dudas son el sello distintivo de todos los traidores que nos gobiernan, dudas sobre si algo herirá los sentimientos de tal pueblo, o si obrando de tal modo se quiebra una de las miles de leyes que dejan atados de pies y manos a nuestros ciudadanos. La duda ya no nos pertenece. Nuestra tarea suprema es convertir la duda en la determinación de la muerte segura para los enemigos de Europa.

Per cerró el Manifiesto y aspiró profundamente. Miró su reloj e hizo una señal a Betje. Había llegado el momento.

Había llegado el principio del Apocalipsis.

Marc le hizo a la peluquera un gesto de aprobación a través del espejo. La maquilladora esperaba su turno después de terminar con Hoffmann y Amanda Maier, que salían antes que él.

—¿Qué tal estoy? —Se dio la vuelta en la silla y repartió sonrisas.

—Guapísimo, como siempre. Ese peinado a lo Robespierre te queda perfecto. Le guiñó un ojo.

—Ponme cara de malo. O nadie se creerá que Tosca no quiere nada conmigo.

—Descuida. Te voy a dejar con aspecto de matar y torturar mucho y bien — dijo, casi en una carcajada.

—No tardes demasiado, por favor. Tengo que ir a hacer escalas y calentar la voz. ¿Vamos bien de tiempo?

—Vamos perfectamente, Marc. No te pongas nervioso. Relax. ¿Hoy quién va a ganar? ¿Barça o Madrid?

—Nosotros, por supuesto. Dos goles de Messi y uno de Luis Suárez. Ronaldo meterá uno, de penalti injusto.

—¿Ves? Eres todo optimismo. Venga, Toi Toi Toi, guapo. Lo vas a hacer de maravilla. Tienes que tranquilizarte.

Era verdad, estaba muy nervioso. Se intentó relajar. Respiró hondo, visualizó lugares hermosos. Nada. Miró el wasap de nuevo. Vera ya le había avisado de

que estaba llegando. Sus padres también. Gladys. Sus amigos. Hasta el taxista había confirmado su asistencia cuando lo llevó hasta el teatro dos horas antes. Pensó en Miguel, en los sueños de la noche anterior, y sintió una profunda pena. Cómo le hubiese gustado que estuviese allí.

Areces se tensó y apretó los puños al entrar en el vestíbulo del Liceu. Había visto a la puta de la Nanashi dirigirse a platea. Vestida como lo que era. Un vestido nuevo, negro, ajustado. Tacones. Un collar de perlas, seguro que comprado con el dinero que había ganado gracias a él. Había oído lo de Darío Gara, detenido por tráfico de armas. Durante algún tiempo estuvo preocupado, pero por lo visto lo dejaban tranquilo, porque en los mentideros su nombre no aparecía por ningún sitio. Él no había incumplido el trato. Pensó que Gara le tendría el suficiente miedo como para saber que si cantaba alguien podría darle el pasaporte en la trena. Que se jodiera. Le estaba bien empleado por irse de su lado con Vera. Y ahora faltaba que la pillasen a ella también. Pero allí estaba, libre como un pájaro, sin duda para ver a Marc Roselló.

Solo con acercarse al Liceu había notado la acidez en el estómago. Estaba convencido de que esa noche se tendría que posponer indefinidamente por incomparecencia del barítono. Pero eso no había sucedido. ¿Qué le habría pasado a Violeta? Su desaparición le traía de calle. El teléfono apagado siempre. Nada bueno, pero... ¿qué podía hacer él? ¿Denunciar su desaparición? Igual se había pirado con el adelanto del dinero... pero no era su estilo. Violeta le era fiel como un perro. En fin. Ya pensaría en aquello otro día. Esperaba que Roselló fallase, pero estaba seguro de que no. Triunfaría. Aquella noche. Hijo de puta. Ya se las arreglaría para que su éxito no durase demasiado.

Se colocó la pajarita con coquetería y fue al Salón de los Espejos a tomar un bocadillo y una copa de cava. Luego subiría a los palcos. Estaba con las autoridades, como era lógico. Parte de la reconstrucción del Liceu después del incendio había salido del bolsillo de su padre.

En el bar estaban la alcaldesa y el President, que miraba el teléfono con ansiedad. Los saludó, charló un rato con ellos, y también con diferentes personalidades del mundo de la música: Ramon Gener, el divulgador; la mezzo Elina Garanca y su marido; el director Mark Chinchón; la soprano Ainoa Arteta... en fin, un montón de celebridades musicales que le subieron el ego al agradecerle el apoyo que mostraba siempre por el mundo de la música. Areces se tranquilizó y decidió que lo mejor que podría hacer era cultivar las relaciones sociales. Y en cuanto a Vera, ella se lo perdía. Claro que sí.

Gladys subió las escaleras hasta la platea con cuidado, la herida aún le dolía y no se sentía segura. Dídac se dio cuenta y la sujetó.

—Tenemos sitio en platea. Tu amigo Marc se ha portado.

—Espero que te guste. Es tu primera vez...

—Tranquila. Puedo dormir durante la función.

Gladys le dio un codazo cariñoso. Caminaron buscando sus butacas. La gente ya empezaba a llenar poco a poco el recinto. De pie, en medio del pasillo, reconoció a Anatole. El ruso, de traje, charlaba con una pareja de aspecto extranjero, vestida de smoking negro él, ella una rubia de negro riguroso. Cuando la vio, Anatole cambió su rostro un momento, como si sintiese una honda preocupación. Luego intentó poner cara de alegría, se acercó a ella y le dio dos besos.

—Me alegro de que estés recuperada.

—Poco a poco... aún no estoy bien del todo. —Gladys carraspeó y desvió ligeramente los ojos—. Gracias a ti, alguien me dijo que ya podía estar... «tranquila» —dijo bajando la voz, pensando en Raúl.

Anatole no contestó. Se encogió de hombros y esbozó media sonrisa.

—Cosas que pasan.

Gladys se dio cuenta de que no había presentado a Dídac.

—Anatole, este es Dídac, seguro que lo reconoces de la entrevista en

televisión que le hice y por sus combates.

Anatole sonrió.

—Claro que sí —respondió ofreciéndole la mano al boxeador—. Es un gusto conocerle en persona. Soy un gran admirador suyo. Su pelea con el Gitano fue memorable.

Dídac le dio la mano y agradeció el elogio, aunque por dentro no podía por menos que sentir miedo de aquel hombre. Se había enterado del estado del cuerpo de Rusty cuando lo encontraron los mossos por Gladys. Desde luego, Anatole no se andaba con bromas. Hizo bien en marcharse de ahí; no lo hubiera soportado.

Gladys se despidió de Anatole con una sonrisa, lo agarró del brazo y buscó las butacas que les habían asignado.

—Es aquí, Dídac. Estamos al lado del pasillo. Genial. Odio estar en el centro.

Andreu mascaba chicle con fuerza para aliviar su tensión. La inseguridad antes de un estreno era la emoción más intensa que se respiraba en un teatro. «Sí, todo está perfecto, pero... ¿y si falla algo? ¿Y si al público le horroriza? ¿Y si pierde la voz cualquiera de esos divos en medio de un aria?» Cada uno de los participantes tenía su miedo atávico y Andreu participaba de todos. A esto se añadía la preocupación por Klaus, al que había perdido completamente de vista desde aquella noche. Y tampoco había tenido los huevos suficientes como para bajar e investigar por su cuenta, bastante tenía ya con lo suyo.

Andreu fue a platea a percibir el ambiente y a comprobar si sus colegas estaban ya bien situados. Iba a saludar a unos conocidos cuando se fijó en la mujer rubia que permanecía hablando en medio del pasillo con otros dos hombres.

«Es ella.»

Aquella noche estaba muy pasado, sí, pero a ella la recordó perfectamente. El corazón se le subió a la boca. ¿Qué coño hacía allí?

Sin pensarlo, salió del lugar de forma atropellada, pidiendo disculpas cada vez que empujaba a alguien. No quería que aquella diablesa lo viera. Una vez fuera, sintió que tenía la espalda mojada, producto del sudor que le había inundado en pocos segundos. Miró el reloj, las ocho menos veinte, la ópera comenzaría en poco tiempo. Si estaba aquella bruja, Klaus también estaría. Pero... ¿dónde? Y lo que era peor... ¿Qué estarían tramando?

No tenía mucho tiempo para seguir cavilando, o actuaba o mejor se olvidaba de todo. Andreu caminó rápido hasta las bambalinas. Tras el telón ya esperaban varios cantantes, los que hacían de sacristán y de ángeles, los primeros en aparecer. Operarios, encargados de luces, el apuntador, el director de escena, todos desplegaban la actividad eléctrica típica del comienzo de una función. Pero ni rastro de Klaus.

Andreu se pasó las manos por el rostro, frotándolo, quería encontrar una solución, pero ¿cómo? Si ni siquiera sabía qué coño estaba pasando ahí... Notó que el chicle ya no sabía a nada y cogió otros dos para atenuar su nerviosismo. ¡Joder! No sabía qué hacer.

Hugo apenas había dormido desde que Vera le encomendó su misión. Tenía dos móviles, y había contestado dudas y apuntado sugerencias por docenas a sus chicos sin que realmente muchas veces supiera qué era lo que tenía que decir o aconsejar, pero en un asunto tan absurdo como aquel, ¿qué más podía hacer? Un Barcelona-Madrid convertía la ciudad en un hervidero, en una puñetera locura sin orden ni concierto. Turistas, gente de fuera de Barcelona, policías a caballo, mossos, guardias civiles, merengues, curiosos, toda la ciudad convertida en un espectáculo. Toda la ciudad llena a rebosar de seres humanos. ¿Cómo detectar una aguja en un pajar? La misión imposible. Pero Hugo confiaba. Siempre había tenido mucha suerte. Dejar en manos de la suerte un encargo de tal magnitud parecía absurdo. Con Barcelona colapsada poco más se podría pedir. Un

puñetero golpe de suerte. Solo uno. Y las ganas de sus chicos de cobrar un buen dinero.

Uli sacó las armas de su escondite y las miró unos instantes con respeto, casi con cariño. La ópera estaba a punto de empezar. Lo colocó todo en dos bolsas de deporte y las subió por los subterráneos hasta ocultarlas detrás de un contenedor en un almacén que estaba casi al mismo nivel que el *foyer*.

El plan era esperar al final del segundo acto. Más o menos coincidiría con el inicio del Barcelona-Madrid. En cuanto se escuchase «*Questo è il bacio di Tosca*» mandaría el mensaje, esa era la señal convenida. Había quedado allí con los otros. Pero antes tenía que subir a chequear los explosivos a los sitios en donde los había colocado. Confiaba en que no hubiese nadie en el piso de equipamiento técnico y en la caja escénica a aquella hora. No obstante, estaba preparado ante cualquier contingencia; si fuera necesario, no tendría ningún problema en neutralizar a quien se cruzara en su camino.

No estaba nervioso. Solo estaba lleno de alegría. Al fin había llegado la hora.

Los acordes ominosos del principio de *Tosca* sonaron con fuerza en el foso y el telón se abrió. El olor a incienso y a cera comenzó a inundar el teatro: Andreu había conseguido reproducir la iglesia de Sant'Andrea della Valle de una forma minimalista pero efectiva. La cruz de San Andrés presidía el altar, como un mal presagio, y las velas iluminaban como un claroscuro forzando a que las sombras de los cantantes danzaran por el escenario como personajes oscuros.

La salida de Jonas Hoffmann hizo que la gente contuviese el aliento. Al fin, allí, en cuerpo y voz, sin cancelaciones, y con aquella voz metálica y poderosa que rompía el aire. Cantó «*Recondita armonia*», la primera aria para lucimiento del tenor, y el teatro se vino abajo.

Marc lo veía todo entre bambalinas, sujetando la fusta con fuerza y

doblándola para calmarse. Echó una mirada a la platea y los palcos. Allí estaba Vera, en segunda fila de uno de los palcos. Eso lo puso todavía más tenso. ¿Quién le mandaba haber aceptado aquel papel? Durante unos segundos se arrepintió de estar allí y deseó salir corriendo hacia cualquier parte.

Luego vio a Areces en el palco de autoridades, muy cerca de la alcaldesa, con aquella expresión de suficiencia que lo ponía enfermo.

«Te vas a cagar, cabrón.»

Julie y Clarisse, como si fueran las vestales de un oráculo secreto, se pusieron en movimiento. Iban en moto. Clarisse, la más baja, se sentaba en la parte de atrás y llevaba una mochila a los hombros.

El día había sido muy caluroso, y apenas habían podido comer algo durante las horas previas. La envergadura de lo que iban a hacer generaba una sequedad en sus cuerpos que comenzaba en un estómago estucado y terminaba en una lengua de estropajo. La más alta, Julie, la que conducía, aminoró la marcha. Tenía muchísima sed. Aunque ya anochecía, el calor de Barcelona se cebaba en ella. No había podido tragar nada, y ahora la ausencia de líquidos en su organismo le produjo un dolor punzante.

Aceleró. En un recodo vio a un chaval con una nevera portátil que descansaba sobre una mesa plegable bajo un parasol, sin duda robado de alguna cafetería.

«No os paréis ni habléis con nadie», les había advertido Per. Pero ¿qué problema había en comprar unas botellas de agua en un puesto de carretera? «Mejor pararse aquí que entrar en algún sitio en Barcelona, donde puedes encontrar a un policía curioso o cualquier otro acontecimiento inesperado. Aquí simplemente es cuestión de parar, sacar una moneda, coger las botellas y largarse», pensó Julie.

Manuel estaba dormitando junto al camino, abanicándose de cuando en cuando. El sol se estaba poniendo, pero en la sierra la calima seguía siendo insoportable. Las cigarras cantaban sin parar.

—¡Eh, chico! —dijo la piloto, con un ligero acento extranjero, cuando llegó a la altura del puesto de bebidas improvisado.

Manuel dio un respingo y abrió los ojos. Dos personas en una moto. Los cascos encerraban la cabeza y el cuello estaba tapado por un chaleco especial de viaje. No estaba seguro, pero por los cuerpos parecían dos mujeres.

Cuando se levantó se acercó a ellas y abrió la nevera.

—¿Qué queréis? Son dos pavos cada una. Tengo coca-colas, agua y cervezas.

Julie se limitó a hacer el gesto de «dos» con su mano. Y luego dijo con voz tranquila: «agua».

El chaval miró sus ojos. Azules, transparentes. Y la mochila. La piloto dejó un billete de cinco euros en la mesa, le dio un trago enorme a la botella levantando la visera del casco, parte del agua cayendo en su pecho, y se la pasó a su compañera.

Manuel les hizo una foto antes de que se alejaran con rapidez hacia Barcelona.

Más dura será la caída

La orquesta retumbó con toda su fuerza los acordes que acompañaban la salida de Scarpia, los niños del coro se quedaron quietos, el sacristán cayó de rodillas temblando de miedo y Vera se inclinó con anhelo hacia delante, desde la altura del paco que ocupaba, al ver salir a Marc vestido con aquella levita de terciopelo, las botas de montar y el semblante diabólico que tan bien había logrado la maquilladora. Se sintió como una adolescente, con el pecho lleno de ansia, emocionada porque el hombre que amaba estaba allí, en el escenario, observado por miles de personas. Casi sin querer, dirigió la vista hacia el palco de autoridades: allí estaba Areces, y pudo intuir el odio con que la miraba, ya que tenía levantada la cabeza en su dirección. Vera le sostuvo la mirada a lo lejos. La venganza era un plato que se servía frío, y ella lo estaba disfrutando casi con gula. Lo saludó con un gesto. Luego siguió contemplando la ópera sin inmutarse. Al fin y al cabo tendría que estarle agradecida: le debía a Areces haber conocido a Marc Roselló.

César Andreu comprobó que la escenografía funcionaba como un reloj. Tenía un rato hasta que subieran la del segundo acto. En su cerebro la angustia por la imagen de aquella arpía rubia y de los paseos subterráneos de Klaus estaban superando a su habitual necesidad de controlar de una forma obsesiva su trabajo. La rubia permanecía sentada en platea. El otro, sin duda, andaría por alguna parte. Eso seguro, porque con ella no estaba.

La inquietud le venció y decidió hacer un barrido de todo el teatro. Si no lo encontraba, mejor, podría aliviar ese yunque que sentía en la cabeza y concentrarse en la obra. Así que comenzó a subir a buen ritmo por el interior del

Liceu. Planta por planta. Se congratuló por hacer deporte de forma habitual cuando llegó a la zona más alta y caminó por una plataforma por encima del escenario. Escuchó la música. Vio a los cantantes allá abajo, el foso de la orquesta, los focos que emitían un calor intenso y desquiciante. Intentó no hacer ningún ruido al atravesar por la pasarela metálica y lo consiguió. Por allí no había rastro de Klaus. Alcanzó el otro lado y se dirigió hacia la sala de máquinas. Andreu notó su cabello y su camisa mojados por el sudor. Pero siguió adelante, como un autómeta. Él había metido a aquella gente allí, él se encargaría de vigilarla.

Uli admiró la vista de la platea desde uno de los huecos abiertos para los focos en la sala donde estaban las lámparas. Caminó con la agilidad de un bailarín. Estaba vacía. Toda la iluminación se controlaba desde abajo, en el centro de control, y esta vez con más cuidado al tener que coordinarse con la retransmisión televisiva.

Sacó de su bolsa varios paquetes de Riodin que había escondido días atrás y los colocó en la lámpara central. El vidrio y el metal harían de metralla y convertirían el teatro en un infierno. Luego ajustó el detonador.

Se asomó a la puerta. Un guardia de seguridad paseaba por la zona charlando con un operario. Decidió esperar a que siguiera su ronda. Ambos cogieron un ascensor.

«Al fin desierto.»

En el escenario ya sonaban los primeros acordes del *Te Deum*, el espectacular final del primer acto. Uli se apresuró. Ya faltaba menos. Había calculado los tiempos durante los ensayos generales. Media hora entre el primer y el segundo acto; unos cuarenta minutos del segundo acto; ahí entrarían en juego las pupilas de Per. Y media hora más del descanso entre el segundo y tercer acto. Al inicio del tercer acto sería el momento, después del «Adiós a la vida». Si no pasaba nada, tendría margen suficiente para dejarlo todo listo. Mandó un Telegram a Per.

Marc notaba los cañonazos del *Te Deum* casi dentro de su cabeza. El cabrón de De Lucca había diseñado con Andreu un movimiento de escena original, en el que Scarpia quedaba solo en escena, proyectando al público toda su abyección mientras el humo del incienso y unas antorchas le daban el dramatismo necesario a la iglesia. La gente comenzó a vitorear antes incluso de que cayera el telón.

Los tres protagonistas salieron a recibir los aplausos y el teatro se vino abajo. Las luces se encendieron y muchos de los asistentes empezaron a bajar al *foyer* a tomar un refrigerio.

De vuelta al camerino, Marc bebió un largo trago de agua.

—¿Cómo he estado? ¿Ha salido bien? —Marc sabía por los aplausos que sí, pero necesitaba constatarlo.

La encargada de vestuario cruzó las manos como si fuera a iniciar una oración.

—¡Oh, Marc, ha sido apoteósico! El *Te Deum* nos ha puesto los pelos de punta. —Y saliendo del estado de éxtasis—: Venga, cámbiate. —Le acercó la levita negra con bordados y pedrería para el segundo acto—. Así acabo contigo y me voy con Amanda, que hay que ponerla de bonito.

Hugo recibió la foto de Manuel. Todo su ejército estaba enviando datos y fotografías de cuantas personas pudieran ser sospechosas y el volumen era cuantioso. Sin embargo, aquella foto y las explicaciones sobre las dos mujeres le llamaron la atención, especialmente por la zona y la mochila. Y el acento extranjero.

Llamó a dos de los chicos que tenían moto por la zona y les comunicó la información para que se pusieran en marcha de inmediato y las localizaran. Era un tiro al aire, pero en aquel momento no había nada mejor. Llamó a su colaborador, Cisco, un colombiano con rastas que trabajaba de pizzero. Era muy veloz conduciendo su Vespino.

—Nos vamos.

—Ya veo que te cuidas mucho.

Areces no pudo contenerse: se acercó a Vera, que estaba conversando con Zarco y Gladys. Todos estaban en el *foyer* tomando una copa de cava. Ella se dio la vuelta y le devolvió una mirada llena de cristales de hielo.

—Hago lo que puedo.

—¿Has venido a ver a tu nuevo amante? —Sonrió, pero era la sonrisa de la hiena herida, y el dolor dio un brillo acerado a sus ojos—. Eres una verdadera puta. No paras, ¿eh? Hueles el dinero desde lejos... Nunca te va a gustar un mindundi...

Vera no se inmutó. Levantó la copa y miró las burbujas doradas. Luego bebió un sorbo de forma elegante.

—Berto. Déjame en paz. Tú y yo ya no tenemos nada. Dedícate a tus asuntos. Bastante tienes con ellos. Además, no voy a permitir que me insultes. Soy una mujer libre y hago lo que quiero.

Él dejó la sonrisa ahora en un amago y le ofreció un semblante impávido esculpido en cada poro por el resentimiento que ella conocía tan bien.

—Tu chico está triunfando. Enhorabuena. Pero acuérdate de esto: más dura será la caída, ya lo verás.

Aguantó de forma heroica las ganas de sacar la Glock que llevaba en el bolso y pegarle allí mismo dos tiros como si fuera un perro rabioso. Se escuchó la primera llamada para volver a las butacas. Vera se acercó mucho a él, casi hasta tocarlo, y le susurró:

—Olvídame, Berto. Será mejor para ti.

Areces se quedó quieto, respirando entre los dientes, y cambió la dirección de su mirada. Luego saludó con evidente desprecio a Zarco y se marchó con los suyos.

Se apagaron las luces. Per respondió a otro Telegram de Uli antes de que empezase el segundo acto y apretó el brazo de Betje. Ella le acarició la mano.

Las dos chicas continuaban su avance hacia la parada del metro de Collblanc. Todo funcionaba como una maquinaria recién engrasada.

El público asistía sin parpadear al segundo acto. La música de Puccini lo convertía en un thriller sin descanso. Scarpia torturaba al pintor, lo condenaba a muerte, intentaba forzar a una Tosca desesperada hasta la náusea. Amanda Maier cantó un desgarrador «*Vissi d'arte*», postrada en el suelo, intentando conseguir clemencia del malvado jefe de policía del Vaticano.

Hugo hablaba a través del auricular inalámbrico de su casco con Mercedes. Las chicas habían cogido la Diagonal a toda velocidad.

—¡No jodas que se dirigen al Nou Camp!

—Igual van al fútbol. No es descabellado. A las chicas también les gusta — dijo, con una ironía que Hugo no pudo apreciar por su angustia.

—Lo que sería descabellado es intentar un atentado terrorista en este partido. Hay más policías que asistentes. Es de alto riesgo. Da igual: seguidlas. Vamos para allá.

—¡Espera! Se desvían por Doctor Marañón.

—Ok. No las pierdas, por favor.

—Se alejan del Nou Camp. Creo que pasan del fútbol. Se van por Cardenal Reig.

—Nosotros estamos llegando. Dime qué hay por esa zona.

—Espera... la parada de metro. La parada de metro de Collblanc.

—Hostia puta, ¡el metro!, es verdad. ¡Collblanc! —Los cabellos de la nuca se le erizaron—. ¡Joder! ¡Estad preparados! Si entran ahí quiero que las sigáis, ¿me oís? ¡No las perdáis ni de broma!

Hugo se acercó a la oreja derecha del colombiano y le levantó bruscamente el casco:

—¡Rápido! ¡Vamos a la parada de metro de Collblanc!

Scarpia firmaba el salvoconducto que permitiría a Tosca huir con su amante,

Mario Cavaradossi, a través de Civitavecchia. Los acordes siniestros que acompañaban la angustia de Tosca se hicieron más intentos.

Scarpia se acercó a su presa con el salvoconducto en la mano. «Tosca, eres finalmente mía», le dijo, exultante.

Ella agarró un cuchillo y se lo clavó en el corazón.

«*Questo è il bacio di Tosca!*» gritó, enloquecida, con las manos llenas de sangre.

Cuando Scarpia cayó al suelo retorciéndose de dolor y pidiendo auxilio, Per Stangeland sacó su móvil y envió otro Telegram.

Las chicas habían llegado. Se bajaron con parsimonia, pero sus pechos oscilaban al ritmo de su respiración ansiosa. Pusieron una cadena en la moto: parecía una cadena de hierro fuerte, pero estaba sin cerrar. Simplemente había que desencajar la barra del cierre para que se abriera. No tenían un segundo que perder a la vuelta si tenían éxito y salían indemnes del lugar. De la mochila grande sacaron otra de tela y la llenaron con los cascos de la moto. Sustituyeron los cascos por dos gorras amplias con el escudo del Fútbol Club Barcelona. Se pararon unos segundos, Clarisse había recibido un mensaje en el móvil. Acto seguido se adentraron por las escaleras del metro.

Segundos después llegó Mercedes, jadeando, a la entrada de la estación. Le habían señalado el objetivo y ella estaba muy cerca. Las vio. ¡Coño! «Entran en el metro... joder, no tengo la tarjeta, tendré que ir a la máquina a sacar un billete...» Vio, desesperada, que las chicas sacaban dos tarjetas de sus bolsillos. Esperaron con paciencia tras la cola de cinco personas que había delante de ellas para entrar. Mercedes era una chica de la calle, y sabía que si entraba dando un salto iba a montar jaleo y probablemente las perdería, así que sacó una moneda de dos euros y dio un empujón a un señor mayor que estaba delante.

—¡Perdón, pero se me escapa el tren y si no lo cojo me van a despedir!

El hombre soltó sapos y culebras, pero Mercedes consiguió el billete justo

cuando vio a las chicas meterse por las escaleras mecánicas hacia abajo. Hizo lo propio con el que tenía delante en la puerta de acceso, puso su billete y se disculpó.

—¡Pero bueno...! —Fue todo lo que pudo decir una señora de mediana edad que portaba una bolsa de la compra.

—¡Lo siento señora! —gritó Mercedes a modo de disculpa sin girar la vista atrás.

Su móvil sonó. Era Hugo. Ella le dijo dónde estaba. Ya tenía a vista a las chicas.

—Van en dirección a Vall d’Hebron.

—No hagas nada, ¡¿me oyes?! —gritó Hugo—. ¡Solo síguelas! ¡Y hasta que llegue dime lo que hacen!

El colombiano llegó un minuto después junto a la boca de metro, y Hugo saltó de la moto cuando no había parado del todo, se trastabilló, pero se repuso y empezó a correr como el diablo.

Segundos después Hugo se enfrentaba a las mismas puertas de acceso al metro, pero ni se lo pensó. Echó un vistazo para ver si había algún vigilante y no vio a nadie, así que cuando las compuertas se abrieron para dar acceso a otro viajero se pegó a él, empujándolo con violencia, y traspasó las puertas corriendo. El hombre se tambaleó y a pesar de su esfuerzo terminó cayendo.

—¡¿Eh...?! —acertó a decir el tipo, que vestía traje, y que probablemente regresaba de algún sitio donde vendía ropa o cosas elegantes. Y una vez pasados unos segundos, ya de pie—: *Fill de puta!* ¡Eso no se hace! ¡Sinvergüenza!

Hugo no podía preocuparse por eso. Corría como alma que lleva el diablo, así que no pudo ver cómo el hombre humillado hablaba con un agente de seguridad del metro, que empezó a correr tras él.

Los separaban cincuenta metros, y la barriga que colgaba sin complejos en el agente de seguridad no le ayudaba en su empresa, así que se paró un segundo, jadeando. Hugo miró un momento hacia atrás, pero siguió corriendo con el móvil en la mano.

—Mercedes, ¿qué están haciendo?

—Nada; parece que están esperando que llegue el metro. —Hablabajo—. Pero una tiene el móvil en la mano. Parece que espera hacer o recibir una llamada... no sé. No veo que navegue con él. Estoy a unos diez metros. Pero me doy cuenta de que están nerviosas, lo sé... no paran de mover las piernas, no están nada relajadas.

—¡Ya llego! —dijo Hugo.

—Hugo —dijo Mercedes—, la alta acaba de recibir un mensaje, lo está leyendo. ¡Joder! Ha mirado a la otra... Se están retirando a la pared, una tapa a la otra... parece que están haciendo algo con la mochila.

—¡Coño! ¡Vete de ahí! ¿Me oyes? ¡Ya llego!

—¿Qué? —En ese momento entraba con gran estruendo el convoy en el túnel donde tenía la parada—. ¡No te oigo! ¿Qué me dices?

La gente empezó a salir de los vagones, y en ese instante Hugo entró en el túnel. Buscó a Mercedes desesperado, y esta le hizo una señal; él corrió hacia ella, que estaba apuntando a una pareja de chicas que parecían esperar a entrar tres vagones más hacia su derecha.

Hugo empezó a correr hacia ellas; el último pasajero había entrado, pero las chicas estaban todavía en el andén. Sonó el pitido que anunciaba el cierre de las puertas. De pronto lo entendió. Vio a una de las chicas, la más baja, con la mochila cargada en el brazo dirigiéndose hacia el interior del vagón. Iba a depositar la mochila justo cuando la puerta fuera a cerrarse, pero en el último instante sintió en su cuerpo un fuerte impacto que la desplazó por completo. La mochila cayó en el andén.

El vagón inició su marcha. Su compañera, Julie, sorprendida, se quedó sin reaccionar dos segundos, pero después se dirigió a Hugo furiosa y le dio una patada en la espalda con toda su fuerza, mientras estaba tendido en el suelo, fruto del impacto con Clarisse.

Hugo gritó de dolor, sintió un dolor terrible en el costado, pero no perdió de vista la mochila en ningún momento.

Julie empezó a insultarlo en sueco. Luego, sin dudar, sacó una pistola de la mochila de tela y apuntó a la cabeza de Hugo. Nadie las iba a detener.

—¡Alto ahí, cabrona! —Mercedes, viniendo por atrás, la empujó con rabia hacia las vías.

Clarisse, ya repuesta, vio a su amiga caer a las vías de bruces; gritó su nombre, pero ella no se movió. Entonces corrió para ir a coger la mochila, pero Hugo, a pesar del dolor que le traspasaba se le había adelantado y la recibió con una patada en el pecho. Lo que pasó a continuación fue todo muy rápido.

Hugo gritó:

—¡Agáchense todos, ES UNA BOMBA!

Arrojó con todas sus fuerzas la mochila al interior del túnel, y luego hubo una explosión ensordecedora, lo que motivó que el vigilante, que llegaba en ese momento junto a Hugo, maldijera su suerte mientras sentía que una fuerza invisible lo arrojaba hacia atrás.

Sombras chinescas

Buena suerte y envíalos al infierno.

2083: Una declaración europea de independencia,
ANDERS BRIEVIK

Hugo notó un terrible dolor en la frente. La sensación de que le estaban clavando un alfilerero completo en los ojos lo espabiló. Poco a poco, tras comprobar que todos los miembros de su cuerpo estaban en su sitio y funcionando, a pesar de que el costado derecho le quemaba, consiguió incorporarse.

Encontró los ojos azules de Mercedes mirándolo con preocupación. La chica se agarraba un brazo que parecía roto pero no parecía tener nada más. Se oían gritos y gemidos. El túnel estaba cegado por el humo, pero a Hugo le pareció ver el cabello rubio, apelmazado de sangre, de una de las dos chicas sobre las vías.

¿Dónde estaba su móvil? Tenía que llamar a Vera. Inmediatamente.

A su lado, el guardia de seguridad se recobraba con lentitud y cogía su radio. Había gente llorando y gritando. Otros se quejaban de forma lastimera.

Escuchó sirenas acercándose. Su móvil estaba a pocos metros. Fue a cogerlo casi como un autómatas. Tenía la pantalla rota, pero milagrosamente, parecía funcionar.

Con los dedos temblorosos, consiguió marcar el número de Vera.

Marc ya había terminado; estaba exhausto por la tensión, y sentía la garganta como si estuviera forrada en papel de lija, así que bajó al bar de Sant Pau, que acogía por tradición a los intérpretes que solo tendrían que volver a aparecer en la ópera llegado el momento de saludar al público. Nadie se sorprendía de verlos aparecer con los atuendos de sus personajes, aunque en alguna ocasión tenían que escuchar alguna broma al respecto. Estaba lleno de gente presenciando el «clásico», así que nadie le hubiera mirado aunque hubiera entrado vestido como el conde Drácula. Divisó al sacristán, y este le hizo un ademán para que se reuniera con él; había logrado un palmo de sitio para su amigo, cerca de la barra.

—¿Cómo van?

—Dos a uno, Ronaldo acaba de acortar distancias...

La última llamada antes del tercer acto acababa de sonar y Vera se dirigía a los baños con rapidez cuando vio la llamada perdida de Hugo. Decidió bajar al hall y de ahí salir a la calle. Cruzó hasta la mediana de la Rambla, cerca de la parada del metro. Durante unos minutos no logró establecer conexión. Las puertas del teatro se cerraron, señal de que iba a empezar en unos segundos el último acto de *Tosca*. Se lo iba a perder, pero daba igual: Marc ya había acabado su parte.

Al fin consiguió contactar. La voz de Hugo se oía al principio entrecortada y vacilante. Cuando se hizo más firme, Vera contuvo la respiración. Hugo sin mucho orden le explicó que había identificado y perseguido a las dos terroristas, la carrera loca por el metro, cómo evitó que una de las rubias dejara la mochila dentro de uno de los vagones, pero que finalmente la bomba había estallado.

—¡Dios mío, Hugo, ¿hay víctimas mortales?!

—No lo sé..., pero no creo. Eché la bomba al túnel justo antes de que estallara..., pero quién sabe. —De pronto Hugo se sintió muy débil, como si su cuerpo le pasara ahora factura del esfuerzo extraordinario que acababa de realizar.

—¿Está la situación bajo control? —preguntó Vera.

—Sí..., eso creo, esto está lleno de policías nacionales y mossos... ¡Eh! — Hugo dejó de hablar con Vera y se dirigió a un policía que estaba a su lado—. ¡Esa chica! —dijo, señalando a Julie—. ¡Es una de las terroristas! ¡Ojo con ella!

Vera suspiró profundamente. No se había equivocado con Hugo. Ese hombre era extraordinario.

—Hugo, has hecho algo magnífico. Intentaré llegar lo antes posible. La ciudad debe de estar colapsada, pero me las ingeniaré.

César Andreu entró en la planta técnica de iluminación, o sala de los focos, como la llamaba él. Era como un trozo de la Estrella de la Muerte, lleno de cables y pasarelas de metal. Caminó con cuidado. Había peinado toda la caja escénica y ni rastro de Klaus. Sus mocasines apenas hacían ruido. Su instinto le decía que acabaría encontrándolo. En algún sitio tendría que estar.

Tampoco estaba allí. Andreu rodeó la sala. Se detuvo delante de la enorme lámpara principal, una belleza en forma de cúpula invertida diseñada por el arquitecto Ignasi de Solà-Morales tras el incendio.

—¿¡Qué cojones!?

Había un hombre tirado en el suelo. Un operario de televisión. De su cabeza manaba un reguero de sangre. Andreu se inclinó, estaba muerto. Su corazón comenzó a desbocarse. Había sido Klaus, seguro. La mano del operario estaba en uno de los bordes de la lámpara. Dentro de la estructura vio algo extraño. Unos paquetes marrones con un reloj parpadeante.

«Una bomba. Una jodida bomba. ¡Conque era esto lo que pretendía el cabrón de Klaus! En la lámpara. Hijos de puta.»

Andreu estaba aterrorizado e indignado a partes iguales. Una bomba en la lámpara causaría una masacre en el Liceu. Su indignación era con él mismo, porque su debilidad le había permitido a Klaus utilizarlo como un vulgar caballo de Troya. De pronto, sintió algo que nunca había experimentado: se despreció a sí mismo.

Pero un ruido irrumpió en medio de sus cavilaciones y con rapidez se ocultó detrás de una torre de iluminación.

Al poco entró Klaus, deslizándose como un gato. Cogió al operario muerto y lo apartó. Después se inclinó sobre la lámpara. Klaus comenzó a protestar entre dientes.

El teatro tembló de repente. Andreu ahogó una exclamación de pánico al escuchar una detonación en los subterráneos. Las luces se apagaron y la gente comenzó a gritar.

Vera, que estaba a punto de despedirse de Hugo diciéndole que había hecho ya su trabajo y que lo vería más tarde en el hospital o donde estuviera, todavía en el exterior del Liceu, escuchó una explosión en sordina. Al principio se quedó paralizada por la sorpresa. Luego vio humo salir por un lateral del teatro. Separó el teléfono de la oreja con la boca abierta.

—Hugo. El atentado... ¡el atentado es aquí! En el Liceu. Corre, avisa a la policía, a todos los que tengas por ahí. ¡YA!

Vera colgó y avisó a la comandancia. Al poco comenzó a gritar, exasperada.

—ME IMPORTAN UNA MIERDA COLLBLANC Y EL FÚTBOL. EL ATENTADO ES EN EL LICEU, JODER. ¡ACABA DE EXPLOTAR UNA BOMBA!

Luego, casi temblando, llamó a Marc mientras miraba la columna de humo subir, cada vez más negra.

—¿Marc? ¿Estás bien? ¡Contesta!

La voz de Marc se escuchó alta y clara.

—Vera, ¿qué ocurre? Acabo de oír una explosión. —Hablabas mientras salía a la calle junto con los otros clientes en tropel.

—¿Dónde estás? ¿Estás en el teatro?

—No, estoy en el bar de Sant Pau donde nos vimos, tomándome una caña y fumándome un cigarro con Il Sacrestano del primer acto. Ya terminé y estaba

muerto de sed... —Se detuvo porque ella lo interrumpió; la voz de Vera lo alarmó—. ¿Qué cojones está pasando?

—Espérame ahí. Estoy llegando. No te muevas. ¡Por favor, no te muevas!

El teatro se sumió en la oscuridad. Se escuchó otra detonación, gritos, gente que corría de un lado a otro, apelotonados, pisoteándose. El humo comenzó a cegar la poca visibilidad que había en platea. Y luego, disparos. Ráfagas. Más gritos. Los hace muy poco elegantes espectadores de la ópera corrían ahora como enloquecidas sombras chinescas. Los aspersores comenzaron a lanzar agua y las alarmas se dispararon.

Dídac, al escuchar la primera explosión, reaccionó rápido: cogió a Gladys de la mano y tiró de ella con violencia por uno de los vomitorios. Los dos corrieron hacia la salida, pero se detuvieron de inmediato al ver a una mujer armada con un subfusil en el hall. Betje comenzó a disparar a los que salían corriendo para alcanzar la puerta de salida. Todo el mundo reculó y huyó hacia donde pudo. Dídac y Gladys vieron horrorizados los cuerpos caer, a hombres y mujeres vestidos de gala atropellando a su paso, luchando por sobrevivir.

—Vamos por ahí, por la salida de emergencia. Corre lo que puedas... ¡Corre!

El boxeador tiró con fuerza de la puerta de emergencia pero no se abrió. Detrás de ellos, varias personas que habían tenido la misma idea comenzaron a protestar mientras empujaban en desorden porque la histeria las llevaba en volandas.

«¡Joder! ¿¡Qué está pasando aquí!?» Dídac miró a Gladys con desesperación. En ese momento se apagaron las luces y el humo llegó hasta los pasillos. Los gritos arreciaron. La cogió de la mano y la arrastró hacia las escaleras. Cuanto más lejos de aquella tiradora, mejor.

—Marc, piensa. Conoces el teatro. ¿Algún sitio por dónde entrar? —preguntó

Vera.

—No vas a entrar ahí. Ni de broma. ¿Estás loca?

—Marc, no tengo tiempo para esto. —Lo miró de forma crispada—. Es mi trabajo. Claro que tengo que entrar ahí. ¿No lo entiendes? Toda la policía está en el Nou Camp. Las ambulancias, los antidisturbios, ¡todo el mundo está en el otro lado de Barcelona!

Marc asintió. Vera tenía razón. Sus padres estaban dentro. Sus amigos. Él los había invitado. Se acordó de Andreu, de la historia que le había contado hacía unos días, de aquel tipo que deambulaba por el teatro con fines siniestros.

—Hace días que llevan preparando esto, pero hemos estado demasiado ciegos. Luego te lo contaré. Ven, vamos. Entraremos por la parte de atrás, por Unió. Voy contigo. Sí. Me sé los atajos del Liceu como la palma de la mano.

Vera, que le había dado su mano para que la guiara, de pronto se detuvo. Ese era su trabajo, no el de Marc. Pero este ya lo había previsto. La miró fijamente.

—Ni se te ocurra discutir, yo tampoco tengo tiempo para eso. —Marc seguía vestido con el traje de la función. Se suponía que al final de la ópera tenía que salir a saludar con todo el elenco—. ¿No ves que soy Scarpia?

—Vete a la mierda, Marc. No está la cosa para bromas.

Marc levantó la ceja, cogió el móvil y llamó a su madre. Pero nadie contestó.

Per Stangeland corrió sin dudar un momento hacia el palco de autoridades. Detrás de él, Anatole, con el rostro convertido en una máscara de hielo. Los dos armados hasta los dientes, en camiseta negra, sin máscaras o medias, solo las correas de los subfusiles cruzando su pecho y pistolas y granadas en los pantalones. Se habían cambiado y armado con rapidez yendo al escondrijo diseñado por Uli, y ahora era su turno. Las bombas de humo habían hecho efecto y la gente tosía e intentaba orientarse en medio de una confusión total, muchos ya corriendo hacia la salida, chocando entre ellos, en medio de gritos y súplicas. Pero a ellos ahora esa gente no les importaba. Sus objetivos eran otros. Los

escoltas de las autoridades estaban apostados en las puertas de los vomitorios, pistola en ristre. Stangeland levantó el subfusil y barrió a uno de una ráfaga. El otro disparó, dudando para no herir al público que huía. La vacilación le costó la vida. Cayó al suelo, empapado de sangre.

La alcaldesa y el President permanecían en sus butacas, con semblante pálido. Los demás, imitándoles, se habían vuelto a sentar. Salvo Areces que se intentaba esconder, encogido entre las sillas. Cuando Stangeland y Anatole entraron en el palco, la alcaldesa se llevó la mano a la boca para ahogar un grito.

Marc guio a Vera por los entresijos de la tramoya. Le apretó la mano. Estaba oscuro. Las luces se habían apagado, se orientaba gracias a las de posición.

—¡Creo que estoy oyendo tiros!

—Todas las fuerzas de seguridad están en el otro extremo de Barcelona. Pueden convertir esto en una carnicería. ¡Mierda! Las autoridades. Tenemos que ir al palco de autoridades.

—Ven por aquí... hay un atajo que va hasta la platea, lo usamos a menudo. — Marc se desvió hacia una puerta metálica que hacía de cortafuegos—. Este corredor baja hacia las bombas de agua que hay en los subterráneos. El teatro está construido sobre una balsa, por eso tiene tan buena acústica.

A Vera le llamó la atención la sangre fría de Marc en aquel momento. Le contaba anécdotas como si no pasara nada. Se daba cuenta de que lo hacía para protegerla, y eso le hacía gracia, especialmente porque era ella la que llevaba la Glock. En medio del pasillo se encontraron con la peluquera, la jefa de costura y varios miembros del staff del teatro, que temblaban de miedo mientras intentaban alcanzar la salida. La peluquera se lanzó sobre Marc para besarlo como si fuera su madre, ignorando la presencia de Vera.

—Marc, estás bien, menos mal. Pero... ¿adónde vas? No se te ocurra...

—No te preocupes, estaré bien. Seguid. ¿Sabéis algo de los otros?

—Alguien ha podido bajar el telón contraincendios, así que los que estaban en

el escenario están más o menos protegidos. Otros han escapado por donde han podido. Nosotros hemos decidido no movernos; creemos que es lo mejor... — Marc asintió y continuó con Vera su camino hacia el palco de autoridades.

César miró a su alrededor con los ojos enfebrecidos. Klaus seguía agachado, manipulando los explosivos. Le daba la espalda. Desde allí se escuchaban tiros y gritos en la platea.

Detrás de él había un extintor. Con un movimiento ágil lo agarró con fuerza y lo desplomó sobre la cabeza del hombre, que soltó un gemido y cayó sobre la bomba. César levantó de nuevo el extintor, pero Klaus fue capaz de sobreponerse al golpe y se apartó justo a tiempo para evitar otro. Rodó sobre sí mismo e intentó sacar una pistola. Pero César no había soltado el extintor; con rapidez recuperó el equilibrio y lo utilizó como ariete mientras se lanzaba de nuevo hacia él y le daba de lleno en el pecho. El alemán dio un grito ahogado y se quedó sin resuello, lo que aprovechó César para arrebatarle la pistola.

—¡Salgan fuera! ¡Al pasillo, vamos!

Per encañonó a las autoridades, que levantaron las manos. Todos salieron, aterrorizados, pasando por encima de los cadáveres de los guardias. La alcaldesa, el President, varios concejales, Berto Areces detrás, intentando pasar desapercibido.

—Contra la pared.

—Están locos. ¿Por qué hacen esto? —La alcaldesa se encaró con Per Stangeland.

—¿Por qué? Por ustedes. Por su culpa. Están llevando Occidente a la ruina. Anders Brievik nos marcó el camino, él bien sabía que el verdadero demonio son ustedes, los marxistas, los socialdemócratas, los que se inclinan ante el becerro de oro de la integración y otras zarandajas. Alguien tiene que hacerlo. Alguien

tiene que defender las libertades que tanto nos ha costado conseguir. Ustedes quieren convertir Europa en una tierra de esclavos, pisoteados por la escoria musulmana. —Su rostro brillaba, como si la insania lo hubiera iluminado—. Hoy es el primer día de la lucha. El mundo aprenderá que no se puede jugar con los valores más sagrados. Vamos a enviar un mensaje muy claro: quienes sigan mancillando Europa profanándola con los adoradores del islam seguirán el mismo camino.

Anatole, detrás, no dejaba de mirar a Berto Areces. Lo miraba con unos ojos desesperados, una expresión que solo se veía en los documentales sobre las guerras, o en los rostros de los padres en los entierros de niños. No parecía escuchar lo que estaba diciendo Per. Solo aquella cara de perturbado que a cada segundo parecía más intensa.

La alcaldesa negó con la cabeza y se mantuvo firme.

—Mírense a un espejo. Están locos, ¿no se dan cuenta? Son unos locos asesinos de gente inocente. ¡Responderán ante la justicia!

Andreu apuntó a Klaus con la pistola. Señaló la bomba con la barbilla.

—Para ese trasto, hijo de puta.

Uli comenzó a reír a carcajadas. Se llevó la mano al hombro. Parecía tener la clavícula rota.

—No. ¿Me has estado siguiendo? Eres más listo de lo que pensaba.

—Desconecta ese trasto o te mato.

—Vamos a morir de todos modos. Qué importa, ¿verdad? No es una forma muy mala de palmar. Un relámpago de luz y al infierno. Como héroes. Pasaremos a la historia.

—¡Calla, tarado, y empieza a desconectar esa bomba!

—Es como en las películas, Andreu. O el cable rojo o el cable azul. Se me olvidó poner un interruptor... —La sonrisa infantil de Uli terminó de desesperar a César por completo.

Betje apuntó a otro hombre que pretendía alcanzar una de las puertas. Disparó con precisión de cazador. El hombre cayó al suelo con un espasmo. Mucha gente permanecía dentro de la platea, aterrorizada, pero otros subían a los pisos de arriba. La holandesa se dio la vuelta al escuchar sirenas de policía en el exterior. Se preguntó dónde diablos se había metido Uli. Tenía que estar allí, con ella.

Pensó que la policía había llegado más pronto de lo previsto. Daba igual: la bomba de la lámpara iba a explotar en unos minutos. No iban a llegar a tiempo de pararle. Aspiró hondo. Al fin estaba haciendo lo que habían venido a hacer: su misión; su obra que convulsionaría al mundo. Durante un instante imaginó a Brievik en su cárcel noruega emocionado y orgulloso de ella, de todos ellos, y feliz de saber que su sacrificio no había sido en vano.

—Sí. Estoy llegando a los palcos. —Vera hablaba por teléfono con sus colegas de la Policía Nacional, que se habían sumado a los mossos y estaban cercando toda la zona—. No. No sé. Estoy metida dentro del teatro, he oído dos explosiones pero no parecían muy potentes. Yo creo que se han cargado el centro de control del teatro. No hay luz. ¿Ya estáis fuera? Bien. En cuanto sepa algo os informo...

Marc le señaló unas escaleras de cemento.

—Por ahí sales directamente al palco de autoridades. Dios. Vera. Ten mucho cuidado.

De repente, la agarró y la besó.

—Te quiero.

Vera le devolvió la mirada intensa y le guiñó un ojo.

—Lo sé. Pero no te muevas de aquí. Te quiero vivo y cantando muchos años —dijo, mirándole de reojo; a pesar de que su cuerpo estaba acerado por la

adrenalina, quiso demostrar a Marc que también sabía bromear en medio del horror.

Vera subió las escaleras y abrió la puerta con prudencia.

Dídac bajó un piso. La gente lloraba, sentada en el suelo de los vomitorios. Observó con impotencia cómo la mujer rubia disparaba a cualquier persona sin que le temblara el pulso, como si estuviera en un concurso de tiro, y se le heló la sangre. ¿Qué tipo de persona podía actuar de ese modo? Fuera, atronaban ya las sirenas de los coches de la policía, ambulancias y fuerzas de seguridad. Volvió con Gladys, que intentaba mantener la calma sin mucho éxito. Dídac se obligó a serenarse; solo pensando fríamente podrían conservar la vida. Recordó sus peleas con Jorge y el Gitano, esos instantes en que parecía que su yo se disgregaba por el dolor y la fatiga infinita y cómo, aun así, no se había rendido.

«Tengo que hacer algo, salir de aquí como sea.»

Agarró a Gladys de la mano y susurró en su oído:

—Aquí no estamos seguros, temo que nos arrinconen y nos maten como conejos. Vámonos a buscar una salida.

—Arriba he oído más disparos. Tengo mucho miedo, Dídac.

—Y yo. Pero aquí quietos no vamos a resolver nada. Confía en mí. —Apretó sus dos manos y la besó; luego, tiró de ella.

Los dos comenzaron a subir las escaleras, evitando a gente que bajaba y subía sin tener muy claro qué hacer. Otros se apelotonaban en los baños, intentando atrancar las puertas. Dídac entró en uno de los palcos centrales, estaba vacío. Se fijó en que el palco de autoridades también lo estaba.

—Vamos por aquí, igual hay una salida de emergencia. Los ricos siempre se guardan las espaldas.

De pronto, encontraron al grupo: dos hombres vestidos de negro apuntando con sus armas a un montón de gente arrodillada y con las manos en la cabeza. Dídac retrocedió. Se fijó en los tatuajes de los brazos de uno de los dos hombres.

Gladys apretó su brazo, escondida tras el boxeador. Los dos se habían quedado paralizados.

Zarco reconoció a Anatole. Nunca olvidaría esos tatuajes en los minutos que precedieron a la muerte de Rusty.

Anatole se dio la vuelta y los vio.

—Dime cómo parar la bomba, Klaus.

Klaus se levantó trabajosamente, con la mano izquierda apoyada en la clavícula. La apretó para sujetarla y emitió un quejido. Comenzó a caminar hacia atrás.

—Me voy, querido Andreu. No vas a ser capaz de disparar. En el fondo eres buena persona, una buena oveja del rebaño. Te dejo con tu bomba. Te aseguro que es muy fácil pararla. Más de lo que sale en la televisión...

Andreu levantó la pistola. Notó cómo le temblaba la mano mientras Klaus desaparecía de su vista.

—¡Mierda! —exclamó, lleno de impotencia.

—¿Qué está pasando, Anatole? ¿Qué haces aquí?

Anatole abrió la boca, pero no supo qué contestar. Stangeland se le adelantó y apuntó a la pareja con el fusil de asalto.

—¡Vosotros dos, los mirones, acercaos! ¡Poneos aquí, de rodillas!

Dídac apretó el cuerpo de Gladys junto al suyo, protegiéndola. No se movió. Desvió la mirada hacia el rostro de Anatole. Estaba interrogando en silencio al hombre que había dedicado muchos años a proteger a las chicas rusas de los mafiosos, al que había ayudado a matar a Rusty.

Anatole aceptó esa mirada. Comprendió de forma intuitiva que Zarco se haría matar antes que ver a Gladys arrodillada. La miró a ella también, y vio en su rostro la incredulidad y el terror. Así que tomó una decisión.

—Ellos no han hecho nada, Per. Déjalos ir.

—¿QUÉ? —Per se giró hacia él, sin dar crédito a lo que acababa de oír—. ¿Ahora tienes remordimientos? ¡Que se jodan! ¿No te das cuenta? Aquí todos han de pagar un precio. Merecen morir todos. Y estos dos no van a ser una excepción. Nuestra vida será entregada, pero la haremos valer.

La voz de Anatole adoptó un tono amenazante.

—He dicho que los dejes ir.

—Te voy a enseñar cómo se hace. —Per levantó el fusil y apuntó a la cabeza de Gladys, que lo miró con los ojos muy abiertos y llenos de lágrimas. Dídac se dispuso a lanzarse sobre Per.

Anatole no lo dudó. Sacó una pistola y le pegó un tiro en la cabeza al sueco, que cayó con la sorpresa pintada en el rostro reventado. Todos los rehenes gritaron y retrocedieron al unísono, los lloros se reiniciaron. Anatole se giró hacia ellos, encañonándolos. Pero ahora ellos no le interesaban. Con Per muerto, sus opciones de sobrevivir se habían reducido de forma drástica, y una misión tenía prioridad por encima de cualquier otra. Además, la bomba estallaría, y el botín de muertos sería grandioso.

—Tú, Areces. Te vienes conmigo. Los demás, sigan ahí sin moverse.

Areces se levantó, temblando como una hoja. ¿Qué le pasaba a aquel tipo con él? No lo había visto en toda su vida...

Betje cogió a una mujer mayor y la puso delante de su cuerpo cuando vio a varios agentes de los mossos y de la Guardia Urbana intentando reventar la cristalera que hacía de puerta del Liceu.

—¡La mataré si entran! Y luego mataré a más.

Los agentes se quedaron fuera, en la puerta, sin saber qué hacer. Todavía quedaban muchos efectivos por llegar, parados en el monumental atasco que se había formado en la ciudad a partir de la bomba del metro. Estaban esperando a

los antiterroristas y a los negociadores. Pero aún tardarían un rato en llegar, y cada segundo contaba. Era una vida que se perdía allí dentro.

Vera se deslizó como una gata. Se escondió detrás de una columna antes de bajar rápidamente por las escaleras alfombradas. Reconoció a la mujer rubia que le había comprado las armas a Darío Gara y una furia ciega recorrió todo su cuerpo. Estaba de espaldas. Tenía a una mujer agarrada, la pistola apuntando a su cabeza.

Vera no lo pensó. Levantó la Glock, apuntó y respiró profundamente. «Vete a la mierda, hija de puta», pensó.

El disparo atravesó el cráneo como si fuera mantequilla. Betje, sorprendida, solo pudo hacer una mueca de incredulidad mientras se desplomaba.

Luego corrió hacia la puerta y disparó a la cerradura.

César miró la bomba. El reloj marchaba inexorable hacia la detonación. Vaciló un momento y la cogió como si fuera un bebé. Tenía muchos cables y el escenógrafo pensó que tocar cualquiera de ellos sería mortal. Si la bomba explotaba allí mataría a todo el mundo que estuviera en la platea. Corrió a través de la sala de iluminación y salió a los pasillos del teatro. Pensó con rapidez y se dirigió a toda velocidad a la zona de los climatizadores, por arriba de la sala de ensayo de la orquesta. El reloj seguía su cuenta atrás. La bomba explotaría en un minuto. No había tiempo que perder.

Vera retrocedió sobre sus pasos y volvió al piso en donde había dejado a Marc, gritando a la gente que ya había camino libre hacia la salida, que intentasen salir cuanto antes. En el camino se encontró con Dídac.

Zarco abrazaba a Gladys, que lloraba desconsoladamente.

—Menos mal que estáis bien. ¿Qué ha pasado?

Zarco se sorprendió al ver a Vera con una pistola en la mano. Rápidamente

entendió que era una policía infiltrada. Todo lo relacionado con Berto Arecesapestaba, así que se hizo cargo de la situación, y se limitó a contestar lo que sabía.

—Han estado a punto de matarnos. A todos. El palco VIP. Al final, Anatole... Anatole ha matado al otro terrorista y se ha llevado a Berto Areces.

Verá tardó unos segundos en procesarlo.

—¿Anatole? ¿Te refieres al ruso, al dueño del Lord Byron? —Había ido varias veces a ese local, y luego Marc le había contado cómo lo buscó para que Anatole diera refugio a Tatiana—. ¡¿Qué coño pinta aquí?!

—No lo sé, pero se ha llevado a Areces. Era el único que le importaba... los otros están vivos.

Vera corrió hacia donde le señalaron. Vio a la alcaldesa y al President con los rostros demudados, caminando como dos zombis. Estaban bien. Siguió avanzando, preguntándose dónde habría llevado Anatole a Areces. Odiaba a Areces, pero su prioridad era Anatole.

César Andreu subió al tejado. La brisa de la noche de Barcelona acarició su cabello. Había cuarto menguante, pero la luz de la ciudad bastaba para iluminar su camino como si fuese de día. Allí estaba la grúa, la habían dejado desde la reforma. Se sentó. Puso la bomba en el suelo. Miró los cables. El reloj. Solo quedaba un minuto. Extrañamente, notó cómo le inundaba una sensación de paz.

—Arrodíllate.

Areces, temblando como un flan, se arrodilló.

Anatole lo había metido por una de las puertas que daban a los palcos VIP y que había encontrado abierta. Lo hizo caminar unos metros. Ya quedaba poco para que explotase la bomba, pero eso le daba igual. Quería matar él mismo a aquella rata. Desde hacía muchos años había vivido para ese instante.

—No te conozco de nada. ¿Por qué quieres matarme?

—Te contaría la historia entera, pero no hay tiempo. Solo te diré una cosa:
Beslán. Y vas a pagar por ello.

Desde la eternidad

Beslán, Osetia del Norte, Rusia

3 de septiembre de 2004

—Por favor... —Dimitri notó como tiraban suavemente del AK-47 Kaláshnikov, pero sus manos se negaban a soltarlo, como si a su cuerpo hubiese llegado el *rigor mortis* en vida. Al final, como un autómeta, cedió, su mente en otro plano de la existencia, fuera de su cuerpo, fuera del dolor. Alguien le pasó una botella de vodka y las manos, temblorosas sin nada que aferrar, acertaron a cogerla y llevársela a la boca, aunque parte del líquido helado cayó por las comisuras. El alcohol lo devolvió de nuevo a la realidad, aquella realidad que se había convertido en una pesadilla interminable. Tres días de pesadilla interminable.

El 1 de septiembre de 2004, a las 09.30 de la mañana, en el primer día de colegio, un grupo islamista de terroristas chechenos, armado hasta los dientes con granadas, bombas, fusiles, irrumpió en la entrada del colegio. Empujando a los niños, a los padres, a los profesores hacia dentro, los tomaron como rehenes dentro del Colegio de Enseñanza Media Número Uno de Beslán. Casi todos los niños pequeños fueron secuestrados. Los mayores se pudieron salvar.

Niñas uniformadas, con sus faldas negras, sus lazos blancos, sus amigos, de la mano de sus padres. Niños con un cartel de «mi primer día de clase». Críos indefensos empujados, golpeados. Niños que gritaban y lloraban y suplicaban. Niños con globos de colores. Niños sonrientes. Niños felices.

Dimitri se enteró al escuchar los gritos de terror de su vecina, saliendo de la

peluquería. «Han secuestrado la Escuela Número Uno», la frase que una y otra vez se repetiría en su mente durante noches de tortura y alcohol.

Como otras docenas de padres, esperaba ansioso la evolución de los acontecimientos. Su hija Alana, de siete años, estaba allí dentro. Ya no tenía más oraciones. Había rezado de pensamiento y recitado quedamente, como un muerto en vida al final, cuando sus esperanzas progresivamente se habían teñido de un dolor que había devorado su espíritu y el de todos. Por unos minutos, el día anterior, había creído que su Dios le había hecho caso, cuando fueron liberadas once madres y quince niños pequeños. Alguna de las madres fue obligada a elegir entre uno de sus hijos y tuvo que salir escuchando los gritos del pequeño que se quedaría en el gimnasio, rodeado de bombas, terroristas y viudas negras. Los padres que permanecían fuera, desesperados, habían corrido hacia donde estaban las tropas de asalto para comprobar si sus hijos estaban entre ellos, pero entre golpes y gritos de «¡retírense!», clamando su nombre, comprobó poco después que Alana no estaba entre los niños liberados.

Alana estaba dentro del gimnasio. Sin agua, sin comida. Indefensa. Delirando por la sed. Él, fuera, impotente, sin comer, pensando solo en entrar cada vez que uno de los disparos estremecía a todos los que esperaban, madres y padres al borde de la total desesperación.

Ya no había esperanza.

Se escuchó una explosión.

Ahora él y todos los que aguardaban separados por vallas del perímetro de seguridad instalado alrededor del colegio, observaron, atónitos, que un equipo médico que se aproximaba recibía fuego cruzado desde dentro del edificio. Su vista se dirigió a donde estaban las fuerzas de asalto, conformadas por comandos de fuerzas especiales y miembros del ejército regular, que disponían de un tanque y carros lanzallamas. De pronto, desde el interior del colegio se escucharon numerosas detonaciones que hicieron temblar el suelo, seguidas por un clamor de gritos y chillidos.

Ya no pudo resistir más. Al mismo tiempo que los grupos de asalto, Dimitri y

otros padres, entre aullidos de rabia y de angustia, armados, se abalanzaron sobre la escuela, dejando en su carrera enloquecida los cuerpos de dos miembros del equipo médico que se había aproximado al recinto. Al poco de iniciar su carrera se detuvo, y sus ojos inyectados en sangre de dolor, frío y fiebre rastrearon como láseres los cuerpos de unas treinta personas, algunas de ellas adultos que llevaban niños en brazos, que se desplazaban a unos pocos metros de donde él estaba para ganar la zona de seguridad.

Corrió hacia ellos. Escuchó el rítmico repiqueteo de armas automáticas. Incrédulo, vio que algunos niños mayores y adultos cayeron tiroteados por la espalda. ¿Era Alana? Todos los niños eran Alana. Todos los niños parecían el mismo.

—¡Alana, Alana! ¡Alana! —acertó a gritar Dimitri, mientras buscaba a su hija entre los huidos, sin hacer caso de las balas, pero nadie contestó, solo un crío desnudo de unos diez años se aferró a él, gritándole que le llevara lejos. Él, por puro instinto, se colgó el rifle al hombro y lo sujetó entre los brazos, al tiempo que lo protegía, arrodillado, con su cuerpo.

Pasaron unos segundos y, en volandas, dos soldados los izaron entre gritos y los llevaron hacia atrás del cordón de seguridad, donde cientos de unidades esperaban en alerta para intervenir. Apenas estuvieron a salvo, asistentes y voluntarios les taparon con mantas y les preguntaron si estaban bien. Entonces miró hacia el colegio: el asalto había comenzado. El equipo antiterrorista Alfa había entrado por puertas y ventanas, un clamor de pánico, polvo, gritos y estruendos de bombas llenó el lugar.

Se zafó de los que le prestaban auxilio, volvió a coger el fusil que había quedado a sus pies, y se dirigió de nuevo hacia el colegio. Al llegar a la puerta principal una bomba había volado las puertas y dejado paso franco a las fuerzas especiales. Fue tras ellos, mientras otras explosiones abrían claros en el muro para que los rehenes pudieran escapar. Vio que un helicóptero escupía soldados deslizándose con cuerdas sobre el techo. Cientos de unidades, de forma simultánea, estaban rodeando varios puntos del colegio, rompiendo puertas y

ventanas con granadas y disparando. Intentó orientarse. Sabía que los rehenes habían sido agrupados en el gimnasio. Por una milésima de segundo imaginó a su hija haciendo ejercicios en las colchonetas, sonriéndole de vez en cuando, orgullosa de sus progresos. Pero no tenía tiempo, tenía que dirigirse hacia allá.

El gimnasio estaba en la parte de atrás, más allá del bloque de aulas de los niños pequeños. Otros padres lo habían alcanzado y corrían con él detrás de las unidades de asalto. Salieron por fin del edificio; enfrente el gimnasio, que tenía el techo hundido. Se detuvo en seco al sentir que su piel se quemaba por la onda expansiva de nuevas bombas que habían volado la pared exterior que lo encaraba.

Vio a dos terroristas que salían del local disparando. «¡Alá es grande! ¡Viva Chechenia!», sus ropas hechas jirones, desprendiendo humo ennegrecido en un fondo de sangre; pero esas palabras eran ya un estertor, acribillados por una decena de soldados a escasos metros, destrozados en unos segundos, sus proclamas apagadas entre el caos y las balas.

«¡Dios mío, no lo permitas!» Ahora con más fuerza, más que súplica una exigencia febril, una amenaza contra quien le había abandonado a su suerte, desoyendo sus gritos de piedad y justicia («¡ella no, Dios mío, no tiene la culpa de nada; no me la arrebatas también!»). Su mujer, muerta por un cáncer de mama no detectado a tiempo, le había llenado de indignación, porque en Europa aquello no hubiera sucedido, allí hacían controles periódicos, la gente estaba concienciada. Él, siempre se repetía, solo era un ingeniero, con un salario digno, pero dependía de lo que los médicos de Beslán pudieran hacer, siempre abrumados de trabajo, con listas de espera interminables, aparatos obsoletos y escasos. Solo los mafiosos del lugar, con vínculos de intereses labrados a golpe de palizas y tiros en la nuca, tenían una asistencia especial con aviones privados y coches veloces que llevaban a sus familiares donde hiciera falta.

Se levantó, mareado, y enfiló hacia el interior de lo que minutos antes era un gimnasio. Se detuvo tras la puerta que, elevada unos metros sobre el amplio suelo entarimado, ofrecía una atalaya del horror. Sus ojos se nublaron por el

humo y, cuando los esclareció, registraron una escena que al principio no acertaba a descifrar. ¿Qué era ese amasijo de cuerpos despedazados? ¿Qué extraña decoración había afectado a dos paredes acribilladas, medio derruidas que mostraban lenguas de sangre y vísceras? ¿Qué hacían esos jirones de ropas y zapatos desemparejados como en un bodegón macabro? ¿Qué significaban esas formas improbables que conformaban las miradas absurdas de los niños que yacían como desprendidos al azar desde una gran terraza?

Algunos soldados remataban a los terroristas. Vio a un enmascarado agitarse espasmódicamente al recibir el tiro de gracia. Un varón intentó decir algo antes de que parte de su cabeza, envuelta en un turbante, se desprendiera con violencia al recibir el impacto de un disparo casi a quemarropa. A lo lejos se escuchaban más explosiones y fuego de ametralladoras; los terroristas supervivientes estaban siendo abatidos con todo lo que tenían las fuerzas de asalto.

Solo sobrevivió uno, Nurpashí Kuláyev. Salvó a una niña. Le dijo «Alá jamás me perdonará» mientras la protegía y la conminaba a huir.

Dimitri cerró los ojos, aspiró profundamente, y entonces lo supo. Volvió a abrirlos pasados unos segundos, como si la vida hubiera vuelto a él a traición, para hacerle sentir y razonar, como si él no tuviera derecho a refugiarse en la locura. Otros padres le empujaron, y perdió el equilibrio, cayendo por las escaleras de acceso al piso del gimnasio. Un soldado lo levantó y lo arrastró hacia un lugar seguro.

Lo dejaron recostado junto a lo que antes había sido una pared de seis metros de altura y ahora yacía medio derruida. El viento empezaba a disipar el humo. Docenas de hombres llevaban camillas sorteando los cuerpos que esperaban su turno. Oyó a hombres y mujeres arrodillados gemir desesperados en su abrazo a unos cuerpos diminutos, y él comprendió cuán inútil era todo aquello. ¿Qué sentido tenía ahora llorar cuando solo queda la irreductible verdad de que los demonios gobiernan la tierra?

Pasaron unos largos minutos, quizá una hora. Lo sacaron, envuelto en una manta, a pie. Al llegar al exterior miró hacia atrás y apenas reconoció el colegio

en la mitad de la edificación; el resto era escombros y paredes ennegrecidas. Sentado en una silla, con el vodka helado entre las manos, intentaba comprender lo que le preguntaba una enfermera; intentaba no escuchar los gritos y los sollozos desgarrados a su alrededor, «¿dónde está Anastasia», «¿dónde está Linda». A veces pensaba que le daba instrucciones, imaginó también que sus palabras eran una mezcla de ruegos y peticiones. «Sí, puede irse a casa, señor, cuando se encuentre bien. ¿Tiene usted un medio para regresar a casa? ¿Se encuentra en condiciones de conducir? Unos autobuses le recogerán y dejarán cerca de su domicilio. ¿Ve ese lugar? En media hora diríjase allí y volverá a casa... ¿Tenía algún familiar en el interior? ¿Quién era?»

Era extraño. ¿Por qué sabía que había perdido a su hija? Era como estar encerrado en una pesadilla. Quieres llegar a un sitio pero no puedes moverte. La puerta está abierta pero algo te impide franquearla. Caes al vacío y uno no puede hacer nada por evitarlo. ¿Por qué no estaba buscándola?

Transcurrieron varias horas; había dejado ir diez autobuses que retornaban a familiares y curiosos a sus hogares, los que no tenían otros medios o no estaban en condiciones de conducir; muchos lloraran de alegría, otros se lamentaban entre gritos o bien guardaban un silencio ante un horror que les sobrepasaba. No tenía prisa. Escuchó en las noticias lo que ya sabían todos: «Se cree que la autoría de este horrible atentado es obra de Riad us Salijiin, el batallón de mártires islámicos, dirigidos por el sanguinario Abdallah Basáyev...».

Al fin se levantó, su cuerpo entumecido, e inició el camino hacia el puesto de recogida. Allí, mientras la puerta del autobús se abrió ante él, pudo comprender por fin el sentido de esa pesadilla.

—¿Sube, señor? —le preguntó, cortés, el conductor del autobús. Detrás de Dimitri había una cola de unas veinte personas.

A su mente volvía una y otra vez con claridad el cuadro de horror que vio desde la atalaya del gimnasio. Ese amasijo de miembros descoyuntados. El olor a matadero. De entre un pequeño montón de carne muerta, una cabecita rubia

manchada de sangre que se remataba en un lazo de coleta tenía el rostro de su
niñita. Los ojos grandes de Alana que le miraban desde la eternidad.

Valor de ley

—¡Yo no tengo nada que ver con Beslán! —Areces estaba fuera de sí. ¡Ese tipo iba a matarlo y no sabía por qué! Sentía el arma de Anatole agujereando su cráneo.

—Sabes que sí. ¡Reza lo que sepas, hijo de puta, si alguna vez has creído en algún Dios que no sea el dinero! Por tu culpa y la de esos cerdos murió mi hija. Vendiste armas a los musulmanes, has contribuido a que Europa se degenere aún más. Pero lo más importante —Anatole temblaba de puro odio—: destrozaste mi vida. Ha llegado la hora de la venganza.

—Areces es un hijo de puta pero no merece morir así. Yo buscaría algo más... sofisticado.

Anatole miró hacia el lugar de donde salía la voz. Un individuo vestido de época, apoyado en la pared, los brazos cruzados y un móvil en la mano los miraba con ironía.

El cañón del fusil se clavó con más fuerza en la cabeza de Areces.

—Déjenos en paz y váyase si no quiere morir. No se meta donde nadie le llama.

—Curiosamente este tipo es el culpable de la muerte de mi mejor amigo y colega. Por supuesto que tengo algo que ver aquí. —Marc estaba aterrado, pero como buen actor no lo demostraba. Antes de subir ahí recordó una de las frases con que siempre les regañaba su profesor en la escuela de canto. «¡Dejad las zarandajas del método Stanislavski! Por dentro podéis sentir lo que queráis, como si os morís por comeros una pizza. ¡Lo que quiero es que engañéis a todo el mundo! ¡Que finjáis! ¿Comprendéis?»

—Cóbrese en otra vida, amigo. En esta es mía. Han sido muchos años de búsqueda hasta encontrar el hilo. No dejaré pasar la ocasión.

Marc, con calma, se acercó a ellos, verdugo y víctima.

—Si quiere matarlo, tendrá que matarme a mí primero. —En ese momento, todo su cuerpo tembló. La situación lo superaba. ¡Qué diablos! ¡Menudo día de mierda! Lo había matado Tosca y por lo visto lo iba a matar también aquel ruso enloquecido.

Areces miró enfebrecido a Marc. No salía de su asombro. ¿Qué coño estaba haciendo ese hombre? Y aunque lo que veía y escuchaba estaba más allá de su entendimiento, sintió una gratitud infinita hacia quien había deseado mil veces la muerte.

Anatole miró el reloj, desesperado. No quedaba nada para que explotara la bomba. Maldijo su suerte, pero ya no tenía tiempo para más charla.

Andreu sintió que su corazón se quedaba sin fuerzas. Miró la bomba. ¿Qué más daba ya todo? Por lo menos haría algo provechoso en la vida. Sabía que a causa de su debilidad, de su miedo, había muerto ya gente, quizá docenas. Comprendió que no podría vivir el resto de su vida con esa carga. Se acordó de *Historia de dos ciudades*. Carton, el abogado que intercambia su ropa con un condenado. Un héroe. ¿Por qué no? Ya estaba cansado de todo. Empezó a llorar, por su vida, por la bendición de tener una oportunidad así para dejar algo bueno más allá de sus obras escénicas. Algo que realmente diera un sentido a su paso por el mundo.

Él los había metido allí, él intentaría paliar el daño. Allí arriba no habría metralla. Sería la única metralla que encontraría la bomba.

Se tiró sobre el paquete y se encogió como un niño pequeño.

La paciencia de Anatole se había acabado.

—Muy bien. Si quiere morir junto a esta víbora, no seré yo el que lo impida.

La voz de Vera sorprendió al ruso, que ya había empezado a apretar el gatillo. Giró la cabeza y vio a una mujer apuntándole directamente a la cabeza.

—¡Anatole! ¡Guardia Civil! Baje el arma y levante las manos. Si dispara será lo último que haga. La policía ya está entrando en el teatro. Entréguese y tendrá un juicio justo. ¡No haga tonterías!

De pronto, el sonido de una tremenda explosión sacudió el suelo. Todos se tambalearon, Areces cayó al suelo de bruces, y el ruso dejó de apuntarle sorprendido, pero logró mantener el equilibrio. Constató que el teatro no se había hundido. Ni gritos ni sangre. («¿Qué ha pasado con la bomba? ¿Uli? ¿Qué ha pasado con la puta bomba?») ¡La operación había fracasado! Ya solo le quedaba un camino. Apuntó hasta donde estaba Vera pero ella había interpretado esos segundos de duda de Anatole. Comprendió que estaba decidido a morir matando, así que se le adelantó y rodó sobre el suelo, mientras la ráfaga del ruso se perdía por centímetros.

Vera, con gran sangre fría, levantó su arma y disparó.

Anatole recibió dos impactos: uno en un costado, otro en el pecho, pero se mantuvo de pie y giró el arma hacia Areces, que se tapó la cara con las manos. A continuación, de forma salvaje, como si una fuerza mayor que la muerte lo sometiera, gritó:

—¡Muere, perro!

Pero Marc, que había estado a la expectativa, en el suelo, alcanzó a cogerle de una pierna y derribarlo. Su última ráfaga rebotó en el tejado mientras su cabeza golpeaba con un ruido sordo en el suelo. Vera se acercó y le dio la vuelta. Estaba muerto. Luego miró a Areces que sollozaba tirado en el suelo, y sintió asco, y comprendió cuánto le había costado salvar la vida a ese hombre.

Uli corría por el Raval cuando escuchó la explosión. Vio el humo en el tejado del Liceu y lo entendió todo.

«El hijo de puta se la ha llevado al tejado. Puto héroe de mierda.» La onda expansiva había volado parte del tejadillo del teatro y afectado a casas vecinas, rompiendo cristales y agrietando paredes. Pero nada comparado a si hubiese explotado en el interior.

Siguió corriendo hasta llegar a la Rambla del Raval. Allí había alquilado un apartamento hacía días. Se refugiaría hasta que pasara todo. Solo necesitaba calmantes para su clavícula. Luego, volaría hasta Marruecos. Desaparecería una temporada. En Barcelona ya no se le perdía nada... Pero volvería a España, de eso no cabía duda. Eran muchas las armas compradas que esperaban las manos adecuadas para manejarlas. Habían perdido una batalla, pero no la guerra. Lo había leído muchas veces en el Manifiesto *El tiempo de los justos*, y se lo sabía de memoria: «No desfalleceremos por los contratiempos, pues los enemigos, al final, estarán condenados por su propia corrupción». Sí, la lucha no había hecho sino comenzar.

—¿Cómo quedó el Barça? —Marc, con una manta térmica encima, hablaba por teléfono, sentado en el borde de una ambulancia—. ¿Dos de Messi y uno de Suárez? ¿Ronaldo de penalti? Sí, señor. Hay liga. Sí, mamá. Bien, muy bien. Me alegro de que estéis en casa. Luego voy por ahí. Hoy va a ser una noche muy larga... te encargas tú de Laika, ¿verdad? Sí, estoy bien. Estoy muy bien. No te preocupes, en serio.

Vera miró a Marc con ternura. Se había portado. Primero la había avisado por wasap de que Anatole y Berto estaban en la salida de emergencia, y luego se había jugado el tipo para entretener a Anatole hasta su llegada. A ninguno le hubiese importado que Areces hubiese muerto, pero ella prefería otro tipo de revancha.

—¿Cómo están tus padres?

Marc movió la cabeza. Aún estaba asustado. Por él y por ellos. ¡Joder, todavía estaba temblando! No podía creer que hubiera hecho esa actuación extra en el

Liceu. Pero luego se acordó de sus padres. Durante un buen rato no había podido contactar con ellos. Pero ahora estaba todo bien.

—En cuanto terminó el segundo acto se fueron a ver el final del partido. Si ya no salía yo más veces en la *Tosca*, el Barcelona se convirtió en la primera opción. Se encontraron en platea con el taxista que tengo de mi mano, que estaba bastante aburrido, por cierto, y accedió a llevarlos. Cosas de mi padre. Sabían que luego iba a estar la ciudad colapsada. Eso les salvó. Menos mal... —Sonrió para sí, aliviado—. Somos así. De culo inquieto.

—Hemos tenido mucha suerte. Casi acabamos cantando el «Adiós a la vida» con Hoffmann —dijo Vera, que no pensaba ir a la zaga de Marc con el humor; algo que le encantaba de él.

Marc se quedó un rato mirando a Vera con admiración. Adoptó un gesto grave.

—Si no fuera por ti, habría muerto mucha gente, Vera. No ha sido suerte. Ha sido algo más.

Vera se sintió incómoda, y decidió cambiar de tema.

—¿Y la bomba del tejado? Eso sí que no lo entiendo.

Marc se acarició la barbilla. Notó la barba queriendo salir.

—Había otro terrorista, Vera. Andreu estaba obsesionado por un tipo que lo había chantajeado para tener paso libre en el teatro. Nunca me explicó cómo, pero él se sentía atrapado. Ese debió de ser el que puso las bombas y metió las armas antes de la función. Lo tenían todo muy bien planeado. Tenía que habértelo comentado... pero en realidad no le di importancia. ¿Quién iba a pensar...? Pero estaba muy claro. Una ópera retransmitida a todo el planeta. Qué mejor plataforma publicitaria... —Se quedó callado unos segundos—. ¿Sabes? Creo que al final el bueno de César logró hacerse con esa bomba, y consiguió llevarla al tejado. Sea cual fuese su pecado, ya lo ha expiado.

Vera asintió. Todo encajaba.

—Y la bomba de Collblanc. Eso lo ideó Anders Breivik en la masacre de la isla de Utoya. El terrorista que mató Anatole lo citó. Dos atentados, uno para

despistar a la policía y tener tranquilidad en el objetivo más importante. ¿De dónde habrá salido esta gente? ¿Por qué estaría Anatole metido en un atentado ultraderechista?

Marc pensó un momento, y recordó lo que había oído antes de llamar la atención de Anatole.

—Cuando estaba apuntando a Areces para ejecutarlo, habló de Beslán. Le dijo que él era el responsable de la muerte de su hija. ¿No murió mucha gente allí por un atentado islamista contra los rusos? —preguntó Marc, que recordaba algo al respecto.

—¿Beslán? —Vera comprendió. Una masacre. Un horror. Asintió antes de contestar.

—Sí... El colegio ruso donde murieron un montón de críos en un atentado... creo que eso lo explica todo. La empresa de Areces se dedica al contrabando de armas, por eso me infiltré en su organización. Seguramente él fue el que proveyó de armas a los grupos que asaltaron el colegio. Anatole nunca lo olvidó.

Marc le hizo un gesto de interrogación con las cejas. Vera lo miró y luego bajó ligeramente los ojos. Era lo último que le quedaba por contarle.

—Estuve casada, Marc. Con un militar. Hace unos años... No me gusta hablar del «incidente», la verdad. Murió en un atentado terrorista en Irak. Rastreando las armas descubrimos que las había vendido el entorno de Berto Areces. Por eso accedí a infiltrarme en su empresa. Hice lo que tenía que hacer.

A Marc le impresionó escuchar por vez primera ese nombre asociado a un hombre que había sido el marido de Vera. Pero era su pasado. Y el presente ahora les había unido.

—Entiendo... —La acercó hacia sí y la besó suavemente en los labios—. Eres maravillosa, Vera. Te quiero.

—Y yo a ti. —Y súbitamente se separó de él y le dio un golpecito en el pecho—. ¡No sé cómo tuviste tantos cojones como para retar a Anatole!

—¡Eh! —Soltó una carcajada—. Recuerda que estoy acostumbrado a ganar al póquer de farol, querida... en eso soy un maestro. Pero tardaste a partir del wasap

que te mandé. La verdad, estaba aterrorizado. Morir al lado de Berto... ¡menuda humillación! Y por otra parte... —la miró fijamente a los ojos— recuerda que me prometiste que al final ese capullo pagará por la muerte de Miguel; confío en ti.

Vera asintió.

—Así es. Es una promesa. Lo pagará.

Las camillas con heridos salían del teatro y el trasiego de médicos y personal de enfermería resultaba doloroso. También salían cuerpos envueltos en sudarios de plástico. Los de la científica esperaban a que se evacuase todo el teatro antes de comenzar su labor.

Gladys y Zarco se aproximaron a la ambulancia en donde estaban Marc y Vera.

Gladys, llorando a lágrima viva pero riéndose nerviosa, se abrazó a Marc.

—¡Tu mítica flor en el culo, Marc! ¡La madre que te parió!

Él rio a su vez con amargura.

—Sí, ya ves. Mi primer papel de prota en el Liceu y ponen una bomba. Solo faltaba *La mano negra*. Por lo menos tuvieron la deferencia de dejarme terminar el papel —bromeó.

—Son ustedes unos héroes y la ciudad de Barcelona nunca será lo suficientemente generosa como para pagarles lo que han hecho.

La alcaldesa tenía los ojos húmedos y el semblante aún seguía con el color del papiro, pero no se había querido mover de allí.

Marc la miró con el semblante demudado.

—Si se confirma lo que temo, aquí el verdadero héroe es César Andreu, señora alcaldesa.

Ella asintió y luego se dirigió a Vera.

—Vera Bocanegra, gracias. No tengo palabras para agradecer lo que ha hecho por Barcelona y por su gente. Y por el Liceu. Me han dicho por lo que ha pasado y solo puedo decir «extraordinario». Hacen falta más mujeres como usted.

Vera se cuadró.

—Es mi trabajo, alcaldesa. Servir y proteger. Así es la Guardia Civil. Pero yo

sola no hubiese podido hacer nada. Además, cualquiera en mi sitio hubiese hecho lo mismo.

—Zarco, Gladys, gracias —dijo, dándoles la mano—. Y a usted, Roselló. — También se la tendió—. Los quiero ver pronto por el ayuntamiento. —La alcaldesa se había informado de todo.

Marc no pudo evitarlo.

—¿Me va a dar una plaza de funcionario? Lo de la ópera es un futuro incierto, tal y como han ido las cosas...

La alcaldesa soltó una carcajada. Después de todo lo que habían pasado, aquello le hacía mucha falta.

Epílogo

Un campo del ISIS en Mosul

Un mes después

Dos tipos fornidos bajaron tres grandes cajas repletas de fusiles de asalto. Gritaron de júbilo y se reunieron en torno al camión.

Habían abierto ya la primera caja, y todos se apresuraron a recoger las armas. Veinticuatro fusiles por caja.

—¿Todo bien? —preguntó Yasib, el jefe del asentamiento. Yasib era un hombre veterano. Alto, fuerte, había peleado muchos años, y tenía plomo en una cadera incrustado tras estallar una bomba cerca de donde estaba, cuando encabezaba un ataque emboscado contra el ejército iraquí.

—Todo bien. Vinieron por el conducto regular. Buen material, hemos probado un par de ellos. Son muy buenos —dijo uno de los recién llegados.

Yasib asintió.

—Muy bien. En Mosul hemos de ser muy eficaces, y con estas armas daremos gloria a Alá.

Los hombres volvieron a lanzar gritos de júbilo. Luego cogieron las armas y sin poder esperar más fueron a realizar prácticas de tiro. Yasib eligió uno de los fusiles de la tercera caja. Apuntó hacia el cielo. Al fin vio pasar un pájaro sobre su cabeza.

Disparó.

Yasib lanzó un grito desgarrador al sentir que la explosión del rifle perforaba su cara. Mientras agonizaba, cinco hombres más corrieron la misma suerte.

Moscú. Teatro Bolshoi

Los operarios bajaron los contenedores de *El anillo de los nibelungos*. En quince días comenzarían las representaciones y tenían que despachar cuanto antes el trabajo. La tramoya del teatro bullía de animación, con todos los trabajadores de aquí para allá sin parar un minuto. La escenografía era muy compleja, cuatro óperas con todos sus actos, horas y horas de Wagner en estado puro.

Boris abrió uno de los contenedores y al momento se echó hacia atrás.

—¿Qué es esta mierda? ¿Alguna rata muerta? ¡Es apestoso!

Varios de sus compañeros se arremolinaron a su alrededor y también retrocedieron, espantados por aquel hedor putrefacto. Boris se puso un pañuelo de tela en la nariz y la boca y se atrevió a profundizar un poco más.

Cuando vio el cuerpo hinchado de Violeta soltó un grito agudo y salió corriendo, asustado como un niño pequeño.

Tres meses después

—Pórtate bien. Promételo.

Vera cogió su maleta de cabina y se puso en la cola interminable de controles de seguridad de El Prat.

—Y tú. Te vas una semana a Londres. Y vuelves a coincidir con Amanda Maier y Jonas Hoffmann. Ten mucho cuidado. Hacéis un equipo explosivo.

—Serás mala... —Marc la besó en los labios—. Pero te equivocas. —Sonrió con picardía—. Como siempre Hoffmann se llevará el gato al agua con su *Andrea Chénier*. La revolución francesa. Guillotinas. —Hizo el gesto de la cabeza cortada con la mano—. Venga. Nos vemos allí. Necesito que vengas al estreno por si pasa algo. Alguien tiene que defenderme.

—Tonto... —Lo volvió a besar, esta vez con pasión—. Nos vemos en Londres.

Vera pasó el control y caminó hacia el Duty Free. Compró una cajita de perfumes de Hermès y una bufanda para Marc. En uno de los bares se tomó una cerveza mientras esperaba la hora de embarque para París. Leyó en la prensa que Dídac había firmado la pelea para el campeonato de España del peso medio. Se alegró por él. Era un buen tipo, y volvió a afirmarse en su actitud de no haberle dicho nada del amaño en que ella participó en su combate con el Tigre. ¿Qué bien hubiera salido de esto? Probablemente le hubiera destrozado saber que había golpeado hasta matar a un hombre indefenso, a su amigo, y ya tenía ella un recuerdo doloroso de aquello. No, lo sucedido no podría causar la destrucción de dos hombres. Por supuesto, ella no había podido imaginar que Jorge iba a acabar así, pero eso no la consolaba. Era una muesca en su conciencia que tendría que llevar el resto de su vida.

Tres horas más tarde, el avión aterrizaba en la Ciudad de la Luz. Vera dejó la maleta en el hotel y cogió un taxi hacia el cementerio de Père-Lachaise.

Había nevado.

Caminó entre las tumbas durante un rato hasta recibir un mensaje de Telegram.

Buscó la de Oscar Wilde. Cuando llegó, ya había una mujer esperando. Era alta, morena, llevaba un imponente abrigo de pieles y un velo tan oscuro como sus ojos. Parecía la princesa de un cuento de *Las mil y una noches*, pensó Vera, admirando su belleza. Las dos hablaron un rato en inglés.

Cuando Vera se fue, la mujer del velo sabía perfectamente que el autor de la venta de las armas defectuosas que había costado la vida de algunos de los suyos y herido a otros había sido Berto Areces.

Días después, Vera caminaba del brazo de Marc. Londres en Navidad era un lugar maravilloso. Covent Garden estaba lleno de gente a pesar de la nieve. Hacía frío y Marc llevaba una bufanda de lana que le protegía la garganta y que le había regalado Vera. El barítono la agarraba como si ella se fuese a escapar en

cualquier momento. Y en cierto modo, era verdad. Llegaron a la puerta de *stage* en un lateral del Royal Opera House. Un corro de chicas emocionadas y expectantes rodeaba a Hoffmann. Los dos sonrieron al verlo. La vida seguía igual.

En dos días tendría que volver a Madrid. Reincorporarse al servicio tras unos meses de permiso. Solo de pensarlo sentía un vacío interior, un desasosiego implacable. Después de aquel año, estaba meditando seriamente la idea de dejar el Cuerpo. Necesitaba replantearse la existencia. Quizá no estaba hecha para la vida militar. Quizá se buscara un trabajo en Barcelona. Marc le había pedido que se fuese a vivir con él. Quizá lo hiciera.

No había dormido demasiado. La noche anterior, alguien le envió por Telegram la foto de Berto Areces. Estaba en traje de esquí. Había muerto en un «desgraciado accidente». Decapitado por un cable de acero de cinco centímetros de grosor que alguien había colocado en su camino. La sangre contrastaba con la belleza de los Alpes. La información que le había dado Darío Gara en la cárcel había sido buena. Él había preparado ese envío de armas; su última colaboración con Areces, antes de que su puesto lo ocupara otro tipo. Gara le dio el teléfono del contacto que había preparado el envío defectuoso. Cuando lo llamó obtuvo otro teléfono: el de la mujer que visitó en París.

No, no podía volver. Había optado por la venganza. Había sentido el goce de vengar a su marido caído en combate y a sí misma, obligada por su deber a vivir humillada ante un miserable como Areces. Se decía que él había sido uno de los artífices de que en Barcelona hubieran fallecido doce personas y que más de treinta resultaran heridas, algunas con secuelas para siempre; pero no podía seguir engañándose. Su padre estaría de acuerdo: ya no podía representar a la Guardia Civil. Tenía plena conciencia de que aquel año la había cambiado por completo.

Miró a Marc Roselló, que se había unido al grupo de cantantes y fans; estaba feliz firmando autógrafos. A partir del atentado, Marc se había hecho famoso en el mundo de la ópera. Ahora recibía contratos de los teatros más importantes.

Aquel mundo era así, voluble y sorprendente. Y él estaba encantado, aunque con su habitual personalidad barcelonesa, se lo tomaba un poco a broma. Era más fanático del trabajo duro que de la suerte, pero si esta aparecía, bienvenida fuese.

Vera se despidió de Marc por un rato y paseó hasta la entrada del teatro. En su móvil apareció un wasap de Hugo: se veía en un despacho, junto a un hombre y una chica jóvenes y atractivos. Hugo enseñaba la medalla al Mérito Civil que le había entregado días anteriores la alcaldesa. Y el texto: «Recuerdos de Hugo and Company: servicios de inteligencia». Y acababa: «Espero que nos veamos pronto para echar unas risas. No seas de nuevo la mujer espectro». Y al lado, el emoticono de un beso.

Sonrió abiertamente. Hugo era muy bueno; estaba segura de que triunfaría. Los *cabs* y las limusinas se detenían y dejaban salir a los asistentes a la ópera. Gente elegante, mujeres delgadas y vestidas con pieles, tacones, perlas. Hombres con pajarita. Un mundo al que ella no pertenecía, ni siquiera cuando ejercía de escort de Areces y le acompañaba a la ópera, pero que había aprendido a amar después de amar a Marc Roselló.

Cuando subió el telón y Marc, altivo y justiciero en su papel de criado de los nobles franceses, comenzaba a entonar el «*Son sessant'anni, o vecchio, che tu servi!*», Vera no pudo evitarlo. Comenzó a llorar.

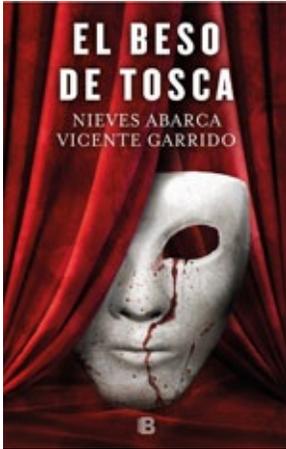
Horas más tarde, ya en el hotel, Marc la llamó desde la cama.

—Ya voy, cariño. Espera un momento. Será solo un segundo.

Vera bebió un sorbo de champán. Luego entró en la página de la aerolínea donde tenía el vuelo y lo anuló.

La vida en Madrid seguiría perfectamente sin ella.

Lo sublime y lo perverso se unen en cada una de las páginas del esperado nuevo *thriller* de Nieves Abarca y Vicente Garrido, el tándem literario más aplaudido y leído de la actual novela negra



Encerrados en un hotel de Paseo de Gracia de Barcelona, tres individuos planean un acto que conmocionará a la ciudad y al país entero, pero son solo sombras en una ciudad que tiene su propia pesadilla: un sangriento asesino en serie que tiene en vilo a la policía. Mientras, un cantante de ópera se enfrenta al asesinato de su mejor amigo y al difícil reto de triunfar por primera vez en el Gran Teatro del Liceu.

El lector sentirá el gozo culpable de verse atrapado en las diferentes tramas del mundo de la ópera, los entresijos del boxeo, la trata de blancas y la corrupción del poder, que se entrelazan en cada capítulo hasta el clímax de las últimas páginas. Y, por si fuera poco, una amenaza desconocida por todos camina implacable hacia el terrible final.

«Una novela "pasapáginas", de esas que empiezas y no puedes soltar.»

Librería Estudio en Escarlata

«Acción a raudales y lectores sin uñas.»

INMA MUÑOZ, *El Dominical*

«Garrido y Abarca comparten una pasión feroz por el conocimiento del lado oscuro del ser humano.»

ISABEL VALDÉS, *El País*

Vicente Garrido es profesor titular de la Universidad de Valencia. Fue el primer criminólogo español que colaboró en la captura de un asesino en serie a través de la realización del perfil criminológico del sospechoso. Ha impartido numerosos seminarios especializados dirigidos a los cuerpos y fuerzas de seguridad en España y América, así como a jueces y fiscales. El Ministerio de Justicia le concedió la Cruz de San Raimundo de Peñafort.

Nieves Abarca es licenciada en Historia del Arte en la Universidad de Santiago de Compostela y obtuvo un máster en Periodismo por la UOC. Ha realizado estudios de anatomía patológica y medicina legal, y es especialista en perfiles criminales. Juntos han publicado las novelas *Crímenes exquisitos*, *Martyrium*, *El hombre de la máscara de espejos* (Ediciones B, 2014) y *Los muertos viajan deprisa* (Ediciones B, 2016), que han tenido excelentes críticas y gran éxito entre los lectores.

Edición en formato digital: abril de 2018

© 2018, Nieves Abarca y Vicente Garrido

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / S. Gómez, G. Pellicer

Fotografía de portada: © Alejandro Colucci

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-6666-338-0

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

[1] «Herido, dañado.»

Índice

El beso de Tosca

Dramatis personae

Parte primera: Ópera

1. El convidado de piedra
2. Convertido en hielo
3. Algo de suerte
4. Zarco
5. El Lord Byron
6. Edurne
7. *Let's Face The Music, And Dance*
8. Muestra mi cabeza al pueblo
9. Salomé
10. Espinos sin la rosa
11. Contra las cuerdas
12. Un monstruo en la ciudad
13. El último tren
14. *Ali, bomaye*
15. La verdad sobre perros y gatos

16. En honor de Anders

Parte segunda: Laberinto

17. Esta chica es un espectro

18. Las disquisiciones de Rusty

19. Dolores Petrova

20. El asesino del Guinardó

21. Cita en Nápoles

22. El *Cristo Velado*

23. Un hombre más rico

24. Las bombas Orsini

25. *Nyotaimori*

26. Vuelta al cuadrilátero

27. Gladys y Zarco

28. La hora final

29. Atando cabos

30. El compromiso

31. El Gitano

32. El concierto, primera parte

33. El concierto, segunda parte

34. César Andreu

35. La extorsión

36. Minnie Mouse

Parte tercera: El tiempo de los justos

37. Moviendo el avispero
38. Segundos fuera
39. El combate
40. La exclusiva
41. Un largo adiós
42. El espectro revelado
43. Agente encubierto
44. El encargo
45. Gimlet de madrugada
46. Violeta
47. Llámame irresponsable
48. Cita con la muerte
49. Fantasía homicida
50. El club de la lucha
51. Acuerdos y desacuerdos
52. Quien a hierro mata

Parte cuarta: Adiós a la vida

53. Mala decisión
54. Vértigo
55. Capitana Vera Bocanegra
56. El fantasma de la ópera

57. Los mil ojos de Hugo

58. El beso de Tosca

59. Más dura será la caída

60. Sombras chinescas

61. Desde la eternidad

62. Valor de ley

Epílogo

Sobre este libro

Sobre Vicente Garrido y Nieves Abarca

Créditos

Notas